



# CEO

*Descubriendo el placer*

EL BEST-SELLER DE AMAZON

TATIANA AMARAL

CEO

El descubrimiento del placer

CEO

El descubrimiento del placer

TATIANA AMARAL

Traducción por Janaina Ferreira

1ª EDIÇÃO

2019

A Janaina Rico. Por los momentos inolvidables que tuvimos mientras hacíamos que la obra seguiera por el mejor camino. Para la mejor, mi mejor recuerdo. ¡Gracias!

*«¿Has tenido ganas alguna vez de tocar algo que sabes que está prohibido? ¿Has sentido alguna vez el irresistible deseo de experimentar algo que sabes que no es permitido social o éticamente? ¿Tan prohibido y al mismo tiempo tan irresistible que sabes podrá destruirte?»*

# Capítulo 1

Era mi primer día de trabajo. Estaba muy nerviosa. Había tenido mucha suerte al conseguir un puesto en [C&H Medical Systems](#). Si se puede llamar simplemente «puesto» al trabajo de secretaria del director ejecutivo, la secretaria del cargo más alto del grupo. ¡Dios! Estaba tan nerviosa que no conseguía ni concentrarme.

Cuando Kary me llamó para avisarme de que Abigail había tenido un accidente de tráfico que la alejaría del trabajo durante un largo período de tiempo, ni se me pasó por la cabeza que yo sería su sustituta.

Kary y Abby, como llamábamos a Abigail, eran mis mejores amigas. Estudiamos juntas en la universidad, pero seguimos caminos distintos tras acabar nuestra formación. Intentamos mantener el contacto, pero Abby siempre estaba muy ocupada con viajes y reuniones, porque su jefe, el todopoderoso Carter, siempre la necesitaba a su lado. Por eso, nuestra amistad se reducía muchas veces a mensajes y conversaciones telefónicas, además de correos electrónicos y alguna charla en Facebook.

No conocía el grupo. Claro, sí que sabía que las empresas del grupo [C&H Medical Systems](#) eran empresas importantísimas, que ofrecían los mejores proyectos, empleos y sueldos. Profesionales de todos los campos se peleaban por la oportunidad de trabajar allí. En aquel momento, eso era lo que más me entusiasmaba.

Era un grupo tan grande e importante, no sólo en Chicago, sino en Estados Unidos y en todo el mundo, que le dedicamos

toda una semana de un curso en la universidad. Fue el tiempo que el profesor necesitó para hablar de su desempeño económico, de su enorme capacidad de exportación, de su expansión, de sus innovaciones tecnológicas, y, claro, de lo que significaba para la economía americana. O sea, trabajar para el grupo no sólo sería importante para empezar mi carrera, sino que era mi gran oportunidad.

Sólo sé que, por mi currículum universitario impecable, conseguí ocupar el puesto, aunque fuera para cubrir una baja temporal. También influyó en la elección que hablara tres idiomas y que —además de estar capacitada para las funciones de secretaria ejecutiva, gracias a una larga pasantía en una empresa de exportación— fuera licenciada en Economía. En resumen, era la persona perfecta para el puesto.

No me sentía incómoda por ocupar el puesto de mi amiga. El salario era fantástico y la experiencia que adquiriría haría la diferencia en mi currículum. Además, Abby no podría trabajar durante algún tiempo, con lo que no la estaba perjudicando de ningún modo.

Me miré por última vez en el espejo. La falda hasta las rodillas combinaba perfectamente con la blusa blanca de mangas estrechas que había elegido para mi primer día de trabajo, a pesar de que el color no me favorecía porque tengo la piel clara. Un poco de sol me habría venido bien. Me dejé el pelo suelto. Lo llevaba largo y oscuro, pero cuidadosamente peinado hacia atrás. Me puse más maquillaje de lo normal. La apariencia sería fundamental en el puesto que iba a ejercer.

La imagen reflejada en el espejo no se parecía mucho a mí, pero así era como iba a vestirme en adelante, al menos mientras ocupara el puesto. Me puse tacones altos y me acordé de lo incómoda que me hacían sentir. Aún no había salido de mi casa y ya echaba de menos los vaqueros, mi camiseta y los viejos y cómodos All Star.

Bajé al garaje y me dirigí al coche lentamente, con miedo a caerme o a estropear mi imagen. Sonreí al pensar en cómo mi coche se parecía a mí. Era pequeño, cómodo y práctico. Aunque estuviera viejo, era todo lo que necesitaba. Podía ir en bicicleta, claro. Hacía un día precioso, algo raro en Chicago.



Pero pensé que los tacones y la falda ajustada no me permitirían dar dos pedaladas sin destrozarme en el suelo, así que opté por ir en coche.

Durante el recorrido hacia C&H, imaginaba cómo sería, cómo me presentaría, cómo sería el señor Carter. No lo conocía aún. Recordaba haberlo visto en una foto de los directivos del grupo, pero estaban todos juntos y eran tantos que no me preocupé de ver quién era quién. Para ocupar un cargo tan importante, sería seguro un viejo cascarrabias y lleno de manías. Suspiré con la idea.

Abby no me contó nada sobre él cuando fui a visitarla para contarle la noticia. Sólo me explicó cómo debía actuar: estar concentrada en el trabajo y sólo hablar cuando me preguntaran o para comunicar algo; estar siempre disponible y con una apariencia impecable; mantener la distancia profesional necesaria con los empleados, especialmente con los cargos importantes. Tantas recomendaciones sólo sirvieron para ponerme aún más nerviosa. ¡Joder! Con mi poco sentido del equilibrio y mi timidez no aguantaría ni un día en el trabajo. ¿Quién me creía que era? Seguramente, derramaría un café en mis primeras horas allí y acabarían echándome. Saldría por la ventana.

«¡Dios mío! ¡Cálmate, Mel!», pensé.

Me paré delante de un tornó y un guardia de seguridad se acercó. Abrí la ventanilla y le di mi tarjeta de acceso al edificio, la que me dieron cuando me contrataron. Se limitó a asentir y abrió para que pudiera entrar.

Había un aparcamiento exterior, que estaba lleno, y una entrada a otro aparcamiento dentro del edificio. Opté por el aparcamiento interior. Si llovía acabaría mojándome al volver al coche.

Mire el reloj y... ¡Joder! Tenía que presentarme en el departamento de Recursos Humanos en cinco minutos. Uno de los consejos más importantes de Abby fue que nunca, jamás retrasarme. Miré a mi alrededor buscando una plaza. El aparcamiento interior era más pequeño que el de fuera y no tenía tiempo para volver. ¡Joder! ¡Joder! ¿Qué podía hacer?

Seguí conduciendo y más adelante encontré una plaza, separada de las demás, pero en la que podía aparcar. Me dirigí hacia allí rápido, con miedo de que algún tipo muy listo se me adelantara, a pesar de que estaba sola en el aparcamiento. Con todo resuelto, salí del coche prácticamente corriendo en dirección al ascensor que, por suerte, llegó rápido, lo que me dio un minuto largo para relajarme escuchando música suave.

Las puertas se abrieron en el quinto piso. Salí a un espacio amplio donde había una recepción pequeña y paredes de cristal que dejaban ver la agitación tras ellas. Algunas personas andaban con tazas de café en la mano, otras miraban con atención las pantallas de los ordenadores de sus mesas. Pasé la mirada atenta por cada una de ellas. Me quedé satisfecha al comprobar que mi aspecto coincidía con el del resto del personal. Esperé a que la recepcionista colgara.

Todo mi contacto con la empresa hasta ese momento había sido en un hotel donde habían hecho las entrevistas de selección. Después me entrevistaron otras dos personas, una mujer y un hombre, pero no les recordaba el nombre. Finalmente, me llamaron para confirmarme mi contratación como becaria y firmé el contrato, también en una habitación del hotel con una becaria del departamento de Recursos Humanos. O sea, no había conocido a la señora Carter.

—¡Buenos días! —me saludó con una sonrisa agradable—. ¿Puedo ayudarla en algo?

—Sí —dije sacando del bolso la credencial que llevaba junto al resto de documentos que tenía que presentar el primer día de trabajo—. Me espera la señora Carter.

Sólo en ese momento me di cuenta de que trabajaría con el señor Carter y que quien me esperaba era la señora Carter. ¿Estarían casados? Muy probablemente.

—¿Melissa Simon? ¡Un momento, por favor! La señorita Carter la está esperando.

«¿Señorita? Entonces, debe de ser su hija», pensé.

La mujer me señaló una silla de color crema, casi blanco, que había al lado de la recepción. Me senté mientras ella, una

vez más, llamaba a alguien. Me miré las uñas, rezando para que el esmalte no se me hubiera estropeado. Sería el fin del mundo si me hubiera pasado justo ese día que tenía que darle la mano a tanta gente.

—¿Señorita Simon? Por aquí, por favor —me llamó la recepcionista—. Me miraba fijamente con su rostro angelical como si ocurriera algo malo.

«¿Qué habré hecho?», pensé.

La seguí. Era alta y delgada e iba enfundada en un vestido clásico perfecto, en un tono entre rojo y morado. Se giró para confirmar con una mirada rápida que aún la seguía. Pasamos al otro lado de las paredes de cristal donde noté que las personas se giraban para mirarme. Sentí que me ardía la cara. Dejé que mi cerebro se centrara sólo en la función de evitar que tropezara. Habría sido una auténtica tragedia.

—¡Dese prisa, por favor! —me dijo la mujer regañando me la atención—. No podemos retrasarnos —añadió en tono de confidencia.

Mi corazón se aceleró, como me pasaba siempre que me sentía bajo presión. ¿Qué maldita empresa era aquella en la que el horario era más importante que todo lo demás? Intenté apretar el paso concentrándome para no caerme, mientras pasábamos delante de mesas llenas de papeles. Allí no parecían haberse enterado de que la burocracia acababa con las organizaciones.

—Por aquí —dijo señalando una puerta de madera oscura sin pomo.

Seguro que mis cejas reflejaron mis dudas. Empujó suavemente, lo justo para que la puerta giratoria se abriera, y entramos en un despacho perfectamente ordenado. Pese a que también había una inmensa ventana de vidrio al fondo, con vistas al río Chicago en todo su esplendor, era un despacho acogedor, además de muy discreto.

La mujer hizo sólo un gesto para indicarme que debía entrar y salió enseguida dejando que la puerta se cerrara detrás

de mí. Me puse tensa. Oía una voz casi infantil en algún lugar del despacho, pero no conseguía saber de dónde venía.

—Ya está en el edificio —decía—. No. A pesar del retraso lo va a hacer muy bien. —Hizo una pausa—. No. Él todavía no ha llegado —dijo la mujer saliendo por una puerta que para mí era imperceptible y caminando hacia la pared de cristal—. Todo bien. Ahora mismo subimos.

Colgó el móvil y me miró como si ya nos hubieran presentado. Vino hacia mí sonriendo con las manos extendidas.

—Señorita Simon, Nicole Carter. Soy la responsable del departamento de Recursos Humanos de todo el grupo C&H Medical Systems.

«¿Tan joven? ¿Cómo lo había hecho? Ah, claro, era la hija del todopoderoso Carter. Tenía que tener un cargo a la altura de su herencia genética», pensé.

Era pequeña, pero muy guapa. Llevaba el pelo corto, con un corte moderno, lleno de adornos. Me observaba con sus ojos verdes, casi ceniza. Su sonrisa inspiraba confianza. Su postura corporal demostraba su gran confianza y lo cómoda que se sentía en su cargo. Nadie podía dudar de que se tomaba muy en serio lo que hacía.

—Vamos con retraso, por eso voy a saltarme gran parte del protocolo y la voy a llevar directamente a su despacho. Robert llegará en cualquier momento —dijo echando a andar y yo la seguí intentando seguir el ritmo rápido de sus pasos.

Volvimos a pasar por la puerta de madera y pasamos por la sala grande repleta de trabajadores. De nuevo, todos me observaron. Me sonrojé al comprobarlo.

—La señorita Alexa Madden nos ayudará el primer día. Dado que vamos con retraso no tendremos tiempo material para pasarle todas sus tareas. Estamos de suerte —dijo sonriendo y girándose hacia mí.

«¿Cómo podía no caerse andando tan rápido con esos tacones?», yo pensaba mientras la seguía.

—El señor Carter nunca llega tarde. No sé qué ha pasado hoy, pero lo cierto es que estamos de suerte.

Entramos en el ascensor y pulsó el botón del piso 16.

—Hay quince pisos, uno por departamento. Usted estará en el piso 16, con el señor Carter. No hay piso 13: una superstición. Yo no creo en esas cosas, pero bueno... Por eso hay quince pisos en vez de dieciséis. —Se rio. Yo conseguí relajarme un poco. La señorita Carter era divertida—. Con el tiempo conocerá todos los pisos y a los respectivos jefes de departamento. Por ahora, basta con que conozca al suyo. Robert está nervioso con la baja repentina de Abgail, por eso es fundamental que consiga atender todas sus exigencias estos primeros días. No se asuste. El señor Carter es duro, pero no muerde —dijo riéndose de nuevo.

Empecé a sentir verdadera curiosidad por el parentesco entre ella y el señor Carter.

La puerta del ascensor se abrió y accedimos a un espacio amplio, dividido por acuarios inmensos, repartidos por todo el despacho y con cristaleras. Aquello sólo podía reflejar una obsesión. En el centro de los tres acuarios, destacaba un despacho ordenado de manera impecable con una mesa enorme, dos muebles de escritorio, también de madera oscura y llenos de cajones, un sillón blanco, dos sillas modernas y un jarrón con una planta que parecía ser una palmera.

Sobre la mesa había un ordenador y tres agendas —una blanca, una roja y una negra—, algún material de escritorio como bolígrafos, marcadores, clips y otras cosas similares. En un rincón más lejano, había papeles, pocos, pero estaban allí para demostrar que la empresa aún era bastante burocrática. Y, por último, una impresora moderna, que parecía un combinado de impresora, fotocopidora y escáner. Era bastante discreta, no el armatoste que había en la empresa en la que había hecho las prácticas.

Al lado de todo aquello había una mujer. Parecía ansiosa, algo que, en cualquier caso, no impediría que cualquier mortal la hubiera mirado asombrado. Era sencillamente hermosa. Tenía el pelo rubio, recogido en un moño perfectamente

arreglado, ojos azules y expresivos, nariz fina y en total armonía con el resto de sus facciones. Sus labios gruesos parecían una fruta jugosa. Confieso que me sentí fatal. ¿Quién no se sentiría así a su lado? Para empeorar las cosas, tenía un cuerpo propio de una diosa. Los pantalones ajustados, de talle alto, dibujaban tan bien sus piernas que sentí vergüenza de tener unas piernas tan delgadas. Su blusa rosa parecía hecha para combinar con sus labios. Nos sonrió, quizá sólo a la señorita Carter. Me hizo sentir todavía peor, sus dientes eran fantásticos. ¿Cómo podía aquella mujer estar allí en vez de estar posando para una revista de moda?

—¡Gracias a Dios! —dijo ansiosa—. Han llamado diciendo que ha llegado. Parece que ha tenido un contratiempo en el aparcamiento.

—Alexa, esta es la señorita Simon. —Me alargó la mano sonriendo amistosamente. Hasta la textura de su piel era perfecta—. Melissa Simon, esta es Alexa Madden, secretaria ejecutiva del departamento de Marketing. Trabaja con Bruno Carter. Estaba ayudando a Robert mientras encontrábamos una sustituta para Abigail. Puede estar tranquila, Alexa le ayudará en todo lo que necesite.

—Bueno... Melissa Simon, no tenemos más tiempo. El señor Carter llegará en cualquier momento. Sólo puedo explicarle que esta es su mesa. El despacho que hay detrás de ustedes es el del señor Carter, a su derecha hay una sala de reuniones y a la izquierda una especie de cocina que sólo puede usar él o quien él autorice. Todo esto es su absoluta responsabilidad. Todo debe estar listo e impecable cuando él lo pida. Nunca entre en su despacho sin que la llame. Nunca se olvide de sus compromisos, lo que me lleva a presentarle las tres agendas que ahora serán su vida.

Hablaba sin parar. Dirigía la mirada de forma alternativa hacia mí, para comprobar que seguía el torrente de información que me estaba dando, y hacia los objetos que describía.

—La agenda roja es para los compromisos personales, la blanca para los compromisos internos de la empresa y la negra para los compromisos externos. ¿Lo ha entendido?

Asentí. Mis ojos estaban alerta. Era fundamental no olvidarme de nada.

—Cada uno de estos cajones es para un tipo distinto de asunto. No están identificados, tendrá que abrirlos y familiarizarse con ellos y recemos para que no necesite nada por ahora. Yo tengo mucho trabajo allá abajo. Tengo que dejarla sola unos minutos. Y...

Oí abrirse la puerta del ascensor. Casi me congeló del pánico. Yo estaba de espaldas pero, por el gesto de Alexa y Nicole, supe de quién se trataba. Los pasos resonaron en el suelo liso. Decidí ponerme de frente, al lado de ellas dos. Al volverme, me encontré de cara con un par de ojos color gris clavados en mí. No entendí por qué, pero me costó respirar. Si aquel era el señor Carter mi intuición me había fallado totalmente.

Era muy joven, quizá 30 años. Tenía el pelo castaño, perfectamente peinado al lado con algo que parecía ser gomina, porque mantenía los mechones fijados. Su piel blanca casi brillaba con la claridad del despacho, increíblemente iluminada. Su cuerpo se movía de manera felina.

Los hombros anchos destacaban un pectoral trabajado. La americana demostraba lo imponente que era, con un corte perfecto para su cuerpo. Sus labios estaban entreabiertos. Si los de Alexa me habían parecido jugosos, no había palabras para describir los del señor Carter. El tono naturalmente rosado destacaba aún más su perfección.

Sonrió, con una sonrisa torcida, que envió inmediatamente ondas de calor por todo mi cuerpo. Entonces me di cuenta de que estaba prácticamente babeando. ¡Qué idiota! ¿Cómo podía actuar así en mi primer día de trabajo? ¿Por qué sonreía él de esa manera? Sentía que me ardían las mejillas y no era la única parte de mi cuerpo que reaccionó a sus encantos. Era algo totalmente escandaloso.

—Señor Carter —se adelantó Alexa saludándolo.

—Buenos días, Alexa. Nicole.

Sus ojos me quemaban nuevamente.

—Robert —respondió Nicole sonriendo—. ¿Ha pasado algo? Nunca llegas tarde.

—Sí. Parece que alguien ha aparcado en mi plaza. Alguien nuevo en la empresa. —Esta vez sus ojos no sólo me quemaban, sino que me acribillaban—. He tenido que buscar otro sitio donde aparcar. Te lo puedes creer, he tenido que aparcar fuera del aparcamiento de directivos, sólo he encontrado sitio en el de los empleados.

Pensé que mis piernas no me sostendrían de lo que temblaban. ¡Vaya pifia tan enorme! Era mi primer día y mi imagen ya estaba por los suelos. Nadie me había avisado de que aquel era el aparcamiento de los directivos y mucho menos que aquella era justamente su plaza.

Ahora no sólo tenía las mejillas rojas, sino que estaba completamente ruborizada. Podía sentir el rubor que se extendía por mis orejas y bajaba por mi cuello. Nicole carraspeó a mi lado. Entonces entendí que su mirada no significaba lo que yo había pensado. Era de rabia. Mi jefe me odiaba y era mi primer día de trabajo. Estaba completamente jodida.

—Bueno... —Nicole empezó a hablar—. Esta es la nueva secretaria, Melissa Simon, que sustituirá a Abigail durante sus cuatro meses de baja.

Lo miré completamente aterrorizada. Todavía me miraba del mismo modo. Tuve el impulso de salir de aquel lugar, aunque fuera por la ventana. Sin embargo, soy tan cobarde, que ni eso fui capaz de hacer. Nicole le entregó un papel. Deduje que debía ser mi ficha o algo parecido. El señor Carter empleó dos segundos en analizarla.

—Creo que alguien debería explicarle a la señorita Simon nuestras reglas y lo precioso que es mi tiempo para andar perdiéndolo en cosas banales como no encontrar mi plaza de aparcamiento libre.

Mis labios se abrieron para responder, pero no me salió la voz. Confusa y atormentada por tantos desencuentros casi ni oí hablar a Nicole.



—No te preocupes, Robert. Melissa y yo nos quedaremos al final del día para que pueda ponerse al corriente de su rutina de trabajo —dijo en un tono que denotaba cierto agobio.

—Nadie en esta empresa hace horas extraordinarias salvo que sea estrictamente necesario —la regañó mirándola fijamente.

Nicole lo miró. Parecía enojada, pero mantuvo un tono suave.

—Conozco perfectamente las reglas, señor Carter. Soy la responsable de que se cumplan.

Sus ojos brillaban, encendidos.

—No lo vamos a hacer aquí —añadió—. Sólo vamos a pasar unas horas juntas, fuera de horario, para que mañana esté mejor preparada para ejercer sus funciones.

Pensé en quejarme, pero ¿quién era yo para decir nada después de tantos errores?

—Perfecto —dijo nuevamente sin mirarnos—. ¿Señorita.. Simon? —Sentí escalofríos por todo el cuerpo sólo por la forma en que pronunció mi nombre—. Ya que es usted la responsable, arréglole. Su primera tarea será devolver mi coche al sitio que le corresponde —dijo dándome las llaves.

Sus ojos miraban atentamente la correspondencia que estaba sobre mi mesa.

—Pero... —amagué con protestar.

¿Cómo iba a saber cuál era su coche? Yo no tenía la culpa. Había sido sólo un error.

—En diez minutos la llamo para asignarle su segunda tarea.

¡Menudo cabrón!

Cuando Abgail se quejaba de su carácter no podía imaginarme que era de esto de lo que hablaba. Sin pensármelo dos veces cogí la llave y me dirigí al ascensor. Por el rabillo del ojo vi que Nicole venía detrás de mí.

—Tú te quedas, Nick. Tú también, Alexa. Tenemos que hablar —dijo en un tono incisivo.

Después oí la puerta cerrarse tras de mí. Se hizo un silencio absoluto.

## Capítulo 2

Intenté no sudar, pero fue imposible. Prácticamente corrí de un lado a otro con las llaves del poderoso Carter en la mano apretando el botón del llavero para ver qué coche se abría. Gracias a Dios, conseguí identificarlo pronto. Conducirlo fue más complicado. El miedo de causar más daños de los que ya había causado, hizo que condujera a la velocidad de un caracol. Cambié mi coche de plaza con el suyo y enseguida volví al ascensor.

Seguro que estaba ruborizada y despeinada. Me pasé los dedos para deshacer los nudos que se me habían formado por el viento al intentar arreglar todo aquel lío. Respiré hondo varias veces disfrazando mi nerviosismo cuando el ascensor paraba en algún piso. Había tres ascensores en el edificio, pero parecía que todos hubieran decidido coger el mío. Para colmo, era el único que paraba en el piso 16.

Cuando conseguí llegar, el despacho estaba vacío. No había rastro de Nicole o Alexa. La puerta del señor Carter estaba entreabierta, como si me esperara. Podía verlo a través del cristal, sentado en su silla imponente, detrás de su imponente mesa de ejecutivo. Todo en él era así: imponente. ¡Dios mío! Era guapo incluso en esa actitud tan arrogante. Me dirigí a mi mesa sin saber bien qué hacer.

—Señorita Simon.

Me llamó con una voz fuerte y áspera. Sin parar en mi mesa, como tenía previsto, entré lentamente en su despacho. Sólo se oía el zumbido suave de su ordenador, que se unía al

ruido que hacían mis tacones. El corazón latía en el pecho con tanta fuerza que tuve miedo de que mi jefe pudiera oírlo y, con esa excusa, inventara alguna manera nueva de fastidiarme. Estaba realmente incómoda con lo que me había hecho. Vaya manera tan bonita de dar la bienvenida a una nueva empleada. Era casi lo mismo que tirarla por la ventana.

Me quedé parada unos minutos, que se me hicieron eternos, sin que él ni siquiera se dignara a mirarme. El señor Carter analizaba un papel que tenía delante, o miraba la pantalla de su ordenador, sin que pareciera notar mi presencia. Empecé a impacientarme. Me dolían los pies por la carrera y por estar de pie tantos minutos.

Comencé a mirar a mi alrededor para hacer tiempo. El despacho era realmente como un acuario, totalmente de cristal. Era transparente por todos lados. Eso sí, vi que, a pesar de que la arquitectura del edificio dejaba claro que allí todo estaba a la vista de todos, había persianas recogidas, listas para usarse en algún momento de menor transparencia, por así decirlo.

Noté que no había armarios. Apenas algunos muebles bajos para decorar, como la pieza pequeña al fondo que contenía diversos libros. Dos conjuntos de sofás daban al despacho una apariencia acogedora. Una alfombra ancha color carne alimentaba la idea de calidez que el despacho transmitía, a pesar de toda su elegancia. Yo misma me podría haber echado en aquella alfombra en cualquier momento.

En el lado opuesto al que ocupaba el señor Carter, había una mesa grande con seis sillas. Más cerca de él, había otra más pequeña y más baja, con dos sillas y, en el centro, un tablero de ajedrez. Cada pieza parecía una joya de valor incalculable. Podía ver el oro en el que estaban esculpidas, pero no conseguía identificar las piedras que adornaban sus detalles.

—Cuando acabe la inspección...

Su voz me sobresaltó. Era una acusación tan directa que llegaba a ser invasiva.

—¡Discúlpeme!

—No basta con disculparse.

Me asusté con la facilidad con la que conseguía ser insoportable.

—Señorita, ahora trabaja para un director ejecutivo. Es importante que esté atenta a todas las necesidades de su departamento. Debe estar siempre a disposición.

Me lo dijo mientras me lanzaba una mirada que censuraba mi actitud. Sólo estaba observando el despacho. ¿Acaso era un delito?

—Lo siento mucho.

Lo sentía de veras, pero también tenía ganas de gritar y decirle que era un ser insoportable. Sentí que se agolpaban algunas lágrimas en mis ojos, pero resistí con todas mis fuerzas para no llorar.

—Ha llegado tarde —dijo mirándome pero sin perder de vista los papeles.

¿Tarde? Era como si me hubiera perdido algo.

El señor Carter me miró de nuevo.

—Diez minutos. Ha tardado trece. Son tres minutos de retraso. Sin contar con que debería haberse presentado con media hora de antelación para que Alexa y Nicole hubieran podido formarla adecuadamente.

Apoyó los brazos en la mesa inclinando un poco el cuerpo hacia delante y cruzando las manos alrededor de la frente. Se cubría la boca con los dedos. Sus expresiones eran un misterio total para mí.

—No lo sabía.

—No toleramos retrasos, señorita Simon. La señorita Nicole se lo explicará mejor esta noche, mientras le hace de niñera en vez de estar en una reunión familiar. Espero que se lo agradezca y que la próxima vez entienda que un retraso acaba causando problemas a todo el mundo.

Me quedé boquiabierta. ¿Cómo conseguía ser tan insoportable? Empecé a pensar que Abby había tenido aquel

accidente para librarse de él durante un tiempo.

—Y ahora me hace perder aún más tiempo.

¿Qué quería decir? Abrí las manos a modo de respuesta. Estaba desarmada.

—Las agendas —dijo señalando la puerta.

Pensé que correría, pero sentía los pies pesados. Anduve hasta la mesa, cogí las agendas y también un bolígrafo, no fuera a ser que pensara que estaba desperdiciando aún más su precioso tiempo. Volví al despacho y me paré frente a su mesa.

—Lista, señor Carter...

Levantó una mano, lo que me impidió continuar. Seguía mirando hacia abajo para leer algo. Cuando acabó, me miró y sonrió de manera irónica. Era increíblemente atractivo.

—Señorita Simon, tiene usted voz. Pensé que sólo se comunicaba con esa mirada asustada —comentó riendo con sorna.

Sentí unas ganas enormes de tirar sus agendas de colores al suelo y de salir de allí, pero algo me decía que me estaba poniendo a prueba. Sería fuerte. No me dejaría intimidar. Señaló una silla con la mirada. Me senté con las agendas en el regazo.

—Veo que Alexa no ha tenido tiempo para enseñarle cómo proceder cuando llega al despacho.

—No, señor Carter.

—Necesito saber qué tengo programado en las agendas.

Se giró hacia el ordenador y tecleó algo. Miré hacia mi regazo, sin saber qué agenda debía abrir primero. Decidí empezar por los compromisos internos. Era más probable que estuviera interesado en esa información ya que estaba allí para trabajar. Abrí la agenda blanca y busqué la fecha.

—Tiene usted una reunión a las 11:00 con el director de la fábrica de componentes.

Levanté la mirada lentamente al notar que me miraba como si buscara algo dentro de mí. Podía sentir que una parte de mí

no dejaba de latir y deseaba muchísimo encontrarse con él.

Qué manía absurda de desear lo peligroso. No podía y no debía. Desde pequeña había sido así: sólo quería lo que mi madre me negaba. No es que quisiera a alguien como el señor Carter. Era insoportable, guapo y exhalaba sensualidad. Definitivamente era algo que no podría tener y además era extremadamente peligroso. O sea, prohibido para mí.

—Empezaremos siempre por la agenda negra, señorita Simon.

Otro punto negativo.

Se pasó los largos dedos entre el cabello, perfectamente peinado. Era un gesto que denotaba impaciencia y nerviosismo, aunque sus dedos me hacían pensar en otras cosas. ¡Dios! ¿Qué me estaba pasando? Aquello era una locura.

—Discúlpeme.

—No se disculpe, señorita Simon. —Volvió su atención hacia el ordenador—. ¡La agenda negra, por favor!

La indiferencia en su tono de voz hizo que me sintiera ridícula. Cogí la agenda y busqué la fecha. Me sentía completamente desorientada.

—Reunión a las 15:00 horas con representantes brasileños.

—¡Ajá!

Cogió su bolígrafo plateado y anotó la información en su propia agenda. ¿Para qué quería que yo llevara su agenda si tenía una propia?

—¿Habla usted portugués?

—No.

—¿Cómo va a acompañarme a la reunión si ni siquiera puede entender lo que dicen?

No supe qué responder. Definitivamente, no me habían dicho nada sobre hablar portugués.

—Hablo español —fue lo mejor que se me ocurrió decir.

Su rostro reflejaba ironía.

—Después de ir a esta reunión, entenderá que es absurdo creer que puede entender el portugués sólo porque habla español.

Como si no hubiera dicho nada y ni siquiera estuviéramos hablando, consultó su reloj de pulsera, una muestra más de que era rico. Después volvió la mirada hacia el ordenador.

—¿A qué hora salimos?

Miré la agenda buscando la información, pero no había nada. Sólo una nota de que recibiría un contrato para imprimir y entregárselo antes de las 12:00 de ese día. Volví a mirarlo consciente una vez más de mi incompetencia. Él esperaba con impaciencia.

—¿Dónde es la reunión, señorita Simon?

Miré de nuevo la agenda. Esta vez vi aliviada que la información estaba allí.

—Sala presidencial del Trump International Hotel & Tower Chicago, señor.

—¿Iremos en coche?

Volvió a mirar su ordenador. Aquello ya era insoportable.

La información no estaba en las notas de Abby. ¡Mierda! Me habían puesto allí a hacer aquel trabajo sin preparación alguna. Pensé que podría hacerlo, pero cada minuto que pasaba me demostraba que era imposible acertar.

—¿Dónde puedo encontrar esa información? —dije siendo completamente honesta.

No adelantaría nada disculpándome por mis errores, cuando ni siquiera sabía qué hacer para no cometerlos. Él se rio haciendo escarnio, mesándose de nuevo el pelo.

—Señorita Simon, ¿qué está haciendo aquí?

Clavó su mirada en la mía mientras apoyó las manos extendidas sobre la mesa. Sentía miedo y vergüenza al mismo tiempo. Estaba dejándome claro que yo no servía para aquel puesto. Y por lo visto, era así. Me mordí los labios sin saber



qué responder. Era consciente de que mi actitud sólo demostraría lo derrotada que me sentía, pero, en cambio, por más que lo intentara, estaba convencida de que era imposible no sentirme así. Al mismo tiempo sentía como algo se revolvía en mi interior. Durante todo ese tiempo me había castigado por cosas que ni siquiera sabía que no podía hacer.

—¿Cómo ha conseguido este empleo?

Lo miré con rabia. ¿Qué se creía? ¿Que podía humillar a la gente sin que pasara nada? Puede que fuera importante, rico, e incluso guapo y atractivo, pero no podía tratarme así.

—Me contrataron por mi formación, señor Carter. Estudié Economía. Tengo un currículum excelente. No hablo portugués, pero sí que hablo con fluidez español, francés y alemán, lo que ya debería ser suficiente para cualquier empresa. Tengo experiencia en el puesto que estoy intentando desempeñar desde que ha llegado, pero no tengo forma de adivinar cómo funciona la empresa, porque nadie me ha informado sobre eso.

Mientras hablaba, él me miraba sin demostrar emoción alguna. Debía de estar disfrutando con mi ataque de histeria. Este pensamiento hizo que mi rabia fuera mayor.

—Perdone si no sé usar sus burocráticas agendas de colores. Sé usar de forma bastante eficaz mi iPhone que puede hacer las funciones de las tres juntas. Además de programar la reunión, puede indicarle el mejor itinerario para que llegue usted a tiempo. Soy una persona muy curiosa para las cosas que me interesan, por lo que no creo que sea un crimen observar su despacho mientras usted acaba algo o presta más atención a su ordenador. Tampoco tengo la culpa de que nadie me avisara de que debía llegar treinta minutos antes para aprender su difícil y complicada rutina. Y no creo que sea justo que la señorita Nicole pierda una noche en explicármelo todo sólo para satisfacer su ego, cuando puedo llegar temprano mañana por la mañana para que me explique lo que tiene que enseñarme.

Como no decía nada, sino que se limitaba a observar cómo me desahogaba, me levanté y dejé las agendas en la silla y lo señalé con el dedo índice. Era una falta de respeto, pero ya

había puesto el ventilador y estaba esparciendo toda la mierda, así que era lo de menos a esas alturas.

—No tengo la culpa de que el guardia no me avisara de que hay un aparcamiento para mortales y otro para dioses. Ha sido muy cruel de su parte mandarme a aparcar su coche sólo porque cometí un error. —Vi que esbozaba una sonrisa en la comisura de los labios—. Ah, tiene usted razón, señor Carter, no soy apta para ocupar este puesto, pero soy lo mejor que han encontrado. Aparentemente nadie pasa mucho tiempo aquí sin acabar lanzando su coche contra un árbol con tal de librarse de ciertas personas.

Entornó los ojos. Inmediatamente comprendí que me había metido en un buen lío.

## Capítulo 3

Me desperté sintiendo ya el sabor amargo del principio del día. El día anterior había sido muy difícil. Problemas y más problemas. Parecía que nunca conseguiría encontrar una solución. Me sentía prisionero. Un eterno prisionero de mis propias acciones y decisiones. Tendría que pagar con una eternidad de sufrimiento por todas mis decisiones.

Por eso cuando llegué a la empresa, odiando todo lo que me llevaba a ella, principalmente las circunstancias, y encontré en mi plaza un coche viejo —un modelo antiguo, que era una verdadera amenaza para el resto de conductores de Chicago—, casi debería haber hecho un favor a la humanidad y haberlo destruido allí mismo. Sí, porque si aquel proyecto inacabado de coche chocara con otro, sería un trabajo enorme recoger los restos y, si chocara con alguien, entonces la persona moriría de tétanos con toda seguridad. ¿Qué mierda era aquello? ¿Mi plaza se había convertido en un depósito de chatarra?

Conduje asqueado por el aparcamiento de los empleados. Sólo encontré una plaza al fondo, apartada de todo, expuesta al sol y a la ll

uvia. No tuve elección: sólo podía dejar el coche allí o en la calle. Eché un último vistazo al coche que tanto estimaba jurando a mí mismo que demandaría a quien hubiera ocupado mi plaza si le pasaba algo. Anduve y comprobé mirando el reloj de pulsera el retraso que llevaba, lo que me dejó aún más fastidiado. ¿Quién podía ser tan idiota como para aparcar en mi plaza?

Cogí el ascensor. Creo que mi cara impidió que ninguna otra persona subiera a medida que iba parando por las plantas

del edificio. Sonó el móvil. Miré el identificador de llamadas. Era Tanya. No contesté.

Ya había tenido suficientes problemas aquella mañana.

Así que se abrió la puerta, comprendí de dónde provenía mi estrés: la secretaria sustituta. Sólo podía ser ella. Con tantas cosas en la cabeza me había olvidado de que por fin podría devolver Alexa a Bruno. Vi que Nicole y Alexa me lanzaron miradas especulativas, pero la muchacha seguía de espaldas. Aquello me permitió pegarle un buen vistazo a su culo. ¡Ah! Tenía buena presencia. Cuerpo bonito, cabello peinado, bien vestida. No tan bien, pero sí de manera correcta. Entonces se volvió. Tenía una cara bonita. Un poco infantil, pero bonita. Rasgos finos, labios gruesos y ojos totalmente verdes. Era una muchacha increíble.

Me miraba con ansiedad. Yo sabía identificar aquella mirada. Estaba habituado a recibir ese tipo de miradas. Estaba deslumbrada con mi belleza, con mi porte. No podía esperar para ver qué había detrás de todo aquello. Pero me sorprendió sentir placer porque ella me admirara así. En cambio, había algo más en aquella mirada. Algo que me dejó intrigado al tiempo que activó mi sensor de alerta. Era como si la chica frágil que tenía enfrente fuera un peligro.

Bueno, eso era todo. Era guapa, pero era sólo una mujer y yo estaba de un humor pésimo. Por otro lado, la misma sensación que me intrigaba me impedía actuar o avanzar. Pocas veces había tenido esa sensación. Después de lo que Tanya había hecho con mi vida, me alejé aún más de las conquistas adolescentes. Para mí, mujer y sexo iban siempre en la misma frase. Pero no necesariamente con la misma relevancia.

Su belleza sumada a la forma en que la deseé, apenas a primera vista, me dejó realmente desconcertado. Aún estaba enfadado. El rubor en su cara me hizo sentir unas ganas irresistibles de enfrentarme a ella. Parecía un animalillo acorralado, con miedo de mí y con miedo de todo. Y tenía razones para ponerse asustada. No sería precisamente bueno con ella. Era mejor que ese aspecto quedara claro. Su apariencia frágil, quebradiza, me hizo pensar eso casi de

manera instantánea. Si aquella muchacha pudiera tan sólo imaginar las cosas que había hecho en la vida, todos los pasos absurdos y egoístas que había dado y sus consecuencias, con toda seguridad, se derrumbaría.

—Señor Carter.

Alexa me saludó de manera formal. Ella nunca me llamaba así. Iba a casarse con mi hermano y teníamos suficiente intimidad como para prescindir del trato. No expresé sorpresa alguna. Con toda seguridad estaba enseñando a la muchacha cómo debía dirigirse a mí.

—Buenos días, Alexa. Nicole.

No conseguí dejar de mirarla. Se ruborizó aún más. ¡Aquello me aturdí! Podía hacer que se ruborizara con una facilidad inaudita.

—Robert, ¿ha pasado algo? Nunca llegas tarde.

¡Ah, claro! Yo nunca llegaba tarde, pero, por lo visto, aquella muchacha había entrado en mi vida para hacerme romper algunas reglas. No. Yo no podía romper las reglas. Arriesgaría demasiado. Inmediatamente, me acordé de Tanya y de la llamada que no había contestado. ¿Qué quería?

—Sí. Parece que alguien ha aparcado en mi plaza. Alguien nuevo en la empresa. —La miré para dejarle claro que no me había gustado—. He tenido que buscar otro sitio donde aparcar. Te lo puedes creer, he tenido que aparcar fuera del aparcamiento de los directivos, sólo he encontrado sitio en el de los empleados.

Casi se me escapa la risa al verla tan aterrorizada, pero mantuve mi cara de enfado. Sería un juego bonito hacer que se desmoronara. Incluso puede que fuera lo correcto. Dejarla huir sería más seguro que mantenerla cerca, sobre todo teniendo en cuenta que, sin ni siquiera haber intercambiado palabra, yo ya me sentía incómodo en su presencia.

—Bueno...

Nicole también estaba aterrorizada. Tendría que soportar un inmenso interrogatorio de mi hermana tan pronto como pudiera librarme de la secretaria.

—Esta es la nueva secretaria, Melissa Simon, que sustituirá a Abgail durante sus cuatro meses de baja.

Cogí algunas hojas que Nicole me dio sin molestarme en fingir interés alguno en ellas. No conseguía concentrarme. «Melissa Simon. Esto va a ser divertido. Vamos a ver cuánto tiempo es capaz de mirarme así», pensé. Tardaría segundos contados en salir corriendo y llorando de mi despacho. Yo le daría buenos motivos para hacerlo.

—Creo que alguien debe explicarle a la señorita Simon nuestra reglas y lo precioso que es mi tiempo para que ande perdiéndolo en cosas banales como no encontrar mi plaza de aparcamiento libre.

Lancé una mirada breve en su dirección. Estaba boquiabierta, sorprendida de la forma tan desagradable de darle la bienvenida. «Acostúmbrase, Melissa. Todavía no ha visto nada», pensé.

Oí que Nicole hablaba de hacer horas extraordinarias. ¿Qué mierda era aquello? Mi hermana sabía que yo no permitía a nadie hacer horas extraordinarias. Ella tenía que encargarse de que la muchacha estuviera a la altura del estándar de la empresa o, si no, de encontrar otra para el puesto.

—Nadie en esta empresa hace horas extraordinarias salvo que sea estrictamente necesario.

Ignoré la mirada amenazante de Nicole, al igual que sus excusas. Intentaba mantener la atención en mi trabajo, pero la muchacha, Melissa, seguía delante de mí, asustada, cada vez más ruborizada. Me resultaba muy difícil concentrarme. Por eso no oí lo que Nicole dijo después, pero aún así tenía que responder. No podía dejar que mi debilidad por las mujeres guapas destruyera mi imagen de director ejecutivo más competente de la ciudad.

—¡Perfecto!

Sabía que sería una buena respuesta para cualquier cosa que Nicole hubiera dicho.

—¿Señorita... Simon? Ya que es usted la responsable, arréglole. Su primera tarea será devolver mi coche al sitio que

le corresponde —dijo dándome las llaves.

Le extendí las llaves. Supliqué que no le pasara nada malo a mi coche. Se lo podía pedir a cualquier otra persona más competente. Sin embargo, la idea ya había tomado cuerpo en mi cabeza. Aquello debería ser suficiente para aterrorizarla. Sabía que debía mantenerla a distancia, haciendo lo que fuera necesario. No sería una sorpresa que abandonara el cargo antes de volver a mi despacho.

—Pero...

Miré sus inmensos ojos verdes y casi me perdí en ellos. Se había acentuado aún más su rubor. Era una combinación perfecta en una piel tan clara. Me imaginé cómo se pondría si... No, mejor ni imaginarlo.

—En diez minutos la llamo para asignarle su segunda tarea.

Inmediatamente, se dirigió al ascensor. No me molesté en mirarla. Nicole iba a seguirla, pero yo tenía que hablar con mi hermana antes. Tampoco necesitaba que nadie le dijera a Melissa que yo no era el monstruo que aparentaba. Sólo tenía un día malo que no tenía nada que ver con que su coche estuviera aparcado en mi plaza.

—Tú te quedas, Nick. Tú también, Alexa. Tenemos que hablar.

Entré en mi despacho. Tan pronto como se cerraron las puertas del ascensor, Nicole empezó su inquisición.

—¿Qué estás haciendo? ¿Quieres que se despida? —No respondí. Me senté y encendí el ordenador—. No había nadie con un currículum tan bueno y Alexa no puede dejar solo a Bruno por más tiempo.

Bufé. Bruno ya era mayorcito como para poder estar sin su novia por un tiempo. Abrí el correo. Un millón de mensajes. Mi día normalmente comenzaba lleno. Cinco mensajes de Mannie. Era mejor que Nicole no los viera. Ya tenía suficientes problemas.

—Ha aparcado en mi plaza —dije, ya impaciente—. Nicole, necesito alguien que entienda el significado de la palabra «reglas».

Insistí en ser detestable.

—¡Eres increíble! No me compliques el trabajo, Robert, o, de lo contrario, te juro por Dios que dejo de preocuparme lo más mínimo por quién colocas aquí dentro. ¡Te lo juro por Dios!

La única salida era ignorarla.

—¿Alexa?

Nicole se irritó y me dio la espalda.

—Creo que Melissa ya va bien. —Alexa hablaba mientras miraba la reacción de Nicole—. Hemos hablado poco, pero puedo pasar algún tiempo enseñándole.

—No quiero perder mi tiempo precioso.

Aproveché para abrir el correo de Mannie. Lo mismo de siempre. Quería verme, saber cómo estaba y follar una tarde entera. ¿Cuándo me dejaría en paz? Borré el mensaje.

—No será necesario. Es muy cuidadosa. Estoy segura de que va a adaptarse rápidamente.

Alexa estaba como loca por volver a su puesto al lado de Bruno. ¡Por amor de Dios! ¿Nadie en la empresa conseguía tomarse el trabajo en serio? Tenían todas las noches para el resto de cosas.

—Va a salir corriendo antes de que acabe el día.

—¿Qué? —preguntó Nicole enfurecida.

—Esa tal Melissa parece una niña asustada. No es capaz de aguantar mi ritmo de trabajo.

Y eso que ella ni siquiera podía imaginar mi ritmo.

—Me juego el sueldo a que esa chiquilla sale corriendo de este despacho antes de que acabe el día.

—Eres un idiota, Robert.

—Vete a trabajar, Nicole —bramé—. Tú también, Alexa. Ya me lo arreglo yo con la chica nueva.

—Melissa Simon —corrigió Nicole antes de salir del despacho.



—Eso. Melissa Simon.

La misma que ahora ocupaba mis pensamientos más de lo que debía.

Ya solo en mi despacho, pude volver a mi pequeña pelea con Tanya. Ella nunca me dejaría librarme de aquello. Me castigaría el resto de los días de mi vida por las decisiones que había tomado. Incluso después de habérmelo quitado todo. Pese a que ya no tenía esperanza alguna de ser feliz y había transformado mi vida en el campo de batalla que era convivir con mi propio pasado. No me quedaba esperanza alguna y tendría que convivir con eso.

Todos los días intentaba borrar los recuerdos con conversaciones animadas, copas al final del día, además de acostándome con alguna mujer de vez en cuando. Pero, cuando el sol salía y estaba solo en mi habitación, era imposible olvidar las palabras que había dicho, las decisiones que había tomado. Todo me condenaba a la oscuridad eterna que era estar dentro de mí mismo. Este detalle no lo adivinaría nadie, nadie sería capaz de cambiarlo.

No oí llegar el ascensor, pero sí el movimiento en la recepción. Luego supuse que era ella. Inmediatamente encendí la cámara que me mantenía informado de todo lo que pasaba en mi despacho y pude observarla sin tanta cautela. Ajusté el zoom lo que fue necesario centrando la imagen en ella.

Estaba despeinada, a pesar del esfuerzo que había hecho por recomponer su imagen. Jadeaba. Podía ver las curvas de sus senos subiendo y bajando debido a la respiración acelerada.

No conseguí identificar si el rubor en su cara era por el esfuerzo o por la vergüenza. Estaba maravillosamente irresistible. Melissa parecía inocente, pero sus ojos dejaban claro que no lo era. Sólo necesitaba un pequeño empujón. No sería yo quien se lo daría.

—Señorita Simon.

Requerí su presencia. «Vamos a acabar con esto cuanto antes», pensé.

Entró en mi despacho. Fingí que miraba algo en mi ordenador. En realidad, moví la cámara para poder verla desde ese ángulo. Estaba realmente asustada. Cogí las hojas de papel que Nicole me había entregado y fingí analizarlas, mirándola de tanto en tanto a través de la pantalla del ordenador.

Era bastante observadora. Prestaba atención a todo. Analizaba el despacho y el ambiente. Todo lo que sus ojos conseguían alcanzar. Estaba impaciente, ansiosa. De repente, me sentí ansioso también. Era como si tuviera necesidad de decir algo. Me sentí incómodo.

—Cuando acabe con la inspección...

Tenía ganas de enfrentarme a ella. Realmente, quería verla huir. Volvió su atención hacia mí. Sus ojos eran electricidad pura.

—¡Discúlpeme!

¡Oh, no! Era la típica muchacha sumisa y vulnerable. Una chiquilla asustada y totalmente hipnotizada por mí. Era presa fácil. Tenía que sacarla de allí cuanto antes.

—Señorita, ahora trabaja para un director ejecutivo. Es importante que esté atenta a todas las necesidades de su departamento. Debe estar siempre a disposición.

Este era el discurso típico. En mis empresas todos los empleados debían estar siempre disponibles, por eso llegaban antes y colaboraban con el funcionamiento general de la organización.

—Lo siento mucho.

Completamente sumisa. Se mordió los labios y desvió la mirada. Podría hacer diabluras con aquella niña. ¿Quería hacerlo?

—Ha llegado tarde

Tenía que huir de mis pensamientos. Ella no era suficiente para mí.

—Diez minutos. Ha tardado trece. Son tres minutos de retraso. Sin contar con que debería haberse presentado con

media hora de antelación para que Alexa y Nicole hubieran podido formarla adecuadamente.

Mientras hablaba, ella se agarrotaba. Sus ojos atentos y expertos me fusilaban.

Vi un cambio significativo. Me incliné hacia delante para analizarla directamente, sin usar las cámaras. ¿Hasta cuándo aguantaría?

—No lo sabía.

¡Vamos, Melissa! ¿Qué puedes hacer por mí? ¿Cómo eres, frágil o fuerte?

—No toleramos retrasos, señorita Simon. La señorita Nicole se lo explicará mejor esta noche, mientras le hace de niñera en vez de estar en una reunión familiar. Espero que se lo agradezca y que la próxima vez entienda que un retraso acaba causando problemas a todo el mundo.

Era eso. Podía ir más lejos. Podía forzarla un poco más. Sabía que al final, podía marcharse llorando o mostrar de lo que realmente era capaz.

—Y ahora me hace perder aún más tiempo. Las agendas — respondí después de ver su mirada perdida.

Iba a llorar con toda seguridad. Sería divertido y Nicole me mataría.

Por la cámara la vi andar hacia la mesa de manera cansina para coger las agendas. Volvió arrastrándose aún más y se paró delante de mí. No la dejé continuar. Melissa tenía un aire interesante cuando parecía contrariada. Sus ojos se estrechaban y se mordía los labios. Además su respiración se aceleraba, lo que permitía ver el baile de las curvas de sus senos.

—Señorita Simon, tiene usted voz. Pensé que sólo se comunicaba con esa mirada asustada.

Me reí deleitado con mi actuación. Le pedí que se sentara. Podía sentir como se hundía de manera tremenda. Era mejor que se sentara.

—Veo que Alexa no ha tenido tiempo para enseñarle cómo proceder cuando llega al despacho.

Alexa había hecho todo lo posible.

—No, señor Carter.

Otra vez sumisa, pero levantó la mandíbula. «¿Qué eres Melissa?», pensé. Estaba ansioso por descubrirlo.

—Necesito saber qué tengo programado en las agendas.

Desvié otra vez mi atención. No quería verla de aquella forma. Empezó a detallarme mis compromisos. De forma tan distinta a Abigail, que era sistemática. Melissa era algo más que no me dejaba descubrir. Escondía su verdadera cara. Era mucho más de lo que dejaba ver. Yo quería que se desbordara. Quería descubrirla, saber qué existía en su interior. Decidí provocarla un poco más.

—Empezaremos siempre por la agenda negra, señorita Simon.

Me pasé las manos por el pelo espantando mis pensamientos. No podía enredarla en aquello.

—¡Discúlpeme!

No, no, no. ¡No haga eso, Melissa!

—No se disculpe, señorita Simon. ¡La agenda negra, por favor!

Hablé con indiferencia, disgustado con la complejidad de su personalidad. Melissa era inexplicable.

—Reunión a las 15:00 horas con representantes brasileños.

¡Ajá!

Ya que íbamos a hacerlo, lo haríamos bien.

—¿Habla usted portugués?

¿Qué importancia tenía aquello? Seguro que Abigail ya había contratado un intérprete, como siempre hacía. ¿Por qué sentía esa necesidad desmedida de presionarla, de encontrar su límite?

—No.

¡Ah, Melissa! Me das más motivos para presionarte.

—¿Cómo va a acompañarme a la reunión si ni siquiera puede entender lo que dicen?

Vaya tontería. Ella no tenía que pasar por esa mierda.

—Hablo español —dijo

Casi se me escapó la risa.

—Después de ir a esta reunión, entenderá que es absurdo creer que puede entender el portugués sólo porque habla español. ¿A qué hora salimos?

No respondió. Suplicaba ayuda con la mirada, que iba de la agenda a mí y de mí a la agenda. La destruiría rápidamente. Era muy frágil, como me había imaginado.

—¿Dónde es la reunión, señorita Simon?

Seguro que la información estaba anotada en la agenda. Abigail era muy eficaz. Melissa pareció satisfecha al encontrar la respuesta correcta.

—¿Iremos en coche?

Volví a observarla por el ordenador. Sentía mucha curiosidad, pero no debía mirarla directamente. Se desmoronaría si actuaba de esa manera.

—¿Dónde puedo encontrar esa información?

No conseguí aguantarme la risa.

Ni yo mismo podía saber dónde encontrar esa información. Muy probablemente iríamos en coche. No utilizábamos el helicóptero con tanta frecuencia, especialmente yendo tan cerca. Volví a pasarme los dedos por el pelo. No debería haber hecho aquella pregunta. La infeliz se rompería en mil pedazos. No fui capaz de evitar presionarla un poco más.

—Señorita Simon, ¿qué está haciendo aquí?

Su cara enrojeció completamente y volvió a morderse los labios. Aquello era tremendamente sensual. Casi estaba llorando. Era hora de salir corriendo.

—¿Cómo ha conseguido este empleo?

Para mi total sorpresa, Melissa reaccionó. No salió corriendo ni llorando. Sus ojos se entornaron y alzó el mentón. Me sentí realmente amenazado. Una criatura tan pequeña y frágil se envalentonaba frente a mí.

Ahora sí sabría quién era realmente.

—Me contrataron por mi formación, señor Carter. Estudié Economía. Tengo un currículum excelente. No hablo portugués, pero sí que hablo con fluidez español, francés y alemán, lo que ya debería ser suficiente para cualquier empresa. Tengo experiencia en el puesto que estoy intentando desempeñar desde que ha llegado, pero no tengo forma de adivinar cómo funciona la empresa, porque nadie me ha informado sobre eso...

A partir de ahí dejé de escuchar.

Sólo miraba la manera en que se expresaba. Cómo defendía su derecho al puesto que ocupaba. Era aquello lo que quería, lo que la empresa necesitaba. Era fuerte. Sólo se escondía tras la imagen de niña frágil que necesitaba cuidados. ¡Melissa era admirable! Me alarmé cuando constaté que tenía una erección. Me había deleitado tanto la situación que no conseguí impedir mi reacción física. Deseaba a Melissa Simon cuando no podía ni debía desearla. Y entonces salió del despacho. Sus pasos resonaban indicando que se marchaba. No podía dejar que se marchara. No de aquella forma.

## Capítulo 4

Me di la vuelta en dirección a la salida del despacho. Sólo quería coger mi bolso y salir de aquel lugar. Tenía ganas de correr, aunque mis piernas parecían gelatina. Por eso me concentré sólo en salir caminando, aunque fuera a pasos lentos.

A pesar de toda la amplitud del lugar, era casi imposible respirar. Necesitaba aire urgentemente. Me di cuenta de que temblaba. Cuando se me pasara el subidón de adrenalina, seguro que me arrepentiría amargamente. Mi actitud podía comprometer mi carrera profesional.

Llegué a la mesa y antes de que consiguiera coger mi bolso, vi parpadear la luz del teléfono. Era la línea del señor Carter. Un momento después el sonido de la llamada llenó el ambiente. Miré atrás para comprobar que no se trataba de una burla. Estaba sentado con el teléfono en la mano, mirándome y pidiéndome con gestos que cogiera la llamada.

Me temblaban las manos, pero obedecí. Descolgué el teléfono y me lo acerqué al oído. No era necesario hablar. Todavía teníamos contacto visual lo que hacía que la tensión se palpara en el aire.

Contuve la respiración, esperando a que él hablara. El señor Carter me observaba a través del cristal de su despacho. Su mirada era intensa y me envolvía, como si me estuviera tocando. Podía sentirlo completamente. Era demasiado excitante. Me sostuve con la mano libre, apoyándola sobre la mesa, zarandeada por la intensidad de aquella mirada.

No decía nada.

Mis labios se entreabrieron, como si fueran a recibirlo y cerré los ojos interrumpiendo la fuerza que ejercían los suyos en mí. Aún podía sentir como me quemaba su mirada. Era demasiada locura para un sólo día. ¿Qué me estaba pasando?

—¿Señorita Simon? —me llamó, sacándome del trance.

Abrí los ojos para mirarlo de nuevo, frente a frente. Esperé. Tuve miedo. Aquello podía prolongarse. Aún podía preparar una de las suyas.

—Vuelva a mi despacho, por favor.

Empezaron a temblarme las piernas ante la expectativa de lo que podía hacer. Aún así, como no podía ser de otro modo, obedecí su orden y volví lentamente a su despacho. Me acompañó con la mirada durante todo el recorrido. Me quedé de pie, delante de su mesa, esperando.

—Siéntese, por favor.

Obedecí. Sentí que todo mi cuerpo temblaba.

¿Dónde estaba mi valor en aquel momento? Había dicho tantas cosas. Estaba casi a punto de recuperar mi libertad, de volver a mi vida sencilla, más armoniosa y, de una manera inexplicable, estaba de nuevo allí, sentada frente a él, obedeciendo sus órdenes.

—Señor Carter, yo...

Me pidió un momento levantando el dedo índice.

—Señorita Simon, me gustan las personas con carácter fuerte. Especialmente cuando tienen que defender una opinión o un punto de vista. Confieso que me ha impresionado cómo se ha transformado su comportamiento. Creía que era sólo una criatura atrapada. En cambio, para mi sorpresa, ha reaccionado.

Sus ojos brillaban, mientras sus labios dibujaban una sonrisa torcida.

—Me gustan las mujeres con actitud. —La sonrisa desapareció tan rápido como había llegado—. Pero no se acostumbre. —Desvió la mirada, volviendo a mirar los papeles



que había sobre su mesa—. Y no vuelva a hablarme de ese modo o la despediré.

Volví a respirar, pero aún me temblaban las piernas.

—No tiene que quedarse fuera de horario con Nicole. Mañana puede llegar más temprano para que ella le explique las normas de la empresa. Si ella está de acuerdo, claro está. Ahora puede volver a su mesa y organizar las agendas en su iPhone. A mí me da igual. Abigail acostumbraba a separarlo todo para no perderse. A mí me basta con tener la información necesaria en el momento en el que la precise. ¿No es así? — Moví la cabeza lentamente para asentir. El señor Carter me miró por el rabillo del ojo—. Y averigüe cómo y a qué hora iremos a la reunión. Emplee toda su curiosidad para descubrir qué es importante en su trabajo. ¡Nada más!

Cogí las agendas que estaban sobre la silla, di tres pasos para atrás y, antes de girarme para salir del despacho, noté que se formaba una sonrisa leve, casi imperceptible, en sus labios.

Volví a mi mesa, después de dejar que la puerta se cerrara tras de mí. Podría decirse que estaba conmocionada. Nunca antes había vivido una explosión de adrenalina como aquella. Me sentía agotada y no había pasado ni la mitad de mi jornada allí. Si todos los días iban a ser así, no necesitaría ponerme a dieta, al contrario, tendría que esforzarme para no perder peso.

Me senté y abrí la agenda blanca, pasando todas las entradas a mi iPhone. Eran compromisos particulares. Nada escandaloso o anormal. Algunas anotaciones, como enviar flores a Tanya o comprar un regalo a Olivia, me llamaron la atención. ¿Quiénes serían esas mujeres? Es verdad que un hombre en su posición podía tener las mujeres que quisiera. No sólo era rico. ¡Era rico, guapo y muy atractivo! Sobre todo cuando sonreía. Solté un suspiro largo. Él era algo por lo que valía la pena luchar.

Otro compromiso que me llamó la atención estaba fijado exactamente un mes desde esa fecha. Sólo había escrito en la agenda «Cena con Tanya». Dios mío, se solapaba con otro compromiso. No pude evitar reírme.

Una anotación a mano hizo que me parara a comprobar que no estaba mirando la agenda equivocada. Miré para comprobar si era la agenda blanca. Lo era. Volví a mirar la anotación. Decía: «Encuentro con Michael, Nathan y Vincent: Grecia». ¿Sería un encuentro de amigos en Grecia o una reunión que debía permanecer oculta a miradas curiosas? Suspiré y metí la información en mi iPhone y anoté la cita en la fecha indicada. Era en una semana. En cualquier caso, no era mi problema.

Abrí la agenda roja. Estaba repleta de información: reuniones, visitas a departamentos, consejos y otras reuniones internas, además de notas sobre hojas de cálculo, contratos, balances...

La agenda negra no contenía tanta información como la roja, aunque los compromisos parecían ser muy importantes. Reuniones con empresas de Arabia Saudí, Brasil, España, Canadá, China, entre otros países. También había dos viajes largos anotados: uno de allí a 20 días a Dubái y otro a Sídney, 20 días después del primero.

Otra vez me quedé intrigada con el compromiso que estaba anotado en la agenda blanca. ¿Se habría equivocado Abigail? Bueno, tendría que dejarlo como estaba anotado allí, así que intenté borrarlo de mi pensamiento. Sería bueno apresurarme a conseguir toda la información posible. Sería mejor evitar otro enfrentamiento con el poderoso Carter. Me reí para mis adentros, pensando en el apodo. ¡Era perfecto!

Una vez anoté todos los compromisos en el iPhone, busqué algo que me ayudara a asimilar más rápido mis funciones. Encendí el ordenador y... ¡Joder! ¡Sí que era minuciosa Abigail! Todo tan perfectamente organizado y colocado que sería imposible que alguien se perdiera. Ya en el escritorio había varias carpetas en orden alfabético. Debería haber llegado antes para ver todo aquello y habría evitado todo aquel lío. Me sentí fatal por no haberlo hecho.

Fui abriendo carpetas. Todos los viajes organizados de forma detallada. Cada horario anotado en las agendas. Todos los hoteles confirmados, medios de transporte, lugares para las reuniones y hasta posibles planes de ocio. ¿Cuándo se había vuelto tan precisa? En la facultad, Abby no era así, aunque

siempre se preocupaba de sus compromisos. ¿Quién lo diría? Aunque teniendo en cuenta la pequeña muestra de cómo era mi jefe, ya entendía la razón de que fuera tan perfeccionista.

Una vez más, había una carpeta sobre el viaje a Grecia. ¡Caramba! Tenía que ir con él. Solos él y yo. Un avión privado nos llevaría de aquí a una semana a ese viaje. Tuve que quitarme de la cabeza las imágenes que se proyectaron en mi mente. No podía pensar en cosas así, no con el poderoso Carter.

¡Caramba, caramba! No nos quedaríamos en un hotel, sino en una casa particular. ¿Qué significaba aquello? No había nada que indicara que los demás participantes en el encuentro también se alojarían en la misma casa. Sólo el señor Carter y yo. Mejor dicho, el señor Carter y Abby. ¿Será que ellos dos? No. No podía pensar así de mi amiga.

La información que necesitaba para calmar a la fiera estaba en una de esas carpetas. Iríamos en el coche de la empresa destinado a su transporte. No en su propio coche. Tenía que adaptarme rápidamente a la rutina. Saldríamos a las 14:30, con media hora de antelación. Me pareció que era poco tiempo. Siempre pueden surgir imprevistos, y seguro que el poderoso Carter no estaría precisamente contento si llegáramos tarde, pero Abby debía saber lo que hacía cuando lo anotó en la agenda.

Ya con esa información a mi disposición, no supe qué hacer. ¿Qué era lo más correcto, ir a su despacho y decirle que ya tenía la información o decírselo por teléfono? Mordí la punta del bolígrafo mientras no conseguía decidirme. Era una manía terrible que había adquirido cuando aún era estudiante. Nada como degustar un bolígrafo o un lápiz mientras me perdía en cuestiones tumultuosas.

—¡Buenos días!

Oí la voz grave y me sobresalté.

Quitándome el bolígrafo de los labios, vi delante de mí a un hombre fuerte, de hombros anchos y sonrisa inocente. Me observaba con sus ojos castaños, pero nada que fuera suficiente para ruborizarme. El pelo rubio y rizado le daba un

aspecto angelical. Se le hacía un hoyito en una de las mejillas cuando sonreía. Recordaba a un ángel. Un cupido.

—Soy Bruno Carter, director de Marketing. Y usted debe ser Melissa Simon. —Me alargó la mano. Inmediatamente le ofrecí la mía para un apretón fuerte, más incluso de lo que yo esperaba—. Alexa estará aquí en breve para ayudarla. Llevamos algo de retraso en nuestras actividades por el tiempo que ha tenido que dedicar a los dos departamentos. —Su sonrisa seguía siendo amable—. Necesito hablar con Robert. A juzgar por la sonrisa que me está dedicando desde el otro lado del acuario, me imagino que no será preciso que me anuncie.

Se volvió rápidamente hacia donde estaba el señor Carter. Acompañé su mirada para verlo analizando los papeles sobre su mesa, mientras movía la cabeza. Aunque estaba de lado, pude adivinar sus labios abiertos en una sonrisa. El señor Bruno Carter se aproximó para susurrarme unas palabras.

—Incluso así, es mejor que me anuncie. Será un punto a tu favor. A Robert no le gusta que las personas entren en su despacho sin ser anunciadas. Pronto entenderá por qué.

—¡Oh! Es verdad.

Me apresuré a coger el teléfono.

—¿Ya la ha asustado mucho?

Se metió las manos en los bolsillos y se volvió dando la espalda al señor Carter. Con toda seguridad, no quería que él supiera qué me decía. No tuve tiempo de responder.

—¿Sí, Señorita Simon?

—Señor Carter, el... —Me paré sin saber qué decir. Miré rápidamente al hombre que estaba junto a mí—. El señor Carter está aquí.

Oí una risa grave y baja al otro lado de la línea, además de la risa fuerte que oía a mi lado. Miré al señor Bruno cuando me susurró:

—Bruno.

Pensé que se me había incendiado el rostro del rubor.

—Señor Bruno, señorita Simon —respondió al otro lado de la línea el señor Carter, el verdadero, el poderoso Carter—. Y no tiene que ponerse nerviosa ni ruborizarse por eso. Pronto entenderá que con tantos Carter trabajando en la misma empresa es imposible llamarlos a todos de esa forma.

—Muy bien. —Me esforcé al máximo para no disculparme—. El señor Bruno está aquí.

—Puede hacerlo pasar.

Descolgué el teléfono notando que el señor Carter aún se reía de mí.

—No siempre es tan desagradable. Sólo cuando trabaja.

Sonreí tímidamente.

—Acompáñeme, señor Bruno.

Recorrí los ocho pasos contados hasta la puerta ancha del despacho del señor Carter. Después me retiré para que ellos pudieran hablar.

Volví a mi mesa a tiempo de oír una carcajada estruendosa, que identifiqué provenía del señor Bruno. No me atreví a mirar atrás. Aproveché y busqué la carpeta que detallaba los procedimientos para las reuniones internas. Abby había tenido el maravilloso detalle de dejar perfectamente explicado cada paso: el lugar de cada vaso de agua; la documentación que debía proporcionarse a cada participante; la necesidad de una mesa con café, agua y té. Fui a la despensa para organizarlo todo y lo dejé todo en la sala de reuniones. Lo dejé tal como Abby indicaba.

Como aún tenía tiempo, miré los correos. Nadie me había informado de aquello, pero siendo Abby un pozo de organización, seguro que estaban conectados al buzón del Outlook. Así era. Había muchos. De varios departamentos. Analicé uno por uno, conforme a las anotaciones de mi amiga, y reenvié los que eran pertinentes al correo del señor Carter.

Poco después de que se marchara el señor Bruno, no conseguí controlar mi curiosidad. Si el compromiso en Grecia era un montaje para un encuentro amoroso entre Abby y el señor Carter, ¿debía mantener los planes o no? Ya estaba

ruborizada, sólo de imaginarme haciéndole la pregunta. Pero mi jefe estaba de pie a mi lado, sin que yo me hubiera percatado.

—¿Algún problema?

Mi cara, roja como un tomate, me delataba.

—¡Ah! Sí... —dije con la boca seca—. Una duda... Señor Carter. —Él se mantuvo de pie a mi lado, agachando sólo un poco la cabeza como muestra de curiosidad—. Los compromisos... —Carraspeé para que mi voz ganara firmeza—. Los que están ya anotados. No han cambiado, ¿no?

Entornó los ojos.

—Sí, señorita Simon.

Aún no había entendido adónde quería llegar con aquello.

—Hay un... Viaje... A Grecia...

Esbozó una sonrisa encantadora. Tuve que pellizcarme varias veces para mantener un nivel aceptable de raciocinio. «¡Dios mío! Acababa de decir varios improprios a aquel hombre, respondiendo a los que él me había dicho, y ahora estaba aquí deslumbrada por su belleza», pensé. Mi cabeza era un caos absoluto.

—Está anotado en la agenda para usted y Abigail. Ahora que ella está de baja...

No tuve valor de continuar. Él aún sonreía.

—Es una reunión informal. Normalmente sólo viajo acompañado de mi secretaria. Por trabajo —añadió después de pensar un poco—. Si usted no se siente preparada aún, puedo pedir a Alexa que me acompañe. Será algo informal. Sólo necesito a alguien para tratar con los asuntos del día a día.

Hizo un movimiento con las manos por el que deduje que se trataba de cosas de poca importancia.

De cualquier modo, me quedé aún más cohibida. No entendía por qué de repente se mostraba tan comprensivo conmigo.

—No. Está bien. Puedo acompañarlo. Sólo había pensado...

Tuve la certeza de que mi rostro enrojeció todavía más cuando dije que había pensado algo más.

—¿Qué había pensado?

—Que usted no querría viajar conmigo, teniendo en cuenta que no tengo mucha experiencia... Aquí... En la empresa.

Su sonrisa fue reveladora. Tenía ganas de reírse de mí y de todo mi aturdimiento.

—Perfecto, entonces. ¿Puede enviar este fax?

Le cogí el papel de las manos. Aún me movía con torpeza por la conversación que acabábamos de tener. El señor Carter no dijo nada más. Se fue inmediatamente a su despacho. Me giré aturdida hacia el fax y envié el documento casi por inercia. No podía quitarme su sonrisa de la cabeza.

Media hora después volvió a abrirse la puerta del ascensor. Llegaron tres hombres y dos mujeres. El más alto se adelantó y se acercó a mi mesa. Era un hombre joven, rubio, con un tono parecido al de la miel, aunque un poco más claro. Llevaba el pelo liso y cortado en una especie de alboroto organizado. Era tan guapo como el señor Bruno, pero, en cambio, su belleza no era nada angelical, era más bien salvaje. Intimidaba, pero su sonrisa me relajó. Llevaba un traje oscuro. Cuando se acercó, vi las rayas finas de color claro que lo recorrían.

—Buenos días, señorita Simon.

—Buenos días. —Sentí curiosidad por el hecho de que ya conociera mi nombre. Dejé que me estrechara la mano. Su tacto era suave. Justo lo contrario de lo que me había imaginado—. Paul Hanson. Soy el director del departamento de Componentes. Tengo una reunión programada con el señor Carter. Estos son Adam Simpson, director de Investigación y Desarrollo, Alec Harris, director de Calidad, Christine Jackson, responsable de Relaciones Internacionales, y Joanna White, directora de Montaje y Construcción.

Todos me estrecharon la mano de manera educada. El señor Simpson me observaba durante todo ese tiempo con una mirada curiosa. También era muy guapo. Cabello color trigo, perfectamente liso, peinado al lado. Tenía unos ojos azules perfectos. Su rostro era ovalado con labios pequeños en forma de corazón. Sus mejillas rosadas me recordaban a las mías cuando sentía vergüenza. Tenía muy buena presencia. Llevaba un traje también oscuro y liso y una camisa de corte moderno, lo que le daba un aire más sofisticado que a los demás.

Las mujeres eran muy guapas, ambas de mediana edad. Llevaban trajes de chaqueta con buen corte que parecían ser cómodos. Las dos vestían de color oscuro. La única diferencia era que Christine era rubia mientras que Joanna era morena con el pelo rizado.

—¡Acompañenme, por favor! —dije indicando la sala de reuniones.

Después de llevarlos a todos, volví a mi mesa con la intención de avisar al señor Carter, pero él ya estaba delante de mí cuando llegué.

Sus ojos me miraban fijamente. Era insoportable aquella sensación de estar siendo invadida que sentía cuando me miraba de aquella manera. Era como si me tocara, de la forma más íntima y depravada posible. Jugaba conmigo, eso estaba claro. Lo peor de todo era que seguro que sabía muy bien lo que hacía. Sentí que me ruborizaba y la garganta se me secaba. El señor Carter se mantuvo callado y serio.

—Ya están todos en la sala. ¿Necesita algo más, señor Carter?

—No, señorita Simon. Como puede ver, esta reunión es tan importante como la reunión de esta tarde. Es más, están relacionadas una con la otra de forma directa. Nada ni nadie debe interrumpirnos. ¿Entendido?

Vaya cambio drástico de humor. ¡Dios mío! Tendría que aprender a convivir con aquello o me volvería loca antes de una semana.

—Perfectamente, señor Carter.



—¿Ha averiguado algo de la reunión de la tarde?

Frunció los labios en un gesto de lo más sugerente. Parecía que intentaba no reírse. Impulsivamente, levanté la cara para mirarlo frente a frente. Esta vez tenía la información. Iba armada y no dudaría en disparar.

—Saldremos media hora antes e iremos en el coche de la empresa, señor. —Arqueé las cejas dejando claro que ya no me intimidaba, lo que hizo que mi jefe no pudiera evitar sonreír, pero desviara la mirada—. También contamos con un intérprete, que se contrató hace tiempo. Se encontrará con nosotros en el hotel a la hora prevista.

—Perfecto. Gracias, señorita Simon. Si me disculpa.

Quedé satisfecha con mi actuación. Incluso con todos los conflictos, si seguíamos a aquel ritmo, sería interesante trabajar con aquel hombre los próximos cuatro meses.

Me senté y volví a concentrarme en las carpetas que Abby había organizado en el ordenador. Sonó el teléfono.

—Soy Nicole Carter. Robert me ha dicho que no necesitamos quedarnos al final del día. Te llamo para darte las gracias. —Me quedé sorprendida. Era yo la que debía estar agradecida y no ella, la todopoderosa Carter.

—¡Ah! De nada.

—Podemos comer juntas. ¿Qué te parece? Estaría bien. ¿En media hora?

—Discúlpeme, pero no puedo. El señor Carter está en una reunión con el señor Hanson y otras personas. Tendré que esperar. De cualquier modo, le agradezco la invitación.

—¿Robert en una reunión con Paul? ¡Hum! Creo que durará más de lo que te imaginas. Te sugiero que entonces pidas comida para él. Habrás recibido un menú por correo electrónico. Se envía cada día. Tiene que comer aquí hoy si tiene que salir a las 15:00.

—Claro. Lo organizo.

Me apunté que debía mirar el menú.

—Te sugiero que pidas también almuerzo para ti. Si Robert va a comer en el despacho, es probable que tengas que hacer lo mismo.

—Cierto. —Me lo apunté también—. Gracias.

—De nada. Me puedes llamar si necesitas algo. Deberíamos vernos una hora antes mañana.

—Aquí estaré, descuide. Gracias, de nuevo... ¡Ah! ¿Señorita Carter?

—Nicole. Sólo Nicole. Podemos saltarnos las formalidades.

Sonreí aliviada. Yo odiaba las formalidades. Distancian a la gente.

—¿Me puedes sugerir qué debo pedir de almuerzo para el Señor Carter?

Se rio.

—Muy atenta. Punto positivo para ti. —Me reí bajito—. Creo que una ensalada normal y pollo a la brasa. A Robert no le gusta comer pesado antes de las reuniones importantes. Pide vino blanco y agua.

Me lo apunté todo en una libreta.

—Gracias, Nicole.

Era una persona de trato mucho más fácil que el señor Carter.

Me dediqué a organizar el almuerzo. Una ensalada normal y pollo a la brasa para él, espagueti tropical para mí. No sabía qué era aquel plato, pero llevaba nata y me pareció perfecto. Pedí que me lo enviaran en una hora y media. En caso de que viera que la reunión se alargaba ya avisaría. Aproveché el tiempo libre para revisar las carpetas de los archivadores. Me ayudaría a conocer mejor los negocios de la empresa.

La reunión acabó justo cuando trajeron el almuerzo. Estaba preparando todo en la cocina cuando noté movimiento en la sala de reuniones. Salieron todos al momento en dirección al ascensor. El señor Simpson y el señor Hanson se quedaron un

rato más con el jefe. Siguieron hablando mientras yo esperaba de pie, cerca de mi mesa, atenta por si necesitaban algo.

El señor Simpson, una vez más, me observaba con atención mientras los otros dos hablaban ajenos a lo que ocurría. Me sentí incómoda. Pareció que mi reacción le gustaba. Agaché la mirada hasta que se dirigieron al ascensor.

—Hablamos esta noche, entonces, Robert —se despidió el señor Hanson dando una palmada en la espalda al señor Carter.

—Claro. Allí estaré.

La voz de mi jefe sonaba grave. Tensa.

Entonces el señor Carter se dio cuenta de que el señor Simpson no dejaba de mirarme. Entornó los ojos y, por algunos segundos, pareció no estar satisfecho. Me quedé helada. ¿A lo mejor creía que yo estaba ligando con el señor Simpson? Sería horrible.

Después de despedirse de ellos, el señor Carter caminó lentamente hacia mí.

—Señor Carter, he pedido su almuerzo. ¿Debo dejarlo en su despacho?

Me miró admirado. Un poco sorprendido, pero no hizo objeción alguna.

—Sí, claro.

Mientras volvía a su despacho, lo puse todo en un carrito que había allí y le llevé la comida.

—Puede dejarlo aquí mismo, señorita Simon.

Dejé el carrito cerca de la mesa y salí en dirección a la cocina. Era hora de comer y yo también estaba famélica.

Cogí el libro que estaba leyendo y me lo llevé. Comería sola. Nada como un compañero para alegrar el ambiente. Era un ejemplar de *Las nieblas de Avalón*, que ya había leído dos veces, pero fue lo primero que encontré cuando me quedé sin libros nuevos. Era una costumbre: releer los libros que me gustaban para evitar que el gusto por ellos se perdiera.

Aquel era un buen libro para ese momento: una bruja apasionada, un guerrero fiel a su rey, una princesa frágil y un rey de buen corazón. Me anoté mentalmente que debía comprar libros nuevos. Los viejos me estaban poniendo sentimental.

Me serví los espaguetis en un plato hondo y me senté a la mesa pequeña. Me puse un vaso de agua. Abrí el libro para retomarlo donde lo había dejado el día anterior. Leí las tres primeras líneas y me metí los espaguetis calientes en la boca. Bebí un poco de agua para moderar la temperatura. Leí cinco líneas más y, cuando iba a servirme más comida, sonó mi teléfono. Me levanté irritada. No me gustaba que me interrumpieran mientras comía.

Pero era el señor Carter. No miré para atrás para no verlo. Sólo podía ser una provocación.

—Sí, Señor Carter.

—Señorita Simon, ¿podría acompañarme mientras como?

Me quedé paralizada con la pregunta. ¿Qué significaba? ¿Me estaba invitando a comer con él? ¿Y eso? Miré hacia los lados, confusa. Me toqué el pelo para intentar aclarar las ideas.

—Sí, señor. —Mi voz sonó grave. Tuve que carraspear para recuperar mi voz normal—. Deme un momento.

Colgué el teléfono y fui inmediatamente a su despacho. No sabía si me estaba pidiendo que comiera con él o sólo que lo acompañara mientras él comía y me explicaba alguna cosa. Decidí ir a su despacho y ver qué decía él. El señor Carter me observó atentamente con una interrogación nítida en los ojos.

—¿Y su almuerzo?

—¡Ah, claro! Un segundo.

Sonrió y entornó la mirada.

Volví a la cocina para coger mi almuerzo y dejé el libro sobre la mesa. Volví a su despacho y me senté en la misma silla de antes. Dejé el plato y el vaso frente a mí. El señor Carter me observaba. No tuve valor de volver a comer. En

realidad, la ansiedad que me producía estar con él me había quitado el hambre.

—¿Qué ha pedido para comer?

Se sirvió un poco de ensalada.

—Espaguetis con salsa tropical.

—¿Quién le ha dicho lo que debía pedir para mí?

—Nicole, señor. —Me quedé cohibida por haber usado el nombre de pila de la señorita Carter. Era demasiado pronto para ese tipo de intimidades—. ¿No le parece bien?

Tuve miedo de haberme equivocado. Dios sabe cómo me castigaría por aquel desliz.

—No se trata de eso. Sólo he sentido curiosidad, porque es lo que yo habría pedido. Me he imaginado que alguien le habría ayudado.

Me mantuve callada, observando como masticaba su almuerzo. Era guapo hasta cuando comía. Se te hacía la boca agua. Mis ojos se concentraron en su maxilar, perfectamente dibujado. El movimiento era encantador. Le daba un aire salvaje, pero también místico. Me imaginé aquel mismo movimiento, pero en otra situación y me ruboricé inmediatamente con esos pensamientos.

—¿No tiene hambre?

¡Joder! Se me notaba conmocionada por su presencia.

—No mucha.

Cogí un poco de espagueti y me forcé a comer.

—¿Qué está leyendo?

—*Las nieblas de Avalón*.

No conseguía ordenar mis pensamientos.

—¿Fantasía? —La fantástica sonrisa torcida ya asomaba en sus labios—. ¿Le gusta?

Algo en la forma en la que había dicho «fantasía» me hizo imaginar de qué tipo de fantasía hablaba. Tengo la certeza de que me volví a ruborizar.

—Me gusta leer.

Me evaluó con su mirada enigmática. Parecía capaz de ver a través de mi ropa. Era como si me estuviera desnudando. Lentamente. Saboreando cada detalle de mi cuerpo. Suspiré y así quebré el efecto que su mirada producía en mí.

—Tenemos una biblioteca grande. Nicole se la enseñará. A mí también me gusta leer, pero no he tenido mucho tiempo para asuntos que no tuvieran que ver con la empresa.

—Me imagino... No debe de ser fácil.

—No. No es fácil.

Vi su mirada perdida en la nada. Tras un largo suspiro, el señor Carter volvió a comer.

—Es usted joven —me atreví a decir.

Él soltó una carcajada, suave y breve.

—¿Cuántos años tiene? —pregunté.

—Treinta y seis.

Yo sólo tenía 24 años. No parecíamos tan diferentes. El señor Carter aparentaba ser más joven, a pesar del cargo que ocupaba. De cualquier forma, era muy joven para el puesto.

Nos quedamos en silencio por un momento. Cada uno enfrascado en sus propios pensamientos. Permanecí con la cabeza agachada, jugando con la comida en mi plato. A cada momento que pasaba tenía menos interés en ella.

—¿Qué espera conseguir trabajando con nosotros?

Lo miré. Él me miraba atentamente. Sonreí.

—Por el momento, espero que el poco tiempo que pasaré aquí tenga peso suficiente para que otras empresas lo tengan en consideración.

—¿Sólo eso? —Lo escruté, buscando respuestas en sus ojos pues no sabía adónde quería llegar—. Tiene usted una licenciatura en Economía y notas excelentes. ¿No debería buscar trabajo en su sector?

Claro que lo buscaba, pero estar al lado de un director ejecutivo como él ya era una gran experiencia.

—Creo que aprenderé mucho mientras esté aquí.

Se rio. Parecía satisfecho con mi respuesta.

—Entonces, mantenga los ojos bien abiertos. Tenemos negocios en todo el mundo. Esta empresa es una fuente de información que le ayudará, y mucho, a entender cómo funciona el mercado mundial.

—Así lo haré. ¡Gracias!

Bebí un poco de agua y me topé con sus ojos. El señor Carter tenía los codos apoyados sobre la mesa otra vez, con las manos cruzadas sobre la cara y los pulgares tocándole los labios. Una vez más parecía ver a través de mi ropa, acariciando con destreza mi piel. Desvié la mirada para vislumbrar su lengua pasando levemente por sus labios, por detrás de las manos. Crucé las piernas en un intento ridículo de contener el calor que me inundaba. Se me aceleró la respiración.

¿Qué podía esperar de aquel primer día de trabajo si desde el primer momento ya estaba totalmente fascinada por él? ¿Cómo podía un desconocido jugar así conmigo? ¿Dónde estaban mis pensamientos correctos y coherentes? ¿Por qué mi ángel de la guarda no aparecía en aquel momento para impedirme pensar en tantas cosas prohibidas relacionadas con aquel seductor desconocido? Estaba perdida. Era consciente, pero la peor parte es que ni esperaba encontrar una respuesta. Sólo me dejaba llevar por la corriente.

## Capítulo 5

Sonó el despertador y me sacó del letargo o, más bien, de los sueños. Claro, había soñado con él. ¿Cómo podía no soñar con él después de la intensidad de mi primer día de trabajo? Parecía tan real, que me supo mal despertarme. Aún podía sentir sus labios en mi piel... Quemaba. ¡Qué locura!

Seguía muy cansada, aunque había dormido y, en aquel momento, levantarme era lo último que me pedía el cuerpo. Me había costado dormirme. Había vivido emociones muy distintas y extraordinarias el día anterior. Conocer al señor Carter, en aquellas circunstancias, la pequeña pelea, nuestros o más bien mis momentos de excitación enloquecedora, los de calma, las provocaciones. ¡Maldita sea! ¿Cómo iba a conseguir trabajar cuatro meses a su lado si cada segundo estaba repleto de sensaciones desconocidas?

Me incorporé lo justo para apagar el despertador. Tenía que llegar una hora antes o Nicole pagaría por aquel desliz. No era justo, especialmente porque ella se estaba portando muy bien conmigo. Me levanté sin pensármelo y me metí en la ducha. Aún me sentía flotar con tantas novedades, principalmente con la forma en como reaccionaba mi jefe. La forma en la que me miraba, cómo me hacía sentir como si me tocara.

Si sólo con su mirada me ponía así, no quería imaginarme cómo me sentiría en sus brazos. Un hormigueo recorrió todo mi cuerpo. No podía pensar en él de esa manera. El señor Carter era mi jefe. Mi guapo, atractivo, encantador y riquísimo jefe. Tenía que mantener la cabeza en su sitio para llegar a tiempo.

A pesar de todo lo que había pasado el día anterior, aún no podía creer o entender que un hombre como el señor Carter



podiera sentir algún interés por una mujer como yo. Si es que en realidad estaba interesado en mí. ¿Sentiría curiosidad? Al fin y al cabo, ¿qué otra cosa podría atraerle de mí?

Es verdad que no era fea, pero mi belleza era sencilla, completamente común.

Un hombre como él podía tener a las mujeres más guapas de la ciudad al alcance de su mano. Suspiré. Todavía tenía que enviar flores a Tanya y un regalo para Olivia. ¿Quiénes eran esas mujeres? ¡Dios mío! Eran tantas las preguntas.

La última reunión se había alargado y fue mucho más cansada de lo que me imaginaba. Varias presentaciones con diapositivas y un sinfín de documentos que había que repartir entre los participantes. Aún me dolían los pies cuando me acordaba. Los tacones no eran precisamente mi especialidad. Echaba tanto de menos mis viejas zapatillas de deporte. Pero tendría que esperar hasta el fin de semana. Y eso si al señor Carter no le daba por fijar alguna reunión o un viaje de última hora.

Cuando ya estaba casi terminando, oí el móvil sonando en alguna parte. Salí de la ducha, me envolví rápidamente en la toalla y corrí a buscarlo al bolso. El sonido invadía todo el cuarto. Cada timbre me creaba más ansiedad, porque no recordaba dónde lo había dejado. Recogí la ropa usada del día anterior, que había dejado sobre el sofá viejo de la habitación y encontré el bolso allí debajo. El móvil sonaba con mayor insistencia aún. Conseguí coger la llamada antes de que se cortara.

—¿Melissa?

Reconocí de inmediato la voz de Nicole.

—¿Sí, Nicole?

—¿Dónde estás? —Iba a responder, pero no me dejó hablar —. Por el amor de Dios, dime que ya has llegado al trabajo.

—No. Todavía estoy en casa, pero llegaré a tiempo...

—Ya llegas tarde

Parecía nerviosa.

—No. Quedamos en que llegaría una hora antes, aún tengo veinte minutos.

Miré el reloj de la mesita de noche.

—Melissa. Hace diez minutos que deberías estar aquí. Cuando quedaste con Robert que llegarías una hora antes, era una hora antes de los treinta minutos de antelación sobre tu hora de entrada. O sea, ya llegas tarde.

—¡Ay, Dios mío, Nicole! Voy para allá.

Corrí hacia el armario. Cogí una falda negra de un conjunto viejo que aún me iba bien y me puse una camisa negra. Me alegré de no haberme lavado el pelo, o tendría que haber salido sin secármelo y hacía frío aquel día. Me lo recogí en una cola, metí el estuche de maquillaje en el bolso, me puse los mismos tacones que había dejado en la puerta la noche anterior, cogí el bolso y salí corriendo hacia el coche. Tardé cinco minutos en hacer todo aquello, por lo que era probable que fuera hecha un desastre.

Conduje lo más rápido posible, dentro de los límites de velocidad de las calles de Chicago. Pese a todo, sólo conseguí llegar a la empresa a la hora que había calculado antes de la llamada de Nicole. Era tan absurda aquella obsesión por el horario. Siempre tarde, siempre tarde. Me sentía como si estuviera viviendo la vida de Alicia en el País de las Maravillas con el conejo y su reloj, siempre nervioso porque estaba preocupado con la hora.

Esta vez tuve cuidado y aparqué en una plaza para mortales. No fue difícil. Había pocos coches aparcados, por la hora que era aún. Así que llegué al quinto piso y vi a Nicole sentada a la mesa de la recepción. Tenía la mirada clavada en el teléfono que había delante de ella. En cuanto me vio, se levantó y empezó a cotorrear.

—¡Melissa, Dios Santo! Menos mal que has llegado. Ya estaba desesperada. Si a Robert se le hubiera ocurrido llamar para comprobar... Un momento. ¿Cómo vas vestida?

Me miré intentando adivinar qué llevaba puesto que provocara tanta incredulidad. ¿Qué problema había con mi

ropa? Llevaba una falda y una camisa formal. No estaba deslumbrante, pero no iba desarreglada. Es verdad que podía ir más elegante, pero no estaba tan por debajo del estándar que exigía la empresa.

—¡Ah! Ha sido lo primero que he encontrado cuando me has llamado. Ayer llegué tan cansada que no preparé nada para hoy. Pensé que tendría tiempo. Voy a maquillarme antes de que lleguen todos. —Por su cara entendí que no sería suficiente—. De acuerdo, Nicole. —Suspiré derrotada—. Estaré todo el día en la empresa. Hoy el señor Carter va a pasarse el día analizando contratos y hojas de cálculo. No tenemos ni reuniones ni compromisos externos.

Estaba a punto de llorar por lo tonta que había sido al escoger la ropa. Por su cara de horror, debía ir horrible.

—No puedes presentarte delante de Robert vestida así. Ven conmigo. Creo que podremos arreglarlo.

Me cogió de la mano y me arrastró con paso rápido por la misma sala que el día anterior estaba llena de empleados que me observaban. En aquel momento la sala estaba vacía, lo que permitió que Nicole me llevara casi volando entre las mesas hasta llegar a su puerta sin pomo. Pasamos por ella sin disminuir el paso. Así que entramos, ella empezó a estirar mi camisa hacia arriba.

—¡Quítate eso! ¡Rápido! —Obedecí de inmediato. También me quité la falda—. Creo que tengo algo que te irá bien. No usamos la misma talla. Definitivamente.

Se rio haciendo que de repente me sintiera gorda.

Entró en el mismo escondrijo en el que estaba cuando la vi la primera vez, dejándome en medio de su despacho, en bragas y sujetador. Me entró pánico sólo de pensar que alguien que llegara temprano para resolver algún asunto me encontrara allí medio desnuda. Menos mal que Nicole volvió enseguida con algo blanco en la mano.

—Rápido, ponte esto.

Me tiró lo que llevaba en la mano sin mirarme directamente. Se lo agradecí. Lo desplegué para ver qué era.

Era un vestido con escote cuadrado. Me quedaría justo.

—Vamos hablando mientras intento arreglarte. No hace falta mucho para funcionar bien en la empresa. —Nicole caminó hasta su mesa y volvió con varios documentos en la mano—. ¡Vístete ya, Melissa! ¡Dios santo! Si Robert entra y te encuentra así no puedo imaginar el lío que se formaría.

Me puse el vestido rápidamente. Como me había imaginado, me quedaba muy pegado, pero me iba bien de largo. Quería mirarme en un espejo para ver si iba demasiado escandalosa. No solía llevar ropa que marcaran tanto mis curvas.

—Me va muy justo, Nicole.

Lo que me pedía el cuerpo era quitarme ese vestido y volver a ponerme mi falda. Por lo menos no me sentiría cohibida cuando todos me miraran como, con toda seguridad, lo harían si me atrevía a ir por cualquier departamento con aquella ropa. Pero ella no prestaba la más mínima atención a lo que le decía. Sus ojos inmensos me analizaban. Tenía la mano derecha en la barbilla mientras se rozaba los labios con su dedo índice. La misma manía que el señor Carter.

—Tienes la piel más clara de lo que creía. Te quedará el rostro muy apagado. Vamos, suéltate el pelo. —Contrariada, obedecí. Tiré de la goma que me sujetaba el pelo y lo dejé caer sobre los hombros—. ¡Perfecto! Piel clara, cabellos oscuros... ¡Hum! —Se daba golpecitos con el dedo índice en los labios—. Creo que con un buen maquillaje quedará bien. No digo que tu belleza natural no esté bien, pero nada como un buen maquillaje para conseguir que una mujer guapa esté aún mejor.

—Nicole, no tengo intención de trabajar así, yo...

—Melissa, yo entiendo más de esto que tú. —Su pie minúsculo golpeaba el suelo como reprimenda a mi comentario. Me pareció gracioso—. La primera regla es estar presentable a la altura de esta empresa. O sea, nada de trabajar vestida de cualquier manera.

—¿En serio?

—No. En realidad, la regla es mía, pero parece que todo el mundo aquí piensa como yo, así que... —Sonrió, lo que hizo que aún me cayera mejor—. Trabajas para el cargo más importante de la empresa. Es imprescindible que siempre vayas impecable y con buena apariencia. ¿Imagínate que surge un imprevisto y Robert tiene que ir a una reunión con alguien importante? ¿Has pensado lo vergonzoso que sería que fueras vestida de cualquier manera? Un hombre en su posición no puede ir acompañado por una persona que no demuestre esmero en cuidar su apariencia.

—No creo que fuera tan mal así —dije en un intento de convencerme a mí misma.

Si todo aquello era verdad, estaba completamente perdida. No tenía ropa maravillosa que digamos. Siempre había preferido llevar ropa ancha, sobre todo cómoda. Hasta ese momento nunca había sido un problema.

—¡Sí que lo estabas, siento decírtelo! Soy muy crítica, lo sé. La ropa que llevabas ayer era aceptable, pero la de hoy... ¡Hum, hum!

Movió la cabeza de un lado al otro para expresar la negación.

—Ven. Te voy maquillando mientras hablamos.

—Estoy hambrienta, nerviosa. Necesito un café o me va a dar un colapso en cualquier momento.

—¿Café sólo? —Arqueó una ceja. Asentí con la cabeza a su sugerencia—. Como Robert. Interesante. —Nicole se volvió para empujar una silla sobre la que prácticamente me tiró—. Tendremos tiempo. Ahora vamos a ver cuál es la mejor base para tu tipo de piel. ¡Claro, tienes una piel fantástica! No hay que ponerte más que lápiz, rímel y pintalabios, aunque siempre es bueno hacer el servicio completo. —Cerré los ojos y desistí de luchar contra ella. Por lo que parecía no conseguiría impedir que continuara—. Es importante, Melissa...

—Puedes llamarme Mel.

—¡Mel, perfecto! Puedes llamarme Nick, Mel... Como iba diciendo, es importante que conozcas todos los departamentos de la empresa, además de conocer a todos los directores importantes. Hoy iremos a ver a todos, cuando Robert salga a comer. Me parece que va a comer con Tanya, así que tendremos tiempo.

Tanya otra vez. ¡Hum! ¿Sería su novia?

—Sabes bastante de su vida privada.

—Claro. Robert no es sólo mi jefe, también es mi hermano.  
—Claro. Abrí los ojos espantada. ¿Cómo no lo había pensado?  
—Me imaginaba que ya te lo habrían contado. Los chismes corren por los pasillos. —Se rio espontáneamente mientras se dedicaba a mi cara—. Yo, Robert y Bruno somos hermanos. Paul y Tanya son hermanos. ¡Ah! Paul es mi novio. ¿Nadie se ha tomado el tiempo de contarte los detalles de la vida privada de la cúpula de C&H Medical Systems?

—No precisamente.

—No te preocupes. Robert puede ser irritante, pero es una persona excelente.

—No tuvimos tiempo...

—Bueno... Adam Simpson es hijo de la mujer del padre de Tanya y Paul, aunque ellos no se consideran hermanos y, lo cierto, es que no lo son. Alexa es la novia de Bruno. Demasiada información, ¿no?

—¿Eso forma parte de las reglas de la empresa?

—No. Tienes razón. Sólo te lo cuento, porque ahora sólo se habla de ti, la recién llegada. Parece que Adam ya ha sucumbido a tus encantos. Y, por lo que sé de Robert y he oído de Paul, no quedará ahí. Hasta Bruno, que está loco por Alexa, ha hecho algún comentario sobre ti. Por eso, debo avisarte... Mantente lejos de todos ellos. Adam no tiene novia. Pero te aseguro que no es la persona ideal con la que empezar una relación en esta empresa. Además, Robert está totalmente en contra de las relaciones entre empleados. Sólo tolera lo mío con Paul y lo de Alexa y Bruno porque también somos accionistas, además de ser extremadamente discretos. —Se

paró a pensar un momento—. Pese a que creo que él no es la persona más adecuada para hablar de eso, pero... En fin, volviendo a las reglas...

—Mi cara reflejó la incomodidad que sentía.

Nicole me estaba dejando claro que el señor Carter era un conquistador irredimible. Tendría que tener cuidado. Ella seguía hablando.

—Robert está obsesionado con el horario, ya debes haberlo notado. Aquí nunca puede haber retrasos. Las personas llegan más temprano para que su trabajo no se vea perjudicado por el retraso de los demás. Robert necesita a su secretaria como el aire para vivir, pues tiene muchas responsabilidades y es imposible que se acuerde de todo o que pueda hacerlo todo sólo. También es un poco acaparador. ¡Claro! Se ha vuelto más paranoico después de algunos incidentes que han ocurrido en nuestra familia. Lo cierto es que es muy exigente, pero no es un dictador. Si consigues ser la profesional que necesita, será coser y cantar.

Sonreí recordando lo difícil que era ser «la profesional» que él necesitaba. Yo sólo era humana. Sabía que sería muy complicado trabajar para él, pero, por otro lado, también era una satisfacción estar bajo «sus órdenes». Sin embargo, mi jefe era un conquistador redomado, lo que me recordaba que en ese aspecto no debía ni considerarlo.

—Listo. ¡Ha quedado perfecto!

Me alcanzó un espejo. Me miré y me quedé paralizada con mi imagen. Mis labios parecían más grandes y estaban pintados de rojo. Me los toqué con los dedos.

—¡Rojo!

—Perfecto, ¿no?

—Llamativo y escandaloso.

—Melissa... Mel. El rojo te queda perfecto. Una piel tan clara como la tuya no hace que parezca vulgar. Al contrario, has quedado fantástica. Estás maravillosa.

—No para trabajar.

—Claro que sí. Yo, que soy la responsable de las reglas, te digo que sí.

Se puso las manos en la cintura y frunció el ceño. Solté una carcajada.

—No creo que funcione.

—Ya ha funcionado. Vamos. Nos está esperando un café delicioso. Quédatelo. —Me dio el pintalabios que me había puesto—. Para que puedas mantener el color vivo todo el día.

Me lo guardé en el bolso, que no pegaba para nada con la nueva ropa y seguí a Nicole.

Después de un café largo y de muchas reglas, que de ningún modo podía olvidar, jamás, Nicole me liberó. Cogí el ascensor y llegué temprano a mi despacho. Al menos tendría tiempo para preparar todas las actividades del día.

Así que llegué, metí el bolso en uno de los cajones. Cogí el iPhone. Abrí los correos, imprimí los documentos que había que entregar al señor Carter y comprobé la agenda del día. Decidí ser un poco más osada y sorprenderlo. Cogí el móvil y le envié un mensaje.

«Buenos días, señor Carter. Hoy no tiene ninguna reunión programada. Sólo análisis de contratos e informes. ¿Necesita que organice algo antes de su llegada? Melissa Simon».

Me reí al imaginar lo que me gustaría que me pidiera.

—Céntrate, Mel. Es tu jefe. Nunca te olvides de ese detalle importante.

Repetí la frase en voz alta para que no se me quitara del pensamiento. Volví a mis actividades. Quince minutos después estaba de pie, esperando a que se imprimiera un contrato, cuando se abrió la puerta del ascensor y entró el señor Carter.

Sus dos primeros pasos fueron seguros y rápidos. Cruzamos la mirada cuando él se paró repentinamente. Contuve la respiración. Ahora estaba segura de que toda aquella payasada de la ropa ajustada y el pintalabios rojo era demasiado.

Noté cómo recorrió mi cuerpo entero, de arriba abajo. Me entraron escalofríos. Ese detalle bastaba para que me sintiera



ansiosa de que me tocara. Su mirada era caliente, como debían ser sus manos, y me invadía como si fuera su propio sexo. Sus ojos se pararon en mis labios. Su boca se abrió levemente. Deseé tocarla. Era una sensación muy fuerte. Tuve que hacer un esfuerzo descomunal para reprimirla.

—¡Señorita Simon!

Dio algunos pasos hacia mí.

—Señor Carter. Buenos días.

No dejó de observarme. Me notaba el rostro tan rojo como los labios.

—¿Nick? —dijo levantando una ceja.

Sentí vergüenza. Debía de estar patética.

—Ah, sí —admití tímidamente.

—Como siempre. Ella nunca se equivoca. —Esbozó una sonrisa torcida—. El rojo le queda muy bien, señorita Simon.

Se acercó un poco más a mí.

—Gracias.

El señor Carter llevaba un traje gris claro y una camisa blanca sin corbata. Parecía ir vestido para un encuentro informal y no para trabajar. Era agradable, además de reconfortante, mirarlo. Entró en su despacho. Lo seguí, llevando en la mano dos contratos que debía entregarle.

—¡Ah! —Se volvió hacia mí, antes de dejar la cartera sobre la mesa—. He recibido su mensaje. —Su voz sonaba relajada, por lo que deduje que había sido una buena idea—. Muy eficiente, señorita Simon.

Inclinó la cabeza un poco hacia un lado, de manera casi imperceptible. Me volvió a observar atentamente. De nuevo, era como si pudiera ver a través de mi ropa, lo que conseguía volverme loca. La sensación era casi «orgásmica».

—No hay reuniones hoy, ¿no? —dijo poniendo fin al juego.

Se lo agradecí. Si no lo hubiera hecho, habría acabado gimiendo en medio de su despacho.

—No, señor.

—Perfecto. Necesito dedicar algunas horas a estos contratos. Por favor, señorita Simon, no recibiré a nadie esta mañana. ¿Entendido? A nadie. Ni a mi propia madre.

Rodeó su mesa hasta llegar a la silla y me miró de nuevo. Era físicamente imposible resistir aquella mirada. Si seguíamos así todo el día, tendría un orgasmo sin necesidad de ningún otro estímulo.

¡Joder! ¿Cómo podía afectarme de esa manera? No era normal, ni mucho menos. Pensé que llevaba demasiado tiempo sin ver a Dean. El sexo es importante para mi salud mental, especialmente ahora con este nuevo empleo.

Salí del despacho sintiendo aún su mirada en mi espalda.

Un mensaje en el móvil hizo que desviara la atención. Venía de un número desconocido. «¿Podemos ir de compras hoy después del trabajo? Será un honor ayudarte con tu “nuevo” armario». Nick. Sólo ella sería capaz de invitarme a algo así y además enfatizando el «nuevo».

Sólo la conocía desde hacía dos días y era como si ya fuéramos grandes amigas. Aquello era peligroso. Guardé el número en la agenda y volví a mis ocupaciones.

Dediqué toda mi atención a las carpetas que estaban guardadas en los cajones. Necesitaba saber más de la empresa. No era mi obligación, sin embargo, como economista, era natural que quisiera aprender y enterarme de todos los asuntos.

Oí el ruido de unos tacones chocando contra el suelo. Me volví hacia el sonido y contemplé un par de piernas esbeltas. Levanté la mirada para toparme con un rostro perfecto. Era una mujer muy bien vestida, con un cuerpo fabuloso, que destilaba riqueza, lujo y superioridad. Me levanté corrigiendo mi postura y pasándome las manos por el cuerpo para ajustarme el vestido.

—Buenos días.

Procuré ser lo más educada posible.

Ella me miró de arriba abajo. No como lo haría Nicole y mucho menos el señor Carter. Su mirada me recorrió con un gesto de desaprobación. Me sentí vulgar. Como si hubiera cometido un error imperdonable. No podía evitar sentirme culpable por haber accedido a ponerme aquel vestido y a llevar aquel maquillaje, especialmente el pintalabios rojo.

—Buenos días.

Su tono era acre. Seguía llevando la censura estampada en la mirada. La mujer que tenía delante parecía odiarme. Y lo peor es que yo no había hecho nada para granjearme su odio.

Lanzó una mirada rápida al despacho que ahora quedaba justo detrás de mí, donde estaba el señor Carter. Dudó.

—Tengo que hablar con Robert, el señor Carter.

Noté que había hecho énfasis en el «señor», como si quisiera dejar claro el límite entre ambas, lo que me llevó a pensar nuevamente que debía parecer muy vulgar. Con toda seguridad, aquel era el motivo.

—El señor Carter ha pedido que no le interrumpan.

Insegura, miré hacia donde estaba mi jefe y lo vi con la cabeza baja, totalmente concentrado en el contrato que analizaba en ese momento. Era una situación embarazosa. Le estaba impidiendo entrar, fuera quien fuera ella, y, al mismo tiempo, lo único que hacía era cumplir órdenes.

La mujer esbozó una sonrisa desafiante. Le brillaban los ojos y levantó los hombros como muestra de superioridad.

—No voy a tener en cuenta sus formas, porque sé que es nueva en el puesto y, principalmente, porque ya empezó cometiendo errores. —Había un brillo perverso en su mirada—. Ahora, vamos a empezar de nuevo. Por favor, avise a Robert de que Tanya está aquí.

Me temblaban las manos. ¿Qué tenía que hacer? Descolgué el teléfono y apreté el botón de la línea del señor Carter. No miré hacia atrás. Tenía miedo de lo que podía encontrarme.

—Sí —dijo él al otro lado.

—Señor Carter, la señora...

—Señorita Simon, creo haberle dicho que no quería que me molestaran, ¿no?

—Sí, señor, pero...

—He dicho bien claro que no quería que me molestara nadie.

—Sí, pero, señor Carter...

—Cumpla mis órdenes, señorita Simon. Esa es la regla más importante dentro de la empresa. ¿Está claro?

Miré para atrás para comprobar que sabía de qué se trataba. La situación era extremadamente embarazosa. Por un momento, cruzamos la mirada. No estaba de broma.

—Perfectamente, señor.

Oí que colgaba el teléfono y respiré profundamente para reunir el valor para enfrentarme a la fiera que tenía delante.

—Gracias —dijo ella con aire triunfal.

—Él... —Carraspeé para aclararme la garganta—. El señor Carter ha pedido que no le molesten.

Aún cohibida, vi que su boca se abría lentamente. Sus ojos pasaron de mí al señor Carter que continuaba enfrascado en la lectura. Y fue entonces cuando la señorita Tanya enloqueció.

Sin mirarme otra vez, se volvió en dirección a la puerta del despacho del señor Carter y entró. Me quedé en mi sitio, paralizada, sin saber bien qué hacer. En buena lógica, debería haber intentado impedirselo, pero su nombre aparecía en su agenda de compromisos personales, lo que significaba que tenían algún tipo de relación. ¡Maldita sea! No conseguía despegar los pies del suelo mientras ella pasaba por la puerta camino de mi jefe señalándolo con el dedo.

Desde donde estaba podía contemplar toda la escena, aunque no podía escuchar qué decían. Como había imaginado, el despacho estaba insonorizado. Me quedé parada, petrificada. No podía desviar la mirada de los dos.

El señor Carter pareció sorprendido por la intromisión y, por la forma en que reaccionó, estaba claro que gritaba. La

señorita Tanya también estaba descontrolada. De repente, se percataron de mi presencia y de que, aunque no oía nada de lo que decían, lo estaba viendo todo. Me ruboricé cuando se volvieron para mirarme. Dejé de respirar.

El señor Carter caminó hasta la puerta, la abrió y vino hacia mí. No sabía qué decir. Sólo quería salir corriendo de allí, pero no me dio la oportunidad.

—Señorita Simon, siento mucho las molestias.

Se tocó la cabeza con la mano, prueba de que estaba avergonzado por la situación.

—Por favor, busque a Nicole y pídale que la acompañe a visitar la empresa. Creo que este es un buen momento para que conozca el resto de departamentos.

—Claro. Discúlpeme, señor Carter.

—No se disculpe.

Estaba impaciente, lo que me dejó aún más descolocada.

—Ok.

Cogí mi móvil y salí volando hacia las escaleras. El ambiente no estaba como para esperar el ascensor.

## Capítulo 6

Llegué al quinto piso agitada aún por los acontecimientos. Caminé hacia la recepcionista que me observaba con atención. Era normal. Había entrado por las escaleras y había llegado aún jadeante. Estoy segura de que tenía la cara encendida. Me miró de arriba abajo y me sonrió de manera sincera. Le pedí que me anunciara a Nicole. Esperé poco más de dos minutos antes de que finalmente me mandara entrar.

Pasé entre las mesas. Me quería morir. El vestido ajustado y los tacones hacían que mis movimientos fueran más pronunciados. Todos los hombres dejaban de hablar para mirarme. También noté algunas miradas femeninas, no muy amistosas. Di las gracias a Dios cuando la puerta de Nicole se cerró tras de mí.

—Mel, ¿qué ha pasado? ¡Ay, Dios mío! ¿Has hecho alguna burrada? ¿Te ha despedido Robert? Mel...

—Calma, Nicole, el señor Carter sólo ha sugerido que me llevaras a conocer la empresa.

—¿Y eso? ¿Por qué no me ha llamado?

—Ha surgido un imprevisto.

Me mordí el labio inferior evitando comentar lo que no debía. Nicole entornó los ojos y me observó atentamente.

—¿Qué ha pasado, Melissa? Es mejor que me lo cuentes o lo averiguaré yo misma.

Amagó con ir a ver al señor Carter y me apresuré a impedirselo.

—Nicole... Nick... —Respiré hondo—. El señor Carter está con una persona en este momento... Una mujer... En una

situación un tanto delicada.

Nicole abrió la boca, estupefacta.

—No puede ser que estén discutiendo. No. Ni siquiera...

—¡Dios mío!

Me tapé los oídos para no oír nada, fuera lo que fuera.

—Se están peleando. Ya está dicho.

Estuve a punto de tirarme al suelo a llorar al pensar cuánto me odiaría el señor Carter cuando se enterara de que le había contado a su hermana lo que había visto.

—No le digas que te lo he contado, por favor —le pedí.

—Era de imaginar. Era Tanya, ¿verdad? Estaba segura. ¿Cuándo va a entender que así no se resuelven las cosas?

—Nick, no tengo ningún interés en saber nada de la vida privada del señor Carter. Hagamos la visita a la empresa y punto.

Se rio.

—Vale. Es lo mejor que podemos hacer. Empecemos cuanto antes.

Caminamos dos horas seguidas, entrando y saliendo de los departamentos, pasando por situaciones embarazosas y aguantando las embestidas del señor Simpson. Luego, el señor Carter llamó a Nicole al móvil requiriendo mi presencia.

Esta fue la parte más complicada. Ponerme frente a él después de todo lo que había visto era, cuando menos, extraño. No sabía cómo actuar. Incluso así, entré en el ascensor intentando controlar el temblor de mi cuerpo. Me imaginé qué me diría. Si pediría disculpas, si me daría una explicación de lo ocurrido. Pero me equivocaba.

Cuando entré en el despacho, el señor Carter estaba al teléfono hablando con alguien sobre acciones que estaban a la baja en el mercado. Me llamó la atención, aunque no era prudente prestar más atención de lo necesario a sus conversaciones. Sólo Dios conocía el humor de este hombre. Cuando terminó sólo pidió el expediente de un cliente. Ni una

palabra sobre lo ocurrido. Ninguna señal de incomodidad. Nada.

Seguí trabajando y me esforcé por no pensar en el incidente. Mi mayor temor era el odio que con toda seguridad aquella mujer iba a desplegar contra mí. Al fin y al cabo ¿quién era? ¿Una novia? ¿Una exnovia?

Sería muy difícil mantener la calma teniendo que evitar su odio.

Mi móvil vibró. Era un mensaje:

«¿Quieres salir? Puedo recogerte a las 20:00».

Era Dean. No habíamos hablado en los últimos días. Nuestro último encuentro fue medio extraño, a pesar de que había acabado como yo quería.

Dean Bailey era mi «ligue» y también mi amigo. Me gustaba, pero no suficiente para casarme y tener hijos con él. Me gustaba tenerlo siempre alrededor, principalmente en los momentos en que necesitaba tener a alguien cerca. Lo más cerca posible.

Últimamente andaba extraño, meloso. Hablaba de que nuestra relación tenía que evolucionar. No era, eso era seguro, lo que yo quería en aquel momento. Respondí a su mensaje.

«Tengo un compromiso. ¿Puede ser mañana? Besos, Mel».

No me respondió. Visto el entusiasmo de Nicole, no ir de compras con ella sería como darme un tiro en el pie.

El señor Carter salió a la hora del almuerzo y avisó de que no volvería hasta el final del día. Antes de salir, me pidió que dejara sobre su mesa otros dos expedientes de clientes.

Comí con Nicole y Alexa. Hablamos de todo, salvo de lo que había pasado. Alexa me contó que el señor Simpson había abordado al señor Bruno para pedirle información sobre mí. Como trabajaba con el señor Carter no se atrevió a abordarme en el despacho. Me sentí aliviada de que no hubiera sido así.



Al final de la tarde, mi jefe llamó avisando de que ya no volvería. También me dijo que me llegaría un informe por correo electrónico y que lo necesitaba impreso sobre su mesa al día siguiente, muy temprano. Anoté la información en una libreta para hacerlo después, mientras estudiaba una hoja de cálculo que había recibido. No era mi función, pero, como buena economista, esta información no me pasaba desapercibida.

A la hora acordada, Nick y Alexa pasaron a recogerme. Estaban encantadas con la idea de ir de compras, mientras yo estaba aterrorizada. Seguramente, mi tarjeta de crédito tenía un límite bajo comparado con las suyas y no me podía permitir dilapidar mis ahorros.

Nunca he andado ni gastado tanto como aquel día con las dos. Nick pensaba que todo me iba perfecto, por eso me obligó a comprar todos los tipos de vestidos, faldas y camisas que consideraba adecuados para el trabajo. Yo, personalmente, consideraba todo demasiado ajustado, demasiado transparente y demasiado corto.

Sólo cuando decidimos parar a cenar me acordé de la nota sobre el informe que el señor Carter me había pedido. Debía recibir el archivo por correo electrónico. Debería haberlo dejado impreso sobre su mesa y, por un error imperdonable por mi parte, me había olvidado completamente de hacerlo. ¡Dios mío! Por eso sí que me despedirían.

Tuve miedo de comentarles mi error a las chicas. Un error como ese haría que me vieran como una incompetente. Decidí inventarme una cita de última hora con Dean para conseguir dejarlas y volver a la empresa para cumplir con mi obligación.

Al guardia de seguridad le pareció extraño, pero acabó dejándome entrar, cuando accedí, no sólo a dejar el coche fuera del complejo, sino a no llevar mi bolso. ¿Qué se creía? ¿Qué iba a robar información? Tuve que acceder o no podría enmendar mi error. Miré la hora cuando estaba aún en el ascensor. Las once. ¡Caramba! Nicole sabía cómo gastar el tiempo.

Estaba exhausta. Los tacones parecían aún más incómodos. Entré en el despacho con la vista puesta en el ordenador de mi mesa. Lo encendí tamborileando los dedos mientras se iniciaba lentamente. Abrí el correo, localicé el archivo y lo envié a imprimir. Me sentí más tranquila, incluso más ligera, después de haberlo conseguido.

Sólo noté su presencia cuando fui a la cocina en busca de agua.

Sus ojos grises estaban clavados en mí. El señor Carter estaba apoyado en su mesa. Sin americana y con la camisa por fuera del pantalón. Tenía un vaso en la mano con whisky.

No sé qué fue más fuerte si el deseo intenso que me asaltó al verlo observándome una vez más de aquella forma tan perturbadora tan propia de él, o la vergüenza de que me cogiera in fraganti en otra incompetencia. Tuve miedo de las dos reacciones.

Levantó una mano, invitándome a pasar la barrera que nos separaba, su inmensa puerta.

Caminé hasta él y me detuve a una distancia razonable y cómoda. Con la poca luz que había en el despacho era imposible ver qué hacía, aunque era bastante evidente que no estaba en su estado normal. ¿Estaría cansado? ¿Preocupado? ¿Irritado?

—¡Melissa!

Su voz parecía arrastrarse, un tanto ronca y sensual, lo suficiente para que yo me mojara. Me había llamado por mi nombre de pila, no formalmente, como siempre hacía. Era demasiado para mi equilibrio mental. Intenté desesperadamente sacar la voz desde algún lugar. Cuando lo conseguí, fue difícil decir lo que debía decir en aquel momento, porque lo único que quería decir era «tómeme ahora mismo» y añadir «por el amor de Dios» como súplica. Carraspeé.

—Señor Carter, ya he acabado... Yo... ¡Discúlpeme!

No fui capaz de admitir mi error. Él solamente me miraba y sus labios exhibían una sonrisa más que tentadora. Tenía un

brillo en la mirada, nada ingenua. Sabía que me estaba volviendo loca. O peor, podría haber jurado que quería volverme loca.

—¡Muy bien! —Me asusté con la comprensión que demostraba—. Parece que hoy nada ha salido bien.

Mi mente, aunque estaba saturada, consiguió registrar el momento en que sus ojos se nublaron. La tal Tanya era quien había provocado aquella situación tan embarazosa. Sólo podía ser ella.

—¿Algún problema, señor Carter? ¿Puedo ayudarle en algo?

Instintivamente mis ganas de ayudarle hicieron que hablara más alto. Su mirada se transformó de nuevo. El brillo se intensificó, más seductor, más hambriento. Yo sabía de qué estaba hambriento. Y lo peor de todo, quería saciarlo.

Avanzó hacia mí. Mi conciencia prácticamente me empujó hacia atrás. Sólo oía: «¡Cuidado! No es de confianza». Pero mi cuerpo vibraba enloquecido, ansioso por sus caricias. ¿Cómo podía sentirme así? Mi cabeza daba vueltas.

Mientras tanto, seguí reculando hasta que sentí el frío del cristal en la espalda. No tenía modo de escapar. El señor Carter, consciente de mi situación, esbozó una hermosa sonrisa y apoyó las manos sobre el cristal. Me tenía en sus brazos sin tocarme.

—Señor Carter... —dije intentando devolverlo a la realidad.

—Cuidado con ofrecerme ayuda, Melissa.

Su rostro estaba pegado al mío. Sentía su aliento delicioso en mi piel.

—Hay un riesgo muy alto de que la acepte.

Se acercó un poco más. Me embriagaba su aroma masculino mezclado con perfume caro. Era afrodisíaco.

—Señor Carter, no.

Conseguí hablar, sin creer lo que estaba diciendo. Sonrió abiertamente mojándose los labios con la lengua. Otra parte de mi cuerpo acabó totalmente mojada. ¡Dios mío! No podría resistirme.

Dejó que su boca llegara muy cerca de la mía. La expectativa parecía disminuir el ritmo del tiempo haciendo que mi cerebro registrara todos sus movimientos a cámara lenta. Cuando pensé que iba a experimentarlos, se desvió. La punta de su nariz recorrió mi mejilla hasta la oreja. Podía sentir sus labios cerca de mi piel. Mi respiración estaba descontrolada y mi corazón amenazaba con explotar.

—¡Melissa! —me susurró al oído—. ¿Has tenido ganas alguna vez de tocar algo que sabes que está prohibido? ¿Has sentido alguna vez el deseo irresistible de experimentar algo que sabes que no es correcto social o éticamente? ¿Tan prohibido y al mismo tiempo tan apetecible que sabes que podría destruirte?

Volvió a mirarme a los ojos a la espera de una respuesta. ¿Qué debía responder?

—Sí.

Estaba hipnotizada por sus ojos. ¿Cómo era capaz de decir algo así? Él dejó escapar una carcajada entre los labios.

—Entonces... Melissa.

Sentí un escalofrío en la frente al sentir su cuerpo aún más próximo al mío, al sentir sus labios más cerca aún.

—Entonces, será mejor que se marche. —Me quedé sorprendida—. O tendré la tentación de aceptar su ayuda, pero a mi manera.

Apartó un brazo dejándome pasar. Sin conseguir pensar claramente, me dirigí al ascensor. No tuve valor de mirar atrás. Era demasiado tentador. Nunca me había visto de una manera tan promiscua y lujuriosa como en aquel momento.

El sexo para mí era una necesidad, pero sin demasiadas historias ni alegorías. Era sexo y ya está. Dependía más de mí que de ninguna otra persona. Pero viendo al señor Carter

mirarme de esa manera, me imaginaba en algunas situaciones con facilidad. Y las deseaba.

Entré en el ascensor. Di gracias a Dios de que mi excitación no fuera lo suficientemente ácida como para traspasar mis bragas. Si lo hubiera sido, me habría consumido ya.

## Capítulo 7

Tanya había acabado con mi capacidad de mantener el equilibrio.

Habíamos llegado a un punto en que era imposible recular. O la destruía o ella acabaría conmigo. No podía ser débil. No podía permitir que consiguiera su objetivo o toda mi familia, incluido yo, acabaríamos en el barro. ¿Cómo había podido dejar que las cosas llegaran hasta aquí?

Sabía que ella no toleraría ningún desliz, pero, a pesar de que era consciente de los riesgos, no podía quitarme a Melissa de la cabeza. Ni a ella, ni su vestido blanco, ni el pintalabios rojo, cortesía de mi hermana. Nicole no sabía lo que hacía. Melissa podría acabar con todo lo que había conseguido hasta entonces con tanto sufrimiento.

Claro, no deseaba nada más que su rostro claro, su piel húmeda y sus pechos exuberantes. Era sólo sexo, nada más que eso. Pero, joder, era el sexo que más deseaba en los últimos tres años. O dos años. No lo sabía seguro. Lo cierto era que Melissa me estaba afectando de una manera que hacía tiempo no experimentaba.

No sé si era porque estaba intentado controlar el deseo que sentía por mí, algo raro, porque las mujeres dejaban pronto claro lo que querían. Melissa era diferente. Me miraba con deseo. Se ahogaba. Sentía la intensidad, pero reculaba. Siempre reculaba. Algo dentro de ella le decía que era un error: un enorme, pero delicioso error.

Quizá fuera mejor verme con Mannie pronto. Al menos tendría una tarde de placer que me haría olvidar muchas cosas, aunque fuera temporalmente. Mannie tenía buena cama, aunque, por desgracia, era lo único que tenía. No, mejor

descartar este posible reencuentro. Con toda seguridad encontraría a alguien en mi agenda que me ayudaría a descartar la idea absurda de meter a Melissa en mi vida.

Tanya había causado muchos inconvenientes al aparecer cuando menos lo necesitaba. Creía que aún podía hacer lo que le pasara por la cabeza. Creyó que podía entrar en mi despacho y acusarme de buscar aspectos sombríos de su vida. Es obvio que tenía que investigarla. Necesitaba saber qué había pasado realmente y no dudaba de su participación en aquella historia. Aún podía oír su amenaza.

«No vas a conseguir nada, Robert. Tengo más pruebas para destruirte de las que jamás podrías conseguir. ¿Lo entiendes? Si sigues por ahí, lo destruiré todo. Sin piedad. Y el que perderás serás tú».

Era exactamente lo que no podía permitir.

Después de dos reuniones agotadoras, una con mi abogado y la otra con un proveedor de componentes, decidí que lo mejor sería volver a la empresa y revisar los contratos que había pedido a la señorita Simon. Ver a Tanya no era una opción atractiva, aunque, tal como tenía la cabeza, no conseguiría hacer nada a derechas.

El ascensor siguió su ritmo lento hasta mi despacho. Estaba todo oscuro, aunque sabía que las cámaras, debidamente posicionadas y repartidas por todo el lugar, registrarían mis movimientos. Sólo yo podía activarlas y sólo una orden mía permitía desactivarlas. Era la única forma de garantizar la confidencialidad y seguridad de mis negocios. Después de lo que había pasado, me veía obligado a controlar los pasos de todas las personas que se acercaban a mi despacho.

Preferí no encender las luces. La penumbra de la noche dejaba una claridad agradable en el ambiente. Busqué los documentos que había pedido y no los encontré. ¿Dónde los había dejado? No seguí buscando. Melissa se habría olvidado. En realidad no tenía demasiadas ganas de revisar los contratos.

Me puse un whisky y caminé por el despacho. Me quité la americana y me saqué la camisa, para sentirme más ligero. No

lo iba a conseguir nunca. Mi alma sentía un peso demasiado grande como para que alguna vez pudiera sentirme así.

«Todo es culpa tuya, Robert. Te has transformado en un monstruo por tu orgullo y tu egoísmo. No te preocupes por salvar tu alma. Hace mucho tiempo que se perdió».

Las palabras de Tanya resonaban sin cesar en mi cabeza como un martillo. Mi alma ya estaba perdida. Eso era seguro. En cambio, eso no era motivo para rendirse. Tenía la obligación de seguir adelante, hasta... Hasta Dios sabe cuándo.

Me eché un momento en el sofá, pero me levanté enseguida. Las ganas de alcohol eran más fuertes que el deseo de relajarme. Fue entonces cuando escuché el ruido del ascensor. En el día a día no era posible notar cuándo alguien entraba en mi despacho, pero, de noche, con ese silencio, llamar al ascensor era como hacer sonar un despertador. Me puse tenso. ¿Quién podría ser?

Encendí rápidamente el ordenador y activé las cámaras. Conseguí activarlo todo antes de que el ascensor llegara. Cuando la cámara del ascensor mostró la imagen de quien venía a mi encuentro, me quedé paralizado: Melissa. ¿Qué hacía allí? Apagué el monitor de manera brusca, pues cuando llegara, la luz denunciaría mi presencia.

Melissa entró ajena a todo a su alrededor. Si fuera un ladrón o un asesino, sería una presa fácil. «Melissa, ¿qué haces aquí a estas horas?», pensé. Caminó sin mucha prisa y encendió el ordenador. ¿Qué quería? Inmediatamente, me puse alerta. Melissa podía ser fácilmente una espía o, mucho peor, podía ser alguien que Tanya hubiera infiltrado. Era mejor observar. Encendió la impresora y salió en dirección a la cocina. Fue entonces cuando me vio.

Sus ojos se quedaron fijos en los míos por unos segundos que se hicieron eternos. No sé si fue la sorpresa o porque era yo, pero se sintió claramente incómoda. Tenía que descubrir de qué lado estaba Melissa. Mi vida se limitaba a eso: a descubrir en quién podía confiar y en quién no. No sé por qué no lo había hecho antes. Bueno, sé bien por qué no lo hice. Tanya



siempre conseguía desestabilizarme y apartar mi atención de lo que era importante.

Pero iba a enmendar ese error. Principalmente porque, con Abigail fuera de juego, necesitaba a alguien que hiciera su papel. Melissa podría ayudarme, pero antes tenía que saber de qué lado de la historia se pondría. El encantamiento que sentía por mí me ayudaría mucho en ese momento.

Le indiqué que entrara. Era importante no demostrar que desconfiaba del motivo de su presencia allí. Como imaginé, Melissa obedeció mi orden sin contestar y en un momento estaba frente a mí. Observé su rostro buscando la información que necesitaba para actuar.

—¡Melissa!

Otra vez tenía ganas de enfrentarme a ella.

Sentía cierta incomodidad que se mezclaba con algo más, algo hasta entonces desconocido para mí. Su presencia despertaba en mí sensaciones adormecidas. Su rostro ingenuo y sus ojos asustados, sus labios jugosos, su cuerpo desconcertante. No la entendí cuando intentó balbucear unas palabras, para enredarse luego y acabar haciendo lo que más odiaba: disculparse. Respiré hondo para mantener la calma y sonreí educadamente, aunque sabía que no era eso lo que ella necesitaba en ese momento y mucho menos lo que a mí me pedía el cuerpo.

—¡Muy bien! Parece que hoy no ha salido nada bien.

Si conseguía que me dijera por qué había venido, sería más fácil. No podía simplemente enfrentarme a ella o presionarla. Melissa sólo aparentaba ser ingenua, pero no lo era, de eso estaba seguro. Si realmente era una espía de Tanya, ¿qué podría hacer yo? Claro que conseguiría cambiar el juego, era sólo... Eso. Era lo que haría. Algunos días a su lado, sin interferencias de nadie, bastarían para cambiar el juego a mi favor y entonces probaría un poco de su propio veneno.

—¿Algún problema, señor Carter? ¿Puedo ayudarle en algo?

«¡Ay, Melissa! No sabes lo útil que será tu voluntad de ayudar», pensé. Sólo tenía que cambiar algunas cosas y estaría todo resuelto. Sería muy sencillo, un juego de niños. Decidí que era mejor comenzar a actuar.

Con un par de pasos disminuí la distancia entre ambos, pero ella reculó asustada. ¿Por qué? ¿No era eso lo que me pedía con los ojos todo el tiempo? Sin embargo, su reacción hizo que sintiera más ganas de seguir con el juego. Si Melissa estaba al servicio de Tanya, sería interesante ponerla en aquella posición. ¡A mi manera, claro!

Cuando no podía seguir reculando, pues su cuerpo ya estaba pegado al cristal de la pared, aproveché para acorralarla. Así no tendría cómo huir de mí y sería más divertido. Sonreí involuntariamente. Estaba siendo placentero mantenerla encerrada entre mis brazos.

—Señor Carter...

«No, Melissa. Este es mi momento», me dije.

Reduje aún más la distancia entre ambos pegando prácticamente mi cuerpo al suyo. Olía bien. La muchacha me miraba con los ojos abiertos como platos. ¿Miedo? Es lo que iba a descubrir rápidamente.

—Cuidado con ofrecerme ayuda, Melissa. Hay un riesgo muy alto de que la acepte.

—Señor Carter, no.

¿Cómo que no? Si sus ojos me lo suplicaban. Al parecer, a Tanya le saldría el tiro por la culata. De eso podía estar seguro. Y aunque no tuviera nada que ver con Tanya, Melissa era una carta a mi favor e iba a usarla.

Sus labios estaban entreabiertos esperando los míos. Me acerqué todavía más hasta hacer que cerrara los ojos, pero un segundo antes me desvié, aunque la tentación de poder tocarla de manera más íntima me impidió retirarme. ¿Hasta dónde podía llegar sin correr el riesgo de que me derrotaran?

Dejé que mi piel rozara la suya y sentí su olor con más intensidad y el aliento que salía de su boca. Su aroma quedó grabado en la punta de mi lengua. Melissa estaba

completamente rendida, pero ese no era mi objetivo. Al menos, en aquel momento. Tenía que profundizar más, averiguar sus intenciones.

—¡Melissa! ¿Has tenido ganas alguna vez de tocar algo que sabes que está prohibido? ¿Has sentido alguna vez el deseo irresistible de experimentar algo que sabes que no es correcto social o éticamente? ¿Tan prohibido y al mismo tiempo tan apetecible que sabes que podría destruirte?

Era exactamente así como la veía en ese momento. No era sólo una mujer o una pieza del tablero. Era la carta que podía destruirme o ayudarme a destruir a Tanya.

—Sí.

Me lo imaginaba. Melissa era mía. Si Tanya había pensado en utilizarla en algún momento en esta guerra, había escogido a la persona equivocada.

—Entonces... Melissa. Entonces, será mejor que se marche. O tendré la tentación de aceptar su ayuda, pero a mi manera.

Lógicamente aquel no era el momento. Además, necesitaba que se marchara para poder poner en práctica mi plan. Aquel acontecimiento me sirvió de combustible para actuar. Era necesario preparar el terreno para dar otro golpe. Dejé que se marchara. ¡Desgraciada! Estaba tan asustada y desorientada. Casi se me escapa la risa.

En cuanto el ascensor empezó a bajar, corrí a mi ordenador. Estaba impaciente y ansioso por conseguir más información, además de saber cómo se comportaría ella después de todo lo que había pasado en los últimos minutos.

Para mi sorpresa, estaba al teléfono. ¿Estaría hablando con Tanya? Su agitación era evidente. Había algo que la incomodaba. Con toda seguridad, la estaba informando de los últimos acontecimientos. Pero eso también podría ser útil.

Si Tanya llegaba a creer que Melissa sólo me interesaba como amante, sería aún más fácil. Sonreí satisfecho.

Cuando colgó parecía más frustrada y confusa. Parecía también algo irritada. La perdí de vista en cuanto se abrió la

puerta del ascensor. No me gustó nada.

Cogí el móvil, pues no usaba el teléfono de la empresa para asuntos personales, especialmente para cosas como las que iba a hacer entonces. Esperé.

—Déjame adivinar. Necesitas que investigue a alguien — contestó Tom con la voz cansada.

Tom Cornell era un detective, más en concreto, mi detective personal. Los dos últimos años se había dedicado exclusivamente a mis necesidades. Gracias a él y a su equipo siempre conseguía estar un paso por delante de Tanya.

—¿Hay algún problema?

Bostezó.

—No. Tu dinero siempre es bienvenido —dijo riendo con sarcasmo—. ¿De quién estamos hablando?

—Melissa Simon.

—Melissa Simon. Ok. ¿Quién es?

Prestó más atención y adoptó un tono profesional.

—Eso es lo que tú me vas a decir.

—¿De dónde ha salido el nombre?

—Es mi nueva secretaria.

—Ok. —Tom hizo una pausa. Con toda certeza para anotar la información que le había dado—. ¿Por qué tengo la impresión de que eso no tiene nada que ver con tus problemas?

—Está completamente relacionado.

—¿Sí? Acabo de encontrar una foto suya en Internet. En una red social. —Se rio—. Guapa, buena planta...

—Ya sé el aspecto que tiene. Necesito saber más cosas.

—Así será. Déjalo en mis manos. ¿Para cuándo?

—Para ayer.

—Robert, ya sabes bien que estas cosas no funcionan así. Es casi de madrugada. Tengo que dormir, ¿sabes? Tengo familia, hijos...

—Deja de quejarte como si fueras un niño. Necesito saber si la señorita Simon tiene algo que ver con Tanya. Investígalo todo. Llamadas, dónde vive, con quién vive. Quiero saberlo todo.

—Ok. Esto es serio de verdad, ¿no? No hemos registrado ningún acontecimiento fuera de lo normal. ¿Qué es lo que has notado?

—Nada en concreto. Sólo quiero asegurarme de que no es una de las secuaces de Tanya. La señorita Simon apareció hace poco por la empresa para imprimir un documento. Me he quedado un poco preocupado. Sólo eso.

Inmediatamente recordé que los papeles que Melissa había enviado a imprimir aún estaban en la impresora. Se había marchado sin llevárselos. ¿Un descuido, un olvido?

—Consigue toda la información que haga falta. En el ordenador de Nicole encontrarás información sobre la señorita Simon.

—Nick te va a matar si descubre que andas husmeando en su ordenador.

Puse los ojos en blanco con impaciencia.

—No lo va a descubrir y, si ocurre, yo me ocupo de mi hermana. Volviendo al asunto... Si es posible, manda a alguien a su casa para averiguar de cerca.

—Eso es allanamiento de morada.

—No será la primera vez que lo harás por mí.

Se volvió a reír.

—Ok. Le cobraré el doble por tener que trabajar de madrugada.

—Después de esta investigación, prescindiré de tus servicios.

—Hasta ayer, entonces.

—Hasta entonces.

Colgué. Estaba de pie. Fui en busca de los documentos que aún estaban en la impresora. Si Melissa había cometido un error, tendría que ser más enérgico con ella. Quizá asustarla un poco para que me contara qué estaba planeando Tanya. Para mi decepción, había mandado a imprimir los contratos que le había pedido. Nada más que eso.

## Capítulo 8

Aquella fue la sensación más extraña que había sentido en mi vida. Salí del edificio luchando contra mis pies que querían volver a toda costa al despacho donde todo había ocurrido. No quería ceder. En un momento de desesperación extrema, cogí el móvil y llamé a Dean. Contestó asustado por la hora que era.

—¡Gatita! ¿Algún problema?

—Algunos...

Prefería no entrar en detalles.

No había ninguna exigencia en nuestra relación, pero me gustaba pensar que, de alguna manera, manteníamos el respeto por el otro. En cambio aquella situación era diferente. Yo no lo quería y a quien yo quería en aquel momento desesperadamente no podía tenerlo. Dean tendría que servir para el caso.

—Quiero verte. Hoy —enfaticé.

—¡Oh, oh! No va a poder ser, gatita. Me habías dicho que tenías un compromiso y he quedado con los chicos para ir a ver el partido.

¡Joder! ¿Cómo podía negarme su ayuda en aquel momento?

—De acuerdo. —Respiré hondo. Tendría que conformarme con una ducha fría—. ¿Mañana entonces?

Podría aguantar un día, pero dos sería demasiado.

—No puedo, Mel. —Se puso serio—. ¿Has olvidado que mañana estoy fuera? Tengo una reunión y debo entregar un informe enorme.

—¿Te estás enfriando, Dean?

Estaba irritada, frustrada, para ser más exacta.

—No. Claro que no. Ya me gustaría verte, pero no tengo fuerzas suficientes para eso.

Entorné los ojos en señal de desaprobación de su demostración de amor. Me daban ganas de mandar todo ese sentimentalismo a... El mío, sobre todo. Porque era aquello lo que necesitaba. ¡Dios mío! ¿Qué me estaba pasando?

—Te veo el viernes, ¿de acuerdo?

¿El viernes? Entraría en combustión espontánea si no tenía sexo lo más rápido posible. Si pasaba un día más al lado del señor Carter, sintiendo su mirada, de la forma en que me estaba mirando, seguro que tendría varios orgasmos con cualquier pequeño movimiento, como levantarme o sentarme.

—De acuerdo. Está bien. Nos vemos entonces.

Colgué antes de que dijera algo más frustrante.

Aquella noche me di un baño frío. Recé implorando contraer una neumonía que me impidiera ir a trabajar al día siguiente. Por lo visto, mi pecado era tan grande que no hubo santo que se dignara a ayudarme. Me levanté totalmente sana. Ni un estornudo.

¡Mierda! Esperaba que Nuestra Señora de las Mujeres sin Sexo se apiadara de mí.

Busqué algo que me gustara entre la ropa que Nicole me había obligado a comprar. Me quedé sorprendida cuando terminé de arreglarme. Un vestido negro, de tubo, bien pegado al cuerpo. En el busto había encaje rojo que dejaba ver la parte superior del pecho. Sólo lo insinuaba, sin mostrar mucho. El encaje remataba lo que debía de ser la parte llamativa del vestido.

Era atrevido, aunque también clásico y correcto para trabajar en el puesto que ocupaba. Medias color carne, zapatos negros y un bolso rojo completaban el atuendo. Como hacía frío y había amanecido con lluvia, me puse un abrigo, también negro, que, según Nick, me quedaba perfecto. Era entallado a



la altura de la cintura y llevaba una capucha que me cubriría el pelo, ya que tenía que bajar con la lluvia.

Cuando estaba terminando de maquillarme, me di cuenta de que estaba usando el mismo pintalabios que el día anterior, el que el señor Carter había elogiado. Entonces comprendí que todo aquel cuidado que ponía a la hora de vestirme era, en realidad, deseo de agradarle. Estaba siendo muy cuidadosa y vanidosa, algo que no era normal en mí. Tenía que hacer algo. No podía seguir actuando de aquella forma.

Entré en el despacho sin ganas de mirar hacia su mesa. ¿Qué podía hacer? ¿Cómo reaccionaría él con lo ocurrido? Mis ojos me traicionaron y noté que buscaba de manera ansiosa a mi jefe. No lo encontré en ninguna parte.

—El negro combina perfectamente con su tono de piel, señorita Simon.

Su voz ronca y cargada invadió mis oídos. El señor Carter estaba justo detrás de mí. ¿Cómo lo había hecho? Sólo subía un ascensor a aquel piso. Yo había revisado todo el despacho y ni rastro de él. ¿Cómo había aparecido? Tuve miedo de volverme y toparme con su mirada, pero no podía evitarlo, era mi obligación.

—Señor Carter.

Mi voz sonó entrecortada al vislumbrar sus ojos color ceniza. Sus pupilas estaban dilatadas y la intensidad con la que miraba mis labios me quemaba de dentro hacia fuera. ¡Maldita sea!

—Disculpe, no lo había visto.

—No se disculpe. —Parecía impaciente—. He llegado hace un rato.

Miré su ropa por si encontraba un signo que indicara que había pasado la noche en el despacho, pero iba impecable. Iba bien peinado. No se había afeitado, pero su barba no desentonaba. El traje gris oscuro realzaba sus ojos. Tuve que resistirme para que no se me escapara un suspiro. Eran sólo las 07:50 de la mañana y ya no estaba en mi estado normal.

—Me ha extrañado no recibir su mensaje informándome de qué tenemos para hoy.

—Iba a enviárselo ahora mismo.

Busqué el móvil en mi bolso, mientras el señor Carter me observaba con una sonrisa torcida en los labios. Me sentí inmediatamente cohibida. Su sonrisa me intimidaba.

Me quité el abrigo, consciente de que tenía la mirada clavada en mí. ¡Mierda! ¿Qué estaba haciendo? Aquel empleo era una gran oportunidad para mi carrera y estaba a punto de estropearlo todo porque me había obsesionado con mi jefe. Ya sé que eso no era un problema para él, al fin y al cabo, ayer tuve una demostración perfecta y clara de lo que era una obsesión. Su verdadero nombre era Tanya. La novia o exnovia.

—He consultado las agendas. No puedo esperar a que usted llegue. —Su sonrisa desapareció—. Necesito la carpeta de CSM, por favor.

¿Qué había hecho yo ahora? El señor Carter sólo podía tener algún tipo de trastorno. No había llegado tarde. Qué manía con controlar el horario de la gente. Sólo podía ser un trastorno obsesivo-compulsivo.

Aún confusa, fui en dirección a los cajones para buscar la carpeta que me había pedido. Mientras, el señor Carter fue a su despacho y se dispuso a seguir con sus actividades. Suspiré resignada. Conseguía ser irresistible e insoportable al mismo tiempo. Era irritante.

Cogí la carpeta y se la llevé a mi jefe, quien ni levantó la vista. Me sentí fatal. ¿Cómo conseguía mostrarse tan frío después de lo ocurrido la noche anterior? Solté el aire que tenía en los pulmones para demostrar mi frustración. Quizá era mejor así.

—Sólo eso por ahora, señorita Simon.

Siguió absorto en su ordenador. Me volví en dirección a la puerta. Sentí rabia porque me tratara con tanta indiferencia. ¿Pero que esperaba?

—¿Señorita Simon?

Me llamó justo en el momento en que mi mano tocaba el pomo. Respiré hondo antes de volverme para contemplar su rostro magnífico.

—¿Sí, señor Carter? —dije controlando mi frustración.

—¿Podría traerme un café?

No había insinuación alguna en sus palabras. Era el tono de quien pedía un favor o daba una orden de manera educada. ¡Joder!

—Claro, señor Carter.

Salí del despacho y fui inmediatamente a la cocina a preparar el café. Encendí la máquina, preparé el café y esperé a que el olor embriagante llenara el aire. Se lo llevé a mi jefe y, antes de salir, me volvió a llamar.

—¿Señorita Simon?

Cerré los ojos para controlar la frustración antes de volverme y enfrentarme a él en toda su dimensión.

—¿Cómo ha sabido que me gusta el café solo?

¡Ah! Era eso. Sonreí tímidamente.

—Tengo mis fuentes.

Respondió con una sonrisa, que hizo que me derritiera de deseo. Tenía una sonrisa espectacular.

El resto del día me lo pasé trabajando. Arreglé dos veces la sala de reuniones. Una para una reunión con el departamento legal y otra con el de marketing. Pedí su almuerzo y el mío. Respondí los cincuenta y cinco correos de las filiales que solicitaban programar compromisos con el señor Carter. Seguí estudiando las carpetas. Imprimí, organicé, sellé y grapé varios documentos. Atendí más de ochenta llamadas. Al final del día estaba literalmente agotada. Lo que quería, más que nada en el mundo, era mi cama. Me arrepentí tanto de llevar tacones.

Cuando el señor Carter pasó por delante de mí con su cartera respiré aliviada. Al menos, no me pediría nada más. Aún estaba esperando a que se imprimiera un documento para, por fin, marcharme a casa.

—Señorita Simon, salgo ahora. No volveré hasta mañana.  
—Asentí con la cabeza. Él siguió andando hasta el ascensor, pero de repente se volvió hacia mí—. ¿Podría traer mi agenda blanca?

Cogí la agenda y fui rápidamente hacia él. Cuando la cogió, nuestras manos se tocaron. Juraría que un latigazo sacudió mi cuerpo. No de forma dolorosa. Fue como si ondas de placer salieran de su cuerpo y recorrieran mis venas. Cerré los ojos, pues no conseguí reprimir un suspiro. Me sentí bastante avergonzada.

El efecto que su piel producía en la mía era avasallador. ¿Qué era aquello? Sin soltar mi mano y, consecuentemente, la agenda, el señor Carter tiró hacia sí, lo que me acabó llevando a su lado. ¡Dios mío! ¿Por qué me provocaba así?

—Melissa —susurró.

El cambio en la intensidad de sus palabras era clarísimo.

Fue como si aquel hombre ya no fuera mi jefe. Era el mismo hombre que se había pasado el día entero ignorándome, como si nada hubiera ocurrido entre nosotros. Bueno... No había pasado nada, pero... Contuve la respiración esperando a ver qué me pedía o me pediría.

—¿A qué hora te acuestas?

¿Qué? Moví la cabeza, confusa con la pregunta. ¿Qué pretendía?

La asociación: yo, cama y señor Carter, juntos, me sofocaba. Al ver la confusión en mis pensamientos, siguió.

—¿A qué hora te acuestas a...?

Esbozó una sonrisa torcida en sus labios. Me quedé maravillada con la imagen de su lengua pasando levemente por ellos. Acabó mordiéndose ligeramente la comisura del labio inferior.

—Dormir —dijo para acabar la pregunta.

¡Maldita sea!

—Creo que... —Luché para intentar organizar mis pensamientos. Al no conseguirlo, me mesé el pelo, echándolo hacia atrás. Aún me tenía cogida la otra mano—. Temprano.

—¿Temprano?

Levantó una ceja.

—Estoy exhausta. —Sonreí sin ganas—. Hoy me acostaré pronto.

Yo puedo. No. No puedo. ¡Mierda! Pero quiero. Lo necesito. Lo necesito mucho. No. No puedo quererlo. ¡Qué infierno!

—Pues, hasta entonces.

Las puertas del ascensor se abrieron. Entró sin mirar atrás.

¿Cómo que «hasta entonces»?

—Señor Carter...

Pero la puerta se cerró y se fue sin responderme.

Dormir me resultó muy complicado. ¿Qué quería decir el señor Carter con «pues, hasta entonces»? ¿Será que tendría el valor de aparecer en mi apartamento? ¿O será que había descubierto lo idiota que me hacía parecer cuando decidía volverme loca? ¿O estaba sugiriendo que yo soñaba cada noche con él? Joder, era un hombre complicado, seguro e irresistible.

El baño helado resultó providencial. Dean tenía que llegar antes o el viernes tenía que llegar antes. Quizá tenía que considerar la propuesta de mi amigo con derecho a roce. Si nos comprometíamos más, no habría sitio para nadie más, especialmente para el señor Carter y su presencia amenazadora.

—Aguanta firme, Mel. Ya falta poco —repetí varias veces en un intento de convencerme de que sería fácil.

Abrí el armario buscando un chándal. Me puse la chaqueta y el pantalón ancho y usado. Me sentí extremadamente cómoda. Conseguía quitar todo el encanto a una mujer. ¡Ya me iba bien! Iba a dormir sola esa noche. Nunca me había parecido mal, porque me encantaba ocupar toda la cama.

Dormir acompañada siempre fue un problema para mí. Hacía que me sintiera partida por la mitad o que sintiera que me habían cortado la cama por la mitad. Por eso siempre echaba a Dean.

¡Dean! Necesitaba que volviera ya.

Di vueltas en la cama viendo como pasaban las horas. Él había dicho «temprano» y ya era tarde. ¿Por qué no pasaba nada? Sólo podía estar jugando. Jugando. Me sentía un blanco fácil para sus juegos. Era extraño y placentero al mismo tiempo. Más placentero que extraño.

Un hombre como el señor Carter, tan irresistible, tan seguro de sí mismo, tan repleto de enigmas y completamente desconocido para mí, era lo que necesitaba para volverme tarumba. Creía que podía cambiar su apodo de «Todopoderoso Carter» por «Tododelicioso Carter». No pude evitar reírme. Me tapé la cara con la almohada. Me sentía completamente infantil.

Involuntariamente repasé mentalmente todos los momentos que habíamos vivido juntos. Me centré especialmente en la noche anterior cuando sentí sus labios tan cerca de los míos. La idea de que me tocara, sin que, de hecho, me hubiera tocado, era sensacional. El señor Carter tenía esta capacidad. Conseguía acariciarme de la forma más íntima posible sólo con mirarme. ¡Dios! Cómo lo deseaba. Aunque fuera por un pequeño instante. Aunque fuera sólo para un pequeño desliz.

¿Tendría perdón si lo aceptara aún a sabiendas de que estaba comprometido? Nunca fui religiosa como mi madre, pero siempre tuve miedo de los castigos que recibiría si desafiaba las leyes divinas. Y en ellas estaba escrito bien claro: no desearás a la mujer del prójimo. ¿Se aplicaría también para los hombres ajenos?

Yo ni siquiera sabía si Tanya era su novia. Podría encuadrarla en el grupo de exnovias histéricas y contrariadas, con instinto asesino. Parecía una psicópata hablando así como me había hablado. ¡Qué mujer tan insoportable!

Sonó el teléfono y me hizo estremecer. Cogí el aparato, que una vez más estaba bajo la ropa que había sobre el sillón del cuarto, y volví a la cama respondiendo de inmediato.

¿Sí?

—¿Melissa? —Mi corazón se disparó al oír aquella voz—. ¿Por qué será que estaba seguro de que estaría despierta?

Podía jurar que sonreía y estaba seguro de que estaba espléndido. Sacudí la cabeza para apartar los pensamientos que me invadían. Me obligué a pensar que sólo querría aclarar alguna duda sobre un compromiso o un contrato. O simplemente para avisarme de que al día siguiente debía llegar más temprano. Cualquier cosa no relacionada con mis deseos íntimos.

—¿Señor Carter?

No conseguí ocultar mi sorpresa. Era difícil controlar todos los pensamientos distintos que me pasaban por la cabeza.

—Robert —enfaticó— No estamos trabajando.

¡Ay, Dios mío! ¿Me estaba tratando de forma íntima?

—Disculpa... Robert —susurré su nombre y me sentí como una hereje al pronunciarlo.

Ni en mis pensamientos más perversos, lo trataba con tanta intimidad. En todas mis fantasías él era el señor Carter o el «poderoso Carter», como lo llamaba secretamente. Sentí que se me encendía el rostro por llamarlo así.

—No te disculpes, Melissa.

Sentí la impaciencia presente en su voz.

—¿Por qué te molesta?

—¿Qué?

—Que me disculpe. Siempre te enfadas.

Se rio suavemente y se me puso la piel de gallina.

—Tu voz es maravillosa cuando tienes sueño.

Cambió de tema de manera relajada, sin responder a mi pregunta. Me humedecí los labios con la lengua involuntariamente. Me pasé la mano por el pelo para volver a la realidad.

—Señor Carter, nosotros...

—Robert —repitió.

—Robert —me corregí aunque no me sentía del todo cómoda con tanta intimidad—, no podemos...

—Sí que podemos. —Fue claro e incisivo—. Juega conmigo, Melissa, juega... —me suplicó.

Su voz era ronca y baja. Era como si el propio demonio me tentara. Lo peor es que quería que me tentara. Quería sucumbir a sus encantos. Estábamos al teléfono, así que nada malo podía pasarme.

¿O sí que podría?

Mi silencio lo animó.

—¿Dónde estás?

—En mi casa.

No tuve que pensar mucho para responder. Volvió a reírse suavemente.

—¿En algún lugar de la casa?

Su voz destacaba las palabras de forma incisiva. Ya vi por dónde iba.

—En la cama. Estaba intentando dormir y...

—¡Perfecto!

Contuve la respiración. «¿Cómo que perfecto?», pensé.

—¿Y usted? ¿Y tú?

—Eso no viene al caso.

No se exaltó.



—¿Cómo...?

—¿Qué llevas puesto?

Me interrumpió. Me miré. Llevaba puesto el chándal viejo y gastado. No le podía decir que llevaba puesto eso. Inmediatamente, sostuve el teléfono entre el hombro y la oreja y me quité los pantalones. Tenía que alejarlos de mi cuerpo para poder mentir.

—Eso es algo demasiado íntimo.

Me esforcé para no dejar que mi voz reflejara mis movimientos. Solté el teléfono y tiré de la sudadera para quitármela. Cogí el teléfono a tiempo de oír una carcajada ronca.

—Sí, es muy íntimo. Precisamente por eso quiero saberlo.

Se me secó la boca. Quizá podía decirle que estaba en ropa interior.

—Juega conmigo, Melissa.

Esa súplica con la voz ronca de deseo me hizo hablar. Era sólo una palabra. No me haría ningún daño pronunciarla.

—Lencería. —Mi voz salió sofocada. Estaba totalmente ruborizada. Gracias a Dios él no estaba allí para verme—. ¿Y usted?

Le oí suspirar deleitada.

—Puedo imaginármelo.

Me sentí incómoda. Esquivaba todas mis preguntas.

—¿De qué color?

Volví a mirarme y no tuve valor de decirle que usaba lencería beis. Sería mi tumba, el fin de nuestro juego. ¿Qué le podía decir? Rojo sería demasiado provocativo. Blanco podía parecer demasiado inocente. Negro. Me había dicho que el negro pegaba con mi piel.

—Negra.

Me hundí un poco más en la almohada y, una vez más, le oí suspirar. Después nos quedamos un tiempo en silencio. Podía

sentir la «atmósfera» que se formaba entre ambos. Lo sentía en todo el cuerpo.

—Melissa —susurró de manera desconcertante—. ¿Cómo te llaman tus íntimos? —Me quedé callada—. ¿Cómo puedo llamarte de manera más íntima?

¡Maldita sea! ¿Aquello estaba pasando de verdad?

—Mel.

—Mel. ¡Perfecto! Muy apropiado. Dulce, corto, ingenuo y bonito, como tú. Es extremadamente sensual sentir el nombre «Mel» en la punta de mi lengua.

De nuevo su voz sonaba deliciosa. Suave. Como si venerara mi nombre. Apreté las piernas en un intento de contener mi deseo. ¡Dios! No aguantaría mucho tiempo.

—Mel... Tu cuerpo espléndido, tu piel clara, aterciopelada y suave, en lencería negra... —Soltó al aire—. ¿Qué quieres? —Me quedé callada sin saber qué responder—. Dime qué quieres, Melissa.

Podía sentir la fuerza de sus palabras sobre mí. Su orden me impulsaba a seguir. Pero no tuve valor.

—¿Me deseas, Melissa?

Aquello estaba yendo demasiado lejos. No le podía decir que lo deseaba, ni mucho menos cuánto lo deseaba.

—Robert, estamos yendo demasiado lejos.

—¡Contesta!

Su aspereza me excitó aún más. Mis bragas estaban completamente mojadas.

—Sí. Pero...

Fui cobarde por dejar que ocurriera y decirlo.

—¿Me quieres dentro de tu cuerpo?

Su voz era un susurro suave y delicioso. Podía jurar que estaba tan excitado como yo. Este pensamiento me volvió aún más loca. No me importaba nada más. Lo deseaba, lo quería dentro.

—Limítate a decir que sí, Mel. Es lo único que necesito.

—Sí —mi susurro acompañó al suyo.

—Pero ahora estoy lejos.

Ese «ahora» me hizo arquear el cuerpo ante la expectativa. Parecía contener una promesa.

—Entonces, Melissa...

Respiró profundamente dejando que lo oyera. Podía imaginármelo mesándose el cabello, paralizándome con aquellos ojos grises.

—Tienes que hacer algo por mí. ¿Lo harás?

—Sí.

Ya no podía echarme atrás. Estábamos jugando y llegaría hasta el final.

«Maldita sea. Que se jodan la sociedad y sus reglas», pensé.

—Necesito que te pases la mano por el cuello, pero... Quiero que imagines que es mi mano la que te está tocando.

—No es lo mismo.

Y no lo era, no.

—Ah, sí que lo es. Basta con que imagines que soy yo quien acaricia tu piel. Créeme, Melissa. Lo que más quisiera ahora mismo es tocarte, sentir tu piel suave en mis dedos, ver cómo cierras los ojos de placer por el contacto que ambos deseamos tanto, oír tus gemidos enloquecidos de placer. Ah, Melissa, cómo quisiera sentir tu cuerpo ahora.

Perdí totalmente la noción de lo que estaba haciendo y mi mano empezó a recorrer mi cuello. Era como si él estuviera sobre mí, tocándome.

—¿Lo estás haciendo?

—Sí —dije con un gemido, deleitada con la sensación.

—¿Puedes sentirme?

—Sí.

Cerré los ojos y dejé que mis manos hicieran el trabajo que tanto había soñado que haría él.

—¡Ay, Melissa! —dijo mi nombre también gimiendo y tuve que hacer un esfuerzo absurdo por no gemir—. Baja. Pásate las manos por los senos. Tan perfectos. Tan rígidos. Tienen el tamaño ideal para mis manos. —Suspiró con fuerza—. ¿Lo estás haciendo?

Automáticamente, mis manos fueron a parar a mis pechos. La sensación era indescriptible.

—Sí.

—Sí, Robert —me ordenó—. Di mi nombre. Tengo que imaginarme tus labios abriéndose para pronunciar mi nombre.

—Sí, Robert —dije obedeciéndole.

—Así me gusta, Melissa. Así es como te quiero.

Me deseaba. Eso era suficiente para mí.

—Tócalos. Pásate los dedos. Siéntelos como si fueran mis propios dedos tocándote. ¿Los sientes?

—Sí, Robert.

Pronuncié su nombre de manera melosa. Estaba extasiada.

—Me gustaría tenerlos en mis manos.

Volví a oírlo gemir.

—Ahora quiero que vayas un poco más lejos. Me imagino esos pezones rosados delante de mí. Puedo sentir el deseo de rozarlos con la lengua. Me consume. Ofrécelos. Tócalos. Apriétalos.

Obedecí sin contestar. No quería que el juego se acabara nunca.

Hice lo que me pidió. Ya no sentía mis manos. Sentía las suyas. Tocándome, excitándome. Mis dedos presionaron con firmeza los pezones y se me escapó un gemido. Robert se deleitó con esta reacción.

—Así, Melissa. —Se quedó en silencio por un tiempo breve dejando que yo disfrutara un poco más de mi momento

—. Tenemos que hacerlo. ¿Quieres?

—Quiero.

—¡Perfecto! —Volvió a quedarse callado unos segundos—. Ahora baja las manos un poco más. Imagina que son mis labios los que te tocan. Son mis labios pasando por ti. Mel, ¿puedes sentirlos?

Claro que podía. Lo sentía: era real, perfecto.

—Sí, Robert —pronuncié su nombre en un gemido.

—No lo acabes demasiado pronto. No gimas de esa forma. Es fuerte. Yo no puedo aguantar mucho más. —Su respiración se hizo pesada y después se normalizó—. Baja la mano. Pásala por las bragas y toca lo que más me gustaría tocar en este momento.

Entendí lo que quería. Yo también quería y lo haría. No podía resistirme más.

Bajé la mano y crucé el elástico de mis bragas. Mis dedos tocaron mi sexo levemente, pero fue suficiente para que lanzara un gemido suave. Estaba loca de deseo. Retrocedí y enseguida volví a tocarme. Esta vez un gemido felino salió de mis labios.

—¡Así, Melissa! Hazlo. Hazlo por mí. Piensa en mí. Siente mi cuerpo sobre ti.

Volvíamos a quedarnos en silencio. Entonces oí lo que nunca pensé que oiría. Robert se estaba masturbando también. Podía oír el sonido casi imperceptible de sus manos recorriendo frenéticamente su miembro. Cómo deseaba ver aquello con mis propios ojos. Imaginar que Robert me deseaba era una cosa, pero imaginar a mi jefe masturbándose por mí, era simplemente alucinante.

Aceleré el ritmo. Quería acompañarlo. Quería demostrarle que también estaba lista para él. Me toqué con más presión. Gemí alto a conciencia y él también gimió revelando lo que estaba haciendo.

—Dentro de ti, Melissa —suplicó casi y me dejó extasiada—. Déjame entrar dentro de ti.

Inmediatamente me metí dos dedos y en el mismo instante jadeé enloquecida. Robert correspondió mis gemidos. Por el ruido que hacía, sus movimientos se habían vuelto más intensos. Su imagen se proyectaba perfectamente en mi mente. Su miembro duro y su enorme mano trabajándolo, subiendo y bajando sin cesar.

—Puedo sentirte, Mel. Caliente... Mojada... Estrecha... Y yo completamente dentro de tu cuerpo. ¿Me quieres dentro?

Yo estaba a punto.

—Te quiero dentro. Te quiero dentro, Robert.

Mientras me metía dentro el dedo índice y el corazón, ansiosa por tenerlo dentro a él, me acariciaba el clítoris con el pulgar lo que aumentaba la sensación de placer. Nunca había sentido nada así. Era como quería que fuera el resto de mi vida.

—Estoy dentro de ti, Melissa, como tú estás dentro de mí.

Sentí que estaba muy cerca cuando mi respiración se aceleró y sentí como mi sexo temblaba entre mis dedos.

—¡Robert! —dije su nombre y gemí entregándome al placer.

—¡Melissa!

Él también se dejó ir. Llegamos juntos al orgasmo. Fue intenso, caliente, fascinante y extremadamente placentero.

Sólo se oía nuestra respiración. Yo podía oírlo y él también me oía. Poco a poco, mi cuerpo fue volviendo a la normalidad. Al mismo tiempo, empecé a entender lo que había pasado. Desde luego, estaba loca.

—¿Melissa?

—Sí.

Oí su risa suave y ronca. Automáticamente, se me puso la piel de gallina. ¿Aquello no iba a acabar nunca?

—Te veo mañana.

Colgó. Me quedé quieta en la cama, sin reaccionar. Dios mío, ¿qué había hecho?

## Capítulo 9

¿Qué había hecho? No podía quitarme esta pregunta de la cabeza. El señor Carter... Robert... Ya no sabía cómo debía llamarlo de ahí en adelante... Lo cierto es que había conseguido hacerme perder el poco juicio que me quedaba aún y cometer una locura. Sexo por teléfono. Yo pensaba que eso sólo pasaba en las películas y en los cuentos eróticos. Por lo visto, no sé mucho sobre lo que realmente pasa sexualmente en el mundo o al menos en mi mundo. ¿Qué me quedaba por descubrir todavía?

No. No debía esperar nada más. Lo que había pasado era un error y muy grave. Él estaba comprometido... O no... No importaba. Era un conquistador. Yo sólo era su secretaria con la que quería una aventura, nada más.

¿Qué haría ahora? Como me pondría delante de él. No conseguiría hablar de forma normal con él como si nada hubiera pasado. Necesitaba y quería desaparecer. Me gustaría hundirme en la cama para no tener que salir de ella. El despertador insistía en avisarme de que si no me levantaba pronto tendría aún más problemas.

Me levanté sin ganas. Me duché sin ganas. Me sequé el pelo sin ganas. Elegí la ropa que me iba a poner totalmente desganada. Una blusa blanca con un escote generoso. Como tengo los pechos pequeños, podía usarla sin llamar mucho la atención y, principalmente, sin parecer vulgar.

Me puse una falda de cuero rojo, otra de las elecciones de Nicole. Todo me quedaba perfecto. En aquel momento no tenía ganas de nada, ni siquiera de ver a Nick.



La falda, a pesar de ser ajustada y llegarme hasta las rodillas, no impedía mis movimientos. Estaba aceptable. Quería recogerme el pelo en un moño bien trabajado, pero preferí llevarlo suelto. No tenía ánimo ninguno para ocuparme de ellos. Obligué a mi cerebro a trabajar para maquillarme bien. Tenía miedo de lo que me haría la hermana de mi jefe, si no llegaba presentable al trabajo. No desayuné. No tenía nada de hambre.

Salí del edificio lentamente para ir a buscar mi coche, que estaba al otro lado de la calle. Entonces lo vi. Su coche, perfecto para su cargo, estaba aparcado enfrente del edificio y él estaba fuera de pie. Llevaba un traje oscuro, camisa azul y corbata oscura. Lleva el pelo aún mojado, peinado de manera informal, sin gomina. Estaba magnífico. No pude ver sus ojos tras las gafas oscuras. Tenía las manos en los bolsillos. La visión de la zona cercana a sus manos casi me hizo caer al recordar lo que había hecho con ellas la noche anterior y cuánto había deseado poder verlo y sentirlo mientras lo hacían.

Ojalá Dios me librara de aquella tentación.

No conseguía decidir si debía caminar a su encuentro o fingir que no estaba allí, lo que sería ridículo e infantil. Decidí obligarme a ir a su encuentro. Correspondió a mi decisión con una sonrisa escandalosa. Yo sentí que me ardía el rostro de vergüenza. Mi jefe se divertía. Estaba divirtiéndose a mi costa y yo empezaba a sentirme incómoda con aquello.

—Buenos días, señorita Simon.

Su sonrisa seguía allí. Sabía ser odioso cuando quería, lo que me hacía temer la posibilidad de que se pasara el día haciendo que me sintiera avergonzada por lo que había dejado que pasara. Había sido una idiota.

—Buenos días, señor Carter. —Intenté parecer lo más tranquila posible—. ¿Algún problema?

Fingí que no entendía por qué sonreía. Sería como si no hubiera pasado nada.

—En realidad, he cambiado un poco nuestra agenda. Tenemos nuevos compromisos.

Como si le hubieran dado a un botón, asumió el mando. Suspiré, contrariada al ver que ignoraba lo que había pasado la noche anterior. No sé por qué estaba tan irritada, teniendo en cuenta que yo estaba haciendo lo mismo.

—He decidido visitar nuestra sede de investigación y desarrollo. Tengo que comprobar de cerca todo lo que se está haciendo. —Asentí con la cabeza—. Como usted no podía haberse enterado de este cambio de ninguna manera, decidí venir a buscarla para ir juntos. Luego volveremos a la empresa. ¿Algún problema?

Notó que lo miraba aturdida.

Claro que había un problema. «Hemos tenido sexo por teléfono, cretino», pensé. Me dieron ganas de gritar. Además, ¿no podía haberme llamado para explicarme los cambios y haber acordado quedar allí? ¿Cómo iba a conseguir pasar el tiempo necesario encerrada en el coche con él sin que las corrientes eléctricas fluctuaran y cargaran la atmósfera a nuestro alrededor? Respiré hondo.

—No, señor Carter.

—¿Nos vamos?

Abrió la puerta del coche y me indicó el asiento del copiloto. Me quedé paralizada al pensar cómo sería compartir con él un espacio tan reducido a solas. También pensé que tampoco necesitábamos tanto espacio para que pasara lo que quiera que fuera que tenía que pasar. Aparté el pensamiento de mi cabeza. ¡Dios! No sabía si sería capaz de soportar esa provocación.

—¿Señorita Simon? —me llamó devolviéndome a la realidad.

—Disculpe.

Dije la palabra de forma inconsciente, sin pensar en lo que decía. Suspiró y se mesó el pelo.

—No se disculpe, señorita Simon.

Me acordé de la conversación de la noche anterior y mi piel respondió a los recuerdos. Entré en el coche sin contestar.

Rodeó el coche, entró y se puso al volante. Me quedé mirando en su dirección esperando algo más, pero mi jefe no dio ninguna señal de que hablaríamos sobre el asunto.

El viaje duró unos cincuenta minutos. No hablamos, salvo lo estrictamente necesario y sobre trabajo. El señor Carter no me miró en ningún momento.

Llegamos a la empresa, que era una de las divisiones de la imponente C&H Medical Systems. El señor Carter asumió entonces una pose aún más indiferente. Parecía que necesitaba demostrar a todos que respiraba, pensaba y comía trabajo. Yo, manteniéndome a distancia, intentaba seguir su ritmo, pero mi cabeza trabajaba de forma inversa.

Cuando hablaba conmigo, oía lo que decía, pero mi cerebro sólo registraba que el movimiento de sus labios era tremendamente provocador. Cuando me pedía algo, tardaba algunos segundos en entender que no era lo que me estaba imaginando. Cuando sus manos gesticulaban en dirección a mí, aún era más complicado, porque recordaba inmediatamente el ruido frenético que hacía al otro lado del teléfono la noche anterior. Cada segundo era una tortura enorme.

La peor parte de la mañana fue aguantar al señor Simpson. No parecía tener el menor reparo en demostrar su interés por mi escote. Tampoco ocultaba su empeño en recabar información sobre mí. El señor Carter lo veía todo, pero, en cambio, guardaba la distancia. Aquello me irritaba mucho más de lo que debería. Por eso, me sentí aliviada cuando acabamos la visita y nos marchamos de allí.

En el camino, permanecí callada. Me dediqué a digerir todo lo que había ocurrido, porque necesitaba buscar respuestas para mis dudas. Aunque tenía la certeza de que él nunca respondería.

—¿Cansada?

—No mucho.

Me concentré en fijar la mirada en la carretera. No estaba dispuesta a empezar ninguna conversación desvinculada del

trabajo.

—Voy a parar para comer en un restaurante que conozco. Queda cerca.

Yo no quería. En realidad, ni siquiera tenía hambre. En aquel momento me alimentaba de mis pensamientos, pero no puse ninguna objeción.

Continué hacia un restaurante que yo también conocía. Era fino y discreto. Era el típico lugar para comer tranquilamente con una amante. Ese pensamiento me frustró. Yo no quería ser su amante. Siempre había sido libre para vivir como había querido. Definitivamente, estar con alguien comprometido nunca había entrado en mis planes.

Nos sentamos en una mesa que era más discreta aún que el propio restaurante. Tenía la mente saturada por la culpa. ¿Qué se creía? ¿Creía que podía llegar y convertir mi vida en un lío y escogerme como amante sin ni siquiera consultarme si estaba de acuerdo?

«Calladita, Melissa Simon», me dije a mí misma. Primero tenía que averiguar si realmente tenía novia. ¡Ok! Tanya era real, pero podía ser una exnovia que no se conformaba con la situación.

De acuerdo, estaba volviendo a engañarme. Creando subterfugios para continuar viviendo esa locura. Siendo francos, ¿importaba si Tanya era su novia o no? Sí que importaba. Era una psicópata en potencia.

—¿Algo va mal, señorita Simon?

Mi jefe seguía tratándome de manera amable y profesional. Suspiré y cogí el menú.

—No, señor Carter. Nada.

No tuve ni que mirarlo para saber que estaba esbozando aquella sonrisa torcida y perfecta.

Pedimos y nos quedamos a la espera. Yo estaba claramente nerviosa. Lo que me inquietaba era que, a pesar de que hubiera una distancia de seguridad entre nosotros, aún podía sentir el calor que su cuerpo irradiaba hacia mí, pegándome a la silla y

tocándome de manera íntima. Me toqué el pelo en un intento de arrancar aquellos pensamientos de mi cabeza.

—Parece nerviosa.

Lo miré a los ojos intentando averiguar cómo conseguía comportarse de manera tan natural después de todo lo que había pasado. Mi vergüenza le divertía.

—¿No durmió bien anoche?

Me quedé callada, mirándolo. Era increíble.

Habíamos estado solos en el coche mucho tiempo y no había dicho ni una palabra sobre el asunto. Ahora que estábamos en un lugar público parecía disfrutar hablando de lo ocurrido.

—¿Su cama no es cómoda? —Bajé la mirada moviendo la cabeza en señal de incredulidad. No iba a entrar en su juego—. No parece que tengas muchas ganas de hablar conmigo hoy, Melissa.

Me estremecí al oírle pronunciar mi nombre. Ya no se refería a mí de la manera distante y profesional que había empleado durante todo el día. Por otro lado, aquello no debía ser suficiente para mí.

—¿Melissa? Perdóneme, señor Carter, pero creo que usted tiene un trastorno de personalidad.

Respiró hondo, sorprendido con mi respuesta. Yo estaba indignada, contrariada y ansiosa. Esperaba que me reprendiera, pero se limitó a sonreír como si no hubiera dicho nada. Eso me irritó aún más. Si yo quería discutir, debía aceptar mi desafío, debía rebatir mis salidas de tono. ¡Joder!

—De todas las cosas que se me podrían imputar, ¿escoges trastorno de personalidad? —dijo y soltó una carcajada—. ¿Soy autoritario? Sí. ¿Estoy obsesionado con mandar? Sí. ¿Me gusta que las cosas y las personas sean y actúen como yo quiero? Seguro. ¿Soy controlador? Definitivamente. ¿Me gusta el buen sexo? Completamente cierto. —Sus ojos se detuvieron en mí—. Especialmente, en compañía de la mujer ideal. —Se humedeció los labios con la lengua y dibujó una

sonrisa pícaro—. ¿Pero trastorno de personalidad? Eso seguro que no.

Desvié la mirada. Aquel no era un buen momento. Sobre todo, porque había conseguido cohibirme del todo con su respuesta. ¿Cómo podía hablar tranquilamente sobre sexo en un restaurante?

—¿Puedes responder a mi pregunta ahora?

—¿A cuál de ellas, señor Carter?

Enfaticé el «señor Carter» para que entendiera que no quería entrar en conversaciones íntimas. Sonrió volviendo a humedecerse los labios con la lengua. Inmediatamente, se me pasaron un montón de cosas por la cabeza. ¡Maldito hombre!

—Tu cama, Melissa —enfaticó mi nombre de pila, para dejar claro que mi voluntad no contaba para un controlador como él—. ¿Es cómoda, tu cama?

Apoyó los codos sobre la mesa y cruzó los dedos tocándose los labios.

—Señor Carter...

Apoyé los codos sobre la mesa y me masajé las sienes. Estaba agotada. El camarero llegó con nuestro pedido, lo que hizo que mi jefe volviera a su posición inicial. Desistí de comer en cuanto me pusieron el plato delante. En cambio, a él no parecía haberle afectado nada.

El señor Carter empezó a comer en el mismo momento, como si se hubiera olvidado completamente de lo que estábamos hablando hasta entonces. Sólo después del quinto o sexto bocado se dio cuenta de que yo no había tocado mi plato.

—No creo que le haga falta ponerse a dieta. Por lo que veo, lo tiene todo en su sitio. Exactamente como tiene que ser.

Volvió a llevarse el tenedor a la boca. Verlo comer me hizo desear su boca y esos movimientos, pero de otra manera.

—Señor Carter, yo...

—Melissa, todavía no has respondido a mi pregunta. Odio no disponer de la información que necesito en el preciso

instante en el que la necesito.

—¿Desde cuándo necesitas saber si mi cama es cómoda o no?

Perdí completamente la paciencia.

En el mismo momento, me arrepentí de tutearlo, en lugar de tratarlo de usted. Eso echó abajo la barrera entre nosotros. Él sonrió. Cruzó de nuevo los dedos y se tocó los labios.

—¿Prefieres que lo compruebe personalmente? —Me quedé petrificada con sus palabras. Me ruboricé tanto que mi rostro debió explotar—. Cálmate, Melissa. —Dibujó una sonrisa espléndida—. Y come algo. No es sano no alimentarse cuando toca.

Volvió a concentrarse en su comida.

Me obligué a comer algo, a masticar y engullir de manera mecánica mientras él me observaba.

—¿Y bien?

Tenía arqueada una de sus cejas a la espera de mi respuesta.

—Sí, señor Carter.

Me irritó volver a obedecer sus órdenes, que no eran precisamente de carácter profesional.

Le brillaron los ojos con mi respuesta. No sé si por saber que mi cama era cómoda o si era más bien por ver satisfecho su instinto perverso de dominar la situación.

—¿Alguna otra curiosidad sobre mí?

Se rio y se reclinó en la silla apoyándose en el respaldo.

—Muchas. —Sus ojos penetraban mi alma—. No obstante, me conformaré con que satisfagas otras dos. La primera es sencilla: ¿estas así de roja porque tienes que contarme que tu cama es cómoda o por lo que hiciste ayer en ella pensando en mí?

Escupí toda el agua que acababa de meterme en la boca. ¿Estaba loco o qué? El señor Carter se rio ante mi reacción y me alargó una servilleta que tenía en el regazo. La acepté a

pesar de que tenía la mía propia. Empecé a limpiar el agua que había caído sobre la mesa y mi falda. No podía mirarlo en aquel momento.

—Está bien. Voy a dejar esa pregunta por ahora. Por ahora.

—¿Estás loco? ¿Por qué me haces esto? ¿Por qué...?

—Robert.

Una voz femenina detrás de mí

hizo que mi voz se apagara.

La mujer salió de detrás de mí y fue hacia mi jefe. Era guapa. Llevaba el vestido tan pegado al cuerpo que parecía una segunda piel. Era delgada y alta, como una modelo. Su rostro era exótico y angelical, pese a que llevaba mucho maquillaje para aquel momento del día. Su pelo completaba el conjunto: era rubio con tonos rojizos, como una antorcha encendida. Es más, todo en ella parecía estar encendido.

—Vaya suerte encontrarte en horario laboral. Siempre estás ocupado.

—Mannie, cuánto tiempo.

Se levantó elegantemente para saludarla con familiaridad. Ella prácticamente se derritió en sus brazos.

—Demasiado tiempo, la verdad.

Le dio un beso para reivindicar pasar más tiempo con él. Me dieron ganas de gritar.

—Ella es Melissa Simon, mi secretaria. Señorita Simon esta es Mannie, una... amiga.

Se miraron de manera íntima. De repente era la señorita Simon y la que tenía delante era una amiga. Probablemente el tipo de amiga que yo había sido el día anterior. O peor, una amiga que ya había llegado mucho más lejos. ¿Era eso? Sonreí de forma forzada, profesional, cuando ella me dedicó una sonrisa generosa.

—Melissa, entonces creo que debo pedirle que me concierte una cita con él. Robert está tan ocupado que esa será la única manera de verlo.



Ahora resultaría que tenía que programar sus citas también. Era lo que me faltaba.

—Realmente, estoy muy ocupado, Mannie. —Desvió su atención de mí. No sé si me sentí agradecida o asqueada—. Prometo llamarte. Ahora tengo que volver a mi ajetreada vida. Tengo dos reuniones más hoy.

Hizo un gesto al camarero para que le trajera la cuenta.

Salí del restaurante después de tener que aguantar aún toda la coquetería con la que hablaban de buscar un día para verse con calma. Era un idiota, ensimismado y arrogante que pensaba que podía tener a la mujer que quisiera.

Sentí pena por su novia. Y yo también era uno de los motivos de esa pena. Pero no volvería a pasar. No lo permitiría.

Volvimos a la empresa en silencio. Aunque estaba segura de que ya no viviríamos más lo que él estaba dispuesto a vivir, había algo que me incomodaba: no me había hecho la segunda pregunta. La curiosidad me corroía.

—¡Dime, Melissa! Ya sé que te frotas así las manos cuando estás ansiosa por decir algo.

Entonces me di cuenta de que habíamos llegado al aparcamiento.

—No me has hecho la segunda pregunta.

Casi no podía hablar a causa de la timidez. Volvió a esbozar su sonrisa torcida, escandalosamente sugerente, lo que me dejó sin aire.

—Te la haré en el momento adecuado. Ahora, si no te importa, tenemos que trabajar.

Me quedé aún más cohibida. Ahora era yo la que confundía los momentos y buscaba intimidad cuando no debería. Realmente, conseguía que perdiera la noción de las cosas.

Pasamos el resto de la tarde trabajando. Quiero decir, que él se pasó la tarde trabajando. Había dos reuniones programadas, pero lo único que hice fue llevar los documentos que me pidieron. Yo me pasé la mayor parte de la tarde

martirizándome por dejarlo hacer lo que quería conmigo, especialmente, cuando era tan canalla y seductor.

Nick apareció al final de la tarde. Quería hablar con el señor Carter y, como estaba reunido, aprovechó para programar algunas cosas conmigo que él debía revisar. Estuvimos hablando un rato. Yo estaba bastante absorta y ella lo notó.

—¿Pasa algo, Mel? Estás muy distraída. ¿Qué ha hecho Robert esta vez? Siempre le pido que hable bien a la gente, pero tiene una obsesión terrible con mandar.

Sonreí. Tenía razón. Su forma de mandar y controlar era insoportable.

—Nick...

Tenía que desahogarme.

—Ya has hecho... Quiero decir...

—Habla de una vez. ¿Qué es lo que te está torturando? ¿Has discutido con tu ligue aquel?

—No. —Me armé de valor—. En realidad, es algo que le ha pasado a mi amiga Kary —improvisé—. Me ha dicho que le pasó algo extraño con un tipo.

—¿Una cosa extraña?

—Sí... Ellos... —Me mordí los labios sin saber cómo seguir—. Han tenido sexo por teléfono.

Se tapó la boca y se rio.

Era divertido porque no le había pasado a ella. No creo que le pareciera tan gracioso si supiera que había pasado entre su hermano y yo. Era como traicionar su confianza.

—¿Cuál es el problema?

Aún se divertía.

—El tipo... El tipo con el que estuvo por teléfono... Es un canalla. Y... Aunque no lo sabe seguro... Ella cree que tiene novia o un compromiso más serio, pero no tiene nada que le

permita comprobar sus sospechas, sólo... Que él demuestra tener relaciones abiertas. ¿Me explico?

Dejó de sonreír.

—Eso es grave.

Nick se puso seria.

—Lo sé.

Agaché la cabeza y dejé que el pelo me cayera sobre la cara para esconder mi rubor.

—Puede que esté casado, porque ella no sabe mucho de él —añadió Nicole.

Pensé en el asunto y no lo creí posible. Pero quizá estaba casado.

—¿Crees que este tipo de sexo cuenta como infidelidad?

—Cualquier tipo de sexo es una infidelidad, Mel. ¿Qué has hecho? —Me acusó sin subterfugios. Levanté la cabeza y me encontré con sus ojos, pero no tuve valor de reconocerlo—. No dejes que Robert haga eso contigo, Mel. Puede que tengan problemas, pero, por lo visto, no se separarán nunca.

No me estaba regañando. Era como si me estuviera alertando, como amiga, no como jefa. Lo que me llamó la atención fue que dijera que ellos quizá tenían problemas. Eso significaba que había una relación entre ellos. ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

—Melissa, ellos...

—Te confundes. No estoy hablando de mí, Nicole.

Fui demasiado cobarde para admitirlo o para disculparme. No quería que conociera mis errores y, mucho menos, que aquello se convirtiera en un problema entre nosotras. Fingí la mayor indignación posible. Tenía que creerme y quitarse de la cabeza que yo tenía una relación con mi jefe.

—¿De verdad?

—Sí. —Intenté mostrarme firme y sonreí de manera forzada—. Ahora tengo que entrar, Nick. Voy a llevar algunos

documentos antes de que el señor Carter decida castigarme de nuevo.

Sonrió aliviada.

—¡Perfecto! Voy a pasar a ver a Paul.

Nos despedimos y volví a mi tortura interior.

Ya empezaba a anochecer cuando me llamaron a la sala de reuniones. El señor Carter, además de programar algunas reuniones y visitas, me encargó otras tareas. Nos quedamos veinte minutos más acabándolo todo mientras él se despedía de la gente. Estaba apagando el ordenador y ordenando mis cosas cuando se acercó. Más de lo que normalmente se acercaba.

—¿Vamos?

—¿Vamos?

No lo entendí.

—Te he traído yo, así que te dejaré en casa. —Se me abrieron los ojos como platos, me flaquearon las piernas y me ruboricé—. ¡Calma Melissa! —Sonrió metiéndose la mano en el bolsillo—. Hoy no comprobaré si tu cama es cómoda.

Abrí la boca para hablar, pero no me salió la voz. Opté por seguir callada.

Fuimos hasta su coche y, cuando entramos, volvió a hablar.

—Aún tengo derecho a mi segunda pregunta. No te vas a librar.

Cerré los ojos esperando lo que venía. Al menos no se atrevería a probar mi cama. Sin embargo, mi jefe no dijo nada. Estuvimos en silencio todo el trayecto. Silencio por fuera y un ruido infernal dentro de mí. Todos mis órganos suplicaban que él se acercara, y mucho, y mi mente gritaba para que no se acercara.

Paramos delante de mi edificio. No dijo nada. Me quité el cinturón de seguridad para salir del coche.

—¿Cómo definirías tu vida sexual?

Me mordí los labios y cerré los ojos.

¿Qué mierda de pregunta era esa? Alargué la mano hasta el cierre de la puerta del coche.

—No me has respondido. ¿Sabes cuánto cuesta mi tiempo?

Atrancó la puerta y me impidió salir.

—Es usted un enfermo.

Sentí que se me mojaban los ojos.

—¿Por qué? ¿Porque quiero saber cómo defines «buen sexo»? ¿Porque me intereso por tu vida sexual?

—Eso no tiene nada que ver con su tiempo ni con sus negocios. ¿Por qué no me deja en paz?

Me enfrenté a él. Él sonrió. Todo mi cuerpo reaccionó. ¿Estaba excitada? No podía ser posible.

—Me gustas mucho cuando te pones nerviosa, Melissa. Eres un peligro para cualquier hombre.

Mis pulmones no dejaban escapar el aire. Se inclinó hacia mí. Podía sentir su aliento y sus labios próximos a los míos. Quería tocarlos. Mis ojos danzaban entre sus labios y sus ojos. Tenía el corazón acelerado.

—No me haga esto —imploré susurrando.

—No lo haré. Sólo cuando me lo pidas.

Su sonrisa torcida y perfecta hizo que quisiera hundirme en el asiento del coche y entregarme al orgasmo que sentía que no podría resistir.

—Vas a responderme a la pregunta. No conseguirás escabullirte.

Levantó la mano para tocarme. Llegué a suspirar con la posibilidad. Sin embargo, a medio camino, su mano se desvió y abrió la puerta.

—Tienes que irte ahora. Tengo una cena importante esta noche. Nos vemos mañana.

Bajé del coche y me fui sin mirar atrás. Necesitaba una ducha urgentemente.

Al siguiente día, se desvanecieron todas mis expectativas. El señor Carter llamó temprano para decir que no vendría. Me pidió que le enviara por correo electrónico copia de algunos contratos, todos de la misma empresa, y me dijo que no sabía cuándo ni si vendría. Tuve que hacer algunas llamadas para cancelar los compromisos de esa mañana.

Comí con Nicole y Alexa, como hacía cuando el señor Carter no estaba. Cada vez éramos más amigas y, además, me sentía bien con ellas.

El señor Hanson llegó casi al final de la comida y Nicole nos tuvo que dejar. Me quedé con Alexa repasando los chismes de la empresa. Me intentaba animar todo el tiempo pensando que era viernes y que quedaría con Dean. Desgraciadamente, después de lo que había pasado, no conseguía entusiasmarme. Aún teníamos pendiente el viaje a Grecia. Salíamos el lunes y estaba ansiosa y angustiada, además de asustada.

El señor Carter volvió al final del día con la señorita Tanya, su novia. Me saludaron educadamente mientras mi corazón se desmoronaba al recordar que era una idiota vulnerable. Nicole tenía razón. Sólo estaban pasando una mala fase. Era sólo un momento en su vida.

Necesitaba a Dean para que me devolviera a la realidad.

Salí del despacho antes que ellos y fui corriendo a casa para arreglarme. Toda mi ansiedad por recuperar el rumbo de mi vida se evaporó cuando Dean llamó diciendo que no había conseguido volver. Mis planes se fueron por tierra. Sería una noche perdida.

## Capítulo 10

Caminé por la calle estrecha y mojada que me llevaba al Aeropuerto Internacional O'Hare. El taxi me había dejado un poco lejos de la entrada debido al tráfico. La lluvia fina me molestaba más que otros días. Estaba cansada. Dormir con la expectativa del día siguiente había sido una mierda. Tenía que tener la cabeza en su sitio para hacer este primer viaje a su lado o estaría perdida.

Me sentía tan angustiada que ni siquiera me paré a mirar las tiendas o la arquitectura del aeropuerto, que me encantaba. Fui a toda prisa para embarcar cuanto antes. Era increíble y absurdo, pero casi llegaba tarde y sabía que el señor Carter no me lo perdonaría.

Nunca había viajado en un avión privado, así que me equivoqué en todo, lo que certificó mi retraso. Cuando finalmente me condujeron a la aeronave, el señor Carter ya me esperaba impaciente. Su mirada de censura fue suficiente para que me sintiera avergonzada e inquieta.

—Buenos días —saludé a la azafata que me ayudó con el equipaje y me llevó a uno de los cómodos asientos que había en el aparato.

Era increíble que todos aquellos adornos cupieran en un avión tan pequeño. Me concentré para evitar observarlo todo. El señor Carter tomaría nota de una actitud como esa para echármela en cara luego.

—Buenos días, señor Carter.

No lo miré. Tenía miedo.

—Buenos días, señorita Simon. ¿Problemas con el despertador?

No desvió la mirada del periódico que estaba leyendo.

La azafata sonrió y se retiró. Era muy guapa. Morena con el pelo corto, su cara parecía salida de un cuadro y, además, tenía un cuerpo increíble. No sé si era la típica postura de las azafatas o el uniforme, pero se me antojaba el tipo de mujer que los hombres consideran sexy. Y muy probablemente, Robert la consideraba sexy. Dejé de mirarla y ocupé el asiento. Si cerraba los ojos me dormiría hasta que llegáramos allí.

El avión circuló por la pista y pronto estábamos en el aire. Durante el despegue ni hablamos ni nos miramos. El señor Carter seguía absorto en el periódico. Cerré los ojos y me obligué a seguir así hasta que llegáramos a nuestro destino. Pero, claro, era imposible.

Estaba desarrollando una relación casi enfermiza con el señor Carter. No lo deseaba o, mejor dicho, quería desesperadamente no desearlo. En cambio, me sentía profundamente incómoda cuando él se mostraba desinteresado. Era confuso. ¿Qué me estaba pasando? Cuando acabará mi estancia en este trabajo tendría que ir a ver a un psicólogo.

—¿Tienes sueño?

Su voz me alcanzó en todo el cuerpo.

No conseguí evitar la sonrisa que se formó en mis labios. Era bueno tener su atención, incluso cuando sabía que aquello era humillante para mí.

—No. Sólo es que no quiero molestarle.

Me volví para mirarlo y vi que me sonreía.

—¿Cómo has pasado la noche?

¡Dios! No iba a comenzar de nuevo con aquello.

—Tranquila.

Seguí atenta.



—¿Esa es la respuesta a mi pregunta? —Fruncí el ceño. No entendía por qué me decía algo así—. Sobre su vida sexual.

«Maldita sea. No otra vez», pensé.

—No le voy a responder, señor Carter. Tendrá que darse por satisfecho con lo que sabe.

Volví a mi posición inicial y cerré los ojos.

—Creo que sí.

Se rio haciendo guasa.

¿Qué es lo que estaba sugiriendo? ¿Quizá que mi vida sexual era tranquila? ¿Que no tenía una vida sexual atractiva o mínimamente interesante? ¿Quién se creía que era? Proyecté la barbilla hacia arriba, como hacía siempre que me sentía desafiada. Eso le motivó aún más. Oí su risa y me sentí indignada. Justo en ese momento la azafata volvió para servirle un vaso de whisky.

—¿Desea usted algo, señorita?

La miré odiándola por ser tan sexy.

—Agua. Gracias.

Se fue y volvió rápidamente con un vaso de agua. Fui bebiendo poco a poco. El señor Carter no volvió a hablar durante un buen rato. Sentí curiosidad y me volví para observarlo. Estaba mirando el ordenador que estaba sobre una mesa que salía de los brazos de su asiento. ¡Qué práctico!

Comencé a sentirme inútil, sentada en mi asiento sin nada que hacer. El señor Carter no me había pedido nada. No llevábamos documentación y ni siquiera conocía el motivo de la reunión. Sólo que debía asistir. Tampoco tenía derecho a pensar que era otra forma de enredarme en su juego, ya que el compromiso estaba programado antes de que llegara a la empresa e iba a ser Abby quien lo acompañara.

Además, me había dicho que si no quería ir, Alexa podía sustituirme. Así que con toda seguridad no tenía nada que temer y mucho menos que desear.

Miré por la ventanilla. No había más vista que las nubes, un poco más abajo. No sabía qué tipo de negocios podrían tratarse en Grecia. No por un grupo como C&H Medical Systems. De todos modos, el señor Carter había dejado claro que se trataba de una reunión informal. Con certeza, era algo que no le gustaría que se descubriera ni que se divulgara.

Me estremecí pensando en qué tipo de negocios oscuros podía andar metido. Me sorprendí al constatar que su lado malo y peligroso me atraía más que el normal. Me reprendí. No sería nada de lo que yo estaba pensando. Seguro que era así. C&H Medical Systems era conocida por su integridad y honestidad. También pensé que el señor Carter no lo arriesgaría todo por negocios oscuros. Me relajé un poco más.

—Señorita Simon, en cuanto lleguemos a nuestro destino, hable con Nicole y pídale una lista completa de nuestros empleados. Enfátice que quiero la lista del grupo entero y que no debe quedar ningún empleado fuera.

Asentí con la cabeza. Me admiré ante su pose de ejecutivo, tan perfecta e intimidante. Me acordé de cómo me asusté el primer día cuando descargó sobre mí su personalidad con toda la fuerza. Pronto, en mis primeros días en la empresa, ya había tenido una demostración de lo que era el Robert hombre y el Robert ejecutivo. Suspiré.

El viaje sería largo. Con una diferencia horaria de ocho horas, no quería ni imaginarme cómo llegaríamos. Sólo sabía que llegaríamos a Atenas. Estaba muy ansiosa. Me fascinaba la historia antigua y Atenas estaba en mi lista de prioridades. La única información que tenía es que no nos alojaríamos en un hotel, sino en una casa.

—Disculpe que le pregunte, señor Carter.

Me lanzó una mirada inquisitorial.

—No lo sé...

—¡Ok! —le interrumpí—. No me puedo disculpar. —Me lanzó una sonrisa sencilla mientras esperaba—. ¿Qué tipo de negocio va a cerrar usted en Grecia? No consigo imaginar cómo un lugar cuyo punto fuerte es el turismo puede ser

importante para un grupo que trabaja con productos destinados a la medicina.

Volvió a sonreír.

—Es usted muy perspicaz. —Apartó sus ojos de los míos—. Pero Grecia forma parte de la Unión Europea, su mano de obra es bastante productiva y, aunque el país está pasando por una crisis económica, podemos encontrar algo interesante allí.

—¿De qué tipo?

—No vamos a cerrar un negocio con un grupo relacionado con Grecia. Sólo hemos escogido el lugar de encuentro porque se trata de un asunto confidencial.

Se hizo un silencio entre nosotros. No dijo nada más, así que no tuve valor de preguntar nada más. No era mi problema.

Sería complicado pasarnos diez horas en un vuelo sin hablar. Teóricamente desembarcaríamos en Atenas cuando el día estuviera acabando en Chicago, pero llegaríamos a nuestro destino aún de día. Sería cansado.

—Puede estar tranquila, señorita Simon. Su papel no será muy relevante en esta reunión, ya que no podrá participar activamente. Como le he dicho, es un asunto confidencial. Tampoco estará de adorno, aunque sería un bonito adorno.

Me ruboricé. No sabía si de vergüenza o rabia. Odiaba que mis cualidades profesionales se vieran ensombrecidas por el interés sexual de personas como el señor Carter.

—Podría hacerlo todo usted sólo, entonces.

—Podría, pero no quería perder esta oportunidad.

No supe cómo reaccionar.

¿Estaba reconociendo que había un interés más allá del estrictamente profesional para que viajara con él?

—Por otro lado... —continuó hablando como si no hubiera dicho nada—. Voy a necesitarla estos días.

—¿Podría entonces decirme qué debo hacer en cuanto lleguemos a Atenas? Son diez horas de vuelo y, si no sé de qué

forma voy a colaborar, voy a acabar volviéndome loca aquí dentro.

No debería haber hablado de eso modo, pero el señor Carter estaba intentando hacer que perdiera la cabeza. Lo confirmé cuando me miró y se rio. ¡Mierda! Sólo podía ser una especie de psicópata que había decidido arruinarme la vida y, principalmente, acabar con mi salud mental.

—Tiene razón. Será un viaje largo, pero puedo buscarle una forma de que se distraiga.

La forma en que sonrió y sus ojos me quemaron en cierto lugar y disiparon cualquier duda que pudiera tener. Ya sabía de lo que hablaba.

Me debatía entre ceder a sus encantos, como había hecho la noche que me llamó, o ignorarlo, ya que no podía simplemente abrir la puerta y marcharme de allí. Opté por ignorarlo. Sería lo más conveniente. Apoyé la cabeza en el asiento y volví a cerrar los ojos.

—Podríamos retomar nuestra conversación. —Seguí ignorándolo—. Aún no me has respondido por qué te avergonzaste cuando te pregunté sobre tu cama. —No respondí—. Ya sé que tu cama es cómoda y sé cómo reaccionas cuando estás conmigo sobre ella, aunque sólo sea de pensamiento o por teléfono.

Abrí los ojos de par en par mirándolo. No podía creerme que estuviéramos hablando así.

—Sólo me falta saber por qué eso hace que te avergüences tanto.

—¡Dios mío! Señor Carter, ¿qué está buscando usted con todo esto? —dije indignada—. No creo que...

—Melissa... —Inclinó su cuerpo hacia adelante, apoyó los codos en la pequeña mesa y me observó con los ojos entornados—. Busco muchas cosas... Pero no viene al caso ahora.

—Esto no es normal —lo dije para mí misma más que para él.

—Claro que es normal. Un hombre puede desear a una mujer, especialmente cuando la mujer es totalmente deseable.

Sentí que un escalofrío me recorría todo el cuerpo. ¡Dios mío! ¿Qué iba a ser de mí?

—¿Usted acostumbra a desear a sus secretarias? ¿De qué se trata, de una especie de fetichismo?

Se rio aún más alto, pero no me respondió. Volví la mirada hacia él.

Poco después la azafata volvió a entrar en la cabina para comprobar si necesitábamos algo. Vi que el señor Carter pidió una bebida. Por la forma en que lo dijo, deduje que era algún tipo de vino o champán. Pidió también dos copas. Cerré los ojos sin poder creerme que fuéramos a beber durante el viaje.

Cuando la azafata volvió con la bebida dentro de un cubo de hielo y dos copas de champán, me quedé aún más intrigada. El señor Carter la dispensó de abrir la botella. Así que ella se marchó y el señor Carter colocó la mesa portátil a un lado para servir la bebida. Observé admirada la levedad con la que manejaba la botella. No era una tarea complicada, pero la ejecutó con tanta maestría que me dejó embobada.

—Bebe —me ordenó ofreciéndome la copa—. Te relajará.

Reí con ganas al pensar en la relajación que me proporcionaría él. Me crucé de brazos para impedirme coger la bebida de su mano.

—¡Melissa! —me reprendió como si fuera mi padre—. Vamos a pasar diez horas aquí encerrados y aún tendremos que lidiar con el cambio horario. Beber te ayudará.

Me resistí, pero acabé cogiendo la bebida y lo vi mover su copa hacia mí en un brindis sutil. Incliné la copa con cuidado para probar lo que me estaba ofreciendo. Era bueno. En realidad, estaba muy bueno. Tomé un sorbo mayor que el primero.

—¿Te gusta?

Seguía de pie delante de mí.

—Creo que sí.

Se rio.

—Me gusta tu sentido del humor. —No sé de dónde se sacaba eso, pues estaba siendo sarcástica y demostrándole mi mal humor—. Disfruta de la bebida. —Giró el asiento que estaba delante hacia mí y se sentó—. ¿Ha estado alguna vez en Grecia?

—No.

Bebí un poco más.

—¿Has estado en el extranjero?

—Sí.

Me hizo gracia su curiosidad por mí. Decidí no revelar mi vida con tanta facilidad.

Mi jefe se quedó esperando mi respuesta. No apartaba los ojos de mí. Volví a beber de mi copa. El señor Carter se levantó y cogió la botella para llenarla nuevamente.

—¡Ah no, señor Carter! Estoy bien así —dije para impedirselo, pero fue en vano.

—Estamos solos, Melissa. No tienes que preocuparte por nada. El efecto de la bebida se nos habrá pasado antes de que llegemos. —Volvió a dejar la botella en el cubo—. Se volvió hacia mí y después dudó. Volvió a coger el cubo y decidió traerlo y dejarlo donde estábamos, en el suelo, al lado de su asiento. Bebí otro trago largo. La bebida era deliciosa y necesitaba una dosis extra para no sentirme intimidada por su presencia.

—Igualmente, no me parece adecuado.

Sonrió de manera perfecta y encantadora.

—Últimamente siento una atracción irresistible por lo que no es adecuado —anunció.

—Debe de ser alguna crisis relacionada con la edad.

Me miró divertido. Intenté mantenerme seria, pero me resultó imposible. Tenía razón. La bebida servía para que me sintiera más libre y suelta.

—Háblame de ti —me ordenó más que pedirme.

—No.

—¿No? —Arqueó una ceja y volvió a reírse—. Creo que debo obligarte a beber un poco más. —No reaccioné cuando le vi echar más bebida en mi copa que aún no estaba vacía—. ¡Ahora, habla!

—¿Qué puede interesarle de mi vida para que tenga usted tanta curiosidad?

—Puedes prescindir de las formalidades, Melissa. Ahora habla.

Una vez más, adoptaba su tono de ejecutivo. Tomé un sorbo largo y rápidamente me vi hablando.

—Tengo 24 años. Vivo sola. Vine a Chicago cuando me admitieron en la universidad y estoy aquí desde entonces.

—Tus padres...

—Están separados. Viven en California.

—¿Por qué se separaron?

—Esa es una historia suya. Sólo puedo hablar de mi vida, no de la vida de los demás.

Sonrió asintiendo con la cabeza.

—Es justo.

—¿Y tú?

Se levantó para volver a llenar las copas.

—Tengo 36 años, soy el director ejecutivo de C&H Medical Systems y en este momento estoy hablando relajadamente con una mujer encantadora.

Me sorprendió su capacidad para eludir las preguntas directas. ¿Por qué tanto misterio sobre su vida?

—¡Ok!

Permanecí en silencio, bebiendo y contemplando el cielo que se extendía más allá de mi minúscula ventana.

—Entonces... ¿Qué te gusta hacer en tu tiempo libre? Además de practicar sexo por teléfono con tu jefe, claro. — Casi me atraganté con sus palabras, lo que hizo que él soltará una carcajada—. Disculpe, no he podido resistirme.

Continuó riéndose.

—No te disculpes.

Le devolví la orden que siempre insistía en darme.

—Justo. Muy justo —se limitó a responder.

—Eso es... Tan... —Busqué la palabra adecuada mientras él se divertía con mi turbación—. Absurdo.

—Lo es. Lo es. Cierto.

Asintió ahora con gesto serio en otro cambio de humor lo que volvió a confundirme de nuevo.

Cogí mi copa y me la bebí de un sorbo. El señor Carter levantó la botella para servirme un poco más. Esta vez le facilité las cosas, dejando la mía a medio camino. Era mejor dormir borracha que continuar con aquella conversación embarazosa.

—¿Y entonces qué haces en tu tiempo libre?

Lo miré con los ojos entornados e inmediatamente lo vi reír.

—Respiro —respondí secamente.

—Ya me gustaría poder hacerlo. —Esta vez la que sintió curiosidad fui yo y él lo notó—. Respirar alguna vez. Es bueno —aclaró.

No entendí si hablaba con pesar o deseo.

Este era el típico caso de hombre misterioso y enigmático ante el que cualquier mujer caería arrodillada a sus pies. Entendí de inmediato que el señor Carter era un hombre reservado cuando el asunto tenía que ver con él, lo que hacía que yo sintiera más curiosidad. Había algo más de lo que conseguía o quería mostrar. Había algo muy escondido dentro de él. Algo profundo, complejo, doloroso y aterrador. Nos quedamos mirándonos fijamente demasiado tiempo. Él notó



que estaba intentando ver más allá del velo que encubría su verdadero yo. Eso le inquietó.

—Creo que ya hemos bebido suficiente.

Levantó la mano y la extendió hacia mí.

—Vamos —ordenó de nuevo y yo me vi obedeciendo una vez más sin protestar.

El señor Carter me cogió con firmeza la mano. Sentí que todo mi cuerpo recibía descargas eléctricas interminables. Su mano grande y caliente envolvía la mía con tanta seguridad y confianza que no pude sentirme incómoda con la sensación. Iría con él a cualquier parte mientras mantuviera sus manos sobre mí.

Caminamos entre los sillones que había en aquella parte de la aeronave entrando por una puerta que hasta entonces estaba cerrada. Tras la puerta había un pasillo estrecho con cinco puertas. Dos a cada lado y una enfrente. Me condujo con paso firme hasta la que estaba enfrente. Sin mirar atrás en ningún momento, abrió la puerta dejándome paso.

Entré en una habitación de matrimonio completa. Había una cama, cojines y almohadas, una pequeña mesa de escritorio con dos sillas que parecían cómodas, una alfombra a los pies de la cama y cortinas que cubrían las ventanillas. Sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies. ¿Qué pretendía llevándome allí? Respiré hondo. Debía huir o quedarme.

—No te preocupes, es sólo una habitación con una cama.

Estaba justo detrás de mí. Su voz ronca casi tocaba mi piel. ¡Dios! No sabía si quedarme o huir. ¡Maldita sea!

—Relájate, Melissa.

Pasó delante de mí quitándose la americana. La dejó en una de las sillas. Después se desabotonó los puños de la camisa.

Me quedé paralizada. Petrificada en el sitio. Podía huir, pero también podía quedarme. Podía sentir la presión en los dos lados de mi cabeza. ¡Dios! ¿Qué debía hacer, huir o quedarme?

—¿Melissa?

Me arrancó de mis pensamientos.

Miré al señor Carter, sentado en el borde de la cama, descalzo. Llevaba los primeros botones de la camisa abiertos. Sabía que parecía una idiota y que podría divertirse con esto después, pero era imposible evitarlo. El señor Carter... Robert... Era perfecto. Guapo de todas las maneras posibles. Era la tentación encarnada. Ladeó un poco la cabeza y me sonrió. ¡Tan perfecto!

—Ven aquí —me llamó.

Mis pies obedecieron su orden como si tuvieran voluntad propia.

Me senté a su lado en la cama sin conseguir decir una palabra. Me miró. Aún sonreía. Me pasó los dedos por la cara y dejó un rastro de fuego. Cerré los ojos. Me invadió una mezcla de miedo y ansiedad.

—Necesitamos descansar para aguantar el cambio de horario. Por eso estamos aquí. No tienes que tener miedo.

Hablaba bajo con su voz dulce y suave. Era casi un susurro, pero a mí me sonaba como una caricia. Algo en la manera en que habló me inspiró confianza e hizo que se evaporaran todos mis miedos.

—No voy a hacer nada que no quieras.

Sus labios dibujaron una sonrisa presuntuosa.

Ese era el problema en realidad: él no haría nada que yo no quisiera. Sin embargo... ¿Y si yo quería? ¿Y si yo permitía que todo ese juego fuera un poco más allá? ¿Sería correcto? ¿Lo sería? No. Sería un riesgo inmenso. Aún así, asentí. A pesar de que era temprano, después de un tiempo de vuelo, me sentía agotada. Acostarme y descansar, me iría bien.

—¿Vamos a quedarnos en la misma habitación? ¿Por eso ha pedido el champán?

—Sí.

—¿A cuál de las dos preguntas?

—A ambas. Vamos a quedarnos en la misma habitación y en la misma cama. —Me estremecí—. He pedido champán para que te relajaras y descansaras. Nada más.

Asentí nuevamente y él me cogió las piernas dejándome sobre la cama.

Casi pierdo el equilibrio. Sus brazos fuertes me sostuvieron. Tener sus manos en la cara era una sensación agradable, pero sentir sus manos calientes en mis piernas, bajando luego por mis pantorrillas y luego, sin dudar, hasta mis pies, era indescriptible.

Sin pedirme permiso, el señor Carter me desató las sandalias y las dejó en el suelo. Me apretó los pies con las manos aplicando la presión justa. Era placentero y reconfortante. Cuando dejó de tocarme, me eché en la cama. Ocupé sólo un lado, no toda la cama como solía hacer.

Me acosté mirando al techo. Estaba confusa. No sabía si debía aceptar tanta intimidad.

El señor Carter se quitó la camisa, lo que me llamó la atención. Miré su espalda lo que me hizo confirmar aún más mi concepto de divinidad. No estaba musculado, pero su cuerpo estaba bien definido y trabajado. Tenía las espaldas anchas.

No pude desviar la mirada, por eso, cuando se volvió para echarse también, nuestros ojos se encontraron. ¡Maldita sea! ¿Aquello era real? Podía sentir, casi palpar, el deseo que exhalábamos el uno por el otro. El señor Carter se inclinó y se recostó de cara a mí. Cerré los ojos y, asustada, me quedé muy quieta.

—¿Vas a dormir? —preguntó en voz muy baja.

—Esa era la idea, ¿no?

Abrí los ojos y lo vi con la cabeza sobre la mano que a su vez apoyaba en la cama. Sonrió y se mordió el labio inferior.

—Sí, es verdad.

Volví a cerrar los ojos. No quería mirar su torso.

Confirmar su perfección sería una manera de aceptar que algo más podía ocurrir entre nosotros. Aún no estaba preparada para ir más lejos de donde ya habíamos llegado.

—¿Duermes así?

Volví a abrir los ojos.

—¿Hablando? Claro que no.

Dibujó una sonrisa espléndida y yo le correspondí.

—Boca arriba.

—Normalmente no. Pero estoy tan tensa que no creo que pueda dormir.

Se rio bajito. Me asusté aún más al ver que me gustaba aquella risa.

—Puedes estar tranquila. Ya te he dicho que sólo haré lo que tú quieras.

No me contuve y me volví quedando frente a su torso desnudo. Mi jefe tenía vello en el pecho, pero poco y corto. Sentí ganas de pasar mis dedos por allí. Ganas de seguir la senda que bajaba por su pecho, pasaba por su abdomen bien definido y que me llevaría donde mis ojos no alcanzaban a ver. Inmediatamente me invadió la vergüenza por mi osadía. Recosté la cabeza en la almohada y volví a cerrar los ojos.

—¿Algún problema? —preguntó revelando la gravedad de su voz.

Existía una diferencia sutil entre la forma dulce y gentil y la forma ronca y excitante con la que me hablaba. Fue fácil notar que su voz indicaba un momento más íntimo, pero ligado al placer sexual.

—Me confundes. ¿Qué quieres exactamente?

Mi cuerpo empezaba a relajarse. El colchón suave, la deliciosa bebida, la presencia del señor Carter tan cerca de mí, su voz a veces ronca, a veces suave y siempre baja como un susurro, el propio ruido constante del avión, todo contribuía a mi estado de espíritu. Sabía que me dormiría pronto. Cerré los

ojos y oí su risa. Su aliento en mi cara, era una mezcla de champán y menta.

—Te lo diré, pero no ahora.

Se acercó aún más a mí.

Con los ojos cerrados, noté como me acariciaba el pelo. Era sólo una caricia, suave, cariñosa, reconfortante. Ya no sabía dónde estaba. Acariciarme el pelo era la forma más segura de que me durmiera. Me encantaba.

—¡Duérmete! ¡Ahora! —ordenó en voz baja e incisiva.

# Capítulo 11

Me desperté asustada en la penumbra del cuarto. Tardé unos segundos en entender dónde estaba y unos segundos más en comprender que había dormido al lado del señor Carter. No obstante, en aquel momento, estaba sola en la cama. Me levanté mirando a mi alrededor y reconocí la habitación. No sabía cuánto tiempo había dormido.

Anduve tambaleándome en dirección a una puerta que imaginé que era el baño. Encendí la luz y me quedé más aturdida con la claridad. Me lavé la cara con cuidado de no quitarme demasiado maquillaje y salí intentando llegar al lugar donde estaban los asientos. No sabía qué había pasado ni recordaba cómo me había dormido. Sólo recordaba su mano en mis cabellos. Cerré los ojos en un intento de recordar lo máximo posible.

Entré en la cabina en que estaba él y nuestros ojos se encontraron. De repente, me sentí cohibida. A pesar de que si lo analizaba lo que había pasado era menos que el sexo por teléfono, me sentí más avergonzada.

—Buenas tardes, señorita Simon.

¿Tardes? Sentí una punzada en el estómago. ¿Cuánto tiempo había pasado?

—Buenas tardes.

Aún me sentía confusa.

La azafata, que estaba agachada de cara a él sirviéndole algo que parecía una Coca-Cola, se incorporó. Me quedé intrigada. ¿Qué estarían haciendo antes de mi llegada? ¿Su actitud parecía sospechosa? ¡Oh no, Dios! ¿Qué estaba

haciendo? No me interesaba su vida. No podía actuar como una novia insegura. Yo sólo era su secretaria.

—¿La señorita desea comer ahora?

Noté su mala voluntad al servirme. Miré al señor Carter y después a ella.

—No, gracias.

Me había quedado sin hambre.

—Deberías comer, Melissa —dijo, más bien como una exigencia, por su tono de voz.

—¿Carne o pollo?

La azafata volvió a mirarme con impaciencia.

—Pollo. ¡Gracias!

No me interesé por el plato, no me interesaba, sólo quería comer pronto y de una vez. Así sus atenciones no recaerían sobre mí.

La azafata se alejó contoneándose. Me senté en el asiento que ocupaba antes de que me llevara a la habitación. Miré por la ventanilla. El sol no parecía haberse movido ni un centímetro. Era el cambio de horario.

—¿No tienes hambre?

Oí la pregunta por segunda vez desde que nos conocimos.

—Creo que he dormido demasiado —dije disfrazando mis motivos.

No quería admitir que lo que pensaba que estaba pasando entre él y la azafata me había quitado el hambre.

—Es verdad. Pero eso es bueno. Llegaremos temprano a Atenas. —Volvió a mirar su ordenador—. Pero luego haremos un pequeño viaje a Míkonos.

—¿Míkonos?

—Una isla. Allí es más seguro.

Lo miré fijamente y él desvió su mirada hacia la pantalla del ordenador.

¡Mierda! ¿Dónde me estaba metiendo?

La azafata entró con mi almuerzo. Por su cara tuve hasta miedo de saber lo que me esperaba. Seguramente había escupido en mi comida o había dejado algún regalo indeseable. Sonrió educadamente al retirar la tapa. El olor a pollo llenó la cabina. Mi estómago respondió inmediatamente al estímulo.

—¿Cuánto tiempo nos queda para llegar?

Di un primer bocado. El señor Carter me miró interesado.

—¿Hasta Míkonos?

—A Atenas —aclaré con la boca llena lo que le hizo reír haciendo que yo me avergonzara de nuevo.

—Dos horas más.

Volví a tomar un bocado, consciente de que me observaba. Mastiqué lentamente intentando ocupar el tiempo. Había algo más en aquel viaje. Algún secreto que el señor Carter no quería que descubriera. No debía desconfiar tanto. Al fin y el cabo, él era el director ejecutivo y yo sólo una secretaria. Sin embargo, algo me intrigaba y mucho sobre aquella historia.

Pasamos las dos horas restantes hablando de temas más banales. El señor Carter trabajó bastante en su ordenador, mientras yo lo observaba. No me dijo nada de lo que pasaría en la reunión. Dos horas después, o quizá un poco más, estábamos desembarcando en el Aeropuerto Internacional de Atenas.

A pesar de que nuestra posición era bastante cómoda, me asusté al ver el movimiento y mucho más cuando salimos del aeropuerto. Una infinidad de taxis esperaba a los pasajeros, mientras que otra infinidad de ellos se agolpaba en la calle haciendo que el tráfico fuera lento y confuso.

—Virgen Santa, si no fuera por el paisaje pensaría que estamos en Nueva York. Qué lío.

El señor Carter se rio suavemente antes de saludar a un muchacho bajito y barrigudo, con el pelo demasiado largo a



los lados y demasiado poco pelo en la parte de arriba de la cabeza.

Colocaron nuestras maletas en un coche de lujo y nos condujeron enseguida a su interior. Noté que el señor Carter estaba siendo muy atento en sus gestos conmigo. Eso me llevó a preguntarme cuál sería el motivo de aquella actitud. No conseguí imaginar ninguna respuesta distinta al trastorno bipolar.

—¿Habla usted griego?

Respiré hondo. Una pregunta como aquella nos llevó a discutir mi primer día de trabajo en la empresa. Esperaba que, al menos aquella vez, no esperara que hablara griego para poder acompañarlo en aquel viaje. Sería pedir demasiado.

El señor Carter notó mi indecisión a la hora de responder y soltó una carcajada. Él también se acordaba.

—No, señor Carter —respondí al fin.

—Sólo era una pregunta. Sólo era una pregunta.

Volvió a reírse con nuestro chiste particular y después dedicó su atención al caos que había allí fuera. Miró la hora en su reloj de pulsera y lo ajustó al horario local.

—Si seguimos así, vamos a llegar tarde para coger la lancha.

—¿Lancha? ¿Vamos a hacer una parte del viaje por mar?

—Sí. ¿Hay algo de malo?

Pareció intrigado con mi reacción.

Yo no tenía nada en contra de los barcos ni del mar, pero solía marearme siempre que me subía a uno. Marearme delante de él sería el colmo de los colmos.

—No. Pensé que sería de una manera más fácil, sólo eso.

Dios mío, seguro que me marearía. Estaba segura.

—Vamos por el mar Egeo. Será un viaje bonito. Te gustará.

Me tocó el pelo jugando con un mechón. Lo cogía por la punta y lo enrollaba en su dedo. ¿Por qué me decía aquellas

cosas? No estábamos allí de luna de miel, sino por negocios, para una reunión secreta de la que ni yo podía saber el motivo.

Además de todo eso, no éramos un matrimonio.

A medida que avanzábamos y conseguíamos librarnos del tráfico caótico, nos acercábamos al centro de Atenas. La idea que tenía de la ciudad, como un lugar rico en historia y belleza se confirmaba a cada instante. Los colores claros de sus edificios bajos, el trazado de las calles, todos era un espectáculo aparte. Estaba fascinada. El señor Carter me observaba sin decir nada, aunque había un brillo en sus ojos que a veces me dejaba cohibida y otras veces me excitaba.

Avanzamos hacia el litoral y el viaje se volvió cada vez más interesante. Las casas blancas, que parecían brotar del interior de las montañas, me llamaban la atención. Era todo de una belleza única, extraordinaria. Y después el mar que, hermoso y soberano, se imponía a los pies de la ciudad. Todo era digno de admiración.

Paramos en el muelle y el conductor y el muchacho que nos había recibido en el aeropuerto llevaron nuestras maletas. Vi que ambos hablaban inglés. A pesar del acento fuerte eso facilitaría mucho las cosas.

Bajamos a una lancha grande. El señor Carter dejó que llevaran nuestras maletas al compartimento interior, mientras me conducía a la proa. El sol de la mañana inundaba la playa y me hacía sentir unas ganas enormes de permitir que me acariciara la piel. Me quité la chaqueta que había llevado durante el viaje y la dejé sobre uno de los asientos que circundaban la embarcación.

—Es bonito, ¿verdad?

El señor Carter estaba muy cerca de mí. No conseguí decidir si me irritaba su proximidad o si disfrutaba con ella.

—Sí, lo es. ¿Ya ha estado aquí antes?

No sé por qué hice la pregunta, ya que era bastante obvio. Pareció sentirse un poco incómodo con la pregunta.

—Algunas veces. Pero siempre me sorprende.

El muchacho bajito se acercó por lo que el señor Carter se alejó a su vez de mí. Hablaron un poco en el muelle y después mi jefe volvió a la lancha. Me sorprendí un poco al ver que haríamos el viaje nosotros solos.

—¿Iremos solos?

Estaba demasiado asustada como para creerlo.

—Sí. He pensado que era mejor.

Se dirigió a la cabina para pilotar la embarcación. Estaba aterrorizada.

—¿Pero sabe usted pilotar?

Caminé detrás de él. El señor Carter se volvió rápidamente sorprendiéndome. Sonrió y después, sin decir nada, continuó andando.

—Te sorprendería la cantidad de cosas que sé hacer, Melissa.

¡Maldita sea! Aquello fue como recibir una descarga de 5.000 vatios. Ya podía imaginar las diversas cosas que podía hacer. Me mordí los labios para reprimirme.

Me senté a su lado en la cabina y muy pronto estábamos deslizándonos sobre las aguas del mar Egeo. Aunque tenía miedo de que pilotara el señor Carter y estaba recelosa por lo que podía pasar, estaba deslumbrada con todo.

—Siento mucho la escenificación —habló más alto para que se le oyera.

—¿Qué?

No entendí qué decía.

—En realidad, Melissa, estar aquí acompañado por una mujer era esencial para nuestras pretensiones. Esta reunión es completamente confidencial y por eso tenemos que fingir que estamos en un viaje romántico. Claro, tampoco tenemos que demostrar públicamente nuestro afecto —dijo riéndose—. Pero es necesario que las personas que me vean contigo, crean que sólo estoy buscando un lugar discreto. ¿Está claro?

Se me encendió el rostro del rubor. Es más, no sólo el rostro. Sentía tanta vergüenza que casi opté por tirarme al mar en lugar de seguir a su lado. ¿Quién se creía que era?

—¿Me ha traído aquí para fingir que soy su amante? — pregunté indignada.

—¿Amante? —dijo riéndose—. Es un término bien elegido.

Vi que se humedecía los labios con la lengua. En aquel momento no quería aquello. No quería quedarme deslumbrada y olvidar lo que estaba haciendo conmigo.

—Señor Carter, yo... ¡Qué mierda! Es usted tan frustrante.

Exploté y él me miró sorprendido.

—Melissa, no te he traído aquí para ser mi amante, ¿está claro? Realmente, necesito sus servicios como secretaria para esta reunión, sólo he dejado que las cosas encajen así. Necesito mantener el verdadero motivo de este viaje en secreto. A nadie en Atenas le preocupará si usted está liada o no conmigo.

—Esta historia no me huele nada bien. ¿Qué mierda de reunión es esta cuyo objetivo es tan secreto y confidencial? ¿En qué tipo de negocio oscuro me está implicando usted?

Se rio e hizo que me sintiera ridícula por atacarle así. Era mi primera semana trabajando con él y ya había demostrado varios trazos de mi personalidad que deberían estar bien escondidos.

El señor Carter apretó algunos botones, levantó una palanca para después soltar el timón y volverse hacia mí y dedicarme toda su atención. Me cogió la cara entre las manos atrapándome en sus ojos color ceniza. Casi me tuvieron que recordar que debía respirar. Su cara estaba muy cerca de la mía.

—Melissa —susurró—. Confía en mí. —Me temblaron las piernas—. Nunca te metería en algo que pudiera perjudicarte.

Nos quedamos mirándonos hasta que la atmósfera entre los dos se fue modificando. Tenía aún mi cara entre sus manos y sus ojos fueron bajando hasta llegar a mis labios. Podía

tomarlos allí mismo, en aquel instante, porque yo ya estaba entregada. Completamente entregada.

Cerré los ojos esperando lo que vendría, aunque no hizo lo que yo deseaba que hiciera. Al contrario, el señor Carter se aproximó aún más y apenas rozó mi piel con sus labios. Después se apartó con una prisa innecesaria y volvió a centrar su atención en el mar que se extendía ante nosotros.

—Sé buena y relájate —dijo y volvió a sus actividades.

Salí de la cabina. No había aire suficiente allí dentro para los dos. Yo estaba frustrada, con mis reacciones y con él, por la ausencia de reacción por su parte. Era todo una tortura, que se volvía deliciosamente placentera cuando él estaba conmigo. Suspiré.

A pesar de que el viento me diera en la cara, me estaba mareando con el balanceo de la lancha. Durante un rato largo, estaba admirada con las casas que parecían salir de los acantilados, como si fueran esculpidas por la propia naturaleza. Sin embargo, después de casi una hora, este paisaje ya no me resultaba tan interesante.

El señor Carter no había salido de la cabina en ningún momento ni tampoco me había llamado para nada. Me obligué a seguir donde estaba. ¿Cómo podía mantenerse tan indiferente? ¿Cómo podía fingir tanta atención y cuidado y después revelarme de manera tan natural que todo no era más que una puesta en escena, como si estuviera revelándome que prefería el azul al blanco? ¡Mierda!

Estaba tan absorta en mis pensamientos que no me di cuenta del momento exacto en que las casitas blancas se fueron espaciando más y todo lo que indicaba la presencia de civilización fue sustituido gradualmente por la vegetación local. Hasta el agua del mar era más azul. Era un azul perfecto. La verdadera imagen del paraíso.

Me incorporé poniendo el pie en la proa para observar cómo la lancha cortaba el mar. Era reconfortante. La embarcación marcó una curva sinuosa al adentrarse en un semicírculo casi perfecto. El agua azul moría en la arena blanca sobre la que una inmensa casa dominaba

majestuosamente el paisaje. Era una imagen fiel de la arquitectura local, pero tenía trazos modernos que se mezclaban en perfecta armonía.

Poco a poco, la lancha empezó a reducir su velocidad a medida que se aproximaba al pequeño muelle. Un barco rústico ocupaba un espacio allí. Atracamos. Esperé sin saber qué debía hacer. El agua, extremadamente azul, lamía la arena blanca en una caricia más que sensual.

—¡Perfecto! —dijo detrás de mí.

Oír su voz, después de casi dos horas escuchando sólo el ruido de la lancha y del mar, fue como si me arrastraran de vuelta a la realidad. Una deliciosa, aunque dura realidad.

—¿Vamos?

Miré hacia la casa y vi dos figuras que venían en dirección al muelle. Un hombre y una mujer, por lo que podía adivinar teniendo en cuenta la distancia a la que nos encontrábamos. ¿Serían otros asistentes a la reunión?

—Son empleados. Se ocuparán de las maletas.

El señor Carter pasó delante de mí y bajó dos maletas y enseguida volvió para coger la que faltaba.

—Creo que vamos a tener que fingir un poco con ellos también. No saben quién soy así que es más fácil.

Mi corazón se aceleró. Yo no quería fingir nada.

—Ayúdame, Melissa. Por favor —añadió al ver la desgana en mi cara.

—¿Hablan inglés?

—Me han dicho que sí, pero...

—Perfecto —dije y suspiré.

—¿Necesitas ayuda para bajar?

Miré la altura a la que estábamos para comprobar si podría hacerlo o no sola. No. Entonces busqué una escala o una rampa que me ayudara a llegar al muelle. Mis tacones no ayudaban mucho. Cuando los escogí por la mañana, no me

imaginé que nos hospedaríamos en una playa. Me quité los zapatos y vi que el señor Carter saltaba para ofrecirme su mano. Agradecí la atención, aunque sabía que todo aquello sólo era una forma de guardar las apariencias.

—Buenos días. —El hombre, que aparentaba tener más o menos cuarenta y cinco años, con los trazos típicos griegos, la piel bronceada por el sol y el pelo castaño y liso hasta los hombros, nos saludó con su acento cargado—. Soy Abadir.

—Buenos días. Soy Robert —dijo el señor Carter estrechándole la mano.

Sólo empleó su nombre de pila, lo que despertó inmediatamente mi atención. ¿Por qué estaba siendo tan informal? ¿Por qué no estaba usando la versión «ejecutivo» de siempre?

—Ella es Melissa.

Abadir me estrechó la mano también. Noté la piel gruesa y callosa de su mano que contrastaba con la piel suave y bien cuidada de la mía.

—Esta es Macaria, mi esposa. Nos informaron de su llegada. Estamos a su disposición.

Abadir cogió las maletas y se dirigió a la casa. Caminé lentamente justo detrás de la comitiva. De tanto en tanto, Macaria se volvía para observarme. Su piel era clara, y llevaba el pelo largo y castaño peinado en una trenza que acababa en moño. Aparentaba ser joven, unos veinticinco años como máximo, y tenía un cuerpo esbelto y bonito. Le sonreí y me correspondió.

—No se quedarán. Vendrán siempre por la mañana para mantener todo limpio y organizado —me susurró el señor Carter al oído cogiéndome por la cintura—. No te preocupes. No tendrás que dormir en mi habitación. —Se acercó aún más y sus labios tocaron mi oreja lo que me dio escalofríos—. A no ser que quieras.

¡Maldita sea! Casi me fallaron las piernas.

—Con calma, Melissa. Con calma.

¡Mierda! Sabía que yo era completamente vulnerable a sus encantos. Era una marioneta en sus manos, que mi jefe no dudaba en manejar de la forma en que creía necesaria. Sin el menor pudor.

—Hoy tendremos visitas —dijo mi jefe adelantándose un poco más en dirección hacia el matrimonio.

—Nos han informado también. Está todo listo. Nos marcharemos en cuanto estén instalados y volveremos por la mañana. En caso de que necesiten alguna cosa, podemos traerlo del centro, pero supongo que querrán pasar esta primera noche aquí. Mañana podemos organizar un paseo por las regiones antiguas, si les interesa.

—Vamos a esperar para ver qué hacemos.

De nuevo me atrajo a sus brazos, por la cintura, lo que me hizo dudar si debía colaborar con aquella farsa y aprovecharme un poco de su fantástico cuerpo o si me enfurecía y lo rechazaba.

Había mucha confianza en sus palabras, como si realmente pretendiera esperar a ver qué pasaría entre nosotros para después decidir qué haría. La expectativa me angustiaba. Di un paso al frente para liberarme de sus brazos. Él permitió que me apartara.

En cuanto mi jefe resolvió las cuestiones burocráticas, conseguí apartarme un poco de todo y pude contemplar el paraíso que tenía frente a mí. La arena blanca, que parecía tan fina desde lejos, era en verdad grava gruesa que me molestaba en los pies, no de manera agresiva, sino como una molestia a la que creía que me adaptaría fácilmente.

La casa se mezclaba con la arena, cercada por un muro bajo con cristales casi imperceptibles. Ya en el interior, las piedras cubrían el suelo formando una pasarela rústica que rodeaba una inmensa piscina azul oscura, sin bordes, que parecía brotar del suelo, como una extensión del mar. Era bonita y apetecible.

También se proyectaba por los lados y al fondo de la piscina, que parecía ser el escenario central y se extendía hasta el interior donde quedaba cubierta por una parte de la casa.



Al lado derecho había un jardín con vegetación local que combinaba perfectamente con el ambiente y algunas tumbonas que, por su tamaño, más bien parecían camas de matrimonio. Los cojines blancos estaban puestos mirando al sol, en una invitación clara a relajarse.

Había tres mesas de madera clara con tablero de cristal, intercaladas entre sillones tapizados también en blanco. Vi que alrededor de la piscina había luminarias que estaban apagadas e imaginé cómo serían al anochecer.

Todo en la casa era una promesa de amor intenso. El romanticismo que transmitía llegaba a ser contagioso. Me sorprendí al imaginar las cosas maravillosas que un matrimonio enamorado podría vivir en aquel ambiente seductor.

Que Dios me ayudara a no pasar los límites permitidos entre un jefe y una secretaria.

En el lado izquierdo había una terraza cubierta de madera y cortinas blancas recogidas en unos postes que imaginé que permitían tener más intimidad cuando era necesario. Como estaban recogidas, dejaban ver el interior, mostrando el ambiente reservado.

Pude ver más luminarias y almohadas blancas y azules. Sin embargo, lo que me llamó más la atención fue el mueble sobre el que se encontraban estas cosas.

No era una cama, porque en él cabrían cinco personas cómodamente. Tampoco era un sofá. Parecía un nido formado por tiras de madera entrelazadas y trabajadas que no adornaban sólo el soporte, para lo que parecía ser un colchón grueso de espuma blanda. Las tiras subían por los laterales del mueble, como dos brazos que protegían a sus ocupantes, y se entrecruzaban en el aire. Era hermoso y típicamente romántico.

Muy cerca de este ambiente había una pequeña proyección de la piscina, separada por bordes visibles, también con algunas luminarias, aunque más pequeñas, que daban al lugar una apariencia más reservada. Era un hidromasaje.

—¿Melissa? —Sus palabras consiguieron sacarme de la burbuja en la que estaba—. ¿No vas a entrar?

Después de todo lo que había visto en aquel lugar donde parecía que el amor y el placer convivían en perfecta armonía, oír su voz y ver inmediatamente sus ojos color ceniza, tan perfectos y penetrantes, era casi como una invitación a la perdición eterna.

—Macaria acompañará a la señorita hasta la habitación.

Abadir señaló el camino con la mano.

Mi única reacción fue seguir a Macaria hasta mi habitación. La casa entera seguía el mismo patrón de lujo que el exterior. Sin contar además con que era amplia y luminosa. Las habitaciones estaban en el segundo piso. La que yo iba a ocupar tenía una terraza inmensa con vistas al mar y, al mismo tiempo, a la zona de la piscina.

La habitación era muy grande y los muebles blancos con detalles en azul no me dejarían olvidar que estaba en Grecia. En el paraíso y al lado de mi jefe. Serían cuatro días difíciles. Al menos para mí.

## Capítulo 12

Macaria aún estaba allí cuando Abadir entró con mis maletas, pero el Señor Carter había desaparecido. Seguí a Abadir hasta el lugar donde dejó mis cosas, un vestidor grande donde podría vivir tranquilamente sin molestia alguna. En cuanto se marcharon, tras reiterar que estarían a mi disposición, aproveché para separar unas prendas más ligeras y apropiadas para la reunión que tendría lugar en breve.

Me di una ducha rápida. Ya disfrutaría de la bañera en otro momento. Me puse un vestido azul hasta las rodillas. Era ajustado hasta la cintura y la falda se abría en abanico. El escote era cuadrado y las mangas largas. Cuando me miré al espejo me sentí un mueble de la casa.

Aquel era exactamente mi papel en aquel teatro. Sentí el impulso de matar al señor Carter por meterme en aquel juego extraño. Sin embargo, me calmé rápidamente y decidí esperar hasta que pudiéramos mantener una conversación que me aclarara algo más. Me puse unas bailarinas, me peiné y salí de la habitación.

No sabía dónde podía encontrarlo. La casa era muy grande y no me podía imaginar siquiera dónde estaba su habitación, así que decidí bajar hasta el salón y sentarme a esperar sus primeras órdenes. No apareció.

Me impacienté y comencé a andar por la casa observando cada detalle azul y blanco que había en ella. Estaba segura de que en menos de dos horas ya no conseguiría aguantar aquellos colores y que cuando me durmiera tendría pesadillas con un mundo azul y blanco. ¿Por qué estaba tan irritada?

Decidí que sería mejor cambiarme de ropa y poner algo más de color en mis pensamientos, pero me lo encontré al

llegar a la escalera. El señor Carter llevaba una camisa de lino azul y vaqueros. No iba demasiado informal, pero tampoco iba vestido para una reunión. Y aquel color... Parecía una broma. Se paró en el escalón en el que lo encontré y me miró sin perder detalle, después sonrió con aquella sonrisa que me desarmaba completamente.

—¿Alguna orden?

Era el momento de volver a un tono más profesional o entonces... Sólo Dios sabe lo que seríamos capaces de hacer.

—¿Ya has enviado el correo que te pedí?

¡Mierda!

—Estaba yendo ahora mismo a buscar mi ordenador.

Recé para que mi mentira pasara desapercibida.

—Hazlo, pero tráelo aquí. Quiero que el mensaje salga de mi correo electrónico.

Asentí sin cuestionar sus órdenes. Subí las escaleras corriendo, maldiciendo no poder cambiarme de ropa. Cogí mi ordenador y bajé para encontrarme con él. Hablaba por teléfono en el mismo salón en el que yo estaba hacía poco. Ya estaba saliendo cuando me miró y me hizo un gesto para que me acercara.

—Si te parece tan importante, Tanya.

Siguió hablando sin importarle mi presencia. El nombre llamó mi atención: Tanya, la novia o exnovia psicópata. Hablaba de manera civilizada, lo que me llevó a imaginar que se habían reconciliado. No tuve tiempo de identificar el motivo de mi apatía, porque el señor Carter me hizo un gesto para que abriera el ordenador.

—No vuelvo hasta dentro de cuatro días. Recuerda que tengo otros viajes programados.

Giró hacia sí el ordenador, que estaba en mi regazo, y tecleó alguna cosa. Después me lo devolvió. Vi que se abría su correo en la pantalla. Por supuesto, mis ojos recorrieron los mensajes que no se había abierto aún. Y, claro, los de Mannie me llamaron la atención. No había un mensaje suyo, sino seis.

—¡Ah, sí! Tengo una reunión con el personal de México en pocos minutos.

Hizo un gesto con las manos para que tecleara el correo.

Empecé inmediatamente. Él se apartó y siguió al teléfono.

—Ya sabes cómo es México. Caluroso, con personas hablando todo el tiempo y al mismo tiempo —dijo y se rio sin ganas.

Me ruboricé al constatar que le mentía descaradamente diciéndole que estaba en México. Sólo esperaba que el barco no virara hacia mí. Con la novia que tenía era mejor no bromear.

—Te llamo mañana.

Colgó en el momento exacto en que yo enviaba el correo a Nicole. No tuve valor de preguntarle. Si quería engañar a su novia, era su problema. Sólo no quería ser el motivo.

—Melissa... —Se sentó a mi lado con la voz cargada de cautela—. Esta reunión, teóricamente, no está ocurriendo. ¿Comprendes? —Asentí con la cabeza mordiéndome los labios, recelosa con lo que podría estar ocurriendo allí—. Es necesario que confirmes que estamos en México. Abgail lo dejó todo organizado y en este momento hay dos personas en un hotel de lujo en México fingiendo ser nosotros. Por eso, hemos usado el avión privado, porque necesitaba que hubiera personas que confirmaran que el señor Carter y la señorita Simon habían embarcado. Sé que es extraño, pero es necesario que confíes en mí.

—No estamos haciendo nada ilegal, ¿verdad?

Sonrió de manera convincente.

—No. Sólo quiero que nadie lo descubra hasta que todo esté listo. Son secretos empresariales que no se pueden descubrir antes de tiempo. Nuestro grupo es grande y la información circula con mucha facilidad. Me limito a mantener nuestros negocios seguros y confidenciales.

No estaba tan segura de que dijera la verdad, pero decidí quedarme callada, siempre que no me viera implicada

directamente en lo que iba a pasar.

—Las personas... Los empleados se asustan generalmente con tonterías y muchas veces los rumores siembran el pánico. Quiero evitar un revuelo.

—¿Estamos hablando de despidos?

—No habrá despidos. Sin embargo, actitudes como la de hoy pueden hacer que se entienda que los habrá. Sólo se trata de evitar males mayores. Ahora tienes que organizar todo para la reunión. Nuestros invitados llegarán pronto. No han venido con sus secretarias, así que tampoco podrás quedarte. Pero quédate cerca por si necesito algo. Organízalo todo y me avisas.

No tuve que hacer mucho. Macaria lo había organizado todo exactamente como lo habría hecho Abby. Sólo llevé las cosas a la sala donde tendría lugar la reunión y avisé al señor Carter de que estaba lista. Estaba de nuevo al teléfono. No esperé para oír nada más. Ya sabía bien que era más prudente saber lo menos posible.

Subí a mi habitación desde donde podía oír el movimiento en la casa. Me puse los auriculares, cogí mi viejo libro y me eché en la cama blanda. Pasé así el resto del día. Como ya había comido en el avión no tenía hambre.

Dormí un poco sin entender cómo podía tener sueño. Cuando el día ya estaba acabando, apareció en mi habitación.

Se anunció con un golpe leve en la puerta. Aún llevaba la misma ropa y su rostro reflejaba cansancio. Miró alrededor de la habitación y luego me miró a mí, que llevaba sólo unos pantalones vaqueros cortos y una camiseta. Hacía calor, pero el ambiente se caldeó más con su presencia.

—Vamos a salir ahora. No sé a qué hora volveré, así que no me esperes. Macaria ha preparado cena. Puedes comer cuando quieras, yo comeré algo fuera. Deja la casa cerrada y para cualquier cosa, me llamas. Voy a llevarme la lancha.

Perfecto, estaba presa en aquel paraíso desconocido. ¿Qué haría allí sin él?

—Muy bien.

No tuve valor de decir nada más. El señor Carter se dedicó a analizar cada detalle de mi cuerpo.

—¿Estarás bien?

—Sí. Si la televisión funciona, estaré bien.

Sonreí levemente y él me correspondió con una sonrisa espectacular.

—Entonces... Hasta mañana.

Dio un paso inseguro hacia atrás, pero rápidamente recuperó su seguridad habitual y se marchó.

Me quedé en la misma posición durante un tiempo. ¿El señor Carter me estaba diciendo, de manera sutil, que no pasaría la noche en casa? ¿Qué iba a hacer? ¿A encontrarse con su amante griega? ¿O iba a verse con otra persona que había acudido a su encuentro? ¡Mierda! ¡Estaba confusa! ¿Creía que podía actuar conmigo como si fuera la mujer más deseada y después salir para pasar la noche con otra? ¿Cómo podía llevarme a aquel lugar olvidado del mundo y dejarme allí sola?

Decidí que era hora de empezar a ocupar mi mente o me desesperaría. Sería una noche larga. Me cambié de ropa. Me puse un biquini y un vestido rosa ligero, corto y ancho. Cogí una toalla. Aunque sabía que pronto anochecería, no iba a perder la oportunidad de disfrutar de aquella piscina espectacular sin sentir el poder que el señor Carter ejercía sobre mí.

Bajé a la zona de ocio. Ya empezaba a sentirme feliz por estar sola. Quizá era mejor así. No era un hombre que me conviniera o, quién sabe, quizá yo no era la mujer que le convenía. Esta idea me deprimió.

Me paré frente a la piscina, que ya no me atraía tanto. Su amplitud, que me recordaba lo sola que estaba en aquel paraíso, hizo que se me quitaran las ganas de entrar. Metí la punta de los dedos en el agua fría lo que me hizo desistir inmediatamente de darme un chapuzón. El viento frío traía el aire salado de la playa a la casa. Pronto tenía la piel pegajosa.

Comprobé mis correos en el móvil. El wi-fi de la casa era bueno, lo que me animó un poco. Dean me había enviado dos mensajes, uno en el que decía que me echaba de menos. Me resultó imposible mostrarme indiferente a su cariño. La soledad estaba acabando conmigo. En el otro, decía que tan pronto como volviera quedaríamos. Me dejó más contenta. Un poco de agitación en mi vida no me vendría mal.

Nicole había enviado un correo diciendo que la petición del señor Carter era muy confusa, pero que ya le había enviado todo lo que había pedido. Como mi jefe no había respondido, dudaba de si lo había recibido. En este caso, yo no podía hacer nada. Era inaceptable inventar que yo tampoco lo había entendido y no sabía si había recibido o no el correo electrónico, pues no tenía acceso a su cuenta. Decidí que debía ignorar aquel mensaje temporalmente hasta que supiera qué debía decir.

El día no había terminado y yo ya estaba aburrida. Mi vida social era un desastre total. ¡Qué mierda!

Acabé ante el televisor zapeando. Había canales privados con programas en mi idioma, pero no llegué a encontrar nada interesante que mirar. Decidí que podía ver de nuevo una película que había visto unas diez veces y con la que siempre acababa llorando. Sería mejor que quedarme mirando el mar y recordar que él estaba en algún lugar con una mujer mientras me había dejado abandonada en aquella casa.

Vi la película y cuando acabó fui a cenar algo. Cogí lo necesario para un bocadillo, comí y volví a aburrirme. Sabía que me costaría dormir. Se me había pasado el sueño. La noche ya dominaba el cielo y la casa se volvió demasiado inmensa para mí. Sólo el sonido de las olas rompía el silencio. Sentí miedo. Para espantarlo escogí un vino tinto que estaba sobre la mesa como compañía. Cogí la botella y la copa y me fui a la parte de la piscina. Estaba exactamente como me la imaginaba. Por la noche, con las luminarias encendidas, era un espectáculo. Era digno de una película romántica. Sólo faltaba la pareja. Hasta Dean quedaría bien en aquel ambiente.

Con la copa en la mano, encendí el hidromasaje y me metí en el agua caliente. Como era natural, durante la noche bajaba



la temperatura por la cercanía del mar, pero no hacía suficiente frío para impedirme disfrutar de las regalías que ofrecía aquella casa. Tampoco podía compararse al frío de Chicago. Me cogí el pelo, que no quería mojarme de noche, y dejé que las burbujas exploraran mi cuerpo.

Casi una botella de vino después, me sentía ligera, con la cabeza tranquila. Sentía una mezcla de ansiedad y felicidad en el pecho. Todo lo que el alcohol podía dar a una joven solitaria. La casa ya no me asustaba. Al contrario, resultaba reconfortante y acogedora. Levanté los pies y vi que empezaban a estar arrugados. Me entró risa por el frío que sentí al sacar los pies fuera del agua. Cerré los ojos y me relajé aún más.

Fue en ese momento cuando escuché unos pasos detrás de mí. No de alguien saltando o corriendo. Eran pasos calmados y seguros, propios del modo en que sólo él conseguía caminar. Se me aceleró el corazón y se me secó la boca. Aún así, me volví hacia el sonido. Estaba allí. Guapo, como siempre, y con aquella sonrisa que... Ay, aquella sonrisa.

Me sentí avergonzada y desvié la mirada. Estaba segura de que le había gustado mi reacción. Al señor Carter le gustaba sentirse dueño de la situación. Era como combustible para sus embestidas. Volví a mirarlo, aunque me sentía furiosa conmigo misma por ser tan vulnerable a sus encantos. No llevaba la ropa de antes. Iba con bermudas, camisa de manga larga y chanclas. A pesar de ir vestido de manera tan informal, seguía siendo el hombre más guapo y atractivo que había conocido en mi humilde vida.

—¿Aprovechando la noche? —Tardé en responder. El alcohol y el señor Carter eran una mezcla demasiado fuerte para mi pobre cerebro—. Veo que has encontrado vino.

Mierda, ¿por qué siempre encontraba las palabras justas para estropear el momento? Me sentí aún más cohibida por haberme bebido un vino que ni me pertenecía.

—Ah... Lo siento... Quiero decir... No lo siento... Yo... ¡Oh, mierda! Lo siento mucho.

Se rio con fuerza.

—No tienes que sentirlo. ¿Puedo entrar?

¿Qué? ¿Iba a compartir aquel espacio conmigo? Quiero decir... Estaba en su derecho, ¿no? Pero era el señor Carter y yo estaba en biquini, así que... Me eché un poco más hacia un lado mientras él se quitaba la camisa. La dejó doblada en la tumbona más cercana. Dejó también los bermudas y las chanclas. Se quedó sólo en bañador.

Su cuerpo era absurdamente perfecto. Todo estaba exactamente donde debía estar. No le sobraba ni le faltaba nada. Era simplemente como debía ser. Tuve que desviar la mirada cuando se volvió hacia mí. Era eso o me ahogaría de la vergüenza.

El señor Carter entró en el hidromasaje. Cogió la copa que estaba a mi lado, se sirvió un poco de lo que quedaba del vino y bebió. Mis ojos ágiles acompañaban de cerca todos sus gestos. Sus músculos y la manera en la que cada uno de ellos ayudaba a sus movimientos, me dejaron maravillada. Era demasiado hombre para mí. Definitivamente.

—El vino es bueno.

Me dio la copa. Tuve que hacer un esfuerzo para recuperar el habla. Fue embarazoso.

—No... Ah... Creo que ya he bebido demasiado... Señor Carter.

—Tonterías. Estamos los dos solos. Nadie se enterará de este pequeño desliz.

Sus ojos eran una promesa y su cuerpo una tentación. ¿Cómo conseguiría escapar?

—No necesito cometer ese desliz —dije apartando la copa de mí.

—¿No?

Sonrió. Aquello significaba mucho más de lo que dejaba ver.

—No.

Su sonrisa se hizo más amplia.

—Yo creo...

Se acercó a mí como un predador listo para saltar.

—Creo que lo necesitas.

¡Maldita sea! ¿Qué era todo aquello?

—Señor Carter...

—Melissa, mira a tu alrededor.

Aunque estaba confusa, obedecí.

No veía mucho por la oscuridad. Parecía que la casa donde estábamos era lo único que existía. La luna llena iluminaba una pequeña parte de la playa.

—¿Qué quiere que vea?

—Tú... Yo... Nosotros dos.

No se acercó, pero me invadió una fuerza tan grande que necesité toda mi concentración para no ahogarme y para no continuar mirándolo de aquella manera tan estúpida.

El señor Carter no era dado a las galanterías. Era demasiado seguro para hacer algo tan forzado. Al contrario, todo lo que decía parecía tan natural y lógico que ninguna mujer se pararía a reflexionar dónde fallaba la lógica de sus palabras. El modo en que habló hizo que pensara que él, yo y nosotros dos, cabíamos en la misma frase o en nuestras vidas.

—¿Qué has hecho durante el día?

Me pellizqué varias veces para situarme ante el nuevo rumbo de la conversación.

—Leer, ver la televisión...

—¿No has salido?

—No. Dijo que me quedara cerca.

—La isla es bonita.

—Pero está aislada.

Se rio.

—En realidad no. Sólo lo parece. Si sales de casa, hay un pequeño camino que lleva a la ciudad.

Me quedé boquiabierta. No entendía aquella geografía. Hasta entonces, pensaba que estábamos completamente aislados. ¡Mierda! Me había pasado buena parte del día aburrida cuando podía haber estado paseando y conociendo aquel territorio tan rico en historia.

—¿Cómo ha ido la reunión? —dije para desviar otra vez el tema.

—Creo que debo considerarla un éxito.

Su sonrisa fue honesta.

—¿Entonces puedo saber ahora de qué se trata?

Dejó de sonreír.

—No.

—Pero...

El señor Carter aprovechó mi agitación para acercarse aún más. Estábamos frente a frente. Él arrodillado frente a mí, con el torso parcialmente fuera del agua, lo que monopolizaba completamente mi atención. Yo estaba con la espalda en el borde del hidromasaje, acorralada. Fue difícil recuperar el aire.

—Todo a su debido tiempo, Melissa.

Extendió la mano y me acarició la cara. Hacía viento y frío, aún así mi cuerpo parecía estar ardiendo.

—Ahora vamos a hablar de ti.

—¿De mí?

—Sí. Necesito algunas respuestas.

—¿Respuestas?

Me sentía como una idiota repitiendo sus palabras. El señor Carter me intimidaba y no conseguía reaccionar de otra manera.

Se acercó un poco más. Sólo unos centímetros separaban nuestros cuerpos. Sus ojos me quemaban y sus labios me pedían que los probara.

—Aquella noche... Cuando te llamé...

¡Ay, no! No podría quedarme allí escuchando hablar de aquella noche.

—Señor Carter...

Intenté apartarme. Su cuerpo me lo impidió.

—Tranquila, Melissa. No voy a hacer nada sin tu consentimiento.

¡Mierda, mierda, mierda! Pero yo quería hacerlo. ¿Era tan difícil entenderlo?

—Pero...

—No sin tu consentimiento —repitió—. Pero deseo mucho que consientas.

El aire se quedó atrapado en mis pulmones. Él aún esperaba una señal positiva por mi parte. Estaba demasiado cerca. Sentía que el agua hervía con el calor de su cuerpo. Yo latía con un deseo feroz. Nunca antes había sentido nada parecido. Los pocos centímetros que separaban nuestros labios me parecían kilómetros. Ansiaba tanto que me besara.

—Sólo di «sí» —susurró en tono suplicante.

Dios mío. Yo lo deseaba tanto.

Cerré los ojos y volví la cara, lo que impediría que me alcanzara. No podía permitir que me dominara tanto. Era sólo nuestro primer día allí y ya estábamos actuando de esa manera. ¿Qué iba a pasar los siguientes tres días?

—Tengo que salir. Mi piel está arrugada.

No me salían las palabras.

El señor Carter permitió que pasara por su lado. No parecía enfadado ni decepcionado. Exhibía su habitual seguridad y su sonrisa arrebatadora. Era malo notar aquello, pues sabíamos que era sólo cuestión de tiempo.

Fui a mi habitación y me quedé allí hasta el amanecer. Sólo concilié el sueño cuando el sol ya clareaba el cielo. En ningún momento conseguí apartarlo de mis pensamientos. Aún podía

sentir el calor de su caricia en mi rostro y la sensación embriagadora de sus palabras me invadía en todo instante.

## Capítulo 13

El sonido del agua bañando la arena de la playa me despertó. No sabía qué hora era, sólo que era de día. Me dolía la cabeza, tenía la boca seca y el estómago revuelto. Me costó mucho levantarme y me costó reunir ánimos para un día más de tortura. Él continuaba dominando mis pensamientos.

No sabía con seguridad por qué el señor Carter había resuelto vivir todo aquello justamente conmigo. Tenía tantas mujeres: Tanya, la novia griega y la tal Olivia que aún ni sabía quién era. ¿Por qué se le había ocurrido hacer esto conmigo?

Me puse un vestido blanco, largo y con mangas finas. Me vi obligada a vestirme de blanco, aunque con ello reconociera que era un adorno más en aquellas salas. No encontré al señor Carter, pero Macaria estaba allí, ocupándose de la casa. Me saludó educadamente y me mostró la comida que había sobre la mesa. Sólo en aquel momento miré el reloj. Era más de mediodía.

El olor era delicioso. Deduje que eran las especias. Llenaba todo el salón donde el almuerzo estaba servido. Identifiqué el olor de la menta y la canela, pero no conseguí identificar algunos otros olores que contribuían a mi interés por la comida.

—¿Y Robert?

Me cuidé mucho de no llamarlo «señor Carter», ya que él había usado sólo el nombre de pila.

—En la lancha con Abadir. Ya le he avisado que el almuerzo está servido. ¿Necesita usted algo en particular?

—En realidad, necesitaría saber qué es todo eso.

La mesa estaba repleta de comida, de todos los colores y formatos. Identifiqué algunas verduras. Lo demás me resultaba totalmente ajeno. Macaria se rio.

—Para nosotros los griegos comer es cultura. Nos gusta que la mesa esté llena. Venga, voy a enseñarle lo que tenemos hoy.

Me senté en una de las sillas que había en la mesa, demasiado grande para dos personas. Macaria volvió a hablar. Parecía orgullosa de su labor culinaria. Me sentí feliz al verla tan animada.

—El señor Robert nos informó de que a usted le gustaban los frutos del mar, así que me he centrado más en ellos. Aquí tenemos *lavráki*, *astakós* y *garides*.

Señaló una bandeja con pescado, langostas y gambas. Parecía realmente muy bueno. Mi estómago rugió.

—Aquí tenemos lo que llamamos *mezédes* —dijo mostrándome un plato repleto de «cositas»—. También sirven como aperitivo. Como el señor Carter nos ha dicho que van a ir a visitar la ciudad, he optado por preparar platos más ligeros.

Señaló el siguiente plato y continuó:

—*Melitzanosalata*, crema, como dicen ustedes, de berenjena. También tomates y pimientos rellenos, *keftedes* de pulpo, *dolmadakia* con *avgolémono* además de *xoriátika*.

Identifiqué los rollitos de hoja de parra y una ensalada de aceitunas, tomate, cebolla, pimiento rojo y otras cosas mezcladas. No conseguí descubrir qué era el resto y tendría que probar un poco de todo si quería agradar a Macaria.

—Todo bien, entonces.

Su voz llenó el salón en el que estábamos, haciendo que Macaria retrocediera un poco. Sonreí al pensar lo amenazador que conseguía ser el señor Carter, incluso cuando no pretendía serlo.

—Vuelvo en dos días y lo resolveremos, Tanya. —Se paró al notar mi presencia y sonrió con el teléfono aún en el oído—. Claro, no te preocupes por nada. Lo resolveré todo cuando llegue.



Aún tenía los ojos fijos en mí.

—¡Melissa! Pensé que no estarías despierta tan temprano.

«¿Y eso?», pensé.

No podía saber que sólo me había dormido cuando ya clareaba. ¿Entonces por qué había dicho eso? Lo entendí cuando noté que Macaria estaba cohibida por el comentario. Era la maldita farsa. Con certeza, todos creían que compartíamos habitación y que nuestra primera noche en Grecia había estado repleta de aventuras sexuales.

—¿Vas a salir hoy?

Lo pregunté para cambiar de tema. No sé quién estaba más incómoda, si Macaria o yo.

—Vamos. —No contesté—. Macaria, puede quitar mi plato. No puedo estar en Grecia y no seguir sus costumbres. —Me dejó más intrigada, porque no entendí qué quería decir con aquello—. Aquí los matrimonios acostumbran a compartir el mismo plato. Es una tradición.

Mierda. No dejaba de dar muestras de que éramos amantes.

—¿Y cómo comemos? ¿Con las manos? ¿Dándonoslo en la boca?

Me sentía muy incómoda con la idea. Se rio y cogió un tenedor para enseñarme cómo lo haríamos y aclaró:

—Pero cada uno con el suyo. Así funciona.

—Sólo que en las comidas formales no empleamos esta costumbre.

Macaria se sintió bastante satisfecha por poder aportar otra vez un poco de la sabiduría local.

Miré al señor Carter con los ojos entornados. ¿Entonces toda aquella puesta en escena no era necesaria? Se rio al ver que lo había cogido en un renuncio.

—Macaria, no me estropee el momento de placer.

Era extraño, aunque delicioso, ver al señor Carter tan a gusto. Normalmente marcaba mucho la distancia entre él y los

empleados, pero allí parecía despojado de toda la vanidad y la arrogancia. Sonreí honestamente por toda respuesta.

El señor Carter se sentó a mi lado, mientras Macaria nos traía un plato con un poco de todo de lo que había en la mesa. Rápidamente cogió un buñuelo y se lo metió en la boca. Me encantaba verlo comer. Mi mente se llenó de fantasías.

—¡Hum! ¡Muy bueno! Tienes que probarlo.

Cogió otro buñuelo y me lo llevó a la boca. Fue un gesto simple, pero mi corazón se aceleró y me sudaron las manos.

—¡Muy bueno!

Macaria se quedó satisfecha e inmediatamente se marchó dejándonos a solas.

—¿Has dormido bien?

Intenté analizar su mirada para saber si aquel Robert había desaparecido o aún seguía allí, atento, amable y romántico.

—Sí. Gracias por preguntar.

Una vez más me puso algo en la boca. El sabor fuerte de las especias no disminuía mi interés por la comida. Pasó a ser un ingrediente especial. Comimos en silencio por un tiempo. Yo saboreaba la comida, un poco afectada por su mirada atenta a todo lo que hacía. Él, por su parte, se limitó a mirarme sin prestar mucha atención a lo que ponía en mi boca. Por lo visto, el señor Carter conocía la comida griega desde hacía tiempo.

—No sé si comer y pasear en lancha es una buena combinación.

Me puso un poco de pescado en la boca. Era un sabor delicioso.

—No comamos ni bebamos demasiado. Tenemos que estar enteros y dispuestos para todo lo que tenemos que hacer durante el día.

La forma en la que dijo «todo lo que tenemos que hacer» no me dejó tranquila y sentí el hormigueo familiar que me acompañaba en todo momento cuando estaba al lado de mi jefe. El peligro era incluso un estimulante para mí.

—Además de vino ¿qué te gusta beber? He pedido a Macaria y Abadir que carguen la lancha con comida y bebida.

—Nada. En realidad no espero beber, señor Carter. Si usted necesita mantener esta farsa, me parece perfecto, pero cuando estemos lejos de la mirada de los empleados, tengo intención de mantener en pie todas las barreras que debe haber entre nosotros.

—¿Podemos hablar sobre eso cuando ya estemos en la lancha? Hace un día bonito y pretendo aprovecharlo.

Crucé los brazos alrededor de mi frente y me sentí totalmente infantil. Tendría que ser fuerte para no dejarme intimidar por él. El señor Carter descargó sobre mí toda la potencia de su mirada, lo que estaba a punto de desesperarme. Sentí un escalofrío. Como estábamos cerca, podía tocarme fácilmente. Fue lo que hizo.

Me tocó los labios y me acarició la cara con los dedos. Caí rendida al instante. Me dominaba. Ese dominio me asustaba, pero también me encendía y me excitaba.

—Vamos. Coge todo lo que necesites y nos vemos en la lancha. No te retrases o me veré obligado a invadir tu habitación y sacarte de allí a la fuerza.

El cambio en su tono de voz, sumada a la forma autoritaria que empleó, envió ondas de calor a mi cuerpo. Me sentí confusa. ¿Desde cuándo me gustaba recibir órdenes? Aún así, obedecí. Cogí un bolso grande, metí mi cartera, un biquini, una toalla, protector solar, un sombrero para protegerme del sol fuerte y bajé para encontrarme con él.

Pronto estábamos de vuelta en el mar. El señor Carter pilotaba con mucha eficiencia la lancha, mientras yo sólo observaba como cortaba el mar Egeo. El sol pegaba muy fuerte, aunque era agradable sentirlo con el viento de cara que refrescaba mi piel. Pasamos por algunas islas que seguían el mismo patrón de casitas blancas que parecían haber salido del interior de las piedras.

Nos detuvimos aún lejos de una de las playas. El señor Carter apagó el motor y, con la lancha parada, vino a mi lado.

Su sonrisa era espléndida. Sólo en ese momento me di cuenta de lo que llevaba puesto: bermudas blancas y una camisa de algodón y manga corta, verde muy claro. Dejaba que se vieran sus músculos. Calzaba zapatillas de tenis. Parecía tan joven vestido de aquella manera.

—¿Qué quieres hacer, un paseo turístico o sólo avistar algunos lugares y conocer algunas playas?

—¿Quién nos hará de guía? —Sonrió ampliamente y abrió los brazos—. Necesitaremos uno.

—Tienes que confiar más en mí, Melissa. Puedo llevarte a lugares que nunca podrías imaginar que existen.

De nuevo el doble sentido en sus palabras me dejó desconcertada.

—Me encantaría conocer lugares históricos, señor Carter. Pero no creo que ese sea su plan.

—Tienes razón. Sin embargo, puedo hacer un esfuerzo por agradarte.

Desvié la mirada y concentré mi atención en la playa que tenía ante mí. Parecía tan plana que inmediatamente despertó mi atención. Era diferente de las demás islas.

—Estamos enfrente de la isla de Delos. Si quieres conocer un poco de historia griega, este es el lugar perfecto para desembarcar.

—No voy a forzarlo a hacer ese sacrificio.

Se rio y se acercó más a mí.

—Yo conozco la isla. Es calurosa, desértica y rocosa. Si desembarcamos, nos esperan unas horas de sol en la piel durante todo el tiempo. ¿Es lo que quieres?

Pensé un poco. Me gustaba la historia griega y me encantaría conocer cualquier cosa relacionada con ella, pero tostarme bajo el sol no entraba en mis planes, no. Definitivamente lo tendríamos que dejar para otra ocasión.

—No. ¿Qué sugiere?

—Podemos visitar algunas islas, comer en un buen restaurante o simplemente quedarnos aquí y disfrutar el uno del otro.

Lo miré buscando en su cara algo que mostrara que estaba bromeando. Aparentemente, hablaba en serio. ¡Maldita sea!

—Me quedo con las compras.

El señor Carter suspiró pesadamente y se pasó la mano por el pelo que estaba organizadamente despeinado lo que lo hacía aún más guapo.

—No entiendo por qué resistes tanto. No hay nada malo en que pasemos tiempo juntos.

Moví la cabeza molesta por el rumbo que tomaba la conversación.

—Soy su secretaria.

Él me observó con ojos curiosos, como si no creyera lo que le estaba diciendo. Después sonrió divertido.

—¿Eso es lo que lo impide?

Una vez más noté que había algo más en aquella pregunta. Como si faltara una pieza para completar el rompecabezas.

—Aparte de que es usted un entrometido, arrogante y vanidoso, además de insoportable en algunos momentos... Nada. Sólo eso.

—¡Increíble! Voy a pasar por alto esta última parte, por tu propio bien. ¿Lo dices en serio, Melissa? ¿Ser mi secretaria es lo que te impide estar conmigo?

—Señor Carter...

—Estás despedida. Problema resuelto.

Arqueó una ceja en señal de desafío.

—¿Qué? No me puede despedir...

—Acabas de decir que era el único impedimento para que estemos juntos. Yo quiero estar contigo, así que estoy eliminando el obstáculo y cogiendo lo que deseo.

—¡Qué absurdo! No me puedo creer que...

—Melissa. Yo te deseo y sé que tú me deseas. Podemos hacerlo de manera más fácil o más difícil. Tú decides cómo lo hacemos.

—No me puede despedir porque no quiero estar con usted.

—No te estoy despidiendo por ese motivo, sino para que puedas estar conmigo. Son situaciones distintas.

Me quedé aturdida y sin palabras. Mi cabeza era un caos total. Mi jefe se acercó a mí. Nuestros labios se quedaron a pocos centímetros. Mis senos rozaban sus pechos debido al balanceo de la lancha. Sus brazos me impedían huir. ¿Pero realmente quería huir?

—Quiero que me devuelva mi empleo —pronuncié las palabras sintiéndome embriagada por su presencia.

—Cuando volvamos a Estados Unidos, te lo devuelvo. Ahora quiero que seas sólo Mel y que eches abajo de una vez por todas esta barrera que nos separa.

Su cuerpo se pegó al mío sin dejar ningún espacio entre nosotros. Me cogió la cara entre las manos y sus dedos acariciaron suavemente mi piel. ¡Ay, Dios! Lo deseaba. Sería sólo una vez. Sólo aquel momento y se acabó. Cuando volviéramos, sería otra vez su secretaria y él mi jefe, y podríamos olvidarnos de todo lo que pasara allí.

Cerré los ojos esperándolo, completamente rendida. Pero el señor Carter no me besó. Me quedé confusa. ¿A qué estaba esperando? Abrí los ojos y lo contemplé. Sus ojos hambrientos me consumían. A pesar de que estábamos muy pegados Robert no daba el paso.

—Dime que sí y haré todo lo necesario para darte lo que tanto deseas. No puedo hacerlo sin tu permiso.

—¿Por qué?

En mi cabeza había una enorme confusión y respirar se convirtió en una acción complicada y difícil. No conseguía pensar en nada salvo en sus labios, tan próximos a los míos.

—¿Por qué?

Sus palabras reflejaban claramente la duda.

—¿Por qué yo? ¿Por qué me hace esto?

Se rio mirando fijamente mi boca. Vi cómo se humedecía los labios con la lengua y me quedé extasiada. Pero el señor Carter se alejó un poco. Casi me adelanté para impedirselo.

—No sé. —Se mesó los cabellos y por un segundo pude ver la confusión en sus ojos—. Debería mantenerme alejado de ti, pero no consigo resistirme a tu rubor. Eres un misterio, Melissa. —De nuevo adoptó la pose segura y confiada. El deseo tomó las riendas de sus acciones—. Tan inocente e insegura, pero al mismo tiempo tan fuerte y decidida. —Volvió a acercarse a mí dejándome sin respiración—. Cuando te veo ruborizarte de esa forma... —dijo acariciándome el rostro—. Imagino todas las cosas que me gustaría hacerte sólo para verte así. Y créeme, haría muchas cosas.

¡Maldita sea! Al oír estas últimas palabras me mojé las bragas por completo. Una alerta empezó a sonar en mi subconsciente enviando mensajes urgentes que repetían que aquel era el momento. No necesitaba nada más. Lo deseaba y deseaba con locura que me hiciera todas las cosas que estaba dispuesto a hacer para que me ruborizara. Lo quería todo y punto.

—Di que sí...

—Sí.

Antes de terminar de hablar, sus labios ya estaban en los míos. Eran suaves, dulces y, al mismo tiempo, exigentes, fuertes y ambiciosos. El señor Carter conseguía ser el pecado en forma de hombre. Su beso no era sólo un beso, era una composición. Era una orquesta completa, afinada y armoniosa.

Todo él participaba de aquel momento. El movimiento de su cuerpo, de sus manos y de su lengua, que exigía paso y se metía en mí. Por más increíble que parezca, podría haber tenido un orgasmo sólo con aquel beso. Ya me sentía completamente preparada para tenerlo.

Mientras sus labios estaban pegados a los míos, con movimientos alternativamente suaves y urgentes, su lengua exploraba cada espacio de mi boca. No era agresivo, era

delicioso. Sus manos danzaban en mi cuerpo, subían y bajaban por mi espalda. Ya me cogía por la base de la columna, ya me agarraba de la nuca, haciendo siempre que obedeciera cada una de sus exigencias. Mi única voluntad era obedecer todas sus órdenes.

Satisfacerlo.

Podía sentir su erección presionando mi vientre. Nuestra ropa permitía este tipo de contacto, que yo agradecía. Había pasado mucho tiempo luchando contra este sentimiento que me corroía. ¿Qué había de malo en desear a un hombre como mi jefe? Era lo mejor que había en el mercado masculino. ¿Qué mujer habría resistido tanto tiempo como yo?

Y lo mejor de todo es que estaba disponible. Por eso, aunque conociera a la loca de su exnovia, o novia, porque aún ni sabía de qué se trataba, sería imposible no aceptar su propuesta.

Continuamos besándonos durante un tiempo largo. Consentimos y entendimos todas las necesidades de nuestros cuerpos. Queríamos entregarnos al máximo. Aquel era nuestro momento. Él lo sabía perfectamente, por eso la prisa era el último de sus sentimientos.

Sus manos recorrían mi espalda, mis brazos y mi nuca, sin pasar de ahí. Lo más osado era permitir que sintiera su erección, además de la lengua incansable que me exploraba cada vez con más deseo. Si dedicándose sólo a mi boca ya había conseguido que mi cuerpo reaccionara tan pronto, no quería imaginarme como sería cuando recorriera otras partes.

Me vi invadida por un escalofrío avasallador y fue en ese momento cuando interrumpió el beso.

—Vamos a entrar. —Sus manos seguían acariciando mis brazos. Su voz era dulce y ronca, la mezcla exacta de tensión—. Tienes la piel muy clara y ya se está poniendo roja

Asentí e inmediatamente me llevó de la mano a la parte cubierta de la lancha. Era amplia y lujosa, bordeada de lado a lado por un sofá blanco y ancho, con cojines suaves. En la punta había una extensión que permitía a los ocupantes una



posición más cómoda. En el centro de la mesa de cristal, que quedaba delante del sofá, había un cubo con hielo y champán, además de una bandeja con frutas frescas y jugosas. Lo tenía todo pensado.

Nos sentamos en la parte donde estaba la extensión y nos besamos otra vez. Como estábamos prácticamente echados, las caricias avanzaron un poco más. Se inclinó sobre mí y sus manos no sólo me acariciaban, sino que tocaban mi cuerpo con más ganas.

Mi vestido largo pronto estaba ya enrollado por encima de las rodillas. Estas llamaron la atención del señor Carter que inmediatamente dedicó algún tipo a acariciar aquella zona.

Cuando finalmente había avanzado un poco más —había subido las manos hasta mis muslos y sus dedos me acariciaban con movimientos circulares mientras besaba mi cuello—, decidió que debíamos hacer una nueva pausa.

¡Maldita sea! ¡Qué putada!

Mi cuerpo lo sentía. Tenía la piel de gallina y todas las sensaciones se acumulaban en una única zona, entre mis piernas. Estaba en llamas.

Mi jefe se levantó para abrir el champán. Enseguida me dio una copa y se sentó a mi lado trayendo uvas y fresas. Probé un poco de la maravillosa bebida y me comí la fresa que puso en mis labios. El sabor era único. Aunque tenía la sensación de que el champán y las uvas eran el tipo de seducción barata de todos los canallas millonarios, me encantaba.

Comimos, bebimos y alternamos entre besos cariñosos y besos picantes, osados, como los que me dio en la región entre los senos. Sus labios tocaron mi piel, recreándose en ella, como si estuvieran saboreando una fruta. Casi me rendí al orgasmo que intentaba dominarme todo el tiempo.

Una vez más se apartó. Bebió un poco de champán, jugó con mi pelo, elogió mis piernas, mi olor, mi sabor, y sólo después volvió a besarme. El señor Carter sabía cómo volver loca a una mujer.

—Te deseo.

Estas palabras susurradas en mi oído, acompañadas de su respiración un poco más acelerada de lo normal, atizaron más mi deseo. Si me deseaba tanto, ¿por qué no me tomaba?

Acaricié su cara. Era la primera vez que me permitía tocarle. Hasta entonces, me había limitado a aceptar sus caricias, como si sus encantos entorpecieran mi cuerpo. Dejé que mis dedos se entrelazaran en su pelo y probé a apretarlo con un poco más de fuerza. Mi jefe me dio un beso fuerte, demasiado rápido, para después dejar que sus ojos acompañaran el rumbo que sus manos tomaban.

Yo estaba echada en los cojines cómodos del sofá y él me observaba apoyando el peso en el codo de uno de sus brazos. Cerré los ojos cuando sentí que sus besos bajaban de mi oreja a mi mentón. La respiración del señor Carter... Robert... Su respiración en mi piel, era un atractivo más.

Sus dedos hábiles rozaban cariñosamente la piel de mi cuello y bajaban lentamente hasta tocar el volumen de mis senos, que se destacaba en el escote del vestido. Jadeé satisfecha al recibir finalmente lo que tanto ansiaba.

Sin contacto visual no podía prever lo que pretendía. Sus dedos acariciaron suavemente las curvas de mis senos y bajaron hasta mi barriga, aún por encima del vestido. Era una larga y deliciosa tortura. A pesar de que mi cuerpo estaba ardiendo de deseo, no quería abreviar nuestro juego. Era extremadamente delicioso mantener ese juego.

Decidí recorrer su pecho con mis dedos. Era masculino, firme, exactamente como me gustaba. Me permití dedicar algunos segundos a sentir la sensación de tener sus músculos en mis manos, aunque fuera por encima de su ropa. Yo quería traspasar las barreras del tejido que me impedían tocarlo de verdad.

Me arriesgué a desabrochar los dos primeros botones. Él no me lo impidió, así que metí mi mano y toqué su piel clara. No nos miramos, pero sus manos apretaron mi cintura en respuesta a mi osadía.

—¡Tan hermosa!

Sus labios bajaron hasta mis pechos donde saboreó mi piel.

Su lengua rozaba el contorno de mi escote y exigía más. Yo quería más. Toqué con la mano su pelo, sintiéndolo en mis dedos. ¡Era tan sedoso y suave!

—Señor Carter...

—Robert.

Solté una carcajada.

—Robert... ¿No es demasiado arriesgado quedarnos aquí? Quiero decir... Es un sitio público. Puede pasar cualquiera y...

Me silenció con un beso. Sus labios calientes ocuparon todo mi pensamiento. Las manos y las caricias se volvieron más urgentes y finalmente pude sentirlo.

Con gestos seguros, Robert desabrochó los botones del vestido y dejó mis senos libres. Enseguida, sus manos se apoderaron de ellos. Gemí fuerte, entregada al placer. El calor de sus caricias parecía atravesar mi piel. Sus labios hacían el resto. Casi me vuelvo loca cuando sustituyeron a sus dedos.

El momento en que sus labios se cerraron alrededor de mi pezón sentí tanto placer que mi espalda se arqueó. Solté un gemido de éxtasis que él correspondió con sus gemidos. Su lengua me acarició de nuevo y transmitió ondas de calor por mi cuerpo a una velocidad increíble. En ese momento, ya no conseguía distinguir el bien del mal. Lo único que quería era que no parara de darme placer.

Seguía encima de mí apoyado en el codo. Con su mano libre cogía mi seno empujándolo para poder morderlo mejor. Su boca no paraba de dar besos, mordiscos y lametones y de hacer todo lo necesario para hacerme arder. Cuando acabó con el primero, volvió a hacer lo mismo con el otro pecho. Me sentía como una bomba a punto de explotar. Todo mi cuerpo vibraba.

En el momento en que su mano volvió a mis muslos y se movió entre la rodilla y la zona interior lindante con las bragas, dejando allí caricias suaves y calientes, me rendí absolutamente.

Sus labios seguían besando mis pechos, pero su mano subió un poco más siguiendo el borde de la pequeña pieza de lencería. Sus dedos hicieron movimientos circulares al pie de mi barriga y amenazaron varias veces con avanzar un poco más.

Solamente la idea de que me tocara en aquella zona ya me estaba quitando el aliento, pero no lo hacía, lo que aumentaba aún más mi ansiedad. Como si supiera que lo deseaba tanto, y dispuesto a prolongar más mi sufrimiento, Robert subió la mano por el otro muslo. Aplicó las mismas caricias, que eran una tortura, parándose en la rodilla. Ya no aguantaba la presión que se formaba en mi vientre y que forzaba la explosión.

Cerré los ojos y perdí completamente el control sobre mi cuerpo en el momento exacto en que él me tocó. Una caricia tan leve e inocente que a primera vista no podría causar ningún daño, en mí fue como encender un fósforo en un barril de pólvora.

Exploté.

Bastó una caricia en aquella zona tan íntima y sensible, para que mi cuerpo ardiera. Todos mis poros se rindieron al placer fulminante y avasallador que me invadió. Gocé como nunca había gozado antes.

## Capítulo 14

Mientras mi cuerpo intentaba recuperarse y me devolvía a la realidad, Robert hundió la cabeza en mi cuello y soltó una risa ahogada. Creo que, del mismo modo que nunca había tenido un orgasmo como aquel antes en mi vida, tampoco nunca me había sentido tan avergonzada. ¡Maldita sea! Mi primer momento íntimo con aquel hombre increíble y había perdido totalmente el control gozando apenas con una caricia leve entre mis piernas.

Respiré hondo, soltando el aire enseguida. Robert volvió a reírse. Apretó con sus manos firmes mis muslos. Cerré los ojos y deseé no haber aceptado nunca aquel juego. El silencio era embarazoso. Cuando volví a mirarlo, él me miraba fijamente. ¿Era posible sentir más vergüenza?

—Disculpa, yo...

—No te disculpes.

No había impaciencia en el modo en que rechazó las disculpas. Al contrario, parecía cínico y vanidoso al mismo tiempo. Se notaba que hacía esfuerzos para no reírse.

—Ha estropeado el juego, señorita Simon.

¡Oh, mierda! ¿Por qué no se hundía el barco?

—No fue mi intención...

—Claro que ha sido su intención. —Se rio incorporándose parcialmente para observarme mejor—. Tenemos que hacer algo pronto respecto a eso.

Robert se levantó y me dejó sola en el sofá. Volvió enseguida con la botella de champán. Llenó las copas y bebió un poco. Yo no tenía ánimo para beber. Me cerré el escote del

vestido, me arreglé el pelo con las manos y me senté de nuevo. Me sentía una completa idiota.

—No te imaginas las cosas que se me pasan por la cabeza cuando te ruborizas así... —dijo con los labios pegados a mi oreja—, Mel.

¡Maldita sea! ¿Cómo podía aquel hombre conseguir devolver el hormigueo familiar a mi estómago después de un orgasmo tan explosivo como el que acababa de tener? ¿Cómo podía provocar aquella reacción tan intensa en mi piel?

—Bebe.

Al mismo tiempo que lo decía puso la copa en mis labios. Me bebí hasta la última gota. Parecía gustarle.

—Perfecto —dijo quitándome la copa—. Ahora... Tú sola, Mel.

Nuestros labios se volvieron a encontrar. Otra vez sentí mis venas bombardeadas por ondas eléctricas que recorrían todo mi cuerpo. Me sentía viva y de nuevo ávida y ansiosa de placer. Sentí sus manos en mi nuca y en la base de mi columna. Me levantó y me pegó a él.

El señor Carter... Robert... ¡Era irresistible!

La diferencia era cómo actuaba. Sus caricias presionaban mis brazos, mi barriga, mis muslos y no eran tímidas, vacilantes, sino firmes y decididas. Volver a abrir el escote del vestido fue fácil para él. Jugó de nuevo con mis pechos, lo que me llevó al delirio, aunque Robert quería más.

Nos echamos en el sofá con él encima de mí, entre mis piernas. Se movía de una manera que casi me hizo perder la batalla de nuevo, aunque esta vez mi jefe no dejaría que fuera fácil para mí.

Robert se levantó lo justo para arrancarse del cuerpo la camisa de algodón. Su torso definido, su piel blanca, el vello claro y suave que descendía como una invitación hasta... Hasta allí. Me quedé admirándolo. Era demasiada perfección para una sola persona.

Sonrió y acabó con el poco juicio que me quedaba.

—A ver. Tenemos que librarnos de esto.

Dijo esto y sus manos recorrieron mis muslos hasta el elástico de las bragas que llevaba puestas. Sus dedos se enroscaron a cada lado para enseguida empezar a quitármela.

—¡No te ruborices, Melissa! O no voy a resistir la tentación y te voy a comer como me pide el hambre que tengo.

¡Dios mío! ¿Qué hacía este hombre conmigo diciéndome esas cosas?

Mientras me quitaba las bragas, sus dedos se arrastraban por mis muslos, como si quisieran recordarme la cantidad de cosas que aún tenían que pasar.

Cuando finalmente me quitó la ropa interior, Robert volvió a recorrer todo el camino con besos y mordiscos, lo que me provocó escalofríos de placer. No le podía permitir que continuara. Por eso me levanté rápidamente, lo que le llamó la atención. Mi compañero me encaró curioso y sorprendido con mi reacción.

—¿Vamos a hacerlo aquí? ¿No es muy explícito?

Aquella sonrisa que era al mismo tiempo encantadora e inmoral me hizo jadear.

—Vamos a hacerlo aquí, Mel —aseguró.

Volvió a interesarse por mis labios, por mi cuello y por mis pechos. ¡Maldita sea! Era fantástico. Una máquina perfecta de proporcionar placer. Pronto me olvidé de dónde estábamos.

—Pero lo vamos a hacer bien.

Me asusté con la fuerza con la que me agarró. Me dejó sentada en su regazo con tanta facilidad y rapidez que me sentí como una marioneta en su poder. Frente a frente, volvimos a acariciarnos. Pasé las uñas por su pecho. Aquello lo estimuló. Sus manos me cogieron con fuerza por la cintura, mientras mi sexo mojado rozaba sus bermudas, más concretamente su erección.

—¡Perfecta, Mel! ¡Maravillosa!

Me conducía sin dejarme perder el ritmo que dictaba. Robert me tocaba, me probaba, me dominaba. Mis pechos acababan o en sus labios o en sus manos. Su caricia fuerte y urgente me excitaba más de lo que nunca había pensado. Deslizó las manos por mi espalda. Una me aguantaba y mantenía nuestro movimiento, mientras la otra bajaba hasta mi culo y lo palpaba. Gemí alto y dejé completamente atrás a la Mel tranquila y recatada en el sexo.

—Quítate este vestido. Quiero verte desnuda.

Fue la orden más deliciosa que había tenido el placer de obedecer. Levanté los brazos para que pudiera arrancarme la ropa y me quedé completamente a su merced, en sus brazos.

Robert mantenía sus manos sobre mí. Su actitud me mostraba el poder que tenía para hacer lo que tenía que hacer o quisiera hacer conmigo. Y yo estaba dispuesta a darle todo lo que fuera necesario, además de sacar el máximo provecho posible de lo que él me ofrecía.

Mi jefe echó nuestros cuerpos hacia delante, cogió algo de la mesa y consiguió besar mis pechos con sus labios. Rápidamente volvió a la posición en que estábamos. Dejó lo que buscaba a nuestro lado: un preservativo. Robert había pensado en todo.

—¡Ven aquí, guapa!

Rápidamente su miembro ya estaba entre mis piernas. Era largo, grueso y rosado. Se correspondía con la imagen del señor Carter. No era un pene cualquiera. Era un pene digno de él. Una demostración perfecta de cómo era mi jefe. Fuerte, decidido e imponente.

Sus manos hábiles consiguieron colocar el preservativo en tiempo récord. Robert me levantó para que pudiera ajustarme a su cuerpo. Nos encajamos y la vida se detuvo en aquel momento.

Sentí que invadía y dominaba mi cuerpo de manera única. Fue un movimiento único, que forzó el camino hasta que ya no encontró más espacio. Gemí en una mezcla de placer y



protesta, pero sus manos firmes me cogían por los muslos e impedían que hiciera cualquier otra cosa.

Me mordió los labios y cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y saboreó el placer de estar al fin dentro de mí. Apoyé mis manos en su pecho y sentí su corazón acelerado. Cuando Robert abrió los ojos, estaban oscuros, repletos de un deseo hasta entonces desconocido para mí. Era escandalosa y absurdamente excitante.

—¡Así, Melissa! —dijo con un gemido, dejando que las palabras escaparan entre sus dientes—. Te quiero así. Tú en mí entera y yo en ti entero.

Mi corazón se disparó y la sangre corrió a toda velocidad por mis venas. El hambre que sus ojos reflejaban me invadió. Nuestros labios se devoraron e inmediatamente empezamos a movernos. Robert me estimulaba con sus manos osadas y calientes, que se mantenían firmes forzando las embestidas para satisfacer sus necesidades, que no eran distintas de las mías.

Dejé que la locura que cercaba mi mente me dominara y dejé que hiciera todo lo que mi cuerpo pedía, o lo que su cuerpo me exigía. No pasó mucho tiempo y yo ya estaba llegando como antes, sólo que esta vez él estaba dentro de mí, rozando mis paredes y sin dejar ningún hueco en mi vientre. Sentía un hormigueo en toda la zona, que ardía y latía. Cuando me di cuenta, estaba entregada a un nuevo orgasmo, aún más intenso y glorioso que el primero.

Robert se dejó ir en su propio orgasmo justo después de asistir al mío. Juntos, presos en los brazos del otro, con el pecho jadeante, nos quedamos en el sofá esperando lo que vendría después.

Mi jefe me mantuvo en sus brazos y me acarició suavemente la espalda. Me dominaba una deliciosa sensación de comodidad y seguridad, pese a que él seguía siendo un personaje extraño y misterioso. En el fondo, sabía que era un riesgo muy grande meterme en una relación con él. Sin embargo, aunque era consciente del error que había cometido, era imposible no querer más.

A los 24 años, aunque no había tenido una vida sexual gloriosa, tenía algo de experiencia. Pero nunca había experimentado nada tan espectacular. Robert tenía una forma de coger, besar, moverse, que me dejaba sin reacción. Me sentía, y realmente era, una niña inocente e inexperta en sus manos.

Lo más interesante de todo era que mi cuerpo no había reaccionado nunca así antes. Nunca había sido tan vulnerable ni se había entregado tanto a las caricias de alguien. Especialmente, nunca me había dejado tan tensa. Era bueno. Además, no es que fuera bueno estar en sus brazos, era sensacional.

Él actuaba como si existiera intimidad entre nosotros. Sus manos siguieron acariciándome y, de vez en cuando, sus labios me tocaban el pelo. Al poco tiempo, me sentí incómoda de estar desnuda en un lugar abierto. No tenía nada para cubrirme, salvo mi vestido que estaba tirado en una esquina. Cuando intenté levantarme, Robert me cogió con más fuerza y me lo impidió.

—¿Ya vas a huir de mí?

—Lo siento mucho, pero no eres tan amenazador como crees. Voy a ponerme el vestido. Alguien podría aparecer y pillarnos así...

—¿Quién va a aparecer?

—No lo sé. Los guardacostas, Neptuno —dije con una sonrisa amplia—. ¿Hay guardacostas aquí?

Me soltó y puso los brazos detrás de la cabeza. Estaba tan relajado y tan guapo.

—No lo sé. Me imagino que sí. ¿Por qué no va a haberlos?

—Es verdad, ¿por qué no?

—Pero tienes razón. Si Neptuno decidiera espiar nuestras humildes vidas y se encontrara contigo así, totalmente desnuda, tendría que pelearme con él para impedirle que te llevará consigo al fondo del mar.

Desvié la mirada, pero me gustó la broma.

—¿Con tantas sirenas despampanantes a su alrededor, se fascinaría conmigo, tan delgada y sin atractivos?

—Estás muy lejos de no tener atractivos, Melissa. Y, para tu información, tu delgadez es falsa.

—¿Delgadez falsa? ¿Qué significa eso?

Me levanté bajo su mirada atenta, cogí mi vestido y dejé caer el pelo sobre el cuerpo. Durante todo el tiempo, permaneció echado, observándome.

—Delgadez falsa. Definitivamente.

Se rio con lo que debía ser un chiste propio.

—¿Dónde está la gracia?

Sus brazos se abrieron. Era una invitación imposible de rechazar. Me eché a su lado y Robert inició rápidamente otra sesión de besos y caricias.

—Eres una delgaducha muy apetitosa. No... «Deliciosa» sería la palabra más apropiada... —Suspiró teatralmente—. No me obligues a hacer todas las cosas que he pensado hacer contigo, Melissa.

—No controlo las reacciones de mi cuerpo, lo siento mucho.

—Ya, ya lo sé.

Me mandó un beso con los labios en un intento fallido de disimular la risa. Pero una vez más mi jefe bromeaba sobre el episodio. ¡Mierda!

—Tengo sed —dije para escabullirme de la situación.

—¿Vamos a dar un paseo por tierra? —Me gustó la propuesta, pero pensaba que el plan era pasarnos el día entero a solas. No conseguí ocultar mi decepción—. Aunque si quieres, yo puedo pasar el día aquí. Sólo di qué quieres hacer.

—Quiero quedarme un poco más.

—Muy bien. Voy a buscar agua.

Busqué mis bragas por todas partes. Aparté cojines y miré en los huecos del sofá. Habían desaparecido. ¿Qué iba a hacer

sin ellas?

—¿Qué pasa? —Me dio un vaso de agua que me bebí de una vez—. ¿Qué estás buscando?

Intenté vislumbrar en su rostro cualquier vestigio de culpa, pero me miraba tranquilo, así que concluí que no podía hacer nada. No tuve valor de contarle que mis bragas habían desaparecido. Podía imaginar las bromas y el doble sentido que emplearía en nuestras conversaciones, lo que daría lugar a situaciones bastante embarazosas para mí.

—¿Qué le gustaría hacer, señorita Simon?

—¿Qué opciones tengo?

Su sonrisa fue reveladora. Sabía exactamente cuáles eran y las deseaba ansiosamente.

Robert no me respondió, se limitó a reducir drásticamente la distancia entre nosotros. Su cuerpo estaba casi pegado al mío. Sentí como sus manos me apartaban el pelo de los hombros dejando que cayera hacia atrás. Se adueñó de mi cuello. Yo sabía lo sensible que era esa zona y la manera en que él la tocaba superaba todos mis límites. Era suave y posesivo al mismo tiempo.

No necesitamos mucho tiempo para volver a entregarnos a la lujuria. Robert tenía el don de no necesitar mucho esfuerzo para que deseara y casi estuviera desesperada por recibirlo. De nuevo me llevó al cielo y me arrastró de vuelta a la tierra. ¿En algún momento sería diferente?

No parecía darse cuenta de la ausencia de mis bragas y, si la notó, prefirió no comentar o le gustó lo que vio y por eso no puso objeción alguna. Nos quedamos echados en el sofá sintiendo el balanceo del mar. Decidimos que era un buen momento para volver. Robert quería ir a un restaurante y pasear un poco por Míkonos. Dar un paseo turístico.

Durante el trayecto intercambiamos caricias, besos y nos abrazamos como dos enamorados, pero cuando llegamos y bajamos a tierra Robert cambió completamente de actitud. A pesar de seguir comportándose muy amablemente, no actuaba como si estuviéramos juntos. No esperaba aquella reacción, así

que no la cuestioné. Simplemente, me comporté del mismo modo.

Caminamos juntos por las calles de adoquines y casitas blancas con detalles azules, como todo allí. Él hablaba sobre la cultura, la historia, los lugares que conocía ya, lo que le gustaba y lo que no. Sus ojos aún reflejaban ardor, pero su actitud parecía más la del director ejecutivo que la del hombre con el que había pasado la tarde.

Decidimos cenar en un restaurante, no muy sofisticado, que estaba frente al mar. En realidad, sólo un muro de piedras inmensas pintadas de blanco impedía que el mar llegara a nosotros. Las mesas, con sillas sencillas de madera, tenían un encanto especial por las luminarias, que parecían faroles, y creaban el clima propicio para el romance.

Como ya estaba anocheciendo, disfrutamos de algo de intimidad. Nos sentamos uno frente a otro. Robert pidió vino y permaneció callado mientras traían la bebida. A pesar de su silencio, podía ver en sus ojos que su mente trabajaba de manera vehemente. Había algo importante que mi jefe no sabía cómo resolver. ¿Aquella reacción se debía a mí?

—Háblame de ti —me pidió tan pronto como llenaron nuestras copas.

—No hay mucho que contar, además de lo que ya sabes.

No sé si aquella fue la respuesta correcta, ya que reaccionó de manera extraña, como si por un segundo se le escapara algún detalle.

—Yo no sé casi nada de ti. Sólo tu formación académica, las buenas notas y que trabajas para mí... Y lo guapa que te pones cuando te ruborizas.

Sonrió, pero no parecía sincero.

—Tengo 24 años, vivo sola, no tengo muchos amigos, al menos no muchos que no sean virtuales...

—¿Dónde viven tus padres?

—¿Por qué tanto interés?

Arqueó una ceja.

—Nos acostamos. A cualquier mujer le haría feliz saber que el hombre con el que se mete en la cama se interesa por su vida.

—Técnicamente, no nos hemos metido en la cama.

Se rio y esta vez su risa no era fingida.

—No pareces ser la persona curiosa que me imaginaba.

—Pero lo soy. Respecto a las cosas de verdad. —Se quedó un poco perdido en sus pensamientos—. ¿Pedimos?

—¿Qué quieres comer?

No parecía estar muy interesado. Algo le molestaba.

—No sé, ¿carne?

—Marisco.

Llamó al camarero y pidió lo que quería comer. Desvió la mirada. ¿Por qué me había preguntado, si al final comeríamos lo que él decidiera?

—No dejas pasar ni una oportunidad de mantener el control.

—Soy el director ejecutivo, ya puedes ir acostumbrándote.

Me reí, algo molesta.

—¿Por qué dices que no soy curiosa?

—No has preguntado nada más sobre la reunión. Pensé que intentarías averiguar algo más y hasta ahora nada. Ni una pregunta.

—Me has despedido. ¿No lo recuerdas?

—Es verdad. Me había olvidado de ese detalle.

Nos reímos y me sentí mejor al verlo relajado.

—En realidad, Robert, tienes el don de hacer que desconecte de todo a mi alrededor. —Se mordió los labios y movió la cabeza, satisfecho—. Y dime, ¿ya has perdido el interés en cómo calificaría mi vida sexual?

Me miró con un gesto cínico.

—¡No! Ya tengo la respuesta.

Su sonrisa no fue nada agradable. ¿Ya tenía la respuesta?

—¿Y cómo la has conseguido?

Me miró divertido y arqueó una ceja. ¡Oh, mierda! No era bueno entrar en aquel tema. A pesar de que temía la respuesta, tenía que hacer la pregunta.

—¿A qué conclusión has llegado?

—Has perdido demasiado tiempo con simples aficionados.

¡Maldita sea! Era un capullo. Mi boca se abrió mientras intentaba encontrar algo que decir. No conseguía encontrar nada. Su sonrisa era increíblemente odiosa.

—¡Caramba! —Bajé la cabeza avergonzada—. Gracias.

—¿Qué?

—Acabas de dejar bien claro que he estado fatal. Es algo muy bonito, especialmente después de haber pasado la tarde acostándote con tu jefe.

Sentí que las lágrimas empezaban a agolparse en mis ojos. Era una mezcla de rabia y vergüenza.

—¡Ah no, Mel! No estoy hablando en ese sentido. Me estás entendiendo mal. ¡Eres magnífica! ¡Fabulosa!

—¡Claro!

Ya estaba completamente desanimada.

El camarero llegó con una plancha y algunas cazuelas con marisco crudo. También trajo salsas, distintos tipos de pan y dos ensaladas. De nuevo mucha comida. Yo había perdido el apetito.

—Mel —dijo llamando mi atención—, no estoy mintiendo. No tengo motivo alguno para mentir. Sólo creo que una mujer como tú merece más de lo que te han dado hasta ahora. La forma aficionada en la que te han tratado hasta ahora ha hecho que reaccionaras tan rápido hoy, cuando estábamos juntos.

No, por favor, no quería hablar de ese asunto.

—Eso es... Realmente intimidante.

No sabía qué hacer con las manos, ni con el pelo, y mucho menos con la cara. Quería hundirme en el mar y salir sólo cuando él ya no estuviera allí.

—Puedo darte más, Melissa. Puedo hacer que tu vida sea mucho más interesante.

Tuve que mirarle a los ojos para conseguir comprender la intensidad en su voz. Hablaba como si estuviéramos negociando un contrato.

—Sólo has dicho que sí a este momento. Déjame entrar en tu vida. Déjame que haga todas las cosas que quiero hacer contigo. Ten por seguro que no te arrepentirás.

Me quedé paralizada otra vez. No sabía cómo responder. Simplemente, porque nunca había pensado que mi vida sexual pudiera discutirse como un negocio. ¿Por qué no podíamos ir paso a paso como todo el mundo? No sabía ni qué tipo de promesa me estaba haciendo. Era todo muy confuso.

—¿Hay algo que te lo impida?

Pensé en Dean. ¿Él me impedía vivir aquella situación? ¿Yo aceptaría vivir de aquella manera?

—Tengo hambre.

Fue lo mejor que pude decir.

Robert puso algunas piezas de marisco sobre la plancha que chirrió y dejó un olor maravilloso en el aire. El asunto perdió fuerza en ese momento. Comimos de nuevo, compartiendo el mismo plato. Él me daba la comida en la boca y hacía bromas románticas.

Nos bebimos otra botella de vino y decidí que sería bueno caminar un poco antes de volver a la casa. Hacía frío. Yo llevaba un vestido de mangas finas e iba sin bragas. Me estremecí. Robert me pasó los brazos por los hombros para intentar calentarme. Había tiendecillas interesantes donde podría encontrar recuerdos. Mi madre me mataría si no le llevaba algo. Aproveché para comprar una chaqueta.

Entré en la tienda y Robert se quedó fuera. Tardé algo más de lo que esperaba en escoger lo que necesitaba. La caja estaba



muy cerca de la puerta y desde allí podía verlo. Dos personas hablaban con mi jefe. Aparentemente, un matrimonio.

Robert estaba de espaldas a mí, pero incluso así pude notar que estaba incómodo. Miraba todo el tiempo hacia los lados y algunas veces hacia atrás. Estaba muy ansioso. ¿Era por mí? Esta vez estaba segura que sí. Mi jefe viajaba por trabajo y estaba de pie en la puerta de una tienda, a una hora no muy convencional, esperando a que su secretaria acabara las compras. Aquello no iba bien.

Aproveché que un matrimonio entró en la tienda y salí de la tienda en dirección contraria a donde él estaba. No sabía bien qué debía hacer, así que anduve por las calles transitadas en dirección al mar. Fue fácil encontrar el barco. Llegué antes que él. Esperé un tiempo. Robert tardaba demasiado. Busqué el móvil en el bolso y... Decidí llamarlo. ¡Mierda! Estaba sin batería. ¡Mierda!

—¿Cuál es el problema?

—¡Robert!

Me asusté con su presencia, a pesar de que me sentí aliviada. No me había dado cuenta de que había llegado.

—¿Asustada? —Sus ojos buscaban algo. Era como si me acusaran—. ¿A quién llamabas? ¿Por qué has huido?

—Yo... No te vi llegar. —Caminó hacia mí y me llevó al interior de la lancha. Su gesto no era nada amistoso—. Estaba intentado llamarte para avisarte de que estaba aquí.

—¿Por qué no me has esperado?

—Pensé que estarías mejor si no aparecía... Quiero decir... Estabas con aquellas personas y...

Me acorraló contra una pared sin dejarme espacio para escapar.

—Melissa... ¿Quién eres?

—¿Yo?

—Tú.

—Robert...

—¿Cómo te enteraste de que había una vacante para trabajar directamente conmigo?

—¿Qué está pasando? ¿A qué vienen estas preguntas?

—¡Responde!

No estaba exaltado, al contrario. Estaba tranquilo pero amenazante al mismo tiempo. Muy atractivo. Irresistible.

—Abgail me pidió el currículum hace más o menos cinco meses. Nunca imaginé que me llamarían para esta vacante.

—¿Abgail?

—Sí. Hablamos, le conté que estaba acabando mis prácticas y entonces ella...

—¿Cuál es tu relación con Abgail?

—Somos amigas. Fuimos juntas a la facultad...

Pareció no prestar atención y estuvo observándome durante un rato. Después se relajó de nuevo.

—Vamos a volver. Será mejor que te sientes, porque iré a toda velocidad.

Obedecí de inmediato.

—¿Qué ha pasado? ¿A qué viene este interrogatorio?

—Tengo prisa.

—¿Por qué?

Ya cortábamos las aguas a una enorme velocidad. Tuve que gritar para que me oyera. Robert apenas sonrió y siguió conduciendo la lancha de vuelta a casa.

Cuando llegamos, estaba prácticamente pegada al banco que había a su lado. Me quedé horrorizada con la velocidad. Había sido una pesadilla. Robert actuó con naturalidad. Apagó todo y me cogió de las manos. Me quedé paralizada.

—¿No vienes?

—¿Por qué estas preguntas? ¿Por qué tienes tanta prisa?

Robert me atrajo hacia sí y me besó los labios. Me temblaron las piernas.

—Son muchas preguntas. Tengo prisa porque tengo que corregir un error. —Lo miré sin entenderlo—. Técnicamente, no nos hemos metido en la cama, ¿recuerdas? Tengo que llevarte ahora mismo a casa y enmendar esa situación.

¡Maldita sea! Estaba excitado y yo también.

## Capítulo 15

Por la mañana mi cama estaba vacía, aunque Robert ya tuvo la atención de dejar una rosa sobre la almohada con una nota en la que me decía que tenía que resolver unas cosas, pero que volvería pronto. Me eché de nuevo y dejé que los pensamientos me llevaran a la noche anterior.

Había sido mejor que los otros momentos juntos. Me colmó de cuidados y caricias e hizo que me sintiera la mujer más poderosa. Creo que fue una forma de compensarme por su comentario inconveniente durante la cena. Para mí era perfecto, aunque no sabía qué esperar de todo aquello.

Me levanté sin muchas ganas. Quería quedarme en la cama hasta que él volviera, pero no me parecía que fuera correcto. No podía permitir que Robert notara que estaba absolutamente rendida a sus encantos, aunque creo que él ya estaba seguro de eso.

Me duché y por fin pude ponerme unas bragas. No sé por qué, pero no me proporcionó la sensación de seguridad y comodidad que esperaba. Bajé y encontré a Macaria arreglando alguna cosa en el salón.

—¡Buenos días!

—Buenos días, aunque casi son tardes ya.

Se rio sin censurarme. Por lo visto ya estaba acostumbrada a que los matrimonios aprovecharan el ambiente romántico de Grecia para quedarse encerrados en la habitación.

—¿Quiere el desayuno ahora? Puedo servírselo en la piscina.

—Me parece perfecto.

Intenté comer un poco. Había fruta, zumos, pan, queso blanco y mermelada. Tomé un poco de café solo, pues no quería que me entrara dolor de cabeza a mitad del día, como siempre me pasaba cuando no tomaba cafeína.

Robert no apareció.

Me cansé de esperarlo y decidí bajar a la playa y caminar un poco. Luego me arrepentí. La grava que pensé que no me molestaría el primer día, ahora me estaba destrozando los pies. Hacía sol, pero no lo suficiente como para que tuviera ganas de entrar en el agua helada. Suspiré. Todo perdía la gracia cuando él no estaba cerca. No podía pensar en él de este modo. Pensé que era mejor volver a casa.

Para mi sorpresa, Robert había vuelto. Estaba de pie en la entrada de la zona de la piscina, observando cómo caminaba de vuelta a casa. ¡Estaba guapo! Llevaba bermudas y camisa azul, pero las piezas eran de un tono distinto. También llevaba gorra y gafas oscuras. Hablaba por teléfono. Aún así, me lanzó una sonrisa encantadora.

Finalmente, después de andar con todo el cuidado posible para no acabar de destrozarme los pies, conseguí llegar hasta él. No nos tocamos, pero, al levantar las gafas, nuestros ojos se encontraron. El contacto visual que mantuvimos fue increíble. Aún no conseguía entender el trance en el que entraba siempre que me miraba de esa manera. La realidad era que Robert conseguía desnudarme y poseerme sin ni siquiera tocarme.

—¿Aprovechando el día, señorita Simon?

—Esa era la idea, pero, desgraciadamente, la grava no me ha dejado llegar muy lejos.

Me miró los pies y sonrió.

—Te había dejado un par de zapatos adecuados para eso al lado de la cama. ¿No los has visto?

Pensé un poco y concluí que no había visto nada distinto en mi habitación, que fue donde dormimos la noche anterior.

—No.

—Son de goma y más adecuados para la arena de Grecia.

—Gracias.

El cuidado que me dedicaba era estimulante.

No me tocó ni dio muestras de que lo haría. Sólo me miraba de esa manera única. Estaba intrigada. Si debíamos fingir una relación para desviar la atención de la reunión, ¿por qué actuaba de una forma tan diferente?

—Tengo una reunión hoy.

Me analizó por un tiempo, como no dije nada, continuó:

—Necesitó que no estés en la casa.

Me sorprendí, pero intenté no demostrarlo. No me mandó hacer nada relativo a mi trabajo. Sólo tenía que salir y dejarlo sólo. ¿Qué estaba pasando? Crucé los brazos delante del pecho. Estaba insegura.

—El asunto es confidencial, por eso creo que mejor que no estés aquí. Ya he organizado todo. Abadir te llevará a conocer las playas. Le he pedido que alquile un cuadríciclo. ¡Te va a encantar! —Intentó parecer animado, pero era demasiado forzado. Algo iba mal—. Confía en mí. Es la mejor forma de hacerlo.

Se me encogió el corazón con sus últimas palabras.

—¿Qué he venido a hacer aquí, señor Carter? —Suspiró y se mesó el pelo en señal de impaciencia—. Porque llevamos tres días aquí y todo lo que he hecho ha sido organizar una sala y mandar un correo... ¡Ah! ¡Claro! También me he pasado buena parte del tiempo acostándome con mi jefe.

Le dije todo esto a la cara y salí sin conseguir contener las lágrimas. Robert me siguió.

—No seas infantil.

Me cogió el brazo tirando de mí para que lo mirara.

—¿Quiere saber algo? No necesitaba gastarse el dinero de su empresa ni organizar un viaje como este para conseguir acostarse conmigo.

Me arrepentí amargamente justo al acabar de decir aquello. Sentía rabia, pero le acababa de decir que me habría acostado

con él con independencia de la situación. Aquello elevó su ego hasta las nubes y, por otro lado, acabó con el poco que yo tenía. Robert esbozó una sonrisa torcida. ¡Fabuloso!

—Lo sé.

Mi rabia aumentó. Era un cretino, engreído, ordinario, canalla... En ese momento me sorprendió con un beso apasionado y, al poco tiempo, mi jefe se fue transformando en maravilloso, cariñoso, delicioso, sexual... Odiaba sentirme de esa manera. Me temblaron las piernas y todo mi cuerpo se vio invadido por aquella voluntad de ceder.

Sus manos se enredaron con firmeza en mi espalda y en el cuello impidiéndome huir. ¿Y quién dice que yo huiría? No había posibilidad alguna de que eso pasara. Cuando empezó a acariciar mi espalda con sus dedos largos, buscando el contacto con mi piel, superando fácilmente la barrera de la camisa y poseyendo todo mi cuerpo, ondas eléctricas recorrieron de nuevo mis venas. No conseguía articular ningún pensamiento coherente.

—Te deseo, Mel —me susurró derrumbando las barreras que aún quedaban en pie—. ¡Te deseo!

Si antes ya no conseguía reunir fuerzas para librarme de sus brazos, después de aquello ya no tenía ni ganas de buscarlas. Aquel hombre maravilloso me estaba diciendo que me deseaba y yo lo deseaba mucho más. Sería imposible impedir que me hiciera suya.

Subimos las escaleras a trompicones, embalados por la excitación. Su camisa se quedó tirada en los escalones, la mía en el pasillo y mi falda impidió que cerráramos la puerta, por lo que se quedó entreabierta. Las bermudas de Robert acabaron en el suelo antes de tirarnos en la cama.

Mi jefe estaba intenso, salvaje, ansioso, mientras yo tan sólo me limitaba a entregarme y a seguir exactamente todo lo que él me exigía. Su boca dominaba la mía o exploraba mi cara, mi cuello o mis pechos. A cada caricia, a cada beso, mi cuerpo reaccionaba con más fuerza. Al poco tiempo, sus labios ya no bastaban. Sus manos se cerraban alrededor de mi cuerpo, me apretaban y me dictaban los movimientos

conforme a sus necesidades, aunque yo quería mucho más. Yo lo quería completa y totalmente dentro de mí.

A pesar de que tenía pensamientos confusos, pude ver un preservativo allí cerca de ambos. Robert siempre estaba preparado.

Con la misma intensidad de nuestros movimientos y de sus caricias, me penetró, sin ningún tipo de aviso ni oportunidad de preparación. Gemí, en una protesta discreta, al verme invadida. Él me penetraba con fuerza, como si lo hubieran hecho especialmente para mí.

—¡Oh, Mel! ¡Tan estrecha! —Su gemido hizo que mi cuerpo recibiera choques eléctricos. ¿Qué mujer no estaría con un hombre como él?—. ¡Eres maravillosa!

El orgasmo no tardó en dominarnos y pronto estábamos jadeantes, echados sobre el colchón. Él mantuvo el patrón de acariciarme la espalda mientras reorganizaba sus ideas. Yo, incluso sin querer, volvía a darle vueltas a todo el conflicto que se había formado en mi cabeza. Sentí rabia por haber sido tan débil y haber permitido que las cosas se resolvieran de aquella manera. A pesar de este pensamiento, no estaba dispuesta a hacer otra escena.

Robert percibió mi indiferencia.

—¿Vas a seguir enfadada?

—No. Voy a bajar y a empezar mi día de turismo.

No conseguía actuar naturalmente. Me levanté, me senté en la cama y miré a los lados buscando mi ropa. Recordaba que algunas prendas se habían quedado tiradas fuera de la habitación. Ya que iba a conocer las playas sería una buena idea ponerme un biquini.

—Mel. Melissa...

—Es mejor que me dé prisa, no vayan a llegar tus invitados.

—¿Siempre tienes tan mal genio?

—Sólo cuando me usan como fachada para esconder negocios oscuros.



Salí disparada hacia el baño. Abrí la ducha y finalmente dejé que brotaran unas lágrimas. No sentí vergüenza por llorar, ni miedo de que me sorprendiera en ese estado. Poco me importaba lo que pensara Robert. Sin embargo, mi jefe no me buscó. Cuando salí del baño, ya no estaba en la habitación.

No sé si eso me dejó más tranquila o más molesta. Era mejor no tenerlo cerca cuando me sentía tan mal por haberme prestado a todo lo que estaba pasando. Por otro lado, pensaba que podía estar conmigo sin que le importara lo más mínimo lo que sentía. ¿Pero qué podía esperar? Nos habíamos acostado. No teníamos una relación.

Bajé resignada. Aún quedaba un día entero antes de que volviéramos a Chicago, así que era mejor ocuparlo para que pasara rápido. No lo encontré por la casa, pero Abadir ya me esperaba para nuestro «tour» por las playas.

Un cuadriciclo era una especie de triciclo motorizado para adultos. Era más lento que una moto y más rápido que una bicicleta. Además, tenía que aprender a llevarlo. Abadir me dijo que era similar a una moto eléctrica infantil y que no había riesgo de accidente. Aún así tuve miedo.

Después de casi una hora conduciendo por la playa que había frente a la casa, para asegurarme de que sería capaz de aventurarme por lugares más alejados, partimos en dirección a otras playas. Al final, era incluso divertido pilotar el cuadriciclo.

Fuimos a diversas playas, cuyos nombres no recuerdo. Sería pedir demasiado recordar nombres tan exóticos y diferentes de mi lengua natal. Todas eran preciosas. Algunas más sofisticadas y transitadas, con fiestas y pinchadiscos poniendo las canciones de moda.

Paramos varias veces, aunque no me animé a entrar en el mar y mucho menos a unirme a la fiesta. Aunque luchaba contra ella, aún sentía apatía y todo me recordaba a lo que estaba ocurriendo.

A pesar de todo, estar un tiempo lejos de Robert fue una especie de terapia. Abadir era muy educado y atento, además de ser de mucha utilidad, pues yo no habría podido hacer nada

sin hablar griego. Conseguí probar la comida, comprar cosas, no muchas, porque —además de la confusión que me generaba oír a tantos comerciantes anunciar sus productos a la puerta de sus establecimientos— pocas cosas despertaban mi interés. Las que me interesaban, solían ser joyas que costaban casi todo mi sueldo. Miré ropa, bolsos y zapatos, pero Nicole había conseguido llenar mi armario.

La ciudad era muy festiva y la gente muy animada. Al final de la tarde, o lo que sería el final de la tarde en Chicago, paramos en un restaurante que Abadir conocía y comimos algo. De hecho, cada vez me gustaba más la cocina griega.

Hablamos sobre la comida y me contó que, como tenía como base algunas especias y aceite, la cocina griega estaba considerada una de las más saludables del mundo, lo que hizo que quisiera seguir comiendo.

Pasó el tiempo y varias veces me sorprendí pensando qué estaría haciendo Robert. Aunque sentía curiosidad y pena, no se me ocurrió en ningún momento volver. Si tenía que mantenerme alejada, me mantendría lo más alejada posible. Así que silencié el móvil y aproveché para tomarme sólo una copa de vino. Al fin y al cabo, tenía que conducir.

Sólo cuando anocheció de verdad decidí que era hora de volver. Abadir no puso ninguna objeción e hicimos todo el camino de vuelta en silencio. Cuando aparqué al lado de la casa me acordé del móvil y lo cogí para mirarlo. Robert me había llamado cinco veces. Sonreí satisfecha. Nicole también me había llamado y, para mi sorpresa, Dean.

Le devolví la llamada a Dean.

—¡Gatita! —respondió cariñosamente.

Su calidez me reconfortó. Al menos era fácil lidiar con Dean.

—¡Hola! —dije intentando parecer animada.

—¿Te estás divirtiendo mucho o trabajando mucho?

¡Maldita sea! Precisamente, hurgó en la herida.

—Un poco de cada. Es un sitio muy animado.

Pasé por la piscina en dirección a la casa.

—Mañana estás de vuelta. ¿Vamos a hacer algo?

Robert estaba en el salón. Tirado en el sofá, bebiendo vino y viendo la televisión. Nuestros ojos se encontraron.

—Quizá, pero creo que dormiré. Ya sabes, el cambio horario.

Fui hasta la escalera. Robert se levantó y vino hacia mí con pasos decididos y firmes.

—Es verdad. Entonces quedemos pasado mañana, ¿te parece?

Sería bueno recuperar un poco mi vida, que se había descontrolado.

—¡Perfecto!

Robert se aproximó observando mis actitudes.

—Ok. Te llamo mañana para organizarnos.

—Muy bien.

Ya no conseguí desviar la mirada. Estaba frente a mí.

—Te echo de menos.

Dean era muy cariñoso y en aquel momento me encantó que lo fuera.

—Yo también.

Colgué el teléfono aún dominada por la mirada de Robert. Él sonrió amablemente.

—¿Qué tal tu día? Veo que has hecho compras.

—Tengo que ir al baño. Disculpa...

Me impidió el paso poniéndose delante de mí. Había dibujada una sonrisa irónica en sus labios.

—Puede esperar.

Me quitó las bolsas de las manos y me llevó fuera de la casa tirándome del brazo. Dejó mis cosas en una tumbona.

—¿Qué haces?

Intenté soltarme, pero me agarró con fuerza obligándome a mirarlo a los ojos.

—¿Con quién estabas hablando?

El cambio nítido en su voz me hizo echarme atrás. Me intimidaba.

—Con un amigo.

—¿Qué amigo?

—No es de tu incumbencia.

Intenté, de nuevo sin éxito, librarme de sus manos.

—Claro que es de mi incumbencia.

—¿Por qué iba a serlo? Mi vida no te importa, Robert.

—No intentes medir fuerzas conmigo, Melissa.

Estaba enfurecido y me hizo sentir miedo.

Sostuvimos la mirada. Yo aterrorizada y él completamente salvaje. Sin embargo, poco a poco se fue relajando, mientras analizaba mi rostro.

—Es sólo un amigo, Robert. Nada importante.

Intenté relajar el clima. Él asintió con la cabeza.

—Me confundes, Melissa. Aún no he conseguido descubrir quién eres en realidad.

Me gustaría haberme sentido bien y feliz al saber que le importaba si había alguien o no en mi vida. Sin embargo, la manera en que Robert reaccionó y cómo me hablaba, no era propia de un romance. En realidad, parecía que estaba intentando protegerse de mí. Me causó angustia confirmarlo.

—Ya sabes todo de mi vida...

—No todo, pero puedes apostar a que lo averiguaré todo.

Era una amenaza clara. No conseguía identificar por qué me amenazaba así.

—¿Puedo darme un baño ahora?

—Vamos a darnos un baño.

Me cogió de la mano y me llevó a la playa. Me sentí muy confusa, pero ya había visto una muestra significativa de su genio como para intentar protestar.

Robert me llevó hasta la orilla del mar y se volvió hacia mí. Sus ojos estaban más relajados. Sus gestos también eran más tranquilos. Sólo podía ser bipolar.

Muy cariñosamente buscó mis labios. No intenté evitarlo, porque tenía demasiado miedo. Su beso fue lento y gentil y su caricia caliente y suave. Pronto, yo le correspondía con la misma intensidad. Sus dedos jugaron con los tirantes de mi vestido haciendo que cayeran por mis hombros. Con eso bastó para que toda mi ropa se deslizara por mi cuerpo hasta caer en la arena. Menos mal que llevaba el biquini.

Robert me miró, observando cada detalle. Era bastante embarazoso, pero estaba oscuro y eso me tranquilizó un poco.

—¿Nos damos un baño? Todavía no hemos disfrutado de la playa y el agua está caliente.

Su voz volvía a ser dulce.

Me limité a asentir con un gesto. Se quitó la camisa y las bermudas con lo que se quedó sólo con el calzoncillo. Su cuerpo era hermoso incluso en la oscuridad y estaba excitado. Verlo así hizo que las miles de mariposas que habitaban en mi estómago, levantaran el vuelo, todas a la vez.

Robert me cogió y me dio un beso romántico, leve y cariñoso, que hizo que me hirviera la sangre. Me llevó al agua, que estaba realmente caliente. Paramos cuando el mar le llegaba a la cintura y nos quedamos allí abrazados y besándonos largamente. Sus brazos me sujetaban con firmeza. Sus manos estaban extendidas sobre mi piel y me cercaban como un todo. Sus movimientos circulares tenían el poder de confundir mi mente.

Me levantó y nuestros cuerpos quedaron a la misma altura. Instintivamente crucé las piernas alrededor de su cintura cogiéndome a él e hice lo mismo con los brazos alrededor de su cuello, con lo que gané más firmeza. Inmediatamente las manos de Robert recorrieron libremente mi cuerpo

prolongándose hasta mis piernas y mi culo. La posición en que nos encontrábamos permitía mayor contacto entre nuestro sexo. Era demasiado excitante.

Él no tenía prisa y aquello me aturdí, porque yo estaba al límite y no quería correr el riesgo de pasar por la misma situación del otro día, cuando llegué al orgasmo en el momento equivocado. Robert notó mi aprensión.

—Con calma, Mel.

Su voz ronca y llena de excitación casi me hizo vibrar en respuesta.

Me aparté dejando que mi cuerpo recuperara su temperatura normal. Robert respetó mi momento, pero no por mucho tiempo. Poco después estaba otra vez pegada a él y volvía a sentir las emociones de antes. Nuestra discusión inicial ya era parte del pasado, aunque sabía que la estabilidad era sólo temporal.

A pesar de estar completamente perdida en sus caricias y besos, noté que nos movíamos en dirección a la arena. Mis pies no tocaban el suelo. Robert no dejó que lo rozaran ni siquiera cuando salimos del agua y anduvimos por la grava.

Pensé que iríamos a la casa, porque no sería cómodo tirarnos sobre la arena cortante, pero en cambio fuimos en otra dirección. Tardé en ver adónde íbamos. La luz de la luna penetraba la oscuridad, pero, aún así, era complicado ver nada más allá de un metro de donde estábamos. Por eso sólo vi lo que tenía preparado cuando estábamos ya cerca.

En medio de la negrura había algo grande que se movía al compás del viento frío y que sólo tomó forma cuando ya estábamos casi allí. En la playa, nos esperaba una enorme cama con dosel, o algo muy parecido. Era todo blanco y brillaba a la luz de la luna.

Robert caminó hasta allí y me dejó en la cama con mucho cuidado. Me sentí como en un cuento de hadas, en brazos de mi príncipe encantado. Encendió las velas que había dentro de agujeros en la arena para protegerlas del viento y cogió el

champán del cubo que había al lado de la cama y lo sirvió en nuestras copas.

Debía sentir frío. Hacía viento. Sin embargo, mi cuerpo estaba completamente caliente. Cerró todas las cortinas antes de unirse a mí, lo que contribuyó a hacer el momento más íntimo. Bebimos disfrutando del sabor de la bebida y de nosotros mismos. El contacto visual era tan intenso como las caricias.

Sin volver a besarme, Robert, sin prisa alguna, me quitó la parte de arriba del biquini. Se recreó en la imagen durante un tiempo y después tocó mis pechos, como si fuera la primera vez. Me miraba como si me estuviera contemplando. Bajo aquella mirada me sentí atractiva, fuerte y poderosa, una verdadera diosa.

Me acarició con calma, a pesar del calor que reflejaba su mirada, que era una verdadera llamarada. Me puso de rodillas en la cama, desató el lazo de mi biquini y lo dejó escurrirse entre mis piernas. Otra vez se dedicó a contemplarme durante un tiempo sin llegar a tocarme realmente. Pensé que me derretiría cuando sus dedos calientes me penetraran de manera más íntima. Fue en el momento exacto en que sus labios se encontraron con los míos.

Me entregué al placer que me proporcionaban sus caricias. Su lengua invadía mi boca mientras sus dedos exploraban todo mi cuerpo. Era angustiante. Me aturdía. Me decía cosas al oído. No conseguía entender nada, salvo que no tenía escapatoria. Era todo demasiado perfecto para ser un error o algo inadecuado.

Robert se levantó y se quitó los calzoncillos. Los preservativos estaban estratégicamente distribuidos cerca del cubo del champán. No se dejaba ni un detalle. Nos acostamos y pronto estaba dentro de mí poseyéndome de una manera única. Su cuerpo me exigía hasta tal punto que me volvía loca. Sabía que no podía ser de otra manera. Estábamos completamente perdidos el uno en el otro.

Esta no fue la única vez en la que nos entregamos al placer aquella noche. Todo lo contrario. Robert me exigía un sinfín

de veces y, aunque no podía creerme que fuéramos capaces de tanto, me rendía a sus peticiones. Lógicamente, bebimos, comimos y hablamos mucho durante la noche. Estoy segura de que dormí en algún momento, pero él me volvió a despertar para satisfacer la necesidad de poseerme de nuevo.

La verdad es que nos entregamos el uno al otro durante toda la noche. Robert me mostraba otra cara del sexo y la forma sin igual en que sabía proporcionar placer a una mujer y, finalmente, entendí lo que quería decir sobre que había perdido el tiempo con simples aficionados. Nada era comparable a mi jefe sexualmente.

—Abre los ojos.

En ese momento me di cuenta de que me había dormido durante otra de las conversaciones en que me susurraba al oído.

—No te puedes perder la mejor parte del día.

Robert, con un único movimiento, me puso de rodillas en la cama. Mi cuerpo luchaba para entregarse al sopor, pero mi amante me colocó entre sus piernas. Él estaba sentado sobre los talones y me puso en la misma posición. Su pectoral fuerte estaba pegado a mi espalda y mi culo sobre su miembro. Me esforcé en reprimir el sueño y en entender qué quería.

—Está saliendo el sol —me susurró al oído—. Abre los ojos.

Sus manos apretaban mi cuerpo contra el suyo. Forcé la vista y vi pequeños rayos que se proyectaban en el cielo oscuro haciendo que fuera rosado en algunos puntos. Con la cortina abierta podíamos ver la playa, además de oír el sonido de las olas que nos habían impulsado toda la noche.

—¿Lo ves?

Sus labios volvieron a mi cuello transmitiendo electricidad a mi piel.

¡Maldita sea! ¿Cómo conseguía reaccionar?

—Sí. Es muy hermoso. ¡Único!

Los pocos rayos de sol se proyectaban en el cielo.



—No, Mel. Tú eres hermosa y única.

Me atrajo un poco más hacia sí y... ¡Era sorprendente! ¿Cómo podía estar excitado de nuevo? ¿Cómo podía haberse pasado la noche entera dentro de mí y aún tener tantas ganas?

—¿Has hecho el amor contemplando el amanecer?

Sus labios tocaron mi oreja e hicieron que me recorrieran escalofríos y me mojara.

—No.

—Ya me lo imaginaba.

No tuve fuerzas para revolverme por la ironía, pues sus manos ya me recorrían como cobras que se apoderan de su presa.

Sus caricias eran firmes y lentas como si saborearan mi cuerpo desnudo. El sol invadía el cielo y Robert dejó que sus dedos me invadieran al mismo ritmo. De manera involuntaria empecé a moverme de manera que permitía que él se apoderara más aún de mí.

Robert restregaba su erección contra mi cuerpo. Así me dejaba claro como acabaríamos. Sus dedos me poseían con fervor. Su mano libre me tocaba acompañando nuestro ritmo. Me tocaba los pechos o empujaba mi cadera para que fuera a su encuentro. La otra mano no se apartó ni un único segundo de su objetivo.

Cuando sentí el hormigueo familiar en mi vientre, sabía que no podría aguantar mucho tiempo. Lo necesitaba dentro de mí.

—Robert...

—Lo sé, linda. Puedo sentir cómo late tu sexo en mis dedos. Sigue.

Sus movimientos se hicieron más intensos. No podía creer que lo haríamos así, incluso con las ganas que teníamos, por lo que dejé que mi cuerpo encontrara alivio. Gemí alto y dejé que obtuviera lo que quisiera de mí.

Aún me empezaba a recuperar, dolorida por la larga sesión de sexo, cuando Robert se puso otro preservativo y me tiró

hacia delante. Levantó mi cuerpo y, con una sola embestida, me penetró. ¡Maldita sea! Yo no podía aguantar más sexo. ¿De dónde sacaba tanta virilidad?

Se movió obligándome a que lo acompañara. Extrañamente, yo sentía la necesidad de seguirlo. Quería dar placer a mi amante, que me había dedicado la noche entera. Quería satisfacerlo. Quería ser perfecta para Robert, tanto como él lo estaba siendo para mí. Quería ser la mejor. Y así fue como, sin saber de dónde sacaba las fuerzas, me moví, contoneándome y acoplándome, mientras él entraba y salía de mí.

Con inmensa satisfacción, vi que mis actitudes llevaron a Robert al éxtasis. Nunca antes me había importado tanto saber que conseguía satisfacer plenamente a un hombre como en aquel momento. Robert se entregó a nuestro momento como si el resto del mundo hubiera dejado de existir y, aunque creía que sería imposible, volví a sentir el hormigueo, la vibración y el calor y volví a tener un orgasmo al mismo tiempo que mi jefe se entregaba al suyo.

Después de eso, no recuerdo bien lo ocurrido. Sé que me llevó a casa en brazos. Como si tuviera puesto el piloto automático, me duché y me puse la ropa que Robert escogió. No tengo ni idea de cómo consiguió cerrar mis maletas, pero, conducida por él, caminé a trompicones hasta la lancha.

Dormí todo el trayecto, hasta que me despertó para entrar en el taxi. Dormí otra vez, recostada en su pecho. Me desperté en el aeropuerto y me obligué a caminar hasta el avión. Me senté en el asiento dejando que Robert me pusiera el cinturón y me dormí. Noté cuándo él me llevó desde el sillón a la cama. Después de eso, no recuerdo nada más.

## Capítulo 16

Melissa Simon. ¿Quién era?

Todo lo que sabía es que no tenía ningún tipo de relación con Tanya. Tom lo investigó todo intentando encontrar algo que las relacionara y no encontró nada. La única información que teníamos de una posible relación entre Melissa y alguien de la empresa era sobre Abgail.

No tenía motivos para desconfiar de mi antigua secretaria. También la había sometido a una investigación meticulosa. Además de eso, era una gran aliada en mi lucha contra Tanya. La amistad entre Melissa y Abgail era sólo una coincidencia. Nada que hubiera que tener en consideración.

Pero Melissa era demasiado normal para ser real y la forma en la que se había portado conmigo era para desconfiar. Era demasiado perfecta. Como si la hubieran escogido a dedo y la hubieran puesto en aquella posición para desviar mi atención de donde debería centrarla. Algo en ella hacía que mi detector de amenazas se disparara descontroladamente.

Al día siguiente, después de pedir a Tom más datos sobre mi nueva secretaria, tenía en mis manos un informe de pocas hojas, donde aparecía la escasa información que había sobre su vida. Nada raro. Vivió con la madre y el padrastro hasta entrar en la facultad. El padre la visitaba siempre que podía. Vivían en California. No se sabía por qué se había trasladado a Chicago, aunque no se podía vincular esta decisión a nada relacionado conmigo.

Melissa vivía sola en un cubículo que ella consideraba habitable en un barrio de clase media. El apartamento era alquilado y los padres aún la ayudaban económicamente. Bueno... Esperaba más de ella. Tenía un ligue, ya que los encuentros esporádicos no podían considerarse una relación seria. Sus fines de semana se reducían a lavar la ropa, arreglar la casa y visitar a alguna amiga, por ejemplo Abigail.

Me dejó frustrado. Tenía que haber algo más. Lo podía sentir.

Cogí el teléfono y llamé a Tom.

—Estaba pensando en ti ahora mismo.

—Eso es perfecto. Significa que estás trabajando y que yo no estoy tirando mi dinero a la basura.

—Es obvio que no estás tirando tu dinero a la basura. Hacemos incluso lo imposible para conseguir toda la información que gentilmente solicitas.

—No he encontrado nada interesante en la investigación sobre Melissa Simon.

—Sencillamente, porque no hay nada interesante en su vida. No tiene ni amigos. Si no fuera por el tal Dean para agitar un poco la rutina, no sé qué sería de esa chica.

—Sí, pero tengo la sensación de que nos estamos dejando algo. ¿Has entrado en su casa?

—No fue necesario, Robert. La muchacha está limpia.

—Quiero que entres en su casa y que averigües todo lo que puedas.

—Ok. No tienes que volver a pedirlo. Lo haremos mañana mismo.

—Espero el resultado. ¿Qué querías decir con eso de que estabas pensando en mí?

—¡Ah sí! Acabamos de descubrir que Tanya va a hacer un viaje para reunirse con los representantes del Foro Social Mundial. Por lo que conseguí captar de la conversación, está intentando usarlo contra ti.

—¿Qué está haciendo esa arpía? Tengo que descubrir qué está tramando. Probablemente algo contra nuestra participación en el Foro de Davos. Tanya no puede ser tan cretina. ¿No ve que está perjudicando su propio patrimonio?

—Sinceramente, no creo que le importe demasiado su patrimonio. Esta disputa entre vosotros se ha convertido en una obsesión.

—Cierto, pero voy a buscar la manera de acabar de una vez con toda esta mierda. Sigue atento a Tanya y mantenme informado.

—Como siempre, jefe.

Aquel problema siguió martilleando en mi cabeza. Había que desarmar a Tanya y no sabía cómo hacerlo. Miré a Melissa, fuera del despacho, e intenté encontrar una forma de cambiar el juego. Yo sabía exactamente cómo conseguirla y sabía que ella accedería, pero ¿hasta dónde podíamos llegar sin poner en riesgo mi acuerdo con Tanya?

Si Melissa era un cebo, lo que iba a hacer era como darme un tiro en el pie, a no ser que la dominara de tal modo que eliminara cualquier influencia sobre ella de Tanya o de cualquier otra persona implicada en este juego. ¿Pero quién podía estar haciendo de nexo entre ambas? Llamé de nuevo a Tom.

—Dos veces en un día en menos de diez minutos. Sorprendente.

—Basta de chistes, Tom.

—De acuerdo. ¿Qué quieres ahora?

—Quiero que investigues a su novio.

—¿A Dean?

—Eso mismo.

—Ok. Mañana te lo mando todo.

Tenía que averiguarlo de verdad. Tenía que actuar y no podía esperar más.

El plan se me ocurrió justo en el momento en que me estaba marchando. Melissa me miraba como si implorara que la tocara. Sus deseos serían órdenes para mí.

Utilicé todas mis armas para embaucarla. No creía que mi secretaria cedería tan fácilmente. Una llamada fue suficiente para que estuviera en mis manos. Debo confesar que fue muy gratificante y el hecho de que fuera tan fácil no me desanimó lo más mínimo. Aún la deseaba y mucho. Así que por qué no continuar.

Si Melissa aceptaba ser mi amante, si se quedaba tan prendada como para no poder enfrentarse a mí, Tanya, o quien quiera que fuera, no conseguiría hacerme daño a través de ella. Sería hasta más fácil, porque, dependiendo de lo que se implicara conmigo, descubriría lo que «mi mujer» estaba tramando y podría darle la vuelta a la partida. ¡Perfecto!

Pero Melissa no era tan fácil como me imaginaba. Todo lo contrario. Después de acceder la noche anterior, mostró resistencia. Parecía incómoda por haber permitido que ocurriera. Tendría que mostrarme más firme, más incisivo. Dejé que se fuera acostumbrando a lo que sentía sin interferir mucho, aunque de vez en cuando resaltaba mi interés por lo que podríamos vivir juntos.

Recibí el informe sobre el muchacho con quien se veía. Era cuando menos sospechoso, pero Tom no encontró ninguna conexión ni con Tanya, ni con la empresa. Dean era una especie de genio en el sector de la seguridad de la información y trabajaba para una de las mayores empresas de seguridad de Estados Unidos. ¿Simple coincidencia o quizá él era el infiltrado?

Tendría que llegar mucho más lejos para descubrir dónde empezaba todo y de qué forma debería terminar. El viaje a Grecia me vendría bien. Al fin y al cabo, Melissa iría conmigo y sería mucho más fácil seguir sus pasos, además de avanzar un poco más en mis embestidas.

Tom consiguió entrar en el apartamento de mi secretaria, como dijo que haría, pero no encontró nada que pudiera comprometerla. Sólo confirmó mis sospechas. Melissa vivía

sólo con lo necesario, sin ningún exceso. Si tenía algún arreglo con Tanya, seguro que habría dinero de por medio.

Mi mujer sabía a ciencia cierta cómo corromper a la gente, además de contar con una cuenta bancaria para hacerlo. El problema es que Melissa no encajaba en el perfil de mujer que pone el dinero por encima de su dignidad. Todo era muy turbio todavía.

¡Joder, Melissa Simon! No conseguía saber quién era.

Incluso así, pedí a Tom que me enviara una copia de las llaves de su casa. A la menor oportunidad, yo mismo comprobaría la información. Lo dejé para cuando volviéramos del viaje, después de conseguir directamente de la fuente lo que necesitaba saber.

No perdí el tiempo. Empecé a interrogarla ya en el avión. Melissa no se andaba con rodeos, aunque era bastante reservada. Lo cierto es que lo que conseguí sonsacarle era exactamente lo que Tom me había contado, nada más. No mentía.

Me quedé confuso, porque aquella muchacha seguía siendo una incógnita, pero Melissa actuaba con mucha naturalidad. Después de tantos años conviviendo con una profesional del arte de engañar, enredar y mentir, me había convertido en un experto a la hora de reconocer algunos gestos. Melissa no incurrió en la más mínima contradicción. Sólo la noté inquieta o incómoda cuando toqué el tema de la llamada.

¡Maldita sea! La forma en que se ruborizaba me volvía loco.

En Grecia tuve que mantener a Melissa apartada de lo que realmente pasaría. Si Abigail hubiera estado conmigo en aquel momento, seguro que participaría más activamente. Ella lo sabía todo y estaba de acuerdo con mis decisiones, sin contar con que era de absoluta confianza, lo que no podía decir de mi nueva secretaria en aquel momento. No podía implicarla sin saber si iría corriendo a la primera oportunidad a contarle a Tanya lo que estaba haciendo. Sería demasiado arriesgado.

Mientras le filtré alguna información. Le conté que la gente pensaba que estábamos en México y dejé claro que era muy importante que nadie supiera lo que estábamos haciendo allí. También abrí mi cuenta de correo electrónico delante de ella y le dejé que escribiera un mensaje a Nicole. Si mi secretaria estaba buscando información, con seguridad husmearía en mi correo.

Esperé para saber cuánto tardaba en llegar esa información a Tanya. Pero no llegó. Tom estaba atento a todos los detalles y tenía a una persona dedicada a escuchar y grabar las llamadas del móvil de Melissa, además de controlar sus correos.

Tom había llegado más lejos y consiguió, el día que entró en su casa, instalar un programa en su portátil que permitía espiar y conocer todas sus acciones.

También le pedí que no participara en la reunión. Era demasiado arriesgado. Melissa se quedó sorprendida y preocupada. Me dejó claro que se sentía incómoda con el motivo de su participación en la reunión y lo llevó todo al aspecto profesional. Su reacción me dejó preocupado. ¿Por qué tenía tanto interés en saber cuál era el objeto de aquella reunión?

Algo contrariada, se marchó resignada poco antes de que Michael, Nathan y Vincent llegaran. Era nuestro primer encuentro y todos estaban en la misma situación que yo. Teníamos que mantener nuestros patrimonios a salvo. Nuestras empresas intentaban establecer barreras que impidieran cualquier amenaza.

La reunión se prolongó considerablemente y al acabar lo habíamos acordado todo. Todos aceptaron colaborar. Llamé a Tom y me dijo que Melissa había entrado en Internet y había recibido algunos correos, pero nada que mereciera mayor atención. Me informó de que Nicole había mandado un correo a mi secretaria en el que le preguntaba el motivo del informe que yo había pedido. Llamé en ese momento a mi hermana.

—Nicole, ¿has hecho lo que te pedí?

—¡Hola, Robert, estoy muy bien! Gracias por preguntar.



Mierda, mi hermana podía ser irritante cuando quería.

—¿Lo has hecho o no?

—¿No has mirado el correo?

—Aún no. ¿Debo deducir que sí?

—¡Claro! Dios me libre de no cumplir alguna de tus órdenes.

—¡Perfecto!

—¡Anda, mira por dónde! No tienes que agradecermelo.

—Nicole, quiero que escuches atentamente lo que te voy a decir. He tomado algunas decisiones importantes y, en cuanto llegue, tendremos una conversación muy seria. Por ahora, necesito que mantengas esta información y lo que te he pedido en secreto.

—Entendido.

Inmediatamente adoptó un tono profesional.

Nicole podía perder tiempo en tonterías, pero cuando se trataba de trabajo, se metía enseguida en su papel.

Melissa seguía encerrada en su habitación. Como no pasaba nada, me inventé que tenía que salir para dejarla un tiempo a solas. Esperaba que con eso la posible infiltrada se sintiera segura para hacer algo que me pudiera dar motivos para desconfiar de ella.

No pasó nada extraño.

¿De qué forma estaba conectada con todo aquello que me generaba desconfianza?

Volví a casa después de recibir la llamada de Tom que me confirmó que no había ocurrido nada fuera de lo normal. Melissa seguía limpia. Tenía que actuar con más energía. Tendría que ser más directo, volverla vulnerable para mí, para conseguir toda la información que necesitaba. Si sucumbía tendría más motivos para sospechar.

Cuando la encontré, en biquini, saboreando un vino que había reservado para el momento adecuado de emborracharla

y disfrutando del hidromasaje, perdí totalmente el control. Melissa era espléndida.

No dejé escapar la oportunidad y pronto estábamos juntos, pero huyó de mí, lo que me llenó de dudas. Si el objetivo era que la muchacha desviara mi atención, entonces debería ser fácil llevarla a la cama. Existía la posibilidad de que se estuviera haciendo la dura, pues ese detalle también sería atractivo para mí. Me gusta lo que no puedo tener y Tanya me conocía lo suficiente para enseñarla a arriesgarse en ese aspecto. Pero si era así, ¿por qué accedió el primer día en que la llamé?

Tuve que seguir otra estrategia. Melissa no era romántica, hasta donde yo sabía. El tal Dean quería algo más serio y era el típico enamorado apasionado que quería fundar una familia y pasarse la vida al lado de la misma mujer. ¡Vaya tontería! No sabía bien qué significa eso. Por lo que parecía, esos no eran los planes de mi secretaria.

Al día siguiente lo organicé todo con Abadir y conseguí llevarla a dar un paseo por el mar Egeo. Tuve que echar el resto. Fui incisivo. Dejé claro que no podía ser distinto a como yo quería que fuera.

Y ella lo deseaba. ¡Mucho!

Sería juntar el hambre con las ganas de comer.

Como me imaginé, Melissa era maravillosa. Su cuerpo era espectacular y era exactamente lo que el mío necesitaba. Lo mejor de todo no fue el acto sexual, sino la forma en la que ella reaccionaba. Cada caricia o cada embestida mayor la dejaba tan aturdida que parecía luchar contra el placer que sentía, como si fuera a explotar en su cuerpo en cualquier momento.

Sentí aún más curiosidad respecto a su vida sexual. No era virgen, claro. Pero era una mezcla de ingenuidad, inexperiencia, osadía y sensualidad que me confundía todo el tiempo.

Seguía sin saber quién era.

Finalmente estábamos juntos, pero aún había un misterio en el aire. Había cedido, sin embargo, sinceramente, yo estaba siendo bastante persistente y Melissa no conseguía resistir tanto. Lo que me incomodaba era que no le pegaba nada el papel de amante.

Una chica como ella, siempre tan correcta, notas buenísimas en la facultad, una conducta intachable, ni siquiera una cogorza homérica, nada escandaloso, no podría simplemente acceder a acostarse con un hombre casado sin cuestionar ni un instante mis motivos para actuar de esa manera.

Entendía que aceptara estar conmigo, pues estaba demasiado metida como para conseguir escapar. Sin embargo, lo más lógico es que me rechazara o que argumentara que estaba casado, no que era su jefe. La misma sensación, la alarma del sensor de peligros, me incomodó durante todo el día. Por suerte no me impidió hacer nada, porque sólo estaba allí para aparentar que trabajaba.

Llamé a Tom en cuanto Melissa entró en una tienda. Tenía que confirmar que seguía la investigación. Ella tenía que dejar alguna grieta.

—Tengo novedades. Tanya se ha reunido hoy con Isaac Hudson, en el Willows Hotel del Parque Lincoln.

—¡Maldita sea! ¿Cómo no sabíamos que se iban a reunir?

Tanya no se reuniría con el representante norteamericano del Foro Social Mundial para darle sólo un apretón de manos. Algo malo estaba pasando.

—¡Joder, Tom! ¿Cómo se os ha pasado esto por alto?

—No se nos ha pasado por alto. No ha llamado a nadie para fijar el encuentro, no ha enviado ni recibido correos electrónicos... Nada. Tanya está actuando de una manera que no conseguimos vigilar. No sé cómo, pero ya he movilizado un equipo para averiguar cómo está recibiendo información sin nuestro conocimiento.

—¡Es increíble! Os pago una fortuna para saber todos los pasos de Tanya y se os pasa una información como esta.

—¡Calma, Robert! Hemos conseguido reaccionar a tiempo. Hemos infiltrado a una persona como camarera. Estuvo atenta y desde el primer momento instaló una grabadora en la habitación. No quedó perfecto, pero pudimos saber lo que hablaron.

—¡Gracias a Dios! Cuéntamelo todo.

Me sentí más aliviado, aunque no estaba tranquilo del todo.

—Imagínate, ha intentado conseguir el apoyo de las personas que trabajan con el Foro. Sus argumentos fueron muy buenos. Está intentando que la próxima reunión del Foro de Davos no tenga tanto peso en la imagen del grupo.

—No me lo puedo creer.

—Es extraño, pero no conseguí captar nada que levantara sospechas.

—Quiero esta grabación.

—Ya la tienes a tu disposición.

—Cuando vuelva, la quiero en casa, Tom.

—Claro. ¿Alguna novedad sobre la secretaria?

—No, nada por ahora.

—Ya te dije, Robert, que la chica está limpia.

—No sé si debo creerlo. Te llamo luego.

Colgué rápidamente, porque Nathan, uno de los asistentes a la reunión, se acercó a mí, acompañado de su secretaria. Pensé si siempre era así, si siempre los ejecutivos se liaban con sus secretarias. Era mi caso al menos.

Hablamos de banalidades, asuntos sin calado alguno. Ambos estábamos cohibidos por la situación, así que nos despedimos. Me di cuenta de que Melissa tardaba demasiado y decidí entrar en la tienda para meterle prisa. Cuál no fue mi sorpresa cuando vi que había desaparecido. No sabía qué pensar, pero lo primero que sentí fue rabia. Si Melissa pensaba que podía engañarme estaba muy equivocada.

Le di tiempo. Tom estaba atento y si mi secretaria quería entrometerse, aquella era su oportunidad. Bajé por las calles de la isla sin mucha prisa. En el fondo, deseaba que Melissa me diera un motivo para desarmarla, además de buscar otra arma contra Tanya.

No fue posible evitar la decepción. Se mezclaba con todos los demás sentimientos y me ataba las manos impidiéndome actuar como debería. Había disfrutado de nuestra tarde juntos y podíamos llegar mucho más lejos... Podría enseñar a Melissa cosas que ni había imaginado. Y aún tenía sus bragas en mi bolsillo.

Conseguí encontrarla en la lancha. Estaba con el móvil en la mano y parecía asustada. ¡Joder! ¿A quién estaba llamando? ¿Qué había conseguido descubrir? ¿Qué había pasado? Tenía que ganar tiempo. Necesitaba que Tom me llamara o me mandara un mensaje contándome lo que había interceptado. No pude evitar el bombardeo de preguntas. Tom tardaba demasiado.

—¿Asustada? ¿A quién llamabas? ¿Por qué has huido?

Tartamudeó. Tenía miedo. ¡Mierda, Melissa!

—¿Por qué no me has esperado?

Sin darme cuenta la acabé llevando a la cabina de la lancha.

—Pensé que estarías mejor si no aparecía... Quiero decir... Estabas con aquellas personas y...

—Melissa... ¿Quién eres?

Parecía decir la verdad, pero al mismo tiempo estaba demasiado nerviosa. ¿Por qué motivo estaba así?

—¿Yo?

—Tú.

No me lo contaría con tanta facilidad.

—Robert...

—¿Cómo te enteraste de que había una vacante para trabajar directamente conmigo?

Esta era la primera pregunta. ¿Cómo no lo había pensado antes? De la nada, Melissa Simon había llegado a mi despacho y había ocupado un cargo que nadie sabía que estaba vacante.

—¿Qué está pasando? ¿A qué vienen estas preguntas?

—¡Responde!

Estaba a punto de explotar, pero tenía que mantener la calma. Si la presionaba demasiado podía echarlo todo a perder. Melissa explicó algo sobre un currículum y Abigail.

—¿Abigail? ¿Cuál es tu relación con Abigail?

—Somos amigas. Fuimos juntas a la facultad...

Presté más atención a lo que decía. Si Abigail había ayudado de alguna forma a poner a Melissa en su lugar, ¿podría confiar en mi secretaria? ¿Y por qué narices no llamaba Tom para contarme qué había pasado? Tenía que ganar tiempo.

—Vamos a volver. Será mejor que te sientes, porque iré a toda velocidad.

Lo mejor sería pasar el tiempo de la forma en que realmente podíamos hacerlo.

—¿Qué ha pasado? ¿A qué viene este interrogatorio?

«Ya basta de preguntas, Melissa. Ahora sólo quiero cuidar de ti. A mi manera», pensé.

—Tengo prisa porque tengo que corregir un error.

Encendí la lancha y piloté en dirección a casa. Toda aquella descarga de adrenalina se estaba manifestando en mí de otra forma. Tensión.

Aquella noche le di a Melissa lo que necesitaba. Romance y placer. Si era una espía, la haría cambiar de bando. Si no lo era, al menos nos divertiríamos.

Como Tom no llamaba, decidí llamarlo yo. Para mi sorpresa, me dijo que no había llamadas desde el móvil de Melissa. Pero yo la había visto con el móvil y se había puesto nerviosa. ¿Qué fallaba en aquella historia?

Pensé mucho qué debía hacer. ¿Cuál era la mejor forma de encontrar lo que necesitaba? Tal vez Melissa tenía un segundo móvil. O quizá Tanya nos estaba engañando a todos. ¿Y si la propia Tanya tenía un segundo móvil? Claro. Había conseguido fijar una reunión sin que todo un equipo de vigilancia se enterara. ¡Mierda! Tenía que alejar a Melissa de la casa y buscar pruebas.

No fue difícil organizarlo todo. Llamé a Abadir y le pedí que la llevara a conocer las playas. Sin levantar sospechas, le pedí que pasara el máximo tiempo posible fuera para que yo pudiera rebuscarlo todo, ya que nos marchábamos al día siguiente.

Lo más complicado fue tratarlo con la propia Melissa. Se enojó mucho por tener que salir y principalmente por no poder, otra vez, participar de la reunión que me inventé para sacarla de la casa. Sólo Dios sabe cuánto me gustaba verla de aquella forma.

Cuando me enfrentaba a ella, Melissa siempre conseguía sorprenderme. Estaba aún más guapa y decía lo que se le pasaba por la cabeza. Me volvía loco y justo de la manera en que me gustaba. Era prácticamente imposible resistirse a sus encantos. Era un placer verla así. Por eso la arrastré a la cama y lo hicimos de manera increíble.

Me estaba empezando a gustar más de lo debido aquella relación con mi secretaria. Melissa tenía una forma especial de entregarse a mí. En realidad, era una forma única de hacerlo. Cada gemido, cada palabra que intercambiábamos, cada caricia tenía un sabor diferente. Me gustaba tenerla entre mis brazos y estar totalmente dentro de ella. Y no era una tarea fácil, porque la chica era increíblemente estrecha. Me gustaba ver su cara mientras le daba placer. ¡Era espléndido! Sobre todo me gustaba verla llegar al orgasmo. Era un espectáculo en sí mismo.

En cuanto se marchó, corrí a su cuarto y lo miré todo. No podía esconderme nada allí dentro. Tuve cuidado de dejarlo todo como estaba. Después de dos o tres horas revolviendo, meticulosamente, cada centímetro de la habitación, cada maleta, cada agenda, cada paquete, y todo lo que tenía allí, me

convencí de que no había nada que pudiera utilizar contra ella.  
¿Pero entonces qué?

Me senté derrotado en el sofá del salón y recordé la conversación que habíamos tenido el día anterior. Ella era amiga de Abgail. ¿Claro! ¿Por qué no ir directamente a la fuente?

—¿Sí, señor Carter?

Abgail se sorprendió con mi llamada. Sabía que estaba en Grecia. Era una de las pocas personas que lo sabía todo.

—Abgail, ¿cómo estás?

—Mejor. ¿Ha pasado algo?

—No. No. En realidad te llamo porque necesito tu ayuda otra vez.

—¿Esta llamada es segura?

—Sí. Puedes estar tranquila.

—¿Qué necesitas, Robert?

Cuando nos sentíamos seguros, prescindíamos de las formalidades. Quizá esa había sido su desgracia.

—Melissa Simon.

—¿Qué le pasa a Mel? ¿Se ha equivocado en algo? No le quise dar muchos detalles porque no sabía si usted...

—No se ha equivocado en nada. Es sólo... Necesito saber hasta qué punto puedo confiar en ella.

Abgail se quedó en silencio un momento.

—Mel es una persona increíble. Nunca he tenido motivos para desconfiar de ella.

—¿Interviniste de alguna manera en su elección para el puesto?

—No.

—¿Y cómo lo consiguió?

—Pasé su currículum a Recursos Humanos. No me podía imaginar que la llamarían precisamente para sustituirme. ¿Qué



pasa?

—No sé. Tengo la sensación de que Tanya encontró una forma de ponerla en mi camino.

Se rio bajito. Abgail era demasiado experta para pasar por alto este comentario. Con toda seguridad, ya sabía lo que estaba pasando entre Melissa y yo.

—No sé por qué razón piensas eso, pero dudo mucho que Melissa acepte ninguna propuesta indecente. No aceptaría nunca dinero ni ninguna otra cosa para perjudicar a nadie.

—Pero está aceptando irse a la cama conmigo, pese a que sabe que estoy casado...

—Es verdad. Eso es algo nuevo.

—No sé qué pensar.

—¿Has encontrado alguna relación entre las dos?

—No.

—De cualquier forma, no creo que ella esté implicada.

—Gracias, Abgail.

—Puedes seguir contando conmigo, Robert.

—Lo sé.

Ella tenía muchos motivos para seguir apoyándome.

Me quedé más tranquilo después de aquella conversación. Llamé a Macaria y le pedí que me ayudara a poner en práctica otro plan. Ordené que instalaran una cama en medio de la playa con todo lo que necesitaría para proporcionar a Melissa una noche inolvidable. Sería mi última mano.

Si después de aquella noche no estaba completamente en mi poder, a punto de revelar cualquier secreto, ya no sabría qué hacer.

Lo hicimos de manera fabulosa. ¡Fue maravilloso! Era increíble cómo Melissa conseguía mantenerme tan interesado. No podía mantenerme alejado y siempre quería más. Mucho más de lo que había conseguido. Melissa me estimulaba y me excitaba de una manera muy distinta a todo lo que había

experimentado hasta entonces. No eran sólo las ganas que tenía de estar dentro de ella o de satisfacer mi deseo, era también una necesidad anormal de completarla, de verla extasiada con todo lo que le proporcionaba.

Después de aquella noche ya no sabía si Melissa estaba en mis manos o yo en las suyas.

## Capítulo 17

—Mel.

Oí su voz y sonreí. Mi sueño era perfecto: los dos solos en una playa desierta haciendo el amor como si fuera lo único que necesitábamos.

—¿Mel? ¡Guapa! Tienes que comer algo.

—¡Hum! —gemí y adquirí conciencia de que estaba muy cerca de la realidad.

Le oí contener la risa.

—No puedes dormir tanto.

—Estoy agotada. —Meforcé a mantener los ojos cerrados—. No ha quedado nada de Melissa.

Volvió a reírse.

—Vamos. Te ayudo.

Retiró la sábana que me cubría. Abrí los ojos al notar que sólo llevaba las bragas.

—¿Entré así en el aeropuerto?

Volvió a reírse. Estaba de un humor excelente.

—No. Te metí dentro de la maleta. Pensé que sería más cómodo que ir cargando con el cuerpo por todas partes. No conseguías tenerte en pie.

Me incorporé un poco y giré la cabeza. Volví a cerrar los ojos.

—Con calma, Mel. Llevas mucho tiempo durmiendo. Te ayudo. —Caminó hasta la mesa y volvió enseguida—. Levanta los brazos.

Obedecí. Sentí como un tejido ligero se escurría por mi cuerpo. Abrí los ojos y reconocí el vestido de flores. Me pasó los brazos por las rodillas y me levantó. Me llevó hasta la mesa, donde me esperaba un plato con un olor increíble. Noté que tenía hambre.

—Te he pedido comida. Espero que te guste.

No esperé a que se sentara para probar su comida y mucho menos para descubrir lo que tenía delante. Comí como si no lo hiciera desde hacía días. El sabor era maravilloso. Sólo un rato después, cuando había saciado en parte mi hambre, tuve ganas de hablar. Robert comía sin que le molestara mi silencio.

—¿Falta mucho para llegar?

—¿Tienes prisa?

Paró de comer para observarme.

—Teóricamente me devolverás mi empleo y, teniendo en cuenta que tengo que pagar las facturas... Sí.

—El trabajo ya lo tienes, Melissa. Yo nunca te despediría por una tontería como esa.

—No fue lo que dijiste.

—No te creas todo lo que digo.

Me quedé callada intentando comprender el verdadero sentido de aquellas palabras.

—Una hora —dijo respondiendo a mi pregunta y volvió a comer.

—¡Ah! —Pasé un tiempo intentando digerir nuestra situación. Él percibió mi apatía—. En fin... De vuelta a la vida.

—No se puede vivir sólo del sexo. —Se rio sin que le importara el efecto que sus palabras tenían sobre mí—. Grecia es bonita, pero tenemos que trabajar.

—Sí, claro. Tenemos que volver a la realidad. Dejar que la vida vuelva a su curso y volver adonde empezamos.

Me observó con más atención y entonces entendió el verdadero sentido de mis palabras.

—No tiene que ser así.

—Es lo que acordamos —rebatí.

—No. No fue así.

—Yo estoy segura que sí.

Ahora se ponía divertido. Sobre todo, porque estaba demostrando interés en continuar lo que había pasado.

—Lo dejaste bien claro.

—Yo no dije nada sobre eso.

—Lo dijiste.

Nos miramos fijamente, batallando con la mirada. Robert esbozó una sonrisa preciosa.

—Como ya te he dicho... No debes creerte todo lo que digo.

Sonreí. Me sentía muy aliviada.

Después del almuerzo, me cambié de ropa y volvimos a los asientos. Robert ya estaba listo. Llevaba un traje oscuro y el pelo perfectamente peinado. Había vuelto a ser el director ejecutivo para el que yo trabajaba y ya llevaba el ordenador abierto. También me vestí para estar lista para trabajar tan pronto como llegáramos.

Mi jefe se había ocupado de escoger mi ropa, visto que yo no estaba en condiciones de hacerlo. Separó un par de botas de caña alta que no sé cómo consiguió ponerme mientras estaba en aquel modo somnoliento.

La ropa que debía usar para acompañarlo a la empresa fue escogida a dedo. Un vestido largo, de color azul, con escote discreto y cogido a la cintura por un cinturón largo. El azul del vestido sólo podía ser una broma o una manera de recordarme durante todo el día los momentos que habíamos pasado en Grecia.

Lo único que me incomodaba es que no me había tocado desde la hora en que terminamos de comer, por lo menos de la forma en que a mí me gustaría que me tocara. Al principio pensé que era porque lo nuestro había llegado a su fin, ahora que llegábamos a Chicago. Pero después de hablar, y de que él dejara claro que quería que siguiéramos juntos, me había relajado en ese aspecto. Sin embargo, me frustré por no saber el motivo de la distancia que él ponía entre nosotros.

Claro está, no esperaba que saliéramos cogidos de la mano del avión, ni que anunciáramos nuestro compromiso nada más llegar a la empresa, pero esperaba algo más. Quizá algo de coqueteo o conversaciones con doble sentido.

Desembarcamos y pronto noté la diferencia en el aire. Grecia era caliente y el aire más leve. No sé si era eso o si mi estado de espíritu hacía que el aire estuviera más cargado. Hacía frío en Chicago. Llovía y el ambiente era gris. Era el momento ideal para sentir un poco más de calor humano.

—Vamos directamente a la empresa —anunció.

—¿Y nuestras maletas?

Inclinó un poco la cabeza, pensativo.

—Dejamos tus maletas en casa y volvemos a trabajar. ¿Va bien así?

—Sí.

Dibujé una sonrisa amplia en respuesta. Iríamos a mi casa.

—Quítese esos pensamientos de esa linda cabecita, señorita Simon. Tenemos mucho trabajo pendiente. Voy a necesitar varios informes y tengo que revisar varios contratos.

Suspiré derrotada. Robert sabía ser el amante perfecto, pero cuando adoptaba el modo director ejecutivo nadie conseguía persuadirlo de hacer algo distinto.

Hicimos exactamente lo que sugirió. Paramos frente a mi edificio y bajé con las maletas. Él prefirió esperarme en el coche. Subí corriendo y en quince minutos íbamos camino de la empresa. Nuestra conversación, como no podía ser de otro modo, sólo fue sobre trabajo.

Me pasé el resto de la mañana imprimiendo hojas de cálculo, haciendo informes, corrigiéndolos, llevándole contratos y respondiendo correos. Nicole llamó un poco molesta porque no le había devuelto la llamada ni respondido a su mensaje. Inventé la mentira más absurda de todas. Le dije que no había recibido el mensaje ni tenía registradas llamadas perdidas en mi móvil. Seguro que le pasaba algo a mi móvil. Estas porquerías siempre te dejaban tirada cuando más las necesitabas.

Pareció satisfecha con mi disculpa y me avisó de que saldría a comer con Paul. Por la noche, se veía con Robert, así que no tendríamos tiempo de hablar. Pensé que era mejor así. ¿Quién sabe lo que Nick sería capaz de sonsacarme?

Robert trabajó todo el día. Atendió llamadas importantes y analizó documentos. No hablamos ni tuvimos ningún tipo de contacto que no fuera profesional. Su acuario nunca fue más impenetrable que aquellas horas. Parecía que algo más que la pose profesional nos separaba.

Era extraño y me inquietaba. Por este motivo, me dediqué a trabajar con más empeño. Cualquier cosa que tuviéramos que discutir, no la discutiríamos ni allí ni en aquel momento.

A la hora de la comida no supe qué hacer. Robert no mostraba intención alguna de parar y yo no tenía hambre. Tenía el estómago revuelto por las dudas. Me arriesgué a llamarlo para preguntarle si quería que pidiera su almuerzo y me sorprendí cuando me respondió que ya había pedido «nuestro almuerzo» en un restaurante japonés de lo más elegante, donde yo nunca me había atrevido a poner un pie. Finalmente, me sentí aliviada. Si había tenido esa atención es que las cosas no eran tan extrañas como yo me imaginaba.

Veinte minutos después llegó la comida. Recibí al repartidor que no me cobró ni un centavo, por lo que me imaginé que aquello era la rutina entre los personajes importantes en Chicago. La cuenta la cobrarían seguro, pero no de manera tan directa. Lo organicé todo y lo llevé al despacho de mi jefe. Dejó inmediatamente lo que estaba haciendo para almorzar.

—Lo siento mucho, señorita Simon, pero no tendremos alcohol para acompañar. La señorita está trabajando y no le puedo dar un trato de favor —dijo bromeando con una sonrisa preciosa dibujada en los labios.

—Juro que pensé que tendría algún beneficio acostarse con el jefe. Parece que no he acertado el tiro —dije provocándole.

Él me miró de manera extraña como si intentara disimular que seguía sonriendo.

—No quiero problemas con mis empleados. Tendremos que restringir sus privilegios a los ambientes ajenos a la empresa, preferiblemente a mi cama.

—Me parece justo.

Finalmente sonrió honestamente ante mi respuesta.

Comimos mientras hablábamos un poco de todo. Yo me lamenté por no haber podido despedirme de Macaria y Abadir, que se habían portado magníficamente conmigo. Dijo que me había despedido, aunque en estado etílico. Nos reímos. No me acordaba de ese detalle. Volvió a sus chistes con doble sentido, especialmente cuando mencioné que estaba cansada a pesar de las horas que había dormido en el viaje de vuelta.

Fue al final, cuando nos estábamos riendo de las tonterías que decíamos, cuando apareció ella.

—Perdón por la interrupción. —Oí una voz dulce y femenina detrás de mí. No tuve que volverme para saber de quién se trataba—. No había nadie fuera y, como la puerta estaba abierta, he entrado. Espero no molestar, Robert.

Claro que sabía que molestaba. Era imposible no vernos dentro del acuario.

Me sentí cohibida de inmediato. Por eso me levanté para mirarla. Tanya estaba aún más guapa, lo que me dejó destrozada. Rubia, alta, delgada y guapa, estaba de pie a algunos metros de donde estábamos. Los tacones altos le proporcionaban la postura de una modelo. El pelo liso caía pesadamente hasta la altura de la barbilla, como una punta proyectada hacia delante. Sus ojos eran de un azul celestial e iba perfectamente maquillada.



Era imposible no ver que su nariz fina y del tamaño ideal para su rostro, parecía perfecta para los labios que formaban su boca. Llevaba algunas joyas que conseguían realzar aún más su belleza y un vestido pegado al cuerpo que revelaba sus medidas incontestables. En una mano llevaba un bolso marrón, que seguro que costaba más que mi sueldo, y en la otra sus gafas de sol a la moda.

—Tanya.

Robert no parecía sorprendido ni mucho menos molesto con su presencia. El motivo estaba claro.

Se me revolvió el estómago. Nunca había sido insegura antes. Es verdad que nunca había sido tampoco un ejemplo de seguridad femenina, pero jamás me había sentido intimidada. Tanya era la mujer perfecta para estar a su lado.

—Robert —lo saludó en el mismo tono de voz amistoso dibujando una breve sonrisa en sus labios.

—Creía que estabas viajando.

Robert estaba de pie. Yo estaba nerviosa y él tranquilo. Me sentí avergonzada, de mí misma y de los últimos acontecimientos. Principalmente, de los últimos dos días.

—Decidí volver antes. Tengo buenas noticias.

La conversación fluía entre ellos. Era extraño verlos interactuar con tanta calma después de una escena tan tensa el día que ella invadió su despacho.

—¿En serio?

Robert parecía interesado.

—Sí.

Ella volvió a mirarme y me dieron ganas de tirarme por la ventana. ¿Qué mierda estaba pasando?

—Tanya, creo que ya conoces a la señorita Simon. Está sustituyendo a Abgail.

Robert me señaló con la mano y la mujer se adelantó extendiendo la suya hacia mí.

Sentí ganas de desviar la mirada. Claro que me conocía. ¿Cuántas veces nos habíamos encontrado? ¿Algunas? Ella sabía exactamente quién era y qué hacía allí. Pero estaba segura de que Robert intentaba rebajar mi tensión o su desconfianza.

¡Dios! ¡Era tan difícil!

—Melissa Simon. Siento mucho el incidente del otro día. No empezamos con buen pie, ¿verdad? Lo lamento y le pido disculpas, pero trabajar con tu marido siempre provoca este tipo de incidentes.

Me guiñó el ojo varias veces de manera ingenua. Su rostro de muñeca era encantador.

¿Cómo que «trabajar con tu marido»? No conseguía entenderlo o no conseguía creer lo que mi subconsciente me gritaba.

—Soy la señora Carter, esposa del señor Carter. Un placer.

Su sonrisa era amistosa y sus ojos amenazantes. Entendí el recado. Lo entendí todo.

¡Maldita sea! ¡Maldita sea! ¡Maldita sea!

¡MALDITA SEA!

Estaba casado. No sólo casado, sino casado con la rubia psicópata con la cara de porcelana. ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

Nos habíamos acostado, es más, lo habíamos hecho varias veces y con polvos de la mejor calidad, dicho sea de paso. ¡Mierda! ¿Cómo podía hacerme eso? ¿Cómo podía engañarme de aquella manera? ¿Cómo?

—¿Algún problema, señorita Simon? —Sonrió dulcemente—. Parece confusa.

¿Qué podía decir? «Claro que estoy confusa. Ahora mismo estaba haciendo planes sobre el polvo fenomenal que pretendía echar con su marido esta noche». ¡Mierda! ¿Cómo podía haberme metido en aquel lío? ¿Cómo me había podido dejar engañar? ¿Cómo no lo había visto si lo tenía delante de mi cara todo el tiempo, escrito entre líneas?

Mi rostro estaba tan encendido que podía arder en cualquier momento. No sabía hasta cuándo conseguiría contener las lágrimas que ya se acumulaban en mis ojos. Sentía una vergüenza enorme y era mayor por tener aquella reacción delante de los dos. No tuve el valor de mirarlo, aunque tampoco aparté la mirada de la suya.

—No quiero interrumpir vuestro almuerzo, por favor, seguid.

¿Tanya estaba disfrutando o sólo era una impresión mía?

—En realidad... He quedado con Alexa que nos encontrábamos después de la comida. Me debe de estar esperando. —Me quedé aturdida y casi tiro los platos—. Con permiso.

Dejé todo en la cocina y bajé corriendo por las escaleras. Corrí sin saber seguro adónde debería ir. Sólo bajé cada escalón como si me impidieran llegar. Temblaba y las lágrimas me corrían por el rostro. Paré ya sin aliento cuando me di cuenta de que había llegado a la recepción del edificio. Entré como una bala en el baño de señoras y me encerré en la primera cabina disponible.

Lloré copiosamente. De la manera más infantil y absurda posible.

Me sentía culpable. Me había acostado con un hombre casado que sólo podía estar loco para traicionar a una mujer como la que tenía. Era una psicópata, es cierto, pero era guapa. ¡Maravillosa! Y yo no era más que una secretaria que había caído en brazos de su jefe, que no conseguía mantener la polla dentro del pantalón. ¡Qué idiota!

Golpeé con la cabeza varias veces los azulejos del baño en un intento vano de olvidar todo lo que había dejado que ocurriera. Era una imbécil y él era un cretino que había abusado de mi confianza y de mi buena voluntad. Robert era el culpable, yo no. Yo no. YO NO.

Estuve incontables minutos, que pasaron sin que ni me diera cuenta, encerrada en la cabina del baño. Cuando decidí que era hora de secarme las lágrimas y guardar el resto para mí

cama, todo mi cuerpo protestó. Había pasado demasiado tiempo en posición fetal y ahora estaba entumecida.

¡Pero si Robert, bueno, qué Robert ni qué carajo! Si el señor Carter, que era lo que debería ser para mí desde aquel momento, creía que me derrotaría, estaba muy equivocado. Le demostraría que no era tan idiota como creía.

¿Pero cómo? ¡Mierda! Mis ojos volvían a estar llenos de lágrimas. Había sido bueno. No, había sido excelente. ¡Mierda!

Me daba igual tener los ojos y la punta de la nariz rojos. Si cualquiera lo veía extraño, era su problema. Pensándolo bien, no debía ser extraño ver a la secretaria del director ejecutivo llorar. Visto como actuaba dejando que todos creyeran que era odioso —y que realmente lo era— debía ser normal y corriente.

Cuando conseguí volver al despacho, todo mi valor se esfumó. Él estaba allí, pero Tanya, o la señora Carter, que era como yo debía tratarla, ya no estaba. Rob... El señor Carter estaba al teléfono y sólo me miró rápidamente y siguió a lo suyo. Me paré a observarlo. ¡Mierda! ¡Era tan guapo y tan perfecto! ¿Por qué tenía que ser tan cabrón?

Me resultó prácticamente imposible trabajar, pero me obligué a permanecer allí de manera enfermiza. Tenía las palabras cogidas a la garganta y ni el agua me pasaba. Sabía que tendría que soltarlas cuando tuviera el valor de hacerlo y si llegaba a tenerlo.

Como él ni me buscó, ni me pidió nada, me pasé la tarde entera así. Yo, como idiota que era, iba cada cierto tiempo a llorar al baño. Estaba herida, destrozada, dolida. Mis sueños de princesas y palacios se habían desmoronado. El señor Carter tiró toda la fascinación que sentía por él al suelo y la pisoteó, la aplastó como se aplasta un insecto.

Después de unos diez viajes al lavabo, y como el día ya estaba acabando, por lo menos para los empleados de C&H Medical System, no tuve valor de coger mis cosas y marcharme. Me quedé sentada mirando fijamente la pantalla del ordenador. El fondo azul con el logo de la empresa giraba

lentamente, pasaba infinitas veces sin que yo consiguiera desviar la mirada.

Sonó el teléfono. Atendí casi automáticamente.

—Despacho del señor Carter.

No me molesté en mirar el aparato para saber de quién se trataba, pero su risa me sacó del trance. La rabia casi me sofocó.

—¿No quieres volver a casa hoy o aún tenemos mucho trabajo por delante?

¿Cómo podía ser tan cínico? ¿Me había llevado a la cama, había hecho lo que había querido conmigo, incluso cuando era un hijo de puta casado, y ahora me llamaba con la mayor cara dura bromeando sobre mi situación?

—¿Estás casado?

Mis dientes no se abrieron para dejar que salieran las palabras. La rabia no me lo permitía. Este vez no se rio.

—Melissa... —intentó hablar tras una pausa.

—¡ESTÁS CASADO, MALDITO CABRÓN! —grité sin conseguir contenerme.

En menos de dos segundos ya estaba a mi lado. No tuve ni tiempo de colgar el teléfono. Nos quedamos mirando. Yo con el teléfono aún en la mano, pegado a la oreja y él con las manos en los bolsillos del pantalón. Parecía sorprendido con mi reacción. No hace falta decir que las malditas lágrimas ya corrían por mi rostro.

—Melissa, yo...

—Cállate la boca, Robert. Cierra tu maldita boca o no me hago responsable de mis actos.

De acuerdo. Tengo que admitir que siempre me parecí más a un bicho asustado y acorralado, dicha sea la verdad, cuando algo se escapaba de mi control. Era como mi genio, por ejemplo, que tardaba en presentarse. Aunque cuando lo dejaba brotar, se acabó, alguna mierda iba a pasar.

—Estás casado. ¡Casado! ¿Cómo puede ser?

—Pensé que lo sabías...

—¿Pensaste qué?

Se apartó de mí, incómodo por la discusión, pero no parecía intimidado.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó arqueando una ceja dudando aún de mi reacción.

—¿Crees que yo me iría a la cama con un hombre casado? ¡CASADO!

Mi voz revelaba el pánico que sentía. Que Nuestra Señora de las Amantes Ignorantes me sostuviera.

Robert respiró profundamente y se mesó el pelo. Después me miró aún más desconcertado.

—¿Cómo podía adivinar que no sabías nada? Toda la empresa lo sabe. Nicole...

—¿Sabes cuánto tiempo hace que trabajo aquí?

Estaba confuso y volvió a pasarse la mano por el pelo.

—¿Dos semanas?

—Ni eso. Ni eso, miserable. Me he pasado una semana conociendo la empresa y después cuatro días viajando contigo. ¿Cómo podía imaginármelo?

—¡Ah, Melissa! Yo... ¿Qué puedo decir? ¿Lo siento mucho? Pensé que...

—Claro. Lo sientes mucho. Lo sientes mucho, maldito cretino idiota, arrogante hijo de puta del carajo...

—¡Virgen! Qué boca más sucia tienes.

Tendría que meterle un puñetazo. ¡Así seguro que estaríamos en paz!

—¿Quién te crees que eres? ¿Tu obsesión por el control no te permite respetar a las personas y sus sentimientos? ¿Crees que puedes hacer lo que quieras? ¿Crees que te puedes tirar a tus secretarias cuando quieras y que eso no te acarreará problemas?

—¿Por qué? ¿Pretendes crearme problemas?

Se puso a la defensiva. Su mirada era claramente amenazante.

—No, «señor Carter». No soy como tú. Puedes estar tranquilo en cuanto a mantener tu bonito matrimonio. Esta idiota sale de escena.

—¿Cómo? —En el mismo instante su postura defensiva desapareció—. ¿Te despides? —Como no respondí él lo dedujo todo solito—. Debería habérmelo imaginado. Eres muy débil y vulnerable: una muñequita frágil. Parece que me he equivocado contigo, Melissa.

—¡Perfecto! Es un alivio, porque yo también me he equivocado contigo.

—Para tu información, no me acuesto con mis secretarias. Jamás había ocurrido antes.

—¡Por amor de Dios! No me vengas con ese rollo absurdo de que «ha sido la primera vez que has sido infiel a tu mujer», «el matrimonio no iba bien», «estáis pensando en el divorcio», «es sólo cuestión de tiempo» y «hay algo especial entre nosotros». No seas cretino hasta ese punto.

Se quedó en silencio por un tiempo. Tenía la respiración acelerada y me moqueaba la nariz del llanto constante. No tuve valor de salir y él tampoco parecía tener la intención de hacerlo. Definitivamente, no tenía ni la menor idea de qué quería hacer en aquel momento.

—Melissa... Mel... ¿Por qué no salimos para hablar de esto en un lugar más apropiado?

Mi rabia se hizo más evidente. ¿Qué se creía? ¿Se creía que podría meterme en la cama otra vez con aquel rollo? Seguro que creía que si me prometía el mundo yo accedería. No le resultaría tan fácil.

Me reí indignada.

—No, señor Carter. —Como siempre que había ocurrido en mi vida, lo que intentaba destruirme me fortalecía, por eso me sentí decidida—. No dejaré que me ponga un dedo encima otra vez. ¿Me ha entendido? Nunca más. No voy a dimitir, pues al contrario de lo que cree, no son tan frágil y, al fin y al cabo,

son cuatro meses y después me libraré de usted y este trabajo me ayudará mucho en mi currículum. En cuanto a lo demás, le prohíbo que me mire maliciosamente o que hable conmigo de cualquier cosa que no sea trabajo. Nunca más comeremos o haremos nada juntos que no sea relacionado con el trabajo. Y eso incluye los polvos excepcionales en Chicago, Grecia, Brasil o en cualquier otro lugar del mundo. Ahora, me perdonará, porque ya se ha acabado mi jornada. Pierda cuidado, no cobraré horas extra.

Cogí mi bolso y me marché sin creer aún cómo había conseguido salir con tanta dignidad. En cuanto entré en el taxi, rompí a llorar con todas mis fuerzas. El conductor se preocupó y me preguntó si podía ayudarme. Estuve por preguntarle si tenía una máquina del tiempo acoplada al coche para volver al pasado y evitar que todo aquello hubiera pasado.

Ya en casa me di un baño rápido, me puso un chándal viejo, más como una afrenta al señor Carter que por el deseo de estar cómoda y me metí en la cama. Lloré por más tiempo del que nunca había imaginado que se podía llorar.

Sonó el móvil, pero lo ignoré. En el fondo, deseé que fuera él y que el hecho de no responder a su llamada le hiciera tanto daño como él me había hecho a mí. Era lamentable que, a pesar de todo, aún quisiera que le importara. Quería ser capaz de despreciarlo, de destruir su confianza, de desestabilizar su vida. Quería que me deseara desesperadamente. Al constatarlo me sentí conmocionada. Estaba casado, ¿qué es lo que quería de él?



## Capítulo 18

Al día siguiente, desaparecieron todas mis expectativas. En cuanto me levanté corrí a ver las llamadas y me sentí decepcionada al ver que las ocho llamadas eran de Nicole y de Dean y que los dos mensajes que había recibido eran de mi ligue: uno preguntando si había llegado bien y el otro para confirmar nuestra cita.

No tuve que pensar mucho para devolverle la llamada. Contestó con la voz melosa de siempre. Curiosamente, me aferré a este detalle como si lo necesitara para sobrevivir. Puede que Dean no sea el hombre de mis sueños, pero no estaba casado, lo que debía contar como diez puntos a su favor, además de que quería estar conmigo de verdad, no sólo acostarse conmigo.

—¿Confirmado para hoy? —dijo muy animado.

Intenté parecer animada.

—¡Claro! Lo dejo de tu cuenta. Sorpréndeme.

No podía encargarme yo de organizar nada, porque mi cabeza aún era un caos.

—No te preocupes, gatita. Ya me encargo yo de todo.

Casi me derrumbo cuando un pensamiento invadió mi mente: por más que Dean se esforzara, nunca sería Robert. ¡Maldita sea!

Conducir hasta el trabajo fue otro gran sacrificio. No quería ir, aunque no le daría el gusto de confirmar mi cobardía. Era sólo una cuestión de tiempo, algunos encuentros con Dean y todo formaría parte del pasado. Intentaba engañarme.

Sin embargo, lo que no sabía es que la situación sólo iba a ir a peor para mí. Por la mañana, el señor Carter llamó para avisar de que no podría venir a la empresa. Sin demostrar emoción alguna y especialmente sin prestarme atención alguna, me pidió que le mandara unos contratos y me dijo que no sabía a qué hora llegaría. Había vuelto a levantar un muro entre nosotros. ¿Pero no era eso lo que yo quería? ¿Entonces por qué me molestaba tanto su actitud?

Tuve que hacer unas llamadas para cancelar los compromisos de aquella mañana. Comí con Nick y Alexa, como hacía siempre que el señor Carter no estaba. Nuestra amistad era cada vez mayor y me sentía bien a su lado, a pesar de haber cometido un crimen terrible, pues, al fin y al cabo, si el señor Carter era el hermano de Nicole y el marido de Tanya, entonces ellas eran cuñadas. Me había metido en un buen lío. No podía contarles lo que había pasado.

El señor Hanson llegó al final de nuestro almuerzo y Nicole tuvo que dejarnos. Yo me quedé con Alexa comentando los rumores de la empresa. Exactamente la misma charla que habíamos tenido antes del viaje a Grecia. No sólo no me había informado de que estaban casados, sino de que la señora Carter era la segunda mayor accionista del grupo. Era una «puta mierda» con todas las letras. La loca podía incluso echarme en la calle.

Le faltó tiempo para contarme que el matrimonio iba mal, aunque la familia pensaba que era sólo una fase, y resaltó que los últimos acontecimientos habían sido demasiado duros para el matrimonio. Alexa no me contó exactamente lo que había ocurrido, aunque sí que predijo una reconciliación. También demostró su insatisfacción con esa posibilidad, a pesar de que no desveló sus motivos.

Intentaba todo el tiempo sentirme entusiasmada por ser viernes y por mi cita con Dean, pero después de todo lo que había pasado era imposible estar suficientemente animada, aunque sabía que era necesario. Volví a desgana a mi despacho al final de la hora del almuerzo. No quería encontrarme con él aún, porque me imaginaba cómo iba a ser. El despacho estaba vacío. No conseguí disimular mi decepción.

El señor Carter volvió al final del día con la señora Carter en bandolera. Pensé que mi cuerpo no lo soportaría, pero mi reacción fue razonablemente tranquila y conseguí controlar la rabia por ser tan imbécil. Los dos me saludaron educadamente y mi corazón se hundió al recordar lo idiota y vulnerable que era.

Alexa tenía razón. Estaban pasando una fase difícil y yo sólo era un momento en su vida. Necesitaba que Dean me trajera de vuelta a la realidad. Incluso aunque conllevara una relación seria, como tanto quería él. Lo importante era sacarme al señor Carter de mi cabeza.

Ya me ocupé de salir antes que él de la oficina y fui corriendo a casa para prepararme para la noche. Prefería encontrarme con Dean en la discoteca que había escogido. Sería perfecto oír la música alta y dejar que el ruido me impidiera pensar o hablar de asuntos más profundos.

Yo sabía que necesitaba tiempo para ordenar mis pensamientos y, mucho más tiempo aún, para sentirme bien a su alrededor. Ver al señor Carter actuar de manera tan natural con su esposa aquella tarde me hundió en un mar de resentimiento y culpa. Dean era realidad y ahora lo necesitaba más que nunca.

—Hay que mirar hacia delante, Melissa. Esta vez no te equivoques.

Hablaba sola mirándome al espejo. Mi cara reflejaba cansancio. Tenía ojeras. Se me veía falta de ánimo. Entretanto, necesitaba ofrecer lo mejor de mí para merecer lo mejor de Dean. Por este motivo, me sequé el pelo hasta alisarlo, escogí una falda negra, corta y ajustada al cuerpo, con detalles en encaje que brillaban, y me puse una camisa blanca y un escote generoso. Todo complementado con una chaqueta marrón claro entallada con algunos botones dorados que sólo servían de adorno.

Me puse unas botas negras de caña alta con tacones enormes en los que pensaría más que en cualquier otra cosa esa noche. Me maquillé para arrasarlo. No tuve miedo de pasarme con el pintalabios rojo.

Así que llegué al local, que por cierto estaba lleno y con cola en la puerta, lo que no me impidió pasar porque Dean había conseguido entradas a través de un amigo. Dean me recibió con un abrazo cálido y un beso apasionado. Intenté corresponder de la misma manera. Desgraciadamente, fracasé. Era prácticamente imposible sentir deseo cuando me veía obligada a comparar todo lo que hacía.

El pectoral del señor Carter era más definido. Los brazos del señor Carter eran más calientes y firmes. Los labios del Señor Carter eran incomparables. La lengua del señor Carter... Las caricias del señor Carter... La voz del señor Carter... ¡Ay, mierda! No podía seguir así.

—Estás maravillosa, gatita.

Miró mis curvas envueltas en aquella ropa apretada y corta. Eso me gustó.

Quería sentirme atractiva, sexy y deseada, aunque no fuera por el señor Carter. Al menos terminaría la noche con Dean en mi cama. Sería excelente para subirme un poco la moral. Sólo esperaba poder acabar con las comparaciones.

—¿Quieres bailar o beber algo?

Estaba muy animado.

—Beber.

Fuimos juntos a la barra donde pidió bebidas. El alcohol me ayudaría a relajarme.

Hablamos sobre la semana. Dean tenía mucha curiosidad sobre mi nuevo trabajo. Quería saber si había hecho amigos y si mi jefe era razonable. No sabía bien que el asunto «mi jefe» estaba prohibido aquella noche. Disimulé al máximo lo que pude y me sentí muy incómoda cuando empezó a preguntar sobre Grecia. Mi teléfono vibró. Agradecí la interrupción. Me disculpé y fue a una esquina para contestar y oír mejor. Era Nicole. ¿Qué quería?

—¡Hola, Nick!

Me tapé un oído con un dedo y grité un poco.

—Mel, ¿dónde estás?

Su voz llorosa me llamó la atención.

—Estoy en Queen's, ¿por qué?

—Tengo que hablar contigo. ¿Te importa si me acerco un momento?

Miré a Dean que seguía en la barra mirándome con atención y sopesé. No sabía si le molestaría.

—Claro que no. Te espero.

Colgué el teléfono pensando ya cómo le contaría a Dean las novedades.

—¿Qué pasa? —me preguntó y me cogió de los brazos para besarme el cuello, lo que me encantó.

—Era Nicole. Es también mi jefa y quiere hablar conmigo. Me ha preguntado si podía venir. No es problema, ¿no?

Parecía confuso y vi que no le había gustado nada de nada.

—Bueno. Vamos a aprovechar mientras llega.

Me volvió a coger para besarme apasionadamente, con un beso de aquellos que antes me volvían loca y que en aquel momento no produjo ningún efecto en mí. Aún así le correspondí. Sería bueno que, para el final de esa noche, me animara. Seguimos besándonos hasta que mi teléfono volvió a vibrar. Era Nicole avisando de que había llegado. Fui a su encuentro, pues no sabía si conseguiría entrar y la encontré ya dentro del local, sin haber esperado por nada ni por nadie. Ya se sabe que el dinero lo puede todo.

—Hola. —Nos saludamos abrazándonos como viejas amigas—. ¿Qué ha pasado?

Sentí curiosidad al ver su cara de pocos amigos.

—Paul. —Hizo pucheros como una niña mimada—. Perdona por estropear tu noche. ¿Es tu novio?

Notó que Dean nos estaba mirando apoyado en la barra. La saludó y ella hizo lo mismo. Dean era siempre muy agradable con todo el mundo. Qué diferente a... Se acabó. Era mejor olvidar las comparaciones.

—Sí, no importa. Dean no se ha molestado. Cuéntame qué ha hecho Paul.

—¿Puedes creerte que ha tenido la caradura de pedirme que quedara contigo para que Adam viniera? —Entorné la mirada varias veces sin entender qué quería decir—. Adam está en la cola. Dijo que como éramos amigas era una gran oportunidad para acercarse a ti. Es increíble que me haya propuesto algo así.

Yo entendía su situación y le estaba agradecida por no haber contemplado esa posibilidad.

—Está bien, Nick. Bastará con que le diga al señor Simpson que tengo novio y se quitará de en medio —dije intentando animarla, aunque estaba segura de que no sería tan fácil.

—Como si eso fuera suficiente. —Desvió la mirada. Estaba guapa así. Sonreí—. Paul sabe que evito relacionarme en mi vida personal con Adam, a pesar de todo. Ellos son como hermanos, ¿sabes? Incluso así, no me gusta. Jamás apoyaría una relación de una amiga mía con él. Sé muy bien de lo que es capaz. Abgail te lo puede decir.

—¿Qué le pasa a Abgail?

—Nada. Dejemos esa conversación para otro momento. Estoy estropeando tu noche. Vuelve con tu novio. No para de mirarnos. Ve a bailar un poco. Yo me quedo esperando.

Miré a Dean que ya parecía impaciente. Me acerqué a él con Nicole y los presenté. Mientras le servían la bebida que pidió, sugerí a Dean que fuéramos a bailar. Aceptó sin dudar.

Con los brazos alrededor de mi cintura mantenía mi cuerpo muy cerca del suyo. La música era lenta y sensual. Nuestros movimientos sugerentes. Me acariciaba la espalda mientras me besaba el cuello. Sonreí para animarle a seguir. Era bueno que me esforzara para que pudiéramos recuperar nuestra relación. Dean era cariñoso y atento conmigo. Exactamente lo que necesitaba en aquel momento.

Podría haberme quedado así mucho tiempo, si no hubiera visto algo perturbador.

Un par de ojos color ceniza, penetrantes, me tocaban y me invadían más que lo que Dean era capaz de hacer. Me puse tensa. El señor Carter estaba allí, apoyado en la barra con los brazos cruzados en el pecho. Llevaba vaqueros y una camisa de manga corta, un poco ajustada a su cuerpo. ¡Estaba maravilloso! Tan relajado y tan cómodo como mi propia cama.

Dean apretó mi cintura con las manos y me atrajo más hacia sí. Me sentí incómoda. No conseguí apartar la mirada del señor Carter. Era como si estuviera hipnotizada. Él me miraba de manera feroz, extremadamente seductora e hipnótica.

Dean se movía y yo lo seguía rozando, mi cuerpo contra el suyo cuando, en realidad, estaba deseando estar en brazos del señor Carter. Aunque no podía hacer eso. Subí las manos por la espalda de Dean hasta llegar a su pelo. Se lo agarré fuerte. Quería, de cualquier modo, ayudarle a acabar con el trance en que me encontraba.

Suspiró. Volvió la cara hacia mí y, en el breve segundo en que sentí que me besaba, vi que el señor Carter movía la cabeza, lentamente, diciendo «no». ¡Maldita sea! Estaba maldita para el resto de mi vida, pues en aquel momento no era capaz de desobedecer una orden suya.

Cerré los ojos y desvié mis labios de los de Dean. Era una idiota. No era él a quien quería en aquel momento. No me podía engañar. Era una estúpida, irresponsable, vulnerable y débil. Era la pura verdad. Como era verdad que mi cuerpo entero vibraba implorando por Robert, por sus caricias y sus besos. ¡No, por favor!

Desde el sitio en el que estaba, pude ver a Nicole. Parecía enfadada y estaba hablando con el señor Hanson. A pesar de que estaba de espaldas se podía ver que discutían. Él había venido detrás de ella, ¿pero qué estaba haciendo allí el señor Carter? ¿No iba a poder librarme de él nunca?

—Espera aquí. Tengo que coger una llamada.

Ni me había dado cuenta de que Dean había parado para coger el móvil. Asentí con la cabeza y lo dejé salir abriéndose espacio entre la gente que bailaba. Fue muy rápido.

No sé cuánto tiempo le llevó cruzar la pista para agarrarme de la cintura y llevarme a la pared del fondo y apretarme contra ella como si fuera parte del papel de la pared. Su cuerpo estaba completamente pegado al mío. Me tenía cogido el pelo con una mano, con fuerza. La otra me agarraba el culo y me apretaba contra él. Metió una pierna entre las mías y se colocó entre ellas. Sentía como su excitación se mezclaba con la mía. Podía sentirlo. Fue demasiado rápido sin dejarme margen para reaccionar.

—¿Qué estás haciendo, Melissa? —Sus labios estaban en mi oreja. Jadeé, cerré los ojos y me entregué a la deliciosa sensación de sentirlos en mi piel. Era embriagador—. No —me ordenó—. No quiero que se acerque a ti. —Su boca alcanzó la mía, tocándome levemente—. Eres mía —dijo ferozmente y me agarró con fuerza para darme un beso salvaje.

Casi me caí con la sensación de tenerlo otra vez tan cerca. Sus labios eran deliciosos. Me invadían, me tocaban, me consumían. Dejé que los míos los recibieran sin ningún impedimento. Lo deseaba. Incluso cuando sabía que aquella era la decisión más estúpida que había tomado en mi vida.

Su lengua invadió mi boca y tuve un momento casi orgásmico al sentirlo tan profundamente. Nos besamos mientras nuestros cuerpos se frotaban en una excitación animal y salvaje. Sus manos se mantenían firmes en mi cuerpo y me obligaban a seguir sus movimientos. Faltaba muy poco para que acabáramos follando. Entonces me di cuenta de que estábamos en público.

—No.

Lo empujé con fuerza.

Abrí los ojos para comprobar si Nicole nos había visto, pero no la vi. ¿Y Dean? No podía encontrarme así. Además, el señor Carter... Robert... Era un cretino casado.

—Señor Carter...

—Robert —ordenó y bajó los labios por mi cuello llegando al borde del escote donde jugó con la lengua.



—Robert —dije jadeante—, para, no podemos...

—Claro que podemos —repitió—. Eres mía.

Me cogió y me llevó por un corredor a una zona más reservada y más oscura. Me sentía como una muñeca en sus manos, sin ninguna capacidad de reacción.

Me empujó contra la pared, como había hecho antes, y se colocó de nuevo entre mis piernas, aunque esta vez fue mucho más osado. Me cogió uno de los muslos con ganas y levantó la pierna para encajarse mejor entre ellas.

—¡Oh, Dios! —dije, sin poder evitar gemir—. Robert, no —le imploré también gimiendo.

Tenía las manos apoyadas sobre su pecho fuerte, aunque no conseguía reunir fuerzas para apartarlo.

—Me deseas, Melissa. Yo te deseo.

Su mano recorrió mi muslo, que estaba sobre su cintura y sus dedos largos casi tocaron mi sexo mientras exploraban mi culo. Gemí más alto y la mano que tenía en mi pelo bajó para tocarme los senos. No conseguía contenerme por más tiempo.

—¡Dilo, Melissa!

—¿Qué?

Me resultaba imposible ordenar mis pensamientos para decir algo coherente.

—Dime si ese «mierda» con el que estabas te toca así. — Me metió los dedos en las bragas. Podría haber llorado de placer, pero sólo acarició levemente mi sexo—. ¡Dios! ¡Me encantas! —dijo en un gemido—. Dime —repitió con rabia y autoridad en su voz.

—No.

—¿No qué?

Volvió a acariciarme.

—No, Robert.

Se rio en mi cuello.

—Eso. Di mi nombre. Soy tu dueño, Melissa. —Rozó con dos dedos el hueco entre mis piernas, explorándome por detrás —. ¿Te hace sentir así?

Sus labios se pegaron a los míos en un beso avasallador. Medio segundo después me soltó.

—No, Robert.

Se frotó aún más contra mí haciendo que su erección me tocara. Sus movimientos eran fantásticos. Cada embestida me hacía pensar que me penetraría en cualquier momento. Y lo deseaba tanto.

—¿Es él lo que quieres?

Apretó mis senos suavemente con las manos.

—No, Robert —respondí obediente sin querer contestar nada más.

—¿Soy yo lo que quieres?

—Sí. Eres tú. Te deseo, Robert —imploré sin poder soportarlo más. Iba a explotar de tensión.

Sin prolongar la tortura, sentí como sus dedos penetraban mi sexo por detrás mientras refregaba su erección contra mí por delante. ¡Era delicioso!

—Entonces goza, Melissa. Goza para mí.

Sabía que no aguantaría más. Yo sabía que no sería capaz de contenerme. Pero mi jefe no estaba en mí, ni siquiera sugería meterse dentro de mí. Aún así yo me sentía aturdida. Robert se pegó aún más a mi cuerpo y no tuve manera de aguantar el orgasmo que me dominó. Le clavé las uñas en la espalda por encima de la camisa y me dejé llevar, corriéndome en sus dedos.

Me quedé jadeando en sus brazos. Todo el cuerpo me temblaba por las sensaciones. La culpa volvió a invadirme con fuerza. ¿Qué estaba haciendo conmigo? ¿Por qué no conseguía sacarlo de mi vida? Sus labios me abandonaron y sus manos ya no me presionaban como antes. Me miró con intensidad. Aún había deseo en su mirada, pero yo sabía que no pasaría

nada más. Ese era el juegucito que Robert se traía entre manos.

—No quiero que vuelva a tocarte, ¿está claro?

No estaba bromeando.

—No estás en posición de decidir sobre eso —afirmé, irritada con la forma en la que conseguía subyugarme.

—Puedo y lo he decidido —hablaba con rabia—. Tú eres mía. Nadie va a apartarte de mí. —Lo dijo lentamente, marcando cada palabra y mi corazón se aceleró. Sentí miedo, rabia y orgullo. La excitación volvió a dominarme. No entendía cómo podía ser—. ¿Está claro?

Asentí con la cabeza. Me sentía demasiado derrotada y confusa para argumentar.

—Ahora, márchate a casa.

—¿Qué? No puedo irme sin decirle nada a Dean. Y tú no puedes llegar y estropear mi noche...

—Dile que quieres irte a casa. ¡Sola! Te estaré observando.

Salió y me dejó en la oscuridad. Respiré hondo varias veces para calmarme. Sólo después fui al baño para arreglarme. Agradecí que estuviera oscuro. La oscuridad disimularía el brillo en mis ojos y mis mejillas rosadas. ¡Maldita sea!

Cuando volví, Dean me estaba buscando. ¡Pobre! No sabía qué decirle, ni siquiera si debía decirle algo. Miré alrededor y Robert ya no estaba por allí. Tampoco Nicole ni Paul.

—¿Dónde estabais?

Dean no parecía muy satisfecho con mi desaparición. Cogí la bebida que llevaba en la mano y me la bebí de un sólo trago. Lo necesitaba para ganar valor. Me miró sorprendido, pero no hizo ningún comentario.

—En el baño —empecé la mentira, aunque me pareciera horrible mentirle—. No me siento bien, creo que me marchó.

—Ya lo veo. —Me observó como si dudara de mi salud mental. Sin embargo, desistió de encontrar respuestas y volvió

a ser el Dean de siempre, compañero y amable—. Calma, Mel —dijo cogiéndome por la cintura—, voy contigo.

—No —acabé hablando demasiado alto quizá—. No. Voy a darme un baño, a tomarme algo para el dolor de cabeza y me voy a dormir. Quédate y disfruta de la noche. Creo que aún no me he recuperado del viaje.

—¿Y nosotros? —preguntó sugerente, con cara de nostalgia.

No podía hacer aquello. No después de todo lo que acababa de pasar. Y encima estaba Robert, que podía hacer algo si se me ocurría desobedecerlo.

—Te llamo mañana.

Salí del local lo más rápido posible para no dejar que me siguiera o que intentara impedir que saliera. Aunque estaba claro que Dean no haría eso. Él respetaba mi espacio. ¡Dios! Eran tan diferentes.

Mis ojos recorrieron la calle buscando a Robert. Nada. Entré en el coche y conduje en dirección a casa. Mi mente trabajaba sin parar. Cuando aparqué, vi su coche pasar. No paró, ni hizo ninguna señal. Sólo pasó para comprobar. Vaya mierda de hombre controlador, psicótico y obsesivo. Seguro que me había seguido para asegurarse de que hacía lo que me había mandado. ¡Joder!

Entré en casa y me metí en la ducha. Cuando salí, tenía un mensaje en el móvil: «Buena chica. R.».

¡Maldito cabrón!

## Capítulo 19

Era sábado y no tenía planes, ya que el plan de dormir con Dean se había ido al garete. Mi vida se había convertido en un infierno desde que empecé a trabajar en aquella empresa. No podía imaginar lo que me esperaba cuando pensé que aquella oportunidad cambiaría toda mi perspectiva profesional.

No lo podía entender. ¿Qué pretendía de mí? ¿Por qué aquella obsesión? Tenía muchas dudas y ninguna respuesta. Era difícil conseguirlas, porque él sólo aparecía para llevarme al límite. Robert era una incógnita.

Separé la ropa de la semana para llevarla a la lavandería. Arreglé la casa, saqué la basura y estaba preparando un pollo para empezar a cocinar cuando sonó el teléfono. Tuve la tentación fuerte de ignorarlo. Si era Dean no podría seguir mintiendo.

No quería estropearlo todo, pero era imposible actuar normalmente después de todo lo que había pasado en la discoteca. Si era Robert, y era lo que me pedía el cuerpo, no podría cogerlo. Incluso después de lo que hicimos, y de todo lo que dijo, no podría seguir actuando como si no hubiera una inmensa barrera entre nosotros dos. Quizá sería mejor despedirme.

La insistencia del timbre me obligó a cogerlo.

—¡Mel, hola! —Nicole me saludó animada como siempre.

—¡Hola, Nicole! —Era natural que me sintiera animada al oír su voz—. ¿Todo resuelto entre tú y Paul?

—Sí. Precisamente por eso te llamaba. Te debo una disculpa por haber estropeado tu noche.

—No estropeaste nada.

Entorné la mirada. Si ella supiera quién la había estropeado en realidad.

—Pero te marchaste. Me encontré con Dean y me dijo que habías desaparecido.

—¡Ah! Me entró dolor de cabeza. El ruido me estaba poniendo peor. Y, con la bebida, acabé vomitando en el lavabo. Por eso me marché. —Le conté la versión falsa, la misma que Dean se tuvo que tragar—. Me alegro por ti y por Paul —dije cambiando de tema.

—Yo también. Paul se hace el duro y a veces se cree que es el dueño de la situación —dijo entre risas—. ¡Desgraciado! No sé qué haría sin mí. —Nos reímos las dos—. Bueno... Te llamo para invitarte a comer en casa.

¿Comer? ¿En casa de los Carter? ¡Ni muerta!

—No va a poder ser... —dije empezando así mi tentativa de evasión.

—Sin excusas, Mel. Olivia tiene que conocerte. Le hemos hablado tanto de ti que no se puede demorar más. Alexa vendrá, claro. Ella y Bruno son inseparables. Creo que se van a casar antes que yo. —Me pasé la mano por el pelo. Tenía que escapar de aquello—. Paul va a estar ocupado todo el día, Robert me ha hecho ese inmenso favor, así que estás convocada para ayudarme con algunos detalles de nuestra fiesta de confraternización.

¿Olivia? Inmediatamente recordé aquel nombre anotado en la agenda de compromisos personales de mi jefe. ¿Entonces descubriría quién era? ¿Qué relación tenía con Nick? Podía ser la hermana mayor o una tía. Cualquiera sabe.

—No entiendo nada de fiestas. No celebraba ni mis cumpleaños. Creo que deberías buscar a alguien más cualificado para ayudarte. Además de eso, tengo que llevar la ropa a la lavandería o el lunes iré a trabajar en bragas y sujetador.

—¡Hum! Seguro que a Adam le haría muy feliz.

Nos volvimos a reír.

—Es un idiota —dije volviendo a cambiar de tema—. Crees que...

—Me lo cuentas en persona, Mel —me cortó—. Pasa por la lavandería, deja la ropa y ven para acá. La recoges de vuelta y todo resuelto.

—No creo que al señor Carter le guste verme metida en su casa. Es mejor que no mezclemos las cosas —dijo quemando mis últimos argumentos.

—Robert no vive aquí —dijo en un tono indignado—. Además, no tiene derecho a decidir a quién invito a mi casa. De todos modos, puedes estar tranquila. No estará. —No sé si me sentí feliz o triste con la información—. Él y Paul van a pasarse el día en una comida de beneficencia. Ahora que se te han agotado las excusas, apunta mi dirección. No olvides traer el biquini. Hace sol, así que vamos a aprovechar la piscina.

¡Perfecto! Yo, en la piscina de los Carter. Sería una tarde muy tensa. Y peor sería cuando descubrieran que soy una traidora. Que me infiltré en su empresa para destruir el matrimonio de su querido primogénito. Yo era una usurpadora.

Pese a todas las dudas y objeciones, arreglé algunas cosas y las metí en un bolso grande, sin olvidarme del biquini, como me había pedido Nicole. Cogí la ropa sucia y la dejé en la lavandería y me dirigí a la dirección indicada. Yo sabía que era un barrio noble, pero no me esperaba lo que vi.

Los Carter vivían en un edificio de alto lujo, que incluía todo lo que la palabra «lujo» es capaz de abarcar. Nicole me había dicho que vivían en el ático, pero, por lo que vi, no era suficiente para ellos, y también ocupaban los dos últimos pisos. Una vivienda perfecta de tres plantas. Tenía hasta helipuerto.

Nicole me esperó en la puerta, aunque había varios empleados que podrían haberlo hecho en su lugar. En cuanto el ascensor abrió las puertas me cogió hablando ya por los codos.

—Menos mal que has llegado. Mi madre y yo no conseguimos ponernos de acuerdo sobre el color de la fiesta.

Que te parece mejor: ¿blanco y verde aceituna o blanco y color champán?

—Mejor que me dejes fuera del debate. Soy la menos cualificada para opinar sobre el asunto.

—Creo que blanco, verde aceituna y lila, todo en pequeña cantidad, dando prioridad al blanco, puede ser la elección ideal. —Se quedó pensativa—. Muchas flores en este tono harán que todo quede perfecto.

—Cambia de opinión cada dos minutos. —Entramos en un salón enorme y la mujer que estaba en el centro empezó a hablar—. ¿Mel? ¡Bienvenida! Yo soy Olivia, la madre de Robert, Bruno y Nick.

Se me aceleró el corazón. Me sentía una intrusa, una falsa.

Era dulce, cariñosa y me sonreía de una manera tan encantadora con su hoyito perfecto, que pronto me ganó. Su baja estatura me hizo preguntarme por la altura de Robert. Él era alto. Metro noventa, incluso un poco más. Seguro que su padre era alto.

Tampoco, había nada de él en sus facciones. Tenía el pelo castaño, liso y la cara, en vez de puntiaguda, como la de Robert y Nicole, era ovalada. Tampoco tenía nada de Bruno, salvo los hoyitos. Sus ojos eran castaños. Le di la mano y correspondí su sonrisa.

—Me alegro de que hayas aceptado la invitación.

—Gracias —respondí con cariño.

Me sentí descolocada. Nada allí me resultaba familiar y, al mismo tiempo, me moría de ganas de saber un poco más sobre ellos.

—Te enseño la habitación de invitados y después podemos pasar un rato en la piscina. ¿Qué te parece? —preguntó Nicole, creo que más por educación, pues, sin esperar mi respuesta, me cogió de la mano arrastrándome prácticamente por la casa.

Era inmensa y muy bonita. La decoración era increíble. Dominaba el blanco, mezclado con el marrón oscuro de la



madera empleada en muchos muebles. Había varios jarrones de flores distribuidos por la casa. Cada uno más bonito que el otro.

—Aquí está. Esta será la habitación que vas a ocupar. Puedes dejar el bolso aquí. Usa el baño para cambiarte. Vamos a comer en la piscina. Olivia la odia, pero ha hecho una excepción para agradarme hoy. Quiero aprovechar que Paul no está para coger color. Estoy casi transparente.

—¿No os parecéis a ella? —dije dejando que mi curiosidad fuera más grande que mi educación.

—¡Ah! Eso. Olivia no es nuestra madre. Se casó con mi padre cuando yo tenía seis años. Nuestra madre murió un poco antes. Olivia nos aceptó como sus hijos y nosotros a ella como nuestra madre. Robert y Bruno ya eran mayores así que tardaron en acostumbrarse a llamarla así. Yo acabé imitándolos, pero la llamo así casi siempre.

No sabía si debía disculparme por haberme metido en su vida.

—No te preocupes, Mel. Todo el mundo lo sabe, no es ningún secreto.

Sonreí aliviada.

—¿Y Alexa? ¿Por qué no ha llegado aún?

Cogí el biquini y fui al baño.

—Aparecerá y desaparecerá varias veces a lo largo del día. Es muy difícil sacarla de la habitación de Bruno cuando está en casa —comentó riéndose y haciendo que yo me ruborizara.

Me puse el biquini rojo que había comprado para mi última visita a casa de mis padres en California y no había usado nunca más, un pantalón vaquero corto y una camiseta blanca. Nicole iba vestida igual. Cogí una toalla, un peine y las gafas de sol y nos fuimos a la piscina.

Subimos los dos pisos que nos separaban de ella. Estaba en uno de los lados de la terraza. En el otro lado estaba el helipuerto. Nicole no paraba de hablar sobre la fiesta de

confraternización y de lo feliz que estaba por haber hecho las paces con Paul.

Como yo me había imaginado, él fue tras ella a la discoteca a petición de Robert, que había llamado poco antes para saber dónde estaba. Fue así como él descubrió mi paradero y acabó ocurriendo todo.

Alexa llegó cuando yo no podía oír a Nicole hablar más de la fiesta. Estaba sola y lo agradecí. Bruno estaba en la habitación viendo un partido de baloncesto. No es que no quisiera que estuviera cerca, tampoco tenía derecho a exigirlo, ya que estaba en su casa, pero estar en biquini delante de uno de los directivos de la empresa era bastante embarazoso. Aunque Alexa también estaba y eso ensombrecía a cualquier otra mujer.

Comimos juntas. Olivia nos acompañó. Después nos tiramos en las tumbonas para aprovechar el sol. Bruno apareció para unirse al grupo. Como me había imaginado, no tenía ojos para nadie más que Alexa. Prácticamente ni se fijó en mí, pese a que me trató muy bien y con más intimidad que en la empresa, llamándome Mel, como hacían las chicas.

A media tarde empecé a pensar en una excusa para marcharme. Todos estaban muy animados y la conversación parecía no tener fin. Fue cuando un ruido ensordecedor, que venía de arriba, invadió todo el lugar. Miramos todos en dirección al helicóptero que sobrevoló la zona de la piscina yendo a posarse al otro lado.

Por impulso cogí la toalla y me tapé el cuerpo. Nick, Olivia, Bruno y Alexa miraban también hacia allí, pero no estaban asustadas como yo. Sólo observaban con mucha naturalidad. Entonces... Mi corazón se disparó cuando vi de qué se trataba. ¡Maldita sea! Tenía que salir rápidamente de allí.

Algunos minutos después, apareció Paul, con pasos rápidos. Llevaba un traje gris e iba deshaciéndose el nudo de la corbata. Sonreía a Nick como un enamorado apasionado. Detrás de él venía Adam Simpson, vestido de manera similar, y, un poco más atrás, mi mayor pesadilla: Robert.

Estaba vestido como todos los días, con traje y corbata. Ambos de color azul oscuro. Su pelo rubio cobrizo brillaba bajo el sol y se movía con el viento. Las gafas de sol me impedían descubrir si estaba sorprendido o no al verme junto a su familia. Para mi desesperación, justo detrás de él, muy cerca, venía Tanya, su esposa, vestida con un bonito y discreto vestido blanco.

Dio dos pasos rápidos y cogió la mano de mi jefe, que sólo giró un poco la cara hacia ella y después siguió andando sin soltar la mano de su mujer en dirección a nuestro grupo. Mis pulmones no conseguían funcionar bien, y respirar se convirtió en una batalla. No debía estar allí. ¡Qué mierda! ¿Dónde tenía la cabeza?

—Pequeña princesa —dijo Paul al abrazar a Nicole y besarla en la cara.

Ella se rio feliz como una niña. Yo intentaba centrar la mirada en ambos para evitar mirar a Robert. Después de saludarse de esa manera risueña, Paul saludó a todos y se sorprendió por mi presencia.

—¡Melissa Simon! Qué grata sorpresa.

Se rio y miró a Adam.

Nick se puso seria y lo miró inmediatamente dejando clara su incomodidad. No parecía dispuesta a permitir que Adam se me acercara. Se lo agradecía mucho.

—¡Melissa! —dijo Adam con satisfacción—. Qué espléndida manera de acabar el día. Tú en bikini, qué maravillosa visión.

Me ruboricé. Levanté un poco más la toalla e imploré que ocurriera algo que hiciera que dejara de ser el centro de atención.

—¡Adam! —Olivia refunfuñó—. Respeta a la muchacha.

Él se rio y la besó en la cara con cariño.

—¡Olivia! Linda y maravillosa, como siempre.

—Más respeto para la señorita Simon, Adam.

La voz grave y fuerte de Robert llenó el ambiente. Recordé ese sonido en mi oído la noche anterior, en la discoteca y la orden que me dio haciendo que casi desfalleciera en sus brazos: «Goza, Melissa, goza para mí». Sus palabras aún resonaban en su mente activando todo mi sistema nervioso. La humedad que empezó a instalarse entre mis piernas no fue tan bienvenida. Me sentía horrible por permitir que mi cuerpo reaccionara tan rápidamente a su voz. Era un error tremendo.

—Ya te he pedido que te mantengas lejos de mis secretarias.

Lo miré y vi de inmediato que su mano seguía sin soltar la de Tanya, aunque ella estaba de lado abrazando a Olivia con cariño. Me sentía tan idiota por creer que podía frecuentar aquel ambiente. No por la diferencia económica, que era escandalosa, sino, principalmente, por la tontería que había hecho.

—Al parecer ahora forma parte de la familia. ¿Por qué no juntar lo útil con lo agradable?

Adam discutía mi vida como si yo no estuviera allí o no tuviera derecho a decidir o discrepar, lo que hizo que me sintiera ridícula, porque, aunque no quería dejar ver que era de aquella forma, Robert hacía lo mismo conmigo. Él decidía y actuaba. Yo sólo acababa cediendo.

—Porque no —mi jefe respondió con rabia lo que llamó la atención de todos.

—Robert, tienes que dejar de ser tan posesivo. —Tanya pasó la otra mano por sus brazos. Era una actitud clara de quien quería demostrar dominio e intimidad—. Melissa es mayor de edad y puede tomar sus propias decisiones.

Vi que una vena en la cabeza de mi jefe se alteraba.

—Sabemos muy bien adónde puede llegar eso.

No continuó. Dejó la cuestión en el aire sin añadir nada más. Tanya y Adam intercambiaron miradas y después dejaron morir el asunto. ¡Oh, mierda! ¿Qué estaba pasando?

—En realidad —empecé a decir—. Ya me marchaba. Tengo un compromiso.

—¡No, Mel! —contestó Nicole—. Tu compromiso con la lavandería puede esperar un poco. No dejes que Robert o Adam te intimiden.

Se apoderó de mi brazo impidiéndome salir.

—¿Compromiso? —Adam se interesó—. ¿Del tipo encuentro con un novio?

Yo ya estaba roja por el calor y la vergüenza, así que una mentira no haría daño.

—¡Ah! En realidad, sí.

—¡Qué mala, Melissa! —dijo Tanya, aún al lado de Robert.

Al mirar a Tanya vi la mano libre de Robert cerrada en un puño. ¿Qué quería que hiciera? ¿Que me quedara allí contemplando su matrimonio feliz mientras los recuerdos de la noche anterior y de nuestro fantástico viaje, me asolaban y destrozaba, sólo para comprobar lo imbécil y absurda que era?

—Acabas de romperle el corazón a Adam.

Algunos se rieron. Adam puso cara de dolor y se apretó el pecho como si su corazón se hubiera roto en pedazos.

—Lo siento mucho.

Recogí mis cosas para salir de allí lo antes posible.

Me despedí de todos con un tímido «hasta otra» y me marché sin volver a mirarlos. Nick me acompañó hasta la habitación donde estaban mis cosas y me esperó mientras me ponía algo decente para salir.

—¿Te has inventado esta excusa porque Adam te ha incomodado o porque la presencia de Robert te intimida? —preguntó visiblemente contrariada porque me marchara.

—Un poco de cada. —Fui sincera. Por lo menos, hasta donde podía serlo—. En realidad, Dean me ha enviado un mensaje de que pasaría por casa a las 18:00 y, como aún tengo que pasar por la lavandería, no tengo demasiado tiempo. Tengo que irme. Además, ha llegado Paul y lo echas mucho de menos. Aprovecha.

Intenté sonreír con aire confiado, aunque estuviera arrasada por dentro.

—Muy bien. —Me abrazó con cariño—. Tendrás que acostumbrarte a los dos si quieres seguir siendo mi amiga. —Entornó los ojos—. ¿Qué voy a hacer si son de la familia?

Me reí y ella me acompañó.

Me reí, aunque por dentro estaba destrozada. Nick era una buena amiga, sin contar que también me gustaban Alexa y Olivia. Como ella misma había dicho, tendría que acostumbrarme a la presencia de Robert y a las embestidas de Adam si quería mantener su amistad. Y quería mantenerla, pero las dos condiciones eran terribles para mí.

Ya en el ascensor mandé un mensaje a Dean rezando para que estuviera enfadado conmigo y me ignorara. No estaba para romances. «¿En mi casa a las 18:00?». Lo envié y esperé ansiosa la respuesta. Me llamó.

—¡Hola! —me saludó con una voz que sonaba cansada—. Pensé que te habías olvidado de mí.

—¿Cómo podría?

Me reí de la forma en que me había hablado intentando animarme un poco.

—No sé. Estás rara.

Suspiré. Lo había notado.

—Voy a compensártelo. ¿Te espero?

—¿Por qué no vienes a mi casa?

—En mi casa, Dean.

Aquella conversación era circular. Siempre lo mismo.

—De acuerdo —asintió demasiado rápido lo que me sorprendió.

—¡Caramba!

—Te echo de menos —admitió haciendo que me sintiera mal—. Hoy no importa si es en tu casa o en la mía.

Lo agradecí.

Recogí la ropa de la lavandería y pasé rápidamente por el mercado. Tenía que llenar la nevera. Quería cocinar para Dean, pero estaba cansada, así que compré vino y le avisé de que trajera *pizza*.

Llegué a casa y me metí en la ducha. Un baño sería una forma excelente de comenzar los preparativos para lo que vendría después. Dean me ayudaría a olvidarme de las locuras que me había permitido vivir los últimos días. Suspiré agotada. Todas aquellas locuras me llevaban a entender que todo lo que Robert hacía era mucho mejor de lo que jamás tendría con Dean. Era muy humillante.

No es que fuera malo. No lo era. Por otro lado, era muy, muy diferente del modo en que Robert conseguía hacerme sentir. La frustración era real, principalmente porque las palabras de mi jefe resonaban en mi cabeza: «Has perdido demasiado tiempo con simples aficionados». ¿Cómo podía ser tan arrogante y estar tan seguro de sí mismo?

Abrí el armario y saqué un vestido suelto y corto, con escote y pegado a los senos. Era un poco infantil, pero era excelente para darle a Dean acceso libre a mi cuerpo. Sería un buen principio. Puntualmente, a las 18:00, llamó a la puerta.

En cuanto abrí la puerta, me agarró y me besó con avidez. ¡Una pena! Yo aún no estaba a su ritmo. Por eso decidí interrumpir el beso y abrir el vino. Quizá me animaba después de unas copas.

—Estás más morena.

De espaldas a él, tuve miedo de revelar lo que había estado haciendo. Pese a que no estaba obligada a dar explicaciones, ya que nuestra relación se reducía a encuentros esporádicos, era mejor no abusar.

—Día de lavandería. Me quedé esperando en la placita que hay enfrente. Aproveché un poco el sol.

Se rio y me cogió su copa. Brindamos y bebimos.

—¿Estás mejor? —Pasó la mano por mi pelo echándolo hacia atrás y dejando mi cuello libre para sus labios.

—Sí. Mucho mejor.

Las caricias en el cuello eran la mejor manera de llegar al clímax. Me encantaba. Desgraciadamente, ya nada era igual.

—¡Perfecto!

Sentí como sus dedos bajaban por mi espalda. Dean me envolvió en sus brazos llevándome hacia el sofá. Se sentó y me colocó en su regazo. Sus manos recorrieron mis piernas mientras nos besábamos. Cuando finalmente consiguió meterlas dentro de mi vestido, sonó el timbre. No sé si me sentí aliviada o irritada.

Me levanté de su regazo y fui a ver quién era. Para mi desesperación, era él: Robert. Con el mismo traje, sin corbata y con los dos primeros botones de la camisa abiertos. Tenía los brazos en jarras. Su expresión era asesina. Sus ojos se dirigieron hacia el salón y vio a Dean sentado en el sofá. Cuando su mirada volvió a mí, su personaje volvía a estar recompuesto y se irguió adoptando su habitual postura de mando.

¡Maldita sea! Robert, el director ejecutivo, estaba en mi casa.



## Capítulo 20

—Buenas noches, señorita Simon —fue cortés y directo.

—¡Señor Carter! —dije aún impresionada con su presencia —. ¿Ha pasado algo?

—Sí. —Sonrió y me perdí en su sonrisa torcida—. Necesito un contrato y no consigo encontrarlo. ¿Puedo entrar?

Abrí la boca pero no conseguí responder. No me salía la voz. Se acercó y me obligó a salir de delante y dejarle paso. Robert y Dean se miraron atentamente. Dean se adelantó.

—Dean Bailey —se presentó y levantó la mano que Robert apretó educadamente.

Ver a los dos allí, en mi pequeño salón, fue demasiado sofocante y extraño.

—Robert Carter.

—¡Ah! Es el jefe de Mel.

Dean mostró un poco de sorpresa, pero se mantuvo seguro, aunque al mismo tiempo dejó ver, al menos a mí, que se sentía molesto.

—Eso mismo.

A pesar de la educación con la que se trataban, se palpaba la tensión en el aire y no sólo por mí. Dean parecía entender que estaba ante un competidor y por eso adoptó la postura de novio, a pesar de no serlo.

—¿En qué puedo ayudarle, señor Carter?

Intervine por miedo a lo que Robert era capaz de hacer. Ya me había demostrado la obsesión que sentía por mí.

—Quiero que venga conmigo a la empresa, señorita Simon.

No dijo «si puede» o «si no es molestia», sino sólo «quiero que venga», como una orden. Me hirvió la sangre. La payasada de la discoteca, él cogiendo la mano de su mujer y ahora interfería en mi vida personal de nuevo. Aquello tenía que acabarse.

—Puedo decirle dónde está el contrato, señor Carter. No tengo que ir a la empresa para encontrarlo.

Le brillaron los ojos, parecía divertirse. ¡Lo odiaba!

—Yo tengo otras cosas que hacer y no puedo perder el tiempo buscándolo.

No, no iba a dejar que me doblegara.

—Disculpe, señor Carter, hoy es sábado. Tengo una visita en casa y no puedo salir. —Entornó los ojos—. El lunes quizá...

—Ahora, señorita Simon —ordenó con voz áspera, aunque como sabía que no podía tratarme así delante de Dean, bajó el tono—. Se trata de una negociación muy importante y no puedo esperar hasta el lunes.

—Mel —intervino Dean—. Está bien. —Sus manos acariciaron mis brazos mientras los ojos de Robert acompañaban el gesto. Habría jurado que si pudiera lo habría matado—. Ve a buscar el contrato y vuelve.

Me sonrió dejándome clara sus intenciones. Robert se mordió los labios. Casi, más que casi diría, me sentí feliz por su reacción.

—Discúlpeme, pero creo que vamos a tardar. —Lo miré boquiabierto. ¡Qué caradura!—. Necesito que redacte algunos textos, que saque copias del contrato y que lo envíe por fax, además de organizar y archivar. Creo que vamos a pasar la noche en el despacho.

—No vamos a pasarla. —Ambos me miraron sorprendidos por mi reacción—. No vamos a ninguna parte. Voy a quedarme aquí a disfrutar del sábado.

Crucé los brazos y lo miré como un niño que desafía a sus padres por primera vez. Mi corazón estaba acelerado y mi rostro rojo.

—Señorita Simon. En su contrato existe una cláusula que deja claro...

—Mel —dijo Dean en tono de advertencia—, tienes que ir.

Tuve ganas de gritarle: «¿Idiota, no ves que va a hacer conmigo lo que tú pensabas hacer?».

—¿Lo ve? Hasta Dean sabe qué es lo correcto.

Lo dijo con sarcasmo y me dieron ganas de abofetearlo.

—De acuerdo, voy, pero volveré lo más rápido posible. Espérame aquí, Dean. Prometo volver pronto.

Sonrió pensando que defendía mi derecho a estar con él. ¡Qué ingenuo!

—Me voy a casa y cuando acabes nos vemos allí, ¿de acuerdo?

Suspiré derrotada. Dean me estaba entregando en bandeja a Robert. Sólo faltaba que le escribiera una nota: «Cuide bien de mi muñequita».

Cogí el bolso y salí con paso firme. Dean se quedó para arreglar el piso y marcharse después. Tenía suficiente confianza como para eso, mientras que Robert... Era un intruso, imbécil, arrogante... ¡Qué rabia! Siempre conseguía lo que quería y eso me irritaba mucho. La sonrisa en su rostro era de victoria. Si fuera posible, me habría gustado arrancársela. Caminé en dirección al coche. Me cogió del bolso tirando de mí.

—Puedo encontrar el camino de la empresa solita —dije muy enfadada.

—Vamos en mi coche —ordenó.

Obedecí, no adelantaría nada discutiendo. Además, perderíamos más tiempo si insistía en ir en mi coche.

Fuimos todo el camino en silencio. Yo injuriada en mi asiento y él enrabiado en el suyo. Entramos en la empresa.

Salimos del aparcamiento vacío y entramos en el ascensor. Pensé que haría algo, pero las cámaras de seguridad nos vigilaban lo que limitaba su campo de acción. Entramos en el despacho y él se dirigió al suyo. No lo acompañé. No me doblegaría.

—¿Qué contrato necesita? —pregunté manteniendo el trato formal.

—Ninguno —admitió entrando en su despacho.

¿Qué?

Podía sentir la rabia que invadía mi cuerpo.

¡Qué mierda! Quería gritarle fuerte y claro que tenía que desaparecer de mi vida. ¿Quién se creía que era? ¿Cómo podía ser tan cretino como para creer que podía aparecer en mi casa y arrancarme de los brazos de Dean sin tener justificación alguna?

—Ya me has oído —respondió ásperamente quitándose la americana y arremangándose la camisa. Mirando hacia mí, se sentó y cruzó los brazos sobre la mesa.

—¿Qué estabas haciendo?

¡Qué idiota!

—No te importa.

—Sí que me importa.

Se proyectó hacia mí y descruzó los brazos. Agarró la mesa con las manos.

—Dije que lo quería lejos de tu vida.

Me reí. Mejor dicho, solté una carcajada.

—No mandas de mí. Da órdenes a tu mujer.

—¡Ah! Ahora lo entiendo. —Se pasó las manos por el pelo y soltó el aire. También sentía rabia—. Tanya es mi mujer, Melissa...

—Yo no soy tu amante —grité en respuesta—. ¿Quién te crees que eres? ¿Con qué autoridad crees que puedes entrar en mi vida? ¿Qué derecho crees tener a entrometerte? ¿Quién te

ha dado permiso para ponerla patas arriba? Yo no. No te doy permiso para que entres en mi casa y me arranques de los brazos de Dean, ¿entiendes? No lo voy a permitir.

Robert avanzó hacia mí y me agarró aguantándome los brazos con una sola mano. Con la otra me cogió la cara y la atrajo hacia sí. Su expresión era feroz, aún así seguía siendo la persona más guapa que había visto, además de la más irresistible.

—¡Chis!

La sorpresa no me dejó reaccionar.

—Sé muy bien cómo acabar con esa valentía, Melissa. Sé lo que necesitas —añadió e inmediatamente me calló con los labios.

Me resistí bravamente, pero era más fuerte, no sólo físicamente, sino por mis propios sentimientos. Era absurdo como mi cuerpo me despojaba de mi voluntad cuando se trataba de Robert. Sus caricias hacían que me entregara. Sus besos me desarmaban. ¡Maldita sea! Estaba cediendo otra vez cuando lo correcto sería expulsarlo definitivamente de mi vida.

Sentía rabia, pero también estaba muy excitada por lo que podía pasar. La mano que antes me cogía la cara, bajó con fuerza a mis senos y los tocó. Pensé que iba a explotar de placer. Quería más y me odiaba por eso. Cuando me soltó los labios, dejé escapar un gemido lo que lo estimuló aún más para continuar.

—Melissa.

Pronunció mi nombre arrastrando la voz, con esa manera única que tenía de hablar. Era simplemente la orden que hacía que todo dejara de tener sentido

Sentía como su barba sin rasurar me arañaba el cuello cuando bajaba hacia mis pechos. Su mano libre me acercó más a él y finalmente sentí lo que tanto deseaba. Rígido. Vibrante. Incluso dentro del pantalón podía sentirlo.

—Suéltame, Robert.

—Sé buena —habló al soltarme los pechos.

Asentí con un gesto, pero la rabia que sentía al no conseguir impedir que me dominara fue más fuerte que el deseo.

Aproveché la libertad y dejé que me dominara el odio que sentía. No me dejaría subyugar. No por él y definitivamente no en esas circunstancias.

En el momento en que me iba a besar, reuní todas mis fuerzas y lo empujé. Sorprendido con el rechazo, reulé dejando espacio entre los dos. Sin pensármelo, levanté el brazo y le di una bofetada fuerte en la cara.

Robert cerró los ojos y acarició el lugar donde le había dado. Cuando volvió a mirarme, supe que había cometido el mayor error de mi vida. Sus ojos eran diabólicos, al igual que la sonrisa que se formó en sus labios.

En un movimiento rápido y brusco, me cogió con fuerza por los brazos, me dio la vuelta y me dejó de espaldas hacia él con los brazos en la espalda. Cogió algo y me ató las manos, después me empujó hacia delante haciendo que mi cuerpo se arqueara. Gemí de dolor. Robert, que estaba detrás de mí, me agarró junto a su cuerpo. Su mano mantenía mi cara levantada liberando mi cuello para darle placer.

—¡Melissa! —Su voz exhibía un tono distinto, como si no estuviera allí conmigo—. ¡Qué niña tan mala! La suerte que tengo es que sé cómo castigar a las niñas rabiosas y desobedientes como tú.

Me mordió la oreja. No me dolió. Fue sólo una leve presión que hizo que sintiera un escalofrío. Era vulnerable en sus manos.

La situación era peligrosa y al mismo tiempo excitante. Todo mi cuerpo estaba entregado a él. Sádicamente, sentí que había mojado las bragas. Era increíble que me gustara lo que me estaba haciendo.

—Te gusta, ¿verdad? —Su aliento calentaba mi piel—. ¡Contesta!

—Déjame en paz, Robert —grité.

No quería darme por vencida. Peor: no quería admitir que me excitaba que me tratara así. Admitir que tenía poder sobre

mí era reconocer que no me importaba que estuviera casado. Eso jamás dejaría de ser un obstáculo entre nosotros.

—Chsss —me susurró al oído—. No me obligues a morderte. Prefiero oír tus gemidos.

Se movió detrás de mí para que yo pudiera sentir su erección. Cerré los ojos luchando conmigo misma. En aquel momento entendí que mi enemigo no era mi jefe y mucho menos su esposa. Mi enemigo era yo misma y todo el deseo que sentía por él. No era normal, por eso tenía que ser fuerte.

—Ahora, Melissa... —Sus manos bajaron por mis piernas hasta el borde de mi vestido—. Presta mucha atención. —Sus manos subieron lentamente—. Cuando yo diga que eres mía... —Subieron más hasta llegar casi a mis bragas—. ¿Qué tienes que decir?

—¡Vete a la mierda!

Me rebelé en un intento de contener la explosión de excitación que me empezaba a invadir.

—Eres una deslenguada —dijo con una voz que mostraba que sonreía—. Pero voy a ser paciente. Tú contestas «sí, Robert». ¿Entendido? —Sentí sus dedos en el elástico de mis bragas—. Otra vez. Cuando yo diga que eres mía...

Se adentró en mis bragas hasta casi tocar mi sexo. Me tenía cogida por los muslos y, mientras me torturaba jugando con mi piel, matándome de ganas, frotaba su erección contra mi culo. Eso hacía que tuviera conciencia de que estaba allí, muy cerca de mí, loco por consumirme.

—¿Qué tienes que decir, Melissa?

Metió dos dedos en mi sexo haciéndome jadear, de sorpresa y placer.

—¡La puta que te parió! —murmuré loca de deseo.

—Eso me gusta, pero no es lo que quería oír.

Una vez más sus dedos me tocaron y yo jadeé echando el cuerpo hacia atrás. Su erección se hizo aún más firme. «Mierda de hombre que sabe cómo hacerme perder la noción de la cosas», pensé.

Con las manos, salía y entraba en mí, acariciándome en un movimiento circular. Cerré los ojos. Ya nada me importaba, sólo la forma en que me tocaba.

—Vamos, Melissa. Cuando te digo que eres mía, ¿qué dices tú?

Su otra mano empezó a participar del juego mientras la que ya me estaba volviendo loca me estimulaba el clítoris.

—¡Dios! —Gemí aturdida—. ¡Sí, Robert!

Casi grité. Él soltó una risa grave de satisfacción.

—Buena, chica. —Me metió los dedos más adentro—. Y cuando digo que te vas a librar de ese idiota, ¿qué dices?

—Que estás loco. Enfermo.

Apreté los dientes para evitar que consiguiera arrancarme las palabras.

—No.

Dejó que sus manos me abandonaran, pero una de ellas subió hasta mis pechos.

Empleó tanta fuerza que hizo que el vestido cediera y que mis senos se quedaran a la vista. Inmediatamente los cubrió con sus manos, magreándolos y jugando con el pezón entumecido. Volví a gemir, completamente derrotada. Robert sabía cómo volverme loca. Sus labios me lamían el cuello. Iba a morirme de excitación.

—¡Contesta, Melissa!

—No —repuse con la voz embargada.

Sus dedos se hundieron otra vez en mi sexo e hizo que mi torso se inclinara hacia delante cogiéndome por detrás. Su miembro seguía duro rozando mi culo mientras se aventuraba dentro de mí.

—Esto te gusta, ¿no? Tu cuerpo responde por ti, Mel. ¿Pero sabes qué?

Sus manos me abandonaron y me cogió sólo por los muslos. Estaba completamente vulnerable con los brazos



cogidos a la espalda y la cara casi sobre la mesa.

—No te voy a dar lo que necesitas hasta que me conteste.

Robert se movía detrás de mí y oí el ruido de sus pantalones. ¿Qué estaba haciendo?

—¿Te gusta jugar, Melissa? Te voy a enseñar cómo juego.

Me levantó el vestido y me bajó un poco las bragas.

La expectativa y el ansia encerraban el aire en mis pulmones. No me iba a tomar. ¡Maldita sea! Quería que lo hiciera. Y mucho. Sentía que mi sexo temblaba ansioso y que la excitación me recorría las piernas. Sus manos me acariciaron suavemente y lo sentí. Casi imploré.

Robert apenas me rozó con su miembro. Lo paso por mi culo hasta llegar a mi entrepierna. Rozó su sexo con el mío acariciándolo y anunciando una posible penetración. Oí el gemido ahogado que emitió y su respiración acelerada.

—¡Deliciosa! —Gimió presionándome los muslos—. ¡Increíble, Mel! No quiero quedarme sin ti y sé que no tienes ganas de escapar. Deja de luchar contra lo que ya está determinado. Eres mía y quieres seguir siéndolo.

—¡Robert!

Gemí al sentirlo entre mis piernas sin penetrarme. Cada segundo estaba más mojada. Él jugaba conmigo. Una de sus manos volvió a mis senos echándome hacia atrás, metiendo su miembro entre mis piernas. Gimió abiertamente.

—¡Dilo, Melissa! Cuando yo digo que te vas a librar de aquel idiota, ¿qué dices?

Otra vez rozó con su miembro la entrada de mi sexo y casi enloquecí. La mano grande y fuerte se movió con fuerza, insinuando el acto sexual.

—¡Por favor, Robert! —imploré.

—Dilo.

—Sí, Robert. Sí. ¡Por favor!

—¿Me quieres dentro?

¿Para qué seguir con el juego? Ya estaba entregada, implorando.

—¡Te quiero dentro, Robert, por favor!

—Es delicioso oírte pedírmelo, Melissa. Pero no. —Se apartó y su erección desapareció de entre mis piernas. Jadeé.— Este es el castigo por haberte portado mal hoy.

—¡Hijo de puta! —Me hundí en sus manos y sentí que las lágrimas arrasaban mis ojos—. Te odio.

—Calla.

Nuevamente nuestros cuerpos estaban pegados. Su erección de vuelta en el pantalón, me frustró aún más. Lo deseaba. Mi sexo vibraba enloquecido implorando el contacto con él.

—Sé buena y confórmate con lo que puedes tener hoy.

Sus dedos me invadieron con fuerza. La sorpresa me hizo jadear. Una de sus manos trabajaba en mi sexo mientras la otra estimulaba mis senos. Gemí deleitada con su habilidad. Me besaba el cuello.

—No, Robert. Te quiero a ti.

—Me tendrás. Cuando toque.

Sus dedos me penetraron con firmeza arrancándome un orgasmo alucinante y avasallador que hizo que fuera incapaz de mantenerme en pie. Me temblaron las piernas y vacilé. Robert me aguantó con una de sus manos, cogiéndome por la cintura. Mi cara estaba pegada a la mesa.

Esperó a que me calmara y me desató las manos. Libre ya, sólo pude apoyarme en la mesa. Las piernas no me obedecían y me costaba respirar. Él, aún detrás de mí, me besaba el cuello y me acariciaba la barriga, los senos y los brazos. Había dejado de ser rudo y volvía a ser cariñoso. ¡Era tan contradictorio!

Sinceramente, aunque sentía toda la humillación del momento, no conseguía decidir de qué manera me gustaba más. El Robert cariñoso era perfecto para cualquier situación, pero en compensación el Robert furioso era excitación pura.

De vuelta a la realidad, volví a conseguir razonar nuevamente. Él se fue apartando poco a poco mientras me acariciaba los brazos. Se me cayeron algunas lágrimas y dejé que el pelo escondiera mi vergüenza. Robert me dio la vuelta hacia él y me abrazó dejando que llorara en su pecho. Cuando finalmente conseguí controlarme, me levantó la cara y me acarició el pelo mirándome a los ojos.

—Te llevo a casa si me prometes que no vas a hacer nada más.

Lo entendí bien. Nada de Dean. ¿Pero quién quería a Dean después de haber vivido aquel momento? Nada de lo que mi jefe pudiera hacer se quedaría cerca de lo que Robert, incluso furioso y autoritario, era capaz de proporcionarme. Constatar esta realidad me dolía mucho más que todo el daño que mi jefe pudiera hacerme. Comprender que, independientemente de cuál fuera el motivo que debería impedirme caer en sus brazos, no era lo suficientemente fuerte para mantener mis decisiones, me destrozaba.

Asentí con la cabeza y él se apartó para que pudiera arreglarme. Robert no se alejó de mi lado ni dejó de tocarme. Antes de marcharnos, abrió uno de los cajones y sacó un contrato cualquiera, sin ni siquiera mirar de qué se trataba. Era la coartada para Tanya. Me sentí una mierda.

Caminamos hasta el ascensor en un silencio intimidante, al menos para mí, y seguimos así hasta que llegamos a mi casa. Robert parecía atormentado por algo o quizá sólo era mi forma de justificar su indiferencia.

No conseguí evitar la sensación terrible y amarga que probablemente todas sus amantes debían de sentir. Ser tratada como un «lío», sí, porque mi jefe me había arrastrado a aquella situación que no formaba parte de ningún plan que hubiera trazado en mi vida.

Y era sólo sexo. Todo aquello por sexo. Que él y yo podríamos recibir de otras personas, pero, aún así, nos arriesgábamos y nos metíamos en situaciones más terribles y tensas, sólo porque no conseguíamos hacerlo de otro modo.

Estaba destrozada por dentro cuando él aparcó enfrente de mi edificio.

Antes de que bajara del coche, me cogió la mano impidiéndome salir.

—Acuérdate de lo que te he dicho, Melissa. Eres mía y de nadie más.

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

Sería la situación ideal saber que luchaba por mí, con independencia de sus motivos, y que me dejara claro, como estaba haciendo, que necesitaba poseerme. Me encantaba esta parte de nuestros encuentros. Me excitaba que me deseara hasta ese punto, aunque, sin embargo, la realidad era otra.

Robert me atrajo hacia sí para darme un beso delicioso y lleno de deseo. Esta vez no me resistí. No sabía cómo hacerlo. Dejé que las cosas pasaran como debían y me entregué al momento. Él pasó sus manos hábiles por mis piernas y, lenta y suavemente, dejó que sus dedos, como por casualidad, me tocaran entre los muslos, exactamente como hizo cuando estábamos en Grecia. Moje aún más las bragas. Él notó mi excitación.

—Me gusta sentirte así de caliente, Melissa. Me encantaría quedarme contigo, desgraciadamente no puedo. Esta noche he traspasado todos los límites...

¡Claro! Estaba casado. Tenía familia, probablemente hijos, planes para un fin de semana familiar, un hogar cómodo al que tenía ganas de volver todas las veces que se tiraba a la secretaria después del trabajo. ¡Maldita sea! Cómo me habría gustado poder salir de toda aquella mierda.

—¿Tanya?

Desvié la mirada para que él no notara mi decepción. Ya había tenido suficientes problemas aquel día.

—Sí. Tanya. Tengo que ir a casa. —Su voz no demostraba felicidad. Sentí rabia por tener que enfrentarme a esa gran desilusión—. No hagas que tenga que volver en mitad de la noche, Melissa. No hagas nada.

Me quedé aún más jodida. Él volvería a su casa, con su esposa, su familia, mientras yo me tenía que quedar sola, esperando su próxima orden.

—Vuelve con tu esposa, Robert.

Bajé del coche, dando un portazo para demostrar que estaba indignada, y me fui a casa corriendo sin aguantar las lágrimas. Estaba fatal, me sentía humillada y no quería contacto alguno con el mundo. Sólo pensaba en desaparecer y no tener que pasar jamás por nada parecido a lo que estaba viviendo.

Entré en el cuarto y me tiré en la cama. Dejé que el llanto me desahogara.

## Capítulo 21

Él me besaba y era simplemente fantástico. Los labios más dulces y jugosos que había probado. Sus manos danzaban en mi cuerpo. Parecían hechas especialmente para mí, para mis necesidades. Sus gemidos resonaban en mi oído. Su lengua me exploraba. Cuando creía que no podía aguantar más de placer... Me desperté. ¡Mierda! ¿Todo fuera sólo un sueño? Abrí los ojos y vi el techo de mi cuarto. ¡Mierda!

A pesar de todo el llanto que me consumió hasta que conseguí conciliar el sueño, mis labios aún podían sentir el calor de los suyos. Mi cuerpo aún podía sentir la presión exacta de sus manos. Aún sufría con las experiencias de la noche anterior. ¡Qué noche!

Aquel hombre conseguía sacarme de órbita sólo con besarme y tocarme. Era un verdadero huracán, especialmente cuando estaba dentro de mí. Me llevé las manos a la cabeza y esboqué una sonrisa amplia. Era una gran y deliciosa locura.

—¿Un sueño bonito?

Su voz llenó todo el espacio de mi habitación.

Me senté automáticamente dispuesta a gritar. Mi corazón se aceleró. Estaba allí. En mi habitación. Sentado en el sillón frente a mi cama. Tenía los codos apoyados en las rodillas y las manos sostenían su rostro. Estaba oscuro, pero sabía que estaba divino en aquella posición.

—¿Qué?... ¿Cómo?... ¡Ay, Dios mío! —Gemí y me eché de nuevo hacia atrás—. Esto sólo puede ser una pesadilla.

—No parecía una pesadilla. Dormías, gemías y pronunciabas mi nombre.

—¿Qué? No puede ser.

Me ruboricé. Probablemente lo había hecho, claro. El sueño parecía tan real, tan intenso... Decir su nombre entre gemidos era lo menos embarazoso que podría haber hecho.

—¡Ah, sí que puede ser! Y ha sido fascinante.

Podía sentir que sus ojos me quemaban. Volví a sentarme en la cama y lo miré fijamente con rabia. ¿Su diversión predilecta era volverme loca?

—¿Cómo has conseguido entrar?

—Siempre consigo lo que quiero.

Era probable que aquella sonrisa cínica estuviera dibujada en sus labios. Yo sólo era una conquista más y eso me ofendía demasiado.

—Sal de aquí. No tienes derecho a entrar en mi casa. ¿Cómo has entrado? ¿Has forzado la puerta?

—No. He abierto con mi llave.

Con esa naturalidad, me comunicó que tenía una copia de las llaves de mi casa. ¡Maldita sea! Aquello era cada vez más absurdo.

—No puede ser cierto. —dije vacilante y desesperada.

No podía ser un psicópata así.

—Yo no miento, Melissa —me advirtió.

—¿Y qué haces con tu mujer? ¿No le mientes? ¿Y conmigo?

—Bueno... Mejor dicho, no miento sin tener un motivo legítimo.

Podía imaginarme aquella sonrisa miserablemente seductora en sus labios.

—Eres un cretino, un hijo de puta y un cínico.

Respiró hondo, se levantó y fue hasta la ventana. Abrió la cortina para que entrara la claridad. Me cubrí la cara con el brazo para evitar que la luz me deslumbrara. Se volvió para mirarme. Tenía el pelo horrible y llevaba puesto mi viejo

chándal gastado. Tenía la cara hinchada de tanto llorar. Eso sin contar con la ropa interior que había escogido para pasar la noche.

¡Dios! Él no podía estar allí en ese momento, gloriosamente guapo y yo aquí, así de horrible.

—Esta, con toda seguridad, no fue la descripción que me diste la noche que te llamé —dijo señalando el chándal viejo—. Me sentí aún peor. Me pasé la mano por el pelo intentando arreglar un poco aquel alboroto—. ¿Me mentiste, Melissa? Eres una niña mala.

Podía sentir la ironía en su tono de voz. Tiré de la sábana y tapé en parte lo que llevaba puesto.

—Sal de mi habitación —ordené.

—No.

—¡Dios mío, Robert! ¿Qué quieres?

Esbozó una sonrisa torcida. Ya sabía lo que quería.

—Varias cosas, Melissa, y casi todas conectadas contigo.

—Eres increíble. No puedes tener una llave de mi casa. Es un delito, ¿sabes?

—¿Quieres denunciarme?

Insoportable. Eso es lo que era. Insoportable y delicioso. ¡Mierda!

—Quiero que salgas de mi casa —dije tirándole una almohada con rabia a lo que reaccionó riéndose.

—Tenemos que hablar. —Su tono de voz cambió y yo sentí frío. Tenía miedo de escuchar lo que tenía que decir. Sabía que al final tendríamos esa conversación tan necesaria—. Pero antes...

Fue hasta mi armario y lo abrió.

—¿Qué haces?

—Hago que la conversación sea más agradable. No puedo hablar contigo mientras llevas ese chándal viejo y ancho.



Ponte algo más interesante. Una mujer como tú siempre debe estar presentable. Incluso cuando se levanta.

Parecía Nicole. Casi me río. Lo habría hecho si no estuviera tan tensa al verlo remover el cajón de mis bragas.

—Creo que he encontrado lo ideal para este momento.

Me tiró un conjunto de bragas y sujetador rosa claro y una camiseta blanca. Era lo único decente que tenía. Lo compré para mi primera noche con Dean. No podía dormir con el chándal viejo.

—No me voy a poner eso —dije rebelándome.

—Sí que te lo vas a poner.

—¿Por qué?

—Porque yo te lo mando. Y es mejor que obedezcas o te arrancó el chándal. No creo que te gustara la experiencia. Puedo ser brusco si es necesario. Creo que la pequeña muestra de ayer fue suficiente. —Abrí la boca pero fui incapaz de hablar. Me quedé boquiabierta y fui al baño—. Tienes diez minutos. No te retrases.

Cerré la puerta del baño con rabia. ¿Quién se creía que era para darme órdenes en mi propia casa? Abrí la ducha y entré rápidamente. No sería como él quería. No lo dejaría convencerme de hacer nada. No cedería. De ninguna manera.

Me puse las prendas que había escogido, pero decidí que no me pondría la camiseta. ¿Podía ser así? ¿Podía entrar en mi casa sin que yo le invitara, remover el cajón de mis bragas y decirme lo que me debía poner? No. Me pondría un pantalón corto viejo y una camiseta y hablaríamos en el salón.

Salí del baño enrollada en la toalla y con la camiseta en la mano. Lo busqué y lo encontré echado en mi cama. Aquel cuerpo viril estaba sobre mi colchón. Mi sueño volvió con toda la fuerza posible. Estaba allí. En mi cama. ¡Dios! Estaba divino con las piernas cruzadas y los brazos detrás de la cabeza en una posición relajada. Pero perdió toda la divinidad cuando sacó un brazo y miró el reloj.

—Buena chica. El tiempo exacto.

—¡Vete a la mierda!

Me irrité aún más con toda aquella obsesión por el tiempo.

—¡Cuidado, Melissa! —me alertó y sentí que el frío recorría mi espalda, pues parecía realmente peligroso—. ¿Por qué no te has puesto la camiseta?

—No me la voy a poner. Ya estoy totalmente despejada. No necesito volver a la cama.

—Lo necesitas y debes hacerlo.

Su tono autoritario era una amenaza real.

—No me la voy a poner.

Arqué una ceja desafiándolo con rabia.

—Puedo portarme mucho peor de lo que me he portado estos días. Tú eliges.

Lo miré con rabia y noté el deseo en su mirada. ¡Maldita sea! Lo deseaba con locura. Sólo aquella leve amenaza hacía que me mojara. Cogí la camiseta que había dejado sobre la cama e iba a volver al baño cuando me lo impidió.

—Vístete aquí... Vístete para mí.

Su voz ronca y cargada de tensión me provocó un escalofrío. Era un error. ¿Por qué mi cuerpo no lo entendía?

—Eres raro, Robert. La mayoría de los hombres piden a las mujeres que se desnuden y tú en cambio me pides que me vista —dije entre risas.

—Todo a su debido tiempo, Melissa. —Me miró atentamente y se pasó la lengua por el labio inferior. Sus ojos brillaban—. Por ahora, necesito que estés vestida.

Estaba desganaada, pero la forma en que lo pidió despertó en mí un deseo inmenso de obedecerle.

Solté la toalla con movimientos lentos, para que tuviera tiempo de admirar mi cuerpo. Me puse la camiseta. Su mirada se tornó salvaje. Me quedé parada, de pie, esperando su orden. Extendió la mano y me llamó. Caminé hasta su lado de la cama y seguí de pie.

Robert se sentó frente a mí atrayéndome hacia sí. Yo, de pie entre sus piernas, y él sentado mientras sus manos subían por la parte trasera de mis piernas camino de mi culo. Podía sentir el volcán a punto de explotar dentro de mí. Sólo era cuestión de tiempo. De muy poco tiempo.

Sus labios besaron el hueco entre mis senos. Y después, en un movimiento rápido, me tiró sobre la cama dejando caer su cuerpo sobre el mío. Podía sentir su erección. Sabía lo que iba a pasar y estaba ansiosa.

—Relájate. —Notó mi ansiedad—. He tocado tu cuerpo tantas veces ya y de tantas maneras diferentes...

Sus labios rozaron mi cuello. Cerré los ojos intentando calmarme. Lo deseaba. Era así, no había duda. ¿No lo deseaba acaso?

—¿Cuál es el problema, Melissa?

Abrí los ojos para mirar los suyos. Estaba loca por hacerlo con mi jefe otra vez. Sabía exactamente lo que quería y cómo lo quería, pero había un obstáculo que no me dejaba seguir. Un muro tan grande y sólido que se había formado entre los dos y que me impedía dar cualquier paso. No de forma libre y por voluntad propia. Me sentía sucia, deshonesta... Era extraño saber lo que sabía y al mismo tiempo desear estar con él.

—No consigo enfrentarme a esto con naturalidad —admití.

—¿Qué?

Suspiró pacientemente. Podía hasta sentir la ternura en su voz.

—Estás casado. Nunca voy a conseguir acostumbrarme.

Desvié la mirada.

—¡Ah! Es eso. —Se apartó de mí y se levantó de la cama—. Entonces creo que debemos tener esta conversación.

Robert me pasó la mano por el pelo y anduvo por la pequeña habitación. Dejé que mi corazón volviera a su estado normal, me levanté y me senté en la cama. Se sentó a mi lado, me miró a los ojos y respiró profundamente.

—Sabes que este camino es peligroso, ¿no? —Después de unos segundos, asentí con la cabeza—. Por diversos motivos, Melissa, no sólo porque esté casado. —Hizo una pausa y me observó—. En cuanto a eso, puedes estar tranquila, no estamos haciendo nada malo. Yo y Tanya estamos en proceso de divorcio. Ella está de acuerdo con la separación, pero aún no podemos hacerla oficial.

Me mordí los labios reprimiendo una sonrisa. Era muy confuso como para alegrarse. Me cogió la barbilla y me levantó la cara haciendo que lo mirara. Había mucho más en aquella historia. Sentí miedo al instante.

—No te alegres tanto. No sé cuánto tiempo va a durar esta mierda, a pesar de que quiero que acabe pronto. Como te he dicho antes, es un camino peligroso. Pero no puedo entrar en detalles contigo.

—¿Por qué no?

—Porque no es el momento y porque no necesitas conocerlos, o porque no quiero. El motivo no importa.

—A mí me importa.

—Pero es lo que vas a saber por ahora —pronunció las palabras con firmeza.

Me resultó difícil controlar mi rabia, aunque teniendo en cuenta lo que había hecho el día anterior a raíz de mi ataque de furia, que me había costado caro, pensé que era mejor ser cautelosa.

—¿Qué quieres, Robert? ¿Que sea tu amante?

Sentí el gusto amargo de las palabras en la boca.

—No sé si «amante» es el término correcto. Yo no tengo una relación carnal con Tanya. Compartimos la misma casa, por una cuestión de conveniencia y por mantener las apariencias. Ella hace lo que quiere con su vida y yo con la mía, siempre que sea discretamente. Esa es una exigencia de ella, no mía. Al menos mientras conseguimos resolver las cosas.

¡Maldita sea! No sabía qué decir. ¿Aquello era suficiente para mí? No. No lo era.

—Creo que «amante» es el término correcto para esta situación. —Intenté levantarme pero Robert me detuvo. Sentía rabia por el discurso estudiado que me estaba dando—. ¿Qué quieres? ¿Sexo fácil mientras pasas una mala fase con tu mujer?

Se rio agarrándose con fuerza.

—¿Sexo fácil? Creo que no te imaginas lo que es eso. Conociste a Mannie, ¿verdad? ¿No crees que con ella el sexo sería mucho más fácil que contigo?

—¿Eres un sádico? ¿Quieres volverme loca? No voy a aceptar lo que me estás proponiendo.

—No es una propuesta. —Yo parecía una imbécil. Mis ojos se mojaron con lágrimas—. No hay nada que proponer, Melissa. Sólo existen los hechos. No estamos negociando nada y tú no eres una mercancía.

Me soltó. Sus palabras hicieron que me sintiera humillada. Robert suspiró hondo y cerró los ojos.

—Voy a repetirlo una vez más. Melissa, tú eres mía. —Enfatizó cada palabra y mi corazón volvió a acelerarse y se me puso la piel de gallina—. Y no puedes luchar contra eso. Ningún idiota, como aquel con el que te estabas restregando en el bar, puede darte lo que necesitas, lo que quieres. Él no es capaz de satisfacerte como mujer. Yo puedo hacerlo incluso por teléfono. —Quería abofetearlo—. Lo hice hasta con la mirada. Tú eres quien elegiste. Cuando perdiste el ritmo de la respiración cuando me viste. Cuando sentías que te tocaba incluso cuando estaba lejos. Fuiste tú quien empezó todo, no yo.

Aquellas palabras me fulminaron, porque sabía que era verdad. Mientras sólo lo supiera yo, lo podía soportar, pero él lo había sabido todo el tiempo. Sabía la forma de dominarme. Le había dado todas las cartas, todas las oportunidades. Fue fácil para él.

—No sabes nada sobre mí.

Me esforcé por mantenerme firme y segura.

Se rio y pude ver cómo le brillaban los ojos. Robert avanzó y me tiró hacia atrás y volvió a echarse sobre mí. Intenté resistirme, apartarlo, pero me agarró las dos manos y me las puso en la cabeza sólo con una mano y con la otra me acarició la cara, rozando mis labios con el pulgar.

—Lo sé todo de ti. No te engañes. No pienses que aceptaría a cualquiera en mi empresa, con acceso a mi vida personal y profesional. No soy un idiota, Melissa. Lo sé todo de ti. Hasta tu talla ideal de bragas. Lo sé todo.

Sentí miedo. Robert era capaz de saberlo todo. ¡Claro! Incluso tenía una copia de las llaves de mi apartamento. ¿Cómo había podido acabar en aquella situación?

—Ahora sé buena y colabora conmigo. Tengo muy poco tiempo hoy y no quiero perderlo en tonterías.

Robert me besó los labios con dulzura. Yo quería resistirme, pero él ya estaba entre mis piernas y exploraba mis pechos con caricias suaves. Era absurdamente delicioso.

—Una mujer como tú no merece el sexo malo y casual una vez por semana que aquel imbécil te venía dando. Yo sé exactamente lo que necesitas. —Sus labios rozaban mi cuello mientras hablaba. Yo sentía miedo y al mismo tiempo un deseo avasallador—. Pero necesito que estés de acuerdo en algunas cosas. —Me soltó y volvió a quitarse de encima de mí. Me quedé perdida, como si flotara en el espacio—. No quiero que te vuelva a tocar. Ni él ni nadie.

Su mirada era asesina.

—No tienes derecho a exigir eso. ¿Qué tipo de loco eres?

—Claro que puedo. Serás sólo mía o nunca más serás mía. Tú eliges. Te lo aseguro que conmigo nunca será como era con él. Además, eso ya lo sabes bien.

¿Qué tipo de locura era aquella propuesta infernal?

—Ahora ya me has elegido —volvió a hablar después de un breve silencio y yo me reí de la conclusión, pues sólo podía ser un chiste—. Yo sé que me has elegido.

Lo dijo riendo y me parecía encantador verlo tan relajado. Sin mandar ni exigir nada. Era natural. Era sólo Robert.

—No tuve mucha elección. Tienes la llave de mi casa. Sabes mi talla de bragas. Me sigues por todos lados. Me estás volviendo loca.

—Puedo ser bastante persuasivo cuando quiero algo.

Volvió a echarse sobre mí y a besarme la boca. Perdí el aliento. Estábamos en mi cama. Él me besaba con voracidad. Sus manos estaban dentro de mi camiseta acariciando mis pechos. Su sexo se frotaba con fuerza contra el mío y, a pesar de la barrera de sus vaqueros, era delicioso. Apreté su cuerpo contra mí con fuerza pidiéndole que siguiera. Entonces paró.

—¡Maravillosa, Melissa! ¡Simplemente maravillosa! —Sus ojos me hacían arder—. Desgraciadamente tenemos que acabar esta conversación. Aún no he llegado adonde quería llegar.

¿Más conversación? Que Nuestra Señora de las Mujeres Fogosas se apiadara de mí.

—Para de mirarme como si me imploraras y, definitivamente, evita ruborizarte así. Es demasiado difícil verte así y no seguir.

—Entonces sigue.

Cerré los ojos sintiéndome derrotada y rendida.

—No puedo —hablaba como si quisiera convencerme de que no podía continuar—. Tengo un compromiso que no puedo cancelar.

—¿Ni por mí? —pregunté intentando persuadirlo. Aquella situación era una tortura para mi cuerpo y mucho peor para mi mente.

—Por nadie.

Volvió a levantarse de la cama. Mi corazón se hundió en mi pecho.

—Si tú y Tanya os estáis separando, ¿por qué fingís tener una relación perfecta? ¿Por qué crees que debes algo a la

sociedad? Yo... No lo entiendo.

—Yo no debo nada a la sociedad, Melissa. Y me preocupa muy poco lo que piense la gente. El problema es... —Me miró valorando hasta dónde me podía contar—. Se lo debo a ella. A Tanya. —Una vez más se rascó la cabeza y anduvo por la habitación—. No sé hasta qué punto lo vas a entender sin conocer toda la historia. Lo más importante es que sepas que Tanya y yo no vivimos como un matrimonio.

Repasé mentalmente toda la información que me había dado. Entonces no era un error. Al menos no era un error absurdo. Yo no tenía la culpa de que se separaran. ¿Podría soportarlo? No estaba segura.

—Dijiste que había más motivos para continuar vuestro matrimonio.

—Sí. Pero no te voy a contar cuáles son.

Me mordió el labio inferior. ¿Por qué tanto misterio? ¿Y si todo aquello no era más que un gran mentira?

—No sé si confío en ti —revelé.

Se rio.

—Sería más fácil si comprendieras que, incluso sin saber nada, ya has accedido a acostarte conmigo varias veces. Es mucho mejor creer que no estás cometiendo ningún error.

Su sinceridad hizo que me ruborizara.

—¿Tanya sabe que te buscas amantes?

—No busco amantes. —Me miró ya impaciente—. Y sí, Tanya sabe que salgo con otras mujeres. Es parte de nuestro acuerdo.

Abrí los ojos de par en par. Ella sabía que tenía otras mujeres. «Otras mujeres», no sólo yo.

—¿Por qué te espantas, Melissa?

—Por todo lo que me estás contando.

—Concreta.



—Tenéis un acuerdo que prevé la existencia de otra persona, o mejor dicho, de otras personas.

—Si hay algo de lo que no quiero prescindir en mi vida es del sexo. Y sexo de calidad. Tanya lo sabe y sabe que yo no pasaría tanto tiempo sin una mujer, aunque sólo fuera para eso. —Mi corazón se volvió a hundir en mi pecho con estas revelaciones—. Si nos estamos separando, tengo derecho a conocer a otras personas, siempre que cumpla nuestras reglas.

—¿Reglas?

La cabeza me daba vueltas.

—Sí. Hay algunas reglas y tú ya has hecho que incumpla algunas de ellas. —Lo miré atentamente—. No puedo tener relaciones con empleadas. Tanya forma parte del consejo de administración, es una de las principales accionistas, así que, teóricamente, no debería mantener una relación contigo.

Qué ironía. De entre todas las mujeres que querrían estar con él, me elige a mí que soy empleada, lo que le obliga a infringir las reglas.

—¿Y las otras?

—¿Las otras reglas? —Asentí—. No puedo pasar la noche fuera de casa salvo que esté fuera de casa. No me pueden ver con otras mujeres y exponerla a escarnio por ello. Tengo que estar en casa todos los sábados por la noche. —Esbozó esa sonrisa torcida y cínica que sólo en él podía ser sexy—. Y el día que ella tiene invitados tengo que representar el papel de marido perfecto.

Solté el aire que aguantaba en los pulmones. Eran demasiadas reglas. Demasiado absurdas. Parecía que me iba a estallar la cabeza. ¿Qué forma rara de vivir era esa? ¿Cómo aceptaban aquella situación? Eran el perfecto matrimonio de psicópatas.

—No parece que os estéis separando. Tienes que pasar todas las noches en casa.

—Hay mucho más de lo que puedes saber ahora. La realidad es que las reglas valen para los dos y no debo ni

puedo quebrarlas más de lo que ya lo he hecho. El riesgo es muy grande. Por eso necesito que te comportes.

Era tanta información que no conseguía retener los detalles. Mi mente guardaba muy pocas de las cosas que me había contado. Por ahora, sólo quería encontrar las respuesta adecuadas para aliviar la sensación de culpa y miedo.

—¿Dormís juntos?

—No.

Se pasó los dedos por los labios, pensativo.

—¿Os...? ¿Os habéis acostado después de fijar estas reglas?

—Sí. Algunas veces.

¡Maldita sea! No podía avenirme a su propuesta. Él aún sentía atracción por ella. ¿Cómo podía confiar en él? Me pasé la mano por el pelo y bajé la mirada.

—Melissa, Tanya es casi tan persuasiva como yo. Pero hace mucho tiempo de eso. En general, suelo evitarla.

—¿Porque aún te gusta?

—No, porque en algunas situaciones no me siento con fuerzas para rechazarla. Es complicado. Es un juego, Melissa, y si no sé jugarlo puedo perder más de lo que te imaginas.

—No puedo aceptarlo.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Seguir teniendo los encuentros furtivos que hemos tenido? ¿O vas a seguir metiendo en tu cama a aquel imbécil? ¿Para qué? ¿Para decir mi nombre cuando te corras?

Me hirió el orgullo. Lo miré desafiante.

—No te necesito en mi vida. Yo y Dean siempre nos hemos arreglado bien en la cama.

Pensé que se enojaría, pero se limitó a reírse.

—Eso sólo confirma mi teoría de que no sabes nada de sexo. Al menos, del sexo de verdad. De calidad. Con seguridad y placer indescriptibles.

—¿Y eso es lo que el «Poderoso Carter» me puede ofrecer?  
—pregunté y me reí con sarcasmo—. Muy chistoso, Robert.

—Ya te he dado algunas muestras. Lo puedo hacer mucho mejor.

Su mirada me penetró y mi cuerpo reaccionó inmediatamente. ¡Maldito cabrón! Realmente sabía darme lo que yo quería, lo que mi cuerpo necesitaba.

—Apuesto a que ya tienes las bragas mojadas. —Bajé los ojos confirmando lo que decía. Estaba avergonzada—. Eres una locura cuando estás excitada, Melissa.

Suspiré. Era absurdamente delicioso.

—Me has contado tu historia, Robert. Me has hablado de las reglas que tengo que aceptar. Tengo que entender que nunca, ni una vez, te tendré conmigo una noche entera. No tendremos vida social. No puedo conocer a otros hombres ni salir con los de antes. Soy exclusivamente tuya. —Asintió con la cabeza—. No voy a tener nada de ti salvo sexo.

—Tendrás lo que quieras de mí, Melissa, siempre que esté dentro de las reglas.

—Eso, siempre que esté dentro de las reglas. —Solté una risa ahogada y moví la cabeza negándome a aceptarlo. De cualquier forma, yo sólo lo deseaba—. Tengo mis reglas también, Robert. —Arqueó una ceja. Eso no se lo esperaba—. Quiero ser la única. —Sus ojos se entornaron—. No quiero que vuelvas a acostarte con Tanya, ni con ninguna de las mujeres con las que hayas salido. Ni con mujeres nuevas. Nada. Seré tuya, exclusivamente tuya, si tú eres exclusivamente mío.

Se quedó callado, pensativo, ponderando lo que yo había dicho.

—Muy bien. Trato hecho.

¿Trato hecho? ¿Estábamos negociando? Me sentía como mercancía barata.

—Si me entero de que te has acostado con alguna mujer, distinta de mí, lo dejo todo. Y no conseguirás convencerme de

que vuelva atrás. No me gusta la idea de ser tu amante, ni compartir mis cosas. Si vamos a estar juntos, tiene que ser en estos términos.

Dibujó su sonrisa perfecta y todo mi cuerpo se sofocó.

—Muy convincente. Estoy de acuerdo. Contigo me basta. Sé lo que quiero y se reduce prácticamente a ti. Ha sido desesperante no haber podido estar dentro de ti.

¡Joder! Ahora mi sexo temblaba deseoso de él.

—Ahora puedes.

Robert, sentado, con los codos apoyados en las rodillas y las manos cruzadas delante de su boca, sonrió maliciosamente y se mordió el pulgar. Sus ojos eran puro deseo.

—No. No puedo. Ya te lo he dicho: tengo un compromiso ineludible. —Me dejé caer sobre la cama. ¿Por qué no? No nos llevaría mucho—. Mel, ya te lo he dicho. No eres una mujer para un polvo rápido. No quiero estropear nuestro momento, haciéndolo a toda prisa para no llegar tarde a mi compromiso. Quiero hacerlo contigo con tiempo de sobra. Además...

Se acercó a mí y me pasó los dedos largos por el pelo para bajar luego por el hombro y tocar suavemente mis senos.

—Me debes algunos orgasmos. No me voy a quedar satisfecho con uno sólo.

Mi cuerpo estaba al límite. Se agachó, me agarró la cara y me besó con voracidad.

—Ahora, tengo que irme. —Me soltó muy rápido—. Controla tu libido, Melissa.

¡Joder! ¿Cómo la iba a controlar? Él llegaba, daba órdenes, establecía límites, me excitaba y se iba. ¡Maldita sea! No podía ser así. Aún tenía tantas cosas que decir, tantas preguntas que hacer y tantos límites que establecer. Quería que se quedara hasta que lo aclaráramos todo, aunque cuando abrí la boca no conseguí decir nada de lo que quería decir.

—¿Volverás?

—Hoy no.

Cerré los ojos desolada.

—Nos vemos mañana.

—Sí. Claro. En el trabajo.

Su sonrisa escondía algo.

—Tengo que irme. —Asentí. No tenía otra opción—. Sé buena y compórtate. Nos veremos mañana.

Robert se fue y enseguida me sentí fatal. Era muy difícil pensar en todo lo que me había dicho con tanta naturalidad sin que él me mirara. Estaba tomando un camino en el que sólo podía haber desilusión. Pero había aceptado y no me quería volver atrás.

El domingo pasó lentamente. Me maltraté durante todo el día preguntándome por qué había aceptado. Sin embargo, mi cuerpo no podía resistirse a él y sería demasiado desgaste dejar que las cosas continuaran como habían ido ocurriendo hasta entonces. Él había aceptado mis reglas. Al menos ese detalle me permitía sentirme mejor.

Me fui a la cama pronto y di vueltas pensando en sus ojos grises que me quemaban por dentro y más profundo de lo que sus dedos habían sido capaces de tocarme.

Al día siguiente me desperté otra vez sin ganas de salir de la cama. Sería la primera vez que me encontraría con Robert en el trabajo después de aceptar ser su amante. Quería saber cómo sería, cómo actuaríamos. Mi actitud durante los últimos días era irreconocible incluso para mí, por eso no conseguía saber cómo reaccionaría.

Escogí un vestido azul, con escote en «V» no muy marcado, y con la espalda al aire. Era pegado hasta la cintura y luego se abría en ondas, lo que le daba un aire vaporoso. Como no sabía lo que Robert había querido decir con aquella mirada cuando mencioné que nos veríamos en el trabajo, me puse unas braguitas de encaje, pequeñas y azules.

Me sequé el pelo, castaño y largo, para alisármelo aún más. Me puse tacones y maquillaje. Estaba satisfecha con el resultado. Estaba guapa y me sentía extrañamente bien.

Salí del edificio y me topé con lo improbable: Robert Carter, de pie delante de su coche, mirándome con ojos salvajes. Llevaba un traje negro que le quedaba perfecto, como siempre. Mi jefe me abrió la puerta.

—Buenos días, señorita Simon.

—Buenos días, señor Carter.

Entré en el coche sin pedir más información. Él se puso al volante y salimos.

—¿Quiere su agenda de hoy ahora o esperamos a llegar a la empresa?

No tenía claro de qué debíamos hablar.

—No es necesario. Sé perfectamente lo que tenemos programado hoy. —¡Guau, aquello sí que era una novedad!—. Puedo garantizarte que no tenemos ningún compromiso profesional ni de la empresa hoy. Ninguno de los dos.

Me quedé boquiabierta y sin reacción.

—¿Y eso?

Miré por la ventanilla y vi que íbamos en dirección contraria a la empresa.

—Ya te lo dije, Melissa. Necesito un día entero contigo. Y me lo estoy tomando —dijo con voz nostálgica.

Sentí un hormigueo por todo el cuerpo. «¿Sería hoy, ahora, ya?», me pregunté.

Me repetí que debía concentrarme. Me asaltaron espasmos por todo el cuerpo sólo porque me hubiera llamado por mi nombre de pila. Era tan íntimo.

—¿Y los compromisos de hoy?

—Los he cancelado todos. Mañana tendremos un día cargado. Y estarás muy cansada.

Una sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios. Mi corazón se aceleró. Robert encendió la radio del coche y nos quedamos callados escuchando la música —algo sobre alguien en llamas— y concentrados cada uno en sus pensamientos.

Cincuenta minutos después llegamos a una casa inmensa, perdida en medio de la nada. Mejor dicho, en medio de un bosque enorme que ni sabía que existía en Chicago. El silencio profundo asustaba. Paró el coche en la entrada, apagó el motor y volvió su atención hacia mí.

Me sonrió, con esa sonrisa perfecta suya, y bajó yendo a mi lado para ofrecerme la mano. La cogí y él me apretó los dedos transmitiéndome seguridad. Subimos juntos los escalones de la casa. Mi jefe abrió la puerta con mucha naturalidad.

—¿Que casa es esta?

—Mi casa. —Dudé y él notó mi aprehensión—. Sólo mía.

—Muy grande para ser sólo tuya.

Soltó una carcajada triste y observó su casa por fuera.

—Cierto. Muy grande.

Me hizo entrar con gentileza.

Por dentro parecía aún más grande. Los muebles eran rústicos y, una vez más, el color blanco y la madera oscura reinaban. Me llevó hasta el centro del enorme salón. Había cuadros en las paredes. Parecían caros, aunque yo sabía muy poco de arte. Al fondo había una puerta corredera de madera. A través del cristal podía verse la inmensa piscina en el exterior. Era una vista perfecta.

—Y ahora, Melissa Simon... —me susurró al oído—. Estamos los dos solos.

Sus ojos dejaron claro lo que pasaría.

Jadeé.

## Capítulo 22

Era lógico que supiera lo que iba a pasar. Robert y yo, solos un día entero, sin nada que nos interrumpiera o nos molestara. Que Nuestra Señora de las Piernas Flojas me ayudara. Mi jefe me dio dosis homeopáticas de su capacidad y puedo garantizar que no era nada parecido a lo que yo estaba acostumbrada.

Con mi consentimiento y liberados para tener una relación completa, donde yo aceptaba ser su amante, no tenía la menor idea de qué hacer. Me obligué a concentrarme en sus acciones, porque yo no existía. Estaba completamente estática y a la expectativa.

Robert, siempre muy gracioso y felino, una mezcla de locura y realidad, me miraba a los ojos de manera salvaje, lo que no aliviaba en nada la presión que sentía dentro de mí. Me mordí el labio inferior y él, al verme, se pasó la lengua suavemente por los labios, encantado. ¡Maldita sea! Estaba aterrorizada y excitada.

El hormigueo en la boca del estómago me estaba volviendo loca. La alegría, el deseo, la ansiedad, la tensión y el miedo se mezclaban en mi cuerpo. Yo luchaba contra mi voluntad de huir o de atacarle. Levantó la mano y me acarició delicadamente el brazo. Subió los dedos sin prisa por mi piel dejando en cada centímetro un rastro de fuego. ¡Cielos! Me volvía loca incluso antes de tocarme de verdad.

Sus dedos subieron. Su piel fría contra mi piel caliente, casi en combustión, llegó hasta mis hombros. Subió un poco más y me acarició las mejillas que, con toda seguridad, reflejaban el rubor que yo sentía. Intentaba en vano controlar la respiración, pero era una batalla perdida.



Sus ojos bajaron hasta mis labios y se concentraron en ellos. Podía sentir su deseo, pero Robert se controlaba. Y mucho. No actuaría sin haberme vuelto loca antes. Bajó el pulgar hasta mis labios y los abrió mínimamente, mientras con los dedos de su mano libre me rozaba la piel hasta alcanzar el límite de mi escote.

—No consigo decidir cuál es el color ideal para ti, Melissa. Todos te quedan tan bien.

Mi única reacción fue sonreír tímidamente. «Si piensa eso, me imagino lo que sentirá cuando vea el conjunto de lencería que llevo. ¡Ay, Dios mío! ¡Virgen mía! ¡No! Ya me lo imagino cuando me vea sin nada», pensé. Tuve miedo de gritar.

Respiré varias veces para recuperar el equilibrio. «¡Calma, Melissa! No es tu primera vez. Ni siquiera es la primera vez que lo haces con el todopoderoso Carter», me dije. ¡Dios! Necesitaba una copa.

—¿Por qué estás tan nerviosa?

Dibujó esa sonrisa torcida tan suya. Era él: sus ojos grises, la barba sin afeitar, arreglada a conciencia, los labios rosados y atrevidos. Me olvidé de respirar.

—¡Concéntrate, Mel! —Todo en él era calma y suavidad—. ¿Todavía tienes dudas? ¿No sabes si has elegido bien?

Si se pudiera imaginar cuáles eran mis dudas, acabaríamos en algunos minutos, allí mismo en el suelo del salón.

—Es como saltar o no de un avión sin paracaídas. —Arqueó la ceja—. Mientras esté suspendida en el aire, será lento y extremadamente placentero, pero cuando llegue el momento del golpe... —Lo miré atentamente—. El dolor será real y probablemente no sobreviviré.

Estaba siendo sincera, a pesar de saber que saltaría, de una forma u otra. No existía la menor posibilidad de volver atrás.

—Yo creo que el miedo y los riesgos son los mejores estímulos. —Siguió sonriendo, como si mis palabras no hubiera tenido ningún efecto sobre él—. Y especialmente... Los sentimientos me han generado los mejores negocios.

—Ya me imagino que piensas así.

Fue frustrante oírlo tratarme como a una bella adquisición.

—Francamente, Melissa, creo que todas las relaciones conllevan este riesgo. Es como invertir en bolsa. Puedes acertar y hacerte millonario de la noche a la mañana, pero sabes, mejor que yo, que el mercado es inestable y que puedes acostarte rico y levantarte arruinado. —Sus ojos seguían reflejando dulzura—. Ven.

Me cogió de la mano y me llevó al sofá marrón, a conjunto con el resto del salón. En el suelo, había una enorme alfombra blanca y delante de él la puerta que daba acceso a la piscina. Detrás de la piscina, sólo había bosque.

—Siéntate. —Era como si volviera a ser una niña que recibía órdenes. Me molestaba, pero obedecí—. Ya hemos hablado de eso. —Asentí nerviosa—. No vamos a hablar más. ¿Entendido? —Lo miré, confusa—. Al menos hoy —añadió con más suavidad—. Melissa, llevo muchos días esperándote. No quiero perder ni un minuto discutiendo, me da igual el asunto.

Una vez más sus dedos recorrieron mi cara. Habría jurado que mi cuerpo estaba ardiendo.

—Te deseo. ¡Toda! —enfaticó. Y pensé que mi cuerpo se partía de tanta excitación y me pregunté cómo podía hacerme sentir así—. Ahora relájate.

Se levantó y salió del salón. Me quedé observando el lugar, mientras imaginaba cómo sería, aunque estaba segura de que sería bueno. ¡Muy bueno! Si era como en Grecia, ya era más que suficiente.

Robert volvió con dos copas en la mano y una botella de vino en la otra. La abrió y lo sirvió en las copas. Era vino blanco. Después de dejar la botella en la pequeña mesa supletoria, volvió a mi lado y me entregó la bebida que agradecí mucho. Era lo que necesitaba.

—Bebe. Te ayudará a relajarte. —Tomó un trago largo y yo lo acompañé—. ¡Por Dios, Mel! Haces que me sienta como un usurpador de tu virginidad y esta no es nuestra primera vez, ni

la segunda. Lo hemos hecho tantas veces que no veo motivos para tanto nerviosismo.

Se rio de su propio chiste. Yo seguí seria.

—Para mí es como si fuera la primera vez. Antes no tenía contra lo que luchar, además de que creía que eras un depravado que se pasaba las noches con un montón de mujeres. Yo... Nunca imaginé...

—Muy bien.

Dejó la copa en el suelo y se volvió hacia mí.

—Bebe. —Me llevé la bebida a los labios—. Todo —me ordenó como si quisiera emborracharme y yo obedecí—. ¡Muy bien! ¡Buena chica!

Me quitó la copa de la mano y, lentamente, me besó los labios. Sentí que algo se revolvía en mi interior, como mil mariposas bailando *ballet*, revoloteando sin parar. Robert era perfecto en el arte de seducir y un maestro en el arte de besar. Su beso dejaba claro que me saboreaba, como quien saborea fruta dulce.

Todo mi cuerpo reaccionaba a él y era imposible imaginar distancia alguna entre nosotros cuando pasaba aquello. ¿Era el efecto del vino o eran sus besos los que me causaban aquella incapacidad total de articular pensamientos coherentes? Y de la misma manera lenta en que había empezado, terminó. Incliné la cara pidiendo más. Dejó que su sonrisa perfecta me encantara.

—¿Qué te gusta?

¿Qué pregunta era aquella? Me gustaba estar con él, no me importaba cómo. Lo miré sin saber qué responder.

—¿Cómo te gusta que te toquen? ¿Cómo prefieres que te toquen? —siguió hablando y yo permanecí callada.

¿Cómo iba a saber lo que me gustaba? Me gustaba el sexo, pero lo que él había hecho conmigo no se parecía en nada a lo que había hecho antes en mi vida. Para mí el sexo se dividía claramente en dos fases: antes de Robert y después de Robert.

Ya no tenía la menor idea de qué me gustaba. ¿Qué podía responder? Me mordí el labio inferior por toda respuesta.

—¡Cuánta inocencia, Melissa! —Se estaba divirtiendo con mi inseguridad—. Vamos a ver hasta cuándo actúas así.

Le brillaron los ojos. ¿Qué maquinaría esta vez?

—Entonces no me preguntes. Haz lo que quieras. ¿No ha sido así hasta ahora? Lo que usted desee, señor Carter.

Era un desafío y él sonrió. Me puse más tensa aún imaginando lo que sería capaz de hacer conmigo.

—Como desee la señorita.

Robert se inclinó hacia mí, pero se paró a algunos centímetros. Nuevamente levantó una de sus manos para tocarme. Después la otra. Se movían por mi cuello disparando la tensión en todas mis terminaciones nerviosas. ¡Cielos! Sólo me estaba tocando el cuello y yo ya podía sentir mi feminidad en alerta, loca por participar en la fiesta.

Sus dedos no me tocaban, sólo rozaban mi piel, muy levemente.

—¿Te gusta?

Cerré los ojos y asentí con la cabeza. Entonces sus manos dejaron mi cuerpo. Lo miré. Robert volvió a tocarme en el mismo sitio, esta vez con los labios. La sensación fue muy buena. Mucho más que buena. Mis ojos se cerraban involuntariamente en cuanto sentía que los labios calientes de mi jefe me presionaban con cuidado la piel. Instantes después, recorrió de nuevo el camino con la lengua y los dientes, lo que me hizo sentir un escalofrío. Mi amante estaba tranquilo mientras yo ya estaba implorando un orgasmo.

—¿Te gusta así?

—Sí, Robert. Me gusta mucho.

—¿Has visto? No es tan difícil.

—¿Por qué te gusta hacer que me sienta como una niña en tus manos?

—¡Dios me libre de eso, Melissa! —Se rio sobre mi cuello —. Sólo quiero descubrir la mejor forma de darte placer.

—Ya conoces todas las formas de darme placer, Robert.

No conseguía concentrarme en nuestra conversación, pues sus labios rozaban mi cuello. Era prácticamente imposible pensar en nada más.

Volvió a tocarme con los dedos y a besarme, lamirme y morderme en la misma zona. Todo junto y al mismo tiempo. Era una demostración perfecta de cómo pretendía volverme loca.

Dejé caer mi cuerpo sobre los cojines que componían el sofá y él se puso encima. Su cuerpo no tocaba el mío. Me arriesgué a tocarlo. Primero los brazos, que estaban sobre mí, y luego el pecho. Era fuerte, masculino, definido. Y, para mi delicia, estaba en mis manos.

Gimió en mi cuello. Se levantó deshaciendo nuestro contacto y se quitó la americana. Ni había notado que aún la llevaba. Dejó la pieza cuidadosamente doblada sobre otro sofá más pequeño, próximo al que estábamos. Después se quitó el reloj y sacó la cartera y el móvil. Antes de dejarlo sobre la mesita tuvo la atención de apagarlo. Puede que parezca extraño, pero me sentí glorificada con aquello. Ni Tanya ni nadie se interpondría entre nosotros.

Me senté en el sofá para observarlo mejor. Robert vino hacia mí y, parado delante, me pasó las manos por el pelo en una caricia.

—¡Eres tan guapa, Melissa!

Sus ojos eran tiernos y no expresaban dudas ni miedos.

Volvió a echarme en el sofá y noté que dejó caer los zapatos al suelo cuando se subía nuevamente sobre mí. Sus dedos volvieron a danzar en mi piel, en la zona de mis pechos, en el límite de mi escote, avanzando a veces un poco más. Después sus labios tomaron el lugar de sus dedos y con ellos llegaron la lengua y los dientes.

Yo empecé a jadear al sentirlos tan cerca de mis senos. Los quería allí. Robert, suavemente, apartó un poco el vestido

dejando a la vista mi sujetador azul y acarició y recorrió aquella región sensible con sus dedos. Aquellos movimientos me hicieron gemir.

Él levantó el cuerpo un poco. Sus piernas se pegaron a las mías y, con las dos manos, agarró los tirantes de mi vestido y me lo bajó hasta la cintura. Me estaba ruborizando. No podía evitarlo.

Bajó las manos y me acarició a través del sujetador y llegó luego a mi ombligo. Entonces hizo el movimiento contrario y sus manos subieron rápidamente hasta meterse bajo el sujetador para tocarme directamente. Yo arqueé el cuerpo al sentir el contacto inesperado. Mis senos cabían perfectamente en sus manos. Los apretó suavemente para darme placer. Se inclinó a mi encuentro con un beso caliente, urgente y rápido.

Con las manos aún dentro del sujetador, sus caricias se convirtieron en pellizcos deliciosos. Usaba la punta de los dedos y mantenía los pezones endurecidos entre ellos e inició una serie de movimientos circulares frotándolos. Mi boca se abrió en un gemido que se asemejó a una súplica. Me tocaba como nadie.

—No me hagas eso, Melissa —suplicó—. No gimas de esta forma.

Lo miré y vi un hombre consumido por el deseo.

Una de sus manos me soltó y fue a mi cuello. Mientras estimulaba mis pezones con las puntas de sus dedos, su mano extendida me tocaba el cuello con fuerza. Volví a gemir y él se dejó caer sobre mí con un gemido gutural.

—¡Linda! ¡Maravillosa! ¡Perfecta!

Rozó mis pechos con los dientes. Sus labios bajaron mientras que su lengua se ocupaba de mi piel pasando por los senos. Le cogí el pelo a la espera del contacto con su boca y, para mi sorpresa, pasó directamente a mi barriga, que besó y mordió. Su lengua tocó mi ombligo en el mismo instante en que su mano alcanzó mi muslo y lo levantó. Sentí su palma caliente y decidida que recorría la parte interna de mi pierna. Continuó bajando, hacia...

—¡No! —dije en un jadeo, contrariada—. ¡No, Robert! —jadeé con su rostro entre mis manos—. Así no, así me gusta —repetí sondeando si lo había entendido.

Mi jefe se levantó y volvió a mi cuello.

—¿Por qué no?

Se echó junto a mí y, finalmente, dejó que su cuerpo se pegara al mío. Rozaba lentamente su erección en mi sexo a través del vestido que seguía en mi cintura. Mi tensión por el momento anterior se alivió cuando el deseo volvió a dominarme.

—Porque no.

Cerré los ojos entregada al placer.

—¡Responde, Melissa!

Me amenazó y se incorporó un poco para observarme. Vacilé mientras buscaba en mi mente una respuesta aceptable.

—Simplemente porque no me gusta.

Le toqué la cara pidiéndole que continuáramos donde nos habíamos parado. La sonrisa con la que respondió fue absurda. Una mezcla de humillación, desafío e ironía.

—No le gusta a todo el mundo, Robert. No me mires como si fuera anormal.

—¿No te gusta hacerlo o recibirlo?

Sus ojos me escrutaban. Eso era lo que le preocupaba. ¡Hombres!

—Recibirlo, Robert. Puedes estar tranquilo.

Mi sangre se fue enfriando en las venas. Estaba consiguiendo romper el clímax.

—No me quedo tranquilo precisamente.

Su semblante era divertido. ¡Tan hermoso! Me había convertido en objeto de bromas porque no me gustaba el sexo oral. Como si no bastara con la vergüenza por el episodio de orgasmo prematuro.

—¿Por qué no te gusta exactamente?

Me puse la mano en la cabeza para intentar dispersar mi irritación.

—Pensé que no íbamos a hablar de nada hoy.

—Este es un asunto pertinente.

Entorné los ojos.

—Simplemente, no me gusta —respondí irritada y él arqueó una ceja—. No creo que sea algo placentero. Creo que muchas mujeres fingen que les gusta sólo para agradar a sus parejas. Ese no es mi caso. Prefiero ser honesta.

Esta vez fui yo quien arqueó la ceja. Crucé los brazos y lo mire fijamente. ¿Prefería que le mintiera?

—Aficionados. —Se rio mesándose los cabellos—. Te dije que no habías experimentado sexo de verdad y tenía razón. — Se incorporó y me miró como si estuviera perdido en sus pensamientos. Se rascó la barbilla y se apartó el pelo—. No contaba con eso... Ahora no, pero... —Una sonrisa amenazadora se formó en sus labios y recelé de lo que podía hacer—. Quédate aquí, Melissa. Quédate quieta. Ahora vuelvo.

Robert salió rápidamente del salón. Es más, salió de la casa. No sabía qué iba a hacer. Tuve ganas de seguirlo para averiguarlo, pero el miedo a descubrirlo fue mayor. Volvió unos minutos después con algo en el bolsillo del pantalón. No conseguí averiguar qué era. Sin decir nada volvió a besarme y no de cualquier forma. Fue apremiante, famélico e hizo que todo desapareciera a nuestro alrededor. Sólo existían él y sus besos.

Mi cuerpo se calentó con el contacto tan cálido y urgente. Sus manos recorrieron mis senos masajeándolos, para enseguida cubrirlos de besos y caricias. Bajó luego por mis brazos. Sin que me lo esperara, los agarró en alto con una de sus manos y volvió a besarme. Mi corazón se aceleró. Recordaba la sensación de que él me tuviera cogida así.

En ese momento, Robert sacó lo que ocultaba en el bolsillo del pantalón. Era reluciente y, demasiado tarde, vi que eran unas esposas. Sin pestañear me las puso en las muñecas y



después las pasó por algo que había detrás del sofá. Estaba inmovilizada. ¡Maldita sea!

—Robert, ¿qué estás haciendo? —le pregunté aterrada.

—No puedo perder la oportunidad de demostrarte lo placentero que es. Relájate y, por el amor de Dios, disfruta.

Sonreía. Se estaba divirtiendo mientras yo sentía pánico. ¡No, no, no, no, no! ¡No!

—¡No, Robert! —dije con dureza, pero él sonrió aún más, como si mi actitud le estimulara—. Robert, estoy hablando en serio. No quiero. No me puedes forzar...

—¡Chsss! —Me puso un dedo en los labios—. ¿Tengo que amordazarte?

Su voz era suave, a pesar de que dejaba entrever una amenaza. Mis ojos se fijaron en él. No había ningún signo de que fuera a responder a mis palabras.

—Ahora relájate —me ordenó con ojos severos y volvió a besarme.

No quise corresponder. Me estaba forzando a hacer algo que yo no quería hacer. ¿Podía llegar a ser más absurdo? Robert siempre actuaba así: su voluntad siempre prevalecía sobre la mía.

No pareció importarle mi negativa y, como no encontró sabor en mis labios, bajó por el cuello reiniciando todo el trabajo. ¡Mierda! No podía mantener la pose con lo persuasivo que era.

A pesar de estar enfadada, estaba muy excitada con sus caricias, pero mi posición vulnerable añadía algo al momento. No podía impedir sus caricias y aquello incluso me estimulaba más.

Su lengua hizo todo el recorrido hasta mis senos y, después de apartar el sujetador, serpenteó por mi pezón ya totalmente duro. Me mordí los labios para contener un gemido. Demostraría demasiada debilidad si gimiera de gusto cuando él estaba pisoteando mi voluntad. Aunque era muy difícil

saber cuál era mi voluntad cuando actuaba de esa forma conmigo.

Sin embargo, no permitiría que se saliera con la suya tan fácilmente. Después de apretar los dientes contra mis pechos, con una presión leve que casi me volvió loca, Robert dejó que su boca volviera a bajar por el camino prohibido. ¡Qué mierda? ¿Por qué tenía que hacer siempre lo que quería?

El roce de su barba contra mi piel desnuda hizo que mi cuerpo adquiriera voluntad propia. Luché contra los gemidos que se acumulaban en mi garganta. A pesar de saber que no aguantaría mucho más tiempo. Robert, antes de tocarme como quería, me miró a los ojos y comprendió que, aunque estaba enfadada, esperaba ansiosa.

Sus dedos, a ambos lados de mis bragas, eran como una previa de lo que ocurriría. Por algunos segundos, me olvidé de respirar. Iba a desnudarme y no podía hacer nada.

Robert ya me había tocado antes y había sido extremadamente placentero. Sin embargo, nunca habíamos estado tan próximos, pese a toda la intimidad de nuestros otros momentos, e imaginarlo cara a cara con... Era demasiada tensión.

Mi cara estaba ardiendo y no era la única parte de mi cuerpo que ardía. Puede que nunca me hubiera gustado el sexo oral, pero... ¡Maldita sea! Robert era fantástico en todo, así que ¿por qué no me relajaba y aceptaba que sería tan increíble como todo lo que habíamos hecho? Simplemente porque había dicho que no y él no había aceptado mi negativa. Por eso, estaba enfadada. Enfurecida, esposada y muy, muy excitada. Que Nuestra Señora de la Expectativa del Precoito se apiadara de mí.

Todavía cogiendo el elástico de mis bragas, sin moverlo ni un centímetro, besó, como si lo saboreara, mi muslo izquierdo, la parte interior, muy cerca de mi sexo. Suspiré con el contacto. Su lengua jugó entre las fronteras de mi lencería y yo hice un esfuerzo absurdo para permanecer inmóvil sin mover mis muslos, aunque estaba deseando hacerlo. El ansia era una tortura.

Entonces metió el pulgar dentro de mis bragas y tocó con delicadeza mi clítoris, ya extremadamente sensible. Jadeé. ¡Maldita sea! Había jadeado y él, con toda seguridad, estaba bailando la danza de la victoria, todo satisfecho. ¡Oh, mierda!

Su pulgar presionó una vez más la región y yo eché la cabeza hacia atrás y me contorsioné de placer.

Me quitó lentamente mi pequeña ropa interior. Yo prácticamente imploraba para que acabara pronto. Robert conocía mi aflicción y empleó más tiempo en quitarme las bragas que el que se necesitaría para llegar andando a China desde donde estábamos.

Yo jadeaba tanto y estaba tan excitada que, si él no hubiera estado entre mis piernas, las habría frotado una contra la otra con toda seguridad.

Observé que Robert, aún a un ritmo lento, bajó y, antes de sentir el contacto de sus labios con mi sexo, sentí su aliento caliente que provocó en mí un incendio absoluto. ¡Maldita sea! Estaba ardiendo.

Entonces... Finalmente, llegaron sus labios.

¡Ah! Sus labios. Calientes, leves y deliciosos.

No tenía que hacer nada más. Bastaría con que los dejara allí y ya sería suficiente para que cambiara de idea y estuviera de acuerdo en que era bueno. Pero Robert era... Robert. Y nunca se contentaría con sólo un beso, aunque estuviera bien dado.

Envolvió mi clítoris con sus labios haciendo una pequeña presión en el momento en que lo lamió. Fue imposible impedir que se me escapara un gemido. Y si antes no conseguí evitar el orgasmo que me asoló la primera vez, en aquel momento luchaba con todas mis fuerzas contra mi cuerpo para contenerlo. Podía sentir como él sonreía, lo que hizo que me enfadara y me excitara más.

Como si quisiera volverme loca del todo, pasó la lengua por mi sexo en un movimiento triangular. Esta vez casi grito. ¡Dios! ¿Por qué Dean no conseguía hacerlo igual? ¿Por qué sólo Robert era capaz de hacerlo así?

Repitió el movimiento varias veces con distintas intensidades. Algo en mi interior empezó a dar señales de que me iba a partir en pedazos. Sabía que iba a tener un orgasmo y que iba a ser de los mejores de mi vida. Sin embargo, Robert no estaba dispuesto a darme un respiro tan pronto.

Retiró la lengua y se apartó un poco para después acercarse más. Sentí sus labios con más fuerza. No en mi clítoris, o al menos no sólo en él, sino en todo mi sexo. Mientras me besaba, su lengua penetraba explorando la zona y causaba efectos inimaginables. Yo vislumbraba un cielo estrellado muy cerca de mí, al alcance de mi mano.

A estas alturas, yo gemía, gritaba y decía incoherencias. Pero Robert se apartó un segundo antes del orgasmo. Era una sensación alucinante y frustrante. Lo tenía todo y un segundo después nada.

—¿Has cambiado de opinión?

Sus ojos grises eran puro deseo.

—Sí.

Dibujó su sonrisa perfecta y me deslumbró.

—¿Debo seguir?

Sus labios ya estaban volviendo.

—Sí.

Gemí anticipando el placer.

—¿Sí? ¿Sólo eso?

¡Maldita sea! Robert el ejecutivo en modo autoritario.

—¡Sí, Robert, por favor! ¡Por el amor de Dios! ¿Qué quieres que diga para que sigas?

Ya había ganado. Tiré la toalla.

—¡Ah, dulce Melissa! Tan inocente.

Sus labios ya estaban sobre mí cuando dijo esas palabras. Sus dientes se cerraron alrededor de mi pequeño botón de placer y yo me arqueé gimiendo su nombre. ¿Qué más podía hacer? Estaba infligiéndome una deliciosa tortura, que me

quemaba de dentro hacia fuera y que destruía mi autocontrol. Me mordió y me lamió hasta que no conseguí aguantar más. Sentí que me desintegraba y la sensación era indescriptible.

—Libera a la mujer que sé que tienes en tu interior, Melissa. Goza para mí.

No tuvo que decirlo dos veces. Llegué al orgasmo de forma trepidante y en pocos segundos sentí que me deshacía en sus labios. Estaba en estado de licuefacción. Todo en mí se deshacía, se derretía y se esparcía a su alrededor. Fueron segundos que me parecieron una eternidad, de puro placer y gozo.

Robert volvió a planear sobre mi cuerpo para calmarlo y devolverlo a la realidad. No sé en qué punto o cómo consiguió librarse de los pantalones, pero cuando abrí los ojos y lo sentí cerca, sólo llevaba los calzoncillos. Sus labios exploraron mi cuello suavemente, mientras yo me recuperaba del placer fulminante. Acariciaba mi pelo con sus dedos y me miraba fijamente a los ojos. Yo sabía lo que mi jefe necesitaba y estaba dispuesta a dárselo.

—Te quiero dentro.

—Lo sé. Y nadie en este mundo te desea más que yo.

—Suéltame. Tengo que tocarte —dije, porque necesitaba confirmar que realmente existía, que estaba allí.

—Sé una buena chica.

Era la misma advertencia que me había hecho antes en su despacho, pero eran situaciones diferentes. Ahora yo había aceptado ser suya y ya no había vuelta atrás.

Me soltó las muñecas. El dolor era leve y yo lo idolatraba, porque el recuerdo era fantástico. Pasé los dedos por su pelo y reivindicé sus labios. Sentía mi propio sabor en ellos y era muy excitante. De manera avasalladora, como solía ser cuando estábamos juntos, volví a sentir otra vez necesidad de tenerlo dentro de mi cuerpo. Robert me cogió la mano gentilmente y la llevó entre sus piernas.

—Siéntelo.

Hizo que mi mano recorriera su miembro totalmente erecto. La extensión era algo que realmente llamaba la atención y me hizo desearlo aún más. Yo sabía realmente lo que aquella parte de Robert hacía cuando estaba dentro de mí. Era una mezcla de placer y miedo que daba vueltas en mi estómago. Robert emitió una risa corta y ahogada.

—Voy a meterme dentro de ti, Mel, y va a ser lo mayor y lo mejor que he hecho sexualmente.

Cerré los ojos de placer con sus palabras. Robert se arrodilló entre mis piernas y cogió de una mesa que había a mi lado un preservativo. Cuando se quitó el calzoncillo pude ver el motivo de mi miedo. No es que no lo hubiera observado antes. Siempre era extraordinario observarlo, pero nunca era demasiado cuando se trataba de Robert y todo lo que tenía que ofrecerme.

¡Era hermoso! ¡Hermoso! Grande, robusto, torneado y me hizo salivar. ¿Qué estaba haciendo aquel hombre conmigo? Ayudé a Robert poniéndole el preservativo por toda su extensión. Nunca había imaginado que hubiera preservativos para algo tan... Tan. Pero existían y ahora se ponía uno bajo mi atenta mirada. Fue suficiente para dejarme totalmente excitada.

—¡Melissa! —pronunció mi nombre con delicadeza.

Puso sus brazos alrededor de mi cara. Me miró y vi ternura y devoción en su mirada.

—Dulce e inocente Melissa. —Me besó la comisura de los labios—. Y entonces lo sentí.

Sólo tocaba la entrada de mi sexo. Movía el cuerpo y su miembro me experimentaba y desaparecía. Gemí instintivamente. Eran gemidos con los que imploraba y mostraba el placer que sentía por la expectativa de lo que venía. Nos quedamos así durante unos segundos. Probando, saboreando y retrasando el momento: una deliciosa tortura.

Cuando nuevamente jugó anunciado sus embestidas, intentando sólo acercarse, moví los muslos forzándolo a que

entrara. Robert lanzó un gemido fuerte, gutural. Y sentí que me invadía, aunque no completamente. ¡Fue glorioso!

—No me hagas eso, Melissa.

Robert controlaba la situación, pero acabó perdiendo la iniciativa cuando yo actué de manera inesperada. Me encantó la idea de volverlo loco. Era algo nuevo para mí y yo quería continuar.

Mi amante no aguantó durante mucho tiempo y finalmente me penetró con fuerza, con toda su extensión, sin preliminares ni cuidado. Era enorme y era... ¡Delicioso! Mi compañero gimió y se inclinó nuevamente. Yo repetí el gesto y moví los muslos recibéndolo entero.

—¡Eres tan estrecha! —dijo gimiendo entre dientes, delirando—. Tan caliente y tan mojada.

Robert estaba en su propio paraíso y yo le ayudaba, deslumbrada. Me embestía más y más veces y cada vez lo sentía más y más adentro. Un huracán dominó mi cuerpo y mis sentimientos. El orgasmo se construía poco a poco dentro de mí. Gemí y repetí su nombre varias veces entrando en el ritmo.

—Conmigo, Melissa. Córrete conmigo.

Y lo hice.

Me derretí en sus brazos sintiendo cómo se deshacía él en mí. Sus gemidos, jadeos y suspiros eran estimulantes. Nos quedamos jadeando, tirados en brazos del otro. Echado como estaba, podía sentir su corazón acelerado.

Había perdido la noción del tiempo. Sólo sabía que estábamos juntos y que él, incluso después de haber gozado, seguía dentro de mí, sin dar ninguna señal de que hubiéramos acabado. ¿Aquello era normal? Quizá no para mí o para cualquiera que hubiera vivido lo que yo había vivido antes. Desde el principio, Robert dejó claro que no seríamos como los demás. Yo no conseguía imaginar cómo sería posible, al menos hasta que estuve con él por primera vez, cuando finalmente comprendí que nada sería como antes.

Robert se movió lentamente, saliendo un poco y entrando. ¡Dios! ¿Iba a continuar? Repitió el movimiento. Levantó su

cuerpo y, sin salir de mí, buscó mis ojos. Nos quedamos mirándonos por un lapso indescriptible de tiempo. Sonrió y disipó todas mis dudas. ¡Qué guapo estaba cuando sonreía!

—No tengo ganas de salir de aquí —reveló.

—Entonces no salgas —dije prácticamente suplicando.

Con toda seguridad, Nuestra Señora de los Orgasmos Incansables me estaba apoyando, porque empecé a sentir como si miles de hormigas caminaran por mi cuerpo, de mi sexo a mi útero. Seguro que no sería capaz de salir andando de aquella travesura. Robert cerró los ojos en éxtasis y retomó sus movimientos. Lentamente, entró y salió por bastante tiempo.

Seguimos ese juego hasta que realmente nuestros cuerpos cedieron al deseo que volvió con toda su fuerza y asumiendo el lugar que le correspondía. ¡Dios! Era insaciable. Y yo lo deseaba. Todas las veces que fuera posible.

No me reconocía en sus brazos. Normalmente, después del placer, perdía interés por mi compañero y sólo quería descansar. Luchaba mucho para conseguir un orgasmo, preocupándome por mí misma, como había aprendido a hacer, así que cuando acababa, estaba muy cansada. Con Robert era todo tan natural que no tenía que buscar nada, el placer estaba delante de mí, bastaba con cerrar los ojos y esperar. Leve y sencillo como siempre debería ser.

Dominado por la intensidad del apetito sexual, Robert mordió mis senos con avidez haciéndome gemir fuerte con el contacto. Estaba totalmente sensible en aquella zona, aunque en realidad todo mi cuerpo estaba en situación. Sus dientes cogieron el pezón y la lengua los masajeó. Yo podía sentir claramente su movimiento entrando y saliendo en mí, como si todo mi sexo estuviera cerrado, trenzado a su alrededor. Tenía los brazos dormidos. Por eso, no podía creerme que conseguiría llegar hasta el final. Pero allí estaba yo, luchando contra mi cuerpo y proporcionándole más placer de lo que nunca creí que sería capaz.

Sus movimientos se volvieron más intensos y, entonces, me abandonó. Pude percibir el inmenso vacío que se formaba con su ausencia.



—Tengo que cambiar el preservativo.

Dibujó una sonrisa tan natural que sentí que había encontrado el paraíso.

Se quitó el preservativo, ya lleno, y le hizo un nudo en un extremo tirándolo al suelo. Después cogió otro y vi que había muchos más. ¡Dios mío! ¿Qué esperaba de aquel día? Robert los deslizó con maestría por su pene y volvió a mí tan rápido como había salido.

Me dio un beso escandaloso. Las lenguas bailaban en nuestras bocas. No fue una batalla, porque ya danzábamos en perfecta sincronía. Mi amante, de manera increíble y encantadora, además de excitante, conseguía sincronizar la forma en que su lengua me embestía, con las embestidas de su ágil miembro más abajo.

Nuestros movimientos se volvieron más y más intensos. Robert, en una tortura lenta, llegaba a mi límite, para después volver a estar casi fuera. Me empujaba en cada embestida a un lugar abstracto, irreal, incluso utópico y, al mismo tiempo, genuino, habitual y cómodo. Una línea muy tenue me separaba de la locura total.

Lo deseaba y lo sentía. Lo deseaba tanto. Robert se apretaba contra mí, luchando por llegar más adentro, consciente de que no había espacio suficiente para tanto deseo, aunque no lo aceptábamos y seguíamos buscando más. Yo quería más. Mucho más.

Robert levantó parcialmente el cuerpo y me cogió por la cintura empujándome contra él en un movimiento salvaje. Así consiguió entrar dentro de mí con más facilidad y llegó a mi límite. ¡Guau! Era... Increíblemente placentero.

Yo intentaba estar a la altura. Me retorció y gemía de una manera hasta ese momento desconocida para mí. ¿De dónde salía todo aquello? El hormigueo fue aumentando y, de repente, se apoderó de todo mi cuerpo.

—¡Dios, Melissa! ¡Eres maravillosa! D-E-L-I-C-I-O-S-A —dijo gimiendo y llevándome con él a otro orgasmo alucinante.

Con un nuevo gemido, se dejó caer sobre mí. Jadeamos. Era casi imposible acompañar nuestra respiración. Robert me empujó un poco hacia el lado y se apartó rápidamente para caer sobre el sofá mirando al techo.

—Yo siempre supe que sería bueno, desde el primer encuentro, desde tu primer día en la empresa, pero nunca imaginé que sería así de intenso. —Su mano buscó la mía y dejé que entrelazara sus dedos a los míos—. Y aún no se ha acabado el día —añadió.

¿Qué más podíamos hacer después de tres orgasmos que casi me habían partido por la mitad? La última noche en Grecia me había dado una idea de lo que sería pasarme horas seguidas acostándome con mi jefe. Casi había agotado todas mis fuerzas. Me quedé destrozada durante un día entero. Y fue sólo una noche.

¿Qué me pasaría si dejaba que me hiciera lo mismo durante 24 horas? No conseguía ni imaginármelo. En realidad, ni siquiera conseguía creer que fuera posible. Bueno... No. No lo era... ¿O era posible?

Robert se quedó a mi lado acariciando mi piel con sus dedos. Después se sentó llevándome con él. No me quería levantar. No quería andar y mucho menos hablar. Yo quería que mi cuerpo se entregara a un mundo desconocido, donde todas las mujeres arrebatadas por tantas sensaciones deliciosas tenían derecho a descansar. Era el paraíso y no quería abandonarlo.

Él se rio al ver mi estado y se levantó del sofá dejándome allí sola. Quería dormir y quería saber dónde estaba. No sé cuánto tiempo estuve en esa situación, pero me desperté completamente cuando él volvió y me cogió en su regazo como si fuera una niña.

—¿Qué estás haciendo?

No sabía si lo que sentía era real.

—Vamos a darte un baño.

El hormigueo volvió.

## Capítulo 23

La idea de darme un baño con él me dejó ansiosa y avergonzada al mismo tiempo. Estaba parcialmente vestida. Bueno... Mi vestido, enrollado, estaba cogido de mi cintura, el sujetador medio quitado dejaba mis senos al aire, las sandalias estaban intactas y mis bragas estaban perdidas en algún lugar del salón, así que podía sentirme avergonzada.

Robert me llevaba en brazos, por lo que pude descansar la cara en su tórax perfecto. Su piel era suave y olía muy bien, a una mezcla de sudor postsexo y perfume masculino. Nunca me acostumbraría a él. No como normalmente nos acostumbramos a un ser humano común. Es más, nunca podría identificarse a mi jefe con la palabra «común».

Aún no conseguía comparar la sensación de estar en sus brazos con nada de lo que había sentido hasta entonces. Era irreal. Como si en cualquier momento fuera a abrir los ojos y a descubrir que estaba de vuelta a mi vida serena, donde todo esto no pasaba de ser más que un sueño perfecto y maravilloso.

—No te duermas ahora, Mel.

Su voz era como una melodía en mis oídos. Sonreí con los ojos aún cerrados.

—No sé qué estás planeando, pero no queda mucho de mí.

—Queda bastante para el día entero. Ya hemos pasado momentos peores.

Se rio, burlón. Abrí mis ojos asustada. ¿Estaba hablando en serio?

—No eres humano. ¿Qué especie de animal sobrenatural eres?

Sonrió animadamente mirándome.

—La especie que te va bien a ti y que va a alborotar, remover y endulzar tu vida sexual.

Sentí el hormigueo familiar que invadía mi sexo. ¿Quería aquello? O mejor dicho, ¿lo aguantaría?

Llegamos al baño y me dejó cuidadosamente en el suelo

Probé mis piernas y comprobé con satisfacción que aún podía usarlas. Me las aguanté un momento y luego me arreglé el vestido. Aún sentía un poco de vergüenza. Miré a Robert que ya estaba completamente desnudo. No notó mis ojos golosos en su cuerpo. Aproveché el momento en que entraba en el agua para revisar el material completo. ¡Y qué material!

Robert era simplemente deslumbrante. Tenía un cuerpo totalmente armónico en el que cada parte encajaba perfectamente con la otra. Y su culo... ¡Realmente tenía un culo hermoso! Algo admirable. Sus ojos se encontraron con los míos. Tenía una ceja arqueada, como si me preguntara algo. Sonrió y me sonrojé.

—Es un baño, Melissa. Hay que quitarse la ropa. —Señaló mi vestido, ya arreglado. Desvié la mirada hacia mi mano. ¡Caramba! Sí que sentía vergüenza. Estoy seguro de que le gustó verme de aquella manera—. Vamos a ocuparnos de eso.

Robert, se acercó a mí con unos pocos pasos y depositó un beso casto, delicado y rápido en mis labios. Se agachó delante de mí, me cogió por el talón y me quitó las sandalias. Lo hacía todo con bastante destreza, lo que hizo que me quedara muy quieta contemplándolo. Intencionadamente, me acarició las pantorrillas combinando suavidad y presión. ¡Dios mío! Conseguía darme placer incluso con algo tan simple.

Después de librarme de las sandalias, subió las manos calientes por mis piernas, en un movimiento aún lento y sensual, cogiendo mi vestido y quitándomelo. Levanté los brazos, obediente, para que pudiera terminar de desnudarme. Por fin, me dio un beso más profundo mientras me quitaba el sujetador. Estaba totalmente desnuda. Se apartó dos pasos y me observó. Era imposible estar más roja y más avergonzada.

—¡Preciosa! —Me pasó la mano por el pelo al entender que estaba haciendo que me ruborizara—. Entra.

Me cogió la mano con fuerza y me condujo a la enorme bañera, lo que me llevó a pensar que todo en la vida de mi jefe era así. Un grupo enorme, un ego enorme, seguridad en sí mismo enorme, casa enorme, bañera enorme, y un... Sí, enorme también. Volviendo a la bañera, lo cierto es que se podía hacer una fiesta en ella.

Robert entró y se puso detrás de mí.

—Siéntate.

Parecía divertirse. Me puse de rodillas mientras él se echaba en una posición cómoda. Me cogió para sentarme en medio de sus piernas y, en cuanto lo hice, me abrazó con cariño. La sensación era placentera, casi romántica. Cerré los ojos dejando que mi cabeza descansara en su pecho. Robert jugó con el agua tibia: la cogía entre las manos y me la echaba encima causándome escalofríos.

—¿Te gusta el aceite de baño?

Abrí los ojos sin tener valor suficiente para mirarlo.

—Sí, son buenísimos.

Robert cogió un frasco y echó un líquido viscoso sobre sus manos.

—¿Rosas?

Era una propuesta apetecible. Dije que sí y él, sin más dilación, me pasó aceite por los pechos y los brazos. El placer fue inmediato. El aceite, el aroma de rosas y las manos de Robert en mis pechos eran simplemente una mezcla divina. Volví a cerrar los ojos permitiendo que la sensación me envolviera.

—¿Muy cansada? —Su voz me despertó del sopor en el que estaba sumida. Sus dedos presionaron con firmeza mis pezones. Jadeé, deleitada. Era un buen lugar para que empleara sus manos—. Levanta un poco la pierna. —Obedecí y él me pasó ágilmente las manos desde las rodillas hasta el

límite de mis muslos. Gemí bajito cuando sentí que alcanzaba casi mi límite máximo, entre mis piernas—. ¿Te gusta?

Escucharlo era como oír una melodía dulce, ronca y sensual. Poco a poco, me llevó de nuevo al ya tan familiar punto oscuro. Podía sentir su excitación a través del contacto con su miembro duro y vibrante en mi espalda. ¿Cómo lo conseguía?

—¿Tomas medicación?

No conseguí evitar la pregunta, aunque en cuanto la hice ya me sentí avergonzada.

—¿Medicación?

—Esas cosas... Para... ya sabes.

Robert se rio de mi vergüenza. Tenía que encontrar una forma de evitar que mis pensamientos salieran por mis labios.

—No. Pero respondiendo a tu pregunta, me gusta estar contigo y, como cada segundo a tu lado parece ser el último —apreté los labios sin sentirme cómoda con sus palabras—, no consigo controlar mi voluntad de aprovechar el máximo posible. Además de que... Normalmente tengo muy buena disposición.

—¡Ah!

Mierda. Empezaba bien, haciéndome creer que era la única mujer del mundo para luego dejar claro que era una reacción que tenía con todas, lo que me devolvía a la larga lista de personas insignificantes que había en su vida. Era frustrante.

—Ahora contéstame, ¿te gusta que te toque de esta manera?

Hizo una demostración de la forma a la que se refería rozando con las manos mis muslos hasta llegar a mi punto débil.

—Me gusta mucho —dije gimiendo, entregada a sus caricias.

Era consciente de que seguía una ruta incierta, pero no tenía voluntad para dejar de atenderlo de nuevo.

—Después soy yo el monstruo insaciable —dijo riéndose en mi cuello.

Sus manos me abandonaron para retirar el pelo mojado pegado a mi espalda y echarlo sobre mis hombros, que luego besó y mordió.

—Me gusta cuando te excitas —me susurró al oído—. Ese es el mayor estimulante para mí, Melissa. Saber que tu respiración está desacompasada, tu corazón acelerado, los ojos desenfocados, los pensamientos inconexos, saber que estás totalmente húmeda y, sobre todo, el rubor en tu cara. ¿Hace falta algo más para que un hombre pierda el control? Me vuelves loco, Mel.

¡Ah! Me encantaba su voz cuando susurraba palabras calientes en mi oído.

Robert me levantó con facilidad y me puso de rodillas en la bañera, de espaldas a él. No podía saber qué estaba preparando. Pero ansiaba que continuara.

—Pasa tus piernas y deja las mías entre ellas. —Obedecía de inmediato. Sabía que, abriendo las piernas como me pedía, le daba una visión muy amplia de mí—. ¡Así, Melissa! —dijo suspirando lascivamente.

La forma en que reaccionó tenía algo de animal feroz, que sólo se presentaba cuando mi compañero no conseguía contener más el deseo para dejarlo fluir en todos sus actos, incluso en la voz, que se volvía más grave, cargada y susurrada. De nuevo sentí como si pequeñas corrientes eléctricas recorrieran todo mi cuerpo.

—¡Ahora, siéntate!

Cogiéndome por los muslos, Robert me guio e hizo que me sentara sobre su miembro duro. Tocó la puerta de mi feminidad y la forzó. Noté que estaba completamente lista para recibirlo. Siempre lo estaría.

Con las manos firmes, me movió poseyéndome lentamente. Su pene me invadía implacablemente abriendo espacio dentro de mí y dominándome completamente. Gemí de dolor y placer. Era una sensación angustiosa y al mismo tiempo maravillosa.

Con las manos abiertas, Robert masajeara mi culo con los pulgares y me impulsaba lentamente hacia arriba. Yo sólo obedecía, como una buena chica. Nuestro ritmo fue aumentado de manera gradual y, poco después, él inició una secuencia de gemidos que calentaron mi sangre y me estimularon aún más.

Me conducía y me apretaba de manera elocuente. Consciente de que podía hacerlo mejor de lo que lo estaba haciendo, adopté mi propio ritmo, moviéndome hacia delante y hacia atrás cuando mi compañero me guiaba hacia arriba y hacia abajo. Una de sus manos subió hasta mi seno y lo apreté mientras embestía con más intensidad. Estaba a las puertas de la locura. Todo mi cuerpo respondía a sus empujones con voluptuosidad cuando mi sexo tembló, en un aviso de que estaba a punto de tener otro orgasmo maravilloso.

—¡Mel! —pronunció mi nombre entre dientes y en medio de un gemido.

Exploté gritando fuerte y entregándome al placer. Él todavía me penetró dos veces más para entregarse entonces a su propio orgasmo.

Después de la mezcla de sensaciones que nos desconectaba del mundo a nuestro alrededor, nos quedamos sentados, aún abrazados, dejando que todo volviera al lugar que le correspondía. Como si fuera posible. Apoyé la cabeza en su hombro dejando que mi cuerpo se recuperara de los momentos de éxtasis.

Me dolían todos los músculos y volvió a dominarme la somnolencia. Robert, con los brazos firmes en mi cintura, impedía que los abandonara. Mantenía la cara enterrada en mi cuello y yo me preguntaba por qué seguíamos durante tanto tiempo en aquella posición. ¿Por qué no salíamos y hablábamos? Empecé a inquietarme.

—¿Usas anticonceptivo? —dijo finalmente. Tardó, pero al final lanzó la bomba.

Cerré los ojos. Había entendido el mensaje. No podía quedarme embarazada. Él no podía tener un hijo con su amante. Sería una falta de respeto con su esposa. Mi corazón



se aceleró. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué le había permitido llegar tan lejos?

—Lo hemos hecho sin preservativo. No era lo que pretendía, pero... No consigo pensar racionalmente cuando estamos juntos.

—No te preocupes. No me voy a quedar embarazada.

Me aparté un poco de él.

—¿Qué pasa? —dijo atrayéndome hacia sus brazos.

—¡Nada!

—Melissa... —dijo en tono de advertencia.

—Tú. —Sus cejas se arquearon y se juntaron reflejando claramente su confusión—. Haces que me sienta horrible por haber aceptado.

Sus labios formaron una línea fina.

—No sería justo con Tanya si te quedaras embarazada, ¿no crees?

Claro que no. No era justo ni que estuviéramos acostándonos en aquel momento. Suspiré pesadamente y acabé asintiendo con la cabeza y desviando la mirada.

—Mel —me llamó con dulzura—, no pienses en eso.

—No pensaré. Estoy tan cansada que no consigo pensar en nada —zanjé.

Robert me dedicó una perfecta sonrisa torcida. Estoy segura de que mis ojos brillaron aún más. ¿Dónde diablos me estaba metiendo?

Nos levantamos y él fue directo a la ducha. Yo no tuve el mismo ánimo. Me puse un albornoz, que estaba doblado sobre el lavabo, segura de que lo había dejado allí para mí, y me envolví en él. Me iba perfecto. Si tenía albornoces de aquella talla, teniendo en cuenta que él era mucho más alto y ancho que yo, sólo cabía deducir que otras mujeres habían pasado ya por aquella casa. Me daban ganas de tirarlo a la basura, aunque, desgraciadamente no podía hacerlo, así que me

esforcé por desechar ese pensamiento. No podía echárselo en cara, pues ya lo había aceptado.

Me eché en la cama enorme, sonriendo por aquella ironía, y mi cuerpo agradeció el colchón cómodo y las almohadas perfectas. Creo que me dormí en el mismo momento.

Sentí algo caliente en mis labios y la sensación era muy placentera. Después, el vacío. De nuevo algo caliente y después el vacío. A pesar de estar dormida, noté que unos dedos recorrían mi cuero cabelludo con cariño. Me anidé aún más en la almohada. La misma sensación caliente y suave se prolongó en mi cara y después en mi oreja.

—¿Vas a dormir todo el día? —Robert invadió mis pensamientos. No sabía si aún soñaba—. Despierta, Mel. — Moví las piernas y una pequeña molestia me indicó que estaba dolorida. Gemí bajito. Su mano acarició mi pelo—. Despierta, cariño. Tienes que comer.

La gentileza en su voz me animó a envolverlo con mis brazos. Se rio suavemente. El calor que sentía venía de sus labios. Sentía unas ganas incontrolables de volver a besarlo. Lo busqué y él correspondió con la misma intensidad, con un beso dulce y sereno. Después se apartó y se rio. Abrí los ojos lentamente y la claridad me deslumbró.

—Aún soy el monstruo que va a alborotar, remover y endulzar tu vida. ¡Cuidado! —bromeó haciéndome sonreír.

—Realmente, tengo que tener cuidado. Eres un monstruo excelente. Muy competente en lo que haces.

Robert me volvió a besar y yo lo envolví con mis piernas. Una punzada en el cuerpo me recordó que no debía abusar mucho de mi cuerpo.

—Tienes que comer algo.

—¿Qué hora es?

—Las cuatro de la tarde.

Abrí los ojos de par en par. ¿Tanto había dormido? ¡Mierda! Había perdido toda la tarde y ahora tendríamos que marcharnos.

—¿Por qué estás tan afligida?

—Tenemos que marcharnos.

Hablé bajo, con miedo a romper el encanto. No quería irme. Quería más de él, aunque no debía atosigarlo con peticiones, no en nuestro primer día oficial. Había dejado claro que pasaba todas las noches en casa, con su esposa.

—No tenemos que irnos. Lo he arreglado todo. —Busqué algún indicio que indicara que estaba bromeando, pero no encontré ninguno. Era verdad. Pasaríamos la noche juntos. Mi sonrisa fue reveladora—. Estaré en una reunión hasta la noche y voy a dormir en un hotel por la distancia. Ya lo he hecho algunas veces. No fue muy difícil convencerla.

Otra vez me sentí mal. La sensación de culpa latía en mi cerebro. Era una ladrona, una usurpadora, estaba destruyendo su matrimonio. Cierto que su matrimonio no era como deberían ser los matrimonios, pero aún estaban juntos, aunque sólo fuera por las apariencias. Y la preocupación por esconderse que tenía sólo me hacía pensar que quizá no sólo fuera por eso.

—¿Otra vez pensando en este asunto?

Aún hablaba con dulzura.

—Tengo que comer.

Hice ademán de levantarme, pero Robert me lo impidió.

—¡Mel, por favor! Olvídalo. No es como piensas. Es sólo... Complicado. Es todo demasiado complejo como para permitir que te veas implicada.

Recado enviado y entendido: no tenía que implicarme. No habría espacio para sentimientos en nuestra relación.

—Está bien, Robert. Sólo tengo que darme un baño y comer.

Sus ojos me observaban como si intentaran encontrar algo. Me levanté y fui hacia el baño para darme un baño largo y relajante sin la presencia de mi jefe.

Cuando salí, ya no estaba. Busqué mi ropa y encontré sólo una camisa roja con detalles de encaje transparente y la espalda destapada. Al lado, una túnica de seda fina, también roja. Las braguitas acompañaban el conjunto. La cogí entre los dedos y me sentí cohibida sólo de mirarla. Era toda de encaje. Tan pequeña, tan delicada que podrían rasgarla con los dientes.

El pensamiento me hizo que sintiera un nudo en la boca del estómago. Quería que él lo hiciera. La parte delantera y la parte trasera de las braguitas eran del mismo tamaño. Sólo se podían distinguir porque la parte de atrás llevaba un lazo que deduje sería la única parte que se vería cuando me la pusiera.

Robert, una vez más, había pensado en todo. Quería verme con aquella ropa. Vestida sólo para su placer. Era frustrante y excitante al mismo tiempo. Mi cuerpo era un campo en el que batallaban el bien y el mal.

Vestida como él había dejado claro que deseaba verme, salí de la habitación. Lo encontré en el pasillo. Llevaba sólo un pantalón largo y chanclas. Me llamó la atención su pecho desnudo. Quería tocarlo. Las braguitas no resistirían seguro, porque ya estaba totalmente mojada. ¡Santo Dios! ¿Cómo podía tener ese efecto devastador sobre mí sin ni siquiera tocarme?

—Iba a buscarte. Pensé que te habías dormido en la ducha o que te habías ahogado en la bañera.

Su sonrisa era burlona y no me hizo gracia, como siempre me pasaba.

—Discúlpame por haber dormido tanto.

—No te disculpes. —Me cogió de la cintura—. Veo que mi regalo te queda perfecto.

—Aún no lo has visto todo —lo desafié.

—Ya lo veré, ya. ¿Vas a comer algo? —Robert me cogió por detrás y abrazándome me llevó hasta la cocina—. Espero que te guste la comida china.

—¿Has cocinado? —pregunté admirada.

—No, he pedido comida a domicilio —reveló rascándose la cabeza y entornando los ojos.

Me reí.

—Ya me lo imaginaba.

—Yo sé cocinar. Te sorprenderías con mi perfecta técnica para freír huevos.

—¡Ah! Sería realmente sorprendente.

Me senté en la silla que gentilmente me acercó.

Robert me sirvió un poco de la comida que había comprado. Oía muy bien. Él se sirvió también y encendió la televisión. ¡Joder! Otro aparato inmenso que me llevó a pensar qué problema tenía mi jefe con el tamaño de las propiedades. Moví la cabeza y me reí para mis adentros. ¿Esa era su intención quizá? Hacer que las mujeres que entraran en su universo recordaran todo el tiempo que él era... ¿Grande?

Atenta vi que sintonizaba un canal de noticias, la mayoría sobre el mercado financiero, novedades y negocios. Me encantaba ese canal. Robert empezó a comer con los ojos pegados a la pantalla. Miré mi plato y luego el sofá. Lo cogí todo y me senté frente al televisor. Después de algunos segundos, mi jefe estaba a mi lado, con el plato en la mano y mirando atentamente las noticias.

Comimos en silencio hasta que acabamos. Era tan fácil y agradable estar con él así. Dean nunca me dejaba ver las noticias. Hacía comentarios mientras estaban aún dando las noticias. Robert, no. Se interesaba, como yo, en seguir lo que pasaba en el mundo.

—Bueno, señorita Economista, ¿qué tiene que decir sobre lo que hemos visto? —me preguntó para provocarme.

—Ya sabes, tanto como yo, que ya preveíamos estos acontecimientos. El mercado sigue caliente, lo que lleva a pensar que sus empresas están en el buen camino. —Sonrió ampliamente. Con un gesto de la mano, me invitó a continuar—. Me pareció interesante aquel grupo de científicos. Es una

pena que no haya recursos suficientes para su proyecto. Creo que si contaran con la inversión adecuada, con toda seguridad tendrían un éxito astronómico. Sería una gran victoria para la empresa que decida invertir en ellos.

Lo miré de soslayo. Si pensaba que me sentía insegura en la profesión que había escogido, estaba muy equivocado. Robert suspiró y movió la cabeza mostrando que estaba de acuerdo conmigo. Después me cogió el plato de las manos y se levantó para llevarlos a la cocina. Cuando volvió estaba diferente. Mucho más parecido con el señor Carter con el que trabajaba que con el Robert que estaba en la cama conmigo unas horas antes.

—No sólo tienes los ojos bonitos, son astutos también — Retomó la conversación—. Y tu linda cabecita no sirve para pensar banalidades sólo. —Entorné los ojos haciendo que sonriera—. El viernes aprobé los recursos necesarios para su proyecto. ¡Enhorabuena, señorita Simon! Ha sido un análisis excelente.

Mi corazón se aceleró. ¿Me estaba elogiando? No por mis dotes físicas o sexuales, sino por mi capacidad profesional. ¡Guau!

—Un buen negocio, señor Carter.

Se limitó a asentir con la cabeza.

Nos quedamos algún tiempo en silencio. Robert parecía estar pasando por un conflicto interno, con el cuerpo proyectado hacia delante y los codos apoyados en las rodillas. Con los dedos cruzados sosteniendo la barbilla, miraba al vacío. No me moví y evité respirar, porque no había manera de saber qué le pasaba por la cabeza. Después de un tiempo pensando en Dios sabe qué, me miró. Sus ojos habían cambiado completamente. Ahora expresaban deseo y admiración. Mi piel hormigueó con esta nueva faceta suya.

—Ven aquí.

Me llamó, me cogió la mano y me llevó a su regazo. Acabé sentada en sus rodillas mirando hacia él. Robert se recostó en el sofá y sus manos recorrieron mi camisón. El roce de sus

dedos con la seda era simplemente embriagador. ¡Perfecto! Rápidamente pude sentir cuánto me deseaba y mi cuerpo le dio luz verde enseguida.

—¡Melissa! —susurró con deseo. Pronunciaba mi nombre como quien saboreaba un dulce—. Eres completamente afrodisíaca.

Cogió mi cara entre sus manos para darme un beso sediento.

No tenía la más mínima idea de qué había hecho para que reaccionara así, pero me encantaba ser afrodisíaca para él. Era como tener súper poderes y deleitarme disfrutando con ellos. La idea de tenerlos en mis manos era alucinante.

Toqué su pecho desnudo aguantando nuestro beso y dejé que mis manos llegaran donde él quería. Incluso por encima del pantalón, Robert era increíble. Mis dedos recorrieron toda su extensión. El contacto hizo que se echara hacia atrás gimiendo. Era demasiado bueno verlo disfrutar así, especialmente cuando la que le proporcionaba el placer era yo.

Apreté la palma de la mano en su pene dejándole sentir cuánto lo deseaba y él gimió con más fuerza. Robert desató mi camisón y me miró con sus ojos hambrientos. Se apartó de mi cuerpo y me besó los hombros y enderezó mi espalda de modo que el camisón se levantara aún más. Sus manos descendieron hasta mi culo y lo agarraron y apretaron con un cuidado extremadamente sensual. Los labios iban de mi cuello a mis hombros, aunque sus ojos miraban detrás de mí. Miré hacia atrás para ver qué era lo que la atraía tanto.

—Señor Travieso Carter.

Se rio en mi cuello, porque lo acababa de sorprender mirando nuestro reflejo en la televisión detrás de nosotros. Como estaba apagada, nos reflejábamos a la perfección. Había levantado el camisón para ver mi culo. Me pareció gracioso y al mismo tiempo excitante. Muy excitante.

Robert me quitó el camisón y me dejó sentada sobre sus piernas sólo con las bragas. La pequeña y frágil prenda, que había comprado para mí sólo para su deleite. Era tan

minúscula que sólo se podía ver el lazo. Me sentía fantásticamente bien.

Me moví sobre su erección en el mismo momento en que él me chupó uno de los senos. Esta vez fui yo la que gimió. Robert jugaba lamiendo, chupando y mordiendo el pezón duro y listo para ser saboreado. Me encantaba.

Cogí su miembro y lo saqué del pantalón, masajeándolo con movimientos leves y un poco de presión, mientras mi mano subía y bajaba. Cuando llegaba al final, mis dedos hacían un movimiento delicado y circular para que mis dedos acariciaran la punta y después descendieran una vez más lubricando toda su extensión. Él gemía y se movía. Con un gesto violento, me arrancó las bragas con apenas un tirón. Lo miré asustada, aunque en el fondo estaba admirada y extasiada. Había sido muy sexual.

No sé de dónde sacó el preservativo, pero, en pocos segundos, lo tenía puesto y, en menos tiempo aún, Robert ya me había cogido y sentado sobre su pene erecto para hundirse dentro de mí. Gemimos juntos. Yo sabía que mi órgano ya se quejaba por el exceso, aunque podía sentir que al mismo tiempo reclamaba más contacto.

Fue el conflicto más delicioso que he vivido. Porque a cada subida sentía alivio y, cada vez que bajaba, podía experimentar una mezcla extraordinaria de dolor y placer. Como en la bañera, mi cuerpo ganó vida propia y me vi moverme sensualmente y segura mientras lo cabalgaba.

Robert rugía de placer cuando casi lo sacaba de mí para después volver a meterlo dentro de mí en una contorsión. Nunca había sido tan osada, pero con él, no sólo quería serlo, sino que tenía que serlo. Como quien necesitaba aire o agua. Lo necesitaba desesperadamente dentro de mí, como ansiaba oír sus exhortaciones y delirios.

Sus manos me recorrían, sin permanecer mucho tiempo en un lugar. Acariciaba y apretaba mi culo o exploraba mis senos o me acompañaba cogiéndome por la cintura o me tiraba del pelo buscando mi boca. No sabía decir qué me gustaba más. Sólo sabía que me gustaba.



Nuestro ritmo aumentó haciendo que delirara. Deduje, por la forma en que reaccionaba, que mi cuerpo anunciaba una explosión interna, tal vez la mayor de todas. Mis brazos buscaron el sofá. Mis brazos buscaron el apoyo dejando a Robert entre ellos y me moví más animada para recibirlo cada vez más profundo, más profundo. Pronto me dominó la sensación narcótica.

Con la diferencia de unos pocos segundos, él también se entregó. Hubo una diferencia respecto a las demás veces, de aquel día y de todas las veces que lo hicimos. Nos entregamos al placer mirándonos a los ojos, contemplándonos. Fue mágico y perfecto. Mucho mejor que cualquier otra vez en toda mi vida.

Con la voluptuosidad en el aire y aguantando la mirada, Robert me acarició la cara. El suyo, tocado por la poca luz que ya anunciaba la noche, parecía el rostro de un ángel. No me cansaba de mirarlo. Sólo entonces comprendí que nos mirábamos como si nos conociéramos. Él me miraba como si me conociera, como si me recordara de algún momento del pasado. Era imposible, claro. Nuestra diferencia de edad confirmaba esa imposibilidad. Sin embargo, mi corazón me alertaba de la misma sensación y entonces comprendí que, en realidad, reconocía la sensación de estar enamorada.

Robert era todo lo que siempre había buscado, incluso sin saberlo. Me completaba, eliminaba el vacío que hacía tanto tiempo que intentaba llenar. ¿Pero cómo? Sus ojos me decían lo mismo, pero no podía creerlo. Teníamos un acuerdo y en él no existía espacio para el amor. Él estaba casado y no pretendía separarse, al menos no en aquel momento. Entonces, ¿por qué me miraba con tanta intensidad? ¿Por qué sus ojos me decían que él también me había reconocido, que yo también era lo que necesitaba para completar su vida? ¿Y por qué me sentía como si estuviera contemplándome a mí misma en un espejo?

Desvié la mirada y agradecí que hubiera poca luz. Él no podía ver que estaba a punto de llorar. Lentamente, me levanté y me senté a su lado en el sofá apoyando la cabeza en el

respaldo. Me asaltaba un torbellino de pensamientos que no quería abandonarme.

El ruido de la lluvia, que golpeaba la puerta de acceso a la piscina, me llamó la atención. Me incliné para mirarlo y vi como Robert me estaba mirando. Parecía tan asustado como yo. ¿Qué estaba pasando? Le aguanté la mirada tanto como pude hasta que él desvió la suya.

—Creo que necesito un baño.

Salió del salón sin decir una palabra más. Sin preguntar si lo acompañaría o darme un beso. Simplemente se levantó y salió. Mi corazón me martilleaba el pecho y se me escaparon las lágrimas. Me mordí los labios para reprimir un sollozo. Estaba enamorada de él. Era el mayor error que podía cometer. Tenía que ser sólo sexo, sólo eso. Pero me había enamorado.

¡Maldita sea!

Después del baño y de una dolorosa espera, Robert volvió totalmente recuperado de la sacudida. Yo ya estaba recompuesta y tenía puesto el camisón con la túnica encima. Las bragas estaban en el sofá. Me abrazó fuerte y me besó los labios con ternura como si no hubiera ocurrido nada.

Frío, distante, impasible y completamente frustrante. ¡Maldita sea!

Yo también había tenido tiempo de recomponer mi máscara, así que decidí seguirle el juego. Hablamos de banalidades y vimos las noticias. Robert me hacía preguntas sobre lo que consideraba relevante. Yo las respondía todas, pero, en mi interior, mi cabeza sólo actuaba mecánicamente para evitar que los pensamientos negativos me volvieran a invadir.

Hablaba conmigo con toda normalidad y no volvió a tocarme, lo que me dejó aún más deprimida. La expectativa me corroía por dentro a cada movimiento de sus manos o de su mirada. Pero no hacía nada. Antes de las diez, decidió que debíamos irnos a dormir. Me cogió la mano, me llevó a la cama y la deshizo. Cuando nos acostamos, me besó cariñosamente y después, con un simple «buenas noches»,

cerró los ojos y se durmió abrazado a mí. En pocos minutos, estaba entregado al sueño.

Durante toda la noche, libré una batalla interna. Lo que había descubierto, no me permitía estar en paz, especialmente con él agarrado a mi cuerpo, con su respiración calentando mi piel y su hermoso rostro entregado de una manera tan plena al sueño que no reflejaba ningún tipo de problema o confusión. Parecía un ángel durmiendo. Quería tocarlo, pero seguro que si lo hacía se despertaría y no estaba preparada para confrontarlo.

Era casi por la mañana y no conseguía seguir acostada a su lado. Intenté ser cuidadosa al librarme de sus brazos y bajé de la cama sin hacer ruido. Caminé por la casa como un fantasma asolado por asuntos sin resolver.

No quería pensar y mucho menos discutir conmigo misma sobre lo que había permitido que ocurriera. Sólo buscaba una forma de acallar mi mente, de dejarla vacía para que la nada me trajera un poco de paz.

La lluvia insistía en castigar la noche. Caminé hasta la puerta de acceso a la piscina y miré por la ventana dejando pasar el tiempo mientras observaba el vacío que tenía ante mí. Era como si fueran mis propias lágrimas derramándose.

Confusa y desamparada, empecé a sentir rabia contra mí misma. No podía ser tan débil. Teníamos un acuerdo y este preveía sólo momentos intensos en los que ambos buscábamos sólo nuestra satisfacción sexual. ¡Qué tonta había sido! ¿A quién quería engañar? Robert había dominado mis pensamientos desde nuestro primer encuentro.

—¿Mel? —Lo oí llamarme y me volví para encontrarlo de pie en la escalera que llevaba a las habitaciones. Di gracias a Dios por no estar llorando. No quería que me viera tan vulnerable—. ¿Algún problema?

Contemplé su belleza asombrosa mientras bajaba hacia mí. Estaba maravilloso sólo con el pantalón del pijama

—No. Nada, sólo es que no podía dormir. Creo que ya descansé demasiado ayer por la tarde y ahora no tengo sueño.

Pareció no notar mi aprehensión.

—No estabas en la cama. Pensé que había pasado algo.

Me cogió para darme un beso que permitía el encuentro de nuestros cuerpos. Era increíble como conseguía que todos mis pensamientos e inseguridades se evaporaran con aquella forma de tratarme, protectora y al mismo tiempo dominante y, por encima de todo, sensual.

—¿No estás cansada? —Dije que no y apoyé mi cabeza contra su barbilla—. Te echaba en falta.

Un escalofrío recorrió mi espalda.

Yo también lo echaba de menos. La forma en que sus manos se abrieron y me abrazaron fuerte, envolviéndome completamente, dejó claro cuánto sentía y cómo se sentía. No tuve que pensar para reaccionar.

Mis manos recorrieron su pelo y envolví sus labios en los míos saboreando las delicias de su beso. Podía pasarme la eternidad besándolo. Robert me levantó y yo enrosqué mis piernas en su cintura. Nos pegamos a la pared, donde me apoyó con ganas para pasar luego sus manos por mis muslos y llevarlas hasta mi culo. No llevaba bragas y eso lo excitó aún más.

Rápidamente estaba dentro de mí. Llenó inmediatamente todo el vacío de su ausencia. Cuando estábamos unidos así, Robert hacía que me sintiera como una parte de él y no como un ser independiente. Éramos una única criatura y constatarlo me entristecía. Hacía que mi alma sangrara, pues sabía que no podía esperar nada de él.

Mi amante arremetía con fuerza y me forzaba a expulsar todo pensamiento que no fuera lo que estaba ocurriendo en aquel momento. Me poseía y yo gemía entregada al momento. Cómo me gustaba estar con él. Cómo lo deseaba. ¿Huir? ¿Desistir? No tenía cómo hacerlo. Ya le pertenecía.

Nuestros cuerpos se movían en el mismo ritmo. Sentía el frío de la pared en mi espalda y el calor de Robert delante. Se metía cada vez más adentro alcanzando un punto más lejano del que ya había conseguido alcanzar antes. Cerré los ojos para

no pensar en nada más, sólo en él y en el placer que sentía al tenerlo totalmente dentro de mí.

Sus manos, su boca, sus dientes, su lengua y su sexo danzaban en mí en una coreografía perfectamente ensayada. Era un conjunto armonioso y poderoso. Me dominaba sin que tuviera oportunidad de escapar, aunque tampoco había muchas posibilidades de que ni siquiera lo intentara.

—Te deseo, Mel. Te quiero sólo para mí —repetía gimiendo y me esparcía besos por la cara.

—Ya me tienes. Yo. Soy. Sólo. Tuya. De nadie más.

Imploré en aquel momento, para que él fuera mío también, aunque sabía que era una batalla perdida.

—Estoy loco por ti, niña —murmuró mientras me invadía con fuerza.

No conseguía oír nada más. La felicidad corría por mis venas a una velocidad alucinante. Mi corazón se aceleraba mientras el cuerpo anunciaba que no podía contener más el placer inminente.

—Entrégate —dijo con su voz ronca, que desencadenó un torbellino de sensaciones.

Robert gozó inmediatamente. Yo gemí alto dejando que el orgasmo me consumiera.

Aún jadeantes por el esfuerzo de la posición en que nos encontrábamos, nos escurrimos por la pared hasta echarnos en el suelo, donde nos quedamos abrazados. Robert, muy lentamente, distribuía besos por mi cara y me acariciaba el pelo y la espalda.

—Debemos tener más cuidado con nuestras emociones. — Su pecho, acelerado, aún temblaba en mi mano—. No me dejas razonar, Melissa. Hemos vuelto a hacerlo sin preservativo.

Las palabras me golpearon con fuerza, especialmente porque sabía el motivo de su preocupación. Todavía tenía los brazos firmes alrededor de mí y me acurrucaba en su pecho. ¿Cómo contener la confusión que se formaba en mi

pensamiento que ya amenazaba con desbordarse a través de mis ojos?

Necesitaba huir de la culpa que intentaba apoderarse de mí. Podía ocuparme de ella más tarde, cuando estuviera sola y no hubiera nadie que me viera llorar.

—La culpa es tuya. Nunca he conocido a nadie con tantas ganas.

Se rio.

—Vamos a la cama. Tenemos un día muy cargado y tenemos que descansar.

La tristeza al ver que se acababa nuestro día era grande. No conseguiría sólo acostarme a su lado y esperar que se acabara. Por eso decidí darme un baño antes de unirme a él en la cama y, cuando finalmente lo hice, Robert ya dormía como un ángel. Mi ángel.

## Capítulo 24

Podía verlo. Podía contemplar cada parte de él. Robert estaba de pie. Llevaba uno de esos trajes que le quedaban gloriosos. Iba peinado con toda formalidad. Estaba apoyado en la mesa del salón con las manos en jarras. Los ojos grises eran ahora negros, fríos e implacables. Sentía miedo por la forma en que me miraba, aunque, aún así, quería tocarlo. Estar a su lado, decirle que estaba allí.

Avancé hacia él, pero algo me retuvo donde estaba. Intenté avanzar una vez más, pero no lo conseguí. Sentía que avanzaba y que algo me retenía y me impedía llegar a él. Robert no se movía. Sólo me miraba observando la situación.

La desesperación se apoderó de mí. No quería verlo de aquella forma. Aquel no era mi Robert, era el señor Carter en medio de una negociación que tenía que llevar con cautela para no perder.

Me esforcé nuevamente en alcanzarlo y algo me lo impidió con más fuerza. Robert me miró con más atención inclinando el cuerpo hacia mí como para observar mejor lo que había detrás de mí. Fue cuando miré hacia atrás y vi lo que me retenía.

Tanya.

Guapa, con su rostro perfecto, su pelo maravilloso y su traje impecable para una mujer en su posición. Me aguantaba por los brazos y sus ojos eran letales. Su boca estaba curvada en un ángulo bestial. Me iba a matar. Estaba segura.

Intenté zafarme y ella, sin mucho esfuerzo, me aguantó en el sitio. Miré a Robert que seguía parado. Entonces lo entendí. Nunca lo alcanzaría. Tanya nunca me lo permitiría. Sentí que me debilitaba y las lágrimas me invadieron mientras mi cuerpo se hundía.

—Mel —su voz me llamaba, pero su boca no se movía—. ¡Despierta! ¡Despierta, Mel! —me lo decía cada vez con más insistencia—. Despierta.

Abrí los ojos y, por la claridad, vi que ya era de día. ¿Cómo? No me había dormido hacía tanto tiempo. Recordaba estar en la cama observando a Robert dormir hasta que salieron los primeros rayos de sol en el horizonte.

—¿Estás despierta? —Sólo entonces lo vi inclinado sobre mí con una expresión confusa—. ¿Estabas teniendo una pesadilla? —preguntó aturdido—. Estabas llorando.

Intenté hablar, pero no me salía la voz. Sus dedos recorrieron mi rostro humedecido. Me incorporé un poco intentando adaptarme a la realidad y tuve una visión más amplia de mi amante.

—Estás vestido.

Lo dije con voz ronca y quebrada. Me arañaba la garganta. Robert estaba sentado a mi lado, en traje, como en mi sueño.

Yo aún tenía el corazón acelerado. Él me observaba.

—Sí. Venía a despertarte y te he encontrado así. Ya es de día. Tenemos que volver.

¡Oh, mierda! Teníamos que volver. Tanya. Nunca me dejaría alcanzarlo. Asentí con la cabeza y bajé las piernas de la cama. Estaba fatal, temblaba. Seguro que no había dormido más de media hora y además con pesadillas... Suspiré.

—¿Estás bien?

Robert aún estaba preocupado.

—Sí. Estaré lista en unos minutos.

Asintió, y después de mirarme para comprobar si realmente estaba bien, salió de la habitación.

Fui hasta el baño y encontré un cepillo nuevo al lado del que imaginé era el suyo. Siempre pensaba en todo. Suspiré. Sería perfecto si no fuera un error tan grande. Robert era el príncipe que se convirtió en sapo.

Me lavé los dientes, me peiné y volví a la habitación. Tenía que buscar mi ropa. Era la única que tenía, especialmente las bragas. Pero me llevé una sorpresa.

Encima de la cama había un vestido verde, con escote cuadrado, perfecto para ir al trabajo, no a una discoteca, y un conjunto de lencería blanca. Otro punto para Robert. A lo mejor no se había transformado del todo en sapo. Quizá la «sapo» era yo, esperanzada e ilusa, al creer que el beso de un príncipe encantado sería suficiente para cambiar toda mi vida. Me vestí y me puse base de maquillaje que gracias a Dios llevaba en el bolso. Nicole no permitiría que fuera sin maquillar.

Fui hasta la sala, donde lo encontré con una tostada en la mano y una taza de café en la otra. Robert estaba de pie viendo las noticias locales. Fui derecha a la mesa y me serví sólo una taza de café. Me senté dándole la espalda y tomé sorbos cortos mientras miraba hacia fuera de la casa.

La puerta de acceso a la piscina estaba abierta. El exterior era tan lindo como la casa por dentro. Me quedé encantada,



aunque en realidad el sueño había terminado. Ya estábamos de vuelta a la realidad y en ella Tanya era la protagonista.

—¿No tienes hambre? —me preguntó, ahora sentado delante de mí.

—No. Estoy demasiado cansada para pensar en comida.

Él sonrió levemente.

—Tampoco te interesan las noticias.

Había notado mi apatía.

—¿Hay algo interesante? —pregunté intentando mantener una conversación normal.

—¡Ah! Creo que no hay ninguna novedad. El avance en la investigación de la energía nuclear y las maravillas que se pueden conseguir con ella. Eso lo podemos oír y leer casi todos los días.

Asentí y nos quedamos en silencio.

—Tenemos que irnos —habló bajo como si también le molestara.

Levanté los ojos y lo vi agachar la cabeza y fijar la mirada en el contenido de la taza. Su forma de actuar me decía que algo más le preocupaba. Algo que podía quitarle la paz. No haber usado preservativos, claro.

—¡Ah! Estás. Necesito dos minutos. —Volvió a mirarme—. Tengo que tomarme la píldora.

Le informé como si fuera una banalidad. Cogí el bolso y saqué la píldora. Volví a la mesa y me serví un vaso de zumo para tomármela. Él me miraba atentamente.

—¿Anticonceptivos?

—Sí.

Relajó visiblemente los hombros y a mí se me hundió el corazón en el pecho. ¡Mierda!

—Bien.

Desvió la mirada. Todavía había algo más. ¿Pero que podía ser? No dijo nada.

De vuelta al coche, Robert habló poco. Su semblante me decía que aún había un problema y estaba casi convencida de que era yo. Yo no quería ser un problema. Si lo era, podía estar tranquilo. Yo no intentaría imponerme en su vida, como él había hecho conmigo. Sabía perfectamente cuál era mi lugar y no era a su lado, como me estaba dejando bien claro.

—¿No me vas a contar qué soñabas?

—No soy muy buena en eso. —Me miró rápidamente y después volvió a prestar atención a la carretera. Se quedó en silencio esperando—. No suelo acordarme de los sueños —mentí.

Asintió mostrando que estaba de acuerdo con lo que había dicho.

—A mí me gustaría no acordarme.

Era como si se estuviera confesando, pues conseguí ver la sombra de tristeza que oscurecía su rostro. Robert no era alguien victimista y quizá por eso había conseguido recomponerse rápidamente. Poco tiempo después aparcamos en la entrada de mi edificio. Ni me había dado cuenta de que iba en esa dirección.

—Es mejor que vayas en tu propio coche. —Asentí y cogí el bolso. Robert me cogió por el brazo—. Melissa —dijo bajando la mirada—. No sé cómo lidiar con lo que está pasando entre nosotros. —Sus labios se abrieron, pero se atragantó con sus propias palabras. Lo observé luchando contra sí mismo al intentar decirme lo que deseaba—. Me gustaría poder estar más tiempo contigo, pero desgraciadamente no puedo. Lo que puedo ofrecerte ahora es sólo esto y sé que no es bastante.

Mi corazón se disparó, no sabía si iba a darme puerta.

—Creo que soy suficientemente madura para entenderlo, además de ser responsable de mis decisiones.

Luché contra mi propio pecho que recibía golpes desesperados de mi corazón. Tenía ganas de cogerlo en mis rodillas y arrojárselo en mi cuerpo para impedir que no se descompusiera completamente.

—Sí. Eres tú. Estoy seguro.

Robert me soltó el brazo y puso las manos en el volante. Era hora de marcharse. Abrí la puerta y salí del coche. Caminé tambaleándome en dirección a mi coche, que seguía parado en el mismo lugar donde lo había dejado el día anterior, cuando él me recogió para llevarme a vivir el mejor día de mi vida.

—Mel.

Me volví para mirarlo.

Robert estaba fuera del coche. Venía hacia a mí y en un momento me había alcanzado. Estaba nervioso y felino. Una combinación más que afrodisíaca. Mi corazón estaba a punto de estallar.

—No así. No de esta manera.

Me tomó en sus brazos y nos besamos apasionadamente. Nuestros cuerpos reaccionaron a la despedida. Podía sentir en la lengua el sabor de la desesperación. Poco después se marchó. Tuve que apoyarme en el coche para recuperar el equilibrio. Ya estaba lejos, pero pude oírlo.

—Estaré justo detrás de ti.

¡Maldita sea! ¿Qué tipo de hombre era aquel?

Entré en el coche sin saber si estaría en condiciones de conducir. Mis piernas temblaban. Necesité un minuto largo, con las manos en el volante, respirando hondo para recuperarme. ¿Qué era aquello? ¿Qué quería decir? Era todo tan contradictorio.

Miré por el retrovisor y vi que me esperaba. Aparté los pensamientos y me concentré en salir y conduje en dirección a la empresa. Robert estuvo detrás de mí todo el tiempo, a una distancia segura, para no llamar la atención. Mis ojos iban de la carretera al retrovisor y del retrovisor a la carretera todo el rato.

Él siguió hacia el aparcamiento de los dioses y yo seguí buscando una plaza en el aparcamiento de los mortales. Tardé quince minutos en conseguir llegar al ascensor. Seguro que él

ya había subido. Aproveché para reordenar mis pensamientos. Estaba muy cansada y el día iba a ser largo.

Cuando las puertas se abrieron y di los primeros pasos, incluso antes de llegar a mi mesa, ya la había visto. Tanya. Sentada frente a Robert que la miraba sin expresión en el rostro, mientras le decía algo. Pensé que no lo soportaría. El peso de la culpa me golpeó de lleno. Yo era la amante y un momento antes estaba besando a su marido y acostándome con su marido. Yo era la usurpadora, la otra, la traidora... La amante.

Mi respiración se aceleró y me sudaban las manos. Tenía que presentarme de la mejor manera posible o ella desconfiaría y eso no sería lo deseable para mí, pues sería vergonzoso verme en esa posición. Tampoco para Robert que, según él, tenía mucho que perder.

Saqué mi iPhone del bolso y lo guardé en uno de los cajones. Abrí mi lista de tareas para comprobar las diversas reuniones del día. Cogí el teléfono y llamé a su despacho. Robert lo cogió y contestó enérgicamente, de manera metódica. Habíamos vuelto a las formalidades. ¡Qué ironía!

—Señor Carter, buenos días.

Me sentía ridícula actuando así.

—Buenos días, señorita Simon. —No parecía incómodo—. La señorita llega tarde.

¡Soplé! «A la mierda con la puntualidad», pensé. Intenté mantener la calma.

—He tenido algunos problemas en el trayecto y a la hora de aparcar, señor. ¡Discúlpeme!

—No se disculpe. —Respiré hondo. No sabía por qué estaba actuando de forma tan idiota. Aunque siempre era así. Entorné los ojos—. Tenemos que coordinar las agendas. Venga a mi despacho, por favor.

Se me heló la sangre en las venas. No podía enfrentarme a Tanya como si no me hubiera acostado con su marido toda la noche. ¡Maldita sea! ¡Mierda!

«Calma, Melissa, lo conseguirás. ¡Tienes que conseguirlo, mierda!», me dije. ¿Quién me había mandado aceptar que entrara en mi vida? ¿Por qué no había huido cuando aún estaba a tiempo? ¡Ay, Dios mío! ¿Acaso había tenido opción? No.

Obligué a mis piernas a obedecer. La valentía no era uno de los aspectos fuertes de mi personalidad. No normalmente. Era una cobarde nata. Entré en el despacho con la mirada atenta. ¿Cómo sería? Robert me miró sin transmitir nada. Era sólo mi jefe otra vez.

—Tome asiento, señorita Simon —me ordenó y obedecí sentándome al lado de Tanya.

—Buenos días, señora Carter.

Evité mirarla durante demasiado tiempo.

—Buenos días, Melissa. —Me miró a los ojos y yo desvié la mirada—. Tienes un aspecto horrible. ¿Ha sido una noche agitada?

¡Oh, mierda!

Su voz tan suave como educada, me sonó como una acusación, como un guantazo en la cara. Me ruboricé y se me secó la boca. Miré cobardemente hacia Robert, que miraba atentamente su ordenador.

Mi jefe era un profesional del arte de disimular. Actuaba de manera tan natural que nadie podría acusarlo de las cosas que yo sabía que hacía. ¿Cómo lo conseguía? A mí me costaba controlar la respiración desacompasada y el sudor que me inundaba las manos. Sufrí al constatar que él estaba acostumbrado a situaciones como aquella. ¿Cuántas veces las había vivido? ¿Con cuántas mujeres diferentes?

—Insomnio —respondí brevemente al ver que había tardado más tiempo de lo normal en responder a una pregunta tan simple y tan directa—. Señor Carter... —Volví mi atención hacia Robert—. Tendremos reuniones durante todo el día con diversos departamentos y también con clientes y proveedores.

—Sí. —Hizo algunas anotaciones en su agenda—. ¿Están listos los documentos?

—Para las dos primeras reuniones, sí, señor. Los demás los organizaré a lo largo del día.

Asintió.

—Necesito las hojas de cálculo y los gráficos.

—Se los enviaré a su correo inmediatamente, señor.

Se lo envié desde el móvil y lo vi visiblemente satisfecho.

—Gracias, señorita Simon. Eso es todo.

Me levanté, agradecida por poder salir de la presencia de ambos. Volví a mi mesa y me esforcé al máximo para darle la espalda. Imprimí todos los documentos que me había pedido. Después preparé lo necesario en la sala de reuniones. Cuando salí, llegó el primer grupo.

Robert y Tanya fueron a la sala de reuniones y pasaron allí dos horas. Me extrañó que ella asistiera a la reunión. Aunque, como él había dicho que era una gran accionista, parecía justificado.

El proceso se repitió dos veces más durante la mañana. Participé parcialmente de dos de las reuniones, a petición suya, para anotar o facilitar alguna información, pues conocía bien los contratos, debido a mi gran curiosidad. Cuando terminó la tercera reunión, Robert salió con Tanya a comer, de la mano, como si no hubiera pasado nada entre ellos. Se me hizo muy difícil verlo.

Comí con Nicole. Alexa había ido a comer con Robert, Tanya y Bruno, como una familia feliz. Nick no había querido ir y no me dijo el motivo. Nos quedamos juntas removiendo nuestras angustias. Por lo que entendí, mi amiga parecía tener algún problema con Tanya, aunque no siempre había sido así.

—Éramos las mejores amigas. Inseparables, pero nuestra familia vivió una secuencia de acontecimientos terribles y Tanya no reaccionó muy bien. Yo la entiendo y respeto la distancia que ha impuesto. Al principio fue complicado, pero ahora me provoca indiferencia. Lo que pasamos, y lo que ellos pasaron, nos debería unir. En cambio, en vez de fortalecernos, nos debilitó en muchos aspectos. Fíjate en su relación... — Hizo un movimiento con las manos como si estuvieran delante

de nosotros—. Todo se ha resquebrajado. Robert siempre veneró a Tanya, pero después de todo... Ya no sé qué pensar.

Nick se calló y yo me quedé con su última frase en la cabeza: «Él veneraba a Tanya». Una pena. Tal vez este sentimiento le impidiera expresar el amor que aún sentía por su mujer. Si la quiso de verdad, con toda seguridad todavía albergaba ese sentimiento. ¡Yo era una tonta!

—¿Qué pasó?

Me armé de valor para preguntarle, aunque sabía que me apenaría aún más.

—Disculpa, Mel, creo que a Robert no le gustaría que lo contara.

Por su cara, tuve la certeza de que no le arrancaría nada del asunto. Suspiré resignada.

—De acuerdo, Nicole. ¿Y Paul?

Cambié de asunto por mi propio bien.

—Maravilloso, como siempre. Hoy está muy animado con la reunión del consejo. Sabes que es miembro, ¿verdad?

Dije que sí fingiendo interés por la comida.

—Tanya también. Por eso está por aquí estos días.

Entendí que mi sufrimiento duraría algún tiempo más. ¡Mierda! ¿Por qué había aceptado estar con él? Quizá era mejor olvidarse de todo y poner punto final antes de que las cosas empeoraran. ¿Cómo lo conseguiría? Mi corazón se hundía y se rompía sólo al imaginar que no podría volver a estar en sus brazos.

—¿Por qué vas a estar en la reunión de la tarde?

—Porque soy accionista, como Bruno, Robert, Tanya y Paul, además de Olivia, aunque Robert se ocupa de sus acciones. Tenemos que estar presentes para seguir el destino de nuestras empresas. Será una reunión larga y aburrida. Ya le he dicho a Robert que mi interés es proporcional al número de mis acciones, mínimo —dijo riéndose—. No tengo ganas de

participar. Suerte que mi hermano está ahí por nosotros, pese a las circunstancias —zanjó el asunto.

Más enigmas. Todo aquel misterio me estaba volviendo loca.

—Tengo que volver, Nick. Nos vemos por la tarde.

Me guiñó el ojo.

—¿Una peli después de salir?

—No. Tengo que dormir.

Casi añadí «y necesito olvidar», pero preferí callarme.

—Ok.

La reunión de la tarde fue claustrofóbica. Estaba toda la familia reunida, incluida Tanya, la esposa, para analizar las mejores decisiones para la empresa. Todos me trataban bien sin saber el monstruo que estaba siendo. Respirar parecía insoportable. Era como si estuviera robándoles eso también. El propio aire.

Cuando todo acabó, agradecí a Dios poder volver a casa. Todo mi cuerpo pedía cama, a pesar de los más de veinte cafés que me había tomado para conseguir mantener la concentración todo el día.

Robert me dispensó de quedarme sin ninguna objeción, ni una mirada cómplice y, principalmente, sin ninguna promesa de un hasta pronto. Al contrario, cuando salí, hablaba con Tanya animadamente. Reían.

Me di un baño y me acosté esperando que me llegara el sueño. La tensión y la expectativa eran muy grandes para dejarme dormir. ¿Vendría Robert a verme? ¿Se atrevería a aparecer? ¿Quería que viniera? Quizá sí, para que pudiéramos hablar y acabar con todo. Me sentía cargada de valor.

Muy probablemente me despediría también. No podríamos estar juntos en el mismo lugar. No después de lo que había pasado entre nosotros. ¡Maldita sea! La más mínima mención a los acontecimientos haría que mi cuerpo reaccionara. No estaba lista para acabar con esta fragilidad que me destruía.



Era medianoche y no había aparecido. Ni un mensaje, ni una llamada. Fui lo suficientemente fuerte para no llorar. Por desgracia, no para obligarme a dormir. Una noche más en blanco y, con toda seguridad, ya no aguantaría.

Al día siguiente estaba hecha polvo. Aumenté el maquillaje y la cantidad de café. Mis ojos ardían y mi capacidad intelectual estaba completamente comprometida. Recé para que nadie me hiciera ninguna pregunta difícil, como el lugar exacto donde estaba algún contrato, por ejemplo.

Una vez más, la presencia de Tanya me destrozó, a pesar de saber que estaría. Estaba guapa, como siempre, majestuosa, mientras yo me sentía peor por momentos.

Trabajé mecánicamente, a pesar de que varias veces me sorprendí mirándolo esperanzada a la espera de recibir una mirada tranquilizadora. Tanya se adueñaba de todo su tiempo, siempre a su lado, posicionándose de manera inteligente en todas las reuniones. Robert tenía razón cuando dijo que ella podía ser tan persuasiva como él. Hacían una gran pareja.

Otra tarde agotadora y tensa, regada con mucho café. Varios en un corto espacio de tiempo. Sentía que me iba a partir por la mitad todo el tiempo. Se me estaban agotando las fuerzas. Trabajé hasta más tarde. Al día siguiente teníamos una reunión a primera hora y tenía que dejar toda la documentación lista.

Así que tuve que ver como Robert y Tanya salían a cenar, acompañados de algunos de los empresarios que habían participado en la última reunión. Parecían en perfecta sintonía. Me mordí los labios tragándome la amargura que intentaba llegar a mi lengua. Podía sentirla en el estómago.

Volví a casa para contemplar las paredes de mi habitación. Dos días sin señales de él. Nada que me llevara a creer que habíamos pasado un día juntos. Todo parecía haber sido tan sólo una ilusión, nada más que una aventura. Pese a toda la tristeza, tenía la certeza de que lo que vivía era lo que merecía. Era lo que pasaba por liarse con un hombre casado.

Mi madre siempre decía que los hombres casados eran lo mismo que la Navidad sin Papá Noel, Acción de Gracias sin

pavo y el Día de los Enamorados sin beso. Nunca estaban disponibles más que unas horas, porque sus esposas eran la prioridad. ¡Qué tonta había sido!

Dean era mucho más seguro. Es verdad que no era ningún Robert, pero era mi Dean, mi amigo, mi compañero, que me entendía y me reconfortaba. Estaba presente, incluso más de lo que yo quería. Con él, nunca estaría sola en una cama fría. No, él no lo permitiría. Se me encogió el corazón. No, no lloraría.

Dormí a lo más dos horas y perturbada por la misma pesadilla que había tenido la noche que pasamos juntos. Tanya me retenía y me impedía alcanzarlo, sólo que esta vez, luché desesperadamente. Tenía que ir a su encuentro como si mi vida dependiera de ello. Me desperté jadeando y empapada en sudor. Preferí no volver a dormir.

Me maquillé aún más y aumenté la dosis de café. Necesitaba al menos conseguir mantenerme en pie. Me puse una falda negra apretada y un jersey del mismo color, de manga larga y cuello alto. Me solté el pelo para disimular aún más mi aspecto abatido.

Llegué prácticamente al mismo tiempo que el «matrimonio feliz». Robert me miró lo justo para saludarme y Tanya se fijó un poco más en mí. Salí del despacho para prepararme otro café. Lo necesitaría en vena para poder resistir otro día de tortura. Tendría que despedirme y no podía tardar mucho en hacerlo.

Pensé en Nicole, en su amistad y en su cariño. ¿Podría perdonarme algún día lo que estaba haciendo? ¿Lo que había hecho? Era probable que nuestra amistad se desmoronara.

Con el café en la mano, fui a la sala de reuniones después de haber pasado a mi jefe el correo con toda la agenda del día, y lo organicé todo para discurriera según lo previsto.

—Toc, toc.

Oí una voz familiar y me volví inmediatamente.

Adam Simpson estaba de pie en la puerta de la sala de reuniones. Llevaba la americana abierta, lo que permitía ver su camisa gris y su bonita corbata negra de rayas grises además

de, claro, como siempre le gustaba hacer, sus músculos bien definidos. Nada parecido a Robert, pero era guapo. Miré su rostro infantil. Me sonreía como si fuéramos grandes amigos.

—Señor Simpson, buenos días —me apresuré a saludarlo.

—Melissa... Mel.

Se corrigió como si llamarme por mi nombre fuera un error. Normalmente detestaba que alguien superara la barrera de mi espacio personal y eso incluía todo lo que generara demasiada intimidad, como usar mi nombre de pila. Pero estaba torpe y agotada y sonreí.

—Puedes llamarme así, Adam, lo prefiero.

Me limité a asentir.

—¿Puedo ayudarte en algo, Adam?

Su sonrisa fue escandalosa.

—No. Sólo estoy esperando al resto de los asistentes a la reunión.

Seguía apoyado en la puerta siguiéndome con los ojos, como un perrito. Casi me río.

—¿Puedo ofrecerte algo? ¿Café, agua?

—No te preocupes, pero si me acompañas, te acepto un café.

Era una propuesta excelente. El café era ahora mi droga. Fuimos juntos a la cocina y nos servimos una taza. Nos quedamos allí, tomando el café y hablando de tonterías. Era fácil reírse cuando alguien tenía tanto interés en agradarte. Sonó mi teléfono y fui apresuradamente a atenderlo. Era el señor Carter, o Robert, ya no conseguía pensar coherentemente.

—¿Sí, señor Carter?

Mi tono de voz fue desafiante, no sabía por qué.

—Señorita Simon, ¿podría traerme las hojas de cálculo para que las pueda analizar antes de que lleguen todos?

¡Ah! Era sólo aquello, lo que me había imaginado.

—Claro. En dos segundos.

Las palabras me salieron lentamente. En general, mi cabeza iba muy lenta.

—En uno, señorita Simon.

¿Había rabia en su voz o era mi imaginación? Cogí la pila de papeles que estaba en la sala de reuniones, ya que los había llevado allí, y fui a su despacho. Me temblaban las piernas y mi cabeza insistía en desistir. Abrí la puerta y fui hacia él.

Robert me miró por primera vez en tres días y fue como si me quisiera consumir en vida. El calor que se apoderó de mi cuerpo fue implacable y, cuando me di cuenta, ya estaba en el suelo. Me había caído delante de él y los papeles estaban esparcidos por su despacho. No podía creérmelo. No tenía una gran coordinación motriz, pero había conseguido progresar mucho con los tacones. No entendía cómo me había caído.

Levanté la vista. Robert me miraba aturdido, con la boca ligeramente abierta. Tanya arqueó una ceja, como si contemplara una montaña de basura tirada en el suelo. Me levanté. Intenté moverme rápido, aunque me era casi imposible debido a mi letargo, y conseguí coger los papeles y organizarlos para dejárselos.

—¿Estás bien? —dijo olvidando las formalidades.

—Perfectamente.

Desvié la mirada, avergonzada por mi gran entrada. Tenía la barbilla proyectada hacia delante, como si fuera a enfrentarme a él. Era mi única defensa.

—No parece que estés bien, Melissa —añadió Tanya—. He visto que tomas bastante café. Estás muy abatida. Se te nota, a pesar del maquillaje, además de que estás un poco dispersa. ¿Hay algún problema?

Pensé en lo que podía decir. Quizá algo como: «No. Sólo me he acostado con su marido durante un día entero y fue el mejor polvo de mi vida. Lo único es que ahora resulta que me he enamorado y, para complicarlo todo, él lleva tres días ignorándome. Tres malditos días». Desgraciadamente, no podía decir algo así.

—Sigo con problemas para dormir, señora Carter.

Bajé la cabeza consciente de que Robert nos observaba.

—Tienes que ver a un especialista.

—No lo creo. En realidad, creo que el problema es mi cama  
—hablé más para mí que para ella.

—¿Qué le pasa a tu cama? —preguntó con curiosidad.

Quise responder que estaba demasiado vacía, pero en vez de eso dije:

—Creo que ha dejado de ser cómoda.

Robert me miró tan rápidamente que me sentí confusa y empecé a preguntarme si la sonrisa dibujada en sus labios era real.

El resto del día me arrastré. Pestañeaba continuamente intentando mantenerme despierta. Estaba muy cerca de mi límite. Cuando todo terminó corrí a coger mi bolso y salí corriendo. Sin embargo, me encontré de repente con Adam delante. Iba con Robert y Tanya.

—Mel. ¿Qué tal una cenita para celebrar la buena racha?

Tuve miedo de mirar hacia Robert y descubrir que ya no le importaba que otro hombre me cortejara. Sería demasiado para mí. No lo soportaría. No después de tres noches prácticamente en vela y un día agotador.

—Perdona, Adam, pero necesito recuperar horas de sueño.

—¿Noches agitadas?

Los ojos le brillaban. Tuve que sonreír. ¡Qué inocente!

—No. Noches de insomnio —admití, huyendo en dirección al ascensor.

—Quizá lo mejor sea cambiar de cama, Melissa.

Miré hacia atrás. Tanya sonreía. Había usado el doble sentido para sugerir que debía meterme en la cama de Adam. ¡Qué horror! Miré a Robert un poco asustada con la directa que su esposa me había lanzado. Él sólo miraba hacia un lado.

Llegué a casa y no tuve ánimo ni para encender la luz. Me metí directamente en el baño, me di un baño caliente, deseando que eso me ayudara a relajarme lo suficiente para dormir. Me puse el albornoz, sin preocuparme por la ropa interior. Nadie vendría a comprobar si llevaba o no. Fui hasta la cocina, me bebí un vaso de agua y volví a la habitación.

Fue cuando noté que había algo extraño.

Había algo inmenso y monstruoso allí. Al acecho, intentando ser invisible en la oscuridad, pero yo conseguía verlo. Encendí la luz y pude verlo nítidamente. Mi vieja cama había desaparecido y en su lugar había una inmensa cama de matrimonio, que no tenía ni idea de cómo había podido entrar en un espacio tan pequeño. La ropa de cama olía a nueva y conjuntaba perfectamente con las magníficas almohadas, con las seis. ¿Seis? ¿Para qué tantas almohadas? Encima de la cama había flores y un sobre. Rosas blancas. Tuve miedo de descubrir a quién se le había ocurrido una idea tan brillante.

«Tienes razón. Tu cama no es tan cómoda. Espero que con esta tus noches sean mejores. R.»

Mis ojos se llenaron de lágrimas. ¿Cómo podía hacerme eso? ¿Con qué derecho entraba en mi vida y cambiaba mi cama por aquel monstruo cómodo? ¿Quién se creía que era? ¿Por haberse acostado conmigo se creía con derecho a cambiarme la cama? ¿Para qué? ¿Al menos me vendría a ver?

Sonó el timbre. Casi salté del susto. ¿Tendría el valor de haber venido? Le golpearía con las flores. Me sequé las lágrimas que se me habían escapado, dejé las flores sobre la cama y me arrastré hasta la puerta. Me pesaban los pies. Abrí y, para mi sorpresa, era Dean. Llevaba una botella de vino en una mano. La otra la apoyaba en la puerta. Podría haber sido perfecto, pero, en cambio, era desesperante.

—¿Mel? Estás horrible. ¿Qué ha pasado?

Se preocupó en cuanto me vio.

—Insomnio —respondí sin la menor paciencia.

Me observó durante medio segundo y asintió.

—Hace tiempo que no nos vemos. —Levantó la botella sonriendo—. He venido a la montaña.

Se rio y yo intenté sonreír. Era demasiada información.

—Disculpa, Dean, tengo que dormir. Voy a caerme redonda en cualquier momento.

Sus ojos se derritieron. Era tan difícil no querer agradecerlo.

—¿Ni una copa?

Respiré hondo. Bueno, podría aguantar un poco más. Abrí la puerta y lo dejé entrar.

—Una copa. Y después te marchas, ¿de acuerdo?

—Claro.

Fue directo a la cocina. Dean conocía muy bien mi minúsculo apartamento y ya estaba familiarizado con todo. Por eso, cuando volvió, se paró delante de la puerta de la habitación.

—¡Guau! ¿Qué ha pasado con la vieja cama?

Abrí los ojos, un poco asustada, sin saber qué responder. No podía decir: «Mi amante, que también es mi jefe, decidió regalármela por un día de sexo salvaje y alucinante».

—¡Ah! Decidí cambiarla.

Me dio una copa y bebí un trago largo. ¡Maldita sea! ¿Por qué no podía dormirme y no despertarme más?

—La has cambiado con estilo. Eso es invertir de verdad en descanso. Ahora será imposible que tengas insomnio. —Sonrió, pero no conseguí corresponderle—. Tienes muy mal aspecto.

—Mi cama no era tan cómoda como pensaba.

Me reí por la ironía. Me bebí otro trago y Dean se sentó a mi lado. Apoyé la cabeza en su hombro y, por primera vez en tres días, sentí que me invadía el sueño. No noté que me había dormido de verdad.

—Bueno —dijo despertándose—. Creo que debo llevarte a la cama. —Lo miré sorprendida—. Te has adormecido en mi

hombro, mientras yo me ponía al día del trabajo de la semana. Creo que es hora de dormir.

—No quiero. Me quedo en el sofá.

No iba a acostarme en aquel monstruo. Al día siguiente le montaría un escándalo y le exigiría que me devolviera mi cama.

—¿En el sofá? —Asentí con los ojos ya cerrados sintiendo cómo me envolvía el sueño—. Está bien.

Me apagué.



## Capítulo 25

Sentí unas manos fuertes que me levantaban y algo que se escurría debajo de mí, quizá una manta, abandonando mi cuerpo. ¡Estaba tan cansada! Mis ojos se negaban a abrirse. Él me apretó contra su pecho mientras me cargaba como si fuera una niña. Entendí que Dean me llevaba a la cama. No a mi cama, sino hacia aquel monstruo que Robert había tenido la osadía de dejar en mi habitación. Reuní fuerzas y me debatí en sus brazos.

—No. Déjame en el sofá.

Mis movimientos eran lentos.

—¿Algún problema con la cama? —La voz ronca y dulce de Robert invadió mis oídos como una melodía perfecta y mi corazón se aceleró—. Pensé que había comprado la mejor y la desprecias.

Me echó sobre la cama. No conseguía pensar claramente. ¿Qué le tenía que decir aparte de la inmensa nostalgia que sentía?

—¡Robert!

Llorosa, eché mis brazos alrededor de su cuello. Él se rio bajito. Las lágrimas cayeron sin mi permiso.

Hasta ese momento no entendía el motivo de mi tristeza. Sabía que me arrepentía de haber dejado que todo ocurriera y que había cometido un gran error al enamorarme de él, pero no podía imaginarme que todas las lágrimas que derramaba por la indignación y la humillación, eran también lágrimas de nostalgia. La ausencia de Robert dejaba un enorme vacío en mi pecho. Un agujero gigantesco y doloroso que sólo se

cerraba y dejaba de sangrar cuando estábamos juntos. Estaba perdida.

—Yo... Yo sentí... Pensé... Yo...

No conseguía encontrar las palabras para describir lo que estaba sintiendo, simplemente porque no había palabras para describir lo que realmente pasaba dentro de mí. Era tan confuso y al mismo tiempo tan evidente para mí.

Aún así, incluso sabiendo lo que sentía por él, no podía contar con él. Siempre había sido una pésima jugadora y aquella vez no sería diferente. Robert había dejado claro que el amor era la única carta prohibida en aquel juego.

—Lo sé, Mel. Yo también —murmuró en mi oído.

Ya nada importaba. Ni la rabia, ni nada de lo que había jurado hacer o decir. La única cosa que importaba es que él estaba allí, en mis brazos, de vuelta, diciendo que había sido horrible para él también. No conseguí contener los sollozos.

—Chsss, Mel. ¡No llores! —Me pasó las manos por la cara secándome las lágrimas que caían sin conseguir impedir que pararan de hacerlo—. ¡Mel! No hagas eso. No me condenes también, yo... —Expulsó el aire con fuerza—. No imaginaba que sería así. ¡Por favor, cálmate!

Me sentía como una niña llorando por un juguete roto y me avergoncé de mi reacción.

—Tú...

Me guardé mis palabras. No tuve valor para decir lo que estaba pensando. Quería acusarlo de haberme ignorado, de que no le importara ni yo ni lo que habíamos vivido, pero ¿qué podía exigirle? Siempre supe que sería así. Robert fue claro cuando definimos nuestras reglas. Era todo un juego.

—Lo sé. Tanya desconfió y ha aprovechado las reuniones para pegarse a mí. No podía echarlo todo a perder, no ahora que estoy a punto de conseguirlo.

—¿Conseguir qué?

Observé su rostro que, incluso en la oscuridad del cuarto, era perfecto. Robert desvió la mirada, sin poder decidir qué

debía contarme. Su boca se cerró en una línea tenue.

—Es difícil, Mel. No quiero que te veas envuelta en mis problemas. Es triste, doloroso y demasiado sucio para entenderlo.

No contesté. Él estaba allí y era lo que importaba en ese momento. Robert se volvió hacia mí y acercó mi rostro al mío, con la duda de si debía besarme o no.

—¡Cómo te he echado de menos!

Su voz era baja y quebrada. Pensé si, como yo, también tenía miedo de que cualquier ruido nos despertara de aquel sueño. Sí, un sueño. Porque era demasiado difícil creer que estábamos juntos otra vez.

—Ha sido tan difícil mirarte todos estos días y no poder tocarte.

Sus dedos acariciaron mi cara. Me sentí en llamas. Mi cuerpo exigía recuperar los momentos que habíamos perdido.

—No estaba preparada para esto.

No dejé que nuestros ojos perdieran el contacto que permitía aquella poca luminosidad del ambiente.

—Lo sé. Yo tampoco.

Se apartó un poco, lo que alejó la expectativa de un beso. Tuve ganas de volver a llorar. Después de alimentarme durante tres días a base de recuerdos, tener sus labios era lo mínimo que podía desear.

—Estás cansada. Creo que debes dormir. Hablamos más tarde.

—No. Ya he dormido suficiente.

No quería perderlo tan rápido. No quería volver a vivir amargada durante quién sabe cuántos días hasta que decidiera aparecer otra vez.

—Mel, no voy a poder aguantar otro día viéndote como un zombi. ¡Descansa!

—No quiero dormir.

Estaba empezando a desesperarme de nuevo.

—No voy a ninguna parte. Me quedo contigo.

—Pero...

—Tanya está de viaje. Ha ido a resolver algunos asuntos relacionados con la empresa. Acabo de dejarla en el aeropuerto. Ahora puedo respirar aliviado.

No sé si mi cuerpo se relajó completamente con la información que acababa de recibir o si el propio Robert sintió que se quitaba un peso de encima, pero el clima cambió por completo. De repente ya no tenía miedo, ni estaba arrepentida, como si la distancia de Tanya disminuyera la sensación de que hacíamos algo equivocado.

Se levantó y se quitó la camisa y los zapatos.

—¿No te ha gustado la cama?

Conseguí sonreír de verdad por primera vez en tres días.

—No concuerda con mis principios.

Mis ojos ansiosos observaban su cuerpo.

—¿Por qué estás durmiendo con el albornoz?

Me ruboricé. No llevaba nada debajo.

—Me entró sueño y no tuve tiempo de quitármelo.

Agradecí a Dios que Dean no hubiera intentado ponerme más cómoda.

—Creo que es un buen momento para hacerlo.

Naturalmente, y ya completamente relajado, se quitó los pantalones. Tengo que resaltar que mi jefe era un escándalo vestido. Sus trajes caros, ajustados a medida, y un físico perfecto, hacía que pudiera impresionar a cualquier mujer, pero, pese a eso, yo consideraba infinitamente más impactante verlo desnudo.

Pensé dos veces qué debía hacer, pero Robert estaba allí y nada en este mundo me impediría tenerlo otra vez. Lentamente me quité el albornoz revelando mi desnudez. Él suspiró y me pasó la mano por el pelo. Estaba claro que había conseguido

alterar su autocontrol. Tiré del edredón y me lo eché por encima. Él dudó, pero acabó cediendo y echándose a mi lado en calzoncillos.

Estaba indecisa, no sabía cómo actuar. Era absurdo sentirme así. No éramos extraños. Me pasó el brazo por la espalda y me atrajo hacia sí. Su piel caliente tocando mi piel era realmente un estímulo. Apoyé el rostro en su pecho y dejé que mis manos reposarán en él. Mis senos rozaban su piel.

—Para de provocarme, Melissa.

El cambio en su voz era indiscutible. Me deseaba. Pasé la pierna por su miembro y vi lo listo que estaba. Me paré en su cintura.

—Te he echado de menos —me arriesgué a decir.

Robert me cogió por la cintura y giró mi cuerpo poniéndose encima de mí.

—Yo también te he echado de menos, muchísimo.

¡Maldita sea!

Finalmente pude sentir sus labios. Un chispazo recorrió mis venas en cuanto movió su boca contra la mía. Su lengua pidió paso de manera gentil y yo cedí encantada, decidida a experimentarla otra vez. Robert me exploraba con los labios. Besarlos era como saborear la miel más pura.

Movidos por el instinto, iniciamos nuestra danza moviéndonos al compás de nuestro deseo. Él acariciaba mi cuerpo desnudo dejando que sus dedos demostraran cuánto me había echado de menos. El calor de sus labios abandonó mi boca, pues su lengua se deslizó por mi piel para despertar las mariposas adormecidas en mi estómago hasta alcanzar mi cuello. Era maravilloso. No tuve más elección que darle libre acceso a todo mi cuerpo.

Al tiempo que exploraba mi cuello, pasando lentamente la punta de la lengua o mordéndome y chupándome de manera salvaje, su mano corrió hasta mi muslo empujándolo hacia arriba. Robert se colocó entre mis piernas presto a poseerme, donde yo lo quería.

Pero mi amante no era hombre de atajos. Ya debería estar acostumbrada a su forma de hacerlo, si es que era posible acostumbrarse a algo que no se comparaba a nada. Cuando todas las expectativas estaban en el aire y yo esperaba el momento en que me llenaría, no me penetró.

Aún con el aire preso en los pulmones, me quedé aturdida con la sensación que provocaron en mí sus labios al abandonar mi cuello y llegar a mis senos. Robert los chupó con avidez. ¡Maldita sea! Mi gemido fue casi un grito.

Sentir a Robert otra vez era como volver a respirar, como si todo volviera a su sitio. Era perfecto, armonioso, correcto y adecuado.

Se quitó los calzoncillos, se echó sobre mí y me penetró casi en el mismo instante. Mi jefe también sentía la urgencia. Fue revitalizante. El dolor y la incomodidad se mezclaron con el placer de recibirlo. Me moví con aún más ganas de él haciendo que gimiera.

—Con calma, cariño. La última vez acabamos destrozados.

Con la risa que dejó escapar, un poco satisfecho, un poco convencido, lanzó su aliento caliente sobre mi cuello. Cerré los ojos delirando de deseo.

Robert se movía lentamente y ganaba cada vez más espacio dentro de mí. Le cogí por el pelo. Inmediatamente empecé a imitar sus movimientos, lentos y sensuales. Él aprobó mi actitud y, como recompensa, me regaló sus gemidos, que aumentaban y se intensificaban con cada embestida. Yo los absorbía como un estimulante.

—Dios, Mel. Nunca me acostumbraré a ti.

Era exactamente lo que yo sentía respecto a él.

Sus movimientos ganaron fuerza y podía sentirlo cada vez más adentro. Mis piernas, que parecían poseer voluntad propia, se abrieron un poco más para recibirlo. Con más espacio, Robert consiguió encajar mejor y, con eso, penetrarme más aún. Jadeé deleitada.

—Así, cariño.

Se aguantaba con los brazos para mantener el cuerpo parcialmente levantado sobre el mío. Robert conseguía moverse y observar cómo lo recibía al mismo tiempo. Era demasiado bueno estar bajo su mirada. Entonces, dominado por la intensidad de nuestro momento, cerró los ojos y gimió. Fue un gemido repleto de placer. Pude verlo estremecerse y morderse los labios en busca de control.

Entraba y salía lentamente. Saboreaba cada contacto, cada avance y sentía que mi cuerpo encajaba perfectamente con su miembro. Yo lo acompañaba. Me movía a su ritmo y buscaba todas las formas de satisfacerlo. Mis manos exploraban su cuerpo matando la nostalgia que sentía de su piel y de sus músculos duros y bien definidos.

Robert emitió un gemido más urgente y aceleró sus movimientos. Pensé que pronto encontraríamos nuestro punto común. Aquel lugar al que nos veíamos arrastrados cuando el placer no cabía más en nuestros cuerpos y explotaba en forma de orgasmos. Sin embargo, salió enseguida levantando los muslos y se apoyó sobre los brazos.

—No. Aún no.

Sus labios se juntaron en una línea fina y mantuvo los ojos cerrados controlándose para luego seguir.

—¿Por qué no?

No entendía el motivo de su negativa. ¡Estábamos tan cerca!

—Porque quiero prolongar este momento. Confía en mí.

Abrió los ojos y me miró. Felino, salvaje, pero completamente controlado. ¡Maldita sea! ¿Cómo lo conseguía? La sonrisa torcida volvía a estar dibujada en su cara y casi di saltos de alegría por poder verla de nuevo. Asentí y acepté sus condiciones. Todas las veces que Robert me había pedido que confiara en él, el resultado había sido maravilloso. ¿Por qué no hacerlo ahora?

Bajó y rozó levemente su sexo entre mis muslos mientras distribuía besos en mi cara, mis orejas y mi cuello hasta alcanzar mis senos, ya extremadamente sensibles. Presionó un

pezón con los dientes y lo levantó con cuidado para no hacerme daño, aunque con fuerza suficiente para hacerme gemir de placer.

Su boca en mis senos y su pene rozando mi entrada eran algo alucinante. Hacía que me mojara más aún. La expectativa me aceleraba y mi sexo realmente vibraba.

Una de sus manos bajó hasta mi entrepierna y me acarició. Las piernas se abrieron como si las hubiera accionado. Arqueé mi cuerpo de tanto placer. ¡Dios! ¿Yo iba a correrme en cualquier momento y él aún jugaba?

Sus labios volvieron a los míos, pero no hubo contacto. Robert seguía sobre mí, casi tocándome, pero sin concretar el beso. Ansiosa y delirante de placer, levanté la cara para buscarlo. Algo me decía que verlo así era lo único que faltaba para que todo mi cuerpo se desintegrara de placer, consumido por las caricias que yo tanto ansiaba. Robert sonrió y me mordió el labio inferior levantándolo con cuidado. Gemí fuerte.

—¡Calma! Aún no, Mel.

Su mano me abandonó. Me sentí inmediatamente vacía.

—¡Robert! —suplicué casi en medio de un sollozo.

—¿Qué?

Intencionadamente dejó que una parte mínima de su pene duro me penetrara. Respiré hondo ante la expectativa, pero él sólo jugó y volvió a abandonarme otra vez.

—No hagas eso. No aguanto más.

—Voy a jugar contigo, cariño. —Su voz era divertida y estaba llena de deseo—. De la manera más deliciosa posible.

Me levantó con fuerza y acabé de rodillas sobre la cama. Debo reconocer que si hubiéramos estado en mi antigua cama nos habríamos caído. La nueva nos estaba siendo más útil, lo que me recordó que debía agradecerle el regalo.

—Dame la espalda, Mel.



Su voz adoptó un tono autoritario haciendo que me recorriera un escalofrío. ¡Ay, Dios! Yo perdía el control bajo su mando, porque sabía muy bien cómo era hacerlo con él cuando actuaba de aquella forma: insoportablemente delicioso.

Obedecí.

—¡Así! —Sin más, me coloqué y él asumió su lugar detrás de mí—. Sus manos recorrieron mi espalda y se pararon en mis muslos—. Ahora apoya las manos en el cabezal. Vas a necesitarlo.

El aviso iba en serio. No conseguí identificar el sentimiento que dominaba en mi interior, si la expectativa, el ansia o el miedo. Pero una vez más obedecí. Robert me cogió por los muslos y mi cuerpo se inclinó. Podía sentir como la excitación corría por mis piernas.

—Ahora, dulce Mel, dime lo que quieres.

Robert apoyó su cuerpo en el mío para que pudiera sentir su miembro rozando mi culo mientras una de sus manos bajó hasta mi clítoris para ejercer una presión leve sobre él. Fue suficiente para hacerme jadear.

—A ti, Robert.

No tenía control suficiente para seguirle el juego. Respondería a todo correctamente y lo más rápido posible. No soportaría que continuara jugando con aquella zona. Si lo hacía me partiría en mil pedazos. Sin embargo, sus movimientos se suavizaron sin permitir que yo encontrara el alivio.

—Lo sé, cariño. ¿Cómo me quieres?

Su miembro penetró mi cuerpo, pero no totalmente, sólo lo suficiente para hacer que cerrara los ojos de placer. En aquella postura, podía sentir cómo llegaba a todas las paredes de mi interior, ya sensibles y vibrantes.

—¡Entra en mí, Robert, por favor!

Casi lloraba suplicándole que me dejara gozar. Sus dedos jugaron con mi cuerpo mientras me penetraba lentamente.

—Has sido una buena chica, Mel, mereces mucho más. Mereces tener el doble de placer.

Cada célula de mi cuerpo reaccionó a esas palabras. Quería creer que eran de verdad y ansiaba sentir el doble del placer que me prometía.

—¡Por favor, Robert! —imploré nuevamente.

—Tus deseos son órdenes.

Entró completamente en mí y gimió fuerte al sentir que llegaba a mi límite. Sus dedos presionaban con fuerza mi clítoris en movimientos triangulares, al revés y de arriba abajo. La sensación era indescriptible y, poco después, me alcanzó el impacto fulminante del orgasmo.

Robert intensificó el movimiento de sus manos ralentizando los movimientos de sus muslos. El orgasmo llegó rasgándome de dentro a fuera y grité en medio del éxtasis, mientras él me levantaba con la otra mano y seguía totalmente dentro de mí.

—Eso, Mel. Así, cariño. —Su voz cargada de placer, me causó escalofríos—. Ahora, otra vez.

—¿Qué?

Ni siquiera me había recuperado de la emoción alucinante del orgasmo, cuando reinició sus embestidas. Al principio sólo entraba y salía haciendo que me uniera a su movimiento, pero rápidamente alcanzamos el ritmo adecuado. Sentía que todas mis paredes latían mientras Robert entraba y salía tocándome por todos lados.

Una sensación absurda de placer me fue dominando y no había pasado ni un minuto de mi anterior orgasmo. Él me cogió con fuerza por la cadera y yo me vi inesperadamente fulminada por un segundo orgasmo, mientras Robert gemía mi nombre y se entregaba al suyo.

Se me aceleró la respiración. Mi amante aún me apretaba contra él sin salir de mí. Lentamente nos fuimos recuperando. Me liberó para que pudiera echarme, totalmente agotada. Mi mente se deslizaba hacia el sueño. Estaba exhausta. Robert me giró hacia él. Mi cuerpo se movía como si le faltara la vida. Me sentía una muñeca en sus manos.

—Ahora duerme, Mel. Tenemos un día largo por delante.

Sólo pude sentir su calor a mi lado y después entré en una inconsciencia total.

La claridad de la mañana llenó mi habitación. ¿Había sido todo un sueño? No. Sentía a Robert pegado a mi espalda. Sonreí satisfecha. Estaba a mi lado. Habíamos pasado otra noche juntos y roto otra de las reglas. Me volví para mirar su rostro y lo encontré despierto. El color gris de sus ojos era perfecto bajo la luz de la mañana y sus cabellos desgreñados completaban la imagen como si se tratara de una hermosa pintura. Me miró y sonrió.

—Buenos días.

Sonreí con una satisfacción inmensa.

—Buenos días.

Me pegué a él, que demostraba reaccionar ante mi proximidad.

—No debo abusar mucho de ti. —Me besó los labios y se apartó un poco. Gemí en señal de protesta—. Mel, yo me pasaría todo el tiempo dentro de ti, pero este no es el mejor momento. Estás falta de sueño. No quiero que te hartes de café durante todo el día. —Me besó con cariño y me abrazó con fuerza—. Habrá otros días.

—Hoy es viernes —reclamé.

—¿Y cuál es el problema? —se incorporó y se sentó en la cama, pero se volvió para mirarme.

—Mañana tienes que quedarte en casa y el domingo desapareces para tus asuntos secretos.

No conseguí evitar el sollozo infantil que se formó en mis labios. Él se rio.

—En este caso, creo que debo darte algo más para que puedas aguantar hasta el lunes. —Me cogió en brazos y solté un grito, sorprendida—. Espero que tu baño sea suficientemente grande para los dos. No tengo modo de cambiarlo.

Solté una carcajada mientras sentía el hormigueo de ansiedad en el estómago.

Nuestro baño, a pesar de rápido, fue intenso. La mezcla de jabón, espuma, aceite de baño y de las manos de Robert en mi cuerpo me hicieron llegar al clímax llevándolo conmigo. Tenía las manos fuertes, así que consiguió mantenerme en el aire, cogida a él, mientras nos besábamos y me penetraba con vigor. La ducha que derramaba agua caliente sobre nuestra piel contribuyó a aumentar el placer.

Salí del baño un poco antes que mi jefe con el pelo envuelto en una toalla para que se secara más rápido mientras elegía la ropa. Teníamos poco tiempo. Opté por un pantalón blanco y una camisa roja de manga larga con un lazo que caía sobre mi cuello. Me sequé el pelo mientras Robert se vestía y me maquillé sin preocuparme demasiado del resultado. El rubor en mi cara y el brillo en mis ojos demostraban que mi felicidad era de verdad.

Entré en el salón y él estaba con la televisión encendida mirando las noticias. Me tomé unos segundos para admirarlo. Robert no pegaba nada en mi casa sencilla y pequeña, pero al mismo tiempo parecía encajar en ella. Fui a la cocina y preparé café y tostadas con mermelada. Saqué el queso de la nevera y lo dejé sobre la encimera de la cocina americana, que era el único tipo de cocina que podía permitirme en un apartamento tan apretado. Mi jefe, atento a la televisión, caminó hasta el banco más cercano y se sentó esperándome.

—No tenemos tiempo para hacer tortitas, así que te tendrás que conformar con tostadas y queso.

—Ya me va bien —dijo mientras nos servía café.

Aproveché para ver las noticias también, como habíamos hecho el primer día. Cuando acabó, apagó la televisión y centró su atención en mí. Lo miré, admirada de que pudiera controlar toda mi vida, hasta el mando a distancia. Pero preferí pasar por alto el pensamiento.

—Es extraño —dijo riéndose de algo que le pasó por la cabeza.

—¿Qué es extraño?

—Desayunar con alguien. Hace mucho tiempo que no lo hago, salvo cuando estoy en una reunión. Si no, normalmente desayuno sólo.

—¿No desayunas con Tanya?

No tenía intención de saber nada sobre su vida marital, pero era curioso que ella le hiciera un marcaje tan riguroso y no desayunara con él.

—No. Tanya odia levantarse temprano. Normalmente salgo de casa cuando aún duerme. Cuando tiene que levantarse más temprano, como estos últimos días, no desayuna. —Suspiré sin saber qué decir—. Siempre fue así.

¿Siempre?

—¿Cuánto tiempo lleváis casados?

Me miró atentamente antes de decidirse a hablar. ¿Ese también era un asunto prohibido?

—Hace mucho tiempo —dijo más indeciso, tanto que casi desistí de preguntar nada más—. Empezamos a salir cuando aún era adolescente y nos casamos cuando terminó la universidad.

Cruzó los brazos en el pecho a la espera de más preguntas.

—¿La querías?

¡Maldita sea! ¿Era una sádica o qué? Mi pecho se contrajo mientras esperaba la respuesta.

—Sí. Sólo me casaría por amor.

Siguió mirándome a la espera de más preguntas. Sentí que se me hacía un nudo en la garganta.

—¿Tenéis hijos?

Esta era otra respuesta para la que no estaba preparada. Abrió más los ojos y su boca se volvió una raya. Respiró con más intensidad. ¿Acaso era un problema para él?

—No —se limitó a decir.

—¿Qué pasó? —dije bajando la mirada y fijándola en mis manos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con voz áspera, algo recriminatoria, por lo que pensé que lo estaba incomodando con tantas preguntas.

—Si la querías, ¿qué pasó para que decidierais separaros?

Robert se mesó el pelo y respiró hondo. Después miró su reloj.

—Tenemos que irnos o vamos a llegar tarde —zanjó.

Se levantó, retiró los platos y fue hacia la cocina. Lo ayudé llevando lo que faltaba. Robert se paró de repente mirando algo. Yo estaba tras él y no sabía de qué se trataba. Probablemente algo que también querría cambiar. Era insoportable su manía de inmiscuirse en mi vida. Ya estaba preparada con mis argumentos cuando se volvió hacia mí con los ojos entornados.

—¿Tuviste visita ayer?

Me quedé sin palabras. Dean. ¡Mierda! Ya ni me acordaba de aquel detalle. Había dejado el vino y las copas sobre la pila.

—¡Ah! Dean estuvo aquí ayer —admití tímidamente.

Robert dejó los platos dentro del fregadero y puso los brazos en jarras.

—¿Estoy unos días sin aparecer y te metes con otro en la cama? —preguntó acusándome.

Sentí mucha rabia por sus palabras. ¿Quién se creía que era?

—Primero, no me he metido con nadie en la cama —contesté dejando lo que llevaba en la mano en la pila y cogiendo el estropajo para fregar. Tenía que ocupar mi cabeza para no hacer ninguna tontería—. Segundo, debo recordarte que esta es aún mi casa, a pesar de que te hayas apropiado de la llave y te creas con el derecho a cambiar la cama. Por tanto, recibo a quien quiero. —Se mesó el pelo y caminó por la zona minúscula de la cocina. Estaba enrabiado—. Dean estuvo aquí

ayer y me trajo vino. Yo estaba muy cansada. Sólo nos tomamos una copa y se marchó.

Omití que me había quedado dormida antes de que se fuera.

—¿Trajo vino? ¿Y te parece correcto? —dijo intentando contener la rabia en su voz.

—Robert —dije mirándolo fijamente—, aún no he podido hablar con él, ¿entendido? Así que él todavía cree que tenemos una relación.

—Cree que puede acostarse contigo —me acusó.

—Sí, cree que puede acostarse conmigo. ¿Qué tiene de malo? ¿No es eso lo que tú piensas también?

—¡Eres absurda, Melissa! —explotó—. No lo quiero cerca de ti. No quiero a Adam Simpson cerca de ti. No quiero que ningún otro hombre se te acerque.

—Tendrías que estar mucho más presente para impedirlo —lo desafié—. Te has pasado tres días exhibiéndote con tu mujer y no tengo derecho a reprocharte nada. ¿Ahora apareces queriendo poner orden en tu territorio? Haz el favor, Robert. Después soy yo la absurda.

Concentré mi atención en los platos.

—Tenemos un acuerdo.

—Y lo estoy cumpliendo. Pero estamos en condiciones de desigualdad en esta cuestión.

Iba a hablar, pero se contuvo. En lugar de eso, vino hacia mí de manera feroz y me agarró con fuerza. Sentí miedo ante la intensidad de su mirada y la fuerza de sus manos.

—Escucha bien y muy seriamente lo que te voy a decir, Melissa —habló entre dientes—. La próxima vez que aparezca por aquí, voy a atarte en aquella cama dos días enteros, ¿entendido? Tú eres mía —dijo casi gritando y marcando cada palabra—. No voy a permitir que ningún hombre toque lo que es mío.

Quería rebatirlo, pero pensé que era mejor callarme para no empeorar la situación. Sería más fácil que seguir discutiendo.

Además, si seguía desafiándolo, era capaz de aplicar el castigo en aquel momento. Sería cuando menos complicado.

—No me parecería mal pasar dos días atada a la cama, siempre que estés conmigo, claro. —Sus ojos se suavizaron y una pequeña llama se encendió en ellos—. Si me garantizas que vas a cumplir tu promesa, llamo a Dean para pedirle que venga ahora mismo.

Robert me besó de manera salvaje y mis piernas flaquearon.

—No juegues conmigo, Melissa. Sabes de lo que soy capaz.

Aún me tenía cogida.

—Voy a jugar contigo, cariño. Pero de la manera más deliciosa posible —repetí sus palabras para provocarle.

—Vámonos antes de que no aguante más y te lleve a la cama otra vez.

El día fue tranquilo. Yo estaba satisfecha. Robert aprovechó que no tenía ninguna reunión y la ausencia de Tanya para tontear conmigo durante el día. Pensé que se estaba arriesgando demasiado acariciándome la cintura cuando pasaba o comiendo conmigo y riéndose despreocupadamente.

Al final del día, me llamó a su despacho. Obedecí. No había ni un vestigio del sufrimiento de días anteriores. Sonreí correspondiendo la sonrisa encantadora que me dedicó. Robert me acompañó con los ojos hasta que me paré delante de su mesa.

—Mel, te acuerdas de nuestro viaje del lunes, ¿verdad?

Su mirada era enigmática.

—¿Nuestro viaje?

Puso los ojos en blanco.

—A Dubái, Mel.

—Lo sé. Lo que no había entendido era que fuera «nuestro» —dije señalándonos a los dos, a lo que Robert respondió con



una sonrisa encantadora.

Yo sabía que tendría que acompañarlo, pero lo había descartado, ya que las cosas habían cambiado y él temía que Tanya lo descubriera. Sería mucho más seguro si me quedaba.

—Lógicamente, no voy a ir a Dubái sin mi secretaria.

Me quedé parada sin saber qué decir. No podía negarme a ir, ni quería hacerlo, pero tampoco podía dar saltos de alegría y cometer una indiscreción.

—¿Cuál es el problema? Abgail me acompañaba en todos los viajes y ya sabías que teníamos este compromiso.

Entorné los ojos. ¿Abgail? No me quedé muy satisfecha con la forma en que habló sobre la presencia de mi amiga en sus viajes.

—Antes de que me hagas un montón de preguntas. No, nunca he tenido una relación con Abgail, más allá de la profesional.

—Pero la llamas por su nombre de pila.

—Eso también es normal. Abgail trabaja para mí desde hace años. Estábamos siempre juntos. Además, te llamo señorita Simon simplemente porque me parece extremadamente erótico acostarme con mi secretaria. —Su sonrisa torcida iluminó el ambiente—. Y también, siendo quien eres, era necesario hacerlo para no llamar la atención de Tanya.

Dejé de sonreír en el acto. Siempre Tanya. Nunca me dejaría alcanzarlo, como en mis sueños.

—Entonces será muy arriesgado que viajemos juntos.

Crucé los brazos y levanté la ceja en señal de desafío en un comportamiento muy infantil.

—No. Tanya sabe que debes acompañarme y no tiene argumentos contra eso. Además, Paul, Frank, nuestro director jurídico, y Adam Simpson también vendrán. Abgail lo había dejado todo resuelto, pero, considerando nuestra situación, llamé a Dubái y les pedí que cambiaran las habitaciones. La

tuyo estará al lado de la mía y habrá un paso interior entre ambas.

—¿Habitaciones conectadas? —pregunté mientras analizaba la situación ansiosa y temerosa al mismo tiempo.

—Más o menos.

—Bueno... Eres mi jefe. No puedo negarme a acompañarte.

—¿No estás contenta?

—También tengo miedo.

Su sonrisa se fue desdibujando hasta casi desaparecer. Robert apoyó los codos sobre la mesa y cruzó las manos.

—No te pondré un dedo encima, Mel, si es lo que quieres —habló en serio volviendo a ser el director ejecutivo.

Esta vez fui yo la que lo miró sorprendida, lo que acabó con la tensión entre los dos. Robert volvió a sonreír con ganas.

—¿Eres consciente de que Paul es el hermano de Tanya? —Asintió con la cabeza, con gesto burlón—. ¿Y de que Adam es casi un hermano para él?

Dejó de sonreír y burlarse.

—Tenemos que hablar de esa repentina proximidad entre tú y el señor Simpson —dijo enfatizando el «señor Simpson».

Mi sonrisa fue diabólica.

—¿Adam? —Entornó los ojos—. Me pidió que lo llamara así, además, tu mujer parece empeñada en que yo cambie realmente de cama, aunque por la de «su hermano».

—No te preocupes, ya me ocuparé de eso —amenazó y yo sentí miedo de lo que podía llegar a hacer—. Ahora tengo que irme. ¿Te veo el lunes?

Sentí una punzada de tristeza en el corazón. Llegaba el fin de semana y no tendría nada de él.

—Mel —dijo al notar mi apatía.

—Sí. ¡Claro! —dije intentando ser simpática.

—No te preocupes por el fin de semana. Tengo un trabajo para ti. Creo que pasarás dos días muy divertidos.

—¿En serio? —pregunté fingiendo estar animada.

Él percibió la ironía.

—¿La carpeta con toda la documentación para nuestra reuniones está ahí? —Asentí con la cabeza—. ¡Perfecto! Ahí tienes las investigaciones más recientes sobre el mercado de Dubái que estamos valorando, además de todos los detalles sobre las empresas con las que nos vamos a reunir y sobre la fusión. Quiero que te las lleves a casa y prepares un informe con tu opinión sobre las negociaciones.

Se me pusieron los ojos como platos. ¿Quería un análisis mío? ¡Aquello era demasiado! No me cabía el corazón en el pecho. Sin embargo, enseguida recordé que aquello era sólo una estrategia suya para ocupar mi tiempo mientras no podíamos estar juntos. Tal vez incluso de impedir que me encontrara con Dean o cualquier otra persona, mientras él no podía estar cerca para controlarme.

—Una hermosa manera de pasar el fin de semana —constaté desanimada.

Me apetecía mucho hacer el informe para él. Quería que valorara mi opinión. Quería principalmente destacar en el medio en que intentaba introducirme, pero no de aquella manera.

—Tienes la cabeza llena de tonterías, Melissa. No estoy haciéndolo para controlarte y mucho menos para engañarte. Realmente quiero saber tu opinión.

Me quedé sin reacción.

—¿Escuchas lo que la gente tiene que decir? —dije fingiendo estar horrorizada y él se rio.

—Tanya vuelve hoy mismo, lo que me obliga a pasar dos días sin ti y eso va a ser horrible para mí también. Por otro lado, pasaremos cuatro días juntos en Dubái.

—¡Claro! Cuatro días románticos y felices en Dubái. Tú, Paul, Adam, Frank, yo y todos los demás que estarán a nuestro

alrededor durante... Déjame ver... —Me golpeé con el dedo índice fingiendo que pensaba—. ¿Todas las horas de nuestro día?

Se rio.

—Cuando nadie nos vea, lo vamos a hacer como nunca lo hemos hecho antes. Dubái será inolvidable.

Sus ojos eran dos llamas y yo me incendié con ellas. Esperaría ansiosa nuestro viaje.

## Capítulo 26

El sábado fue agotador. Quizá más que el resto de los días de la semana, porque era el día en que me tenía que quedar con Tanya. No obligatoriamente con Tanya, pero tenía que colaborar con la farsa del «casamiento perfecto». Una más de las locuras impuestas por «mi mujer». No sabía qué pretendía con aquella payasada, ya que nuestro acuerdo tenía fecha cierta para llegar a su fin, pero no podía dejar de cumplirlo obligatoriamente mientras estuviera en vigor. Tenía mucho que perder.

Como siempre, me pasé la mañana ejercitándome con mi entrenador personal en el gimnasio que había instalado en mi apartamento, otra forma de tenerlo todo controlado. Después comimos, aunque en silencio, y me pasé varias horas encerrado en mi despacho. Era el único lugar seguro dentro de mi propia casa.

Tanya había mandado instalar cámaras en toda la casa, incluso en mi habitación, en un intento frustrado de conseguir pruebas contra mí y con eso derrotarme en el juego, además de vigilar mi búsqueda de lo que tanto ansiábamos: la clave.

Como soy tan obstinado como ella, siempre voy un paso por delante, así que instalé cámaras imperceptibles antes de que a Tanya se le ocurriera hacerlo y por eso descubría siempre cuándo y cómo actuaría. Conseguí mantener el despacho limpio, pero desgraciadamente no tuve la misma suerte con mi habitación. Al menos tuvo la decencia de dejar el baño fuera de la vigilancia.

No cerré la puerta para no llamar la atención, pero, en cuanto entré, envié un mensaje a Tom para que me pasara las últimas novedades sobre Melissa y Dean. Ya pensar en los dos en la misma frase me provocaba rabia. Melissa estaba

destruyendo todas mis defensas. Yo la quería para mí, a pesar de saber que era arriesgado. Además de tener la certeza de que no soportaría todo lo que tenía que pasar para poder estar a mi lado. Entonces, ¿por qué no conseguía librarme de aquella fijación?

«Ya estoy en el despacho. Espero el informe».

Tom se sentía incómodo con mis exigencias respecto a mi secretaria y su ex... Todo. Siempre quería más, estaba perdiendo el control sobre mí... Obsesión por Melissa. Hace mucho tiempo que había dejado de ser el miedo a un posible plan de Tanya.

Fue una enorme sorpresa constatar que no sabía que estaba casado. ¡Santo Dios! ¿Cómo iba a imaginarlo? Todos en la empresa vivían comentando sobre las relaciones de la familia Carter, ¿cómo iba a saber que decidirían ser discretos justamente con mi secretaria? Era muy extraño que eso pasara. Aunque me pareció muy extraño que se hubiera rendido a mí con tanta facilidad en Grecia.

Tom me había enviado otro informe en el que confirmaba que ni Melissa ni Dean tenían relación con Tanya. No podían estar implicados en uno de sus montajes. Los agentes de Tom se pasaron días siguiendo al chico, mientras ponían patas arriba la vida de mi secretaria. No encontraron nada.

Aún así, no pude desviar mi atención de ella. Melissa era encantadora, además de maravillosa en la cama. Pero eso no debería ser razón suficiente para generar en mí aquel sentimiento de posesión que no me permitía vivir en paz. Había dejado de ser un peligro para convertirse en un gran riesgo. Porque, teóricamente, no podía mantener una relación con una empleada del grupo, lo que podría dar fácilmente a Tanya la carta necesaria para acabar de una vez por todas con el juego.

Por otro lado, ya era imposible dejarla salir de mi vida. ¿Era sexo? ¿Diversión? ¿Facilidad de acceso? No lo sé. Lo único de lo que era consciente es de que la quería para mí. Por eso encargué a Tom, en el mismo instante en que ella salió de

mi despacho ofendida porque estuviera casado, que continuara siguiéndola y controlando sus llamadas.

Así descubrí y conseguí impedir todos sus encuentros con aquel... Aquel muchacho. Lo odiaba antes de conocerlo. No podía dejar que siguiera poniendo sus manos en lo que era mío. La situación podía resolverse de la manera más sencilla. Sólo tenía que pestañear y estaría lejos de mi vida, principalmente de su vida, aunque tenía que estar seguro de que Melissa no se molestaría si lo trasladaban a Turquía, por ejemplo.

Melissa era aún más complicada de lo que imaginé. Era fuerte y decidida cuando quería. Rechazó varias veces la idea de que no podía estar lejos de mí y que yo no quería estar alejado de ella. Fue difícil, pero con paciencia conseguí hacerle entender que no había otra salida. Al final de todo, estábamos juntos, incluso con toda la culpa que insistía en asumir por haber aceptado estar conmigo.

Pensé que sería más fácil, pero no lo fue. Melissa no soportó la presión de la presencia de Tanya, que no facilitaba las cosas. En realidad no tuvimos tiempo para que pudiera prepararla para el juego con mi mujer. Yo fingía muy bien y Tanya era aún mejor que yo fingiendo.

Todos creían que nuestro «matrimonio» aún existía. Para los negocios era una gran arma, porque Tanya era una magnífica ejecutiva, cuidaba de nuestra vida social y hacía un trabajo increíble como esposa decidida y preocupada con las consecuencias de las decisiones de su marido. Era una bomba ambulante.

Cuando finalmente pusiéramos punto y final a este matrimonio de mentira no sabía cómo conseguiría contener la explosión que sería su desaparición. Sí, porque tenía que alejar a Tanya de mí lo máximo posible y para siempre.

«¿Has pensado en buscar un psicólogo? La muchacha es una santa y el chico sólo intenta recuperar a su novia. Ya tienes todo lo que quieres».

Suspiré. Tom nunca lo entendería.

«Sigue atento a ellos».

Era una cuestión de honra. Melissa era mía, solamente mía. No soportaría la idea de que otro hombre tocara lo mío.

Después de verla tan abatida, luchando contra su propio cuerpo por soportar la humillación de estar en el papel de amante, que ella misma había dejado claro que sentía, me desquicié. Mel era frágil y comprobarlo me debería haber alejado completamente, pero, en lugar de echarme atrás, acabé comprándole una cama increíble por Internet y pidiéndole a Tom que infiltrara a alguien para recibir e instalar mi regalo, además de para deshacerse de la antigua cama de mi secretaria.

Estaba ansioso por poder disfrutar de mi regalo. Melissa era el tipo de mujer que me hacía tener fantasías todo el día. Especialmente cuando actuaba de manera tan profesional y se ruborizaba, me volvía loco. Podía hacer que se ruborizara de tantas maneras. Quería experimentar tantas cosas con ella. Mi secretaria era una promesa, lo que me dejaba aún más fascinado.

«Hoy es sábado y deberíamos estar atentos a Tanya. He tenido que trasladar personal para seguir a tu secretaria y a su novio. Y todo por tu obsesión. Tanya está actuando».

¡Mierda!

«Contrata nuevos agentes. Quiero que vigiles a todos las veinticuatro horas. No me conformo con menos».

Melissa estaba insegura. Es cierto que habíamos llegado a un acuerdo y que estaba cumpliendo todo lo que le había pedido, pero no había despachado al idiota que creía que aún se la podía llevar a la cama. Eso me estaba volviendo loco. Este era el punto: Melissa no lo había apartado y yo no conseguía pasar con ella tiempo suficiente, como ella quería.

Para empeorar mi situación, Adam se había obstinado en conquistar a mi secretaria y Tanya, no sé con seguridad por qué, parecía apoyarlo. Este fue uno de los motivos para que empezara a creer que no eran cómplices, pues, algunas veces,



vi que mi mujer veía el interés de su «hermano» como una forma de alejar a Melissa de mis garras.

Por supuesto, Melissa no le correspondía, pero yo estaba tan liado con mis problemas y tan rodeado de suspicacias y celos que, muy fácilmente, ella podía sentirse abandonada o lo suficientemente triste para ceder ante sus embestidas o las de cualquier otro. Tenía que resolver pronto la nueva situación.

Tanya parecía notar que algo había cambiado. Yo estaba diferente. Era lógico que lo notara. Hacía mucho tiempo que no estaba tan preocupado de fingir para agradarla. Casi me volví loco de ansiedad cuando tuvo que viajar y por fin estaba libre para tomar a Melissa en mis brazos. Era un viaje arriesgado para mí. Tuve que enviar a uno de los míos a acompañarla.

El encuentro de Tanya con Isaac Hudson para hablar sobre el Foro de Davos me había dejado un paso por detrás. La primera conversación entre ellos fue tranquila, pero la segunda, ya fuera del estado, era demasiado extraña para pasarla por alto. A pesar de eso, estaba feliz. Que Tanya estuviera lejos, significaba que tendría a Melissa cerca.

Insistí en acompañarla al aeropuerto con el argumento de que era de madrugada. Tanya fingió que no le importaba, pero yo sabía que eso la pondría en alerta. Corrí a casa de Melissa, ansioso por ver cómo estaba y también por estrenar la cama. Quería saber cómo iba todo.

Aparqué el coche delante del edificio sin preocuparme de la seguridad. Sabía que en algún lugar de allí, había dos hombres atentos a cualquier movimiento en el lugar. Abrí la puerta usando mi llave. Pero Melissa estaba en el sofá y no en la nueva cama. ¿Cuál era el problema? Fui hacia ella y la observé. Estaba más delgada y abatida, pero dormía como un ángel. Miré la cama. Era muy bonita, sólo faltaba ver si era cómoda. El equipo de Tom había hecho un trabajo óptimo.

¿Por qué Melissa estaba acostada en el sofá? Tenía que cambiar eso. Me paré a su lado sin saber qué hacer. Mel, por primera vez en varios días, dormía tranquilamente. Según el informe que había recibido, había habido actividad en la casa

toda la madrugada en los últimos tres días. No quise despertarla. Miré rápidamente a la cama sin saber cómo hacerlo. Opté por llevarla en brazos y dejarla dormir.

Se despertó. ¿Cómo había pensado que iba a ser diferente? No esperaba su reacción. Lloró. No de rabia como antes, sino de tristeza. ¿Qué estaba haciendo con ella? No podía mantenerla implicada en aquel juego de mierda. Tanya la destruiría con mucha facilidad. Sin embargo, no conseguí apartarla de mí, sino todo lo contrario. Melissa debilitada era aún más deseable. La quería en mis brazos. En mi cama. En mi vida.

—Lo sé, Mel. Yo también —dije intentando calmarla, pero parecía destruida—. Chsss, Mel. ¡No llores!

Prefería que se enfrentara a mí y que me dijera lo canalla que estaba siendo y hasta que me amenazara con acabar todo entre nosotros. Sería mucho más fácil revertir la situación lidiando con su rabia que con su tristeza. Era algo que me desarmaba. Ya tenía muchos motivos para sentirme culpable del sufrimiento de las personas que me rodeaban. No quería meter a Melissa en esa lista. El peso ya era demasiado sofocante.

—¡Mel! No hagas eso. No me condenes también, yo... No imaginaba que sería así. ¡Por favor, cálmate!

No reaccionaba, sólo lloraba e intentaba articular algunas palabras. Le expliqué que debía tener cuidado con Tanya y que en ningún caso podía meterla en el pozo de fango que era la vida con mi mujer. No sabía hasta qué punto entendía que todo aquello no era más que un teatro. El problema es que Tanya lo hacía muy bien y yo también me esforzaba en hacer bien mi papel.

Intenté desviar su atención. La única forma de hacer que mi secretaria, ahora amante, dejara de intentar averiguar qué pasaba en realidad en mi matrimonio, era diciéndole claramente cómo me sentía sobre lo nuestro. Melissa estaba demasiado metida en la relación como para permanecer insensible ante una demostración de cariño.

—Ha sido tan difícil mirarte cada día y no poder tocarte.

Acaricié su rostro y vi que la echaba de menos más de lo que imaginaba. Me gustaba su piel, su olor, el rubor en su cara... ¡Maldita sea! Me gustaba demasiado la chica.

—No estaba preparada.

¡Ah, Melissa! No se imaginaba lo delicada que era la situación. Lo que le dejaba ver era sólo la punta del iceberg.

Me sentí muy inseguro con lo que estaba pasando. Por primera vez en años, no sabía si lo que estaba haciendo era justo. Después de descubrir... Después de todo lo que había pasado... Había dejado de tener sentimientos. Desgraciadamente, esa era la pura verdad. Tenía una meta, un objetivo, y las relaciones sentimentales sólo complicaban las cosas. Pero Melissa lo había cambiado todo. Quizá lo mejor fuera apartarla. Quién sabe si un día...

—Estás cansada. Creo que debes dormir. Hablamos más tarde.

—No. Ya he dormido suficiente.

No podía ser de otra manera. Ya su voz, que intentaba sonar fuerte y decidida, dejaba claro que albergaba el miedo a dejarme marchar. Fue suficiente para hacerme cambiar de opinión. Me miraba suplicando que me quedara lo que me afectaba como nada me había afectado en mucho tiempo.

—¿Por qué estás durmiendo con el albornoz?

Melissa se ruborizó de manera deliciosa. ¡Oh, Dios! Estaba seguro de que no había nada debajo de aquel albornoz, sólo su piel maravillosa y su cuerpo espléndido. ¿Cómo no iba a excitarme?

—Me entró sueño y no tuve tiempo de quitármelo.

—Creo que es un buen momento para hacerlo.

«Y algunas otras cosas», pensé.

Me quité la ropa y noté que me miraba ansiosa. Melissa tenía una manera muy especial de demostrar su interés sexual. Las demás mujeres eran más lanzadas, decían enseguida lo que querían, pero la muchacha que tenía delante me miraba con ojos suplicantes, llenos de deseo, al mismo tiempo que

desviaba la mirada, avergonzada por el deseo, y se ruborizaba de manera deliciosa. La reacción silenciosa de su cuerpo era lo que más me excitaba. Sus labios se abrieron un poco, sus pechos subían y bajaban como si tuviera dificultades para respirar y su piel...

¡Ay, su piel! La piel se le ponía de gallina cuando estaba excitada.

Se quitó el albornoz, de manera osada, y dejó su cuerpo desnudo a mi disposición. Quería poder estar dentro de ella de todas las formas posibles. No podía ignorar ese deseo absurdo.

Poco después, nos estábamos entregando el uno al otro. Dejé que mi cuerpo se acostumbrara al suyo para matar la nostalgia que sentía de su olor y su tacto. Muy pronto fui incapaz de controlarme. Recorrí su cuerpo con las manos sintiendo y admirando cada parte de él, mientras saboreaba sus labios increíbles. Tocarla y besar sus labios no era todo lo que deseaba en aquel momento.

Me eché sobre ella dejando que nos encontráramos de la manera más íntima. Podía dejarme de prolegómenos y poseerla inmediatamente. En realidad, ansiaba el placer de estar dentro de ella, aunque Melissa merecía mucho más que un polvo rápido. Calmé el ansia conteniendo mi excitación distribuyendo besos por todo su cuerpo, especialmente por sus senos. ¡Qué pechos!

Me encantaba aquella parte de ella. Adoraba poder sentirla en la punta de mi lengua o completamente en mi boca. Me encantaba la manera en que Melissa arqueaba el cuerpo cuando yo tomaba sus senos con mis labios. Me encantaba su forma de cerrar los ojos perdida en su placer y cómo sus labios se entreabrían dejando escapar gemidos increíbles. Empezaba a pensar que adoraba todo lo que tenía que ver con ella.

Entré en éxtasis, enloquecido.

No podía controlar las ganas de poseerla. Todos mis intentos fueron en vano. Melissa jadeó suavemente cuando invadí su cuerpo sin previo aviso. A pesar de las ganas incontrolables, tenía que calmarme. Nuestros últimos momentos juntos habían tenido consecuencias dolorosas.

Melissa desprendía pura excitación y me hacía perder el control.

—Con calma, cariño. La última vez acabamos destrozados. —Bajé el ritmo forzándola a acompañarme. Mi impulso era penetrarla con todo y sentir como su carne luchaba contra la mía, pero Melissa estaba frágil y necesitaba mucho más de lo que yo pensaba ofrecerle—. Dios, Mel. Nunca me acostumbraré a ti.

Al menos no llegaría a acostumbrarme a su forma de moverse en la cama ni a como todo su interior latía alrededor de mi pene.

Podía sentir sus paredes apretadas contraerse al recibirme y relajarse cuando salía de ella. Melissa era la lujuria en forma de mujer, especialmente cuando gemía entregada al placer que yo le proporcionaba y cuando se movía buscando la mejor manera de encajar conmigo. Por Dios, yo no aguantaría mucho más.

—¡No! ¡Aún no!

Melissa protestó, pero yo quería prolongar el momento. Tanya volvía al día siguiente y no tendríamos más tiempo. Quería encontrar una forma de eternizarla en mí y de eternizarme en ella, para que los próximos días no fueran un sacrificio y un sufrimiento tan grande.

Para mantenerla excitada y no estropearlo todo anticipando mi placer, preferí tocarla en vez de tomarla. A Melissa le encantaba que la acariciara. Sus piernas se abrían aceptando mis manos y su cuerpo se movía para recibir mejor sus caricias. ¡Maldita sea! Hasta de esa forma conseguía arrancarme el deseo más intenso.

—¡Calma! Aún no, Mel.

Ella sollozó implorando más.

«Por Dios, Melissa. Podría hacer diabluras sólo con oír esas súplicas», pensé. Tenía ganas de... ¡Ah! ¡Tenía tantas ganas!

—Voy a jugar contigo, cariño. De la manera más deliciosa posible.

No conseguí evitar que mi deseo dictara las reglas. Quería ver a Melissa entregada, aturdida de tanto placer. Verla implorar por más. Que sólo quisiera estar conmigo, porque sólo yo podría atender sus más profundos deseos.

Sin pensar, hice que se pusiera de rodillas sobre la cama y le ordené que me diera la espalda. Melissa reconocía el momento justo en que debía obedecer y retroceder. Sus actos, todos ellos, me excitaban, incluso cuando me desafiaba. En aquel momento, la quería sumisa y, en este aspecto, mi amante era una maestra.

—Así. Ahora apoya las manos en el cabezal. Vas a necesitarlo.

«Porque voy a entrarte tan a fondo, que no calibro las consecuencia de mis actos», pensé, sin conseguir controlar las ganas de estar otra vez dentro de ella. Pero sería a mi manera.

—Ahora, dulce Mel, dime lo que quieres.

Lo dije deseando que ella contestara lo que yo quería. Froté mi pene contra su culo delicioso que, un día, en su debido momento, también sería mío, y metí mis dedos en su entrepierna haciendo que jadeara.

—A ti, Robert.

¡Carajo! Esa voz diciendo mi nombre y lo que me deseaba hizo que me empalmara como nunca.

—Lo sé, cariño. ¿Cómo me quieres?

Las ganas de dominarla eran más fuertes que yo, por lo que acabé dejándome llevar un poco más y la penetré volviendo a sentir la deliciosa sensación de estar en aquel lugar tan caliente. Ella vibraba intensamente. Llegaríamos al final muy rápido.

—¡Dentro de mí, Robert, por favor! —exclamó, lo que fue suficiente para acabar con el resto de mi equilibrio.

Lo hicimos de manera absurdamente deliciosa. Hice que Melissa gozara con mis dedos para luego, enseguida, hacer que me acompañara en otro orgasmo. Estaba sorprendida con mi capacidad, pero lo que no sabía es que dependía de ella más

que de mí. Era ella la que hacía que aquello ocurriera, yo sólo la llevaba por el mejor camino.

Melissa era demasiado inocente para entender el poder que ejercía sobre mí y, desgraciadamente, sobre muchos otros hombres. Ni siquiera se imaginaba la diosa que era en la cama. Al menos conmigo, con los otros... No me lo quería ni imaginar.

—Ahora duerme, Mel. Tenemos un día largo por delante.

«Tu línea está limpia. Voy a llamarte».

Tom me sacó de mi devaneo y de los recuerdos. Cerré el despacho y fui al baño. Cuanto más lejos estuviera de los ojos de Tanya, más fácil sería hablar con mi detective.

—Robert, es lo siguiente: Melissa Simon se ha pasado el día entero en casa, salvo un momento en la lavandería. Ha llamado a sus padres y ha recibido una llamada de Dean Bailey, que quería verla, pero le ha dicho que no podía con la excusa de un informe que tenía que preparar. El chico no estaba muy satisfecho, pero ha aceptado su imposición. Hasta el momento nada ha cambiado. Los dos siguen bajo vigilancia.

—¡Perfecto! Manténlos vigilados.

—¡Robert, tío! La chica no es una espía y su novio menos aún. ¿Por qué seguimos perdiendo el tiempo con ellos? Ya tienes lo que querías de ella, ¿qué necesitas ahora?

—Eso no te importa, Tom.

—Robert, somos amigos y yo trabajo para ti, pero me siento con la obligación de devolvarte a la realidad. Ya te la estás tirando, lo que reduce mucho tus posibilidades de ir por delante de Tanya. Estamos perdiendo el enfoque. ¡Por amor de Dios! Deja pasar un tiempo. Melissa está en tus manos. No hace nada distinto de lo que le mandas. Rechaza incluso a su novio, o exnovio, o lo que sea. ¿No es suficiente?

—Tom...

—Tanya está preparando algo, Robert. Después no me culpes si consigue lo que quiere.

—Tanya está bajo control.

—No lo está. ¿Qué te crees? ¿Piensas que vas a conseguir hacerla retroceder con llevártela a la cama? Mira, tío, eso es enfermizo. No sé dónde vais a conseguir llegar, pero Tanya quiere mucho más que pasar unas horas jodiendo con su marido. ¿Ya te has parado a pensar que cuando ella se pone a tu disposición en el fondo puede estar intentando conseguir algo de ti?

—Sí. Ya te he explicado que no me voy a la cama con Tanya porque sienta atracción por mi mujer. Lo hago por obligación y porque sé que es una manera de observarla desde cerca. Siempre consigo lo que quiero cuando nos acostamos.

—¿Y la contraseña?

—No tiene la contraseña.

—Ella cree que la tienes.

—Déjala que siga creyéndolo. Es mejor así. En cuanto a Melissa...

—¡Por Dios, Robert! Concéntrate, tío.

—Tom. Necesito que vigiles a Melissa todo el tiempo.

—¿Para qué? Es tuya ya.

—Adam anda sondeando el terreno. Sabes, como yo, que él está del otro lado. No puedo correr este riesgo.

—Adam sólo quiere tirársela.

Cerré los ojos sintiendo el gusto amargo de aquella realidad.

—Y yo no quiero que lo consiga.

Tom se rio.

—Ok. Vamos a hacer lo siguiente: voy a continuar vigilando a Melissa, pero voy a dejar fuera a Dean. No veo motivos para seguirlo cuando tu objetivo es sólo impedir que alguien se tire a la chica.



—Hazlo como te parezca mejor. Quiero que sigáis a Melissa a todas partes. Mantenme informado.

—¿No vas a preguntarme qué hemos averiguado?

Respiré hondo. Tenía a Melissa tan metida en la cabeza que me había olvidado del resto. Quizá Tom tenía razón. Estaba descentrado.

—¿Qué habéis descubierto?

—Tanya ha hecho algunas llamadas hoy. Parece que cree que tienes una amante, pero no hemos captado nada relacionado con la secretaria. Planea registrar toda la casa los días que estarás fuera. Parece que existe un documento o un correo que necesita encontrar. Hemos conseguido que no pueda registrar tu disco duro, pero aún no sabemos su estrategia. Tu mujer ya desconfía y habla en código.

—¿Con quién pretende actuar?

—Con los de siempre. La suerte es que Adam y Frank estarán contigo todo el tiempo, lo que quiere decir que... Aunque puede ser que no sea tanta suerte si se te ocurre pensar que Dubái es un buen sitio para tirarte a tu secretaria. Recuerda que ellos son aliados de Tanya y que Paul, a pesar de no meterse en tus problemas con su hermana, no lo va a aceptar. Mantén la cabeza sobre los hombros, Robert.

—Ya tengo la cabeza en su sitio. —Oí los golpes en la puerta—. Tengo que colgar. Avísame si hay alguna novedad.

—Ok.

Fui hasta la puerta. Ya sabía que era Tanya. Ella siempre intentaba saber qué estaba haciendo. Respiré hondo y disimulé cualquier expresión que pudiera delatarme. Con mi mujer siempre era mejor mostrarse amistoso.

—¿Vas a pasarte la tarde encerrado en el despacho?

Entró sin pedir permiso siquiera. Pude ver cómo inspeccionaba todo el despacho. Después se limitó a esbozar una sonrisa falsa.

—No. Sólo estaba revisando los documentos antes de viajar.

—Ah, sí, claro. Mañana no tendrás tiempo.

Una vez más miró a su alrededor buscando algo. Observó durante un tiempo el cuadro que había colgado en la pared al lado de la entrada del baño. Era una pintura sencilla de un artista callejero que había comprado en una de mis visitas a México. Tanya no estaba interesada en el cuadro, sino en lo que ocultaba: la caja fuerte.

—Tus infinitos compromisos dominicales —dijo con un poso de sorna en la voz.

Me tragué el dolor que sus palabras me infligían.

—¿A qué hora llegan los invitados?

Sonrió con el placer que le producía mi sufrimiento.

—¿Todavía representa un sacrificio estar con tu familia?

—No.

¡Mierda! Sabía perfectamente adónde quería llegar.

—¿Qué te incomoda, Robert? ¿Fingir un matrimonio feliz o ser el culpable de que todos seamos infelices?

Desvié la mirada y fui a mi mesa a coger los documentos que estaban sobre ella. Tanya intentaba desestabilizarme. Pero esta vez no conseguía entender el motivo. Sólo nos lanzábamos puyas cuando estábamos en un impasse, y ahora no era el caso. En breve llegaría mi familia y lo que menos necesitábamos eran motivos para impedir que todo fuera bien.

—Estoy en mi habitación. Cuando llegue mi madre, pide a alguien que me avise.

La cena fue insoportable. Tanya intentaba a toda costa desafiarme delante de mi familia. Era ridículo como intentaba hacerse la víctima. Lo peor es que mi familia, aunque conocían nuestros problemas, creía que mi mujer era también una de mis víctimas. ¡Patético! No podía hacer nada para revertir la situación. Era demasiado delicada.

Mi madre, Olivia, intentaba buscar una manera de arreglar mi matrimonio.

Era una aliada incondicional de Tanya. ¡Oh, Dios! Si supiera la víbora con la que me había casado. Pero aún no podía contarle algo así. Tenía que seguir fingiendo que Tanya tenía alguna oportunidad de hacerme daño. Cuando llegara el momento adecuado, la destrozaría sin compasión ni piedad.

La cena llegó a su fin pese a que, como siempre, Tanya intentó prolongarla lo máximo, y ya era domingo. El dolor que sentía justo al despertarme y comenzar mis actividades dominicales era un sentimiento al que nunca conseguiría acostumbrarme. Era un dolor real, lacerante, profundo y que nunca me abandonaría.

—Tan ansioso estás de salir. —Tanya me abordó antes de que consiguiera salir de casa. Era hasta un milagro encontrarla despierta. Seguí andando decidido a ignorarla—. No hay penitencia suficiente para salvar tu alma, Robert —añadió con una ironía que me irritó.

—Si tú tuvieras alma, también sufrirías por los horrores que has causado.

Se sorprendió con mis palabras.

—Yo no he causado... —Retrocedió con la mano en el pecho, dolida—. Te odio, Robert.

Salí de casa sin dejar que montara otro de sus espectáculos. Era un día difícil para mí y no podía perder el tiempo con Tanya.

Después de varias horas de tortura durante las que dejaba que todo el peso de mis elecciones cayera sobre mis hombros, decidí que sería mejor no volver a casa. Deambulé por la ciudad. No tenía la cabeza para trabajar ni siquiera para charlar con algún amigo. En aquel momento, sólo quería desaparecer, pero desgraciadamente no podía hacerlo.

Al menos, había una novedad que aportaba algo de calidez a mi pecho: Melissa. Todas las amenazas que se derivaban de su presencia en mi vida no eran suficiente motivo para intimidarme. Un ápice de orgullo invadió mi corazón,

destrozado por aquel día complicado, con sólo recordar cómo se ponía cuando estaba en mis brazos. Melissa era la tentación en forma de mujer.

    Mi teléfono móvil sonó. Había recibido un mensaje.

    «Melissa Simon está con Alexa y Nicole en la Verus. Dean está en el local. Tengo a los agentes desplegados. ¿Alguna orden? Tom».

    —¡Maldita sea!

## Capítulo 27

Como una buena chica, como él solía decir, obedecí a Robert y me quedé en casa rodeada de papeles. Conseguí preparar un informe impecable. Sólo salí un momento para ir a la lavandería. Después, más papeles.

Dean me llamó al final de la tarde del sábado. Quería quedar, pero le expliqué que tenía que trabajar en el informe y pareció entenderlo. Se limitó a ofrecerme ayuda a lo que me negué con vehemencia, claro.

Asintió, pero resaltó que mi jefe me exigía demasiado y que ni siquiera respetaba mis fines de semana. Preferí no decirle nada del viaje y decidí que en cuanto volviera resolvería la situación con él. Dean no merecía que le engañara.

Al final del domingo no aguantaba más de tanta ansiedad. Tenía la maleta lista desde el sábado y estaba gastando el suelo de mi pequeño apartamento de tanto andar de un lado para otro buscando algo que hacer. Cuando al fin decidí que era hora de dormir, sonó mi móvil. Mi corazón se aceleró inmediatamente. ¿Robert? Corrí a cogerlo. No era Robert, sino Nicole. Me alegré. Estaba encantada con mi nueva amiga.

—Hola, Nicole.

—¡Mel! —Parecía muy contenta—. Domingo con las amigas. Llegamos en quince minutos.

El ruido mezclado con su voz, me confundió.

—¿Qué?

—Quince minutos, Mel. ¡Chao!

Colgó. No me quedó claro qué quería.

Volví a mi habitación y quince minutos después llamaron a mi puerta. Y no de manera convencional. Prácticamente intentaban echar la puerta abajo y acabar con mi timbre. Tuve miedo de llegar al salón, pero tenía que acabar con el ruido antes de que los vecinos protestaran.

Me encontré con Nicole y Alexa. Iban impecablemente vestidas. Nicole llevaba un vestido brillante color plata, muy corto y con un escote generoso. Alexa llevaba un vestido más ajustado, rosa, tan corto como el de Nicole, pero sin brillos, que destacaba su cuerpo majestuoso.

Reían, entusiasmadas. La sonrisa de Nicole desapareció en cuanto me vio en camisón y con el pelo recogido en una trenza. Ya no usaba el chándal viejo. Robert tenía una copia de la llave y podía aparecer por sorpresa, con lo que no podía arriesgarme.

—¿Todavía no estás lista? —preguntó casi a gritos, desesperada.

—¿Lista para qué? Hoy es domingo y mañana trabajamos. Además, tengo un viaje programado.

Nicole me miró sin entender nada.

—¿Vuelves a irte de viaje con Robert?

La pregunta fue casi una acusación, aunque respondí con naturalidad. Nicole no sabía nada.

—Sí. Tu hermano no me ha permitido librarme de esta.

Pronuncié las palabras como si estuviera contrariada. Gracias a Dios fui capaz de mentir. A pesar de que no me gustara mentir, era mejor así.

—Bueno. Robert es terrible. No dejes que te intimide. — Bajé la mirada. Ella no tenía ni idea de lo que me había intimidado ya—. Ahora date prisa. Tenemos que irnos.

Nicole prácticamente me empujó dentro del apartamento y me llevó a la habitación. No era muy difícil descubrir dónde estaba la habitación en un apartamento tan pequeño como el mío, en el que había un salón, una habitación y una cocina americana.

—Nicole, no puedo salir.

—No insistas, Mel —dijo Alexa con los brazos cruzados, apoyada en la puerta de la habitación—. Ya ha hecho lo mismo conmigo.

—Tienes que respirar un poco, Alexa. Te pasas la semana encerrada en la empresa y los días de descanso en la habitación de Bruno. No es sano. Además, Paul está hecho un capullo y necesito a mis amigas esta noche.

Guiñaba el ojo de una manera que encantaba a cualquiera que la mirara. Sonreí totalmente rendida a aquella brujita. Nicole abrió mi armario y buscó algo que ya sabía que estaba allí. Sacó un vestido rojo que ella misma me había obligado a comprar y que yo había jurado que nunca me pondría y me lo tiró.

—¡Vístete! Rápido.

Era idéntica a su hermano cuando se ponía a dar órdenes. Sin responder siquiera, fui al baño y me puse el vestido, absurdamente pegado al cuerpo, descubierto por la espalda y con un escote marcadísimo. Dejaba ver todo mi cuerpo hasta el límite del culo. Me puse casi del mismo color que el vestido.

—No puedo ir así —protesté.

—¡Pero si estás maravillosa! —dijo mirando a Alexa en busca de apoyo.

—¡Estás muy guapa, Mel! —corroboró.

—Es extremadamente indecente.

—Es exactamente lo que necesitamos. —Me empujó al sillón de la habitación—. Quédate quieta mientras hago magia con tu pelo.

Consiguió encontrar la plancha del pelo, que casi nunca usaba. Inmediatamente, deshizo la trenza, y separó el pelo en tres mechones para alisarlos. Como no teníamos tiempo, me hizo tirabuzones en las puntas. Fue práctico, rápido y el resultado fue fabuloso.

—Ahora maquillaje para alegrar esta cara de sueño.

Cerré los ojos y esperé. En menos de diez minutos, acabó de maquillarme. Nuevamente destacó mi boca con el pintalabios rojo. Me acordé de Robert, del día aquel en que había dejado que Nicole jugara a las muñecas conmigo. Fue imposible no sonreír.

—Me alegro de que estés satisfecha.

Me puse las sandalias que me había preparado y salimos.

—¿Adónde vamos?

Estaba muy cómoda en el asiento de atrás del coche de Nick. Me había prohibido conducir mi propio coche. Se parecía tanto a su hermano.

—A la Verus.

¡Verus! La discoteca más frecuentada de Chicago aquellos días. También la más cara. Tenía que frenar a Nicole un poco con los gastos. Ella era rica y yo no. Me alegré de llevar la tarjeta de crédito en el bolso.

—No te preocupes, Mel. Nicole es una de las socias de la discoteca. No vamos a gastar nada.

Alexa había captado mi desánimo momentáneo y trato de relajarme mientras se retocaba el maquillaje.

—Ah! —fue lo único que conseguí decir.

«¿Nicole era socia de la discoteca más importante de Chicago? ¿Dónde iba a acabar con aquellas amigas?», pensé.

Llegamos y un aparcacoches se encargó del coche mientras pasábamos por delante de la multitud que esperaba para entrar. El portero recibió a Nicole con cordialidad y el guardia de seguridad nos llevó hasta la puerta. Nunca me sentí tan en evidencia. Mi vestido pasaría desapercibido si nuestra entrada no hubiera sido tan triunfal. Estaba segura de que todo el mundo nos miraba.

Pasamos rápidamente por el piso de abajo y fuimos hasta las escaleras que nos llevarían a la zona vip. El guardia de seguridad nos franqueó la entrada antes incluso de que llegáramos. En el primer escalón, un camarero nos sirvió



champán. Alexa parecía completamente a sus anchas. Yo en cambio estaba perdida y cohibida.

El sonido estaba alto, lo que hacía que todo el mundo intentara hablar por encima de la música. Era prácticamente imposible concentrarse. Nick fue hasta un biombo, exclusivo para ella, donde había un sofá negro en forma de «C» y una mesa pequeña.

Nos sentamos y pronto llegó gente a saludar a mis amigas. Yo sólo sonreía confusa con todo el ruido. Me concentré en mi bebida. Alexa reía y hablaba animadamente con dos mujeres guapas que se acercaron. Parecían modelos, y debían serlo por la forma en que actuaban. Por increíble que parezca, la belleza de ambas palidecía ante la de Alexa.

Nicole estaba agachada con una mano en el oído y el móvil en la otra. Parecía gritar, probablemente porque el sonido no le dejaba oír lo que decía la otra persona. Nick puso una cara extraña, que me llevó a pensar que Paul debía de ser el que estaba al otro lado de la línea. A ella no parecía gustarle mucho la conversación. Suspiré. «Parece que todo el mundo tiene problemas en su relación», pensé. Yo no era la única.

Me levanté y fui a observar el movimiento en el piso de abajo. La gente bailaba animada por la música alucinante. Después de algún tiempo, mis oídos se acostumbraron y volvió a ser placentero oír la música. El sonido parecía recorrer nuestro cuerpo forzándolo a moverse. Creo que el champán cumplía su función y ayudaba bastante. ¿Cuánto había bebido ya?

Incluso con tantas luces parpadeando y la penumbra del local, conseguí identificar una figura familiar que me miraba fijamente desde el piso de abajo. Era Dean. Estaba en la discoteca. ¡Maldita sea! Era él. Estaba de pie en la barra mirándome.

Sonreí un poco cohibida, además de temerosa. Me había negado a verle porque tenía que mantener mi parte del acuerdo con Robert. Me gustaba Dean, éramos amigos y era una gran persona, a pesar de que seguía creyendo que estábamos juntos. Suspiré pesadamente.

¿Qué culpa tenía él? Robert había entrado en mi vida como un huracán avasallador y me había aislado. No había espacio para nadie. Lo pensé con amargura. Dean se merecía a alguien especial, que lo amara, que le diera más de lo que yo sería capaz de darle. Hizo un gesto con la mano saludándome con un brindis. Tenía que hablar con él. Reuní el valor y bajé. Mi «exnovio» parecía satisfecho.

—¡Mel!

Sonrió cálidamente. Dean era así: tranquilo y amable. No se volvía pesado en ningún momento y no me perseguía con exigencias.

—No pensé que fuera a encontrarte aquí.

—Pues ya ves, ni yo. Prácticamente me han obligado — Levantó una ceja en señal de interrogación—. Nicole —aclaré y él sonrió, comprensivo.

—Parece que Nicole y la familia Carter merecen más consideración que tú y yo.

Quise contestar, pero Dean fue más rápido y me atrajo hacia sí para darme un abrazo e intentar alcanzar mis labios. ¡Mierda! ¿Qué debía hacer? Él notó mi angustia y me besó de forma rápida y suave. Sonreí sin ánimo. Él relajó la presión de sus brazos y mantuvo una de sus manos en mi cintura.

—¿Cuál es el problema?

Buscó mirarme a los ojos, pero no tuve valor de enfrentar su mirada.

—Hay algunos problemas, Dean. No podría explicártelos todos ahora.

Nos quedamos en silencio. Me miró fijamente durante unos segundos, después me cogió de la barbilla y levantó mi cara con delicadeza exigiéndome que lo mirara a los ojos. Pareció entenderlo. Su brazo abandonó mi cintura, aunque mantuvimos el contacto visual.

—Está bien.

Desvió la mirada. Podía sentir su tristeza. Nada de lo que dijera podría consolarle. Yo sabía que en algún momento

llegaríamos a este punto. Desgraciadamente, había llegado la hora. Todo alrededor pareció desaparecer y mi mente sólo conseguía concentrarse en Dean, mi amigo y compañero, y en todo su sufrimiento contenido. Me gustaría poder reconfortarlo.

Y entonces oímos un ruido que se oía incluso por encima de la música. Había gritos, carreras y cosas cayendo al suelo. Los guardias de seguridad subieron al piso de arriba. Inmediatamente mi mente desvió la atención. Se me aceleró el corazón. Nick y Alexa estaban allí. Tenía que subir.

Sin pensármelo, subí las escaleras corriendo forcejeando con las personas que bajaban o que estaban paradas en los escalones y, al mismo tiempo, intentado descubrir qué pasaba. Cuando llegué arriba, me topé con lo más improbable. Dos guardias de seguridad aguantaban a Robert, y otros dos a otra persona, un hombre, visiblemente herido en el rostro. ¡Cielos! ¿Qué había hecho Robert? ¿Qué estaba haciendo allí?

Nicole y Alexa estaban apoyadas en una esquina protegidas por un guardia de seguridad y no parecían heridas, sólo asustadas. No tuve valor de ir hacia ellas. Los guardias de seguridad empezaron a bajar mientras los dos que aguantaban a Robert lo condujeron al fondo del reservado donde estábamos.

Parecía más calmado y se mesaba los cabellos mientras aceptaba que lo condujeran al fondo. Nuestros ojos se encontraron. Tuve la seguridad de que, si fuera posible, me habría fulminado en aquel momento. Sólo entonces noté que Dean estaba detrás de mí, muy cerca, en posición de defensa. Él también parecía mirar a Robert, con rabia. ¡Dios! Sólo quería salir de allí.

—¡Mel! —Nicole me llamó a gritos—. Aquí.

Me indicó que la siguiera mientras el guardia de seguridad las llevaba al mismo reservado en el que estaba Robert. ¡Mierda!

No podía negarme a seguir las. Robert me iba a matar. Miré a Dean y me disculpé con la mano. Caminé, consciente de que iba a enfrentarme a mi propio fin.

Al llegar cerca de Nicole, nos llevaron a una sala discreta que había al final de la zona vip. Robert estaba allí. Parecía una fiera enjaulada andando de un lado para otro. La cobardía hizo que me temblaran las rodillas. Me miró dejándome claro que no saldría viva de allí. Sus labios eran una línea fina y sus ojos puro fuego.

—¿Qué estabas haciendo? —me preguntó mirándome directamente.

—¡Eres un idiota!

Nicole se puso delante. Entendí que le hablaba a ella para que yo me diera por aludida.

—¿Idiota? Si no hubiera llegado a tiempo, aquel imbécil os habría desnudado prácticamente. ¿Qué estabais pensando?

Alexa se encogió asustada. Mi corazón estaba muy acelerado, a punto de explotar.

—Sólo estaba siendo amable —gritó Nicole.

—Vamos a ver lo que piensa Paul de tanta amabilidad. Y Bruno también, Alexa.

Mi amiga abrió la boca para contestar, pero Nicole fue más rápida otra vez.

—No estábamos haciendo nada. Estás pagando tu día de furia con nosotras. Además, ¿qué haces aquí? ¿Tanya sabe dónde estás? ¿Es esto lo que haces cuando desapareces los domingos?

—Mi vida no tiene nada que ver con lo que acaba de pasar, Nicole —le respondió a gritos.

Robert estaba fuera de control y yo, en mi foro interno, rezaba para que no lo estropeará todo. Mis ojos no se apartaban de los dos.

—¿Cómo que no? ¡Ya basta, Robert! Todo el mundo está intentando ser paciente contigo, pero, por mi parte, ya basta. Comprendo tus motivos, pero no por qué castigas a la gente. Esa historia ya ha dado demasiado de sí. Entierra lo que pasó de una vez por todas. —Su voz fue perdiendo fuerza a medida que revelaba el drama de Robert y la rabia fue cediendo a la

compasión—. No puedes cargar con todo tú sólo. Es demasiado peso.

—No sabes de qué hablas —afirmó Robert, pasando de la rabia a la tristeza.

—Sé lo suficiente. Tiene que acabarse. No te lo mereces. Tanya no se lo merece.

Nicole levantó el brazo hacia su hermano y él, aún más atormentado al oírla interceder por Tanya, se apartó furioso.

—Mantente apartada de eso, Nicole.

Las palabras salieron entrecortadas por la rabia que volvía a brillar en su rostro. Mi jefe salió en dirección a la puerta, pero se detuvo delante de Alexa.

—Espero que tengas una buena excusa para Bruno —dijo amenazándola.

Alexa entornó los ojos, pero fue incapaz de responder, aunque tengo la certeza de que se contuvo para no responder. La peor parte fue cuando se acercó a mí al salir. Sus ojos dejaban claro que yo recibiría mi cuota también.

—Señorita Simon —pronunció mi nombre como si fuera un insulto y tuve ganas de desaparecer—. Espero que esté entera y bien dispuesta mañana, porque no voy a dispensarla de nada. Estoy seguro de que no conoce el verdadero significado del verbo *sufrir*. Hasta mañana.

Me dio la espalda y salió. ¡Maldita sea! No sabía dónde esconderme.

Las tres nos relajamos visiblemente cuando cerró la puerta y desapareció.

—¡Mierda! —dijo Nicole, dejando salir el aire de los pulmones de manera teatral—. Robert consigue ser insoportable cuando quiere.

—¿Por qué te ha dicho eso, Mel?

Alexa estaba atenta. Sabía que era lo bastante astuta como para percatarse de cualquier desliz por nuestra parte. El

problema ahora era doble. Robert me había echado a la hoguera y me había dejado allí para que ardiera.

—No sé. Creo que me ha usado como válvula de escape. ¿Qué ha pasado? —pregunté cambiando de tema.

—Un tipo se ha parado a hablar con nosotras. Se estaba tomando demasiadas libertades, así que ya había llamado a los guardias de seguridad para que se lo llevaran. Robert salió de la nada y le atacó —explicó Nick, mientras cogía el móvil y marcaba un número—. Tengo que contárselo a Paul antes de que Robert le caliente la cabeza y convierta mi relación en un infierno. ¿No vas a hacer lo mismo, Alexa?

Alexa me miraba atentamente.

—No. Bruno tiene que confiar en mí o, de lo contrario, no debemos estar juntos.

Las dos nos quedamos sorprendidas por su actitud. Paul respondió y Nicole se perdió en justificaciones.

Alexa continuó con los ojos fijos en mí. Me senté en el sofá y desvié la mirada. Lo ideal habría sido que Robert volviera a liarse a puñetazos con alguien, así Alexa se olvidaría un poco de mí.

—¿Qué está pasando, Melissa? —preguntó en voz baja, sin llamar la atención de Nicole hacia nosotras. Levanté la cabeza fingiendo no entenderla—. No te hagas la tonta. ¿Qué está pasando entre Robert y tú?

Estoy segura de que los ojos se me pusieron como platos y de que me puse más roja que mi vestido.

—Alexa, yo...

—No finjas que no sabes de lo que estoy hablando —parecía enfadada—. ¿Sabes lo que estás haciendo? —No tuve valor de responder—. No eres la primera amante que se busca. Es más, he perdido la cuenta de las que ha tenido. ¿Y sabes en qué acabó todo? En nada. Nunca dejó a Tanya, por ninguna de ellas. Ahora, no será diferente. —Mis ojos se llenaron de lágrimas y la sangre, que antes daba color a mi rostro, simplemente desapareció. Estaba pálida del miedo que me hacía sentir lo que estaba oyendo—. Mel —dijo en un tono

más suave—, me gustas. Nicole te adora. Por favor, no hagas tonterías. No es ya por él, sino sobre todo por ti. ¿No ves que cuando Robert se canse de ti serás la única que sufrirá? La crisis con Tanya existe desde hace años y nunca llegarán a un acuerdo. Si Robert nunca ha cedido ni ha desistido hasta hoy, no será ahora cuando lo haga. Te lo digo como amiga.

—¿De qué habláis? —interrumpió Nicole.

—Mel está un poco asustada por la amenaza de Robert.

En mi interior, agradecí a Alexa que me protegiera. Lo había entendido todo perfectamente.

—¡Calma, Mel! Robert se ha portado como un idiota. Tú no tienes culpa ninguna. Lo verá cuando lo piense en frío.

—Lo dudo mucho —dije más para mí que para ella, porque la conversación con Alexa no dejaba de resonar en mi cabeza—. Quiero irme a casa.

Inmediatamente me arrepentí. Robert podría estar esperándome o incluso aparecer en medio de la noche. No quería ni pensar qué haría conmigo. Con toda seguridad, no sería agradable.

—Está bien. Yo también tengo que irme. Paul se ha enfadado bastante. Voy a su apartamento. Antes te dejo en casa, Alexa, supongo que querrás pasar la noche con Bruno, ¿verdad?

Alexa sonrió confirmando sus intenciones. Casi imploré para que una de las dos se quedara conmigo, pero no tuve el valor de pedirselo. Tenía que enfrentar mis problemas de cara.

El silencio en el coche fue horrible. Alexa me había dicho cosas muy duras, aunque fueran necesarias. Tenía toda la razón. Yo era sólo una amante más de Robert y, al final, sería la única que sufriría. Él nunca se divorciaría de Tanya. Robert fue muy claro al decir que nunca se casaría sin amor. Alexa también, cuando me dijo que su problema era algo más que una cuestión de sentimientos y que Robert no cedería. En realidad, él no quería separarse. Esa era la verdad.

No importaba lo perfecta que fuera nuestra relación ni la atracción que llegara a sentir por mí. No se separaría. Era sólo

sexo.

Esperé cinco minutos fuera de mi edificio. Quería tener la seguridad de que no estaba escondido con su coche en algún lugar esperándome. Era una cobarde. Pero sabía que, si quería, encontraría la manera de estar allí sin que nadie pudiera notarlo. Por eso, me pasé otros diez minutos en la puerta de mi apartamento atenta a los sonidos en el interior. Era la única manera de intentar confirmar si estaba allí.

Cuando no aguantaba más el ansia, abrí la puerta y entré en el salón, oscuro y vacío. No estaba. No sé si me sentí aliviada o decepcionada.

Entré en casa e inspeccioné hasta el último rincón para certificar que estaba sola. «Estoy seguro de que no conoce el verdadero significado del verbo *sufrir*. Hasta mañana». Sus palabras resonaban en mi mente. ¡Qué mierda! No había hecho nada, aparte de hablar un momento con el tipo que había sido mi pareja durante un buen tiempo. Robert tenía que entenderlo.

¿Yo tenía que aceptar que él se paseara por la empresa con su mujer, como el matrimonio perfecto, y él no podía aceptar una conversación entre amigos sin liarse a puñetazos con alguien?

¡Ah, mierda! ¡El beso! Seguro que había visto el beso que Dean me había dado. ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! Tenía que ser fuerte. Muy fuerte. Dentro de algunas horas estaríamos en Dubái y, con toda seguridad, iba a torturarme. ¡Maldita sea! ¡Estaba jodida!

Tenía que ser fuerte y tomar una decisión. Tendría que echarlo de mi vida o exigirle una posición en la suya. No, no saldría bien. Me convencería de que lo iba a arreglar todo y yo me convertiría en la amante esperanzada y engañada. Necesitaba que todo acabara. ¿Pero cómo? Sólo de pensar en apartarlo de mí sentía un dolor insoportable. ¿Qué haría?

Tenía tantas dudas y sentía tanto miedo de que fuera a aparecer en medio de la noche que, una vez más, no conseguí dormir. Desistí de meterme en la cama y me quedé sentada en el sofá con una taza de café en la mano, esperando la hora de



salir para viajar. ¿Qué haría? ¿Me mataría antes de que llegara al avión o dentro de él? ¿Cuándo aparecería para desatar su rabia?

Mi angustia crecía a medida que se aproximaba la hora de ir al aeropuerto. No tenía que preocuparme por el escarnio público, porque viajaríamos en el avión privado de la empresa. Por otro lado, estaría en un ambiente pequeño y cerrado, lo que le facilitaba las cosas. Lo que rebajaba mi tensión era la presencia de personas ligadas a Tanya. Si le quedaba un poco de juicio, no haría nada delante de ellos. Lo peor es que él había perdido el juicio, algo que estaba claro después de lo que había pasado en la discoteca.

Salí de casa justa de tiempo y cogí un taxi al aeropuerto. Al contrario de lo que había imaginado, Robert no estaba en la puerta de mi edificio para despedazarme. Quizá se le había pasado la rabia o quizá no sentía rabia contra mí y sólo se había enfadado con el chico que importunó a Nicole y Alexa.

Perdí toda esperanza de que fuera así cuando me llevaron a la sala de espera. Me esperaban todos ya. Robert estaba de pie, mirando por la ventana la pista de aterrizaje. Parecía perdido en sus pensamientos. Cuando se giró para comprobar quién había abierto la puerta y nuestras miradas se cruzaron, tuve la certeza de que me esperaba toda su furia.

## Capítulo 28

—¡Mel! —Adam Simpson se mostró bastante entusiasmado cuando me vio de pie en la puerta de la sala de espera. Robert cerró los ojos y respiró hondo para contener la rabia—. No sabía que este viaje sería tan agradable.

Caminó hacia mí con los brazos abiertos. Pedí mentalmente a Dios que no me abrazara. Ya tenía suficientes problemas como para agravarlos. Sobre todo, después de la decisión que había tomado.

—Adam. —Estaba cohibida y Robert se irritó mucho con nuestro posible abrazo—. ¡Hola! —dije extendiendo la mano para apretar la suya y así marcar distancias.

—Hola, Mel —saludó Paul con educación, aunque un poco distante—. Creo que aún no conoces a nuestro abogado, Frank Jonas.

Señaló al joven rubio que estaba a su lado. Era muy guapo. Tenía los ojos verdes, el pelo muy corto, casi rapado, y una perilla bien cuidada. Era del tipo «tío bueno irresistible» a pesar de no llegarle a la suela de los zapatos a Robert en belleza. Frank sonrió y me apretó la mano.

—Mel es la nueva secretaria de Robert. —Los tres miramos hacia él al mismo tiempo. Él nos miraba con intensidad—. Espero que estés preparada. Tiene un humor de perros hoy —me susurró

Temblé de miedo.

—¿Señorita Simon? —me llamó Robert—. ¡Por favor!

Casi lloré de desesperación al ver que la masacre empezaría inmediatamente. «Que Nuestra Señora de las Amantes Desgraciadas se apiade de mí», pensé.

—Claro. —Fui hasta él sin mirarlo. Sólo podía ver su mano cerrada en un puño. No sabía si era mejor salir corriendo—. Diga, señor Carter.

Miré a los lados y hacia atrás para comprobar que los demás compañeros de viaje nos observaban.

—El informe. ¿Lo ha hecho? —lo dijo con una voz contenida y áspera.

Yo sabía que podría gritarme o amenazarme en cualquier momento, pero nunca delante de quien podía echarlo todo a perder. También se aseguró de que nadie nos estaba prestando atención.

—Sí, señor. —Cogí el informe, que estaba debidamente guardado en mi carpeta de cuero negro y se lo di—. Aquí está.

Lo miré rápidamente. Miraba lo que había detrás de mí, a nuestro pequeño grupo. Por lo visto, no estaban pendientes de nosotros.

—¿Tienes miedo, Melissa? —preguntó en voz baja mientras fingía analizar mi informe.

Si quería hacerme sentir pánico lo estaba consiguiendo, aunque no iba a ponérselo fácil. Sobre todo después de lo que Alexa me había dicho.

—No tengo motivos para temer, señor Carter.

No sé de dónde saqué el coraje, pero lo miré sin desviar la mirada ni un momento, incluso mientras lanzaba aquella mirada asesina sobre mí. Robert dejó escapar una carcajada breve y ronca. Era sarcasmo.

—Espero que te acuerdes de la advertencia que te hice la última vez.

¿Advertencia? ¡Ah! La amenaza de dejarme atada a la cama dos días. ¡Perfecto! Yo esperaba algo peor. Dejé escapar una risa cínica y me aseguré de que no estábamos llamando la atención del resto.

—No cuente con eso, señor Carter —dije arqueando una ceja para desafiarlo.

Entornó los ojos.

—Has incumplido nuestro acuerdo. Estoy dispuesto a cobrarme con intereses la rabia que me hiciste pasar anoche. No seas tan valiente, Melissa. No sabes lo que te espera.

Mis ojos vacilaron y él sonrió satisfecho. ¡Maldita sea! ¿Cómo lo conseguía? Necesitaba algo más que fuerza para alejarlo de mí.

—Señores —dijo la azafata de abordo—. Si son tan amables de acompañarme.

Cogí mi equipaje de mano y Adam se adelantó para ayudarme.

—Permíteme.

Hizo un gesto barato de galán de cine de película romántica. Yo le dediqué una sonrisa generosa. Si mi amante quería jugar, yo también jugaría.

—¡Gracias, Adam!

Salí de la sala a su lado. Adam parecía un cachorro al que su dueño acabara de acariciar. Así de feliz estaba.

Entramos en el avión donde nos esperaban dos azafatas, además del piloto y del copiloto. Todos nos saludaron, especialmente a Robert. No era la primera vez, pero, aún así, no dejaba de sorprenderme lo que veía. El avión era lo suficientemente grande como para acogernos con el mayor lujo y comodidad, además de darnos intimidad. Mucho más grande que mi apartamento. Aquello era un exceso de ostentación.

Los ocho asientos parecían estar totalmente equipados para el bienestar de sus ocupantes. Me acordaba perfectamente de lo cómodos que eran.

Esta vez, Robert no se sentó en ellos. Fue hasta la entrada de una de las cabinas y desapareció tras la puerta. Todos los demás se acomodaron en los asientos. Yo hice lo mismo.

Rápidamente una azafata se ofreció a guardar mi equipaje de mano. Vi que no era la misma que la última vez. Retiré de la bolsa mi portátil, incluso sabiendo que no podría usarlo para acceder a Internet. Tenía que volver a leer mi informe, por si Robert tenía alguna duda. También me quedé el iPhone para, una vez más, confirmar la agenda. Todos parecían absortos en sus quehaceres.

Nos acomodamos y el avión pronto se deslizó por la pista y ganó altura. Confirmé la hora de salida. Aún no eran las ocho de la mañana. Intenté ponerme cómoda. Sería agotador hacer un viaje de prácticamente catorce horas y media sólo sentada en aquel asiento. La última vez, tuve el privilegio de echarme un rato, pero esta vez dudaba de que Robert se atreviera.

Hice cálculos. Cuando llegáramos a Dubái sería prácticamente media noche en Chicago. Teniendo en cuenta la diferencia horaria, llegaríamos a nuestro destino al final del día. ¡Perfecto! No tendríamos que trabajar, pero, en compensación, Robert conseguiría tenerme a su disposición con más facilidad. Habitaciones conectadas. Suspiré. Iba a matarme.

Miré por la ventanilla y me perdí en mis propios pensamientos. Alexa me había dicho lo suficiente como para hacerme desistir, así que ¿por qué no lo hacía? ¿Por qué no conseguía aceptar que Robert no era la persona adecuada para mí y que, por más que lo deseara, nunca podría ser mío?

Era tan frustrante recordar nuestros momentos, la forma en que me miraba, que a veces parecía expresar que estaba tan enamorado como yo, para de repente darme cuenta de que no era del modo en que yo imaginaba. Alexa me había dicho que no retrocedería y yo sabía que no lo haría. ¿Por qué? ¿Qué le llevaba a actuar así? Nunca hablaba sobre el asunto ni me daba la menor pista.

Todas las constataciones no ayudaban precisamente a que confiara en él. ¡Qué infierno! ¡Mierda! ¿Qué había pasado? ¿A qué se refería Nicole con aquellas acusaciones? Nunca lo sabría.

Se abrió la puerta y Robert entró en la cabina. Su fisonomía reflejaba la irritación que sentía. Se sentó en uno de los asientos e inmediatamente todos los asientos se giraron hacia él. Acabé haciendo lo mismo.

—¿Y bien? —preguntó Paul.

—¿Y bien qué? —respondió con otra pregunta impaciente ante lo que Paul entornó los ojos.

—Veo que sigues de mal humor. —Allí no se guardaban las formalidades que se guardaban en la empresa—. Todo porque Nicole y Alexa decidieron salir anoche. Olvídalo, Robert.

Gracias a Dios, no se había enfadado con Nick. No me perdonaría si supiera que, por culpa mía, ellos dos no estaban bien.

—Te hice un favor —repuso Robert ofendido.

—¡Ah, Robert! Gracias, hombre —dijo Paul intentando relajar el ambiente—. Nick me ha dicho que no era para tanto.

—Nicole es tonta —rebatió mi jefe con rabia.

—Melissa estaba allí —siguió Paul, aunque parecía cansado del tema, del que ya parecían haber hablado antes—. Dime, Melissa. ¿Qué crees que pasó?

Casi me hundí en el asiento de la vergüenza. Era exactamente lo que Robert quería, una explicación. Yo no sabía qué decir.

—Yo... —Todos me miraban esperando la respuesta. Me costó tragar—. Yo no estaba presente cuando ocurrió —admití tímidamente.

—La señorita Simon estaba ocupada —dijo Robert, que parecía aún más enfadado.

—¿Ocupada?

Adam se interesó inmediatamente en aquella parte de la conversación.

—Por lo visto, estaba distraída ayer por la noche —añadió.

—¿Una distracción del tipo novio? —Frank se entrometió en la conversación.

Mi rostro ya estaba encendido.

—Eso.

Robert me miró con rabia.

—¿Novio? Pensé que era un invento —dijo Adam fingiendo desilusión y Paul se rio de él.

—Yo no tengo novio —repuse casi en un murmullo, más para Robert que para ningún otro.

—¿No? —preguntó Adam animado.

Robert cerró los ojos, impaciente. ¡Mierda! Sólo conseguía empeorar las cosas.

—¿Aceptas currículos? —bromeó—. ¿Cuáles son los requisitos?

Frank también prestó atención a la espera de mi respuesta. Me hizo gracia lo irónico de la situación.

—Ya tiene novio —zanjó Robert visiblemente molesto por el rumbo de la conversación.

—Ha dicho que no —rebatí Adam, que se divertía con la situación y parecía querer irritar a Robert aún más—. Y entonces, Mel, ¿qué crees que debe tener un hombre para que merezca una oportunidad?

Pensé en lo que podía decir. Robert me miraba atentamente.

—Sólo...

Me paré sin tener valor de desafiarlo.

—¡Vamos, Mel! Una pista —insistió Adam.

Robert se agarró al asiento con fuerza.

—Ya tiene novio, Adam —respondió, casi a punto de explotar.

—¿Qué problema tienes, Robert? Deja que la chica responda —bromeó Frank. Robert suspiró derrotado y esperó—. Al final, Mel, ¿tienes o no tienes novio?

—No.

Podría haberme reído de la cara que puso Robert si el miedo de lo que pasaría después no me hubiera hecho ser tan cautelosa.

—Entonces, ¿cómo puede un hombre ganarse tu corazón? —preguntó Adam, que estaba siendo demasiado meloso para mi gusto.

—A juzgar por lo que vi ayer... —La sonrisa y la mirada de Robert eran diabólicas—. No se necesita mucho.

Apreté los labios con fuerza, un poco desilusionada con las palabras que había empleado.

—¿En serio? —preguntó Adam entusiasmado.

—En realidad... —dije totalmente dispuesta a enfrentarme a él—. Como ha dicho el señor Carter, no hace falta mucho. Mi única exigencia es que no esté casado. —Le lancé una mirada desafiante. Sus ojos eran fuego puro, mientras que los demás se reían a carcajadas—. Existen otros puntos importantes, como por ejemplo, no tener mal carácter y no ser mentiroso ni oportunista; no creerse en el derecho de entrar en mi vida y modificar lo que hay en ella; y, principalmente, no creer que puede darme órdenes, pues para eso ya tengo a mi jefe.

Podía sentir el dulce sabor de la venganza en mi lengua. Robert estaba mortificado.

—Es una lista muy larga para alguien que no exige mucho —resaltó Frank, que volvió la atención a los papeles que tenía en la mano.

Yo seguía mirando fijamente a Robert que se mordía la punta de los dedos. Sus ojos anunciaban venganza. Estaba muerta, con toda certeza.

—Ya hemos dedicado más tiempo a este asunto del que deberíamos. Vamos a empezar a trabajar.

Robert se levantó y se fue a la cabina. Todos volvieron a sus actividades y yo me quedé perdida en mis pensamientos. Se cobraría el triple.



Lo había atacado directamente. ¿En qué estaba pensando para desafiarlo de esa manera? Sólo podía estar loca. Pero ¿qué estaba pensando él cuando dijo toda esa mierda? Yo me sentía débil, avergonzada, con mucha rabia y, encima, tenía que fingir que no pasaba nada y que él no tenía poder sobre mí.

Me sentía tan confusa y mentalmente tan desgastada que me resultaba imposible pensar con coherencia para llegar a una solución sensata. Mi cuerpo me estaba pasando factura por la noche mal dormida y mi mente imploraba un poco de paz y tranquilidad.

—Señorita —me llamó la azafata señalando un carrito en el que llevaba revistas y periódicos en la parte de abajo y algunas cosas para comer en la parte de arriba—. ¿Zumos, café, agua?

Miré hacia el carrito y se me revolvió el estómago. No podría tomar nada hasta que hubiera digerido toda aquella confusión.

—¿Tendría quizá una Coca-Cola?

Me miró sorprendida, pero no hizo preguntas.

—Claro. Un momento, por favor.

Salió y observé que los demás seguían enfrascados en sus actividades.

Paul tenía un periódico en la mano, Adam miraba algo en la televisión y Frank analizaba un documento, seguro que un contrato.

Justo cuando lo observaba levantó los ojos y se topó con los míos. Sonrió. Fue embarazoso. Esbocé una sonrisa falsa y volví a observar a los demás, no demasiado contenta de que me hubiera cogido *in fraganti*.

La otra azafata pasó a toda prisa, con una sonrisa inmensa, y fue hasta la puerta que nos separaba de Robert. Entró sin mirar hacia atrás. ¿Qué mierda era aquella? ¿Qué pretendía? ¿Creía que podía tirarse a aquella rubia tetuda mientras yo esperaba al otro lado? Podía sentir las lágrimas formándose en mis ojos y pensé en varias maneras de hacer que el avión se cayera. Al menos, no conseguiría lo que tanto quería de ella.

¡Aquel hijo de puta miserable! No le sería tan fácil. No.

—¿Señora? —La otra azafata se acercó con mi refresco—. ¿Desea algo más?

«Sí, deseo que aquella hija de puta tetona salga de encima de mi... De mi...», pensé. No sabía qué era, pero era mío.

—¡No, gracias!

Mi voz disfrazaba la rabia. Bebí un trago y dejé que el líquido corriera quemándome la garganta.

—Señorita Simon.

Era la azafata rubia y tetona que se me había acercado sin que yo notara su presencia. La miré dispuesta a matarla.

—El señor Carter la espera —lo dijo con un tono de decepción y no pude ocultar mi enorme satisfacción.

Ok. Era mío.

Me levanté y seguí a Miss Silicona hasta el otro lado. Ella me condujo a otra puerta y la abrió. Conocía muy bien el camino y sabía cómo encontrar a mi jefe sin su ayuda, pero como tenía que mantener la cabeza fría, principalmente porque me quedaría a solas con Robert, dejé que la mujer irritante me guiara.

La cabina en la que estaba Robert era la misma en que nos quedamos cuando fuimos a Grecia. Era difícil acostumbrarse a la idea de que dentro de un avión podía haber una habitación tan grande como aquella. Miré la cama y me asusté. Robert prometió atarme a la cama si incumplía nuestro acuerdo. ¿Tendría el valor de hacerlo, se arriesgaría?

¿Qué podía querer Robert de mí? ¿Qué pensarían los demás? ¡Dios! Mis piernas temblaban y empecé a mojar las bragas. Era absurdo, lo sabía, pero me resultaba imposible no excitarme al pensar en mi jefe, una cama y yo en el mismo lugar. Ya había experimentado mucho como para saber lo que esas tres palabras podían proporcionarme. En cambio, no podía permitir que pasara nada.

Robert estaba al otro lado de la cabina, sentado en un sillón cómodo, sin americana y con las mangas de la camisa

dobladas de manera que podía ver su antebrazo. Delante de él, había una mesa con algunos papeles y otro sillón. No me miró. Entré y la azafata se retiró. Sólo entonces levantó la mirada y me encaró. Fue como si me estuviera quemando de dentro hacia fuera. Estaba jodidamente excitada. ¡Era tan injusto!

—Melissa.

Arrastró la voz al pronunciar mi nombre. Se pasó la lengua por los labios. Mi imaginación se desbordó en aquel momento y no conseguí concentrarme en otra cosa.

—Siéntate —dijo señalando el sillón frente a él.

Carraspeé y obedecí. Robert casi ni me observaba.

—Señor Carter... —empecé a decir, pero él levantó la mano impidiendo que siguiera.

—¿Qué estás haciendo? ¿Quieres medir fuerzas conmigo?

Sus ojos se entornaron y mi corazón se aceleró.

—No sé de qué habla.

—Dean, Adam Simpson... —Abrí y cerré la boca sin saber qué decir—. Creo que aún no te he dejado suficientemente claro mi concepto de invasión de propiedad.

De acuerdo. Empecé a explotar de la rabia. Era un camino peligroso si empezaba a recorrerlo.

—¿Propiedad? —lo interrumpí en voz baja sintiéndome insultada.

Mi mente trabajaba a todo trapo combinando partes de la conversación que había tenido con Alexa y las imágenes de él con Tanya de la mano, como fogonazos. El aire era tan pesado que costaba respirar. Él aún hablaba, pero su voz parecía distante. Yo oía parcialmente lo que decía.

—Voy a tener que encerrarte en casa hasta que lo entiendas...

—Para ya con eso, Robert. —Cerré los ojos con rabia intentando controlar mi voz. No quería que los otros me oyeran—. Yo no soy de tu propiedad —dije enfatizando cada palabra.

Las lágrimas me corrieron por los ojos, pero eso no me intimidó.

—No de la forma en que estás pensando.

Retrocedió, sorprendido, pero ya era demasiado tarde.

—Al infierno tú y todas tus teorías. —Se asustó con mi reacción—. Estoy harta. Estoy harta de este juego. Me he cansado de tus locuras. Puede que te funcionara con el resto de mujeres a las que te has tirado, pero no conmigo. Estoy harta. Se acabó. Puedes despedirme si quieres. Puedes mandarme de vuelta en el primer vuelo o puedes echarme fuera de este, pero se acabó.

¡Joder! La rabia me dominaba. No podía permitir que me tratara como a un objeto.

Robert respiró hondo y se pasó la mano por la cabeza. Rápidamente se recompuso recuperando la seguridad.

—No intentes volver el juego contra mí, Melissa. No era yo quien estaba agarrado con otra mujer ayer en la discoteca. Has sido tú la que has incumplido nuestro acuerdo, lo que me da derecho a hacerlo.

—¿Acuerdo? —Me reí con sarcasmo secándome las lágrimas que inundaban mi rostro—. No tenemos ningún acuerdo ya. No me voy a dejar engañar porque no consigas resolver tus problemas con tu mujer. No voy a quedarme ningún fin de semana más en casa sin poder ver a mis amigos, sin salir con quien quiera, de la forma que quiera y a la hora que quiera. No eres mi dueño.

Esta última frase salió con más fuerza y más alto.

—¡Basta, Melissa! —gritó.

Me asusté. Robert se levantó y anduvo por el cuarto pasándose la mano por el pelo. Exhalaba irritación. Yo sentía mucha rabia.

—No lo voy a admitir, ¿me entiendes? —dijo señalándome con el dedo.

Parecía mi padre cuando me echaba la bronca. Habría sido cómico, si no fuera tan trágico.

—No tienes derecho, Robert. Vete a dar órdenes a tu mujer.

Me levanté haciendo sonar los pies como una niña mimada, decidida a salir de allí y dejarlo hablando solo. Me daba todo igual. No me importaba si los demás se enteraban de lo nuestro o si me despedían. No me importaba nada. Sólo quería alejarme lo máximo posible de él.

Robert al parecer no tenía los mismos planes. Me alcanzó antes de que fuera capaz de llegar a la puerta. No tuve tiempo de reaccionar, pues, con una fuerza exagerada, me tiró en la cama y se echó encima de mí. Con una mano aguantaba las mías encima de mi cabeza y con la otra me tapaba la boca. Estaba asustada y tensa.

—No grites —me advirtió—. ¿Qué vas a hacer? ¿Te vas? ¿Te vas corriendo a los brazos de aquel, de aquel imbécil?

Me intenté zafar debajo de él.

Robert me aguantó con fuerza y abrió el espacio entre mis piernas colocándose entre ellas. Mi falda resistió dificultando su maniobra. Mi jefe sonrió, endiablado y encantado con mi rechazo. ¡Maldita sea! Era una lucha desigual, muy por encima de mi capacidad.

—Nunca será para ti ni la mitad que yo, Melissa.

Sacudí la cabeza para librarme de su mano. Accedió y me soltó la boca. Sus dedos largos rozaron mis labios entreabriéndolos. Cerré los ojos intentando reordenar mis pensamientos y sólo los abrí cuando bajaba la boca hacia la mía.

—Déjame en paz. No quiero.

Aparté la cara impidiendo que me besara, a pesar de saber que, si esa era su voluntad, nada se lo impediría.

—Claro que quieres.

Sin desistir me besó la cara y bajó distribuyendo besos por el cuello hasta llegar muy cerca de los senos. Un sinfín de emociones se mezclaba y se confundía en mi cabeza. Rabia, odio, vergüenza y excitación. Robert siempre conseguía despertar lo mejor y lo peor en mí.

—Ceder a tus encantos sexuales no me mantendrá a tu lado, Robert. Vas a conseguir lo que quieres. Siempre lo consigues. No lo puedo evitar. Pero juro que después me marchó. Desaparezco de tu vida...

Los sollozos me impidieron continuar y fueron suficientes para que parara. Nuestros ojos se encontraron.

Él me observó durante unos segundos. En sus ojos había sufrimiento, pero ese sentimiento pugnaba con la rabia. Era encantador y aterrador al mismo tiempo. Tenía miedo de lo que sería capaz de hacer. Robert estaba parado. Por primera vez vi desesperación en su cara. Apoyó su cabeza en mi cuello. Sollocé dejando que el llanto me dominara. ¿Cómo podía ser tan contradictorio?

—¿Qué quieres de mí, Melissa? No me desafíes de esa manera, no sé de qué soy capaz —dijo jadeando, con el rostro enterrado en mi cuello mientras su mano cogía las mías.

—Déjame ir, Robert. No me das lo que quiero, lo que necesito.

No me podía creer que estuviera diciendo aquello. ¿De dónde había sacado el valor para hacerlo?

—¿Y quién puede? ¿Dean? —Levantó la cabeza con los ojos idos—. ¿O Adam Simpson?

Escupió las palabras, enojado. Cerré los ojos. No quería empeorar aún más la situación. Sólo necesitaba que aceptara que no podíamos seguir juntos y esa era la parte más difícil. Como difícil sería convencerme de que era una decisión adecuada.

—No soy distinta en nada de las muchas mujeres que ya han pasado por tu vida.

Se rio sarcásticamente. Su mano libre recorrió su pelo desgreñado. Rápidamente, Robert recuperó la seguridad y habló sin evidenciar el miedo de antes.

—¿No sabes lo que dices? ¿Quién te ha metido esa mierda en la cabeza? ¿Con quién has hablado?

Entornó los ojos, como si quisiera saber más de lo que era capaz de preguntar.

—¿Acaso importa? ¿Vas a negarme que ha habido ya otras mujeres en mi papel?

—Ninguna mujer ha representado este papel, Melissa. Nunca, definitivamente, he dado a nadie ni un tercio de lo que te doy a ti. ¡Maldita sea! —Me soltó y se sentó en el borde de la cama. Me levanté con miedo de que tuviera otra reacción absurda—. ¿Es eso lo que piensas? ¿Crees que otro hombre puede cumplir tus expectativas? ¿Qué quieres, Melissa? ¡Contesta!

No gritó, porque era consciente del peligro que era llamar la atención de los demás. Pero incluso así, su voz sonó fuerte y autoritaria. Robert oscilaba entre el ejecutivo seguro de sí mismo y arrogante, que no pedía, sino que ordenaba, y el hombre dulce y gentil que muchas veces aparecía, me seducía y hacía el amor conmigo. Me sentía confusa, sin saber qué responder.

—¿Dean? ¿Es él a quien quieres?

—No.

Mi respuesta fue rápida y segura. Debería ser suficiente para él, pero no quedó satisfecho, lo que demostraba la enorme inseguridad que sentía.

—¿Adam Simpson?

Me reí sin ganas. ¿Cómo podía pensar que Adam y yo...?

—No, Robert.

—¿Quién? —Parecía cansado y asumió una postura de derrota—. ¿Quién, Melissa? ¡Mierda! ¿Dime quién está haciendo que te eches atrás?

—Nadie.

Robert me miró. No parecía creerme.

Estaba acabado. Era extraño e irónico verlo así. El mismo Robert que me aterrorizaba con sus amenazas estaba en aquel momento frente a mí, frágil, vulnerable y perdido.

—Mel, yo...

No sabía cómo decir lo que quería. Sin embargo, yo sabía lo que podía prometerme y estaba segura de que no quería aquellas promesas.

—Lo sé, Robert. Es exactamente por eso. No puedes separarte ahora. Quieres que lo entienda, pero no me cuentas toda la verdad. No quiero eso.

Por increíble que parezca, estaba muy tranquila.

—¿Qué quieres? No puedo romper mi acuerdo con Tanya. ¡Tienes que entenderlo! Sólo puedo garantizarte que está muy cerca de acabarse.

—Siempre me dirás lo mismo, hasta que te canses de mí. Sólo que hasta ese momento, derramaré muchas lágrimas, pasaré muchas noches sin dormir y sola...

No podía dejar de llorar. Aún era difícil asimilarlo.

—¡Qué absurdo, Mel! ¡Para con eso! ¡Déjalo ya, Melissa! No lo ves.

Sus ojos imploraban. Estaba confusa.

—Estoy tan cansada. Son tantos conflictos, tantas confusiones y todo lo que querría era poder ver el telediario de la noche contigo, cocinar para ti y derretirme de placer en tus brazos y dormirme sin miedo a lo que pueda pasar al día siguiente. Sin temor a lo que podemos perder. Yo te quiero para mí y sé que nunca te tendré.

Me miró con ternura, se acercó a mí y apoyó su cara en la mía.

—Si tanto me quieres, ¿por qué no confías en mí? ¿Por qué no haces lo que te pido?

Él no pedía, mandaba, pero no tenía sentido hablar de eso en ese momento.

—Porque no quiero la vida de amante. Yo quiero ser más. No puedo creer que vaya a tener tan poco de ti cuando te lo estoy ofreciendo todo. No hay nada en mí que no te pertenezca.



—Mel —respiró hondo y pegó su cabeza a la mía—, tú no eres mi amante —dijo acariciándome el pelo y buscando mis ojos—. Eres mi mujer. Estoy loco por ti, Melissa.

No estaba preparada para eso. Me desarmó completamente. ¿Cómo podía dejarlo después de aquellas palabras? ¡Maldita sea! Que Nuestra Señora de los Corazones Destrozados me ayudara y me consolara.

—Robert...

Me besó, con un beso dulce que fue ganando fuerza poco a poco haciendo que cediera a sus encantos.

Me besaba a impulsos. Sus labios se juntaban con los míos y después se apartaban, volvían a mí y se alejaban. Eran dosis homeopáticas que en vez de curar mi ansiedad, aceleraban todo en mí. Sus dedos acariciaban mi nuca haciendo que me relajara. Con cuidado, me echó en la cama.

—No, Robert —murmuré con la voz débil—, no aquí.

Pero aún me besaba y sus manos me acariciaban por encima de la ropa. Caricias firmes y suaves. Yo deseaba más.

—¡Te deseo, Mel! No sólo hoy, ni de la forma que crees, yo sólo... —Dudó, sin poder decir lo que pretendía. El tono de su voz en mi piel me dejó totalmente excitada y jadeante—. Te quiero para mí, entera.

¿Cómo negarse cuando sus labios estaban en mi piel y descendían rápidamente por mi busto mientras su mano desabotonaba mi camisa? Robert cogió mi seno con la mano, capturándolo, su boca se apoderó de él y sus dientes presionaron mi pezón en cierta medida. Impedí que se me escapara un gemido de placer.

—No, Robert —repetí intentando impedir que hiciera una locura, pero mi voz no tenía fuerza suficiente para detenerlo—. Pueden desconfiar. Robert... ¡Ay, Dios mío!

Deslizó su mano por debajo de mi falda hasta llegar a mis bragas sin detenerse hasta tocarme con bastante intimidad. Ya estaba completamente entregada. Sus dedos acariciaron mi sexo esparciendo la humedad y disfrutando de ella. Su tacto era sensual y torturante. Lo quería dentro de mí. Con urgencia.

—¡Oh, Dios! —dije gimiendo un poco más alto cuando sentí sus dedos en mi entrada.

—¡Chsss! Si lo hacemos en silencio, no se enterarán de nada.

Hundió más sus dedos y yo apreté los labios para no gemir más fuerte. Sin embargo, Robert no dejaría de castigarme un poco más y pronto sacó sus dedos, limitándose a acariciar sólo la parte externa de mi feminidad. Respiré hondo recuperando el aliento.

—Es peligroso —murmuré en un gemido lento.

Mi jefe, por supuesto, no tuvo en cuenta mi protesta, que parecía más bien estimularle. Rápidamente, terminó de subir mi falda y se colocó entre mis piernas, levantándose por los muslos.

—No puedo esperar. Tengo que estar dentro de ti, Mel. Tengo que comerte y verte gozar. Y tengo que hacerlo ahora.

En ese mismo instante su miembro me invadió abriéndose paso dentro de mí. Robert entró con todo, sin pedir permiso, y me llenó entera. Rápidamente todo mi cuerpo estaba a su merced. Estaba dominada sin condiciones. Gemimos juntos intentando contener la intensidad de nuestro deseo.

Lentamente, comenzó su danza sensual, saliendo de mí para luego embestir con más fuerza. Ese sería nuestro ritmo. Me encantaba. Apreté mi cuerpo contra el suyo para que pudiera penetrarme más y me moví con lujuria. Él me mordió un hombro en un intento frustrado de contener sus gemidos.

Sus manos bajaron y, cuando llegaron a mis muslos, levantaron mis piernas para que quedaran presas en sus caderas. Las crucé alrededor de su cintura dándole mayor movilidad. Avanzó como un salvaje dejándome a su merced, completamente expuesta a sus deseos, reivindicándome cada vez más.

Nuestros movimientos fueron más intensos. En parte por la urgencia, pues nos podían sorprender, y, por otra parte, por el placer que nos proporcionaba saber que estábamos en una

situación de riesgo y que, a pesar de eso, era lo que más deseábamos en aquel momento.

Follando como dos locos, no sé a cuántos pies de altura, cortando el océano y con otras personas esperándonos fuera. Era una locura extremadamente excitante. Nos besamos con un deseo avasallador mientras nuestros cuerpos se acoplaban y se apretaban frenéticamente.

Mi falda estaba cogida a mi cintura y mi amante estaba completamente vestido. Sólo se había abierto el pantalón para liberar su pene, que luchaba contra mis bragas, que sólo apartó hacia un lado para abrirse paso. Era la fantasía de cualquier mujer y yo estaba como loca por poder hacerla realidad.

Robert me levantaba por los muslos mientras me penetraba con más fuerza y yo me movía obligándole a rozar aún más mis paredes. Estábamos llegando y podía sentirlo controlando su momento.

—¡Ahora, Mel, goza para mí, linda! —me ordenó y, como siempre, algo dentro de mí se disparó proporcionándome un placer inenarrable.

Me agarré a él con fuerza apretando los dientes para que el grito de placer que tenía preso en mi garganta no escapara. Robert sofocó el suyo en mi cuello y en mi pelo, mientras su cuerpo tremendo seguía sobre el mío. Me quedé agarrada a él manteniendo nuestros cuerpos juntos el máximo tiempo posible.

Cuando empezó a relajarse, se incorporó un poco apoyándose en un codo y me besó los labios con dulzura. Fue el beso más dulce y gentil que me había dado. Mi corazón se derritió.

—¡Te adoro! —Se apartó un poco, arreglando su propia ropa—. Pero sigo queriendo que te alejes de ese tipo. Y no voy a dejar de castigarte.

Entorné los ojos al oírlo. Los celos de mi jefe eran absurdos. ¿Cómo podía haberme convencido de que lo dejara permanecer en mi vida?

—Robert, sólo estaba...

—Besándolo —dijo con rabia.

Yo aún estaba extasiada con el placer de unos segundos atrás y no quería volver a discutir.

—No lo estaba besando.

—Te vi, Melissa. Yo... —Se levantó con rabia—. ¿Cómo pudiste? ¿Pensabas que no te descubriría?

Ni siquiera quise preguntarle cómo lo había descubierto. Ya estaba suficientemente confusa.

—¡Robert! —hablé más alto para conseguir su atención—. Estaba intentando acabar mi historia con Dean.

Después de algunos segundos parecía más tranquilo, pero aún no lo suficiente.

—¿Y sellaste el final de vuestra historia con un beso de despedida?

—No, él intentó besarme. Fue por lo que empezó todo, y lo entendió. Y tú me tendrías que haber escuchado primero antes de salir dando puñetazos.

Se rio.

—El tío se los merecía. Y fue mejor así. Era él o tu... amigo

Me estremecí al imaginarme una pelea entre ambos

—Haces que me vuelva loco, Melissa. ¿Cuándo vas a entender que cuando te digo que te apartes de alguien es porque realmente necesito que me obedezcas?

—¿Cuándo vas a entender que no puedes decidir sobre mi vida?

Robert se dejó caer apoyando la espalda en el colchón.

—Mel, necesito estar seguro de que puedo confiar en ti. Lo necesito, para poder dedicarme a lo demás con tranquilidad. Es muy importante para mí.

—Puedes confiar.

—Entonces, ¿te alejarás de él?

—No. —Robert respiró hondo, con impaciencia—. Nuestro acuerdo era que ni yo ni tú podíamos estar con otras personas, pero no puedes impedir que tenga amigos ni que salga con ellos.

—¡Colabora, Melissa, por favor!

—Tengo que tener vida, Robert. No puedo quedarme encerrada en casa mientras juegas a las casitas con tu mujer.

—Me estoy desdoblando para atender tus necesidades.

¿Eso era lo que pensaba?

—El sexo no es una de mis mayores prioridades. Tienes que esforzarte más.

Me mordí los labios para evitar sonreír. Robert se apoyó en un codo para mirarme mejor.

—Puedo quedarme en tu casa hasta las once tres días por semana. Después tengo que volver a casa.

¿Sólo eso?

—Es poco.

—¿Poco?

—Claro que es poco. Necesito más. ¿Qué voy a hacer contigo tres veces por semana hasta las once? —Levantó una ceja y se rio—. Me encanta follar contigo, pero no es todo en la vida. —Su cara reflejaba que sabía la verdad—. ¡Es genial! Vale, follar contigo es casi todo. —Se rio satisfecho—. Pero incluso así. Necesito más. —Desvió la mirada y miró al vacío mordiéndose el labio inferior—. Tienes que hacer algo más que eso, Robert.

—¿Sábado por la tarde?

Yo sabía que aquel era su límite, pero aún así era poco para mí.

—Es poco.

—Convenceré a Nick para que te haga compañía un par de noches por semana, te pago un gimnasio para que liberes energía, te matriculo en un curso de... Cualquier curso. Sólo

tienes que escogerlo. Ya está. He ocupado todo tu tiempo libre. Ni siquiera me echarás de menos. —Esta vez fui yo la que arqueó la ceja—. ¿Qué puedo hacer por ti, Melissa? Tres orgasmos cada día que estemos juntos y no se hable más del tema.

Lo miré asombrada. Estaba bromeando, claro, pero incluso así... Todo se resumía al sexo.

—¿Tres orgasmos? —dije fingiendo considerar la propuesta.

—No me digas que es poco. Tenemos poco tiempo y no vamos a hacer nada que no sea follar. Deberías estar más que satisfecha.

—Por ahora, sí.

—¿Por ahora? —preguntó indignado.

—Acepto tres orgasmos por día. Como aún necesitas tiempo para resolver la crisis con tu mujer, acepto esta oferta. Pero no puedo garantizar por cuánto tiempo. —Se rio, cansado de la conversación—. Ahora hablando en serio, Robert. No quiero nada de lo que me has prometido. Sólo resuelve tus problemas lo antes posible.

—Tengo tanto interés en hacerlo como tú, Melissa.

—Eso espero —dije cruzando los brazos y mirándolo.

Robert me cogió la cara entre sus manos.

—Sé que quieres más. Me encantaría darte todo lo que mereces, pero desgraciadamente no puedo. Aún no. Lo único que puedo garantizarte es que estoy contigo, sólo contigo. Para mí es suficiente y es lo que realmente quiero. —Se detuvo un momento, confuso por algo—. Y creo que es lo que tú también quieres, ¿verdad? ¿Sigue en pie nuestro acuerdo?

—Siempre que cumplas tu parte, sí.

Robert sonrió, dejándome aún más encantada.

—Esta semana tendrás tus cuatro días.

Se levantó de la cama y fue a la mesa.

—No por eso renuncio al sábado.

También me levanté y me arreglé la ropa y el pelo.

—Hemos quedado en cuatro días —lo dijo divertido, ya no había tensión.

—Basta con que te alejes de mí un día —dije provocándole.

—Eso no va a ocurrir —repuso y pareció bastante decidido —. No voy a renunciar a hacerlo contigo, de todas las formas posibles, ni un día de este viaje.

Me temblaron las piernas sólo de imaginar lo que haríamos.

## Capítulo 29

Nos quedamos el resto del viaje sentados uno frente al otro. Yo tomaba notas y leía algunos documentos que Robert me pasaba. No era mi función, pero él parecía confiar en mi opinión. La gente entraba y salía todo el tiempo y era algo embarazoso. Aparentemente nada indicaba que habíamos follado en aquella cama, pero, incluso así, yo me ruborizaba con la posibilidad de que alguien pensara algo parecido.

Frank fue quien pasó más tiempo con nosotros. Hablaron de los acuerdos y los contratos y de la legislación que podía proteger a las empresas. Se aseguraba de que no hubiera ambigüedades y de que Robert pudiera confiar en su capacidad jurídica. Entendí que se conocían desde hacía tiempo, pues, a pesar de que no eran amigos, sí que había proximidad entre ellos.

Pese a la seriedad de su pose, Frank era tranquilo y alegre. Era capaz de hablar de temas tediosos de forma amena e interesante. Muchas veces acabé entablando conversación con él sobre todo lo que podíamos esperar de las reuniones. Robert, aunque no lo manifestara, parecía sentirse un poco incómodo. Él estaba allí y seguía todas las conversaciones y podía ver que no hablábamos de nada que no fuera profesional, por eso no entendía por qué no se relajaba.

Adam también pasó por allí. Era el tipo de persona que necesita hablar todo el tiempo para sentirse vivo. Yo y Robert éramos distintos, disfrutábamos del silencio. Adam mezclaba las conversaciones. Decía cosas interesantes sobre los negocios y hacía propuestas inteligentes al mismo tiempo que bromeaba con el doble sentido de las palabras haciendo que



me ruborizara. También era directo en sus proposiciones. Robert parecía querer estrangularlo, sin embargo, se limitó a pedirle que saliera y llamara a Paul.

Paul, a pesar de ser muy amigo de Robert, parecía cohibido por mi presencia. Hablaron bastante sobre las negociaciones y poco sobre temas personales. Casi no habló conmigo, aunque siempre era agradable. Seguro que estaba molesto con la fatídica pelea. Preferí mantenerme apartada.

Cuando el piloto avisó de que estábamos llegando al Aeropuerto Internacional de Dubái, pedí permiso a ambos, fui a mi asiento, cogí mi equipaje de mano y fui a una de las cabinas. Era pequeña y sólo había un asiento, ancho, reclinable y cómodo, y una mesa con un televisor. Dejé mi equipaje sobre el asiento y saqué un pañuelo blanco lo bastante grande como para cubrirme el pelo, el cuello, los hombros y los brazos, además de una buena parte del rostro. Era lo más sensato.

Aunque fuera extranjera, debía seguir las normas culturales en relación a la manera de vestir, tan claras en la región. Me cambié la falda por una más larga, aunque era tan justa como la otra, y me dejé la camisa de botones, que no mostraba mucho. Salí de la cabina y todos me miraron.

—¿Has estado investigando? —preguntó Paul con una sonrisa en los labios que hizo que me ruborizara.

—Si voy a ser la única mujer del grupo debo actuar conforme a las costumbres. Será lo mejor para asegurarnos de que las negociaciones siguen el rumbo deseado. No sería nada agradable que algo fuera mal por haber traído a una mujer que provoque algún escándalo en las reuniones

Adam se rio mostrando su acuerdo y Frank me miró por un tiempo. La mirada de Robert era de admiración. Me sentí feliz por haber hecho algo positivo a sus ojos.

—El pañuelo no es necesario. Las extranjeras no tienen que seguir las reglas al pie de la letra —dijo mi jefe sin dejar de mirarme en ningún momento.

—Así es, pero como vamos a estar en contacto con un grupo de empresarios árabes no puedo correr el riesgo de molestarlos.

Asintió con la cabeza y desvió la atención.

—Me gusta tu pelo, Melissa —dijo Adam que no se rendía—. Y tus ojos también. Aún no soy capaz de decidir si prefiero el velo que te hace más enigmática o el pelo suelto que te hace más salvaje.

Apenas sonreí tímidamente. Adam no sabía el tamaño del problema en el que se estaba metiendo. Si quería evitar complicaciones en aquel viaje, sería mejor que me mantuviera lejos de él.

Nos acomodamos debidamente en nuestros asientos mientras el avión se preparaba para aterrizar y sólo volvimos a hablar cuando ya estábamos en tierra firme. Paul se apresuró a bajar, detrás de Adam y Frank. Esta vez Robert me ayudó con el equipaje y aprovechó el momento para susurrarme al oído.

—Es extremadamente excitante verte tan sumisa, Melissa. Me has dado muchas ideas.

Mi rostro se encendió y debo añadir que mis bragas también. Más sumisa de lo que ya había estado en sus brazos era imposible.

—Señor Carter, me está usted impidiendo el paso.

Esbozó una sonrisa tan hermosa que me flaquearon las piernas.

—No pienses que me he olvidado de mi venganza. —Lo miré espantada—. Sólo he decidido cambiar la forma en que la ejecutaré. Prepárese, señorita Sumisa Completamente Deseable Simon.

La comisaria tetona se acercó a nosotros. Consciente de lo que pretendía siendo tan atenta, bajé la mirada y me eché el velo sobre el pelo preparándome para abrirme paso entre ellos y salir del avión. Podía sentir cómo crecía la sonrisa de Robert al verme con el velo.

—¿Puedo ayudarles en algo? —preguntó directamente a Robert.

—No. Gracias, Grace.

Entorné los ojos. ¿La llamaba por su nombre de pila? Pasé delante y oí su risa suave y ronca. ¡Cielos! Era deliciosamente detestable.

Bajamos las escaleras del avión e inmediatamente me arrepentí de no haberme cambiado la camisa por otra más fina y sin mangas. El calor del desierto era insoportable, aún más con aquel velo cubriéndome el rostro. Me estaba sofocando. Todo mi cuerpo hervía y, esta vez, no era culpa de mi jefe.

Di gracias a todos los santos cuando entramos en la limusina negra que nos esperaba. Agradecí también el aire acondicionado, aunque eso significara contribuir a la degradación del medioambiente. Por lo menos no moriría asada y deshidratada en medio del desierto. Me quité el velo y saqué una horquilla del bolso para cogerme el pelo en un moño.

—Ahora me has dejado aún más confuso, Mel. —No entendí lo que Adam estaba preparando y lo miré confusa con su comentario—. Te he dicho que me gustas con el pelo suelto. Estás increíble con el pelo cayéndote por la cara hasta los hombros. Pero viéndote con el pelo recogido ya no sé qué prefiero. Me gusta la idea de tu cuello y tu cara despejados.

No sabía qué decir. Adam era impertinente y llegaba a ser desagradable a la hora de demostrar su interés por mí, aunque lo hacía con bastante delicadeza, como si no quisiera ofenderme y como si le resultara imposible no demostrar su admiración por mí. Le brillaban los ojos cuando hablaba, mientras que los de Robert echaban fuego. El silencio fue tenso.

—¡Dios! Nunca me acostumbraré a todo este calor. — Frank nos hizo un gran favor al cambiar de tema y correr un tupido velo—. Aunque hay aire acondicionado en todos los sitios.

Mi jefe me lanzó una mirada asesina. ¡Maldita sea! No había hecho nada para merecer esa actitud. ¿Por qué no lo arreglaba con Adam en vez de intentar intimidarme?

—Me gusta el calor. —Sonrió demostrando que había recuperado el humor—. La gente lleva menos ropa.

Adam se rio y Paul movió la cabeza. Esta era una faceta de Robert desconocida para mí hasta entonces.

—No en Dubái, amigo mío. —Paul sonrió amistosamente—. Las mujeres aquí van tapadas completamente. Todas salvo las extranjeras.

—Sí, pero mientras van por la calle. Pero entre cuatro paredes, no tanto.

Frank le guiñó el ojo a Paul y se rieron todos. No me gustó lo más mínimo aquella parte de la conversación. Por lo visto tendría doble trabajo: fiscalizar a Robert y también a Paul. Tendría que hacerle ese favor a mi amiga Nicole.

—Y no podemos olvidarnos de las bailarinas —añadió Paul y todos asintieron.

¡Hombres!

—Tenemos que tener cuidado con Mel. —Adam volvió a llamar la atención sobre mí. Tuve que esforzarme para no mover los ojos—. Está excéntricamente hermosa con el rostro cubierto y esos ojos enigmáticos asomando. E incluso esa falda larga deja intuir la belleza de su cuerpo. Alguien podría planear secuestrarla para un harén.

Se rio y yo me ruboricé más de lo que ya estaba por el calor. ¿Cómo se le había ocurrido aquella tontería del harén?

—Podemos negociar con alguna casta y venderla como esposa. ¿Cuánto sacaríamos?

Se me pusieron los ojos como platos. Robert estaba bromeando con venderme a alguien. Todos se rieron a carcajadas y yo me enfadé.

—Quizá acepte, pero es la mujer la que paga la dote, así que no sé si querréis asumir ese papel. —Lo miré directamente

—. Quizá consiga un buen marido que realmente quiera estar conmigo y me trate como me merezco.

Adam hizo un gesto de reprobación, Paul sonrió de forma misteriosa y miró de reojo a Robert. Me puse tensa. ¿Quizá el también desconfiaba?

—¿Sabe que aquí un hombre puede tener todas las mujeres que pueda mantener? O sea, un hombre casado puede casarse con otras mujeres, siempre que pueda mantenerlas.

Casi me sofoqué con el aire de mis pulmones. Robert parecía hablar con normalidad, pero yo sabía lo que estaba intentando decir. Era repugnante. ¿Dónde quedaba la conversación que habíamos tenido en el avión?

—Existen reglas para que pueda darse la bigamia, señor Carter. Para mí, la más importante es que la mujer no está obligada a aceptar un marido que ya esté casado y que la esposa debe estar de acuerdo con el segundo matrimonio. Además, un hombre casado sólo puede casarse con otra mujer si tiene un motivo legítimo.

—Sí, claro, como la falta de interés en el primer matrimonio. Si es así y, consciente de que la mujer divorciada está mal vista, no está dispuesto o no tiene motivos para repudiarla, puede tomar una segunda o una tercera esposa, dependiendo de su fortuna.

¡Mierda! Se estaba divirtiendo con aquella situación penosa. Era ridículo pensar que podría convencerme de continuar siendo su amante con toda aquella charlatanería.

—No puede haber diferencias entre las esposas. Se debe tratar a todas por igual, señor Carter. Todas deben tener lo mismo.

Me sonrió y su mirada se volvió diabólica. ¡Ah, no! De ninguna manera se iba a quedar así, Carter.

—Eso no sería un problema para alguien como yo.

Paul se movió en su asiento, incomodado por la situación.

—La bigamia no está aceptada ni en las leyes ni por las costumbres americanas. Usted es americano.

Desvié la mirada hacia fuera del vehículo intentando zanjar la conversación.

—Basta con que me convierta. —Lo miré con incredulidad—. Eso pasa aquí también.

Se rio irónicamente y yo sentí aún más rabia.

—Bueno, señor Carter, puede estar seguro de que conmigo no será.

Se rio nuevamente. Había mucha tensión en la limusina, que era demasiado pequeña para los dos.

—Mucho mejor, porque yo estoy en contra de esas cosas. Soy hombre de una sola mujer. ¿Me has oído, Mel? Soy el hombre ideal para ti.

Mi cara de antipatía fue suficiente para que Adam desistiera de continuar hablando. No estaba para conversaciones después de lo que había dicho Robert.

Me quedé mirando la tarde que no parecía querer acabar, incluso con el adelanto horario. Había sido un viaje largo y agotador. Había tanta neblina en Dubái que no conseguí librarme de la sensación de claustrofobia. Pensé que no sería capaz de respirar en el exterior, sin aire acondicionado y en medio de aquella pared oscura que aparentaba solidez.

«Cálmate, Mel. Es sólo la sensación de estar contra la pared. Maldito Carter», pensé.

La llegada al Burj Al Arab, el magnífico hotel en el que nos alojaríamos los siguientes cuatro días, fue indescriptible. El hotel por sí sólo ya era suficiente para dejarme estupefacta, pero estar cerca del agua, en medio del desierto, incluso sabiendo que era artificial, hacía que todo fuera aún más majestuoso.

Las sensaciones se hicieron más intensas cuando pasamos, a través de un puente, por encima del mar —cuya playa no tenía nada que envidiar a una de verdad— para llegar al hotel. Era algo completamente fuera de la realidad.

La arquitectura del edificio era increíble. La forma de vela hacía que destacara en aquel paisaje. No podía apartar la vista

de lo que tenía delante. Lanzaban llamaradas de fuego para recibir a los huéspedes que llegaban contemplando el final del día. Imaginé cómo debía ser por dentro. ¿Podía haber algo que superara o hiciera palidecer su belleza exterior?

Dentro, todo era tan perfecto como fuera. La inmensidad dorada hacía que nos sintiéramos como dioses, como si hubiéramos entrado en el paraíso y pudiéramos disfrutar de todo lo que había en él. Oí el sonido del agua cayendo en un ritmo constante y bien programado.

Un hombre, con barba larga y negra, nos recibió con una elegancia increíble. Llevaba ropa larga y blanca y una túnica roja colgando de los hombros. Llevaba también una placa con su nombre. Esperaban a mi jefe, así que nos dispensaron de todos los trámites burocráticos.

Robert estaba tan a sus anchas, que me hizo ver claramente que nuestros mundos eran diferentes. Con toda seguridad, Tanya no se sentiría como yo si lo hubiera acompañado en aquel viaje. Ella encajaba tan bien en aquel ambiente.

—El nombre significa ‘torres de Arabia’ —dijo Robert detrás de mí—. Quita el aliento, ¿verdad? —Me resultó imposible mirarlo. Era todo tan hermoso y grandioso que era incapaz de apartar la mirada—. Nunca consigo pensar en otro lugar para quedarme en Dubái. Este hotel tiene todo para hacer tus fantasías realidad.

Esta vez, mis ojos se dirigieron rápidamente hacia él.

¿Estábamos hablando de fantasías delante de otras personas? Robert estaba parado admirando la estructura, como los demás. Su expresión no lo delataba lo más mínimo. Me quedé más tranquila.

—Te vas a quedar maravillada cuando veas los pisos inferiores. —Adam se acercó sonriendo, con su entusiasmo único. Sentí mucha curiosidad—. Hay también bares y restaurantes, cada uno con su encanto particular. Tienes que aprovechar todo lo que te ofrecen aquí, Mel. Además, es el lugar más apropiado para beber alcohol. Dubái es un lugar encantador, así que tienes que salir a conocer lugares increíbles.

Tuve que sonreír ante tanto entusiasmo.

—Lo verá todo, Adam. Deja de acosarla como si fueras un cachorro —dijo mi jefe visiblemente irritado.

—Eres demasiado protector. Mel es tu secretaria, pero no es de tu propiedad —rebatí Adam—. Tendrá tiempo libre para hacer turismo y yo pretendo ser su guía —dijo sonriéndome.

No sé si Adam era idiota o quería irritar a Robert para llevarlo al límite.

—No es propiedad mía, pero está en un viaje de trabajo y yo soy el jefe, así que yo mando.

Su tono de voz era totalmente amenazador y tuve miedo de lo que sería capaz de hacerle al pobre Adam.

—¡De acuerdo, ya está bien! —En un intento de evitar una confrontación entre ambos o una exposición mayor para Robert acabé dando más libertad a Adam y enfadando más a mi jefe—. Creo que tengo que darme un baño urgentemente.

Me pasé la mano por el cuello constatando que tenía la piel pegajosa y necesitada de agua.

—Dentro del hotel no tienes que llevar el velo. Aquí casi todos son extranjeros y se respetan las diferencias. No es que no se respeten fuera, pero aquí puedes ser simplemente Melissa —me comentó Frank distrayendo a todos de la conversación tensa.

Me ayudó a quitarme el velo, a pesar de que era la cosa más sencilla del mundo, lo que irritó aún más a Robert. No me gustó su atención.

—Claro que fuera sólo tienes que usar el velo si quieres. Nadie te obligará a hacerlo —añadió.

—Gracias.

—¿Vamos? —preguntó Robert impaciente y seguimos al hombre que nos esperaba sin importarle nuestra demora.

Caminamos por la entrada en la que había oro por todos lados. Pasamos delante de unos enormes sofás de color rojo y de bandejas bien ubicadas y cargadas de champán para los



huéspedes. El suelo estaba adornado con alfombras coloridas y, donde no había decoración, se reflejaba un brillo singular desde arriba hacia abajo. Todo el hotel parecía una joya.

Una hermosa fuente borboteaba desde el piso superior en un *ballet* armónico. Muchos turistas disparaban sus máquinas intentando capturar lo máximo posible de aquel espectáculo. Y estábamos sólo en el vestíbulo. Ninguno de los demás parecía interesado en estos detalles, pero yo los captaba en cada rincón por el que pasábamos.

Paul y Adam hablaban tranquilamente y Robert iba delante andando con paso firme, totalmente familiarizado con el ambiente. Pasamos por salones y columnas donde predominaba el dorado. Después entramos en otro salón repleto de ventanas que ofrecían una vista panorámica de la playa. ¡Era hermoso!

Todos continuaron andando hasta que Frank cerró una puerta de espejo detrás de mí. No me había percatado de que estábamos en un ascensor. ¡Increíble! Era tan rápido que asustaba. Robert notó mi aprensión y sonrió. No tuve valor de acercarme al cristal, como hizo el resto. Era demasiado para mí. Cerré los ojos y esperé a sentir que el frío en el estómago me anunciara que habíamos llegado a nuestro piso. No quería ni imaginar lo que sería bajar.

Esperé para ver qué había preparado mi jefe respecto a nuestras habitaciones. ¿Cómo se comunicarían sin llamar la atención de los demás? Llegamos a nuestro piso y bajé sin saber qué dirección tomar. Las inmensas puertas dobles proporcionaban intimidad. Era perfecto para alguien como Robert. Paramos algunos minutos en la recepción, había una en cada piso, y después seguimos al hombre de barba negra que nos indicaba el camino.

—Señor Hanson —dijo el muchacho con un acento fuerte, aunque al menos hablaba inglés—. Su habitación, señor.

Entregó a Paul su tarjeta de acceso. Él inmediatamente señaló sus maletas al otro muchacho que nos acompañaba con el carrito del equipaje.

El hombre siguió adelante parando en cada puerta, debidamente separadas. No tendría cómo huir. Incluso después de toda aquella conversación sobre las dos esposas me sentía ansiosa por estar con él, aunque sólo fuera para reforzar mi posición frente a Tanya.

Mi habitación fue la penúltima, entre la de Robert y la de Adam y frente a la de Frank. ¡Qué irónico! Cogí mi tarjeta de acceso y entré dejando espacio para que el muchacho llevara mi maleta. Me quedé paralizada. La habitación era grandiosa. ¡Deslumbrante!

Para empezar, me encantó la decoración donde predominaba el azul. Me encantó. Me había quedado traumatizada con la cantidad de azul en Grecia, pero, aparentemente, después de Robert, las cosas serían siempre así. Empezaba a acostumbrarme al color, como si fuera capaz de traerme de nuevo los mejores recuerdos que tenía.

Sin embargo, aquello no se parecía lo más mínimo a Grecia. Todas las paredes eran de cristal, no sólo la pared frente a la puerta, sino casi todas las paredes, lo que permitía una visión panorámica de Dubái. Estábamos a una buena altura, así que la vista quitaba el aliento. Podíamos ver la playa y el cielo fundiéndose en azul. Era magnífico, impresionante.

Dejaron mis maletas al lado, cerca de una escalera estrecha y enfrente de una puerta casi escondida. Un pequeño lavabo a la derecha, en el que prevalecía el azul y el dorado, era la primera estancia de la habitación. Luego había un ambiente reservado para despacho, equipado de acuerdo con las necesidades de un ejecutivo. Anduve por allí tocando todo lo que quedaba a mi alcance. Había un teléfono y un portátil sobre la mesa. Abrí los armarios y me encontré con un compartimento en el que había una cafetera, ingredientes para hacer té y algunas golosinas. Un minibar completaba el ambiente con una nevera repleta. A Robert le encantaría aquello.

Me llamó la atención una pequeña pantalla. La toqué y apareció el cuadro de control de la habitación. Toqué aleatoriamente y las cortinas empezaron a cerrarse. Di un gritito infantil de felicidad, dando palmas. Si Robert estuviera

allí se divertiría con mi reacción. Volví a tocar la pantalla haciendo que las cortinas volvieran a su posición inicial. Quería seguir disfrutando de la vista de Dubái a mis pies.

Los muebles elegantes y lujosos no cargaban el ambiente, sino que creaban el equilibrio perfecto. Dos sillones en varios tonos de azul daban la espalda a la pared de cristal. Miraban hacia un inmenso sofá en «L» de color gris verdoso, sobre el que había una manta blanca y cojines en varios tonos de azul. En las pocas paredes que no eran de cristal había espejos con marcos de oro, oro de verdad, además de algunas obras de arte.

Di algunos pasos y vi un pequeño salón separado por columnas doradas y blancas. Era el comedor. Al otro lado, había un pequeño salón con un sofá y cojines azul marino y, frente a él, en la pared contraria a la de cristal, una televisión enorme. Volví al punto de partida y miré la escalera que había al lado de la puerta principal. Cogí la cajita de dulces que había sobre la mesa del salón, pasé por delante del extraordinario sofá y subí.

Cuando mis dedos tocaron el sensor de luz que quedaba al lado de la escalera, volví a soltar un grito, esta vez de miedo, porque la habitación se quedó a oscuras. Me reí sobresaltada y volví a pasar los dedos otra vez haciendo que volviera la claridad. Subí las escaleras y me paré en el último escalón sonriendo como una niña. En la pared que había frente a la escalera había proyectado un reloj. Me quedé deslumbrada con algo tan sencillo, pero que me gustó tanto como el sabor de los dulces que inmediatamente empecé a devorar.

Entré en la alcoba y me quedé deslumbrada. La cama, de estilo *Las mil y una noches* hizo que me sintiera como una verdadera Sherezade. Esboqué una sonrisa enorme. La alcoba seguía el mismo patrón que el salón, con la pared de cristal frente a la cama. Al verla, pensé inmediatamente en todo lo que Robert y yo podíamos hacer en ella.

Había otras dos puertas: un vestidor y un baño. El vestidor era fantástico. Metí en él la maleta, después de sacar algunas cosas que iban al baño, que era espléndido. Frente a una ventana de cristal, había una bañera que más bien parecía una

piscina. Por la noche, la imagen debía ser magnífica. Más allá, separadas por una pared de cristal, había dos duchas, una a cada lado. El resto era indescriptible.

Me desabroché algunos botones de la camisa. Necesitaba un baño con urgencia. Me sentía pegajosa. Me quité las sandalias altas y dejé que mis pies tocaran el suelo. Me miré en el espejo y me avergoncé del motivo de mi euforia. Robert estaba jugando conmigo y no conseguiría huir.

—Toc, toc —dijo desde la puerta del baño y me asusté al ver su imagen reflejada en el espejo que había sobre los lavabos dobles.

—Robert, ¿cómo...?

—Pasadizo secreto. Nuestras habitaciones se diseñaron así.

—¿Para que los hombres casados se encontraran con sus amantes? —pregunté intentando disimular mi irritación.

—Creo que sí —respondió, relajado.

Sin ni siquiera contar conmigo, me cogió entre sus brazos y buscó mis labios. Los aparté. Él se rio y se mordió el labio inferior.

—Era una broma, Mel.

—¿Cuándo?

—En el coche. La historia de las habitaciones es real.

—No voy a ser tu amante.

Volvía a sentir rabia.

—Ya hemos hablado sobre eso. —Sabiamente, abrazándome aún, me masajeaba la espalda con sus manos mágicas subiéndome por mi cuello y haciendo que me calentara más—. Relájate —dijo besándome la comisura de los labios—. Disfruta. —Me besó la otra comisura—. Y goza.

Sus labios ávidos besaron los míos. ¡Maldita sea! Lo deseaba. Allí. En aquel momento. Con urgencia. Pero no podía.

—Para, Robert —dije consiguiendo apartarlo—. Necesito un baño. Este calor me está agobiando.

Me solté el pelo y miré a mi jefe coquetamente pidiéndole silenciosamente un momento de intimidad.

—Creo que hay algo que te va a gustar. —Su mirada era divertida—. Ven.

Robert me cogió de la mano y me llevó de vuelta a la alcoba. La cruzamos, bajamos por la escalera y fuimos directos al comedor. A un lado, había un pequeño pasillo casi imperceptible. Lo seguimos y fuimos a dar a una puerta. Estaba abierta y era el pasadizo secreto a la habitación de mi jefe.

Su habitación era tres veces mayor y cinco veces más lujosa. Toda la estructura me daba la impresión de estar en el Olimpo e ir de la mano de un dios. Él encajaba perfectamente con todo y todo ensalzaba su divinidad. Robert cruzó los tres salones sin pararse.

Pasamos por la puerta que nos llevaba a su alcoba. La cama era también más grande que la mía. Era gigantesca, como él. Me ruboricé con mis propios pensamientos. Me condujo a través de sus puertas dobles y me quedé parada sin poder reaccionar ante lo que me mostraba.

En la habitación había una piscina particular. Más que una piscina, parecía un lago artificial. Los escalones llevaban al agua, muy apetecible. Las paredes azules aportaban perfección al ambiente y la pared de cristal contenía agua. Era simplemente... Todo.

—Perfecto, ¿verdad? —me dijo al oído sin que yo le respondiera—. Podemos aprovechar el calor y...

No terminó la frase, pero mi imaginación no sólo la completó, sino que la repitió infinitas veces.

Robert, detrás de mí, me desabotonó el resto de los botones de la camisa, dejando que cayera al suelo. Sus manos aprovecharon mi falta de reacción e hicieron que mi falda cayera también y fuera a hacer compañía a la blusa. Después

se apartó un poco y vi su ropa en el suelo. Estaba completamente desnudo. Yo sentía la erección en mi cuerpo.

Me desabrochó el sujetador, acariciando levemente mis senos. Me humedecí los labios ante la sensación placentera. Robert me acarició la barriga y la cintura y me quitó las bragas tirando de ellas hacia abajo por los lados.

—Ven —dijo cogiéndome de la cintura y llevándome al agua.

La temperatura era exactamente lo que necesitaba. Todo mi cuerpo lo agradeció. Robert, agarrándome aún, cogió un poco de agua y la dejó caer sobre mi cuello. El agua corrió por mis senos y los endureció. Era refrescante y excitante. Me giré hacia él y tomó mis labios con pasión.

Nuestros cuerpos se apretaban ansiosos. Mis manos sentían su cuerpo mientras las suyas me exploraban. Le acaricé la barriga y lo toqué dejando que mis dedos recorrieran toda su extensión. Robert gimió saboreando mis movimientos. Mi mano presionó su miembro simulando la penetración y me agarró con más fuerza.

Mi jefe me cogió en brazos, me levantó y me llevó al borde de la piscina. Sonó su teléfono en el bolsillo del pantalón, que estaba tirado en el suelo. Miró hacia donde venía el sonido y decidió ignorar la llamada para dedicarse enteramente a mí.

Volvimos a besarnos. Con un brazo me mantenía pegada con fuerza a su cintura y con el otro apretaba uno de mis senos haciéndome gemir en sus labios. Algunos minutos después oímos el sonido estridente de la puerta de la habitación. ¡Mierda! Me aparté asustada con la posibilidad de que nos descubrieran.

—¡Joder! —dijo Robert enfurecido. Se pasó la mano mojada por el pelo y fue hacia los escalones—. Quédate aquí, Mel. Voy a ver quién es, lo despacho y vuelvo para hacerlo contigo como no lo has hecho en tu vida.

Se me encogió el estómago y se me secó la boca.

Salió de la piscina y cogió un albornoz. ¿Iba a conseguir disimular una erección enorme como aquella con un simple

albornoz de algodón?

Temblé en el agua que de repente estaba helada. ¿Y si era Tanya? No tendría cómo salir de allí sin que me viera. Sería demasiado vergonzoso y humillante. No quería que me descubrieran. No quería ser la amante. ¡Cielos! Me iba a dar un colapso nervioso dentro de aquella piscina.

Robert volvió visiblemente contrariado. Se quitó el albornoz y entró en la piscina haciendo que me relajara.

—Lo siento mucho. Ha surgido un imprevisto y tengo que irme ahora. —Me besó cariñosamente—. Vamos a tener que dejar nuestro baño para después.

¡Mierda! ¿Cómo iba a explicar eso a mi cuerpo?

—¿Quién era? —pregunté porque necesitaba desesperadamente distraer mi mente.

—Paul. Nos han invitado a cenar con los directores del grupo con el que hemos venido a cerrar el negocio. No puedes venir.

Me encogí de hombros. Ni siquiera me apetecía ir. Quería quedarme y hacerlo con él como no lo había hecho antes, como él mismo me había prometido. Pero Robert era un hombre de negocios y no se perdería aquella reunión por nada. Suspiré resignada.

—Está bien. Voy a aprovechar para descansar un poco.

—Estás tensa.

—Asustada. Se me han ocurrido un montón de tonterías cuando te has ido. —Me acarició el pelo con una mirada atenta—. No quiero que me descubran contigo. No quiero que la gente se entere de que soy tu amante.

Lo dije en un susurro que demostraba todo mi pánico. Mi amante respiró hondo y dio un paso hacia atrás.

—Lo entiendo. Yo tampoco quiero. No mereces pasar por esa humillación —hablaba por primera vez sobre el asunto preocupándose por mí y mi corazón se aceleró—. Y no voy a permitir que eso pase. Confía en mí. —Se acercó con cuidado, me besó y yo le correspondí—. ¿Vas a esperarme aquí?

—Si no te escapabas con una bailarina.

Se rio y me llevó fuera de la piscina.

—Ninguna mujer me daría lo que quiero y necesito como tú me lo das.

—¿Sólo piensa en sexo, señor Carter?

Me pasó el albornoz pasando por alto el tono de reproche en mi voz.

—No estoy hablando de sexo. Estoy hablando de atención, paz y cariño. ¿Sólo piensa en sexo, señorita Simon?

Esboqué una sonrisa inmensa. Robert sabía cómo enamorar a una mujer.

—Cuando se trata de ti, sí, especialmente cuando pienso en mis tres orgasmos diarios.

—Era una broma, Melissa. —Movi6 los ojos teatralmente—. Lo dije sólo para contener tu ataque. —Se rio—. Quiero darte mucho más, pero ahora tengo que irme. Me están esperando en la recepción. Por favor, pide que te traigan la cena a la habitación. No salgas sola por ahí —lo dijo mirándome seriamente haciendo que me sintiera de vuelta a los doce años.

—Sí, señor.

—¡Buena chica!

Robert empezó a ponerse un traje que estaba apartado sobre una de sus maletas y yo me limité a observarlo. Me encantaba su cuerpo. Era tan armonioso y perfecto.

Se vistió sin sentirse incomodado por mi mirada ardiente. Lo deseaba. Mucho. Cada parte de él y de todas las formas posibles. Veneraba a aquel hombre y él me dominaba completamente. Sin reserva alguna. Cuando acabó de arreglarse, se volvió hacia mí y depositó un beso suave en mis labios.

—Descansa. Quiero que estés totalmente recuperada cuando vuelva.

Me temblaron las piernas.



## Capítulo 30

Salió y a la media hora y yo ya estaba aburrida. Volví a mi habitación y me di un baño. Después encendí la televisión y me eché en el sofá buscando algo interesante que ver. No había ningún telediario que pudiera ver, o sea, en mi lengua. Dejé puesto un canal de cotilleos: el mundo entero alarmado con algunas tonterías de la farándula. No tenía paciencia para aquello. Apagué la televisión y cogí el libro que había comprado para el viaje, *El diputado*. Parecía una novela increíble y me interesó tanto que no pude resistirme a comprarla.

Había leído sólo las primeras páginas y ya estaba perdida en mis pensamientos. Pensé en lo sugerente que era todo aquello. El canal de cotilleos y el libro. Robert era un empresario importantísimo, conocido en el mundo entero, una figura pública. Lógicamente, cualquiera de nuestros «devaneos» serviría para convertir nuestras vidas en un infierno. Además, alguien podría incluso inventar o «fabricar» algo con tal de vender algunas revistas.

¡Ay, Dios mío! Estaba en apuros. Me imaginé levantándome una mañana y viendo mi foto estampada en la portada de una revista o de un panfleto de quinta categoría, acusada de tener un lío con un hombre casado. Eso sería mi final. ¿Cómo lo justificaría? ¿Qué diría mi madre? ¿Y mi padre? ¡Maldita sea! ¿Y Nicole? No. Era mejor no pensar en aquello por el momento.

Caminé hasta la pared de cristal completamente presa del pánico. Ni la maravillosa imagen de Dubái me relajaba. Robert

y yo estábamos arriesgando demasiado. Él, porque no podía acabar con su matrimonio, nadie sabía por qué, y yo por no querer admitir ante el mundo que me había enamorado de un hombre casado. Puede que fuera debilidad o infantilismo, pero mirar a la cara a la gente y admitir que no había respetado un matrimonio era bastante complicado para mí.

No debería haber mirado el canal de cotilleos. El libro habría sido una opción más saludable. El sonido estridente del timbre me sobresaltó. ¿Quién sería? Es más, ¿quién podría ser?

Fui hasta la puerta y me encontré con Adam Simpson. ¿Qué quería? A Robert no le gustaría nada, pero, por otro lado, pensándolo bien, sería óptimo para despistar a los curiosos de guardia. Ya pensaba como si estuviera volviéndome loca. Abrí la puerta y me sonrió.

—¡Adam! —dije aguantando la puerta para que no entrara.

—¡Mel! —Estaba muy animado—. Pensé que ya estabas dormida. Sólo he venido a comprobarlo.

Sonrió sin gracia.

—Yo pensaba que estarías con los demás en la cena prohibida a las mujeres.

Me miró confuso. ¿Quizá no estaba prohibida para las mujeres? ¿Por qué Robert me había dicho que no podía ir?

—Estaba muy cansado. He preferido quedarme y recuperar energías para mañana. Será un día largo.

Por lo menos podría asistir a las reuniones. Robert no me lo impediría.

Miré hacia el corredor donde estaban nuestras habitaciones. Justo después de la de mi jefe había una sala de estar decorada como las habitaciones, con una pared de cristal y la misma vista de Dubái. Pensé en irnos allí si la conversación se prolongaba mucho.

—Voy a cenar. No quería quedarme en la habitación y me acordé de que no habías acompañado a los demás, así que he venido a comprobar si querías conocer el restaurante de los

pisos inferiores. Es maravilloso. Da la impresión de estar en un acuario. Creo que te gustará mucho.

Sus ojos brillaban como si fuera un adolescente.

Analiqué la situación. ¿Tenía hambre? No mucha. ¿Estaba aburrida y paranoica de estar encerrada en la habitación? Sí, claro. ¿Sería bueno hablar sobre algo que no fuera mi lío con mi jefe? Sería maravilloso. Adam era agraciado, conseguía ser agradable e incluso divertido. Con toda seguridad, la cena de Robert se prolongaría hasta las tantas. Pensé que podía ser una buena idea.

—Necesito diez minutos —dije, muy animada de repente.

—Muy bien —dijo Adam dudando y rascándose la cabeza. No lo dejaría entrar, sería demasiado—. Te espero en la salita de allí enfrente.

Corrí hacia dentro de la habitación y busqué un vestido de seda que llevaba para ocasiones como aquella. Era un vestido con estampado floral, muy discreto. Sólo destacaba su color principal: era rosa. No tuve que preocuparme por vestirme conforme a las costumbres. Estábamos en el hotel, donde sólo había turistas. Podía actuar con normalidad. Me solté el pelo y me maquillé. Estaba lista rápidamente y me vi completamente animada para ir a cenar. ¿Por qué sería?

A Adam le brillaron los ojos en cuanto me vio. Tuve miedo de haberme equivocado en algo.

—¡Guau! Estás... maravillosa. Muy guapa.

Sonreí halagada por el elogio.

El restaurante era algo impresionante. Sentarse en una mesa, sabiendo que estábamos debajo del mar y que sólo la tradicional pared de cristal contenía el agua, admirar el hermoso coral artificial y los peces nadando como si no estuviéramos allí era algo indescriptible. Adam había acertado de pleno. Ganó muchos puntos conmigo. Bueno... No del modo que a él le habría gustado, sino sólo como un buen amigo.

—¿Conoces la cocina árabe? —preguntó mirando la carta.

—Sólo lo básico, como el quipe crudo.

Se rio.

—Voy a pedir un buen vino, ¿me acompañas? —asentí, pues, al fin y al cabo, no me haría daño.

El vino sería perfecto en un ambiente como aquel. No conseguía parar de mirar. Adam pidió y esperó mientras yo me deslumbraba con todo lo que había a nuestro alrededor.

—Estás divina cuando estás así de encantada. —Me eché atrás un poco con su embestida—. Normalmente estás tensa, especialmente en presencia de Robert, y no te culpo, porque él intimida, especialmente cuando se trata de trabajo.

No supe qué decir. No quería adentrarme en el asunto «Robert», especialmente porque Adam nunca entendería el motivo de mi tensión.

—No estoy tensa, sólo alerta.

Esboqué una sonrisa forzada. El camarero llegó y nos sirvió el vino. Bebimos en silencio.

—Me alegro de que Robert no tenga ese poder sobre ti. —No entendí qué quería decir, pero mi mirada fue suficiente para incentivarlo a continuar hablando—. Él intenta mantener a todo el mundo alejado. Sin embargo, tú estás aquí conmigo. Eso es bueno.

—Adam, creo que no... —repuse, completamente ruborizada.

—Ah, Mel, no de esa forma. Por favor, disculpa si te he hecho creer que Robert tiene esa postura por otros motivos. —Parecía sincero—. Es siempre así. Le gusta controlar las cosas y a las personas. No es algo personal, perdona si me he expresado mal.

Me relajé.

—Es verdad. El señor Carter tiene la manía de controlarlo todo.

Bebimos vino y Adam pasó inmediatamente a hablar de otros temas.

Pidió él. Confié en su criterio y al final todo estaba buenísimo. La cena fue agradable y Adam no se pasó todo el tiempo intentando ligar conmigo, como pensé que haría. Me habló de la arquitectura de Dubái comparándola con la de Chicago. Hizo varios comentarios interesantes sobre la economía del país y sobre la importancia de los contratos que íbamos a cerrar.

Era una persona interesante y se preocupaba siempre por agradar. Sería un tipo ideal para cualquier mujer, salvo para mí. Pensé en que Nicole me había dicho que no era buena persona. Aquello me parecía extraño.

Seguimos bebiendo vino después de la cena y el siguió buscando asuntos interesantes para mantener mi atención. Cuando me di cuenta el tiempo se nos había echado encima. ¡Mierda! Robert se pondría furioso cuando descubriera que había pasado tanto tiempo a solas con Adam Simpson.

Alegué que estaba muy cansada y que el vino había contribuido a aumentar el cansancio y Adam accedió a marcharnos. Mientras esperábamos el ascensor cada segundo me pareció una eternidad. Comencé a golpear el suelo con el pie, contrariada por la demora.

—¿Nerviosa? —preguntó al notar lo.

—Un poco. Ya es tarde. No dormí muy bien anoche y necesito recuperar horas de sueño si quiero rendir mañana.

Le pedí disculpas. Llegó el ascensor y entramos. Me quedé más tranquila. En unos segundos estaríamos en nuestras habitaciones.

El ascensor paró dos pisos más arriba y no me pude creer lo que vi. Sólo podía ser una broma del destino. Robert estaba esperando para subir. Hablaba animadamente con Paul y Frank y no notó mi presencia. Al principio, porque en cuanto se volvió para entrar, nuestras miradas se cruzaron. ¡Maldita sea! Estaba muerta. Robert me miró con los ojos entornados, observando la ropa que llevaba puesta. Miró a Adam con una mirada feroz.

—Señorita Simon —dijo y pude sentir la ironía en sus palabras—. Adam.

—Robert, qué coincidencia. Mel y yo hemos ido a cenar y se nos ha hecho tarde —repuso Adam con una sonrisa inocente.

Robert nos dio la espalda y permaneció en silencio durante los segundos eternos que duró nuestro viaje en el ascensor. Cuando paramos salió dejándonos paso. Una postura educada, aunque yo sabía exactamente cuál era el verdadero motivo de esa actitud. Estaba desesperada. Quería correr y encerrarme en mi habitación, pero llamaría demasiado la atención.

—¿Vamos a beber algo en la salita del fondo? —propuso Frank y Paul y Adam aceptaron.

—Estoy muy cansada —me apresuré a decir. Llegué a mi puerta y entré corriendo—. ¡Buenas noches!

Me iba a matar. Definitivamente, me iba a matar.

Corrí por dentro de la habitación y llegué al pasadizo que daba acceso a su habitación en el mismo instante en que le oí cerrar la puerta principal. Cerré la puerta y la atranqué por dentro. Aplazaría la confrontación. Aunque fuera por un día. Oí sus pasos en dirección a mí y después vi el movimiento del pomo. La puerta estaba atrancada. Intentó abrirla dos veces más y después la empujó. Mi corazón se aceleró.

—Melissa, sé que estás ahí. —Mi lado cobarde se estremeció—. Melissa —me llamó conteniendo la voz—. Abre. —Permanecí callada—. ¡Joder, Melissa! Abre esta mierda —dijo forzando la puerta lo que me asustó aún más—. Sé que estás ahí. No sirve de nada fingir.

—¡Robert, por favor! —imploré y el forzó aún más la puerta. Estaba furioso.

—Abre —ordenó en voz baja y autoritaria.

—No.

Al menos estaba segura al otro lado de la puerta.

—Sabes ser valiente cuando quieres. ¿Por qué no abres la puñetera puerta y te enfrentas a mí?

—Estás nervioso y tengo miedo.

—Está bien que tengas miedo. Por primera vez estás siendo sensata, porque, cuando te ponga las manos encima, no va a quedar nada de Melissa Simon para Adam Simpson.

—No seas absurdo, Robert. Sólo hemos cenado juntos. No ha pasado nada para que te pongas así de enojón —lo dije implorando mentalmente que lo entendiera.

—Entonces, ¿por qué has atrancado la puerta? Si no pasó nada más puedes decírmelo directamente, mirándome a los ojos, ¿no es así?

—No. No puedo. Me estás asustando, Robert. ¡Es una mierda! Te pasas la vida pidiéndome que confíe en ti, que me crea tu historia con Tanya, haces que vaya contra todos mis principios para vivir lo que hemos vivido y me lo pagas así. — Podía sentir que el mal genio se apoderaba de mí—. Siempre que alguien se acerca a mí actúas como si fuera la peor de las mujeres. Si no confías en mí, déjame ir, Robert.

Era muy fácil hablar protegida por la puerta. Se quedó en silencio tanto tiempo que pensé que había desistido y que se había marchado.

—Tienes razón —dijo en voz baja—. No desconfío de ti, sólo desconfío de ellos y sólo de imaginar a alguno de esos parias intentando acostarse contigo, Mel, me pongo... Me vuelvo loco de celos. No consigo controlarme. Me pongo furioso, pero no debería descargar mi rabia contra ti. Por favor, perdóname.

Mi corazón se ablandó con esas palabras. Robert era encantador cuando quería.

—¿Ya no estás enfadado?

Yo ya tenía la mano en el pomo para abrir la puerta.

—Lo estoy, pero no contigo. En este momento, sólo quiero abrazarte y sentir tu olor, besar tu piel y tus labios, tocar tu cuerpo y tener la certeza de que eres mía y de que nunca dejarás de serlo. Abre la puerta —pidió con la voz ronca de deseo—. Vamos a continuar donde lo dejamos.

¡Maldita sea!

Mi mano tuvo voluntad propia e intentó abrir la puerta, pero la llave no funcionó. Lo intenté otra vez. Nada. La desgraciada continuaba atrancada y la llave no surtía ningún efecto. Forcé un poco intentando detectar el fallo, pero siguió atrancada.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Robert, que ya estaba ansioso.

—La puerta no se abre.

Yo ya empezaba a desesperarme.

—¿Cómo que no se abre? Inténtalo otra vez.

Lo intenté y nada.

—No se abre.

—¡Joder, Mel! ¿Por qué has atrancado la puerta?

—Porque me ibas a matar.

—Ahora sí que te voy a matar. ¿Cómo voy a entrar?

—No sé, Robert. No me hagas una pregunta tan difícil, ¿vale? Ya estoy al límite.

—Perfecto. Voy a forzarla.

—No —dije casi gritando—. ¿Estás loco? Vas a llamar la atención de todo el mundo.

—¿Y qué hago entonces? —gritó al otro lado.

Estaba agotando su paciencia.

—Intenta venir por fuera.

—Por fuera no se puede. Están en la salita de enfrente —me recordó—. Mierda, Mel. Te necesito. Estoy extremadamente excitado. Quería pasar una noche fantástica y no vamos a poder hacerlo por tu paranoia.

—¿Mi paranoia?

—Sí. Te has asustado y te has ido corriendo a atrancar la puerta. Parecías una niña que huía de su padre.



—Disculpa, pero a veces pareces mi padre.

Puse los ojos en blanco. Él se volvía loco cada vez que un hombre se me acercaba y yo me equivocaba por sentir miedo.

—Voy a echar abajo la puñetera puerta —dijo y empezó a apartarse.

—¡No, Robert, por favor! —imploré.

—Mel, necesito tener sexo y necesito que sea contigo. No voy a conseguir dormir sabiendo que la única cosa que me impide tocarte es esta mierda de puerta.

—Vamos a esperar.

—¿A qué?

—Esperar a que decidan irse a dormir, y entonces vienes.

Tuve miedo de dónde acabaría aquello.

—Vienes tú para acá —dijo con su tono más autoritario.

—¡Robert! —imploré.

—Ok. Ok. Voy yo. ¡Mierda! ¿Y qué hacemos mientras esperamos?

—Llámame —sugerí recordando nuestro primer contacto sexual.

Robert rio al otro lado.

—Estaba seguro de que te había gustado.

Su voz mostraba que estábamos encontrando una solución.

—Me gusta todo siempre que sea contigo —susurré bien pegada a la puerta.

—Ok. Ve a tu habitación, Melissa. Te llamo.

Corrí a la habitación y me eché en la cama riendo como una adolescente excitada con su primer novio. El teléfono sonó lo que hizo que sintiera más ansia de empezar nuestro juego. Robert era fantástico incluso por teléfono.

## Capítulo 31

El teléfono sonó y lo cogí preparándome para lo que me esperaba. Sólo que no sabía lo que me esperaba. Con las prisas y la certeza de que Robert estaría al otro lado de la línea, no me molesté en mirar el número en el identificador de llamadas.

—Hola —respondí toda melosa anticipando el placer que me proporcionaría.

—¡Hola, Mel! —dijo Nicole eufórica al otro lado de la línea.

—Nicole —casi grité en respuesta.

De entre todos los acontecimientos que podía esperar en aquel viaje, jamás imaginé que mi noche con Robert se vería interrumpida por tantos imprevistos. Este era el más improbable de todos.

—Sí. ¿Estabas esperando a alguien? Por el tono de voz, parece que esperabas la llamada de alguien como Dean.

¿Dean? Nicole estaba tan lejos de la realidad.

—No —me apresuré a contestar—. Estaba viendo una película y he contestado despistada aún.

Se rio.

—¿Cómo están las cosas por ahí?

—Calientes.

Mucho más calientes en realidad y sin ninguna previsión de poder mitigar el calor que estaba sintiendo.

—¿Calientes de calor o calientes de trabajo?

—De calor. Aún no hemos tenido ninguna reunión, sólo una cena a la que no he podido ir.

Entorné los ojos al recordar la expresión de Adam cuando se lo comenté.

—¿Por qué no?

—No sé, Nicole. Aún no lo sé. Ya conoces a tu hermano.

Realmente no quería hablar del asunto.

—No sé si lo conozco. A veces pienso que ya no.

—Creo que no puedo ayudarte en ese tema —dije intentando cortar la conversación antes de que empezara a llenarme la cabeza con todo el misterio de la historia de Robert y Tanya.

Todavía no había conseguido digerir la conversación entre ellos aquella noche en la discoteca y, mucho menos, mi conversación con Alexa. En realidad no quería seguir hablando con Nicole. Lo que quería era colgar y hablar con Robert que, con toda seguridad, ya estaba estallando por la ansiedad y el nerviosismo. Aquel viaje estaba siendo sexualmente frustrante.

—Es verdad. No quiero que te veas envuelta en toda esa confusión. Pero cuéntame, ¿cómo se está portando Paul? ¿Ha dicho algo de lo que pasó en la discoteca?

Yo sabía que Nicole no pararía de hablar y que la conversación se alargaría, por eso enterré mis expectativas para aquella noche. Quizá era lo mejor. Al día siguiente, Robert encontraría la manera de arreglar la puerta y podríamos estar juntos sin ningún trastorno.

Le comenté a Nicole que no parecía que Paul tuviera ningún problema con el incidente de la discoteca. Le conté la conversación que habíamos tenido en el avión, omitiendo algunos detalles, como es obvio. Nicole empezó a hablar de los preparativos de la fiesta de confraternización y yo, como una buena amiga, me obligué a escucharla, pero, antes de que pudiera opinar, oí un golpe suave en la puerta. Era Robert, que estaba en «la puerta de los amantes», como ahora llamaba yo al acceso entre nuestras habitaciones.

—Nicole, voy a apagar la televisión. Espera un momento.

Dejé el teléfono sobre la mesa y corrí hasta la puerta. El sonido venía de allí.

—Hola —dije apresuradamente.

—Tu teléfono comunica todo el tiempo —dijo en un tono que revelaba impaciencia.

—Ya. Nicole se te ha adelantado.

—¿Nicole? ¿Qué quiere?

—Hablar.

—Dile que tienes sueño y cuelga.

—No puedo, Robert. Me está llamando desde otro continente para hablar, no puedo simplemente decirle que tengo sueño e ignorar las necesidades de una amiga.

Se rio.

—¿Y mis necesidades no importan?

Sentí un escalofrío al imaginar sus necesidades. Las mías eran inmensas.

—Me encantaría atenderlas, pero, desgraciadamente, tendremos que dejarlo para mañana —dije provocándolo.

—Mel... —dijo con rabia, pero dudó—. De acuerdo, pero esto le va a costar unos cachetes mañana, señorita Amiga del Alma.

—¿Cachetes? Eso me gustaría verlo.

Me reí provocándolo.

—Voy a salir a tomar algo con los chicos.

—¿Qué? Robert...

Esta vez la que habló con rabia era yo.

—No puedo quedarme aquí sólo imaginándome lo que podría estar haciendo contigo, Mel. Tengo que enfriar la cabeza, hablar de tonterías y, definitivamente, no pensar en ti.

—Eso es ultrajante.

—Aún nos queda la posibilidad de echar la puerta abajo y que finalmente podamos estar juntos

—Ve con tus amigos, Robert. Yo voy a pensarme si mañana te recibiré en mi habitación.

Él no podía verme pero gesticulé y levanté la barbilla en señal de desafío.

—Hasta mañana, dulce Melissa —dijo con voz mansa y seductora.

Después silencio absoluto. Volví golpeando los pies en el suelo. Mierda de puerta estúpida.

Volví con Nicole y la escuché hablar de cintas, colores, bolas y todo lo demás que podía caber en una fiesta de confraternización. Intenté demostrar interés, pero mi cabeza hervía con imágenes de bailarinas moviendo el vientre de manera sensual, haciendo que Robert centrara toda su atención en ellas. Empecé a inquietarme. Después de casi dos horas, pues a Nicole no le importaba gastar dinero en llamadas internacionales, colgamos al fin. Me eché intentando dormir, algo prácticamente imposible.

Me desperté con el timbre del teléfono que me arrancó de un sueño maravilloso en el que Robert me miraba atentamente mientras bailaba vestida con ropa excéntrica, llena de colgantes. Me miraba hambriento y mi cuerpo se moría de ganas de él. ¡Dios! Mi jefe era el hombre que podía hacerme llegar al orgasmo sólo con mirarme. El teléfono seguía sonando y tuve que atenderlo todavía luchando por no abrir los ojos.

—¿Sí? —respondí con mal humor.

—Buenos días —dijo Robert al otro lado de la línea.

Aquella voz, mi cuerpo totalmente excitado por el sueño y la cama blanda y cómoda hacían que quisiera más.

—Robert —pronuncié su nombre en un sollozo meloso.

—Pensé que estabas furiosa conmigo.

Repasé los motivos para estarlo y los motivos para no estarlo.

—Puedo perdonarte. Sólo dependerá de lo que me ofrezcas a cambio.

Lo oí respirar hondo.

—Mucho más que sexo por teléfono.

Jadeaba. Yo podía sentir su excitación.

—Colabora, Robert. Este calor infernal me está matando.

Era la primera vez que era tan osada y eso hizo que se riera con esa risa suave y ronca tan suya.

—Me gustaría mucho ayudarte, pero desgraciadamente tenemos una reunión y tú aún estás en la cama. No es que no me guste imaginarte así, al contrario. Te visualizo perfectamente sin ropa, envuelta en la sábana ocupando una parte ínfima de esta cama gigantesca. Puedo imaginarme tu cara aún marcada por el sueño con precisión, y tu cuerpo implorando por el mío. Pero...

—Eso es una maldad —dijo fingiendo estar enfadada.

—Sí que lo es. Es la misma maldad que empleaste ayer conmigo, lo que no impide que quiera pasar la lengua por todo tu cuerpo y disfrutar de esa piel deliciosa. Tienes un sabor indescriptible e inigualable, Melissa.

¡Maldita sea! Ya estaba completamente mojada.

—Ven para acá —imploré.

—Primero tengo que sacar a Adam Simpson de tu puerta. Lleva media hora ahí esperando a que salgas con la esperanza de invitarte a desayunar.

—¡Joder!

Robert se rio.

—Ya te dije que no le dejaras acercarse.

—Te necesito.

Mi cuerpo suplicaba por tener el suyo.

—Y yo a ti.

Su voz era suave, casi emotiva.

—Fuerza la puerta —le pedí decidida.

—En cuanto salgas y te lleves a Adam. —No lo entendí. Ahora quería que me llevara a Adam—. Sácalo de aquí. Paul y Frank ya han bajado. Cuando bajéis, fuerzo la puerta sin que nadie se entere. También me encargaré de que nunca más puedas atrancarla, para evitar otra noche mal dormida, como la de ayer. Esta noche, estaremos a solas.

Esta última frase, hizo que estuviera dispuesta a aguantar a Adam un poco más.

—¿Esta noche?

—¿Si consigues encontrar un hueco en la agenda antes?

Repasé mentalmente todos los compromisos y realmente no había ningún hueco.

—No. Tendremos que esperar —respondí frustrada.

—Nos vemos en el restaurante en media hora. ¿Puede ser?

¿Qué podía hacer? No había otra alternativa.

—De acuerdo. Voy a arreglarme mucho para Adam.

—No tanto, Melissa. No tanto.

Se rio irónicamente y colgamos.

Me di una ducha fría para calmar mi piel y mis sentidos. Me lavé el cuerpo con un jabón hidratante y me puse un vestido color vino, largo, de manga corta, ajustado hasta la cintura y suelto de abajo. Lo combinaría con el pañuelo blanco del día anterior. Lo dejé junto a mi carpeta y el portátil. Me peiné el pelo hacia atrás y decidí dejármelo mojado.

Me maquillé de forma impecable realzando los ojos y corrí hacia la puerta lista para fingir sorpresa cuando me encontrara a Adam. Realmente, seguía allí. Era un cachorrito adorable.

—¡Mel! —dijo también fingiendo sorpresa—. ¿Vas a desayunar?

—¡Ah! Hola, Adam —saludé de manera teatral—. Sí. Estoy hambrienta.

—¡Perfecto! Vamos juntos. Creo que los demás ya han bajado.

Bajamos y encontramos a Frank y Paul. Nos sentamos y desayunamos al más puro estilo árabe. Era divertido. Robert llegó pocos minutos después. Por su cara, supe que había arreglado la puerta y mi cuerpo reaccionó inmediatamente ante la idea de que nada nos interrumpiría.

Me habría gustado poder hacer que el día pasara más rápido.

Robert llegó animado y habló bastante. Hablaban abiertamente sobre la cena y no hubo nada que me llamara la atención. No sé si evitaron hablar del tema o si realmente no había pasado nada interesante, así que decidí relajarme y concentrarme en lo que haríamos después.

Salimos juntos para la primera reunión del día. En cuanto el coche llegó a nuestro destino me puse el velo. Nos reunimos con el primer grupo en una sala de reuniones de la propia empresa con la que intentábamos fusionarnos. Era una empresa de tecnología y estaban consiguiendo avances importantes para C&H Medical Systems.

Por lo que entendí aquella sería la parte más fácil, pues estábamos en la última fase de la negociación y sólo teníamos que cerrar el negocio. Robert se mostraba seguro y tranquilo. Andaba con aquel aire que sólo pocos consiguen tener, siempre imponente. Era imposible mirarlo y no pensar en un dios. Tan seguro, decidido y determinado.

Sinceramente, no sabía cómo conseguía llevar aquel traje completo y totalmente cerrado sin que le cayera ni una gota de sudor. El calor era infernal, en el sentido literal de la palabra. Era difícil hasta respirar.

Todos los ejecutivos se estrecharon la mano y me presentaron a distancia como la secretaria responsable de la parte burocrática. Aquella visión que tenían de las mujeres me pareció muy atrasada, pero, como no quería molestarlos, permanecí callada y obediente. Tampoco me rechazaban, sencillamente intentaban ignorar mi presencia. Era muy



aburrido ser un fantasma en una reunión tan interesante. Especialmente, después del informe que había preparado.

La primera reunión fue según lo previsto. A mediodía, fuimos a comer, nuevamente comida árabe. Estaba completamente ansiosa por comer en un McDonald's, pero, como buena sumisa, me senté y comí en silencio. Me sentía hasta feliz de participar en el almuerzo. Realmente esperaba que me mandaran a la cocina, lo que no ocurrió.

Por la tarde, nos llevaron de visita para conocer las instalaciones y métodos de trabajo de la empresa. Era realmente una empresa prometedora y Robert estaba, una vez más, dando un paso importante para sus negocios. Al final de la tarde, se firmaron los documentos y el negocio se cerró con un brindis y algunas fotos.

Durante todo el día, Robert sólo habló conmigo lo estrictamente necesario, o sea, de asuntos profesionales. Adam, por su parte, se dedicó a hacer que mi tarde fuera más agradable hablando conmigo en los tiempos muertos y comentando todo lo que creía que podía interesarme.

Entretanto, lo mejor del día vino de Frank. Se refirió a mí directamente durante la reunión para destacar mi informe. Me definió como un excelente puente para el entendimiento entre ambas partes. Me trató como a una profesional y no sólo como a una mujer en medio de un montón de hombres de negocios. Volví al hotel, cansada, pero satisfecha.

Paul y Adam querían ir directamente a uno de los restaurantes y aprovechar el resto de la noche y tomar algo. Robert se excusó alegando que tenía que hacer unas llamadas, que estaba cansado y con calor, así que se quedaría en su habitación. Frank me sorprendió invitándome a dar un paseo por la ciudad. Tuve muchas ganas de aceptar la invitación, pero necesitaba un baño y estaba ansiosa por pasar la noche con Robert.

Lo cierto es que Frank se merecía algo, aunque sólo fuera un paseo por la ciudad. Sin embargo, decliné la invitación en cuanto vi que Robert miraba al ascensor con los puños apretados. Era mejor no abusar.

Entré en mi habitación sin intercambiar una palabra con él y fui corriendo a darme un baño. Dejé la puerta abierta, pues mi jefe podía aparecer en cualquier momento. Robert no apareció. Me demoré para que viniera tras de mí, pero nada.

Salí del baño, me puse el albornoz y decidí ir a buscarlo. Llegué al pequeño pasillo. La puerta que nos había martirizado la noche anterior estaba abierta y con una pequeña fisura por donde él la había forzado. Tuve que reírme al imaginármelo haciendo aquello.

Recorrí los tres salones y no había rastro de él. Entré en la habitación y tampoco estaba. Ni tampoco en el baño o en el vestidor. Fui a la piscina y lo encontré en el borde, apoyado con los brazos abiertos y la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados. A su lado, había un cubo con champán y dos copas. La suya ya contenía el líquido burbujeante.

—Pensé que no vendrías —dijo sin abrir los ojos—. Por un momento, he pensado que te habías sentido tentada por la invitación de Frank y que la habías aceptado. —Me preocupé. No sabía si estaba furioso conmigo. Robert abrió los ojos y me miró—. ¿No vas a entrar? —me preguntó con la voz tranquila y hasta un poco dulce.

Me armé de valor y me quité el albornoz revelando mi desnudez. Caminé lentamente hacia él. Me detuve a dos pasos de él. Sus ojos me acompañaron todo el tiempo. Ardían. Robert me sirvió una copa. La acepté, atenta a sus movimientos. Cubrió los dos pasos que nos separaban y se acercó a mí. El agua le llegaba por la cintura registrando sus movimientos.

Alargó la mano y con la punta de los dedos me tocó la cara. Después, como si me pidiera permiso, se acercó aún más y me besó los labios con cariño. Fue un beso demasiado corto.

—¿Estás bien? —preguntó en un tono cariñoso, diferente.

Me costaba reconocerlo, pero debo admitir que era mejor que cuando me intimidaba.

—Sí.

Bebí un poco de champán, sin dejar de mirarlo. Él se limitó a sonreír. Fue sensual.

Estaba relajado y tranquilo, lo que me hizo sentir un poco insegura. Yo estaba eufórica. Creía que me iba a tirar en la cama y a acabar conmigo, pero Robert estaba disfrutando de su bebida y dejando pasar el tiempo.

—Te veo muy bien —comenté.

—Lo estoy. Me gusta cerrar buenos negocios. —Entornó los ojos para analizarme—. Tú parece estar muy ansiosa.

Me dedicó una sonrisa deliciosamente maléfica.

—Creo que tenemos algunos asuntos pendientes —dije desafiándolo.

No estaba acostumbrada a verlo tan calmado.

—Tienes toda la razón —admitió—. No me he olvidado de ese detalle. —Echó el brazo libre por encima de mis hombros acercándose para besarme en los labios—. Ni de los cachetes que te prometí.

—No me los merezco.

Busqué sus labios y los encontré sin resistencia. Le pasé los brazos por el cuello estrechando el espacio entre ambos.

—Sí que te los mereces. —Dejó su copa en el borde y esperó para coger la mía. Me bebí todo el contenido y se la di—. Tengo algunas sorpresas, así que relájate porque la noche no ha hecho más que empezar.

Inmediatamente sentí una corriente eléctrica recorriendo mi cuerpo. Mi ansiedad se dobló y, si no hubiera estado en el agua, ya habría estado mojada por otros motivos.

Robert me besó con ternura. Sus labios buscaban los míos y después me abandonaban. Sus manos acariciaban mi espalda en un baile lento y sensual. De repente el agua estaba increíblemente caliente o quizá la temperatura de mi piel estaba aumentando drásticamente. Necesitaba más.

Quería que me cogiera entre sus brazos, que me explorara con sus dedos y que me penetrara hasta que explotara de

placer, pero mi jefe seguía calentándome poco a poco, sin cumplir mis expectativas. Bajé las manos hasta su pecho desnudo y fui en busca del objeto de mi deseo. Robert me cogió las manos antes de que lo alcanzara.

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó con la voz ronca de tensión.

—Tengo prisa.

Esbozó aquella sonrisa torcida perfecta.

—¡Estás guapa! —Sus ojos brillaron de admiración—. He conocido muchas mujeres, pero ninguna tan perfecta, nunca.

¿Robert estaba siendo romántico? Aquello era realmente extraño. Se mesó el pelo y me tomó en sus brazos. Aquel era mi Robert.

Sus manos bajaron hasta mi culo y, con una en cada lado, me atrajo hasta su erección. Estaba exactamente como yo la quería. Cerré los ojos saboreando la sensación de estar tan cerca del objeto de mi deseo. Quise tocarlo y nuevamente Robert me detuvo.

—Hoy no —dijo con determinación—. Hoy sólo vas a pagar por lo que me has hecho pasar. —Su voz era firme y tranquila. No sentí miedo, solamente una atracción arrebatadora—. Dulce e inocente Melissa. —Me besó la cabeza y el pelo mojado. ¡Dios! Robert podía hacerme delirar de placer sólo con susurrarme aquello al oído—. Vamos a la habitación.

Salimos de la piscina y fuimos directamente a la habitación dejando atrás los albornoces. Sólo se llevó la botella de champán. Las copas se quedaron en el borde de la piscina también. Nos movimos intercambiando caricias y besos apasionados hasta que caí en la cama. Robert me acompañó tirándose sobre mí y aguantándome las manos sobre la cabeza. Sus labios devoraban los míos y su lengua invadía mi boca. Sus piernas intentaron forzar el paso entre las mías y yo, obediente, las abrí inmediatamente.

—¿Confías en mí?

Vaya pregunta. Me reí.

—Claro que confío.

Diría lo que él me pidiera que dijera en aquel momento.

—Buena chica. ¿Estás lista?

Jadeante, me preparé para sentirlo entrar en mí. Sin embargo, Robert se apartó y, sólo entonces, noté que me cogía las manos con unas esposas. Miraba hacia arriba y vi que mis brazos estaban esposados a una parte más fina del cabezal de la cama.

—Ahora eres mi prisionera.

Sonrió un poco y bajó la cara hasta mis senos. Los chupó y alternó abrazos, besos y mordiscos. Yo gemía alto, sin pudor. Si aquello era el castigo, me inventaría un problema cada día para que siguiera castigándome.

—Espera un poco —me pidió.

Robert se levantó de la cama. De una pequeña caja, sacó una venda y mi pañuelo blanco. ¿Cómo lo había cogido? ¿Iba a vendarme? ¿Para qué?

—Quédate quieta. Voy a vendarte.

Me pasó la venda por los ojos. No veía nada.

—¿Por qué?

No me gustó la idea de no poder verlo.

—Te estoy castigando por haberme privado de ti ayer —respondió, como un profesor que educa a un niño—. Y por haber preferido a Nicole antes que a mí —bromeó y, aunque intenté contenerme, su tono de voz me hizo reír—. Sólo yo disfrutaré del placer de verte. Además, hoy serás mi esclava. Hoy lo haremos todo para mi propio placer. ¿Entendido?

Asentí con un gesto, me mordí los labios y me moví debajo de él. ¡Maldita sea! Estaba extraordinariamente excitada.

—Ahora te voy a poner el velo, dulce y sumisa Melissa.

Me puso el velo en el pelo.

—¿Cómo has conseguido cogerlo?

—Fui a tu habitación mientras te bañabas, buscando algo que pudiera mejorar o alegrarnos la noche —confesó en tono socarrón.

Me mordí el labio inferior en una mezcla de excitación y vergüenza. Debía de estar ridícula con aquel velo y los ojos vendados. Robert se levantó nuevamente y volvió unos segundos después.

—Bebe —me ordenó derramando champán en mi boca.

Aquello se ponía interesante. Me echó un poco más entre los pechos. Me arqueé por la sorpresa. Después retomó la sesión de tortura deliciosamente placentera. Después de lamer todo el líquido que había echado sobre mi piel, derramó un poco más en mi ombligo y me pasó la lengua y los labios haciendo que me recorriera un escalofrío.

Entonces empezó a bajar.

Los recuerdos eran fantásticos.

—¿Debo parar? —preguntó irónico.

—No. ¡Sigue, por favor!

Robert no perdió la oportunidad de mostrarme que había acertado cuando me obligó a aceptarlo de aquella manera. Sentir sus labios besándome y explorándome era más que delicioso, era otra dimensión.

Me sentía completa haciendo aquello. Su lengua me invadió preparándome para recibirlo. Robert pasaba sus labios por mi sexo, chupándome y mordiéndome como si estuviera saboreando una fruta. Me acarició el clítoris con la punta de la lengua con movimientos circulares y luego sus dientes ejercieron una leve y deliciosa presión en el mismo lugar, ya tan sensible.

Mis gemidos indicaban el placer que me estaba proporcionando. No escatimó su deliciosa tortura. Sin conseguir controlarme y aprovechando que no me agarraba las piernas, comencé a hacer movimientos lentos con los muslos alrededor de su lengua. Robert gimió, encantado.

Cuando pensé que no aguantaría más, paró. Protesté, pero mi jefe, o sería mejor llamarlo «mi dueño», no tuvo en cuenta mis quejas. Salió de la cama de nuevo y volvió enseguida. De repente, deslizó sus dedos helados por mi barriga. Respiré hondo con fuerza por la sorpresa.

Con toda seguridad, estaba usando hielo para proporcionarme aquella sensación. ¡Era fantástico! Su piel helada sobre la mía en llamas. De vez en cuando reforzaba el hielo en sus manos y me acariciaba los pezones y, al fin, metió sus dedos helados dentro de mí.

—¡Ah, Robert! —dije en un gemido desesperado, perdida en mi mundo de imágenes.

Él me invadía y después reforzaba el hielo. ¡Era una delicia!

—¿Te gusta?

Suspiré fuerte, incapaz de articular una respuesta coherente.

Robert cogió algo que había cerca de él. Pensé que iba a reforzar de nuevo el hielo, pero, de repente, me comió con su boca. Esta vez caliente. Algo calentaba sus labios y, con cuidado, dejaba que el calor pasara por mi piel que aún sentía los escalofríos del hielo. Recorrió los mismos lugares en mi cuerpo. Sus labios y su lengua calientes pasaron por mis senos, mi barriga y, al final, después de reforzar el calor, se posaron en medio de mis piernas.

En aquel momento, pensé que iba a explotar. Sentía su boca caliente en mi sexo mojándolo, haciendo que vibrara. Me acercaba al orgasmo y todo mi cuerpo se contorsionaba. Robert consiguió pararme a tiempo. Otra vez reivindicué mi derecho de tenerlo dentro de mí.

Mi respiración estaba acelerada, mi cuerpo impaciente y mi sexo latía ansioso por el placer que anhelaba.

Sin avisarme o sin darme un indicio de que lo haría, Robert se metió dentro de mí. Sentí como su largo y grueso miembro me invadía, reivindicando su espacio y acomodándose en mí por completo. Se paró cuando estaba totalmente dentro y no se

movió. Casi le imploré que continuara. Podía oír y sentir su respiración jadeante en mi cuello. Lentamente fue saliendo.

¡Oh, mierda!

Un inmenso placer se instaló en mí cuando su cuerpo al retirarse rozó mis paredes. Se paró a unos centímetros de salir y una vez más arremetió sin que lo esperara. Grité alucinada de placer y él soltó un gruñido revelando lo loco de deseo que también estaba. Me encantó oírlo.

Ahora que estaba totalmente dentro de nuevo, no podía dejarlo salir. Envolví con mis piernas su cintura obligándolo a continuar y me moví dejando que su pene abusara un poco más de mí, penetrándome más profundamente. Cayó sobre mi cuerpo gimiendo por la maniobra inesperada.

—Melissa, no me estropees el juego —me advirtió—. Esto tiene que durar un poco más. —Se levantó recuperándose de mi embestida y, sin que yo lo pudiera impedir, entró y salió tres veces más, muy lentamente—. Esto es lo que quieres, ¿verdad?

Lo dijo entre dientes. Cuando iba a gritar, el timbre de la habitación me silenció. Robert se paró y yo me puse alerta.

—¡Mierda! No me lo puedo creer. ¿Quién será a esta hora? —Estaba tan sorprendido como yo—. Quédate ahí quietecita.

Seguía atento al sonido, pero, al mismo tiempo, muy lentamente, me invadía hasta acomodarse dentro de mí y después salía. ¡Hijo de puta! No podía ni gemir mientras él disfrutaba de esa tortura. Sus labios bajaron hasta mis senos y su boca imitó el movimiento de su cadera. El timbre volvió a sonar, dos veces seguidas.

—¡Mierda! —bramó—. Quédate quietecita. Voy a ver quién es y vuelvo en un momento.

—No, Robert —susurré desesperada.

Se rio.

—Vuelvo. No te muevas de ahí.

¿Cómo iba a moverme? Estaba esposada a la cama en una posición totalmente vulnerable.



Oí la voz de Paul. Parecía un poco alterado. Pronunciaron mi nombre y se me heló la sangre. Robert también hablaba, sólo que en un tono más bajo. Después ambos se callaron. No conseguí identificar ningún ruido durante un tiempo, que me pareció una eternidad.

—Mel —me dijo al oído y casi grito—, por amor de Dios, no grites. —Estaba un poco exaltado, pero aún susurraba—. Paul está fuera. Tengo que sacarlo de aquí. Vuelvo en unos minutos.

—Suéltame las manos —susurré de forma casi inaudible.

—No voy a volver a correr ese riesgo. —Se rio—. Vuelvo rápido y continuamos donde estábamos.

—No, Robert.

Quería gritar y protestar, pero, a juzgar por el silencio en la habitación, se había marchado.

¡Mierda! ¿Qué iba a hacer? No podía quedarme desnuda en la cama con los ojos vendados esperando a que volviera. ¡Qué mierda! Lo mataría en cuanto volviera.

Esperé, esperé y esperé, pero no volvió. Se me durmieron los brazos. Empecé a sentir miedo. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que se había ido? No tenía la menor idea. No aguantaba más. La desesperación se apoderó de mí. Recordé que estaba esposada a una madera fina, así que empecé a forzarla.

Me dolían las heridas que me hice en las muñecas, pero seguí tirando sin preocuparme por el ruido. Tiré más fuerte y la madera cedió. Mis brazos cayeron exhaustos. Forcé un poco más y conseguí alcanzar las vendas. Me las quité y verifiqué los estragos que había causado en la cama. Robert ya lo resolvería después. Era su problema.

Busqué las llaves de las esposas. ¿Dónde mierda las habría puesto? Las encontré en el sillón, donde Robert había dejado la cajita con el resto de accesorios que pretendía usar aquella noche.

¡Y qué noche!

Debería haber sido sensacional, pero, una vez más, no pudimos acabarla. Fue frustrante. Simplemente frustrante. Podía estar pensando algo absurdo, pero, sin embargo, parecía que Tanya nos había echado algún tipo de maleficio para impedir que Robert consiguiera hacerlo en paz con ninguna mujer durante aquel viaje.

¡Cielos! Un polvo inacabado podía trastornar la mente de una mujer excitada. Cogí la llave y, a pesar de las heridas en las muñecas, conseguí encontrar el ángulo bueno para abrir las esposas. El alivio fue inmediato.

Cogí un poco del hielo que Robert había dejado en el suelo al lado de la cama y me lo pasé por las muñecas. Me quité el pañuelo de la cabeza para envolverme las heridas. Ardía. Decidí volver a mi habitación. Estaba cansada, herida y sentía mucha rabia. No había vuelto. ¿Qué podía haberle pasado? ¿Por qué me había dejado esposada?

Eran demasiadas cosas en las que pensar. Entré en mi habitación y atranqué la puerta. «Basta de Robert por hoy», pensé.

## Capítulo 32

Viajar con Melissa a Dubái fue una revelación para mí. Primero porque había pensado que la rabia que sentía tras haberla visto besar a Dean conseguiría quitarme las ganas de tocarla. Estaba equivocado. La más mínima amenaza me hacía sentir pavor por perderla. ¿De dónde venía aquel miedo? ¿Cómo había conseguido seducirme de una manera tan fuerte y avasalladora?

Minutos antes, había hablado con Tom de las embestidas de Tanya. Estábamos muy preocupados con sus avances. Últimamente, mi esposa estaba consiguiendo sorprendernos. De alguna manera estaba consiguiendo burlar nuestra vigilancia. Gracias a Dios no había hecho nada importante. Sin embargo, era mejor no vacilar y no arriesgar.

Pensaba que me despistaba con la historia de que tenía que encontrarse con un grupo que recaudaba fondos para ayudar a los países bajo el lindar de la pobreza. Sabía muy bien lo que Tanya se traía entre manos. Su padre había estado en Suiza poco antes de morir. ¡Qué cretina! ¿Cómo podía imaginarse que yo no iría personalmente a comprobar si tenía una cuenta? A veces me sorprendía lo inocente que podía llegar a ser.

Había parado las investigaciones sobre la relación entre Melissa y Tanya. Estaba convencido de que no era una espía. Principalmente, porque Tom me había alertado de que mi mujer desconfiaba de mi posible interés por mi secretaria. Lo dejó escapar en una conversación con Nicole, otra infeliz.

Tanya era una cobra que buscaba a toda costa implicar a las personas a las que yo quería en sus tramas. Nicole era otra de sus víctimas. Tendría que pensar en eso después. La conversación con mi hermana sobre mi actitud sigilosa había sido complicada. Ella realmente creía que yo castigaba a Tanya por... Por haber destrozado mi vida.

Nadie lo entendería nunca.

Melissa también complicaba las cosas. Ella me presionaba para que me definiera. No podía culparla. Desde el primer momento sabía que ella no se conformaría con el papel de amante.

Amante.

Sería muy difícil convencerla de que yo no la veía así. Melissa era mucho más que un buen polvo. Era una amiga, una compañera. En los últimos tiempos, era simplemente lo único que me daba fuerzas. Y tenía que mantenerla alejada de la locura que era mi vida a toda costa. El sexo era sólo una manera de distraerla para evitar que consiguiera profundizar en toda aquella mierda.

Al menos Dubái me permitiría momentos de paz. Otra vez me equivocaba. Me había preparado para las embestidas de Adam y los ojos atentos de Frank, pero nunca imaginé que Paul sería mi mayor problema. Éramos amigos, siempre lo habíamos sido. Por lo visto, Tanya intentaba destruir hasta eso en mi vida.

Mel era perfecta en mis brazos. Habíamos empezado uno de esos momentos fantásticos, cuando Paul apareció. Al principio pensé que sólo quería avisarme de la cena con el presidente del grupo con el que habíamos ido a negociar. No contaba con la invitación, pero era mi obligación asistir.

—Estoy intentando avisar a Melissa, pero no consigo encontrarla. La he llamado y he tocado el timbre de su habitación, pero no responde.

No tenía motivos para desconfiar de que mirara alrededor de mi habitación, pero ahora puedo asociar aquel episodio con lo que pasó luego.

—La señorita Simon debe de estar durmiendo. Es mejor que no venga. Quién sabe lo que estos tipos están preparando para la cena —dije forzando una sonrisa para disimular mi aprensión.

Si Paul insistía en que Melissa asistiera, acabaría sabiendo que no estaba en su habitación, lo que sería cuando menos

sospechoso.

—Cierto. Adam no irá y Frank nos espera cerca de la fuente de la recepción. Dijo que tenía que hacer una llamada importante.

—Necesito quince minutos. Nos vemos abajo.

Melissa no se sintió muy feliz con la interrupción. Omití que la decisión de que no viniera era mía. Prefería que pensara que íbamos a pasar una noche sólo para hombres que carcomida por la culpa por la desconfianza de mi cuñado. A fin de cuentas, sólo cenaríamos y después podríamos retomar nuestros planes.

Me pasé la noche agradeciendo que Melissa no nos hubiera acompañado. Habría sido un dolor de cabeza para mí. Contrataron a varias bailarinas para animar a los invitados y todas estaban decididas a llevarse a alguno de los empresarios americanos a la cama. Los asistentes, todos hombres, se tomaron en serio lo de beber y aprovechar lo que se les ofrecía.

Evité participar a toda costa. No sólo por la imagen o por Tanya —su hermano estaba allí—, sino porque pensaba en la información que podía llegarle a Melissa. Eso sí sería un gran quebradero de cabeza. Melissa, aunque era dulce, tenía un genio terrible.

Aguanté las conversaciones —ninguna de índole profesional—, la cena y las bailarinas, pero seguía con la cabeza en mi habitación. Estaba ansioso por volver al hotel y por perderme en Melissa que, con toda seguridad, me estaba esperando.

Para mi frustración, no fue lo que pasó. Casi pierdo la cabeza y lo echo todo a perder. No fui capaz de mantener la máscara que empleaba cuando estábamos delante de los demás. Melissa estaba justo detrás de mí y sentí ganas de estrangularla. ¿Qué narices hacía con Adam? ¿Por qué mierda no me estaba esperando en la habitación?

Ella no tenía ni idea de quién era Adam Simpson y de todo lo que aquel mierda era capaz de hacer. Sólo de imaginármelo

deshaciéndose en encantos sólo para conseguir tirarse a mi secretaria... No podía ni pensar lo que podría hacer con él. Esta vez, ni Tanya me impediría matarlo.

Cuando vi atrancada la puerta que conectaba nuestras habitaciones, sentí aún más rabia. ¿Por qué tenía tanto miedo? ¿Qué intentaba esconder? ¿Por qué motivo había preferido no darme una explicación?

—Melissa, sé que estás ahí.

Intenté que no se me notara la rabia que sentía. Reservaría todas mis fuerzas para cuando abriera la puerta. Quería matarla y después matar a Adam, pero, como no podía hacerlo, me contentaría con enseñar a Melissa Simon lo que quería decir cuando le había dicho que era mía y sólo mía. Aunque tuviera que tenerla atada a la cama el resto de su vida para que lo entendiera.

—¿Melissa? Abre.

No respondió. Si pensaba que me convencería tan fácilmente estaba equivocada. Lo que estaba haciendo sólo hacía que tuviera más ganas de castigarla.

—¡Mierda, Melissa! Abre esta mierda —dije forzando la puerta, muy impaciente—. Sé que estás ahí. No sirve de nada fingir.

—¡Robert, por favor!

Yo sabía que estaba allí. Me hervía la sangre y empujé la puerta, decidido a echarla abajo.

—Abre.

Conseguí ganar algo de tiempo. Estaba tan furioso que fue un gran sacrificio hablar sin gritar. Melissa me desafiaba constantemente y yo no estaba acostumbrado a situaciones como aquella. Salvo Tanya —y ella no lo hacía con frecuencia—, nadie se enfrentaba cara a cara conmigo. Excepto Melissa Simon. Pero conseguiría doblegarla. Iba a hacerlo como quería como que me llamaba Robert Carter.

—No.

Respiré hondo, cerrando los puños. Quería derribar aquella puerta y enseñar a Melissa a no desafiarme. Debo confesar que hasta eso me excitaba de ella. Me reí para mí imaginando su cara de miedo al desafiarme.

—Sabes ser valiente cuando quieres. ¿Por qué no abres la puñetera puerta y te enfrentas a mí?

Hazlo, Melissa, y deja que yo me encargue de lo demás. Unos buenos cachetes en tu delicioso culo resolverán el problema y, claro, después te lo haré como nunca.

—Estás nervioso y tengo miedo.

Otra vez contuve la risa.

—Está bien que tengas miedo. Por primera vez estás siendo sensata, porque, cuando te ponga las manos encima, no va a quedar nada de Melissa Simon para Adam Simpson.

¡Ay, Melissa! Voy a hacértelo de todas las formas posibles.

—No seas absurdo, Robert. Sólo hemos cenado juntos. No ha pasado nada para que te pongas así de enojón.

¿Me estaba reprendiendo? No pude evitar esbozar una sonrisa inmensa.

—¿Entonces por qué has cerrado la puerta? Si no pasó nada más puedes decírmelo directamente, mirándome a los ojos, ¿no?

Empecé a sentirme ansioso esperando el momento de ponerle las manos encima. La rabia se mezclaba con la excitación de forma incontrolable.

—No. No puedo. Me estás asustando, Robert. ¡Es una mierda! Te pasas la vida pidiéndome que confíe en ti, que me crea tu historia con Tanya, haces que vaya contra todos mis principios para vivir lo que hemos vivido y me lo pagas así. — Podía sentir que el mal genio se apoderaba de mí—. Siempre que alguien se acerca a mí actúas como si fuera la peor de las mujeres. Si no confías en mí, déjame ir, Robert.

Me eché atrás. ¡Mierda! Conocía bien ese tono de voz. Melissa estaba enfadada y cuando estaba así era incapaz de pensar coherentemente y de creer en nuestra relación. Yo

confiaba: ni Adam ni ningún otro hombre cambiaría lo que sentíamos el uno por el otro, y mucho menos Tanya. Tenía razón.

¡Joder! Melissa tenía razón.

Respiré hondo, tres veces, y caminé por la habitación intentando calmarme. Melissa tenía razón. No podía volverme loco cada vez que un hombre se le acercaba. Tenía que creer en ella y confiar en ella. Nuestra relación era tan complicada y tenía tantas carencias, que pensaba que en cualquier momento llegaría alguien que podría ofrecerle algo mejor y que me abandonaría.

En el fondo sabía que lo correcto era permitir que eso ocurriera. Melissa merecía mucho más de lo que yo era capaz de ofrecerle. No conseguía acabar mi historia con Tanya y ya empezaba a pensar que sólo acabaría cuando los dos nos hubiéramos destruido.

Sin embargo, ver que Melissa pensaba así me desesperaba. Porque quería un final feliz, una final en el que Melissa estuviera a mi lado, donde fuéramos felices. ¡Maldita sea! ¡Qué egoísta era! Pero lo cierto es que no conseguía apartarme, incluso siendo consciente de que aquello podía destruirla también.

—Tienes razón —admití sintiéndome un mierda por no conseguir darle margen—. No desconfío de ti, sólo desconfío de ellos y sólo de imaginar a alguno de esos parias intentando acostarse contigo, Mel, me pongo... Me vuelvo loco de celos. No consigo controlarme. Me pongo furioso, pero no debería descargar mi rabia contra ti. Por favor, perdóname.

Pedí perdón. No por mi reacción exagerada, sino por no poder evitar su destrucción. Por no dejarla y, a causa de mi cobardía, por convertir su vida en un infierno.

—¿Ya no estás enfadado?

Lógicamente me perdonaría. Melissa era increíble y me quería con tanta intensidad que prefería la destrucción a quedarse sin mí. Constatarlo me reconfortó y me entristeció al mismo tiempo.



—Lo estoy, pero no contigo. En este momento, sólo quiero abrazarte y sentir tu olor, besar tu piel y tus labios, tocar tu cuerpo y tener la certeza de que eres mía y de que nunca dejarás de serlo. Abre la puerta —dije porque la necesitaba—. Vamos a continuar donde lo dejamos.

Melissa era un bálsamo para mis heridas. Tan dulce, inocente, fuerte y frágil al mismo tiempo. Tenía otro motivo más para querer tocarla y cada vez era más absurdo y sofocante. Tenía que tocarla, con urgencia. Pero no habría la puerta.

—¿Cuál es el problema?

—La puerta no se abre.

—¿Cómo que no se abre? Inténtalo otra vez.

Mi rabia comenzó a mostrar sus garras nuevamente. ¿Por qué no se abría la puerta? Sólo faltaba que estuviera rota. Era la gota que colmaría el vaso de mi paciencia.

—No se abre.

—¡Joder, Mel! ¿Por qué has atrancado la puerta?

—Porque me ibas a matar.

—Ahora sí que te voy a matar. ¿Cómo voy a entrar?

—No sé, Robert. No me hagas una pregunta tan difícil, ¿vale? Ya estoy al límite.

Respiré hondo intentando calmarme. Bueno... Melissa se merecía un castigo.

—Perfecto. Voy a forzarla —dije, preparándome para acabar con aquella puñetera puerta, pero ella gritó al otro lado.

—No. ¿Estás loco? Vas a llamar la atención de todo el mundo.

¡Oh, mierda! Era verdad. Aquellos idiotas habían decidido quedarse en la salita que había al lado de mi apartamento y si forzaba la puerta lo oirían. ¡Qué mierda!

—¿Y qué hago entonces?

Mi paciencia estaba a punto de agotarse. Ya podía imaginar hasta lo que le haría a Melissa para castigarla por este incidente. ¡Mierda! Estaba excitado.

—Intenta venir por fuera.

—Por fuera no se puede. Están en la salita de enfrente — me recordó—. Mierda, Mel. Te necesito. Estoy extremadamente excitado. Quería pasar una noche fantástica y no vamos a poder hacerlo por tus paranoias.

Se lo eché en cara. Era tan valiente siempre, ¿qué le costaba haberlo sido aquella vez? Si hubiéramos discutido en aquel momento, ya estaríamos follando como locos, pero no, Melissa decidió ser cobarde y atrancar la puñetera puerta.

—¿Paranoias?

—Sí. Te has asustado y te has ido corriendo a atrancar la puerta. Parecías una niña que huía de su padre.

—Disculpa, pero a veces pareces mi padre.

—Voy a echar abajo la puñetera puerta.

Ya inventaría luego una excusa para los chicos.

—¡No, Robert, por favor!

¡Mierda, mierda, mierda!

—Mel, necesito tener sexo y necesito que sea contigo. No voy a conseguir dormir sabiendo que la única cosa que me impide tocarte es esta mierda de puerta.

—Vamos a esperar.

—¿A qué?

—Esperar a que decidan irse a dormir, y entonces vienes.

¡Venga! Gran idea. Yo tenía que arriesgarme porque ella había sido una cobarde.

—Vienes tú para acá —ordené.

—¡Robert!

¡Joder, Melissa!

—Ok. Ok. Voy yo. ¡Mierda! ¿Y qué hacemos mientras esperamos?

—Lámame.

¡Maldita sea! Sabía cómo jugar con mi salud mental. Melissa me desarmaba.

—Estaba seguro de que te había gustado.

Fue imposible no reaccionar a sus encantos. Estaba loco por tocar su piel y verla ruborizarse. ¡Ah, Melissa!

—Me gusta todo siempre que sea contigo —susurré bien pegada a la puerta.

Estaba derrotado ya. Si nuestra noche de sexo tenía que empezar por teléfono que empezara pronto. Estaba muy ansioso.

—Ok. Ve a tu habitación, Melissa. Te llamo.

Esperé mientras llegaba a su habitación.

Me deshice el nudo de la corbata, me quité la americana y me solté la camisa. Sonó mi móvil. Fruncí el ceño. ¿Tanta prisa tenía Melissa? Era Tom. Sopesé si debía ignorar la llamada, pero él sólo me llamaría si pasaba algo importante.

—Que sea rápido —dije incisivo.

—Tanya ha conseguido engañarnos otra vez.

—¿Cómo ha ocurrido, Tom?

¡Maldita sea! Las cosas se me estaban yendo de las manos.

—Ha conseguido salir de Suiza sin que lo supiéramos. ¡Mierda, Robert! Se nos está adelantando.

—¡Mierda! ¿Dónde está ahora?

—En un avión rumbo a México. Creemos que sabe que no estuviste allí y que está intentando averiguar qué estuviste haciendo.

—¡Maldita sea!

Vi la puerta atrancada y me irrité aún más.

—Tengo una idea, pero quizá no estés de acuerdo. ¿Tienes tiempo?

—Desembucha, Tom.

—Pensé en dejar pistas para que piense que tienes un lío con Melissa. Eso puede desviar su atención del motivo real de tu viaje a Grecia. Sabemos que va a descubrir que estuviste allí. No puedes ocultar que usaste el avión de la empresa y sabes muy bien que tiene acceso a esa información.

—Perfecto. Tanya no puede sospechar nada sobre mi encuentro con los otros que participaron en la reunión. Si cree que estuve en Grecia sólo para estar con Melissa, será todo mucho más fácil.

—¿Y cómo será para ti?

—Tengo mis cartas. No va a conseguir derrumbarme. Ahora tengo que colgar. Mantenme informado y deja las pistas para que descubra mi relación con Melissa.

—Ya lo tengo todo programado.

—Ok.

Colgué sintiéndome eléctrico. Mi lucha con Tanya era siempre un estímulo más. Mejoraba cuando sus deslices hacían que tomara ventaja sobre ella y, especialmente, cuando sabía que tenía a Melissa para celebrar mis victorias. ¡Maldita sea! Ahora quería estar dentro de ella, más que nunca. Quería poder tirarme a mi secretaria toda la noche.

Pero, como nada es perfecto y no soy merecedor de la misericordia divina, Melissa no estaba a mi disposición, por eso acabé la noche bebiendo y charlando con Paul, mi cuñado, Adam, mi competidor, y Frank, el amante de mi mujer.

Por la mañana me dolía la cabeza. Tenía la boca seca y mi teléfono sonaba sin parar. Lo cogí, carraspeando para disimular la ronquera matinal. Era Tanya.

—¿Puedes decirme por qué fuiste a Grecia y me mentiste diciendo que ibas a México?

Respiré hondo. Con toda seguridad, Tanya ya había descubierto que había viajado con Melissa y sabía, sobre todo,

que teníamos un lío. No me habría llamado si no tuviera esa información.

—Sé que usaste el avión de la empresa, Robert. No sé qué estabas planeando, pero lo voy a averiguar.

—Necesitaba escapar unos días de la locura que es mi vida —respondí con una evasiva, porque si estaba fingiendo no saber que Melissa y yo nos acostábamos debía seguirle el juego.

—Vamos a ver qué dice Olivia de tu fuga a Grecia.

—Pensará que no hice bien o que soy un canalla o lo que le hayas metido en la cabeza a mi madre.

—Lo averiguaré, Robert.

—Me encantaría quedarme aquí intercambiando comentarios amables contigo, pero desgraciadamente llego tarde a una reunión importante que te hará un poco más rica.

Me sentía feliz con que Tanya pensara que tenía una amante. Era mucho mejor que dejarle seguir la pista de lo que realmente había hecho.

—¿Llegas tarde? ¿Has trasnochado, Robert? Tú nunca te retrasas.

—Me pasé la noche bebiendo con tu hermano y algunas bailarinas. Puedes llamarlo. Te lo confirmará. Ahora perdona, pero tengo un compromiso muy importante.

Colgué sin preocuparme de lo que pensara. Tenía un problema mucho mayor y más importante que resolver. Me duché, me arreglé, salí de la habitación decidido a resolver el problema con Melissa de una vez por todas y me encontré a Adam, como un cachorro fiel, esperando delante de su puerta.

—¿Adam?

Me miró algo incómodo.

—Buenos días, Robert.

—¿Qué haces aquí? —dije sin poder disimular mi irritación.

—Estoy haciendo tiempo. ¿Y tú?

¡Mierda! ¿Qué excusa iba a darle? Instintivamente me eché la mano al bolsillo y fingí buscar algo.

—¡Joder! Me he dejado el móvil. Voy a buscarlo. Te veo abajo.

Era un aviso, pero él no cejó en su empeño.

—Paul y Frank ya están en el restaurante, puedes reunirte con ellos allí.

«Hijo de puta. No vas a tener nunca a Melissa», pensé con rabia.

Volví a mi habitación e inmediatamente llamé a mi secretaria. No lo cogía. Volví a llamar e insistí.

—Sí.

Reconocí la voz ronca de quien se acaba de despertar.

—Buenos días.

Estaba deseando follarme aquella boca entorpecida por el sueño.

—Robert.

Joder, era tan deliciosa cuando hablaba así. Quería poder asaltar su habitación para darle lo que ella me imploraba con aquella voz dulce.

¿Por qué atrancó la puerta? «Tengo que planear una forma de castigarte, Melissa», pensé.

—Pensé que estabas furiosa conmigo.

—Puedo perdonarte. Sólo dependerá de lo que me ofrezcas a cambio.

Respiré hondo y sentí mi erección forzando la ropa. Pero quería mucho más que masturbarme como un adolescente oyendo sus gemidos al otro lado de la línea.

—Mucho más que sexo por teléfono.

—Colabora, Robert. Este calor infernal me está matando.

Me reí con su osadía. Quería ver cómo mantenía esa pose cuando le hiciera todas las fechorías que tenía planeadas.

—Me gustaría mucho ayudarte, pero desgraciadamente tenemos una reunión y tú aún estás en la cama. No es que no me guste imaginarte así, al contrario. Te visualizo perfectamente sin ropa, envuelta en la sábana ocupando una parte ínfima de esta cama gigantesca. Puedo imaginarme tu cara aún marcada por el sueño con precisión, y tu cuerpo implorando por el mío. Pero...

—Eso es una maldad.

«Pero la culpa es tuya, Melissa Simon», me dije.

—Sí que lo es. Es la misma maldad que empleaste ayer conmigo, lo que no impide que quiera pasar la lengua por todo tu cuerpo y disfrutar de esa piel deliciosa. Tienes un sabor indescriptible e inigualable, Melissa.

Merecía que la castigara.

—Ven para acá.

¡Dios! Estaba deseando ir, pero el imbécil de Adam estaba en mi camino.

—Primero tengo que sacar a Adam Simpson de tu puerta. Lleva media hora ahí esperando a que salgas con la esperanza de invitarte a desayunar.

—¡Joder!

Me reí con su enfado. Esperaba que al menos entendiera que no tenía cómo huir de mí y que cuanto más lo intentara más problemas tendría.

—Ya te dije que no le dejaras acercarse.

—Te necesito.

Mierda. Yo la deseaba de todas las formas imaginables.

—Y yo a ti.

—Fuerza la puerta.

—En cuanto salgas y te lleves a Adam. Sácalo de aquí. Paul y Frank ya han bajado. Cuando bajéis, fuerzo la puerta sin que

nadie se entere. También me encargaré de que nunca más puedas atrancarla, para evitar otra noche mal dormida, como la de ayer. Esta noche, estaremos a solas.

Qué ganas tenía de que llegara ese momento.

—¿Esta noche?

Es cierto que quería que Tanya imaginara cosas, pero no era posible implicar a terceros. Conocía muy bien a mi mujer como para saber que no soportaría la humillación de una traición pública. No es que me importara lo que sintiera, sin embargo, estaba seguro de que, en ese caso, iría contra mí con todo. Era mejor evitarlo.

—¿Si consigues encontrar un hueco en la agenda antes?

—No. Tendremos que esperar.

—Nos vemos en el restaurante en media hora. ¿Puede ser?

—De acuerdo. Voy a arreglarme mucho para Adam.

Puse los ojos en blanco. Me sentía un perfecto adolescente, Melissa tenía el don de resucitar la juventud en mí.

—No tanto, Melissa. No tanto.

El día fue agotador. No nos quedaba mucho para cerrar el negocio, pero era importante mantener las formalidades, porque, al fin y al cabo, algunas personas necesitaban asegurarse de que no se modificaría nada. Aún así, después de años de experiencia, sabía que habría cambios, aunque no fuera nuestro objetivo.

Dediqué buena parte de mi tiempo a pensar qué haría con Melissa más tarde. Ya me había proveído de algunos «accesorios» para hacer que nuestras noches fueran más interesantes. Me habría encantado ponerle las manos encima a mi secretaria. No era nada que no hubiera hecho antes, pero Mel se ruborizaba de una manera deliciosa y este pequeño detalle me volvía loco.

Era una falsa puritana. Melissa era una caja de sorpresas.



Mi devaneo fue tan profundo que, cuando meforcé a prestar atención, vi que Frank intentaba agradar a toda costa a mi secretaria alabando su trabajo. Sin embargo, no dejé que se me notara la irritación, aunque vi que los ojos de Melissa brillaban y que sonreía afectuosamente al amante de mi mujer.

¡Qué irónico! Si no fuera otra maniobra de mi mujer, haciendo que su amante flirteara con mi amante, perdería la cabeza. Melissa estaba visiblemente ruborizada. ¡Qué infierno! ¿No bastaba con que Adam estuviera todo el día intentando ligar con mi secretaria? ¿Iba a tener que aguantar que el fantoche de la mujer con la que estaba casado intentara ligarse a mi chica? ¡Era el fin del mundo! O tal vez de mi paciencia.

Tenía que compensar a Melissa y corregir mi desliz.

Así que entré en su habitación —después de dispensar a mis compañeros de viaje y satisfecho por ver que Melissa había rechazado la invitación de Frank de salir a hacer turismo —, y llamé a una de las joyería del hotel y les pedí que me enviaran a la habitación algunas piezas, las de mejor calidad, para escoger un regalo para mi secretaria.

Pasé por la puerta que conectaba nuestras habitaciones. Melissa estaba en el baño. Encontré su pañuelo sobre la cama. Inmediatamente mi mente se llenó de ideas. Cogí lo que necesitaba y volví a mi habitación. Atendí a la vendedora que trajo las joyas, las dejé en el vestidor, me di una ducha y me metí en la piscina. Tenía la certeza de que Mel me vendría a buscar. Tendríamos una noche fantástica.

Como había imaginado, Melissa apareció. Un poco dubitativa, un poco insegura, pero no se echó atrás cuando la toqué. Aún era mía. Y yo quería que lo siguiera siendo. La llevé a la cama, jugué con su cuerpo, preparé el terreno para que la noche fuera inolvidable y Paul apareció otra vez. ¡Maldita sea! ¿Otra vez?

—¿Qué está pasando? —preguntó sin más prolegómenos.

—No tengo la más mínima idea.

Intenté parecer inocente. Melissa estaba esposada en mi cama, totalmente desnuda y con los ojos vendados. Jamás

permitiría que Paul diera un paso más.

—Lo sé todo. ¡Mierda! ¿Qué crees que estás haciendo?

Lo miré por un tiempo. Estaba trastornado. Con toda seguridad, Tanya no dejaría de manipularlo hasta conseguir sus objetivos. ¡Pobre Paul! Había vuelto a caer en las redes de su hermana.

—Sigo sin saber de qué estás hablando.

—Melissa.

Hice un esfuerzo inmenso para no parecer sorprendido.

—Paul... Tenemos...

—¿Por qué las joyas?

¡Maldita sea!

—¿Joyas?

—He visto que la dependienta de la joyería entregaba una caja aquí, Robert. Mira sólo... No sé qué pretendes, pero... ¡Qué mierda! No me parece bien, ¿entiendes? ¡No me parece bien! No es justo implicar a todo el mundo en tu venganza. No me merezco esto, Melissa no se merece...

—Paul —lo interrumpí—. Vamos a hablar a otro sitio.

—¿Por qué no aquí?

—Porque no quiero —repuse en el tono más amenazador posible y se echó hacia atrás—. Voy a ponerme algo y vuelvo.

—Rápido.

—Sí.

¡Mierda!

Volví a la habitación rojo de rabia. Tanya no estaba bromeando. Meter a Paul era una apuesta fuerte. No me quedaría atrás. Tampoco dejaría que estropeará ni noche con Melissa. Ella estaba tan perfecta en aquella posición. Sólo quería volver a la cama.

—Suéltame las manos.

Estaba muy asustada. Me encantó verla así.

—No voy a volver a correr ese riesgo.

«Y te voy a hacer conocer el cielo, Melissa Simon», me dije.

—No, Robert.

Me marché antes de que consiguiera convencerme de lo contrario. Estaba decidido a contar algunas cosas a Paul, inventar una mentira y volver corriendo a la habitación.

Fue casi imposible esconder la verdad. Estaba seguro de que tenía un lío con mi secretaria y me exigió que la despidiera. Me amenazó con llevar el caso incluso al consejo de la empresa. Tenía que despistarle, incluso a sabiendas de que el plan era dejar que Tanya lo descubriera todo. Sería doloroso para Melissa que la trataran como a una amante sin valor.

—Paul, sé que es complicado entenderlo. No pasa nada. Sólo he comprado una joya para regalársela a Olivia.

—No intentes enredarme, Robert. Sé muy bien que no comprarías joyas para Olivia sin motivo y ella no lo consideraría siquiera una demostración de amor.

—Tienes razón. Aún así, quería comprarle algo a mi madre. ¿Cuál es el problema?

—¿Por qué? —preguntó y al mirarlo entendí que sería muy difícil mantenerlo fuera de aquella confusión.

—Porque adora a Tanya y yo... Nosotros... —me pasé las manos por el pelo sin saber cómo seguir la conversación—. ¡Mierda, Paul! Sabes muy bien que las cosas entre Tanya y yo no van bien desde que... Lo sabes —zanjé, porque no era capaz de hablar sobre lo ocurrido.

—Tanya no tiene la culpa de lo que pasó. Tienes que seguir adelante y liberarla de este castigo, Robert. No está bien. No es justo. Si ya no la quieres, acaba de una vez con este matrimonio, pero si la quieres o crees que hay una posibilidad de reconciliaros, entonces deja que la pena se quede en el pasado, no permitas que mi hermana pague por los errores que la vida cometió.

—¿La vida?

Me reí con sarcasmo y me tomé todo el contenido de mi vaso, whisky caro de excelente calidad. Di un golpe suave en la barra y el camarero volvió rápidamente para llenarlo.

—Robert... ¡Carajo! Somos amigos, pero Tanya... Incluso con todos los problemas, es mi hermana. ¡Mierda! ¿Cómo te sentirías si supieras que estaba actuando de esta forma con Nicole?

¡Oh mierda! Claro que lo detestaría. Nicole era mi hermana y la quería, pero Tanya... Paul no tenía ni idea de lo que su hermana había preparado.

—No, Paul. No me haría feliz. Pero... —Miré a mi amigo y sopesé si debería contarle toda la verdad, pero decidí que no era el mejor momento—. Creo que voy a acostarme. Tengo que poner algunas cosas en orden... —Volví a mirarlo, aún un poco inseguro, pero no intentó impedirlo—. Nos vemos mañana.

Cuando llegué a la habitación, Melissa ya no estaba. Había roto la cama. Casi me reí con aquel detalle. Pero se había ido. Si no tuviera la certeza de que estaba metido en un lío, la situación me haría gracia. Mi... amante... novia... Ya no sabía cómo clasificarla... ¡Era increíble! Y no conseguía encontrar la manera de apartarla de mi camino.

Melissa Simon era la mujer ideal para mí y ya la quería sin medida alguna. Suspiré y me pasé la mano por el pelo. La conversación con Paul me había desgastado mucho... Incluso me había hecho sufrir. ¡Joder! No había forma de borrar el pasado. Todos mis errores, los de Tanya, las terribles consecuencias... Mi familia completamente destruida... ¡Mierda! Si hubiera alguna oportunidad de conseguir salvarme. Pero no la había. No recibiría la absolución.

La presencia de Melissa en mi vida era un bálsamo. Ella conseguía, aunque fuera temporalmente, evitar que las heridas sangraran. Cómo deseaba olvidarme de todo y... ¡Cómo la deseaba! Ella era una gran promesa de felicidad, incluso cuando la liaba, como cuando atrancó la puerta. Al menos era

una distracción deliciosa y no la tensión que era mi vida al lado de Tanya.

Cogí el anillo entre los dedos. ¡Perfecto! Exactamente como me sentía sin ella, sólo, y era como la veía, única. Aquel anillo lo decía todo sobre nosotros dos. Yo no pasaba de un cuerpo sin alma, un corazón de piedra, mientras que Melissa era una joya rara, cara y única. Ella era definitivamente lo que no podía tener. Lo que no merecía tener.

## Capítulo 33

El dolor en los brazos era insoportable, sin contar con que también me dolían los hombros por el esfuerzo. Además tenía las muñecas con heridas visibles. ¿Cómo me las arreglaría para disimularlas?

Estaba envuelta en una toalla delante del espejo, con el pelo mojado y preguntándome qué mierda estaba haciendo. ¿Hasta dónde le permitiría llegar? Era todo un error y, al mismo tiempo, tan perfectamente definido que era imposible escapar. Sabía que él se sentía de la misma forma, aunque no tuviera la menor idea de hasta cuándo soportaría vivir así.

Encontré un poco de gasa y esparadrapo en el kit de primeros auxilios del baño y me hice una cura bastante discreta, lo máximo que pude dadas las circunstancias. Me puse varias pulseras en cada mano y, si nadie se fijaba mucho, no tendría que dar explicaciones sobre las heridas. ¿De cuántas formas iba a permitir que Robert me hiriera?

Me puse una falda larga y ajustada, una camisa fina de mangas anchas, casi transparente, también negra y me puse un velo verde para combinar con el conjunto. Parecía que fuera de luto. Me calcé unas sandalias altas, color verde musgo, y comprobé que tenía todo lo que necesitaba en mi carpeta de cuero negro. Abrí la puerta y casi grité del susto al ver a Robert. Estaba serio y me miraba. Creo que sentía rabia. Después de mirarnos unos segundos, me di cuenta de que en realidad estaba preocupado.

—Mel —dijo con voz grave.

—Buenos días, Robert.

Fingí no notar su presencia y pasé por delante de él en dirección al salón.

—Ayer te fuiste —dijo siguiéndome.

—Ah. ¿Lo notaste? ¿A qué hora? Hoy, ¿a qué hora has llegado de tu farra con Paul?

No miré hacia atrás, pero pude oír su risa.

—Volví media hora después y encontré mi cama rota y mi novia no estaba allí.

—¿Tu novia?

Tuve que mirarlo. Quería decir varias cosas, pero no pude. ¿Me consideraba su novia?

—Sólo podrás ser mi mujer cuando consiga separarme de Tanya.

¡Maldita sea! ¿Cómo lo conseguía? Toda mi rabia empezó a disiparse. ¿Quería casarse conmigo? ¡Mierda! Quería que fuera de verdad con toda mi alma. Tanto que mi corazón se aceleró desesperado con sólo contemplar la posibilidad.

—Eso siempre que yo quiera ser tu mujer.

No encontraba fuerzas para rechazarlo. Él esbozó una sonrisa enorme.

—Todo se puede solucionar. —Se acercó a mí y me enseñó una cajita que escondía tras su espalda. Lo miré sin atreverme a avanzar.

—¿Vas a comprar mi perdón con un regalo barato? —dije levantando una ceja fingiendo no estar interesada en saber qué era. En realidad estaba muerta de curiosidad.

—Primero, no es barato. Segundo, no estoy comprando tu perdón, lo estoy implorando —dijo arrodillándose dejándome boquiabierta—. Te juro que volví media hora después. Jamás te dejaría esposada mucho tiempo, pero la impaciente de Mel tuvo que romper la cama y se encerró en su cuarto. Decidí no forzar la situación. —¡Caramba! Cuántos cambios—. ¿Vas a

coger el regalo o no? No tengo edad para estar arrodillado todo el día.

Bajé la mirada. Era tan propio de Robert ser grosero en esos momentos. Le cogí la caja de las manos.

—Sólo porque no quiero que un señor mayor se haga daño, viejo decrépito.

Se rio.

—Ok. Lolita.

Robert se levantó y me observó mientras abría el regalo.

Abrí cuidadosamente la cajita negra con un inmenso lazo dorado, sólo para matarlo de ansiedad. Me estaba divirtiendo hasta el punto de olvidar todos los conflictos anteriores. Me dediqué a girar la cajita para todos los lados y a observar cada detalle.

Robert perdió la paciencia y me la cogió, la abrió y me mostró el contenido. Me quedé paralizada. Cuando había dicho que no era barato, no imaginé que sería tan caro. Una única piedra marcaba toda la diferencia en un anillo. Un enorme y solitario diamante ensombrecía todo lo demás a mi alrededor. Me quedé boquiabierta y sin reacción.

—¿No te ha gustado? —preguntó como si estuviera preocupado.

—Robert... —dije incapaz de encontrar nada en mi mente que expresara lo que sentía en aquel momento.

Me llevé las manos a la boca lo que ayudó a expresar lo que sentía.

—¿Qué te ha pasado en el brazo? —preguntó asustado.

Lo miré intentando identificar el motivo de su reacción. Eran mis muñecas.

—¡Ah! Me hice daño al librarme de las esposas.

Mi amante se mesó el pelo mirándome atentamente.

—¿Por qué no me esperaste? Melissa, ¿hasta cuándo creías que te iba a dejar esposada? ¡Por amor de Dios! Mira lo que te



has hecho.

—No pasa nada. No pasa nada —repetí medio confusa con tanta información al mismo tiempo.

—Sí. Sí que pasa.

—Robert, déjame ver mi regalo. —Me miró las manos como si se hubiera olvidado completamente del anillo—. ¡Es precioso!

—Eso no cambia nada —dijo sin prestar atención a lo que yo decía.

—Tienes razón. —Me invadió una enorme tristeza—. No cambia nada.

Mis sentimientos eran un caos. Pasaba de la felicidad plena a la depresión.

—No, Mel. No pienses así. No me refería a eso. Yo...

—Está bien. Gracias por el regalo.

Suspiró pesadamente.

—Nunca voy a conseguir ser suficiente para ti.

Lo miró a los ojos y vi que era sincero.

—Creo que...

—No —habló con urgencia cogiéndome la mano con mucho cuidado para no hacerme daño—. Mel, tenemos que hablar de algo. —Seguí atenta a lo que decía. Robert parecía luchar contra lo que quería decir. Sus ojos se perdieron en la nada—. Ayer tuve una conversación seria con Paul, o mejor... Él la tuvo conmigo.

Hizo una pausa como si luchara por no revelar más de lo que le gustaría.

—Robert —lo interrumpí—, ¿no sería más fácil si me contaras de una vez todo lo que realmente pasa entre tú y Tanya?

Sus ojos se abrieron de par en par.

—No puedo —dijo con voz suave, casi en un susurro.

—¿Por qué no?

Mi jefe se apartó y caminó hacia la pared de cristal.

—Porque no, Mel. Por favor, no me pidas eso.

Respiré hondo para contener mi indignación. No conseguiría nada de esa manera.

—Sólo creo que si me lo contaras me sentiría más segura de nuestra relación.

—Sólo necesitas mi palabra.

—¿Cómo voy a saber que no estás jugando conmigo? Has tenido tantas amantes. ¿Cómo sé que no soy una más en tu vida, Robert?

—Acabo de pedirte que te cases conmigo.

—No me puedes pedir que me case contigo porque ya estás casado —rebatí y él se quedó callado, con la mirada seria y supe que no diría nada más—. Y no me has pedido matrimonio, me has pedido perdón.

Intenté rebajar la tensión entre los dos. Él sonrió, pero sus ojos no sonreían. Robert estaba triste y aquello lo hería de manera especial.

—¿Vas a contarme el problema entre tú y Paul? —preguté.

—Sí. Pero antes... —Vino hacia mí y me abrazó con fuerza entre sus brazos—. Te echo tanto de menos.

—¿Cómo puedes echarme de menos? Estás aquí conmigo —bromeé.

—La echo de menos sexualmente, «señorita hazme un dibujo para que lo entienda».

Me reí en sus brazos.

—Eso no es problema, ¿no?

Le acaricié la cara y él se inclinó siguiendo la caricia. Después se apoyó en mi hombro y se enterró en mi pelo. Jugué con el suyo para transmitirle confianza. Robert suspiró hondo.

—No puedes hacerte una idea. Lo estoy echando todo a perder. En casi tres años, nunca pensé que tendría ganas de

rendirme.

Sonreí. No sabía si hablaba de mí, de nosotros dos o de otra cosa, así que opté por acoger sus palabras como si fueran especialmente para mí.

—¿Puedo ayudarte de alguna forma?

Apretó aún más sus brazos a mi alrededor.

—No puedo ni debo pedirte nada, Melissa. Sería muy egoísta por mi parte.

Me soltó haciendo que me sintiera abandonada, como si nadie más fuera capaz de alcanzarme.

—Robert —lo llamé sintiendo que un inmenso vacío se apoderaba de mí—, ven. —Levantó una ceja sin entender qué quería—. Vamos a la habitación. Haz el amor conmigo y olvídate del resto.

Mi amante sonrió y sus ojos brillaron. Era encantador verlo de esa manera.

—Será un placer.

Avanzó hacia mí tomándome en sus brazos y me llevó de vuelta a la habitación.

Los labios sentían urgencia y las manos luchaban en un reconocimiento intenso de nuestros cuerpos. Me levantó, me tiró en la cama y se echó encima de mí. Me subió la falda intentando alcanzar mis muslos mientras yo me peleaba con su traje al mismo tiempo que intentaba aflojar la corbata. No habíamos conseguido avanzar mucho cuando sonó el timbre. Mi jefe protestó con un gemido de rabia.

—No me lo puedo creer —dijo entre dientes—. Esto sólo puede ser una broma de mal gusto.

Cerré los ojos e intenté calmar mi cuerpo jadeante, que pedía más. Robert ya había conseguido abrir algunos botones de mi camisa usando sólo los dientes, lo que me había excitado aún más. Lo necesitaba. Necesitaba sexo y necesitaba sexo con él o explotaría en medio de la reunión.

—No pares, Robert. Sea quien sea se cansará en unos minutos —dije casi forzándole a continuar antes de que el sonido estridente volviera a interrumpirnos.

—Debe de ser Adam Simpson. Sabe que aún no has salido. Seguro que está montando guardia en tu puerta, el muy idiota.

—¡Cielos! No es justo —sollocé y Robert se rio de mi reacción.

—No lo es, es cierto.

Me besó el cuello e hizo que me diera un escalofrío.

—Si no tengo un orgasmo en unos minutos me va a estallar la cabeza. —Él se movió para que viera su excitación. ¡Dios, cómo lo deseaba!—. Eso es grave —dije para provocarlo.

—Muy grave.

Bajó y pasó la lengua entre mis pechos.

—Esto hay que resolverlo, señor Carter.

—Por favor, «señorita secretaria jodidamente deliciosa».

Me pasó los dientes por la piel y gemí.

Otra vez el timbre. ¡Mierda, mierda!

—¡Basta, Mel! —Robert se levantó de la cama de un salto—. Saca al cachorrito de la puerta o voy yo mismo y acabo con él.

—¿Y qué hago?

Me apresuré a sentarme en la cama y a recomponer mi ropa.

—No sé. Invéntate algo. Dile que no te sientes bien... No. Es capaz de quedarse a cuidarte. Dile que... ¡Mierda! No le digas nada. Baja con él.

—¿Qué? —Me quedé lívida—. No quiero bajar con él. Quiero quedarme y acabar lo que hemos empezado. ¿Quieres volverme loca? —repuse casi gritando y Robert se rio.

—Vamos a acabarlo, Mel. Baja con el cachorrito y pon una excusa para encontrarte conmigo en el baño de la recepción.

—Estás de broma.

No estaba de broma.

—Nadie nos va a ver. Es discreto y, además, la gente prefiere el baño de los restaurantes.

—No puedo hacerlo.

Yo era demasiado cobarde para aceptar una aventura como esa.

—O eso o hay que esperar a la noche. Tú eliges. —Lo miré sin saber qué decir—. En quince minutos. Te estaré esperando.

Corrí hacia la puerta, pero antes saqué el anillo que Robert me había regalado y me lo puse en el dedo. Era demasiado bonito para olvidarse de él. Abrí la puerta y allí estaba Adam. Tenía ganas de golpearlo, pero no podía, así que esboqué una sonrisa forzada y salí de la habitación cerrando la puerta.

—Buenos días, Adam. —Salí rápido—. ¿Vamos a desayunar? —pregunté dirigiéndome apresuradamente al ascensor.

—¿Mel? ¿Estás bien? —Me miró atentamente—. Estás roja y acelerada. ¿Algún problema?

Mi cara lo estropeaba todo. Intenté sonreír, lo que seguramente sólo empeoró las cosas.

—Sólo tengo hambre.

Aún desconfiado, Adam, sin embargo, no contestó.

Bajamos al restaurante. Conseguí gastar diez minutos en llegar. No se me ocurría ninguna excusa plausible para librarme de él en cinco minutos. Temblaba y sudaba. El calor era infernal, incluso con la climatización.

Frank estaba sentado a la mesa y sonrió cuando llegamos. ¿Dónde estaba Paul? Adam se sentó dejando la silla a su lado libre para que yo la ocupara. Quise mover los ojos y salir corriendo al baño, pero tenía que guardar las apariencias.

—Mel, ¿te sientes bien?

Frank también lo había notado. ¡Maldita sea! ¿Hoy era el día de «haz que Mel arda de deseo por dentro por su jefe»? ¿Por qué no me dejaban en paz? Sonreí educadamente.

—Tengo hambre.

—¡Ah! —dijo algo aturdido—. Estás medio pálida.

¿Pálida? Adam me había dicho que estaba roja. Vaya lío.

Miré a los lados buscando algo que me diera una idea y vi que Paul llegaba. A su lado había un camarero con una bandeja con vasos. Eso era.

Esperé sentada hasta que el camarero se acercó para dejar algo sobre la mesa y... ¡Magnífico! Me eché dos vasos de zumo encima. Fingí estar asustada y Adam se apresuró a ayudarme con una servilleta de tela para ayudarme, pero Paul llegó primero.

Me cogió la mano y me levantó para asegurarse de que todo estaba bien. Sólo vi lo que hacía cuando quise usar la mano que aún agarraba. Paul miraba atentamente el anillo. Cuando vio que yo también lo observaba, me soltó.

—Creo que tengo que ir al baño para limpiar todo este lío.

Corrí al lugar que Robert me había indicado.

Gracias a Dios ninguno de ellos me siguió. Tenía que contarle a Robert la reacción de Paul al ver el anillo. Entré en el baño y noté que realmente nadie se preocupaba de lo que hacía. Luego sentí unas manos que tiraban de mí hacia dentro de una de las puertas y la cerraba después. Sabía que era Robert. Me llegó el olor de su colonia. La expectativa me dominó y ya no me importó nada más.

—Buena chica —me dijo en el cuello girándome hacia él y levantándome la falda—. ¡Chsss! —murmuró en mis labios—. No podemos hacer ruido.

Le confirmé con un gesto que lo había entendido y él volvió a besarme.

Estaba tan excitada que no me importó que nos olvidáramos de la ropa y fuéramos directos a lo que interesaba. Por lo visto, Robert tampoco, porque en unos segundos estaba

dentro de mí. Me mordí los labios para evitar que se me escapara un gemido. Era delicioso sentir cómo me invadía y me llenaba.

—¡Mel! —dijo entre gemidos controlando la voz para evitar que nos sorprendieran.

Yo me sentía como una adolescente haciéndolo en el baño de la escuela. Claro, en mi época no hacía aquello, pero seguro que soñaba con hacerlo.

Robert aceleró un poco sus embestidas y yo sentía que pronto llegaría el alivio, al fin. Me obligué a dejar de ser una espectadora, debido a la enorme necesidad que tenía que satisfacer, y empecé a participar. Me moví sintiendo como sus manos me agarraban por la cintura mientras me mantenía apoyada y pegada a la pared.

—¡Robert!

Se me heló la sangre en las venas. Paul estaba en el baño llamando a Robert y parecía furioso. ¡Maldita sea! No me lo podía creer. ¿Otra vez? ¿Qué más nos podía pasar?

Robert me miró con pánico. Instintivamente bajé las piernas y me quedé agachada sobre el váter. Robert se movió y salió de mí. Todo mi cuerpo protestó. Desgraciadamente, era necesario. Era eso o que el hermano de Tanya nos pillara. Sentía que me iba a explotar el corazón y me temblaban tanto las piernas que tuve miedo de que se me desmontaran. Robert me hizo una seña con la mano pidiéndome que me quedara quieta. Dije que sí. ¡Claro! ¿Creía que estaba tan loca como para mover siquiera un pelo en ese momento?

—¿Paul? —preguntó mi jefe fingiendo sorpresa—. ¿Algún problema?

Me indicó con la mano que saldría de la cabina y que debía quedarme allí hasta que pudiera salir.

—Sal de ahí, miserable. —Robert respiró hondo y abrió la puerta y la cerró inmediatamente. No sabía qué estaba pasando—. ¡Hijo de puta! —Paul lo insultó con la voz controlada—. ¿Qué crees que estás haciendo?

—Paul, ¿de qué estás hablando?

Mi amante intentaba mantener la calma.

—De Melissa. Eres un ordinario. No me vengas con el rollo ridículo de no hay nada entre vosotros. Todo el rollo de ayer, Robert.

Yo no podía ni respirar. Paul lo sabía. ¡Dios mío! Sentí como las lágrimas se agolpaban en mis ojos.

—Paul, no sabes lo que dices.

—He visto el anillo, Robert. ¿Crees que soy tonto? ¿Crees que Tanya es tonta? ¿Qué estás haciendo? Esto ha ido demasiado lejos. Tanya es mi hermana —gritó.

—Paul, no es lo que estás pensando. No sabes toda la verdad.

—Lo suficiente para saber que eres un canalla.

—Paul —gritó Robert haciendo que se callara—. No sabes nada. Lo que te dije ayer es la verdad. Tanya y yo nos estamos separando, ella te lo puede confirmar, aunque creo que convertirá mi vida en un infierno por habértelo contado.

—¿Y por eso te crees con derecho a traer a tu amante a este viaje? ¿Crees que tienes derecho a colocar a tu amante dentro de nuestra empresa? Yo también soy accionista. ¡Mierda! Y Tanya también. ¿Eso es justo? Sabía que estabais pasando una mala fase desde que...

—No sigas —Robert lo interrumpió—. No quiero hablar de ese asunto.

—¡Qué infierno, Robert! —Paul explotó—. Has castigado a Tanya todos estos años por algo que no fue culpa suya, ni de nadie.

—Tú no sabes qué está pasando —gritó Robert, parándose en cada palabra y al oírlo me estremecí.

Lo que estaba oyendo me sacudía profundamente. Verme expuesta de aquella manera me estaba destruyendo por dentro. Algo que había pasado hizo que Robert no quisiera a Tanya. Era el motivo de su separación. ¿Pero qué?



—Vosotros sólo sabéis lo que habéis visto, pero no todo. No sabéis lo que pasaba antes y lo que está pasando después de esa desgracia. Nunca lo entenderás. Estás demasiado ciego para darte cuenta de que todo es mentira.

Robert sufría y yo sufría con él.

—¿Es mentira tu lío con Melissa?

—No. No lo es —admitió con voz derrotada.

¡Maldita sea!

—Lo sabía.

Paul prácticamente escupió las palabras.

—Paul —Robert respiró hondo de manera inaudible—. Ha llegado el momento de que hablemos —dijo en tono serio. Estaba derrumbando una inmensa muralla y yo sabía cuánto le dolía—. Pero no aquí. Ven. —Se apartó de la puerta donde yo estaba—. Vamos a hablar.

Oí sus pasos cada vez más distantes y, por fin, el silencio. Hice un esfuerzo enorme para que mis piernas respondieran y bajar del váter. Temblaba descontroladamente. Me dolía la cabeza y el vientre. Estaba desorientada y necesité unos minutos para darme cuenta de que aún estaba en el baño para hombres y que tenía que salir de allí lo más rápido posible.

Con pasos lentos abrí la cabina y me escabullí hacia fuera. Con la cabeza baja fui hasta el baño femenino que estaba justo enfrente. Entré corriendo sintiendo que mi cuerpo se volvía gelatina. Me apoyé en la pila para mantenerme de pie.

Cogí un poco de agua y me mojé la cabeza. Después me mojé un poco la nuca. El calor era insoportable y no se me pasaba el dolor de cabeza. Nada tenía sentido y no conseguía reunir las fuerzas ni el valor para salir de allí. El aturdimiento era tan intenso y tan repentino que no era capaz de distinguir la realidad de mi imaginación.

Había oído a Robert hablar con amargura sobre algo que había pasado y a Paul gritando que él estaba intentando castigar a Tanya. ¿Acaso era yo el castigo? ¿Todo esto no era

más que una venganza? ¿Cómo había pasado tan rápido el día haciendo que todo fuera aún más confuso?

—¿Mel?

Oí la voz de Adam a lo lejos. Yo seguía a oscuras, no sabía cuándo había anochecido.

—Mel, ¿me oyes?

No conseguía responder. Mis brazos y mis piernas no me obedecían.

—¿Qué ha pasado? —Frank estaba allí conmigo en la oscuridad. A Robert no le iba a gustar aquello—. Vamos a llevarla. Avisa a Robert.

No sabía dónde iban a llevarme.

—Lo he llamado varias veces, pero no coge el puñetero teléfono. —Adam parecía nervioso—. Está muy pálida.

—¡Robert! —Frank hablaba con Robert, pero no sabía dónde estábamos—. Tenemos un problema. Vamos a llevar a Melissa al hospital.

La oscuridad me envolvió completamente alejándome de todo y de todos.

## Capítulo 34

La claridad de la habitación me molestaba, incluso estando entre el sueño y la realidad. Hacía calor aunque podía sentir que intentaban refrescar el local. Abrí los ojos y vi un ramo de flores y una tarjeta enorme con mi nombre. Reconocí la letra de Robert y también como había recuperado la formalidad entre nosotros. Había escrito «Señorita Simon».

Respiré hondo. Era lo que debía hacer.

¿Cuándo iba a entender que, al aceptar mi condición de amante, tenía que aceptar también las formalidades entre ambos cuando estuviéramos en público? Levanté la mano para coger la tarjeta y vi que ya no llevaba las pulseras ni la cura. Las heridas estaban a la vista. Me avergoncé inmediatamente.

—Robert ha tenido que ir a la reunión —dijo Paul desde algún lugar. Miré a mi alrededor y entendí que estaba en un hospital o en algún lugar parecido—. Me he comprometido a quedarme contigo hasta que vuelva.

Antes de conseguir verlo mi cuerpo reaccionó a la información. ¿Qué haría conmigo Paul? Lo sabía todo. Mi corazón se aceleró y oí un sonido desagradable. Estaba conectada a unos aparatos que monitorizaban mi cuerpo y denunciaban mi desesperación.

—Cálmate, Mel. ¿Sientes algo? ¿Quieres que llame al médico?

—Yo...

Me mordí los labios y una lágrima descendió por mi rostro.

No podía evitar sentir vergüenza por haber quedado expuesta. En aquel momento, habría incluso preferido que estuviera allí Adam en lugar de Paul. Se acercó al lado de mi

cama y cogió la tarjeta de Robert y me la dio para que pudiera leerla.

—La ha dejado para ti.

Cogí la tarjeta y, contra mi voluntad, empecé a leer.

Señorita Simon: Me alegro de que haya mejorado. Desgraciadamente, no podré acompañar su progreso esta tarde, pero estaré presente en el momento oportuno. He encargado a Paul que haga lo necesario para su bienestar.

Atte.

Robert Carter.

No esperaba nada distinto de lo que había escrito. Robert no dejaría que nadie descubriera lo nuestro, aunque dejarme en manos de Paul era extraño. Mi corazón volvió a acelerarse, pero esta vez no me sentí avergonzada. Paul estaba allí para certificar que no pasaría nada más. Era eso.

Él, con toda seguridad, se lo exigió y Robert, por el miedo de que lo delatara a Tanya, aceptó dejarme. Dejé que mis lágrimas cayeran con más intensidad. Debería estar preparada para aquello, pero no lo estaba.

—¡Mel! ¿Por qué lloras? Me tienes que decir lo que estás sintiendo.

Paul parecía sólo preocupado. No parecía haber rabia ni acusación alguna en su voz. Parecía tan desanimado como yo. ¿Qué estaba pasando?

—Sólo estoy asustada —conseguí decir—. ¿Qué me ha pasado?

Parecía más tranquilo y se tocó las cejas intentando recordar qué había pasado.

—No lo sé con certeza. Como sabes... —Se mostró más desganado aún. Y yo también. Él sabía que yo estaba en el baño—. Salí del hotel para hablar con Robert. Frank nos llamó

para decirnos que te estaban trayendo al hospital. Robert se volvió loco... —Paul hizo una pausa al revivir los recuerdos y yo conseguí calmar un poco mi corazón—. Llegamos justo después que vosotros. Aparentemente, sufriste un colapso nervioso. Algo relacionado con el calor absurdo que está haciendo. Robert cree que estás estresada.

Esbozó una sonrisa torcida, como mi jefe solía hacer. Definitivamente no entendía nada.

—Tú no... —Respiré hondo intentando reunir el coraje para hablar—. No estás enfadado por...

—Mucho —respondió rápido sin dejar que acabara la pregunta, pero sus palabras no demostraban irritación—. Pero ahora que sé la verdad... No puedo exigir nada a Robert y, aunque es muy complicado, tampoco a ti... Lo he entendido. —Paul se acercó a una ventana pequeña, próxima a mi cama, y se quedó observando el paisaje—. No tenía la menor idea de lo que estaba pasando. Yo... Tanya es mi hermana. Sin embargo, no puedo simplemente estar de acuerdo, debido a las circunstancias... Robert espera resolverlo todo pronto. Sinceramente, no lo creo. Tanya... No sé qué decir.

Volvió a mirarme y se apoyó en el batiente de la ventana para seguir hablando.

—Tanya siempre fue muy mimada. Ella cree que puede tener todo lo que quiera, el mundo entero incluso, y por eso no creo que mi hermana acepte el final de su matrimonio. Ella está... Es todo tan difícil. No lo entiendo, Mel. Sé que estáis enamorados, pero...

Soltó el aire, sofocado por sus propios recuerdos.

—¿Pero...?

Noté que no le apetecía demasiado seguir hablando, pero no conseguí evitar la pregunta. Paul parecía dudar, pero continuó.

—Mel, es todo muy complicado. Robert y Tanya han entablado un juego peligroso que ya está durando demasiado. Por lo que conozco a mi hermana y por lo que Robert me ha contado, no va a acabar tan pronto. En realidad... —Me miró dubitativo—. No creo que acabe nunca. —Otra mirada

insegura—. ¿Qué esperas? Digo... Robert no puede ser lo que tú quieres que sea y hay tantos tipos locos por serlo, ¿por qué justo él? ¿No se te ha ocurrido pensar que esta situación no acabará nunca? —Mis ojos se sobresaltaron y una vez más los aparatos me delataron—. ¡Cálmate, por el amor de Dios!

—Ya. Lo pienso todos los días —revelé, sin que me importara cómo reaccionaba mi cuerpo a la conversación.

Cerré los ojos y me dejé llevar. Paul no me estaba echando nada en cara, y, sin embargo, yo era la amante del marido de su hermana y, aunque no tenía por qué hablar del asunto, me sentía en la obligación de hacerlo.

—No te lo vas a creer, pero la verdad es que jamás me imaginé que me encontraría en una situación como esta. Si me hubieras preguntado hace tres meses, te habría respondido, con todo orgullo, que algo así nunca pasaría. Y nunca habría ocurrido si Robert no hubiera aparecido en mi vida y forzado su entrada a toda costa. No puedo culparle. Yo lo deseé en el primer instante en que lo vi. Fue más fuerte que mis principios. Y quiero decir que no, que no puedo más, que no soporto tantos secretos y tantos miedos, y entonces basta que él me mire para que toda mi confusión desaparezca. Estoy presa de esto y no consigo encontrar la manera de salir.

—Y yo no quiero que salgas —la voz de Robert llenó la habitación, así como su presencia.

Mi jefe conseguía imponerse incluso cuando no lo pretendía. Abrí los ojos y lo vi parado en la puerta. Sólo entonces noté que seguía llorando. Me miraba con atención y parecía dolido con lo que yo había dicho. ¿A partir de qué momento me había oído? ¿Desde cuándo estaba allí?

—Robert.

Paul se quedó rígido con los brazos cruzados a la altura del pecho, en una típica posición suya, tan típica como la cara que puso.

—Paul —saludó a su amigo sin dejar de mirarme—. Mel, ¿cómo te encuentras? —lo dijo cariñosamente sin que le importara la presencia de Paul.

—Bien —respondí tímidamente—. Estoy bien.

—¡Perfecto! Me he encontrado con el médico en el pasillo. —Se acercó—. Parece que van a darte el alta. Ya le ha pedido a la enfermera que te retiren el suero. —Sólo entonces noté la aguja en mi mano. ¡Mierda! Odiaba las agujas—. Te llevo al hotel. —Me tocó levemente los dedos—. ¡Perdóname! —murmuró.

Se me aceleró el corazón y se me secó la boca. Robert nunca había demostrado tanta fragilidad. ¿O su expresión era sólo el reflejo de un día difícil? Estaba cansado, se le veía, y parte de aquel cansancio era por mi causa. Sentí los latidos fuertes en mi pecho. Miré a Paul, aún un poco insegura.

—Creo que os esperaré en recepción —dijo Paul saliendo de la habitación.

Robert lo miró y sonrió maliciosamente.

—¿Por qué? —pregunté en cuanto salió Paul.

—Por no haberme quedado contigo. No quise llamar la atención de Adam y Frank y tampoco podía evitar ir a la reunión de hoy. He llamado varias veces.

Sus ojos me observaban todo el tiempo.

—Está bien —dije con frialdad.

Yo entendía que no pudiera quedarse, pero no entendía muchas otras cosas y él se negaba a explicármelas. Todo era cada vez más confuso. Paul lo sabía y estaba de acuerdo. Robert estaba castigando a Tanya y yo no sabía cuál era mi papel en aquella situación. Es más, podría haber jurado que yo era el castigo. ¡Oh, mierda!

—Voy a llevarte al hotel y a cuidar de ti el resto del día.

Su mirada era cálida e hice un esfuerzo para librarme de ella.

—De acuerdo.

Salimos del hospital todavía de día. Robert no me tocó, aunque estuvo a mi lado todo el tiempo, como si me pudiera caer en cualquier momento y él tuviera que estar cerca para

salvarme. Lo que él no sabía era que yo necesitaba que me salvaran de otra forma. Exactamente lo que él se negaba a hacer.

Llegué a mi habitación y Adam ya me estaba esperando. Casi puse los ojos en blanco, pero mi lado educado prevaleció.

—¡Mel! ¡Dios mío! Parece que estás mejor.

Sonrió, algo afectado.

—Gracias, Adam.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—Puedes —intervino Robert—. Dejarla descansar. La señorita Simon ha pasado por un momento difícil. Ahora debe reposar. Vamos a dejar que entre y que lo haga.

—No puede quedarse sola —dijo Adam rápidamente ya dispuesto a acompañarme—. ¿Y si se cae otra vez y no hay nadie para ayudarlo?

—Eso no pasará —me precipité a responder con miedo a un conflicto mayor—. Estoy perfectamente y, como ha dicho el señor Carter, sólo necesito descansar un poco. Puedes estar tranquilo.

Sonreí educadamente.

Caminé en dirección a la puerta y entré consciente de que Robert estaría conmigo en un instante. Fui a la habitación y me encerré en el baño. Necesitaba pensar un rato. Mi cuerpo ya daba señales de que no soportaría más.

Abrí la ducha y prácticamente me tiré dentro. Agradecí el agua helada. Dejé que se llevara todo mi cansancio y que me fortaleciera. Tenía que ser fuerte para enfrentarme a él y sacarlo de mi vida. ¿Pero cómo? Lo tenía metido dentro. Había dominado, no sólo mi cuerpo, sino mi mente e incluso mi alma.

Me había puesto el anillo en el dedo cuando recibí mis cosas antes de salir del hospital, pero, para mí, aquello no significaba nada. Paul había dicho que el juego tardaría mucho en acabar. No podía dejar que él me usara más como castigo y venganza en la historia sórdida con su mujer.



Apoyé la cabeza en el azulejo frío. Me dolía la mera idea de tener que abandonarlo. ¿Cuándo fue que me permití llegar tan bajo? ¿Por qué no impedí que Robert me dominara? Dios, ¿por qué me fui a enamorar de la única persona de la que no debía?

Cuando había refrescado completamente mi piel y me había castigado ya lo suficiente con mis pensamientos, decidí salir del baño. Como había previsto, Robert estaba en mi habitación. En mi cama. Esperándome. ¡Cielos! Era demasiado guapo como para ignorarlo. Moví la cabeza para expulsar los pensamientos impropios.

—Mel.

Me lanzó una mirada enigmática, de aquellas que me calentaban de dentro hacia fuera.

—Robert —dije intentando mantenerme impasible, aunque ya me flaqueaban las piernas.

—¿Vas a quedarte ahí parada? —Arqueó una ceja e inclinó un poco la cabeza a un lado de manera divertida—. ¿No vas a echarte? Por lo que he entendido el médico te ha pedido que descanses.

Su sonrisa dejaba claro lo que realmente quería decir. Tenía que alejarlo de mí.

—En realidad, creo que voy a pedir algo de comer. Tengo hambre.

Salí de la habitación sin esperar su reacción. Estaba huyendo. Llegué al salón de la suite y cogí el teléfono. Robert estaba justo detrás de mí. Me quitó el teléfono de las manos.

—Ya lo he organizado todo —dijo poniendo el teléfono en el terminal.

Miré hacia el comedor y había comida sobre la mesa. ¿Tanto tiempo había estado en el baño? Me volví a mirar a Robert y me di cuenta de que también se había duchado. Llevaba puestos unos vaqueros, una camisa básica, blanca, el pelo mojado sin peinar. Iba descalzo. Tan relajado, tan guapo. ¡Mierda!

—¿Vas a decirme qué pasa?

Me miré las manos. No tenía valor de mirarlo.

—Tengo hambre —respondí y fui hacia el comedor.

Robert había pedido sopa y el aspecto era magnífico. Me serví un poco y me senté. Evité mirarlo. Esperó mientras comía sin tocar la comida. Permaneció callado, yo también. El silencio entre los dos era tenso.

Cuando me cansé de fingir, dejé la cuchara al lado del plato y miré la servilleta en mi regazo. Robert suspiró pesadamente y después puso los codos sobre la mesa y sostuvo la barbilla con sus manos.

—Mel, ¿qué pasa? Por primera vez desde que llegamos a Dubái, tenemos tiempo para nosotros dos con la seguridad de que nadie nos va a interrumpir y huyes de mí.

Muy bien. Era el momento.

—He tenido un colapso nervioso. —Asintió con la cabeza y siguió observándome—. Robert, no puedo seguir con esto —dije sin más prolegómenos—. No sé qué está pasando entre tú y Tanya. No sé cuáles son los motivos, pero sólo sé que no conocerlos me está haciendo daño. Mi cuerpo está empezando a pasarme factura por la presión que estoy soportando y no tengo más fuerzas para continuar en el ojo de este huracán. —Robert me oía atentamente. Todo mi valor se fue desvaneciendo y pronto ya sólo murmuraba—. En fin, es lo que tengo que decir.

—¿Es eso? ¿Te rindes? —preguntó con calma y su frialdad me asustó—. ¿Qué necesitas? —Parecía muy cansado. Yo no sabía qué responder—. ¿Dime? ¿Qué necesitas, Melissa?

—Necesito que resuelvas la situación con Tanya. Acaba tu historia con ella o pongamos punto y final a la nuestra.

Mis palabras sonaron débiles. Robert se levantó de la mesa, visiblemente nervioso y caminó hacia el otro salón. No tuve valor de seguirlo. Permanecí sentada, mirando el plato de sopa. Él volvió con un vaso de whisky en la mano. Estaba bastante alterado, esforzándose visiblemente por mantener la calma.

—Melissa, ya hemos hablado de este asunto varias veces. No creo que sea el momento apropiado para empezar una conversación como esa. Como tú misma has dicho, has tenido un colapso nervioso, no quiero tener que sentirme culpable por otro más. —Respiró hondo—. Ya te he explicado que hay mucha basura escondida y que no quiero implicarte.

—¿Pero has querido implicar a Paul?

Robert enterró la cara en las manos.

—Me he visto obligado a implicarlo. No quiero que nadie más sepa lo que yo sé y lo que él sabe ahora. Juré que me llevaría ese secreto a la tumba conmigo, pero no he tenido elección, o se lo contaba a Paul, o...

—Estropearías tu acuerdo con Tanya, ¿no es así? —Robert me miró asustado—. ¿No era lo que ibas a decir? Estoy cansada ya.

Me levanté furiosa.

Fui en dirección al otro salón. Robert me cogió antes de que consiguiera pasar y me puso en su regazo. ¡Sentí tanta rabia! No era más que un gran mentiroso y yo sólo un instrumento que utilizaba para castigar a Tanya.

—¡Cálmate, Mel! No puedes ni debes irritarte —dijo en voz alta, lo suficiente para asustarme.

—No quiero seguir, Robert —solté las palabras con rabia, dejando que me cayeran las lágrimas.

—Tendría que dejarte ir. Era eso lo que iba a decir.

¡Maldita sea! Dejé de dudar, jadeante en sus brazos. Robert estaba asustado, aunque no tanto como yo.

—Detén esta tontería, Mel. Estoy loco por ti.

Una de sus manos estaba en mi nuca, aguantando mi cabeza, y la otra me aguantaba el brazo que antes lo empujaba lejos de mí y que se quedó paralizado tras la revelación. Su boca estaba muy cerca de la mía.

—Estoy loco por ti, Mel. Te echo tanto de menos.

Su mano soltó mi brazo y subió acariciándome con intensidad. Me atrajo hacia él con la mano que estaba en mi nuca. Estaba completamente dominada y no podía quedarme. Tenía que mantenerlo alejado.

—No, Robert —dije sin hacer nada para liberarme.

Mi cuerpo no me obedecía. ¡Mierda!

—¿Por qué?

Rozó la punta de la nariz en mi cuello. ¡Mierda! No podía dejar que me distrajera. No cuando pensaba en acabar con lo nuestro—.

—Te deseo, amor.

Sentí que mis músculos se transformaban en gelatina. ¡Joder! No podía dejar que me dominara. Apretó mis labios contra mi piel y tocó levemente mi cuello con la lengua. Gemí. Durante todos aquellos días, imploré por pasar momentos como los que estábamos viviendo. ¿Cómo no dejar que ocurriera?

—Robert...

—Mel...

Él gimió mi nombre y casi dejé de luchar, pero era más importante dejar claro lo que sentía y cuáles eran mis necesidades en aquella relación perturbada. No podía seguir sin saber la verdad, ni seguir sintiéndome tan insegura y desconfiada.

Robert se levantó de la silla y me sostuvo en su regazo. Me sentí confusa.

—¿Qué estás haciendo?

Mi cabeza daba vueltas y yo buscaba desesperadamente una manera de pararlo.

—Te llevo a mi cama. —Ya había alcanzado la puerta que separaba ambos cuartos—. Es más grande que la tuya.

Siguió con toda naturalidad, como si no hubiera ningún conflicto que nos acechara. Una gran parte de mi cerebro analizaba esta información y me mostraba, con imágenes

gigantescas, lo que podríamos hacer en una cama de aquel tamaño. Sin embargo, aún existía una parcela mínima de mi mente que trabaja desesperadamente para mantenerme firme en mi propósito. Robert no podría convencerme de quedarme con él sólo porque el sexo entre nosotros era mucho más que placentero, lo mejor que había experimentado nunca. Era magnífico, pero tenía que imponerme.

«Pero ha dicho que quiere casarse contigo», decía una parte de mi cerebro que gritaba para que me liberara y finalmente me dejara dominar por el placer.

«Decir que está loco por ti, no es lo mismo que decir que va a dejar a su mujer», argumentaba la otra parte que intentaba mantenerme centrada.

Me sentía entre el ángel y el demonio, confusa con la batalla entre los dos para ayudarme a decidir. Necesitaba respirar. Necesitaba espacio.

Robert me dejó en la cama y rápidamente abrió mi albornoz dejándome prácticamente en bragas. Vi como sus ojos hambrientos y calientes me miraron y, una vez más, la batalla entre mi ángel y mi demonio se agudizó. «Tú también quieres, Mel. ¿Cuántas veces en los últimos días has implorado por un orgasmo? Deja que pase. Él quiere lo que tú quieres».

Cerré los ojos sintiendo sus labios en mi piel, entre mis senos. «No dejes que te domine. Robert nunca te valorará. Siempre gana, Mel. ¿Eso es lo que quieres? ¿Ser sólo una marioneta en sus manos para que él haga lo que quiera?». Mi corazón se disparó.

No. No quería. Yo quería mucho más y Robert no me lo daría nunca.

—No —dije con una voz suficientemente fuerte como para que se detuviera.

Robert me miró admirado por mi reacción, respiró hondo y salió de encima de mí, sin desviar la mirada. Parecía confuso y, sobre todo, irritado.

—¿No quieres?

Seguía serio y, por una mínima fracción de segundo me vi tentada a echarme atrás. Claro que quería. Con toda mi alma. Y también deseaba con toda mi alma no querer.

—No.

En el mismo instante me arrepentí de haberlo dicho, pero Robert ya había reaccionado a mis palabras.

—Está bien, Melissa. —Se levantó de la cama demostrando estar impaciente con la situación. Estaba frío y muy cerca de lo que era antes, cuando éramos sólo la señorita Simon y el señor Carter—. Ya hemos hablado sobre este asunto y, sinceramente, estoy cansado de intentar convencerte. He hecho todo lo que era necesario y he prometido hasta lo imposible. No voy a luchar más contra ti o contra tu voluntad. No necesitamos otro ataque de nervios. —Fue hasta su vestidor y volvió de allí con una camisa en la mano—. Toma —dijo dándomela—. Descansa un poco. Tengo que mirar unos contratos. Con toda esta confusión no me he podido concentrar en las reuniones y he tenido que confiar en las decisiones de Adam y Frank.

Caminó hasta la puerta de la habitación y desde allí dijo sin mirarme:

—Estaré aquí al lado en el salón. Si necesitas algo sólo tienes que llamarme.

Salió de la habitación. No sé describir lo que sentí al oír sus palabras. Estaba triste, muy triste. Al fin y al cabo, Robert había dejado claro que estaba cansado de mí y de mis luchas internas contra lo que vivíamos. La tristeza no era en ningún caso mayor al resto de los sentimientos que me asaltaban en ese momento.

No debería, pero me había herido mortalmente que aceptara tan rápidamente mi negativa. En lo más íntimo, me había acostumbrado a obedecerlo y a ceder ante su voluntad y eso siempre me había incomodado. Cuando finalmente había aceptado mi decisión, los sentimientos encontrados por su aceptación me estaban maltratando. También sentía una rabia inmensa. Me había hecho pasar tantas cosas y después asumía aquella postura resignada tan fácilmente.

No. No sería tan fácil, señor Carter. No sin oír lo que tenía que decirle. Me puse la camisa que me había dejado. Era grande y escondía mi desnudez. Me levanté de la cama con todas las palabras sofocándome, ansiosa por decirle algunas verdades. En el momento en que salía del cuarto vi algo y todo un plan se dibujó en mi cabeza.

Entré en silencio en el salón en el que estaba Robert. No notó mi presencia o fingió no notarla. Pensé en qué podía hacer. Mi jefe seguía con la mirada baja analizando algunos papeles. Estaba totalmente en modo ejecutivo, sentado en una silla perfecta para su cargo y más que perfecta para poner en práctica mi plan. Antes de seguir avanzando me desabroché algunos de los botones de la camisa que llevaba puesta, permitiendo una amplia visión de la región que iba de mis senos hasta el ombligo.

Dejé a un lado la pequeña caja que Robert había olvidado en el rincón de la habitación la noche anterior después de coger lo necesario para ejecutar mi plan. Volví a caminar hacia él. Fue cuando él demostró notar mi presencia. Me miró sin reaccionar y pude ver en sus ojos el deseo, aún presente. ¡Perfecto!

—Robert...

Pronuncié su nombre inocentemente. Quería demostrar arrepentimiento. Mi amante esbozó una sonrisa discreta y sus ojos revelaban lo que sentía. Disfrutaba su victoria sobre mí. Aquella fue la manera que encontró para hacerme ceder de nuevo, aprovecharse de mis sentimientos, hacerme temer que lo había perdido para conseguir mantenerme a su lado. ¡Qué inocente! Comprobarlo sólo hacía que aumentara mi furia.

—Mel —dijo casi con toda normalidad, casi formal, sólo para responderme.

Como había imaginado, mi jefe no se movió. Su actitud era la de alguien que tenía todas las cartas en la mano. Anduve lentamente hasta él. Mantuve los ojos bajos con miedo a que reflejaran lo que pretendía hacer. Me mordí el labio inferior para que pensara que estaba insegura. Robert seguía atentamente mis pasos.

Como una buena chica arrepentida me senté en su regazo y contemplé el brillo adicional en sus ojos. Una sonrisa leve y victoriosa se formó en sus labios. Permaneció en la misma posición, apoyado en los brazos de la silla, sin tocarme. Lo miré, sin desviar ni un momento la mirada, y me aproximé lo máximo posible buscando sus labios. No retrocedió. Y fue en ese momento cuando lo hice.

En cada mano llevaba unas esposas, perfectamente posicionadas. En el momento en que lo vi cantar victoria, le puse cada una de ellas en las muñecas, esposándolo a la silla. Mi amante se apartó y me miró asustado.

—Melissa, ¿qué estás haciendo?

No lo había entendido. Se miró las manos y las forzó, pero seguía preso.

—No sigas con esto, Melissa, suéltame —dijo visiblemente nervioso.

—¿Por qué? Siempre he pensado que te encantaba este jueguito.

Le sonreí sin miedo y le besé la comisura de los labios.

—¡Melissa! —me advirtió, aunque luego noté que estaba cediendo—. ¿Qué quieres?

Cerró los ojos mientras yo le daba un montón de besos en el cuello.

—¿Yo? —pregunté ingenuamente—. ¿Qué voy a querer?

Sentada frente a él, mantenía sus piernas en medio de las mías. Pegué mi cuerpo al suyo y vi que estaba tremendamente excitado. Me moví en su regazo con movimientos circulares y deliciosamente lentos haciendo que su miembro rozara mi entrepierna. Robert gimió bajito, sonriendo y saboreando su victoria.

—Mando. ¿Es eso lo que quieres? —preguntó con la voz cargada de deseo.

—¡Chsss! —ordené poniéndole los dedos en los labios—. No me obligues a amordazarte —lo dije lo más serio posible—. No necesito que me des el control de la situación, siempre



lo he tenido. —Su sonrisa desapareció—. Ahora, dulce e inocente Robert, me toca a mí divertirme.

Aún sentada en su regazo, apoyé mi cuerpo en la mesa en la que él antes revisaba los contratos. Con el movimiento la camisa se abrió un poco más, ofreciéndole una visión mejor. Sus ojos hambrientos miraron mis senos. Sonreí provocándole y, una vez más, me moví haciendo que jadeara. Mis movimientos lo estimulaban y Robert no podía impedir lo que estaba pasando. Me encantó mi nueva posición en la relación. Estaba dejando de ser sumisa para dominarlo.

Consciente de que él no era capaz de dejar de observarme, abrí la camisa y me toqué los pechos. Él se humedeció los labios y yo sonreí con dulzura.

—¿Quieres? —pregunté provocándolo.

—Claro —respondió sin rodeos.

—Esa no es la respuesta correcta.

Dejé de tocarme inmediatamente. Robert entornó los ojos, impaciente.

—Sí —respondió con un tono renuente.

—¿Sí?

—Sí, Melissa —dijo obediente, pero no era lo que yo quería oír.

—No, Robert. No lo estás haciendo bien.

Le di una palmada leve en el rostro. Era una pequeña advertencia. Me levanté de su regazo y él empezó a protestar.

—Mel, no —me pidió y su actitud me dejó aún más satisfecha—. Dime cómo quieres que lo diga.

Sonreí traviesa.

—Sí, señorita Simon —dije de la manera más sensual posible, mostrándole cómo quería que lo dijera, y me humedecí los labios con la lengua.

—¡Sí, señorita Simon, por favor! —dijo llevándome al éxtasis.

¡Dios! Tener el control era bueno y extremadamente excitante. Me puse tan eufórica que sentí ganas de levantarme y dar saltos de alegría.

Era extraño, pero ahora entendía su posición. Conseguía entender el placer que me proporcionaba verlo bajo mi dominio. Sonreía animadamente y me senté frente a él, en la mesa, apoyándome en los brazos y abriendo mis piernas para dejar las suyas entre las mías. Rocé mi pie en su pantorrilla despacio dejando que pasara por sus muslos y corriera entre sus piernas. Robert, atento, respiraba más pesadamente. Pasé el pie por toda la extensión de su miembro, masajeándolo con un poco de presión. Gimió.

—Entonces, Robert. ¿Estás cansado de nuestra conversación? —Hice un poco más de presión con el pie y él gimió más fuerte—. Responde —ordené con más dulzura.

—Sí... —respondió entre dientes— señorita Simon —añadió con aspereza.

Robert me miró intensamente. Sentí su deseo en mi piel. ¡Mierda! Yo también lo deseaba. Me desabroché otro botón de la camisa, que ya se sujetaba sólo por un botón y, de nuevo, me pasé las manos por el cuerpo tocándome los senos y estimulando los pezones con la punta de los dedos.

—Entonces creo que no deberíamos hablar.

Retiré el pie y Robert se sorprendió. No quería que dejara de tocarlo.

—¡Ay, Mel! Acaba ya con esto.

Luchaba para no rendirse, pero yo no dejaría de provocarlo hasta que se rindiera.

—¿Seguro que no quieres tener esta conversación?

Una vez más lo estimulé con mi pie pasándolo por todo su miembro. Él se mordió los labios y respiró con fuerza.

—Te estás revelando como una torturadora perfecta —respondió con los ojos cerrados.

—Tú me has esposado dos veces y me has obligado a hacer cosas que no quería hacer. He sufrido persecución, acoso

moral y sexual hasta que conseguiste lo que querías. ¿De verdad crees que estoy siendo malvada?

Volví a apartarme de él.

—Melissa Simon, te encantó todo lo que te hice.

Abrió los ojos y me reprendió. Pude sentir con precisión como el punto en mi entrepierna vibró. ¡Mierda! Aún tenía mucho poder sobre mí.

—Se lo estoy pagando, señor Carter —repuse desabotonándome el último botón y quitándome la camisa, que dejé caer al suelo.

—Es usted muy traviesa, señorita Simon.

Sus ojos brillaron y recorrieron mi cuerpo con un deseo animal.

—No se imagina cuánto, señor Carter.

Crucé el salón para ir a buscar la caja pequeña que encontré en su habitación. Me miró atentamente, pero, desde donde estaba, no conseguía ver lo que yo estaba haciendo. La cogí y volví frente a él llevándola en la mano.

—Me he sorprendido realmente con el contenido de esta cajita —dije con un guiño.

—Si me sueltas las manos te mostraré cuánto puedo sorprenderte aún.

—¿Crees que conseguirás desviarme de mi objetivo? —Robert se quedó callado mirándome y pareció optar por no decir nada—. Vamos a ver qué tenemos aquí. —Saqué de la caja una cápsula larga y roja, que parecía un vibrador, pero no lo era—. ¿Qué será esto, Robert?

Entorné los ojos como si lo estuviera acusando. Él se humedeció los labios y no respondió.

—¿No vas a responder? —Negó con la cabeza y una sonrisa sutil apareció en sus labios, como si quisiera estropear mi juego—. Ok. Yo también tengo algunos juguetitos y sé exactamente cómo usarlos.

Me levanté y corrí fuera del salón. Aún le oí gritar.

—¿Melissa, dónde vas? Suéltame las manos. ¡Mierda!

Tuve que reírme.

Robert tenía miedo de que lo dejara preso a la silla como él había hecho conmigo el día anterior. Decidí no correr y caminé con pasos lentos hasta mi habitación. Cogí mi maleta y la puse sobre la cama. La abrí sin prisa buscando lo que necesitaba. Volví donde estaba mi amante. Debía de haber estado fuera unos diez minutos como máximo. Lo encontré peleando con la silla intentando soltarse las manos.

Era gracioso.

—Puedes calmarte. ¿Me marchó diez minutos y te encuentro así de desesperado? ¿Por qué no me has esperado? —dije devolviéndole sus palabras y Robert me miró con rabia—. ¿Sigues sin querer colaborar? —Desvió la mirada—. Mírame, Robert.

—No —se limitó a decir.

Saqué de detrás de mí lo que había ido a buscar. En una de las manos llevaba una caja más pequeña que la suya y en la otra un accesorio sencillo que había metido en la maleta en el último momento sin saber si algún día en mi vida tendría valor de usarlo.

Era un látigo, negro, fino y largo. En la punta había tres tiras de cuero con tres pequeños nudos. La vendedora me garantizó que no dejaba heridas, que sólo fustigaba la mente. Decidí que era el momento adecuado de probarlo.

Robert aún miraba hacia el lado cuando vio el látigo en mis manos. Rápidamente le solté un pequeño latigazo en el brazo.

—¡Ay! ¿Te has vuelto loca? —gritó buscando dónde lo había alcanzado.

No pude evitar reírme. Cogí el látigo y le señalé con él la garganta.

—Mide tus palabras, Robert, o puedo darte con esto aquí. —Me miró asustado—. Ahora, como soy buena, voy a darte otra oportunidad. ¿Para qué sirve esto, Robert?

Mi jefe respiró profundamente.

—Es una cápsula vibratoria. —Lo miré amenazante—. Señorita Simon —completó entre dientes.

—¡Muy bien, muchacho! —lo elogí demostrando entusiasmo—. ¿Y cómo se usa?

Se rio bajito.

—Funciona como un mini vibrador. Se enciende cuando el dispositivo empieza a vibrar y tiene diferentes intensidades.

—¿Y pretendías usar esto conmigo?

Puso los ojos en blanco. Yo ya estaba increíblemente excitada. Robert tenía una mente muy fértil y, sólo de imaginar cómo habría sido la noche si Paul no nos hubiera interrumpido, empezaba a arder por dentro.

—¡Claro! ¿Con quién, si no conmigo, lo ibas a usar? —Le solté otro latigazo, esta vez en el hombro, ante lo que Robert primero protestó y luego se rio—. Sí, señorita Simon.

Lo dijo riendo, volviendo a entrar en mi juego.

De repente ya no me reconocía. Deseaba seguir jugando. Quería volverlo loco. Robert me miraba desafiante. Era un magnífico jugador. ¡Maldita sea! ¿Cómo podría conseguir dominar el juego?

Sonreí sarcásticamente entendiendo lo que debía hacer para acabar con su aire de superioridad.

—¿Cómo? ¿Así?

Sentada frente a él, abrí las piernas dejándolo entre ellas y me aparté las bragas a un lado metiendo el juguete en mí. Vi sus ojos brillar y su boca abierta. Pero enseguida... ¡Oh, cielos! Aquello era realmente bueno. Gemí alto para que Robert entendiera cuánto me gustaba y simulé el movimiento de ida y vuelta introduciendo y sacando el juguete.

—¡Maldita sea, Mel! Suéltame las manos. ¡Joder! Vas a acabar conmigo si sigues así.

Estaba visiblemente excitado. Incluso estando totalmente vestido, podía ver su erección marcándose en sus vaqueros.

—¿Quieres que pare?

—No. Quiero hacerlo contigo —casi gritó y yo reí al ver su desesperación.

—En otro momento... Quizá, señor Carter. —Cerró los ojos y se mordió los labios—. Ahora tengo otros planes.

—¡Grrr! —gimió Robert echando la cabeza hacia atrás.

Dejé lo que estaba haciendo y busqué de nuevo en su caja. Encontré otra cosa que me llamó la atención. Una pena.

—¿Para qué sirve?

—Para jugar con tu sensibilidad. Como jugué con el hielo y el té caliente.

Así que era té caliente. Recordar aquella parte de nuestra noche me calentó aún más.

—Podemos dejar esto para después.

Saqué un conjunto de tiras negras con un pequeño motor en medio en forma de mariposa. Casi me río. ¿Qué sería aquello? Levanté la mano enseñándole lo que había encontrado y él esbozó una sonrisa presuntuosa. «¡Ay, Robert! Voy a acabar con toda esa presunción», pensé.

—No voy a decirte para qué sirve, a no ser que me sueltes las manos y me dejes mostrártelo.

Inmediatamente le solté un latigazo en el otro brazo.

—¡Ay! ¡Maldita sea! Mel, eso me ha dolido —dijo demasiado alto incluso. Le di otro latigazo, ahora en la pierna—. ¡Mierda, Mel! —volvió a gritar.

Levanté el brazo para soltar de nuevo el látigo y él me interrumpió.

—Ok, te lo diré. —Robert me miró incrédulo—. Es un estimulador clitoriano «Butterfly». —Mi sonrisa fue enorme—. Es como unas bragas, sólo que con abertura para el pene. El vibrador queda sobre... Ya sabes. Así se puede estimular a la mujer al mismo tiempo que se la penetra. Eso hace que consiga tener varios orgasmos en el mismo acto sexual.

Entorné los ojos y sonreí maliciosamente.

—Creo que voy a probarlo ahora —dije pasándome la lengua por los labios, atenta a todas sus reacciones.

—¡Ah no, Mel! —gimió—. No sin que yo pueda participar, por favor.

—Quietecito o te vendaré y ni siquiera podrás ver lo que está pasando. —Desvió la mirada—. Mírame, Robert. Vas a perderte toda la acción.

—No voy a mirar. Si no puedo participar, no seguiré jugando. Es injusto —dijo en un tono más propio de un niño que reivindica su derecho a participar en el juego—. Ni tampoco voy a contribuir a esta locura.

—Claro que sí. Tienes que estar bien atento para participar en mi juego.

—¿Cómo? —Robert finalmente volvió a mirarme. Me mordí el labio inferior mirando su entrepierna—. ¡Ah! ¿Eso? No va a ser tan fácil, Melissa. Voy a cerrar los ojos y a imaginarme a mi abuela en bragas. A ver qué consigues de mí. Quiero verlo.

—No tienes forma de negarte.

Sonreí diabólicamente y me incliné hacia él.

Robert respiró hondo y me miró fijamente, atento a lo que iba a hacer. Le acaricié el pecho y él cerró los ojos con fuerza. Pasé los dedos por el cinturón y lo desabroché.

—No hagas eso. No es justo —me advirtió.

—¿Sabes, Robert? He traído algo que me gustaría usar contigo. Lo compré para los dos y la vendedora me dijo que era muy bueno. Quiero probarlo y va a ser ahora. Levanta las caderas —le ordené.

—No. No voy a participar en eso.

—Deja de ser aguafiestas. Puedo azotarte hasta conseguir quitarte el pantalón, o puedo arrancártelo completamente y eso podría hacerte daño. No quiero estropear mi parque de atracciones. —Se rio—. Levanta ese culo delicioso —le ordené en mi mejor tono «chica sin límites» y él obedeció dejando escapar la risa.

Tiré de los pantalones y se los quité junto con los calzoncillos y los dejé junto a sus pies descalzos, sin quitárselos completamente. Su erección despertó mi lujuria. ¡Cielos! Era inmenso y absolutamente apetitoso. Me levanté, poniéndome de espaldas a él, y cogí el pequeño bote de cristal con el líquido y me lo eché en las manos. Era caliente.

Cogí su miembro y Robert gimió fuerte. Inmediatamente empecé a masajearlo con las manos llenas de aquel líquido que las calentaba completamente. Lo estimulaba alternando movimientos lentos y rápidos.

—¿Te calienta? —pregunté deleitada con su reacción.

—¡Ah, sí! —respondió gimiendo con más intensidad.

—¿Te gusta?

—Sí.

—¿Sí qué? —lo provoqué de forma más áspera.

—Sí, señorita Simon.

—¡Buen chico! Lo mejor de todo, Robert... —dije mientras lo estimulaba—. Es que este aceite es comestible.

Sin previo aviso deslicé mis labios metiéndome su sexo en la boca.

Robert soltó un gemido gutural. Seguí usando las manos al mismo tiempo que subía y bajaba mi boca por toda su extensión. El aceite sabía delicioso, a licor de menta, lo que me incitaba a devorarlo. Mi lengua completaba el movimiento trabajando junto a mis labios mientras empujaba su sexo cada vez más adentro.

Mi amante gemía ya sin pudor alguno, con la cabeza hacia atrás. Lo tenía enorme e, incluso así, conseguía tragármelo casi entero sintiendo como casi tocaba mi garganta. Lo deseaba. Cuando intensificó los gemidos y levantó la cadera para embestir aún más, paré. Protestó.

—No sin mí, Robert.

Me levanté y me quité las bragas dándole la espalda, ofreciéndole una visión amplia y privilegiada de mi culo. Mi



amante aún jadeaba y sus ojos revelaban que quería devorarme. Y yo quería que me devorara. ¡Mucho!

Rápidamente me puse el estimulador clitoriano, el tal «Butterfly». Respiré hondo, consciente de que aquello no se parecería a nada de lo que había experimentado hasta entonces. Seguro que tendría mi primer orgasmo rápidamente. Miré a Robert esbozando una sonrisa pícaro. Sus ojos se abrieron de espanto. Era una buena reacción.

Me coloqué en su regazo manteniéndolo entre mis piernas. Volví a sonreír. Se mojó los labios con la lengua. Sus ojos reflejaban su ansiedad. Rocé mi entrada con la punta de su miembro. Robert intentó alcanzarme con la boca, pero me aparté impidiéndoselo.

—Pídemelo —ordené.

—Mel, déjalo ya. Estoy totalmente sometido.

La arrogancia anterior había desaparecido.

—Quiero que me lo implores, Robert. O acabo yo sin necesidad de tu ayuda.

Vio en mis ojos que no estaba bromeando. Yo sabía que podía hacerlo. Sólo tenía que encender el dispositivo para que la pequeña mariposa comenzara a vibrar y me hiciera alcanzar el placer. Sin embargo, yo lo deseaba. No había nada como un orgasmo con Robert.

—¡Por favor! —pidió tímidamente.

Puse la mano sobre la pequeña mariposa y la accioné. ¡Dios! Aquello era maravilloso.

—No sin mí, Mel, por favor —me imploró.

Sentí como si algo me hubiera poseído. Me senté sobre su regazo enterrando completamente su miembro en mi sexo. Robert gimió fuerte otra vez. Me levanté y dejé que sus labios tocaran mis senos. Él los recibió como un bálsamo y los chupó y los lamió con avidez. Esta vez, fui yo quien gimió fuerte.

—Pídemelo —dije, consciente de que no aguantaría mucho más.

—Por el amor de Dios, Mel. Déjame entrar dentro de ti.

Mi cuerpo reaccionó con voluntad propia. Me senté otra vez en su regazo sintiendo como me penetraba cada centímetro, como rozaba mis paredes y me hacía enloquecer de placer. Los siguientes movimientos no fueron calculados. Ya me movía por instinto.

Me metí su miembro hasta el fondo, sintiéndolo entero, e inicié movimientos simultáneos. Subía y bajaba al mismo tiempo que forzaba mi cuerpo hacia delante y hacia atrás. Además de todo eso, me contorsionaba con él dentro de mí, lo que hacía que Robert perdiera totalmente el control.

Rápidamente me invadió mi primer orgasmo. Después de varios días implorando por aquella sensación única, me entregué al mayor de los placeres. Con algo de sentimiento de culpa, lo saqué de dentro de mí, impidiéndole que me acompañara, totalmente satisfecha con mi lado sombrío. Robert merecía un poco de su propio veneno y una pequeña venganza no haría daño a nadie.

—¡No, Mel! —protestó mientras yo aún gemía de placer, pues el estimulador clitoriano cumplía su función.

Quería más y en cuanto recobré un poco la conciencia, dejé que Robert entrara de nuevo en mí y retomé mis movimientos, guiada por sus gemidos. «Bueno, tampoco soy tan malvada», pensé. Pero aquel castigo era demasiado fuerte para un hombre como mi jefe.

En poco tiempo ya estaba plenamente despierta y lista para alcanzar mi segundo orgasmo. Robert estalló una fracción mínima de segundo antes que yo, e inmediatamente me uní a él.

Fue grandioso. Exactamente como quería que fuera. Ya no estaba en Dubái, ni en la Tierra siquiera. Me vi arrastrada fuera del planeta y sólo saboreaba la sensación de placer y saciedad. Poco a poco fui volviendo a la normalidad y volví a oír la respiración irregular de mi amante, aún totalmente sumiso.

El aparato seguía vibrando. Lo apagué rápidamente antes de que hiciera que me contorsionara en otro orgasmo. Robert tenía la cara apoyada en mi cuello, donde empezó a darme besos. Me levanté y salí de encima de su regazo.

—Mel, ¿qué vas a hacer? —Se sintió confuso cuando me vio recoger mis bragas y la camisa que llevaba puesta antes—. Ven aquí. Suéltame las manos.

Le sonreí saboreando mi victoria.

—¡Ah, nada de eso! No quieres volver a hablar del asunto, Robert.

Salí del salón dejándolo allí. No dijimos ni una palabra más.

## Capítulo 35

Robert no dijo nada. Yo pensé que gritaría o me amenazaría, pero durante el corto recorrido a mi habitación no oí ni una palabra. Entré en el baño y, poco a poco, mi conciencia me alertaba de la locura de unos minutos atrás. ¿Cómo había conseguido ser tan fuerte? Sentía vergüenza e inhibición por haber hecho cosas que nunca imaginé que sería capaz de hacer, como pegar a alguien o introducir algo en mí. Esta parte hizo que me ruborizara del todo.

Por otro lado, nunca me había sentido tan fuerte y poderosa y esa sensación persistía en mí. ¿Iba a sentirme así por mucho tiempo?

«No sé lo que me reserva el futuro con Robert, pero creo que de ahora en adelante se lo pensará dos veces antes de actuar como lo ha hecho conmigo», pensé intentando mantener el valor. Pero una duda inmensa me carcomía: ¿ese era el tipo de vida que quería? ¡Mierda! Sería mejor si no me sintiera tan horrible. Es más, sería mejor si él se sintiera mal por haber hecho que lo pasara tan mal.

Abrí la ducha y dejé que el agua helada me ayudara a ordenar mis pensamientos. Necesitaba una ducha y creo que Robert también. ¡Joder! Aún estaba esposado a la silla y tenía que soltarlo, aunque pensara que merecía seguir allí, ya que me había hecho pasar por algo parecido. Debería dejar que intentara librarse sólo de las esposas. La palabra «conflicto» no era suficiente para describir lo que pasaba dentro de mí.

Me temblaron las piernas y tuve que apoyarme en la pared para no caerme. «¿Cómo reaccionará? Seguro que me mata», me dije. Sobre todo, por los latigazos que le di. Fue muy

divertido. Quizá debía guardar el látigo para otra ocasión. Me reí con ganas.

Me relajé unos diez minutos. En realidad, estaba aplazando el momento de enfrentarme a Robert, ya que necesitaba soltarlo y, no sabía cómo hacerlo y defenderme al mismo tiempo. Tal vez, debía llevar el látigo. Me reí nuevamente.

Salí del baño, decidida a acabar inmediatamente con aquella situación. Me puse el albornoz y fui al salón donde estaba Robert y lo encontré de la misma forma que lo había dejado. Era divertido. Estaba desnudo de cintura para abajo y completamente vestido de cintura para arriba, con los pantalones a la altura de los tobillos y descalzo. Esposado como estaba, no podía hacer nada para cambiar la imagen que tenía frente a mí.

Tuve que esforzarme para no reírme mientras ejecutaba la ardua misión de soltarlo. Robert me vio en el momento exacto en que entré en el salón. Su mirada expresaba rabia, pero prefirió quedarse callado. Me acerqué intentando no demostrar el pánico que me dominaba. ¿Dónde estaba el valor de antes? ¡Maldita sea!

—Sé buen chico, Robert —dije, con una sonrisa que era más bien una forma de disfrazar el miedo.

Cogí las pequeñas llaves que estaban dentro de la caja y me puse delante de él. Estaba totalmente alerta. Le cogí la muñeca derecha y pasé la llave por las esposas y lo liberé. Fue muy rápido. Robert soltó la mano y sin que pudiera impedirselo me agarró con fuerza por el cuello, cogiéndome por la nuca. La fuerza inesperada hizo que mi cuerpo se doblara y caí sobre su regazo, completamente vulnerable. Mi corazón se disparó.

—Estás completamente loca —me acusó—. La loca más deliciosa y adorable que he conocido.

Su mirada cambió de intensidad y me atrajo hacia sí para darme un beso apasionado. La sorpresa, mezclada con el pánico, no me dejaba luchar y, sinceramente, tampoco quería hacerlo. Robert era mi gran verdad y lo amaba, con todos sus defectos y secretos. Definitivamente, lo que quería era estar en sus brazos.

—Suéltame la mano —pidió humildemente, en un cambio inesperado—. No puedo pasar un segundo más sin tocar cada pedazo de este maravilloso cuerpo.

¡Dios! Estaba muy excitada. Muy excitada y ansiosa por tener otro orgasmo, pero esta vez, como debería ser. Temblando de ansiedad le di la llave. Soltó su mano izquierda y con la misma urgencia me levantó de su regazo y me echó sobre la mesa. Varios papeles y algunos objetos de decoración cayeron al suelo.

—Los contratos... —dije, aunque ya estaba demasiado perdida en el deseo para preocuparme de verdad de cualquier otra cosa.

—Que se jodan.

Abrió mis piernas ferozmente y se colocó entre ellas.

Sin perder mucho tiempo, tiró del albornoz y lo bajó por mis hombros dejando mis pechos libres para sus manos, mientras me penetraba en el mismo instante sin ningún tipo de cuidado. Gemí alto al sentirlo otra vez en mí, tan perfecto, tan natural, que era imposible imaginar mi vida sin su presencia.

Robert estaba invadido por una urgencia increíble. Sus manos, sus labios, su lengua y su sexo trabajaban en mí como una orquesta en perfecta armonía, intercalando cada momento con intensidades diferentes y al mismo tiempo tan envolventes que me hacía danzar al mismo ritmo.

Me penetraba con fuerza. Cada estocada era más fuerte y profunda que la otra. Los movimientos continuaban, profundos y urgentes, tocando cada vez más mi límite, recordándome a quién pertenecía y cuál era mi papel en su vida.

Yo me sentía completa, satisfecha y feliz. Mi amante gemía y yo lo acompañaba mientras nuestros cuerpos bailaban frenéticamente al ritmo de un sonido inexistente, pero que nuestros cuerpos sentían perfectamente. El orgasmo nos llegó como una explosión de sentimientos, haciendo que gritara y que clavara las uñas en sus hombros anchos. Aquello dejaría marcas, pero ¿a quién le importaba?

Sólo cuando empezamos a calmarnos, noté que lloraba. Robert acariciaba mi pelo sosteniéndome firme en sus brazos.

—¿Te he hecho daño?

Su voz era suave y su cara aún estaba enterrada en mi pelo. Me reí sin ganas.

—No. No de la forma que estás pensando.

Suspiró y se apartó un poco para mirarme a los ojos. Nos miramos por un tiempo que no conseguí calibrar y entonces Robert se apartó para quitarse la ropa. Permanecí quieta donde estaba. Cuando acabó, me cogió en brazos y me llevó a la habitación.

—¿Qué estás haciendo?

Apoyé la cara en su pecho y poco a poco me fue invadiendo el sueño. Estaba exhausta.

—Necesito un baño —dijo pasándome los dedos por la espalda cariñosamente—. ¿Quieres acompañarme?

¿Me estaba preguntando si quería? Creo que aquellos azotes habían trastornado a mi amante. Me esforcé para no reírme.

—¿Sólo acompañarte? Creo que sí.

Sonrió divertido sin decir nada.

Robert me dejó de pie en la bañera mientras llenaba la bañera y regulaba la temperatura. Me quedé parada viendo como subía el agua. Mi jefe, amante, novio... Ya no sabía qué era en realidad. Salió, no sin antes darme un beso delicado en los labios.

Poco tiempo después volvió con dos cristales en las manos y los echó en la bañera. El olor que produjeron era extremadamente agradable. Cuando todo estaba listo, se volvió hacia mí y cogidos de la mano entramos en la bañera. Él se colocó entre mis piernas y abrazó mi cuerpo con fuerza.

—Pensé que estarías enfadado.

—Y lo estoy.

Lo miré confusa, pero antes de que pudiera preguntarle, añadió:

—No contigo. Conmigo mismo. —Aproveché mi posición y sonreí ampliamente—. Creo que había olvidado cómo es vivir una relación. Me había desprogramado. No me fijé en que tenías otras necesidades. Espero que disculpes mi error.

Me besó en la cabeza. Me mordí los labios para no reírme.

—Entonces... Creo que unos azotes vendrán bien para ayudar a que sigas atento.

No conseguí aguantar la risa y Robert me acompañó.

—Sí. No me lo esperaba, y... Tampoco otras cosas. —Su voz indicaba más de lo que quería decir y mucho más de lo que podía significar cualquier cosa que yo hubiera hecho—. Pero no olvidaré esta experiencia, señorita Simon, y puedes esperar la revancha.

—Estaré atenta, señor Carter.

Me envolvió fuerte en sus brazos y me besó el hombro durante un tiempo. Parecía reflexionar sobre algo. Después, soltó el aire de sus pulmones y me acarició el brazo con la punta de los dedos.

—Quise mucho a Tanya, Mel. —La revelación me pilló por sorpresa y sin respiración—. Durante años viví con ella y creía que era la relación perfecta, hasta que me vi obligado a entender que no hay relaciones perfectas.

No me atreví a hablar. Por primera vez, Robert parecía dispuesto a contarme algo sobre su vida y, aunque fuera algo que me doliera, como oír sus sentimientos por Tanya, prefería escuchar lo que tenía que decir. Respiró hondo y apartó su cuerpo del mío, apoyándose en la bañera. No tuve que mirar para atrás para saber que estaba apoyado en el borde con los ojos cerrados. Me quedé quieta. Tuve miedo de moverme y que eso hiciera que parara.

—Yo... —dijo buscando las palabras correctas—. Hice una promesa un día, a una persona a la que quiero mucho y esa promesa cambió mi vida totalmente. A causa de esa promesa descubrí cosas... —Hizo una pequeña pausa, creo que para



decidir qué debía contarme—. Estas cosas deberían haber sido suficientes para cambiarlo todo, incluso mi relación con Tanya, y lo habrían sido si yo hubiera reaccionado de otra manera.

Robert hizo otra pausa, esta vez más larga, y pensé que no seguiría. Intenté volverme para mirarlo, pero sus brazos reaccionaron a mi movimiento y me aguantaron para impedírmelo. Me puse tensa.

—Tomé una decisión. Pensé que era lo más correcto. No lo sabía. Nunca pude imaginar las consecuencias horribles de aquella decisión. Si lo hubiera sabido... —Volvió a callarse. Esta vez, esperé a que siguiera—. Tengo la culpa de la desgracia de mucha gente, Mel. Mis manos están manchadas y jamás conseguiré limpiarlas.

Se quedó en silencio durante mucho tiempo. Su respiración era pesada. Mi corazón sufría.

—¿Tanya es una de ellas? —pregunté cuando entendí que no volvería a hablar.

—Sí.

Respiré hondo. Era difícil pensar que Robert podría haber hecho algo terrible a alguien.

—¿Por eso no consigues separarte de ella?

—Sí y no.

No lo entendí pero no quise preguntar. Robert me había explicado algo al fin.

—Eso no es todo, ¿verdad?

—No. Es sólo una justificación.

—¿No vas a contarme lo que pasó?

—No. No ahora.

—¿Por qué?

Conseguí volverme para mirarlo. Esta vez, no intentó impedírmelo.

—Porque convivo con mis demonios cada segundo de mi vida. No soy capaz de ignorarlos y, como si eso no bastara, los veo en los ojos de Tanya, acusándome. No quiero verlos en tus ojos también. Por primera vez en tres años consigo sentir un poco de paz y eso sólo pasa cuando estoy contigo. Lo único que veo en tus ojos es la inocencia de tu amor por mí. A pesar de que no lo merezco.

Me ruboricé. ¿Cómo sabía que lo amaba? Nunca habíamos hablado de eso.

—¿Qué pasa? —preguntó cogiendo su barbilla entre sus manos haciendo que lo mirara a los ojos—. ¿Crees que has conseguido esconderlo en algún momento? —Esbozó una sonrisa preciosa—. Ya he vivido suficiente como para reconocer los sentimientos honestos en los ojos de una mujer, Mel. Por eso quiero estar contigo y no con Tanya ni con ninguna otra mujer.

Se me aceleró el corazón. El placer que sentí al oír aquellas palabras me dejó extasiada.

—No se aproveche de lo que sabe, señor Carter.

Intenté distraerlo. Estaba roja, cohibida, y no pude evitar sonreír.

—Nunca lo haría —afirmó, serio.

—No voy a ser más débil por este sentimiento —dije, más para mí que para él, pues ahora tenía que ser fuerte, más fuerte que nunca.

—Estoy seguro de eso y Dios me libre de ir contra ti. Las mujeres enamoradas son las peores. Algunas hasta usan látigos.

Su tono era serio y yo solté una carcajada al oírlo. Robert se rio, relajando la tensión que había en el aire, aunque sólo por un momento.

—Mel, eso es todo lo que puedo decir. Por favor, confía en mí. Sé que es difícil y te entiendo de verdad. Soy consciente de que necesitas algo más que unas horas de sexo, y creo que yo también. Pero no puedo prometerte nada ahora, no hasta

que vislumbre un final para esta historia. Eso es todo lo que te puedo ofrecer en este momento. Por favor, acéptalo.

¿Cómo podía no aceptar? Lo amaba y sentía que sus palabras eran sinceras, aunque no hubiera dicho que me amaba. Sin embargo, no conseguía decirle que aceptaba y tampoco conseguía decirle que no. Un enorme conflicto se libraba dentro de mí, a pesar de saber que no tendría fuerzas para apartarlo de mí. ¿Qué hacer?

—¿Por qué no consigues decidirte? —me preguntó gentilmente acariciándome el rostro. Sus ojos brillaban, aunque estuviera triste. Quería encontrar una manera de consolarlo—. ¿Tan difícil resulta?

Respiré hondo, como si con ese gesto pudiera encontrar la determinación adecuada para responderle.

—No creo que tenga elección.

La tristeza que me provocaba constatarlo quedó patente en mi voz.

—Sí que la tienes, Mel. Te prometo que respetaré lo que decidas. Sé que soy un gran egoísta al intentar retenerte a mi lado, obligándote a vivir este infierno conmigo... —Robert se mesó el pelo. Estaba muy guapo cuando hacía eso y me desconcentraba—. No puedo hacerlo de otra manera. Te necesito. Estoy luchando contra todo para que sigamos juntos. Pero no puedo luchar contra tu voluntad.

—¿Si te digo que lo dejo, lo aceptarás?

Sus ojos se abrieron de par en par ante esa posibilidad.

—Sí.

—¿No vas a entrar en mi casa ni a perseguirme allá donde esté para imponerme tu voluntad?

—No —respondió con la seguridad de que era lo que quería oír.

—Creo que mi vida no tendrá gracia si pasa eso.

Robert soltó el aire que aguantaba en los pulmones y me dedicó una sonrisa hermosa.

—Seguro. Tu vida no tenía gracia ninguna antes de que te empezara a perseguir.

—Es verdad. —Le sonreí—. Gracias, Robert. —Me miró, curioso—. Por salvarme de aquella vida aburrida y meterme en esta totalmente imprevisible.

Entorné los ojos y él se rio y me cogió para besarme.

Pasamos el resto de la noche juntos.

Cenamos —mi apetito había vuelto con fuerza—, dormimos, poco, juntos y abrazados. Hicimos el amor viendo salir el sol y nunca olvidaré aquella imagen. El sol saliendo en todo su esplendor iluminando toda la habitación a través de la pared de cristal, mientras nos entregábamos el uno al otro sin límite ni pudor. Tal vez estas situaciones se habían convertido en algo normal. Robert había estado increíble, como en Grecia.

Desgraciadamente, como dice el dicho «lo bueno dura poco». Pronto estábamos de vuelta a la realidad, con todas sus formalidades, yendo hacia el aeropuerto con nuestros compañeros y, finalmente, a Chicago, a nuestra vida agitada, en la que yo sólo era su amante.

## Capítulo 36

Me pasé parte del viaje durmiendo, recuperándome de nuestra noche de amor. Robert me cedió la cama, como correspondía a un jefe bueno y atento. Se pasó el viaje entero en un asiento de la primera sala hablando y discutiendo algunos detalles con los muchachos.

Adam también me colmó de atenciones, siempre tan preocupado por mi «salud frágil». ¡Pobre! No sabía que mi salud, por suerte, era maravillosa. Frank no me hizo demasiado floreo. Sólo preguntó cómo estaba y habló de trabajo. Paul estaba bastante reflexivo. Casi no intercambié palabra con el grupo y mucho menos conmigo.

Llegamos a Chicago y Robert me dispensó de ir a la empresa. Faltaba poco para que se acabara mi jornada y no sería de mucha utilidad allí. Por su mirada, entendí que después vendría a verme.

Era viernes. Llegué a casa y arreglé todo el lío que dejé en casa cuando salí corriendo para no llegar tarde al viaje. Me di una ducha rápida, me puse un vestido ancho y corto, saqué una lasaña del congelador y la puse en el horno. Cogí el vino que Dean había dejado en su última visita y esperé a Robert.

No apareció.

Ya tarde, cuando me había tomado casi toda la botella, estaba medio borracha y me preparaba para irme a dormir, me llegó un mensaje: «Discúlpame, R.», fue lo único que dijo. Nada más. Sentí que la rabia intentaba apoderarse de mí, pero me esforcé por evitarla. Era mi elección y así iba a ser.

Aproveché el efecto del vino y me dormí.

Llegué a la empresa a la hora. Llevaba un vestido un poco justo, largo hasta las rodillas, de color negro, con un cinturón rojo muy fino que marcaba mi cintura. Me sentía perfectamente con los tacones rojos y me sentía tranquila, podría decirse que hasta feliz.

En cuanto llegué al despacho encontré una nota en la mesa:

Señorita Simon, ha habido una urgencia en la filial de Mason. Estaré fuera todo el día. Tenga encendido su móvil. Robert Carter.

Mi móvil. ¡Qué mierda! Corrí a buscarlo dentro de la bolsa y vi que la batería estaba descargada. ¡Mierda! Me había dejado el cargador en casa. Cogí el teléfono y lo llamé. Robert sabía que sólo podía ser yo, aún así respondió con formalidad.

—Carter.

—Robert —dije prescindiendo de las formalidades, ya que estaba sola y nadie me oiría—, soy yo.

Entorné los ojos al decirlo.

—Sí, señorita Simon. La he llamado antes pero no me lo cogía. ¿Algún problema?

—Si la falta de batería es un problema. —No dijo nada—. ¿Qué necesitas?

—Algunas hojas de cálculo que han enviado a su correo para mí.

Vaya mal humor. ¿Qué podría haber pasado?

—¿Cuáles, señor Carter? —pregunté rindiéndome y cogiendo un bolígrafo para tomar nota.

Robert me dijo todo lo que necesitaba.

—Las estaré esperando. Esté cerca del teléfono —dijo en tono áspero.

—Sí, señor.

Robert colgó sin despedirse. ¿Qué habría pasado para que estuviera de tan mal humor? Volvió a sonar el teléfono y respondí formalmente, como debía ser.

—¡Mel!

Era Nicole.

—Hola, Nicole.

—¿Cómo fue el viaje?

—Bien.

—Paul me contó que te habías sentido mal. ¿Qué pasó?

Por lo visto Paul no le había contado a Nick lo que realmente había pasado. Me quedé tranquila. Nicole era una buena amiga y no quería perder su amistad. Si se enterara, no entendería que estuviera teniendo un lío con su hermano. Hablamos unos minutos y nos despedimos para volver a nuestras actividades.

Robert no volvió. A pesar de que hablamos varias veces durante el día, no pudimos hablar como me habría gustado. Me marché sin verlo, pero me fui esperanzada. Al día siguiente era sábado y mi amante me había concedido los sábados por la tarde.

Me levanté temprano y llevé la ropa a la lavandería. Leí el ejemplar recién adquirido de *El diputado*. Me sorprendió. Estaba lleno de grandes ideas. ¿Cómo alguien podía tener la mente tan calenturienta como aquella autora?

Volví a casa a la hora del almuerzo. Ni llamadas ni mensajes. Me eché en la cama y seguí leyendo. ¿Qué estaría pasando? Pensé varias veces qué podía hacer hasta que entendí que no podía hacer nada. Cuando los últimos rayos de sol desaparecían en el horizonte sonó mi teléfono.

—¡Robert! —respondí casi histérica.

—Hola —dijo tímidamente, con la voz cansada.

—Llegas tarde —bromeé con su obsesión por la puntualidad.

No se rio. Permaneció callado durante un tiempo. Imaginé que no era capaz de decirme lo que tenía que decir.

—No vienes, ¿verdad?

Todo mi buen humor desapareció. Sabía que me esperaba la vida de amante, pero, después de lo que habíamos vivido en Dubái el último día, imaginé que tardaría un poco en sentirme así.

—Disculpa —dijo en voz baja—. Tanya ha invitado a Olivia a pasar el día con nosotros en casa. Sólo ahora he podido zafarme de las dos para llamarte. —Se quedó callado, esperando, pero esta vez yo también me quedé callada. No tenía nada que decir—. ¿Mel?

—¿Sí? —respondí con un nudo en la garganta y las lágrimas luchando por salir.

—Ahora tengo que colgar. Hablamos el lunes, ¿de acuerdo? —No respondí—. ¿Mel?

—Está bien, Robert.

Colgué antes de que volviera a disculparse. Me senté en el sofá y no puede evitar llorar. Pensé en qué podía hacer para ocupar mi tiempo. Algo que no me recordara a él, que ocupara completamente mi cabeza. Cogí el bolso y me fui de compras. La convivencia con Nicole estaba diezmando mis ahorros.

El domingo fui a visitar a Abgail. Robert no aparecería y pensé que era mejor visitarla. Estaba prácticamente recuperada, salvo por la pierna rota. Estaba muy bien. Tranquila, relajada, alegre. Fue imposible no compararme con ella. Yo solía ser la tranquila y Abgail era siempre la estresada y la agobiada. Se habían invertido los papeles.

Hablamos sobre un montón de banalidades. Le conté lo que estaba pasando en la empresa.

—¿Robert ya te ha mostrado su lado oscuro? —Soltó una carcajada. La miré sin entender nada—. Los problemas de su matrimonio, las traiciones, el sinfín de amantes a las que debemos enviar flores, las cenas que hay que presentar a Tanya como cenas con proveedores... Ya sabes, esas cosas —dijo encogiéndose de hombros.



Parecía divertirse y sus ojos brillaban con la expectativa. Aquello me dolió mucho. No sabía cómo reaccionar. Abigail siempre había sido muy discreta. Era extraño verla actuar de forma tan liviana. Me cohibió por completo. A pesar de que Abby era mi amiga, no conseguía mirarla a los ojos y confesarle que había perdido el enfoque y el propósito dentro de la empresa.

—¿Qué pasa? ¿No me dirás que él y Tanya al fin se han reconciliado?

Su sonrisa decía mucho más de lo que salía por su boca.

En los últimos tiempos, desde su accidente, Abby había cambiado mucho. Algo había pasado para que ella mostrara aquel lado de su personalidad con tanta fuerza. Sabía lo que quería de mí, pero no estaba segura de si podía ser franca con ella.

—¡Ah! No sé, Abigail. El señor Carter es muy reservado y no sé mucho sobre su vida con la señora Carter —mentí descaradamente desviando la mirada hacia mis manos.

—Tienes razón. Es pronto aún para que el señor Carter se abra contigo. Como llevo tanto tiempo trabajando para él, esas cosas han acabado siendo normales y formando parte de mis funciones.

—¿Tantas amantes tiene?

Fingí indiferencia. Un diablillo me gritaba al oído para que hurgara en aquel asunto.

—Algunas —contestó con una sonrisa amplia.

Sentí un golpe fuerte en el pecho. Por un segundo vislumbré en la mirada de mi amiga que conocía mi relación con Robert, pero lo descarté. ¿Por qué me martirizaba de esa manera? No. Abby no sabía nada.

—¿Alguna novedad?

Sabía exactamente lo que esperaba oír.

—No, Abby. No he encontrado nada que te pueda ayudar. Pero sigo intentándolo. ¡Lo juro!

—Estoy segura de que sí. —Me cogió la mano—. Sé que lo conseguirás, Mel. No lo dejes, por favor. Es muy importante para mí.

No desistiría. Nunca. Abby era una buena amiga y no podía decepcionarla.

—No dejaré de buscar.

Seguimos hablando. Me esforzaba en parecer interesada en lo que decía. Abigail preguntó sobre Adam con mayor interés. No quise decirle que me perseguía todo el tiempo. Estaba claro que a ella le gustaba, incluso después de lo que había pasado. No quería hacerle daño, como ella, sin saberlo, había hecho.

Sabía que mi relación con Robert me había desviado de mi verdadero objetivo y, por eso, Abby seguía sin tener respuestas. Era importante recuperar el enfoque y buscar con más ahínco la información que tanto necesitaba. En el fondo, sabía que la única forma de encontrarla era seguir a su lado. Sin embargo, mi jefe, incluso siendo mi amante, era un cofre cerrado. No sabía cómo ganarme su confianza.

Volví a casa, destrozada. ¿Ese era el motivo por el que desaparecía los domingos? ¿Una amante que aceptaba una única visita semanal? No. Robert no haría aquello conmigo. Había dicho que no quería estar con ninguna otra mujer. Tenía que aferrarme a este detalle para conseguir sobrevivir hasta el día siguiente.

El lunes fui prácticamente corriendo a la empresa. Necesitaba verlo. Necesitaba tener la seguridad de que todo seguía bien entre nosotros y, lo más importante, necesitaba asegurarme de que era la única en su vida.

Llegué muy temprano y lo esperé. Robert llegó con Paul. Nos saludamos formalmente, a pesar de que Paul ya conocía lo nuestro. Después de un tiempo me llamó a su despacho. Parecía desganado. Ni siquiera me miró a los ojos. Paul seguía presente y había tensión. No pude preguntar nada y él tampoco dio ningún signo de que tuviera algo que decirme.

Repasamos la agenda, que ya le había enviado en un mensaje. Resolvimos algunas cosas, nada especial, sólo lo que

estaba programado. Después volví a mi mesa, donde una avalancha de llamadas, correos y faxes consiguió ocupar todo mi tiempo.

Paul salió e, incluso así, no conseguimos encontrar un momento para estar a solas. A la hora del almuerzo, Nicole me llamó para decirme que no podía ir a comer, así que comería sólo con Alexa. Parecía animada con algo, pero, como yo no tenía ánimos para nada, ni le pregunté de qué se trataba. Seguramente, iría a comer con Paul.

Robert salió del despacho cuando hablaba con Nicole. Llevaba la cartera, lo que significaba que no comeríamos juntos. Para mi sorpresa, se paró delante de mi mesa y esperó a que colgara.

—Mel, tengo que salir. No sé si volveré.

Parecía cansado y hastiado.

—¿Algún problema?

Se mesó el pelo y respiró hondo. Era la actitud típica con la que demostraba impaciencia.

—No —respondió rápidamente, pero vi que estaba mintiendo, y eso me dolió aún más—. Sólo tengo que resolver algunas cosas.

—¿Te veo hoy?

Me maldije por parecer un niño que suplica atención. Sus ojos se derrumbaron al mirarme, pero su boca se convirtió en una línea fina. No aparecería.

—¡Perdona, Mel! Hoy no estoy bien. Estoy exhausto y necesito descansar.

Asentí, desviando la mirada hacia sus zapatos.

Estaba agotado. El día anterior, el domingo, había acudido a su compromiso misterioso y había vuelto cansado. ¡Mierda!

—Mel, por favor, entiéndelo. Realmente necesito descansar. Mi cabeza es un infierno.

—Está bien —respondí y suspiré.

Quería que se fuera de una vez. Robert se acercó y me besó cariñosamente los labios. No tuve fuerzas para rechazarlo. Era extraño, pero había perdido toda capacidad para enfrentarme a él. Estaba tan débil y vulnerable que tenía ganas de llorar y suplicar.

—Deja de pensar tonterías.

Empezó a apartarse. Yo forcé una sonrisa y él se marchó.

¡Maldita sea! ¿Dónde estaba mi dignidad? Seguramente las lágrimas impedían que apareciera.

Comí con Alexa, que se pasó todo el tiempo hablando, de manera discreta, de la mierda que estaba haciendo con mi vida al tener una relación con Robert. No paraba de decir que pronto acabaría la crisis con Tanya y que yo no sería más que una aventura. Además, resaltó que era infantil, egoísta y desequilibrado. Ella tenía algún problema con él, porque su reacción no era normal.

Volví a mi despacho más insegura y deprimida de lo que había salido. ¿Nadie tenía una palabra de consuelo para mí? ¿Ni una palabra de esperanza sobre mi relación con él? Ni el propio Robert había hecho aquello.

Al final de la tarde, llegó la mayor de las sorpresas: Tanya. Entró en el despacho con su aire de superioridad. Iba perfectamente arreglada, como siempre, pero había algo que la hacía completamente divina. Parecía feliz. Su piel era hermosa y radiante y su sonrisa era simplemente perfecta. ¡Mierda! Era eso.

¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

—Melissa —saludó sonriendo—. Robert me ha pedido que recoja un contrato. Déjame ver dónde he anotado el nombre de la empresa... —Sacó del bolso una pequeña agenda roja buscando la nota—. Aquí está. —Me la mostró dejándome ver el nombre—. ¿Ha llamado avisando que vendría?

Sorprendida aún por su presencia tuve que buscar mi voz.

—No —conseguí decir sin tartamudear.

—¡Siempre Robert! —Se rio moviendo el pelo al girar la cabeza censurando la actitud de su marido—. Debe estar dormido. ¡Estaba tan cansado!

Me sonrió en un gesto de intimidad. Por algún motivo veía que había algo entre líneas. Tanya quería decirme algo.

—Voy a buscar el contrato, señora Carter.

Le di la espalda y respiré varias veces para que no me invadiera la desesperación. Mientras yo buscaba empezó a hablar.

—A Adam le gustas de verdad. —Entorné los ojos. Vaya novedad—. Me dijo que habías tenido una leve indisposición en Dubái.

Me quedé helada. ¿Qué más sabía?

—Sólo tuve algún problema para adaptarme al calor —dije rápidamente cogiendo la carpeta que había venido a buscar—. Aquí está.

—Habría ido, pero Robert me pidió que me quedara. A veces los matrimonios necesitan espacio, ¿no crees? —No conseguí responder nada—. Robert ha vuelto más atento —dijo en tono de confianza y sonriendo.

Parecía tan angelical. Se le hacían hoyitos en la cara cuando sonreía. Era tan encantadora. Cualquiera hombre se enamoraría de ella, incluso Robert. ¿Qué habría hecho para que la castigara?

«Quise mucho a Tanya, Mel», sus palabras resonaban en mi mente. ¡Mierda! Ella tenía que haberle hecho algo muy malo para convertir su vida en un infierno. ¿Pero qué? ¿Se merecía pasar por todo aquello? ¿Merecía que la traicionaran tan descaradamente como él estaba haciéndolo? ¡Oh, mierda!

—Si vamos a ser cuñadas, creo que puedo contarte un secreto. —Sonrió. Le brillaban los ojos—. Yo y Robert estamos viviendo el mejor momento de nuestras vidas. Estamos viviendo una segunda luna de miel. —Rio de felicidad y mi cuerpo entero se heló. La miré a los ojos para no hacer ninguna tontería, como llorar o desmayarme—. Ha estado medio ausente estos últimos días y creo que habrá más

momentos así. Robert tiene prisa por volver a casa. —Me guiñó el ojo. ¡Mierda! Vaya mierda—. Bueno... Cuida de todo por aquí. —Su sonrisa fue perturbadora—. Ahora tengo que irme. Aún tengo algún compromiso antes de volver con el guapo de mi marido. Gracias, Melissa. Voy a decirle a Adam que estoy totalmente a favor de lo vuestro.

Tanya se fue y me quedé petrificada en el sitio donde estaba. No sé cuánto tiempo. Cuando recuperé la conciencia, ya estaba llorando y me ahogaba. Corrí al lavabo a lavarme la cara. Estaba pálida. ¿Lo había descubierto todo y había ido a provocarme proclamando su felicidad por estar de vuelta en los brazos de Robert? ¿Por eso él estaba tan distante? ¿Por eso no había querido verme?

«Quise mucho a Tanya, Mel», las palabras volvían a resonar en mi cabeza. Salí del lavabo decidida a marcharme. Robert no volvería a la empresa. Se quedaría disfrutando de su segunda luna de miel con su amable esposa. El día estaba a punto de terminar y no tenía que dar ninguna justificación a nadie. Cogí el bolso y entré en el ascensor implorando que no se parara. Pero se paró y quien entró fue Nicole.

—¡Mel!

Estaba animada de haberme encontrado. Intenté disimular y fingir que todo iba bien. Nicole no lo sabía y, ahora más que nunca, no podría saberlo jamás.

—Iba a tu despacho. ¿Te marchas? —dijo al ver que llevaba el bolso.

—Sí. No me encuentro muy bien. Un poco de dolor de cabeza y como... —Busqué fuerzas para parecer natural—. El señor Carter ya no volverá hoy, así que pensé que no sería un problema.

—No. ¡Claro! Robert se ha ido a casa —dijo animada—. Sobre eso quería hablar contigo. Te acompaño al coche.

¡Dios! Yo no quería hablar. Y menos sobre Robert. Era demasiada tortura.

—No te lo vas a creer. Durante vuestro viaje, Tanya me llamó. Ya lo sé. A mí también me sorprendió, al fin y al cabo

ya no somos amigas como antes. Lo cierto es que después de tanto tiempo parece haber reaccionado y está intentando recuperar nuestra amistad.

Nicole estaba muy feliz con la noticia.

—Me alegro por vosotras, Nick —dije forzando la voz para que no pareciera llorosa.

—Pero no es todo —continuó—. Tanya quería verme para que la ayudara a reconciliarse con Robert. Estaba esperando que volvierais de Dubái. Lo preparamos todo y hoy ha venido a decirme que estaba muy feliz. Parece que todo fue bien. Olivia me ha contado que entre Robert y Tanya volvía a haber sintonía. Pasó el sábado entero con ellos, y me ha dicho que estaban muy bien. Me hace tan feliz, Mel...

—Nicole —la interrumpí—, de verdad, tengo que irme. Me va a estallar la cabeza. ¡Perdona!

—¡Claro, Mel! ¡Ay, Dios mío! Yo aquí hablando como una loca y tú siendo educada conmigo. ¡Perdona! Sé que tienes que cuidarte. Ya que hablamos de eso, por favor, ve a ver a un médico. Necesitas estar bien de salud para acompañar la locura que es trabajar para un director ejecutivo.

—Lo sé. No te preocupes. Ahora tengo que irme.

Lo entendió y, al fin, me dejó marchar. Definitivamente no sé cómo conseguí conducir hasta casa. Mi cuerpo entero se sacudía con los sollozos que salían de mi garganta. Lloraba. No sólo por el amor perdido, sino por la rabia de haberme enamorado de alguien tan mezquino y falso.

Y seguía llevando aquella porquería de anillo en el dedo. El anillo que había usado para convencerme de seguir en aquella situación tan absurda. Y hasta me habló de casarnos. ¡Qué tonta había sido! Me lo quité y lo eché en la guantera. Definitivamente, se lo iba a devolver. No consentiría que me pagaran por sexo fácil. Ni mucho menos.

Llegué a casa y me tiré en la maldita cama. Odiaba todo lo que tenía que ver con él. Quería poder arrancármelo del corazón para impedir que aquel dolor me dominara, pero desgraciadamente no podía. ¡Qué tonta había sido! Eché todas

las lágrimas posibles y me dormí decidida a no volver nunca más a C&H. Sacaría a Robert de mi vida de todas las formas posibles y de una vez por todas. Probablemente él ya estaba pensando cómo librarse de mí, por eso estaba tan avergonzado y tan distante. Yo le facilitaría las cosas.

Tardé en conciliar el sueño y me desperté enseguida. Dormí poco y lloré mucho. Antes de la hora habitual, ya estaba sentada en la cama, mirando a la pared sin valor para levantarme. Me sentía muy mal, derrotada, humillada, increíblemente abatida. Los minutos pasaron lentamente.

Llegó la hora de salir y me obligué a seguir sentada en la cama. Una hora después sonó mi móvil. No lo cogí, ni me molesté en mirar quién era. No quería saberlo. Media hora después oí que abrían la puerta.

Era Robert.



## Capítulo 37

Esperé a Mel. Llegaba tarde, como casi siempre, y necesitaba urgentemente los contratos y los documentos que debería haber dejado sobre mi mesa para analizarlos antes de la reunión. ¡Maldita sea! A veces, Melissa conseguía acabar con mi paciencia.

Me salté el protocolo y la llamé al móvil. No sólo para saber si tardaría, sino principalmente para asegurarme de que todo estaba bien entre nosotros. No respondía. ¿Habría tenido otro desmayo? ¿Por qué no contestaba, por qué no daba noticias?

No soportaría quedarme en la empresa fingiendo estar molesto porque se retrasara. Estaba preocupado con lo que podía haberle pasado. Melissa era realmente mi perdición. ¡Mierda! En medio de esta locura decidí ir a su casa. No debía hacerlo. Aquello podía echarlo todo a perder, pero no iba a quedarme en mi despacho mientras Mel podía necesitar ayuda. O me necesitaba a mí. Cogí el coche y fui hasta allí.

Parado en su puerta intenté escuchar y descubrir si pasaba algo. Silencio total. Gracias a Dios, había cometido la locura de tener una llave de su casa, así que podría entrar sin forzar la puerta. Tenía recelos, pero debía actuar.

Abrí la puerta y el silencio continuó. La casa parecía vacía. Fui a la sala y a la cocina. No estaba en ninguna parte. Caminé en dirección a la habitación. Me detuve en la entrada. Mel estaba sentada en la cama. Sus ojos inmensos miraban hacia la puerta. Estaba asustada. Se abrazaba las piernas y parecía estar en trance. No sabía qué hacer. Tenía rojos sus ojos profundos, lo que hacía patente que no había dormido o que había llorado mucho.

—¿Mel? ¿Qué ha pasado?

Mi voz salió débil y amedrentada. De alguna forma mi corazón lo presentía. Mel iba a abandonarme. Algo iba mal. ¿Pero qué? Di algunos pasos hacia ella y finalmente reaccionó.

—No te acerques a mí —dijo entre dientes.

Parecía un animal acorralado, listo para atacar. Me odiaba. Cerré los ojos para contener mi propia rabia.

Habían sido días difíciles. Tanya y yo habíamos llegado al punto más inusitado de nuestro juego lo que me obligó a apartarme de Mel durante un tiempo. Estaba cansado, triste, irritado e impaciente. Lo que menos deseaba en aquel momento era entrar en una batalla con Melissa también. No con ella. Abrí los ojos para mirarla.

—¿Qué ha pasado? No has aparecido. Me tenías preocupado.

Fingí no estar molesto con su reacción. Era lo mejor que podía hacer en ese momento.

—¿Qué ha pasado? —Parecía a punto de explotar—. Lo que ha pasado, cobarde, inmundo, egoísta e imbécil... —Mel se interrumpió mirándome con furia. Yo estaba atónito, pero como tenía que entender en qué tipo de malentendido estamos metidos, permanecí frío—. Se acabó, Robert. Se acabó tu farsa. Se acabó tu juego. Se acabó todo —gritó—. Sal de mi casa. Y sal de mi vida.

Respiré hondo. ¿Qué habría pasado para que tuviera esa reacción?

—Melissa... —grité haciendo que parara todo aquel escándalo—. Estoy exhausto. —También estaba al límite—. He tenido varios problemas en los últimos días. Para todo este alboroto y habla conmigo como una persona adulta.

Su mirada se hizo aún más dura. ¡Joder! No iba a dejar que los ánimos se calmaran. No necesitaba esa mierda. ¡De ninguna manera! Tanya ya había agotado mi paciencia aquella mañana. No me quedaba ninguna para emplearla con mi amante.

—¿Quién eres tú para hablar de madurez? El niño mimado que siempre lo ha tenido todo, que cree que puede jugar con las personas y sus sentimientos mientras se divierte. Tenías razón, Robert, eres un monstruo.

No podía más. Oír todo aquello hizo que no pudiera más.

—¡Ya basta! —grité aún más fuerte—. No tengo tiempo ni paciencia para tus inseguridades, Melissa. He hecho todo lo que he podido. He roto todas las reglas. Te he dado más de lo que pretendía, más de lo que he dado a ninguna mujer. Te he pedido matrimonio, me he enfrentado a un infierno por seguir a tu lado, he puesto todo en peligro y ¿para qué? ¿Para que te apartes y te pongas histérica cada vez que pasa algo? ¿Para que uses las mismas artimañas que Tanya y me acuses y me juzgues? No tengo que soportar esto. Tengo demasiados problemas que resolver en mi maldita vida y no necesito más. ¿Me has entendido?

Me había equivocado con ella. Mi furia era tal que podría haber echado abajo las paredes de la habitación si fuera posible. Sabía que parte de ella no se debía a mi secretaria y que, en realidad, era una reacción a todo lo que había pasado en los últimos días. Melissa consiguió colmar el vaso de mi paciencia y desgraciadamente estaba explotando contra ella. Por eso decidí que lo mejor que podía hacer era marcharme, antes de que hiciera algo peor. Ella no merecía oír toda aquella mierda.

—Necesito los documentos para la reunión. No los dejaste encima de mi mesa.

—Vete a la mierda con tus documentos y con tu empresa —dijo escupiendo las palabras. Podía sentir la rabia tras ellas y luché para contenerme—. No trabajo más para usted, señor Carter —añadió y sentí como si me hubiera apuñalado.

Había destruido todo en Melissa. Estaba enfurecida y, sobre todo, triste, humillada y herida. No quería verla de esa manera. Estaba hasta dejando el trabajo y yo sabía lo importante que aquel trabajo era para ella.

¡Maldita sea! Tuve ganas de matarme.

—¿Te estás despidiendo?

—¿Quieres una carta formal? ¿Quieres que explique con detalle que me marché de la empresa porque mi jefe es un cerdo libertino, un canalla, un mentiroso y un puto egoísta? — gritó nuevamente dejando que las lágrimas acabaran de desahogarla.

No podía seguir allí. No podía seguir asistiendo a su desesperación.

—Haz lo que quieras.

Le di la espalda y me marché.

No podía volver atrás. No podía forzar más sus límites. Mel estaba destruida, destrozada, y no podía permitir que se descompusiera más. Tenía que apartarme y mantenerla alejada de toda aquella porquería. Era lo único que podía hacer por ella. Era mi manera de agradecer todo su amor y dedicación. Era un canalla egoísta, que no se lo pensó dos veces cuando decidió conquistarla. Incluso sabiendo lo que podía llegar a herirla.

¡Mierda, Mel! ¿Por qué fuiste tan débil? ¿Por qué me permitiste que llegara tan lejos? ¿Por qué no me rechazaste? ¡Mierda! Yo podía convivir con todo mi infierno, pero jamás podría soportar su sufrimiento. No el suyo.

Entré en el coche y corrí lo máximo que pude. Necesitaba respirar. Mi corazón se hundía. ¿A quién estaba engañando? La amaba. ¿Cómo podía haber sido tan imbécil? Quería tanto a Melissa Simon que me dolía pensar que nunca conseguiría ser suficiente para ella.

La amaba de la manera correcta, pero no de la manera en que merecía ser amada. Pero era un ser tan miserable que no se me permitía disfrutar de esa felicidad. Todo este tiempo, había pensado que Tanya y todos los problemas que me causaba eran la forma que Dios había encontrado de castigarme. Había sido un necio al creer que ese fardo era el más pesado.

Mi pecado era mucho mayor y lo que sentía en aquel momento sería un castigo más adecuado para mí. Vivir sin Mel sería mi verdadero castigo. No tendría derecho a tenerla a mi

lado. No podría vivir aquel amor. La amargura en mi boca era inmensa. Por algún tiempo, creí que había conseguido reconstruir mi vida, pero todo se había vuelto a desmoronar.

Llegué a la empresa, poseído por el odio. Llamé a Paul y le ordené que viniera a mi despacho. Tenía que descubrir quién había envenenado a Melissa, quién había hecho que todo se desmoronara. Paul fue la primera víctima, pero juró que no había visto a mi secretaria en los últimos días y que no le había dicho nada a Nicole.

Con Melissa fuera, tuve que pedir ayuda a Alexa. Consiguió encontrar los documentos y tuve que interrumpir mis pesquisas para ir a la reunión. Me era imposible contener la rabia e intentar sofocar el dolor en el pecho por la falta que me hacía. Cada vez que miraba a la mesa donde Mel debía estar, mi dolor aumentaba.

La reunión fue rápida. Todos estaban como locos por alejarse de mi furia. Sin embargo, no iba a dejar de emplearla hasta que averiguara qué había pasado realmente.

Nicole llegó a mi despacho al final del día. Traía en la mano la carta de dimisión de Melissa y estaba enfurecida. Creía que yo había hecho algo para ahuyentarla. Nick ni podía imaginarse todo lo que había hecho.

No quería que Mel se fuera. Debería querer que fuera así, porque era lo mejor para ella, pero no quería. Mi lado absurdamente egoísta me decía que no la dejara marchar. Por eso me encargué de aterrorizar a Nicole dejándole claro que debía encontrar a alguien a la altura del puesto en tiempo récord. Nicole odiaba la presión y ya estaba más que agobiada con el cierre del ejercicio y todas las obligaciones de la empresa en esa época. Salió decidida a traer a mi secretaria de vuelta.

No sé qué hizo, pero lo consiguió. Dos días después, Melissa estaba de vuelta. Sin embargo, dejó claro que en cuanto Abgail pudiera asumir el puesto, se marcharía. Eso era ya como que me condenaran al infierno, sin embargo, sólo el hecho de verla me hacía sentir un poco mejor.

Un poco.

Mel estaba visiblemente abatida. Había adelgazado y podía ver el inmenso esfuerzo que hacía para estar allí conmigo. De hecho, en ningún momento se dignó a mirarme, ni cuando teníamos que hablar de trabajo. Para no asustarla y también porque era consciente de que no podía implicarla de nuevo o se partiría en mil pedazos, me mantuve a distancia.

Hasta aquel día.

Habían pasado doce días. Doce días sin que me mirara, sin tocar su piel, sin sentir su olor, sin oír ni ver su sonrisa. Doce días viéndola andar, hablar, comer... Todo mecánicamente. Mel no reaccionaba. Estaba tan débil que en algunos momentos pensé que no soportaría mantener mi farsa.

Para empeorar la situación, Tanya empezó a aparecer con más frecuencia. No podía impedirselo. Era la responsable de acción social de la empresa. A través de ella hacíamos nuestras donaciones, eventos de beneficencia y participábamos en diversos proyectos sociales.

Esta parte era de extrema importancia para la empresa, pues así ganábamos notoriedad en el mercado mundial y conseguíamos el apoyo de diversos órganos gubernamentales para nuestros negocios en varias partes del mundo. Como estábamos al final del año, estos compromisos se intensificaban. A través de ella manteníamos bajo control al Foro Social Mundial.

Podía ver que, a pesar de no hacer nada, Melissa se estremecía cada vez que Tanya se acercaba. Tanya. Sospechaba que había sido obra suya, pero, hasta ese momento, no tenía ningún indicio, ninguna palabra. Maldito acuerdo. Maldita promesa. Me maldeciría todos los días de mi vida por lo que había hecho.

Aquel día, por suerte o azar, Tanya tuvo que viajar. Iba a pasar una semana entera fuera, para mi propio alivio. Detestaba convivir con ella y sus ojos acusadores.

Era viernes. Teníamos una reunión el lunes por la mañana muy temprano, por eso Melissa y yo nos quedamos trabajando hasta un poco más tarde. Le pedí que llevara toda la

documentación necesaria y que la colocara en la mesa de centro de mi despacho, enfrente del sofá.

Pretendía pasar más tiempo mirando los documentos y estaría más cómodo en el sofá. Como ya estábamos fuera del horario de trabajo, me desanudé la corbata y me la quité. También me serví un poco de whisky, mientras observaba a Melissa entrar y salir con documentos en la mano. Estaba muy guapa con su vestido suelto de color negro. A pesar de estar tan abatida, aún era mi Mel, hermosa y delicada.

Me apoyé en la pared de cristal mientras ella organizaba los papeles. Melissa me daba intencionadamente la espalda. Yo tenía que mantener la farsa. Me esforcé por mantenerla hasta que descubrí que no era tan fuerte como creía. Doce días eran mucho tiempo. Doce días sin una explicación, sin una palabra. La necesitaba. Era más fuerte que yo.

—¿Mel?

Mi voz salió más grave de lo normal, debido al tiempo que había pasado debatiéndome para evitar aquel momento.

El movimiento de sus manos cesó y se estremeció. Era la primera vez en doce días que la llamaba por su apelativo cariñoso y no de manera formal como venía haciendo hasta entonces. No se volvió, pero su cara bajó un poco haciendo que su mirada se dirigiera al suelo.

—¿Podemos hablar? —Siguió dándome la espalda un tiempo—. ¡Por favor!

—¿Sobre qué quiere hablar, señor Carter? —dijo sin volverse hacia mí.

—¡Mel, por favor!

Sentía su ausencia. Todos aquellos días, encerrado dentro de mí mismo, intentando convencerme de que era mejor así, que sólo la haría sufrir más, y allí estaba ahora, dispuesto a suplicar.

—Mírame.

Intenté tocarla, pero incluso estando de espaldas consiguió librarse de mí antes de que la alcanzara.

—No me toques, Robert —murmuró—. Si no necesitas nada más relacionado con el trabajo, me marchó.

—Mel, perdona.

Se quedó quieta.

Sabía que aquellas palabras la desarmarían y me sentí un mierda y un canalla por hacerle aquello. Pero la necesitaba o nada más tendría sentido.

—Me alteré mucho cuando te vi de esa manera. Habían sido unos días terribles... Esperaba encontrar en ti la paz de siempre, pero cuando llegué, estabas destruida y derrotada. Me odié por eso y me sigo odiando. Sin embargo, mi vida se ha convertido en un infierno y no consigo encontrar sentido a las cosas.

—¿Por qué? —preguntó volviéndose hacia mí, dejando ver las lágrimas que ya caían de sus ojos.

¡Mierda! No podía verla así. Melissa conseguía derrumbar todas mis barreras cuando la veía de esa manera. Ya no podía esconder cómo me sentía.

—Porque te quiero. No debería, pero te quiero.

Las palabras la alcanzaron como si de un golpe se tratara.

Nos quedamos en silencio. Yo, intentando descubrir cómo afrontaría mi declaración de amor, y Melissa intentando asimilar lo que acababa de decirle.

—¿Por qué me haces esto? —preguntó sollozando—. ¿Por qué juegas así con mis sentimientos? ¡Deja que me vaya, Robert!

Mel suplicaba. Mi corazón se rompió en pedazos. No debería haber hecho aquello, pero no me pude contener y la agarré con fuerza. Se debatió por algún tiempo, pero al fin paró y se quedó apoyada en mi pecho llorando. Cuando finalmente empezó a calmarse le acaricié la espalda. Tocarla de nuevo era un bálsamo para el sufrimiento que vivía. Reaccionaba total y completamente a ella.

—Mel, ¿qué pasó? ¿Qué hizo que reaccionaras de aquella manera? Tengo que saberlo.



Seguía en mis brazos. Melissa levantó la cara y me miró a los ojos.

—¿No lo sabes? —preguntó irónicamente, pero por mi semblante confuso vio que realmente no lo sabía y respiró hondo—. Tanya me lo contó todo, Robert.

Mi primera reacción fue soltarla.

¿Cómo podía Tanya habérselo contado todo? ¿Cómo había podido compartir con alguien todos los acontecimientos absurdos de nuestra vida?

—Y ahora me odias también —afirmé.

Era lo que debía pasar. Melissa no podía continuar amándome sabiendo todas las bajezas que había cometido, sabiendo todas las vidas con las que cargaba a mis espaldas y las desgracias que provoqué en la vida de muchas personas. Lo sabía todo.

—¿Cómo no odiarte? Jugaste conmigo, Robert. Toda esa historia del matrimonio, de que sólo querías estar conmigo... ¡Era todo mentira! Jugaste con mis sentimientos mientras te reconciliabas con Tanya. ¿Cómo puedes decir que me amas? ¿Cuánto vas a alargar esto, Robert? ¿No te has cansado? ¿No te has divertido suficiente?

¿De qué estaba hablando? ¿Qué tenía que ver aquello con lo que yo le ocultaba?

—Mel, confieso que no te entiendo. ¿Cómo que me he reconciliado con Tanya?

—Ella me lo contó. —Me invadió un inmenso alivio. Melissa no sabía nada. ¿Qué era entonces?—. Tanya me contó el día en que me mentiste diciendo que tenías que ir a descansar, sólo para no ir a mi casa. Tanya me lo dijo y Nicole me lo confirmó.

¿Nicole? ¿Qué tenía que ver Nicole en toda aquella mierda?

—Mel... —Me pasé las manos por el pelo espantando la confusión que se formaba en mi cabeza—. No entiendo nada. Me miraba buscando algo a lo que aferrarse.

—Cuando volvimos de viaje... Tanya organizó una segunda luna de miel para vosotros. Un intento de reconciliación.

Lo dijo con rabia. Mierda, ¿era aquello? ¡Maldita sea!

—Os acostasteis, Robert —me acusó—. Arreglasteis o intentasteis arreglar vuestro matrimonio —dijo con lágrimas en los ojos—. Y yo preocupada creyendo que había pasado algo malo para que estuvieras tan distante.

¡Maldita arpía! Ahora me avergonzaba de mis actos. No fue exactamente así como ocurrió, aún así tenía motivos para avergonzarme.

—Mel, no fue así...

—No me mientas, Robert. No intentes convencerme de que no os acostasteis. Tanya estaba radiante. Tan feliz y superior. Y ella es tan... ¡Perfecta!

Melissa estaba confusa y sufría. Aquello me oprimía cada vez más el corazón. La había destruido por completo.

—Tanya es una cobra astuta, Melissa. —Me sentí enfadado por todo lo que en ese momento conseguí entender—. Se enteró de lo nuestro.

Yo había facilitado a Tanya las pruebas para que descubriera mi relación con Melissa, sólo porque sentí miedo de que descubriera una de mis operaciones secretas. ¡Mierda! ¿Por qué no pensé con más claridad? ¿Cómo pude pensar que mi mujer no iría directamente contra mi secretaria? Y después pensaba que Tanya era ingenua. Era un completo idiota.

Al constatar esto, inmediatamente me puse en alerta. Tanya estaba preparando algo. Melissa reaccionó exactamente de la misma forma, lo que era bueno. Quizá fuera más fácil convencerla de mi amor si antes la convencía de que todo no era más que un montaje.

—Eso no cambia nada, Robert. No cambia el hecho de que te acostaras con ella. —Me tiró las palabras a la cara y la vergüenza me alcanzó de lleno—. ¿Lo ves? ¿Lo llevas escrito en la cara?

Melissa se dio la vuelta de nuevo para salir del despacho. La agarré por instinto. No podía marcharse.

—No me acosté con Tanya, Mel, créeme. —Soltó una risa ahogada dudando de mis palabras. Se lo tenía que contar, no tenía otra salida—. El día que llegamos de Dubái mi plan era pasar contigo la noche. Cuando llegué a casa Tanya me estaba esperando. Lo había preparado todo. —Los recuerdos danzaban en mi memoria—. Se vistió de manera sensual y encantadora. Preparó la cena, escogió el vino, todo lo que hace siempre cuando estamos cerca del final de nuestra relación. Yo ya esperaba esa actitud, así que no me sorprendió. Tanya siempre intenta alargar nuestra relación, por eso te dije que nunca sabría cuándo este infierno llegaría a su fin.

—¿Eso significa que cuando el acuerdo entre vosotros está a punto de romperse ella consigue llevarte a la cama y entonces decides que puedes prorrogarlo durante un tiempo? ¡Qué absurdo, Robert!

Melissa se enfadó aún más y se esforzó por soltarse.

—Yo no lo prorrogaba porque me hubiera ido a la cama con ella, Mel. Permitía que pasara porque sabía que si no lo hacía no conseguiría que Tanya cumpliera su parte del acuerdo. Además de otras cosas extremadamente importantes... —Suspiré consciente de que no podía contarle todo. No en aquel momento—. Créeme, Mel.

—Y esta vez no fue diferente, ¿verdad?

—Fue totalmente diferente. No me siento orgulloso de lo que hice, así que facilítame las cosas, ¿de acuerdo?

Necesitaba que ella no me juzgara para tener el valor de contarle lo que realmente pasó aquella noche. Era muy probable que Melissa no me creyera. Respiré hondo para continuar.

—Iba a mentirte. Iba a romper nuestro acuerdo. Sencillamente porque sabía que era la única manera de jugar con Tanya y necesitaba una última mano para ser finalmente libre. Puede parecerle absurdo y sucio, y no te culpo por pensar así, pero tenía que irme a la cama con ella, Mel.

Melissa reaccionó peor de lo que esperaba. Estaba preparado para su rabia, para sus insultos e incluso para que se abalanzara sobre mí y me castigara por mi error, sin embargo, soltó un gemido agudo y se llevó las manos al corazón desesperadamente. Su desesperación se convirtió en mi propia desesperación. Todo el dolor que ella sentía, lo sentía yo también

—Mel, no me acosté con Tanya —lo dije alto para que lo entendiera y le cogí la cara entre mis manos obligándola a mirarme—. No me acosté con ella.

—Pero...

—Iba a hacerlo. Puedes odiarme por esto, pero iba a hacerlo. Sólo que no conseguí hacerlo. —Ella volvió a cerrar los ojos—. Mírame —le ordené sintiendo rabia por todo lo que había pasado y por la forma sucia en que Tanya lo había usado para herir a Melissa.

Ella me miró totalmente agotada.

—No conseguí tocarla, Mel. Lo intenté. Me obligué a continuar, a intentarlo, pero no pude. —Sus ojos atentos me miraban—. No conseguía dejar de pensar en ti. No paraba de hacer comparaciones y de sentirme un canalla por traicionarte. Simplemente no lo conseguí. Me habías dominado completamente.

Esbozó una sonrisa leve, incluso adorable, pero no había ganado la batalla aún. Acababa de admitir que había tenido la intención de traicionarla. Melissa no era débil en este aspecto. No volvería conmigo sólo porque no conseguí hacerlo con Tanya.

—Mel, te quiero. Por favor, acaba ya con esto.

Ella estaba muy cerca y yo emocionalmente destrozado, luchando contra todo y todos para tener derecho a vivir con ella todo lo que mi alma anhelaba. Melissa parecía perdida. No pude resistirlo y cubrí sus labios con los míos.

Aquellos labios, aquella forma delicada de besar, aquel sabor incomparable. Besarla devolvió la vida a mi cuerpo. La

necesitaba a ella y nada más. Con Melissa me sentía completo.

Mel correspondió al beso entregándose como siempre hacía. El tiempo dejó de existir, nada tenía importancia ya. Estaba conmigo, salvándome de mí mismo. Era la única persona con el poder de hacerme renacer. Era la única que podía extenderme la mano y sacarme del infierno que era mi vida.

En aquel momento, supe que no me estaban castigando. Al contrario, me estaban enseñando un camino. El único camino que me permitiría seguir adelante y dejar todo mi pasado atrás. Mel era la forma de empezar de nuevo.

Con su entrega, no tuve fuerzas para seguir indiferente. La deseaba. Había soñado todos los días con los momentos que había pasado con ella. La apreté contra mi cuerpo y ella dejó escapar un gemido leve y bajo que sirvió de impulso para hacer nuestro beso más profundo. En unos segundos, mi lengua estaba en su boca y ella me abría paso.

Pasé mis manos por su pelo despejando la nuca y la pegué a mí mientras nos besábamos. Sus manos pequeñas recorrieron mi pecho y mi piel ardió bajo la camisa. Su tacto esparcía corrientes eléctricas por todo mi cuerpo. Era así desde el primer día que nos tocamos.

Con cuidado la llevé hasta el sofá y la eché en él. No abrió los ojos, tal vez por miedo a estar soñando. No podía juzgarla, yo tenía el mismo miedo. El pavor a que todo no fuera más que un sueño hizo que pasara las manos por su cuerpo, echado debajo del mío. Mel gimió otra vez con el contacto. ¡Joder! La veneraba.

Adoraba su manera de gemir, cómo cerraba los ojos e inclinaba la cabeza para que pudiera explorar su cuello, cómo me tocaba presionando los dedos contra mi piel, cómo me atraía cada vez más hacia sí, cómo acariciaba mi pelo, que se enroscaba entre sus dedos.

Fue muy fácil librarnos de la ropa. Ni siquiera sabría decir cómo empecé y cómo terminé, sólo sé describir con exactitud el momento en que mis labios tocaron su piel desnuda. Percibí

admirado el mismo sabor indescriptible que acompañaba cada parte de su cuerpo.

Melissa era absolutamente perfecta. No cambiaría nada de ella. Adoraba sus senos, ni grandes ni pequeños, del tamaño ideal para disparar mi imaginación. Su cintura fina y su vientre plano, aún más perfectos cuando jadeaba con el contacto de mis labios y de mis manos. Se le ponía la piel de gallina cuando estábamos así y eso hacía que su piel fuera todavía más deliciosa. Era única.

—Abre los ojos, Mel —le pedí antes de penetrarla.

E hicimos el amor así, sin desviar la mirada. Lo necesitaba para demostrarle que no mentía, para que consiguiera ver en mí lo que yo veía en ella: el amor verdadero, el único amor.

Nos quedamos abrazados en el sofá mientras nuestros cuerpos se recuperaban del éxtasis, yo esparciendo besos por su cara, sus pechos... Tenía unas ganas inmensas de prolongar esa noche, pero no podía. Mel lo sabía y por eso volvió a la realidad pronto alejándose de mí. No dijo nada, sólo cerró los ojos y se mordió los labios.

—No pienses más —le imploré.

No quería que pensara en dejarme nuevamente, pero no podía. Al fin y al cabo, ¿qué podía ofrecerle?

Si dependiera de mí solamente, con toda seguridad lo dejaría todo para estar con ella, pero desgraciadamente no dependía sólo de mí. Tenía que cumplir aquella maldita promesa y también necesitaba probarme a mí mismo que todo eso no había sido en vano. Sabía que la única forma de exorcizar mis demonios era cumplir la promesa, pues fue esa promesa la que dio lugar a mis peores pesadillas y necesitaba cumplirla para recuperar la paz.

—No ha cambiado nada, Robert. Tú sigues con Tanya y yo no tengo nada. No sé qué pasó en tu vida y, por eso, cualquier persona puede herirme. Por eso, estoy siempre destrozada. Estoy cansada. Los últimos días han sido horribles y sería absurdo negar que te he echado de menos. Sé lo que siento. Sé que es de verdad, pero no sé qué pasa dentro de ti, no sé nada.

A pesar del sufrimiento y la dificultad, prefiero juntar mis despojos y recomponerme en vez de permitir que sigas destrozándome

No pude decir nada. Vi como Mel se vistió y se fue. Estaba decidida. Nada indicaba lo contrario. Ni siquiera mi declaración de amor había hecho que reconsiderara su decisión. No podía condenarla. Yo también me sentía destrozado, pero sabía que lo más correcto era que yo fuera el que se rompiera en mil pedazos y no ella. Al fin y al cabo, yo era el responsable de todo.

No tuve valor de volver a casa. Pasé la noche en la empresa y al día siguiente intenté mantener ocupados mis pensamientos con el trabajo, como había hecho todos los días de mi vida. Era una misión imposible, especialmente después de pasar la noche con Melissa. Miraba de vez en cuando el sofá y me perdía recordando cada momento.

No podía estar lejos de ella. No podía estar sin ella, sin pasar tiempo con ella. No podía ni respirar sabiendo que ella estaba decidida a borrarla para siempre de su vida. Sólo había una salida: tenía que contarle la verdad a Melissa.

¿Cómo podía hacerlo sin que ella pensara que era un ser detestable? El riesgo de que no quisiera estar conmigo cuando supiera lo mucho que escondía era enorme.

Al final de la tarde ya no tenía dudas. Estaba decidido. Sabía que era la única salida para los dos. Pero tenía que hacerlo bien. Tenía que mostrarle por qué no había esperanza alguna de rehacer mi relación con Tanya. Tenía que conseguir que estuviera segura de eso. Le contaría toda la verdad.

## Epílogo

El sonido estridente de mi móvil ocupaba toda la habitación mezclándose con mis gemidos y los de mi amante. Era la cuarta vez en la última hora que alguien insistía en hablar conmigo. Me sentía frustrada por no poder cogerlo, pero no podía interrumpir sin más lo que estábamos haciendo.

Me quedé echada en el colchón sintiendo el peso de Frank detrás de mí. Jadeaba y emitía sus últimos gemidos de placer. Respiré recuperando el aire y volví a la realidad. Acostarme con él era una bonita manera de desconectar de mis problemas. O de enredarme más en ellos.

Después de satisfacerlo, y de quedar satisfecha, alargué la mano para coger el bolso que había dejado en la mesita al lado de la cama. Rápidamente encontré el teléfono.

—No me puedo creer que vayas a cogerlo —gruñó Frank saliendo de detrás de mí.

Me volví con cuidado y me senté en la cama cubriéndome con la sábana. Sonreí amablemente a Frank y cogí el teléfono.

—¿Sí?

—¡Vaya, Vaya! ¿Interrumpo algo, hermanita?

La voz insoportable de Adam Simpson me irritó. Intenté disimular. Era una carta importante en el juego.

—No somos hermanos. ¿Cuándo vas a entenderlo?

Se rio al otro lado de la línea.



—Tienes razón. Yo nunca me tiraría a mi hermana, Tanya.

Me eché en la cama. Sabía que la conversación exigiría una postura más firme.

Adam era sólo un fantoche que últimamente me había sido muy útil. Acostarme con él era sólo una forma de tenerlo controlado. Frank no sabía que había ido tan lejos y, aunque sólo era una pieza importante en aquel rompecabezas, no podía permitirme el lujo de no tenerlo de mi lado.

Mi amante suspiró consciente de que mi conversación sería en código si permanecía en la habitación y se fue al baño. En cuanto oí la ducha, empecé a hablar.

—Espero que tengas un buen motivo para llamarme —dije en tono áspero.

—¡Calma! Tengo novedades. Creo que me estarás muy agradecida por lo que te voy a contar. O quién sabe... Mostrar.

—Sé más claro, Adam. Frank está en el baño y no va a pasarse allí toda la vida, así que rápido.

—¡Ok! Mientras tú follas con el idiota de Frank, Robert sigue a lo suyo.

—¿Cómo? ¿Qué has descubierto?

Robert había ido desde que conseguí hacer saltar por los aires su lío con Melissa. Investigó sin averiguar mucho. En realidad, sabía que, como siempre, yo había actuado. Nunca permitiría que una mujer se instalara en su vida de verdad y su juego ya había ido demasiado lejos.

La chica era muy frágil, sentimental y estaba completamente enamorada. Bueno, como todas. ¡Qué tonta! No conocía al verdadero Robert Carter. Mi marido era un experto. Iba siempre un paso por delante. Implicaba a personas a las que controlaba, era un excelente jugador. Con todo, Melissa había conseguido lo que nadie había conseguido, desestabilizar al poderoso Carter. Y este detalle echaba por tierra todos mis planes.

—Ayer, después de acabar el día, decidí pasar por la empresa para discutir un nuevo proyecto con Robert. Estaba

cerca y sabía que se quedaría hasta tarde, como viene haciendo desde que apartaste a Melissa de su camino. Pasé por el departamento legal antes para hablar con Frank y después pasé un rato en la recepción de Recursos Humanos...

—Ahórrame los detalles, por favor. Ya sé que te estás intentando llevar a la cama a la recepcionista de Nicole, así que podemos saltarnos esa parte.

—¿Celos, hermanita?

—Falta de tiempo, Adam. Si te tiras a la recepcionista, podría tener cierta información con más facilidad, pero lo ideal sería que consiguieras acostarte con Melissa. Teniendo en cuenta lo triste que está, no debería ser difícil hacer que se pusiera de nuestro lado. Necesitamos descubrir qué hizo Robert en Grecia.

—No sé si será tan fácil. Como iba diciendo... Llegué al despacho de Robert tarde, cuando la empresa estaba completamente vacía. No vas a creerte lo que vi. Bueno, sí que te lo vas a creer, porque lo grabé todo —dijo riéndose.

—¿Has conseguido grabar una de sus reuniones secretas?

—No. Conseguí un magnífico material pornográfico. No tan pornográfico, pero sí una escena de sexo increíble.

—¿Escena de sexo? ¿Robert se ha buscado otra amante? ¿Cómo no me he enterado?

Me puse en alerta.

—No otra amante. Melissa. Los cogí con las manos en la masa. Se la tiró allí mismo. En su despacho. Sin importarle nada que alguien los viera. Puedo confirmar que Melissa desnuda es una delicia. Voy a intensificar mis embestidas. Será el trabajo más placentero que haré para ti, hermanita.

—¡No es posible! Los estaba vigilando a los dos. Robert se ha mantenido alejado todo el tiempo y Melissa, a pesar de estar destrozada, no le ha dado margen para que él la buscara.

—Bueno. Te he enviado el vídeo al móvil. ¿Qué hacemos? Podemos poner el vídeo en Internet y arruinar su reputación.

—¡No seas absurdo! Yo también tengo mucho que perder si ese vídeo sale a la luz. Tengo que mantener este matrimonio hasta que encontremos la clave. Después, sí que podremos acabar con su imagen.

—Está bien, tú mandas. ¿Qué vas a hacer?

—No lo sé. ¿Dónde está él ahora?

—Esta es la mejor parte. Robert Carter ha cambiado su rutina dominical. Acabo de sacar una foto justo cuando entraba en el edificio de Melissa Simon. Puedo enviarte la foto.

—¡Mierda! No podemos permitir que estén juntos. Si Robert insiste en seguir con ella, tendré que ser más contundente.

—No hasta que consiga llevármela a la cama, Tanya.

Se rio.

—Nuestro problema va mucho más allá del sexo, Adam. ¿No entiendes lo grave que es? Robert no puede enamorarse, pues podría dejarlo todo. Hasta podría dejar de buscar la contraseña. ¿Tienes idea de cuántos millones está en juego?

—Bueno. Entonces lo mejor es entrar en acción.

—Inmediatamente. No puedo perder esta partida. Hay que sacar a Melissa del juego.

# Agradecimientos

Bueno... Tengo que empezar así: gracias a Robert Pattinson. Por haber sido Edward y por haber puesto cara, voz, cuerpo y alma a Robert Carter. Además, no puedo dejar de dar las gracias a [Stephenie Meyer](#), sencillamente, por haber escrito un libro increíble que me devolvió las ganas de soñar y que, incluso sin saberlo, despertó en mí la escritora que soy hoy.

Debo a mucha gente la realización de este libro, sobre todo a las lectoras de *Nyah Fanfiction*, por los meses que estuvimos juntas compartiendo la emoción de este trabajo. Sin vosotras no lo habría conseguido.

Todo mi agradecimiento a mis grandes amigos, que siempre están a mi lado y son el combustible para seguir adelante. Adriana Gardênia (Drika), Sueli Vieira, Tatiana Mendonça, Marla Costa, Tatiana Cabral, Renata Pereira, Allane Mágilla, Fernanda Terra, Vitor Hugo Ribeiro, Mario Bastos, Márcia Fráguas, Aliciene Ferreira, Roberta Tamos y todos los demás que hacen que mis días sean maravillosos. Sois mis pies cuando ya no puedo caminar, mis ojos cuando ya no veo y mis manos cuando no consigo escribir. Gracias.

Mi agradecimiento eterno a Mariza Miranda, amiga, compañera y correctora. Te tengo un cariño infinito, por tu paciencia y dedicación a todas mis obras.

Y especialmente gracias a Janaina Rico, amiga, profesora e impulsora. Una gran escritora que humildemente comparte sus secretos con los sencillos mortales, haciendo que mis textos sean más hermosos. ¡Gracias, Jana!

A mi familia, Maria Das Graças, Sandra, Thaisa, Tarsila, Igor e Ivan, por todo su apoyo, amor y cariño. Sois los mejores.

A mis hijos, por todo el tiempo que no les he dedicado para conseguir llevar esta historia al papel y, porque ellos, aunque no entienden bien la grandeza de este sentimiento que es

escribir, aceptan que su madre está haciendo lo máximo posible por ellos. Os quiero incondicionalmente.

A mi marido, por toda tu paciencia y por creer en mí. Te quiero.

Y gracias de todo corazón a vosotros, que habéis llegado hasta aquí. ¡Mi eterno agradecimiento!